

ESPÍAS del IMPERIO

Historia de los servicios secretos españoles en la época de los Austrias

Una de las secuelas de la Leyenda Negra antiespañola es la desdeñosa opinión sobre la actuación de los servicios de inteligencia hispanos en los siglos de apogeo «imperial». Sin embargo, nuestro espionaje fue puntero en el mundo durante los siglos XVI y XVII.

Este libro recoge la historia y los hechos más destacados de la inteligencia española y de muchos de sus agentes en la sombra (algunos tan conocidos como Quevedo o Cervantes), que operaron en Europa y el Mediterráneo con éxito.

Fernando Martínez Laínez

Espías del imperio

Historia de los servicios secretos españoles en la época de los Austrias

ePub r1.0
Titivillus 30.12.2021

Título original: *Espías del Imperio*
Fernando Martínez Laínez, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

Para Carmina, Carmen y Fer,
y que los buenos recuerdos perduren.

Hombre sin noticias, mundo a oscuras. Consejo y fuerza, ojos y manos; sin valor es estéril la sabiduría.

BALTASAR GRACIÁN,
Oráculo manual y arte de prudencia

Uso es antiguo de la milicia y materia de estado observada por todos los príncipes y famosos capitanes, el meter espías en las ciudades, ejércitos y plazas enemigas; tener secretas negociaciones y tratos con algunos dellos; porque se pueden aprovechar de la oculta noticia de las cosas, antes que lleguen al estruendo del vulgo.

FRANCISCO MANUEL DE MELO,
De las espías; Aviso XXX

Prólogo

Como consecuencia de la Leyenda Negra, la intensa y eficaz tarea de España en operaciones de inteligencia durante los siglos de su apogeo histórico ha sido ninguneada y menospreciada por la mayor parte de los «especialistas» foráneos, empeñados en desfigurar y rebajar los fulgurantes hechos que forjaron el primer imperio mundial. La historia de los servicios secretos de la Monarquía Hispánica, con sus luces y sombras, apenas ha sido divulgada, a pesar de su trascendencia en las guerras y en las estructuras políticas de la época.

Fiel a este principio, he tratado de componer un resumen de hechos, ideas y personajes que pueda leerse como una crónica general divulgativa. Así, este libro tiene como objetivo contribuir a la cultura de inteligencia española y supone una aproximación al tema con posibilidades de ampliación ilimitadas, tanto en el ámbito investigador como en el literario.

La España de los siglos XVI y XVII contó con los servicios secretos más dinámicos y eficaces de su tiempo, y ningún país dedicó tantos recursos económicos y humanos al espionaje en los múltiples escenarios bélicos en los que tuvo que actuar, de acuerdo con el papel de gran potencia que le correspondió desempeñar históricamente. Esto no implica que todo fueran victorias, pues también hubo fallos y fracasos importantes.

La necesidad de información era una obligación ineludible en la política universalista de la Monarquía Hispánica. Rodeada de enemigos y poseedora de un extenso imperio codiciado por otros países, España defendió sus dominios con las armas, el dinero, la diplomacia y la información secreta. En esa tarea ingente, el espionaje constituyó un modelo de inteligencia avanzada en comparación con otros países europeos y fue el ineludible escudo que le permitió mantener su estatus de gran potencia en la constante disputa con otras naciones rivales, tanto en el Mediterráneo (con un Imperio turco en plena expansión) como en América o en Europa, donde se vio envuelta en la maraña bélica de fuerzas en ascenso que pugnaban por romper el poderío hispano.

Las desmesuradas empresas asumidas por la política de la casa de Austria exigían disponer de un ejército secreto de informadores repartidos por territorios muy diversos y distantes. Un «factor humano» disperso que incluía personas de muchas etnias, estados, lenguas y religiones diferentes, desde monjes balcánicos ortodoxos hasta esclavos, frailes, funcionarios, renegados o mercenarios sin más estímulo que el dinero.

Por otra parte, la búsqueda de información secreta obtenida de los espías es tan vieja como el mundo, algo consustancial en el contexto bélico de cualquier país con voluntad colectiva, y está condensada con sencillez teórica por el filósofo-estratega chino Sun Tzu hace unos dos mil quinientos años en su obra *El arte de la guerra*, que resalta la importancia decisiva del espionaje procedente de fuentes humanas:

> La información previa no puede obtenerse de fantasmas ni de espíritus, ni se puede obtener por analogía, ni descubrir mediante cálculos. Debe obtenerse de personas que conozcan la situación del enemigo.

En consonancia con la importancia de la Corona que los Reyes Católicos dejaron en herencia a sus sucesores como primer Estado moderno transoceánico, surgió la necesidad de disponer de un servicio de inteligencia estable para la toma de decisiones. Ciudades como Londres, París, Nápoles o Bruselas se convirtieron en centros de espionaje con intereses nacionales en conflicto, y en ellas el espionaje hispano tuvo que emplearse a fondo y se mostró acertado la mayoría de las veces.

Una importante característica de la inteligencia española en estos siglos vino dada por su marcada tendencia documental como eje de todo el mecanismo del espionaje dirigido por el rey, representante máximo del Estado. Los «papeles» —la documentación escrita— constituían el soporte fundamental de la información secreta, la tela que tejía los asuntos de Estado a partir de memoriales, cartas, notas, expedientes y noticias. «De otra suerte —decía el escritor jesuita Andrés Mendo—, la tela se rompe o no sale bien tejida», una cualidad que culminó con Felipe II encerrado en El Escorial, donde revisaba personalmente con celo burocrático los miles de documentos que se amontonaban en su despacho. Ningún otro país tuvo a su alcance el enorme depósito de memoria almacenada en los archivos de Simancas o en la embajada española en Roma —que organizó el secretario zaragozano Juan Verzosa—, dos centros de información de primer orden que sirvieron de modelo al resto de Europa.

En resumen, la historia de los servicios secretos en los siglos que trazan el poderío hispano encierra un papel relevante y todavía poco conocido, con un modelo de Estado que utilizó la inteligencia como principal herramienta operativa, una inteligencia que fue el elemento fundamental en la actuación militar y política de lo que entendemos por Imperio español.

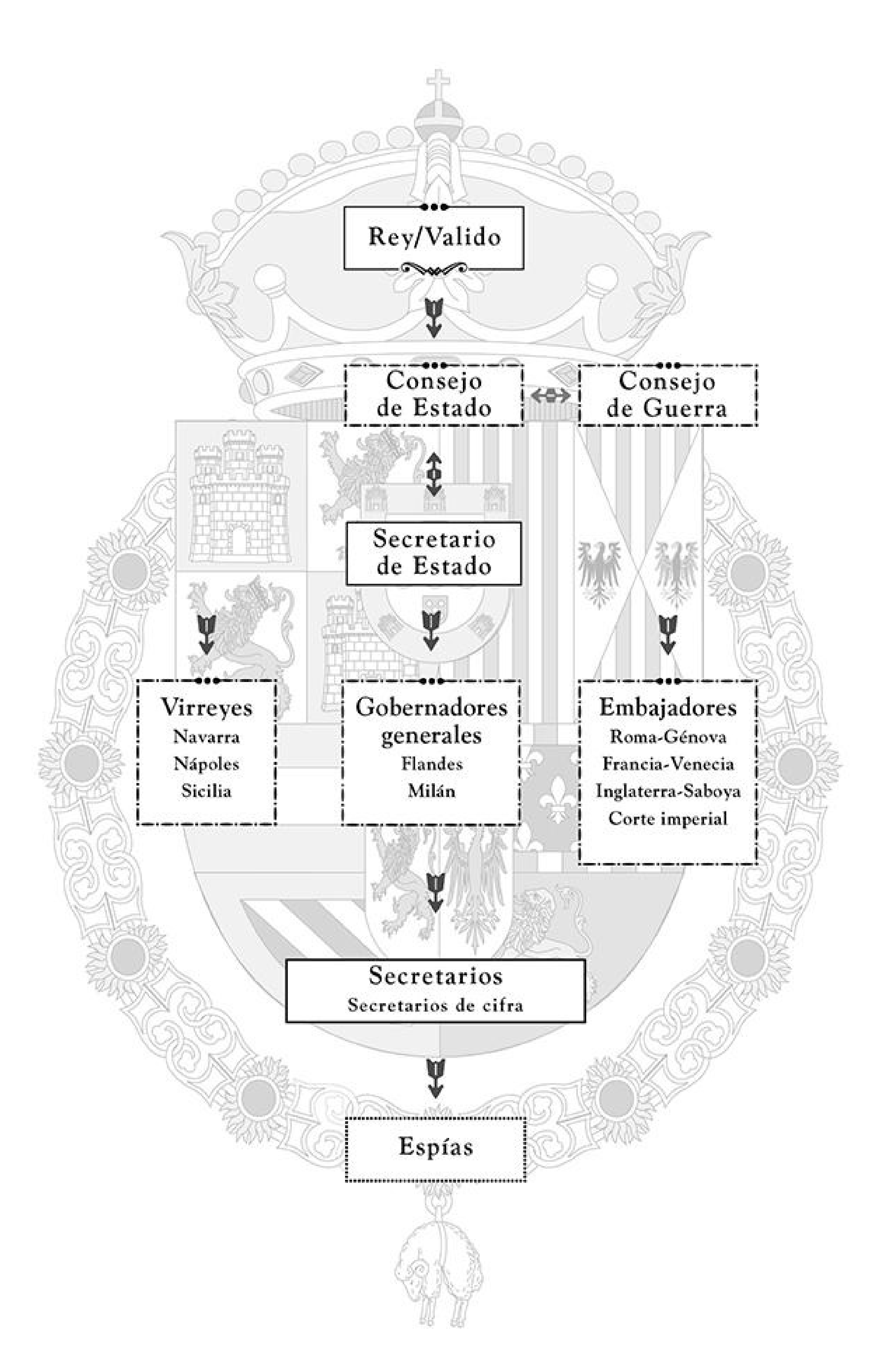
Quisiera apuntar tres consideraciones sobre lo escrito en estas páginas. La primera es precisar que el término «inteligencia» estaba plenamente establecido y era utilizado normalmente en España desde el siglo XVI con el mismo significado que tiene en la actualidad. No es, por tanto, un término importado del espionaje anglosajón. La segunda consideración ha sido admitir a efectos prácticos la equivalencia de los términos «español» e «hispano», tal y como señalan los diccionarios. Y la tercera es que he empleado indistintamente en el texto los nombres de Constantinopla y Estambul, siempre referidos al Imperio otomano. Tras conquistar Constantinopla, los otomanos denominaron Estambul (Istanbul) a la ciudad, pero siguió usándose el nombre de Constantinopla hasta que Estambul adquirió carácter oficial cuando Kemal Atatürk estableció la República de Turquía en 1923.

Para concluir, me gustaría mencionar unas palabras de Sun Tzu a modo de recordatorio vinculado a la conducta secreta de muchos de los personajes reales que aparecen en este libro:

> Sé extremadamente sutil, hasta el punto de no tener forma. Sé completamente misterioso, hasta el punto de ser silencioso. De este modo podrás dirigir el destino de tus adversarios.

Una máxima con la que seguramente estarían de acuerdo los «espías del Imperio» y también los espías de hoy.

Parte I
Guardianes de secretos



Funcionamiento de los servicios de inteligencia hispanos de la Casa de Austria

1
Conocer para vencer

Durante más de dos siglos, la Monarquía Hispánica, o Monarquía Católica, contó con unos servicios de inteligencia acordes a su estatus de potencia mundial. El espionaje desempeñó un papel fundamental en la política exterior del Imperio español y ningún otro país dedicó tantos recursos humanos y materiales al mantenimiento de redes de información secreta en los siglos XVI y XVII.

La Corona era consciente de que para conservar sus dominios debía contar con la acción de los servicios secretos, y, en este sentido, España estuvo mucho tiempo en la vanguardia de Europa. Felipe II, el monarca más poderoso del momento, siempre tuvo como principal preocupación ser el soberano mejor informado de Europa. Poco antes de su muerte, aconsejaba a su hijo y sucesor, Felipe III, que procurase siempre saber «de las fuerzas, rentas, gastos, riquezas, soldados, armas y cosas de este talle de los reyes y reinos extraños», para conocer con datos precisos las debilidades y puntos fuertes de su política.

El trabajo de los espías constituía una herramienta del poder hispano que disponía de importantes fuerzas y recursos militares, además de contar con una incesante actividad diplomática en las relaciones internacionales, avezada en el uso secreto de la información. La lucha político-militar y la rivalidad económica entre los Estados modernos fueron el escenario en el que los espías se movieron masivamente al servicio de intereses nacionales en colisión permanente. Ya en 1627, Francisco Lanario y Aragón, duque de Carpignano, afirmaba que «las espías [sic] son necesarias en la guerra. Sin adalides que descubran y reconozcan la tierra no ha de marchar quien lleve tropas de soldados».

Como veremos en las páginas siguientes, en el vértice del entramado secreto de la actividad imperial hispana estaba el propio rey, asesorado por el

Consejo de Estado, que era la institución encargada de la política exterior a través del cual se extendía la vasta red vinculada al cuerpo diplomático, que recogía la información procedente de los espías y de otras fuentes de inteligencia.

Así lo entendía, por ejemplo, el escritor y predicador jesuita Andrés Mendo (1608-1684):

> El príncipe se asemeja a un buen tejedor de la tela del Estado. Las manos han de trabajar en el despacho universal, los ojos en leer memoriales, cartas y noticias; los oídos en oír con agrado en públicas y particulares audiencias; los pies en visitar sus reinos y acudir a su conservación y defensa. De otra suerte, la tela se rompe o no sale bien tejida.

El papel de los embajadores y enviados en ese tiempo estaba inequívocamente unido a la recogida de información y se esperaba de ellos que ejercieran habitualmente el espionaje. Así lo señalaba Diego Saavedra Fajardo (1584-1648) en su clásica obra *Empresas políticas: Quien tiene el secreto lo tiene todo*, quien ya en el título nos avisa de que la parte esencial del poder se basa en el conocimiento de las intenciones del adversario y en mantener ocultas las propias, algo que no ha cambiado desde los albores de la historia.

El concepto político de «razón de Estado» (*ragione di Stato*) expuesta por Maquiavelo y Giovanni Botero en el siglo XVI proporcionó la base ideológica y jurídica a la expansión de los servicios secretos en España y en el resto de Europa. Así, la razón de Estado, que se concreta en la práctica en el Estado-nación, entendía la conservación y el mantenimiento del armazón estatal como el criterio supremo de su actuación. En este sentido, las actividades secretas se veían como necesarias y se situaban por encima del Derecho común que regía las actividades corrientes, supeditando el ordenamiento jurídico al interés supremo del Estado moderno. En definitiva, una guía de actuación que se resumía en la famosa y maquiavélica máxima «el fin justifica los medios».

Primeras inteligencias

La historia de Ragusa (actual Dubrovnik, Croacia) es quizá el primer caso en Europa de pequeña ciudad-Estado basada en el comercio, sostenida por un eficiente servicio de inteligencia que le permitió mantenerse neutral durante

quinientos años, a pesar de su limitado poder ofensivo y de la presión ejercida por Venecia.

La capacidad en el manejo de la inteligencia y su activa diplomacia secreta hicieron que Ragusa fuese respetada durante largo tiempo, un éxito debido principalmente a la capacidad del espionaje aplicado a los intereses del pequeño Estado, que le proporcionó un conocimiento altamente especializado en la toma de decisiones.

La institucionalización del espionaje en Ragusa data de 1301 y constituye la primera estructura estatal de inteligencia y seguridad en Europa después del Papado. La obtención de información se fue perfeccionando hasta hacer de los espías de Ragusa confidentes enormemente cualificados en las tareas secretas. En el Senado de esa ciudad-Estado se recibían puntualmente avisos —un precedente de la prensa actual— que eran solicitados por las principales embajadas de toda Europa para completar las informaciones suministradas por sus propios espías.

En la península Ibérica, los primeros sistemas de inteligencia organizada en Castilla y Aragón se remontan a mediados del siglo XV, es decir, los inicios de la Edad Moderna. La Corona aragonesa concentraba sus esfuerzos en dominar el sur de Italia y otros puntos de importancia comercial en el Mediterráneo, para lo cual utilizaba embajadores y agentes secretos. De modo similar, a lo largo del siglo XV, la Corona de Castilla fue construyendo redes informativas diplomáticas en defensa de unos intereses políticos que, tras la conquista de Granada y el descubrimiento de América, rebasaron las fronteras peninsulares.

La unión dinástica de Castilla y Aragón con los Reyes Católicos forjó una potencia con proyección internacional en Europa y el norte de África que hizo necesarias nuevas pautas de organización en los ámbitos militar y diplomático. Un instrumento fue la creación de embajadas en las capitales europeas más importantes y, así, la primera red diplomática permanente española se estableció en Roma en 1480 y su primer embajador fue Gonzalo de Beteta, al que siguieron, hasta finalizar el siglo XV, el conde de Tendilla, Francisco de Rojas, Bernardino de Carvajal, Juan Ruiz de Medina y Garcilaso de la Vega. Otras embajadas permanentes se crearon en Inglaterra, el reino de Navarra —antes de su anexión a España—, Venecia, Francia, Portugal, Flandes, Génova, Saboya y Milán, y en torno a ellas se fueron urdiendo redes de espionaje en el exterior que configuraron un servicio de información extremadamente eficaz.

Se considera que el mencionado Gonzalo de Beteta fue el primer embajador permanente de la diplomacia española al servicio de los Reyes Católicos, ya que ejerció como tal ante la Santa Sede desde 1480, con el papa Inocencio VIII. Algunos estudiosos encuentran precedentes en el obispo de Barcelona, Gonzalo Fernández de Heredia, representante en Roma de Juan II de Aragón y de los Reyes Católicos en 1475.

Sea como fuere, en 1500 España disponía ya de una amplia nómina de representantes permanentes del rey Fernando el Católico. De su fidelidad y dedicación dieron buena cuenta personajes como el obispo Fonseca, embajador en el Imperio Habsburgo, quien dijo poner las intenciones del rey por encima de la salud de su alma, o el embajador Gómez de Fuensalida, que aseguró llevar el nombre de don Fernando grabado en su corazón.

La consolidación del armazón diplomático

El entramado secreto de los Reyes Católicos dependía del Consejo Real, que trataba los asuntos de Estado y que se fue reorganizando paulatinamente y dividiendo en organismos menores en función de los temas que ocupaban a las diferentes embajadas. El cronista Hernando del Pulgar atestigua que tanto Isabel I de Castilla como Fernando II de Aragón intervenían personalmente en el debate con los consejeros responsables de la política exterior y la información secreta.

Durante este tiempo se instauraron también en la corte española los secretarios de embajada, que eran los encargados del cifrado y de la valija diplomática. La necesidad de recopilar y conservar la correspondencia diplomática, en muchos casos secreta, obligó a los Reyes Católicos a adoptar medidas de seguridad extremas, como la custodia de los documentos estatales, ordenando que se guardaran en el archivo del Tribunal de Valladolid (Chancillería de Valladolid).

España disponía de seis mensajeros a caballo que traían y llevaban documentos a/y desde Bruselas y, además, mantenía servicio permanente de correos con la corte imperial de Viena y con Italia por vía marítima. El envío constante de correspondencia diplomática y secreta exigía también un sistema continuado de estafetas, que en el caso de la embajada londinense requería el

trabajo de sesenta personas para mantener diez correos diarios, un sistema que terminó descartándose por problemas económicos y de distancia.

De acuerdo con los proyectos de expansión diseñados por los Reyes Católicos, la actividad de los servicios secretos castellano-aragoneses se concentraba en la Italia del sur, el norte de África, Francia y Portugal. En el caso de Castilla, hubo precedentes importantes relacionados con la toma cristiana de Granada en 1492. La ciudad fue conquistada en gran medida gracias a la labor de zapa de los espías castellanos, que, valiéndose de argucias y sobornos, sembraron la división entre los dirigentes musulmanes y debilitaron su moral de resistencia, lo que hizo capitular sin lucha a plazas fuertes principales, como Baeza. Muy importante resultó también la misión secreta de Hernando de Zafra, que se infiltró disfrazado en la Alhambra y convenció a los consejeros del rey nazarí Boabdil de que la ciudad de Granada se rindiera sin resistencia.

El espionaje de Fernando el Católico desempeñó asimismo un papel decisivo en la anexión del reino de Navarra, apoyando a la facción partidaria de Castilla (los beamonteses) y dejando al descubierto los planes de los dignatarios navarros favorables a Francia, acreditados en la corte de Luis XII. Sin embargo, los problemas de coordinación secreta se hicieron patentes a la muerte de la reina Isabel por la disparidad de intereses entre Castilla y Aragón en política exterior. Los de la Corona de Castilla estaban dirigidos sobre todo a la expansión atlántica, y los de Aragón, al ámbito italiano y mediterráneo, lo que produjo roces inevitables, en especial durante la breve regencia en Castilla de la reina Juana I (Juana la Loca) y Felipe el Hermoso entre 1504 y 1506, cuando el rey Fernando se vio forzado a recluirse en sus dominios de Aragón.

Aun así, al concluir la época de los Reyes Católicos, las Coronas de Castilla y Aragón se mantenían estrechamente vinculadas y la Monarquía Hispánica disponía ya de un sistema de inteligencia implicado en el proceso político-militar unitario hacia el exterior. Esta circunstancia posibilitó la creación de un gran Imperio con redes de espionaje repartidas por toda Europa, que dieron paso a una organización de los servicios secretos de la casa de Austria a escala mundial.

Así, la inteligencia hispana imperial se sustentaba en un poderoso armazón burocrático y diplomático que orientaba la toma de decisiones. Los registros escritos conservaban la información en archivos y mapas, lo que suponía disponer de un enorme acervo documental dirigido a apoyar las decisiones políticas. Era de rigor, por otra parte, que los consejeros

mantuvieran en secreto las deliberaciones. «Perdido el secreto, perdida la República», y «como sin ojos está el rey que tiene ministros imprudentes, codiciosos y mal intencionados», dice el franciscano fray Juan de Santa María, avezado en intrigas cortesanas, confesor en el convento de las Descalzas Reales de la infanta María, hija de Felipe IV, y autor, además, del *Tratado de la República y Policía Cristiana para reyes y príncipes* en 1621.

Consejeros, secretarios, validos y embajadores eran las piezas que hacían funcionar la política del Estado, siempre ligada al secreto informativo. Como señala el investigador Diego Navarro Bonilla:

> La superioridad política y organizativa sustanciada en la decisión final estuvo necesitada de un ingente y constante suministro de inteligencias procedentes de calles y rincones de una geografía oculta, la que nunca pisarían grande secretarios ni consejeros elegidos, por la que se deslizaron espías y agentes mientras arriesgaban sus vidas y haciendas en el frente silencioso del servicio secreto. Un alud informativo en el que los peligros de los espías dobles o la amenaza de contaminación informativa y el engaño estaban a la orden del día.

El coste de la gestión secreta

En España, los siglos XVI y XVII suponen un periodo determinante en la consolidación de las inteligencias secretas. Fueron un instrumento del poder absoluto de los monarcas, aunque ni mucho menos se trataba de un recurso barato: el espionaje consumió importantes sumas de la Hacienda regia, que siempre parecían insuficientes, como demuestran las continuas quejas en demanda de dinero de embajadores, virreyes y gobernadores para pagar a los confidentes del Estado.

El pago de informadores, espías o agentes a cargo de las embajadas en el extranjero era el combustible de la actividad diplomática. «No repare el embajador en gasto de espías —decía un diplomático—, que un solo aviso lo paga todo».

En la financiación del espionaje durante el reinado de Felipe II, los gastos destinados al pago de espías o sobornos se iniciaban con una orden de pago firmada por el secretario de Estado por mandato del rey, para que la Real Hacienda abonase el dinero solicitado. Por razones evidentes de confidencialidad, en ese documento casi nunca se informaba de la misión que se estaba financiando y se advertía al destinatario del dinero que no justificase ese gasto a la Hacienda Real —como era obligatorio en otros casos—, sino solamente al secretario de Estado y al propio rey.

En este sentido, las instrucciones del Consejo de Estado eran muy estrictas. Los embajadores habían de rendir cuentas con regularidad del empleo de los fondos y cada cierto tiempo los diplomáticos debían responder ante la contaduría real del estado de sus gastos.

El historiador francés Alain Hugon pone como ejemplo que, durante la embajada interina de Diego de Irarraga (junio-noviembre de 1608), un 41 % de los gastos se cubrió con los sueldos de los criados de la embajada, un 33 % se dedicó a gastos secretos, un 24 % a correos, gastos de justicia y ayudas de costa para los españoles en París, y el resto a otros desembolsos menores, incluidos los de papelería. Estos presupuestos variaban en función de la personalidad del embajador y de la importancia del país, pero siempre correspondía a los gastos secretos un porcentaje muy importante del desembolso estatal.

La partida de los gastos secretos representaba entre un tercio y la mitad de los presupuestos de las embajadas, y eso solo incluía a los empleados en la diplomacia, sin tener en cuenta a los espías que había dentro de las unidades militares.

Es revelador el relato de las famosas «cuentas del Gran Capitán», Gonzalo Fernández de Córdoba, cuando los contadores del rey Fernando el Católico le interrogaron sobre los desmesurados gastos de sus campañas en Nápoles. En la versión del soldado español Pedro Gaitán, el Gran Capitán replicó que

> … otros gastos había hecho, los cuales no había pasado por manos de tesoreros porque así convenía al arte de la guerra. […] Y abriéndolos, leyó una posta que decía: «Dado en limosnas a personas pobres y religiosos porque rogasen a Dios por la victoria, 342 000 ducados y ocho reales». En otra posta leyó que decía: «Dado a espías que nos daban aviso de los consejos y designios de los enemigos, 526 000 ducados y medio».
>
> Entendido el rey el negocio y […] corrido de ser tenido por avaro y poco cortés, mandó poner silencio en las cuentas.

Según los diarios del escritor británico Samuel Pepys, el gasto anual del servicio secreto a mediados del siglo XVII dirigido por John Thurloe, cabeza del servicio de inteligencia del gobierno de Cromwell, ascendía a la astronómica cifra de setenta mil libras. En Francia, al cardenal Richelieu se le consideraba el hombre mejor informado de Europa gracias a los veinte mil escudos que gastaba cada mes en espías.

En España está todavía por cuantificar el gasto global que la Corona hispana dedicó a estos asuntos. A falta de datos fiables, podemos destacar la escasa dotación económica de la Monarquía Católica en comparación con otros Estados europeos en la segunda mitad del siglo XVII, así como la

incapacidad de mantener con regularidad el pago a informadores y agentes secretos coincidiendo con el declive militar hispano.

Algunos datos testimonian que la cantidad que el duque de Lerma (1553-1625), valido de Felipe III, dedicó al pago de «gastos reservados» de espionaje ascendió a más de medio millón de ducados. El manejo de tanto dinero «secreto» suponía una tentación de apropiación indebida, por lo que era habitual que el embajador en una corte enemiga frecuentase el trato con los confidentes que tenía en nómina, guardando las precauciones de rigor para garantizar su seguridad, y hubo ocasiones en que la falta de pago fue esgrimida por los confidentes como una amenaza para dejar de informar e incluso para pasarse al enemigo, lo que repercutía negativamente en la captación de nuevos espías.

El rey Felipe III hizo un uso masivo de estos gastos secretos en países como Inglaterra o Francia. Muchos de los ministros y otras figuras destacadas de la corte inglesa recibían dinero del monarca hispano, y también de otras potencias europeas. El conde de Gondomar, embajador en Inglaterra en 1617, escribió que Francia gastaba más de ochenta mil ducados al año en pagos a escoceses e ingleses «agradecidos» que informaban sobre España, y Holanda dedicaba más de ciento cincuenta mil ducados a lograr favores de altos funcionarios y aristócratas, sin incluir obsequios particulares en ocasiones especiales. Un gasto que casi nunca dejaba rastro por su propia naturaleza secreta.

Por motivos de seguridad, a los espías se les pagaba con fondos reservados, cuyo carácter secreto provocaba abusos. Altos cargos y virreyes sentían la tentación de apropiarse de ese dinero, aunque desde la corte nunca dejó de funcionar la fiscalización de las cuentas. Incluso un personaje tan importante como Bernardino de Mendoza (1501-1557), durante el reinado de Felipe II, tuvo que sufrir la inspección de su gestión como embajador en Londres, cuando dos funcionarios reales del fisco hallaron gastos sin justificar. Mendoza alegó que se trataba de pagos a espías, aunque se negó a mostrar a los comisionados las órdenes del rey. Esta falta de control motivó numerosos escándalos en los que se vieron envueltas las facciones que trataban de dirigir la actuación del gobierno.

Durante el reinado de Felipe III, el sueldo del espía mayor Andrés Velázquez era bien conocido por las cartas conservadas en el Consejo y en la Junta de Hacienda. En 1603, estaba fijado en quinientos ducados anuales, aunque también percibía otros ingresos por servicios extraordinarios.

El sistema del cifrado

En tiempos de Carlos V y Felipe II, todas las misiones diplomáticas españolas estaban encargadas de obtener información secreta, y todos los secretarios de Estado desempeñaron un papel principal en los servicios de inteligencia.

Para proteger el flujo informativo procedente de las redes diplomáticas, el espionaje español recurrió con frecuencia al sistema del cifrado; esto es, sustituir letras, sílabas y palabras por otros signos o números. El primer sistema organizado de encriptación en España fue la «cifra general», que comenzó a usarse con Carlos V y consistía en una tabla de signos, utilizada por embajadores y altos funcionarios en el extranjero, que se cambiaba cada cuatro años. Esta clave diplomática mejoró notablemente con Felipe II, que decidió establecer dos clases de cifra, la «general», para altos cargos de la administración y el gobierno, y la «propia» o «particular», exclusiva para personas de especial relevancia.

Sin embargo, fue durante la época de los Reyes Católicos —momento histórico de expansión militar y diplomática en Europa— cuando tuvo lugar el desarrollo de la criptografía y del sistema del cifrado. En este sentido destacó la figura de Rodrigo González de la Puebla, apodado «Doctor Puebla», primer embajador permanente en Inglaterra entre 1487 y 1508. Enviado a Londres para negociar el matrimonio por poderes en 1499 de Catalina de Aragón, la hija de los Reyes Católicos, con Arturo Tudor, el entonces príncipe de Gales (fallecido poco después), el embajador Puebla mantuvo una amplia correspondencia cifrada con los reyes Isabel y Fernando. Una de las cifras aplicadas a esta correspondencia aparece en un documento conservado en el Archivo General de Simancas, en el que se relacionan nombres propios con números romanos, formando un sistema de sustitución. Así, por ejemplo, la cifra para designar al papa era DCCCLXX, y la del rey de España, DCCCXXIII. El cifrado empleado por el embajador Rodrigo González de Puebla contenía dos mil cuatrocientas palabras reemplazadas por números romanos.

Los principales responsables de las comunicaciones secretas cifradas eran los secretarios de embajada, que se encargaban de la supervisión, uso, custodia y cambio del cifrado; tanto de la «cifra general» como de la «cifra propia», empleada en la comunicación diplomática con espías y agentes. Solo los embajadores y los secretarios de embajada tenían acceso a la cifra, que se

cambiaba a menudo. Cuando ocurría esto se extremaban las precauciones, tanto que, como escribió Cristóbal de Benavente y Benavides en 1643,

> … estando yo en Venecia y viniéndome una nueva cifra, guardándose la ciudad de peste, temiendo que en llegando el correo a la casa de las guardas de la sanidad le cortarían los hilos al pliego y yo quedaría con recelos de si fue vista, envié a mi secretario a que se hallase presente y reconociese si venía el pliego con todos los requisitos de que yo estaba avisado antes de cortarle el cordel […]. Y aunque el secretario lo vio entero y con toda seguridad, y se halló presente a todo, todavía como llegó a mi mano desatado, aunque no quitado el lacre, avisé del caso a mi rey, y al punto despachó correos a todas partes mandando que no se usase, ni una hora, aquella cifra…

La violación del secreto en el interior de las embajadas suponía un peligro permanente y, en ocasiones, los funcionarios diplomáticos se vieron envueltos en procesos criminales por vender la cifra a países extranjeros. Así, por ejemplo, el funcionamiento de la embajada española en Francia se vio alterado por un proceso contra Jean Florin, acusado de robar el código cifrado. En julio de 1564, el secretario de esa embajada, Antonio Sarrión, recibió una severa reprimenda de Felipe II, que no dejó lugar a dudas sobre la gravedad del asunto. En otra carta, el monarca mostraba su preocupación por el envío inmediato de la nueva cifra, descartando la sospecha de que el propio rey de Francia (Carlos IX) estuviera detrás del asunto:

> En lo de la cifra no podía creer que la reina ni el rey mi hermano hubiesen caído en una cosa tan baja como esta, ni que se hubiese hecho con su sabiduría y que supiesen que en esta mi corte nunca ha acaecido cosa semejante, y que si alguno la emprendiera, se hiciera en ello tal castigo y demostración que la menor fuera mandar hacer pedazos al que en ello hubiera caído…

Cifra y contracifra

La necesidad de ocultamiento de información es tan vieja como la propia escritura y todas las civilizaciones antiguas —egipcias, asirias, babilonias, persas, chinas o griegas— disponían de algún método para disfrazar sus escritos e impedir que el enemigo llegara a conocer sus contenidos.

Como señala la profesora de Historia Asunción Retortillo Atienza, el primer sistema criptográfico del que se tiene constancia documental fue utilizado en el siglo V a. C. durante la Guerra del Peloponeso entre Esparta y Atenas. Posteriormente, en la Edad Media, la encriptación estaba relacionada con el ocultismo, la cábala y las artes mágicas, lo que no impidió que

personajes históricos, como Carlomagno, utilizaran habitualmente el cifrado en sus campañas y en sus acciones de gobierno.

Fue en la Italia de los inicios del Renacimiento donde resurgió la ocultación de los escritos de Estado mediante la sustitución o el añadido de letras y palabras. El método no dejó de perfeccionarse hasta llegar a cifrados muy complejos, incorporando a este proceso listados de caracteres dobles, números o diccionarios de palabras con significado exclusivo. En los siglos XVI y XVII se publicaron varios tratados sobre la materia y el encriptado llegó a considerarse todo un arte.

El cifrado y el contracifrado de cartas y documentos influyeron de manera determinante en la política exterior española. Así, por ejemplo, Retortillo Atienza cita el caso de Luis Valle de la Cerda —de quien hablaremos más adelante—, secretario de la cifra de Felipe II y Felipe III, que consiguió descifrar en 1585 las cartas que Isabel I de Inglaterra, en plena guerra de Flandes, enviaba a los rebeldes holandeses, prometiéndoles apoyo militar y financiero a cambio de la cesión de varios puertos en los Países Bajos.

Otro caso se produjo en la guerra de España con Francia, que acabó en la paz de Vervins (1598), cuando el matemático francés François Viète (1540-1603) consiguió descifrar las cartas enviadas a Felipe II por los espías del monarca hispano en las que se informaba de un plan para derrocar al rey borbón Enrique IV.

Nomenclátor y tablas

A lo largo del tiempo, han sido tres los sistemas criptográficos utilizados para transmitir información secreta, cada uno con infinidad de variantes: el sistema de sustitución, el de trasposición y el de ocultación. El sistema de sustitución consiste en reemplazar letras del alfabeto por uno o varios signos conocidos de antemano por ambas partes. Así, se sustituyen letras, sílabas, palabras o frases por otras letras, números o signos distintos. La sustitución por medio de letras se denomina «literal»; si se hace por números se llama «numérica», y si es por signos u ocultación en objetos, «esteganográfica».

En el sistema de trasposición se coloca un segmento cifrado en un lugar conocido previamente por el destinatario, utilizando todos los métodos que alteran las letras, palabras o sílabas de un texto. La trasposición puede ser simple o múltiple, cuando el texto ya modificado vuelve a cambiarse para mayor seguridad del cifrado.

Por último, el sistema de ocultación incluye todos los métodos criptográficos conocidos para transmitir la información de forma oculta, como las tintas invisibles, las palomas mensajeras o el escondite de avisos en los lugares más inverosímiles.

Durante la época imperial, en España los documentos secretos encriptados se transmitían por emisarios o correos de la Corona por vía terrestre o marítima. En los siglos XVI y XVII, desde Bruselas hasta la corte española, un correo normal tardaba unos quince días en llegar a destino. La ruta solía seguir el Camino Francés, que utilizaban los peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela. El trayecto que partía de Bruselas pasaba por París, Tours, Poitiers, Roncesvalles y Burgos, y desde esta ciudad castellana los correos se desviaban a Madrid, Valladolid o El Escorial, según donde estuviera la corte.

Cuando las relaciones entre Francia y España no eran buenas, había dos opciones para hacer llegar la información: la primera, por barco, desde el mar del Norte, atravesando el Canal de la Mancha, y la segunda, desde Centroeuropa hasta Milán y Génova, para luego seguir por mar hasta Barcelona. En ambos casos la demora de los correos era notable e incluso podían perderse, lo que afectaba negativamente a la toma de decisiones en asuntos graves.

Era precisamente la inseguridad de los correos lo que obligaba a encriptar los mensajes, una labor que exigía personas con conocimientos matemáticos y lingüísticos, además de ingenio, capaces de crear cifras o descubrir los códigos de cifrado del enemigo —contracifra—. Los encargados de la cifra trabajaban en los «gabinetes negros» al servicio del rey o de sus ministros, e incluso —como ocurrió con Ambrosio de Spínola— disponían de personal propio que manejaba la correspondencia en diferentes idiomas, todos bajo el mando de un secretario de cifra que escribía y transcribía los documentos cifrados.

El método más utilizado en la correspondencia diplomática secreta era el nomenclátor, que incluía un alfabeto y una serie de palabras o frases codificadas, cada una representada por símbolos inusuales, lo que exigía un desencriptado mediante «códigos» o «tablas cifradoras». El sistema exigía que el receptor del texto encriptado conociera la clave completa para descifrarlo, aunque también se podía descifrar analizando la frecuencia con las que aparecía cada letra en el escrito.

El uso de claves particulares sin el correspondiente permiso se consideraba un delito grave, como demuestra el enjuiciamiento en 1619 al

marqués de Siete Iglesias, Rodrigo Calderón, ejecutado en Madrid, en el que una de las acusaciones principales que se le hicieron, además de asesinato y brujería, fue el uso cifrado de documentos sin permiso.

Las claves privadas se otorgaban como signo de prestigio personal y favor real, y en ocasiones tal permiso se transmitía a los herederos como muestra de reconocimiento por los servicios que sus antepasados habían prestado a la Corona.

La primera cifra general de Felipe II se entregó en Gante en noviembre de 1556 y está considerada uno de los mejores sistemas de encriptación de su tiempo. Se basaba en «tablas cifradoras» con un alfabeto enigmático en el que a cada letra le correspondían caracteres criptográficos compuestos por una pareja de números. También incluía un glosario de los términos más usuales con su correspondiente signo cifrado, numérico o literal.

Importantes criptógrafos de la época fueron —además de Valle de la Cerda y Juan Seguí, de quienes hablaremos con más detalle— Juan Vázquez de Zamora («perlustrador» de Antonio Pérez), Gaspar de Soto y Jerónimo González, de quien Francisco de Albornoz, secretario del duque de Alba, dijo: «… qué tal habilidad en la cifra no se ha visto jamás porque así traían la cabeza todas las que Su Majestad tiene como el *pater noster* y la de estos herejes todas las ha sacado».

Luis Valle de la Cerda: el genio del cifrado

Luis Valle de la Cerda nació en Cuenca alrededor de 1540 y estudió en la Universidad de Salamanca. Además de su gran labor como criptoanalista, fue miembro destacado del Consejo de Hacienda durante el reinado de Felipe II. En 1600 publicó un libro de curioso título: *Desempeño del patrimonio de Su Majestad y de los reinos sin daño del rey y vasallos, y con descanso y alivio de todos*, donde proponía fomentar y abaratar el crédito con la idea de establecer una red de «montes de piedad» como garantía para la financiación del Estado, una propuesta adelantada por los economistas flamencos Pedro de Ondegherste y su discípulo Pedro de Rotís. El libro fue reeditado el 1618, costeado por el Consejo de Castilla, y a la muerte de Valle de la Cerda en 1607 el proyecto seguía vigente, aunque no se pudo llevar a la práctica por el desacuerdo de los intereses políticos y económicos que había en juego.

Cuando solo contaba dieciocho años, Valle de la Cerda estuvo a las órdenes de Alejandro Farnesio como criptoanalista o «perlustrador», término

que se utilizaba para los encargados de averiguar el contenido de un texto cifrado cuando se ignoraba la clave o la cifra. Su talento para descifrar mensajes y códigos enemigos captó a la atención de Felipe II, que lo llamó a la corte. En Madrid trabajó a las órdenes de Juan de Idiáquez, secretario de Estado y jefe de la inteligencia hispana.

Como hemos dicho, Valle de la Cerda consiguió descifrar la clave de la correspondencia de la reina inglesa Isabel I en Flandes, pero fue delatado y estuvo a punto de perder la vida porque el servicio secreto británico lo buscaba para matarle.

Durante treinta años, Valle de la Cerda sirvió a la Corona hispana con Felipe II y Felipe III, y la mayor parte de este tiempo estuvo en Flandes, donde también participó en acciones de guerra. En una de ellas los ingleses le hicieron prisionero, pero logró mantener oculta su verdadera identidad y finalmente fue liberado.

El criptoanalista conquense podía desentrañar las cartas encriptadas más complejas en pocas horas y sin contracifra. Como premio por sus servicios, en 1592 el rey lo nombró contador mayor de la Santa Cruzada, y cuando murió, en 1607, su hijo, Pedro Valle, le sucedió en el cargo. Luis Valle de la Cerda fue enterrado en la iglesia de la Santa Cruz de Cuenca, hoy secularizada y reconvertida en mercado de artesanía.

A Valle de la Cerda se le atribuye también un breve tratado de contraespionaje que lleva por título *Breve tratado de cómo serán de expeler y hallar a los espías que procuran secretamente mucho mal contra la fe de Dios Nuestro Señor*, en el que se describe la forma de descubrir a los espías en España e Italia, aumentando los controles de entrada en las grandes poblaciones y censurando el correo postal.

Otra de sus obras, *Espía. Servicios secretos y escritura cifrada en la Monarquía Hispánica*, fue publicada con ocasión de la exposición de Archivos Estatales en 2018-2019,y se centra en los falsos exiliados ingleses e irlandeses que en realidad eran espías de Inglaterra. En este tratado, Valle de la Cerda aconseja:

> Para atajar este problema se recomienda difundir, sin ningún disimulo, falsas noticias sobre supuestos preparativos militares españoles de invasión de Irlanda, de manera que, gracias a la intervención del correo se pudiese desenmascarar a aquellos exiliados católicos que remitían información a Inglaterra.

La intensa actividad de Valle de la Cerda para desentrañar códigos secretos y ocuparse de teorías económicas no le impidieron escribir un tratado de estrategia militar: *Avisos en materia de estado y guerra para oprimir*

rebeliones y hacer paces con enemigos armados o tratar con solitos rebeldes, en el que defendía la «mano dura» frente a los insurrectos de los Países Bajos.

En la misma línea, en 1583 escribió un *Discurso sobre las cosas de Flandes*, donde denuncia la obligada salida de los tercios españoles tras la Paz de Gante y lamenta la supresión de las leyes contra la «herejía», considerando que era preferible «la justa guerra a los torpes pactos».

Juan Seguí, el espía menorquín

Otro caso reseñable es el del espía menorquín Juan Seguí Alzina. Nacido en Ciudadela (Menorca), en una familia de mercaderes y marineros, fue capturado por los turcos siendo muy joven y llevado con sus padres y hermanos a Constantinopla, si bien logró huir y regresar a su isla natal. En 1577 y 1579 retornó a Constantinopla y mantuvo contactos con uno de sus hermanos, José Seguí, que era capitán de galera, circunstancia que aprovechó para rescatar y ayudar a escapar a cautivos.

Aunque fue encarcelado y tuvo problemas con la Inquisición, Seguí entró a formar parte de los servicios de inteligencia de Felipe II y, a finales de 1586, fue enviado a Constantinopla por Juan de Idiáquez, secretario del Consejo de Estado, y por el milanés Giovanni Margliani, que, como veremos, había conseguido negociar una tregua con el Imperio otomano. Fue en ese momento cuando el menorquín recibió instrucciones para su misión y una cifra que debía utilizar en su correspondencia con el virrey de Nápoles, su superior jerárquico.

Por razones de seguridad, Seguí enviaba sus cartas por duplicado a Venecia, y, además, realizó el viaje hasta Constantinopla desde Marsella ocultando su identidad bajo el nombre de Pedro Abella. Desde 1587 hasta agosto de 1588 trabajó como espía en Constantinopla, tras lo cual viajó a Nápoles para devolver la cifra que había recibido y quejarse al virrey de que no recibía el sueldo anual que se le había asignado (trescientos cequíes venecianos).

Regresó a Constantinopla a finales de 1588 y durante bastantes años continuó trabajando para el servicio de inteligencia de la Monarquía Hispánica. Al final, las cosas no debieron de irle muy bien, ya que en noviembre de 1597 escribió a Felipe II protestando porque le habían reducido el sueldo, solicitando que se lo subieran hasta quinientos escudos anuales, «y a lo menos pueda pasar mi vejez con algún poco descanso y pagar las deudas

que he hecho». En caso contrario, decía, se vería obligado a ir a la corte a explicar al rey su miserable situación, pues «yo no puedo sustentarme con lo que se me provee agora».

«Inevitables distancias»

En tiempos del emperador Carlos V, el poder se sustentaba en la superioridad militar, pero también en la actividad mercantil y comercial —con la apertura de nuevas rutas al mundo—, y en las tareas de inteligencia como elemento básico en la toma de decisiones político-militares y económicas. En este sentido, el papel de los comerciantes y hombres de negocios tuvo gran importancia en el espionaje imperial. Sebastián Vigil de Quiñones, vizconde del Puerto (1638-1692), en su libro titulado *De los espías amigos y enemigos*, subraya que estos informantes,

> … con motivo de viajar o de su tráfico, van del uno al otro país enemigo; si hacen por mar su viaje, se pone en la embarcación con sobrescrito de mercante, patrón o marinero a una persona de fidelidad y maña, participándole cuáles son algunos de los confidentes que tenga el jefe en los puertos donde aquel bastimento comercia; a fin de que adquiera más exactas las noticias, sin aventurarse a preguntarlas a otra persona.

La Corona trató también de fomentar al máximo la recogida de información en los territorios de ultramar donde no llegaba el brazo oficial. El objetivo era superar las enormes distancias entre la corte y las posiciones transoceánicas, para lo cual se pedía la colaboración de todos.

En definitiva, la hegemonía política y militar hispana, así como su caída a partir de la segunda mitad del siglo XVII, estuvieron directamente relacionadas con las «guerras secretas» que los servicios de inteligencia mantuvieron tanto en los grandes palacios y embajadas como en sórdidos rincones tabernarios. Como afirma el historiador Javier Marcos:

> En el siglo XVI, con Carlos V y Felipe II, se mantuvo la hegemonía europea gracias a cierta superioridad en materia de inteligencia. Las victorias políticas y militares estuvieron precedidas de los triunfos del espionaje. En el siglo XVII, antes de Rocroi, del tratado de Westfalia y de la Paz de los Pirineos, el predominio español se perdió en las soterradas guerras de espías en despachos, palacios y embajadas pero también en plazas, callejones y tabernas.

En el centro de la red

La lucha político-militar y la rivalidad económica entre los Estados modernos fueron el escenario en el que los espías se movieron masivamente al servicio de intereses nacionales. Como ya hemos avanzado, en el vértice del entramado secreto de la actividad imperial hispana estaba el propio rey, asesorado por el Consejo de Estado, a través del cual se extendía la intensa red, vinculada al cuerpo diplomático, por la que circulaba la recogida clandestina de información. El papel de los embajadores y enviados estaba inequívocamente unido a la recogida de información secreta y, por supuesto, se esperaba de ellos que ejercieran el espionaje.

Con Felipe II, la inteligencia imperial alcanzó su cénit y el monarca desarrolló una red de espionaje en todos sus reinos que se extendía a otros Estados y a naciones potencialmente enemigas. Para el funcionamiento de esta maquinaria de inteligencia, Felipe II se rodeó no solo de un enorme equipo de colaboradores institucionales, diplomáticos y militares, sino que contó con numerosos expertos y hombres de ciencia en su corte. La biblioteca del palacio en El Escorial guardaba libros de cualquier materia conocida, incluyendo manuales de criptografía, lo que convirtió al monarca en un experto en el cifrado y descifrado de textos secretos.

Dada la configuración policéntrica de la Monarquía Hispánica, el correcto funcionamiento de las redes de información requería un ajuste territorial para coordinar las redes de espionaje —entre ellas y con la corte—, lo que algunos analistas denominan «geopolítica del espionaje», que dependía de la efectividad de los lugartenientes del rey y del correo (embajadores, virreyes, capitanes generales y gobernadores). Sus funciones principales eran la coordinación y el mantenimiento de las redes de inteligencia locales. Todos estos nodos territoriales confluían en Madrid o en El Escorial, donde Felipe II, el secretario de Estado y sus colaboradores de máxima confianza tomaban las decisiones pertinentes.

La telaraña de comunicación que dirigía Felipe II y que utilizaban sus embajadores en Viena y Roma, transmitía información a través de una red de servicios secretos ligada al patronazgo regio. Esos servicios no constituían una organización autónoma, sino que se hallaban encajados en el organigrama político de la Monarquía Hispánica. Las decisiones diplomáticas y de inteligencia finales las tomaba el monarca con un reducido grupo de colaboradores de máxima confianza y secretarios de Estado, a cuyo mando se

encontraban los secretarios de cifra y de lenguas adjuntos a la secretaría de Estado.

Por debajo de esta cúpula existía todo un elenco de fuentes: agentes (espías con misiones secretas concretas); corresponsales (espías que actuaban por recompensa económica o motivos personales); espías instrumentales (espías más o menos ocasionales vinculados a la red); captados (súbditos de otro país ganados a la causa española) y enlaces (personas que realizaban la conexión entre los espías de la red y sus jefes).

En ocasiones, eran los propios virreyes y gobernadores quienes se encargaban de elaborar las disposiciones relativas al espionaje y el contraespionaje en sus respectivos ámbitos. Un ejemplo es la ordenanza dada por el virrey de Sicilia en Palermo, Diego Enríquez de Guzmán, en febrero de 1590, enviada a Felipe II, donde figura lo siguiente:

> Asimismo han de reconocer ordinaria y particularmente las hosterías, almacenes, tabernas y casas particulares de aposento para saber si acude a ellas gente sospechosa, vagabundos, esbirros, espías, jugadores y otros hombres de ruin vida; y averiguarán quiénes son, de qué naciones o lugares y a qué han venido a la ciudad, advirtiendo que si se entendiere ser personas de quien pueda tener ruin indicio […] hagan la captura y nos den parte de ella.

La ordenanza siciliana representaba un esfuerzo por regular las actividades de inteligencia en territorios dispersos, ante el temor de las actividades de extranjeros y gentes de paso, y en ella se incluía contar con un censor que se encargara de controlar la entrada de personas sospechosas de espionaje en las ciudades.

Otros ejemplos en este sentido fueron las ordenanzas para el ejercicio del Correo Mayor de Nápoles de 1559, la orden para el ejercicio de Correo Mayor de Milán de 1582 y las instrucciones dadas por Felipe II a embajadores, virreyes y gobernadores generales, instrucciones todas ellas que estaban integradas en el sistema político-administrativo de los consejos estatales. De hecho, el espionaje era una responsabilidad añadida de los funcionarios o servidores del rey que trabajaban en los asuntos relacionados con la política exterior, y a excepción del cargo de espía mayor —que tuvo corto éxito—, el espionaje era una tarea más de los altos representantes del Estado, una labor administrativa que no requería tratamiento autónomo y que, por tanto, no estaba regularizada en un organismo específico dedicado exclusivamente a espiar, sino que estaba incluida en la política exterior del Consejo de Estado, aunque, como hemos dicho, las decisiones últimas recaían en el rey y en sus colaboradores más cercanos.

Los correos reales y la «geografía del conocimiento»

El monarca exigía estar al corriente de todo lo que sucedía en sus dominios, para lo cual creó un admirable servicio de correos que le informaba con rapidez. Los correos reales transportaban una ingente cantidad de «avisos» que desbordaban a las embajadas repartidas por el Imperio. La mayor parte iban cifrados, incluidas las cuentas reservadas para gastos militares y de espionaje, que hoy siguen denominándose «gastos reservados».

La red de mensajeros que unía la corte hispana con las principales capitales europeas, como Roma, Viena, Constantinopla, Ámsterdam, Lisboa o Bruselas, constituía lo que se conoce como «geografía del conocimiento»: un conjunto de ciudades situadas en los principales centros de obtención y transmisión de información. Pese a que el emperador Carlos V se refería con preocupación a «las inevitables distancias», la información llegaba a la corte desde múltiples centros clave de una red formada por virreyes, capitanes generales, embajadores, consejeros y legados, y asentada y protegida por el poder militar. Todos ellos enviaban noticias, valoraciones y análisis sobre asuntos que afectaban a las relaciones internacionales y a las fuerzas armadas en el exterior, y se articulaban en un todo para mantener en pie el vasto sistema imperial hispánico.

Asimismo se crearon redes de espionaje dentro y fuera de España para neutralizar cualquier rebelión o conjura que hiciera peligrar la paz en el interior. Estas misiones de contraespionaje solían ser muy peligrosas y las realizaban personas que conocían bien el terreno y buscaban el rastro de espías enemigos en lugares clave, como los centros de gobierno en Madrid y Valladolid.

Otros conflictos sobre competencias de contraespionaje tuvieron lugar en las Indias para neutralizar el espionaje de holandeses, franceses e ingleses en esos territorios, así como en la Casa de Contratación sevillana y en los despachos del Consejo de Indias, lugares que exigían la vigilancia del espionaje extranjero en España.

En 1572, Felipe II, en una carta enviada al cardenal Granvela, virrey de Nápoles —de quien hablaremos más adelante—, dejaba claro a los virreyes, audiencias y gobernadores de las Indias que

> … tengan mucho cuidado de que todas y cualesquier cartas y despachos que se nos escribieren y quisieran enviar […] por personas particulares de cualquier estado y calidad que sean, se nos traigan y envíen a muy buen recaudo para […] ser informado de lo que por ellas se nos avisare…

Embajadores-Espías

Desde los inicios de la Edad Moderna, la diplomacia se convirtió en el motor del funcionamiento del Estado en la acción exterior y en un medio de información permanente. Todos los embajadores tenían dos misiones principales: tratar los asuntos de su gobierno y espiar los asuntos de otros países.

Como señala el historiador y embajador Miguel Ángel Ochoa Brun, «una principal tarea también de los diplomáticos de todos los tiempos en relación con la documentación es y ha sido la de informar». Es decir, los embajadores actuaban como receptores y canalizadores de la información secreta y, a través de sus propias redes, la transmitían al Estado.

Por ejemplo, la instrucción que Felipe III dio a su embajador en Francia, Baltasar de Zúñiga, en 1604, pone de manifiesto el empleo habitual de espías y confidentes en las tareas diplomáticas, continuando la tradicional actividad de embajadas anteriores, como la de Juan Bautista de Tassis en París: «Lo que va en cifra en la carta que se sigue para don Baltasar —advierte el rey a su embajador— […] en que convenga emplear confidentes que no sean conocidos de vuestra casa, os ordeno y mando que os valgáis para eso de los inteligentes que hubiere más a propósito, como lo hacía Juan Bautista de Tassis».

Con buen criterio, Ochoa Brun destaca que, aunque el rey solía fiarse mucho de sus embajadores, solo les daba el margen de actuación necesario para conseguir los fines que se había propuesto. Así parece atestiguarlo el dicho atribuido a Fernando el Católico: «Los embajadores son los ojos del rey, pero desdichado aquel que se fíe solo de ellos».

Puesto que eran parte del aparato del Estado, las embajadas estaban obligadas a informar en secreto con regularidad. Una de sus principales obligaciones era recibir por escrito las orientaciones de su misión antes de partir a su destino, orden que se conocía como «Instrucción», tal y como se indica en el libro de Carlos María Carafa de la Espina titulado *El embajador político-cristiano*, editado en 1691 en Palermo: «Debe ser la orden expresa en un pliego que no solamente declare su voluntad, sino aun el modo como quiere que sea; que por esto se llama vulgarmente “Instrucción”».

Baltasar de Zúñiga

De la estirpe de los embajadores-espías hay abundantes referencias en la época imperial. Uno de los principales fue Baltasar de Zúñiga y Velasco, nacido en Salamanca en 1561, embajador en Bruselas, Londres, París y Praga, consejero de Estado y presidente del Consejo de Italia.

De niño estudió en los jesuitas y en 1588 participó en la Gran Armada contra Inglaterra. Tras el fiasco naval, Felipe II «congeló» las aspiraciones diplomáticas de Zúñiga hasta que su sucesor, Felipe III, lo nombró en 1599 comisionado en Bruselas ante la corte de los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia.

Designado representante extraordinario ante la reina Isabel I de Inglaterra, fue uno de los negociadores del acuerdo firmado en Londres en agosto de 1604 que puso fin a la contienda hispano-inglesa.

De Bruselas, en 1603 Zúñiga pasó a la embajada en París hasta 1606, donde le tocó manejar el embrollo diplomático y secreto de una Francia erigida en principal antagonista de los intereses hispanos en Europa. Luego fue nombrado embajador del emperador Rodolfo II en Praga, en un momento crítico para el futuro del Sacro Imperio Romano Germánico y la casa de Austria, cuando ya se presagiaba el estallido de la Guerra de los Treinta Años.

La experiencia diplomática de Zúñiga en los problemas del Imperio Habsburgo le granjearon en Madrid el ascenso al Consejo de Estado y al de Guerra en 1617, y ejerció notorio poder de decisión en ambos organismos, donde se ventilaban los asuntos de espionaje y política exterior más importantes de la Corona hispana. Frente a la política neutralista del duque de Lerma, valido de Felipe III, Zúñiga se mostró partidario de apretarle las clavijas a Holanda. Su lema se resumía en pocas palabras cargadas de desconfianza: si España perdía Holanda, se perderían las Indias, luego Flandes, después Italia y, por último, la propia España.

Como recompensa por sus servicios, el rey Felipe III nombró a Zúñiga comendador mayor de León de la Orden de Santiago y le asignó la tarea de educar al príncipe de Asturias, futuro Felipe IV, para que se encargara de los negocios de Estado en curso.

Zúñiga murió repentinamente en Madrid en octubre de 1622, poco antes de que su sobrino y estrecho colaborador, el conde-duque de Olivares, se hiciera con las riendas del poder durante el reinado de Felipe IV.

Gaspar de Teves y Córdoba

Otro notable colaborador del poder hispano fue el marqués de la Fuente y conde de Benazuza, Gaspar de Teves y Córdoba, que fue embajador en Venecia y Francia. A los dieciocho años entró a formar parte de la milicia, aunque también intervino en asuntos de espionaje. Su padre, que era embajador en París, le encargó desplazarse a Madrid para informar de «asuntos secretos» al rey Felipe IV, que debió quedar muy satisfecho con el trabajo de Gaspar de Teves, ya que consiguió el ascenso a general de artillería y poco después fue designado embajador en Venecia, punto estratégico del espionaje mediterráneo.

En 1680, Teves y Córdoba fue nombrado embajador en Francia, en momentos de gran tensión diplomática y bélica al apropiarse Luis XIV de la ciudad flamenca de Courtrai, lo que provocó la ruptura de relaciones con España.

A Teves le ordenaron abandonar París sin tardanza y, en febrero de 1684, fue canjeado en Hendaya por el embajador de Francia en Madrid. Cuando llegó a la corte española, el rey le prohibió entrar en la capital por haber perdido demasiado tiempo en el camino. Aunque la orden fue suspendida prontamente, solo se le autorizó a vivir en su casa sin salir de ella. El diplomático murió en Madrid en 1685.

«Vigilándose como gatos»

Las inteligencias procedentes de todos los rincones del Imperio eran las vías por las que llegaban a la alta dirección del Estado los asuntos de importancia. En esta tarea se distinguió el conde-duque de Olivares (1587-1645), quien, además de utilizar los servicios de inteligencia habitualmente establecidos, creó su particular red de espionaje. Solía tener espías en distintos lugares del palacio, incluida la cámara real, e incluso tres meses después de una grave enfermedad que estuvo a punto de acabar con la vida de Felipe IV, el conde-duque puso al protonotario Villanueva, uno de sus hombres de confianza, a cargo de los gastos secretos del rey; es decir, le encargó el control de importantes sumas de dinero que proporcionaron a Olivares los fondos necesarios para pagar a espías y agentes. En ocasiones, los datos que se recibían eran sesgados, puesto que los agentes suministraban continuamente informes para justificar su propia existencia. Tal acumulación de información —verdadera o falsa— hizo que para Olivares cualquier

personaje de consideración en la corte se convirtiera en un potencial enemigo y que cualquier rumor de la calle adquiriera tintes de rebelión.

Tanto el conde-duque como el cardenal Richelieu, los dos hombres mejor informados de Europa, mantuvieron a sus espías bajo control directo y, como señala el historiador británico John H. Elliott, «cualesquiera que fueran los méritos de sus respectivos servicios de espionaje, el cardenal y el conde-duque estaban vigilándose mutuamente como dos gatos». Como consecuencia de esta actitud recelosa, Olivares tenía a su servicio confidentes en los que depositaba sus secretos y que le transmitían las opiniones y demandas del pueblo llano. Entre estos confidentes se encontraban el consejero José González, el protonotario Jerónimo de Villanueva, el marqués de Grana, el marqués de Santa Cruz, el marqués de Villahermosa y Francisco Manuel de Melo, escritor, militar y diplomático, autor de *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*.

Traidores de embajada

La inteligencia española también estaba amenazada por la traición de la diplomacia en sus propias filas. Hubo delegados en el extranjero que pasaron información secreta a otros gobernantes, casi siempre por motivos económicos. Así sucedió con Francesco de Mendoza, secretario de cifra de Nápoles durante el reinado de Felipe III; con Giuseppe de San Andrés, acusado de revelar los secretos del Consejo de Italia, o con Melchor Cremona, nombre ficticio de un español buscado en 1619 por pasar información al enemigo desde el gobierno de Milán.

Unos años antes, en 1616, el marqués de Villafranca escribía desde Milán dando cuenta de la traición de un secretario felón que le había engañado «al servirme en la pluma». El traidor era Francisco de Usachi, que hacía funciones de secretario, recomendado por la duquesa de Frías y Zarautz. El marqués se lamentaba de que «la trajo a mi casa, me la alabó y aseguró de su buen servicio; era persona bien nacida como en aquella casa acostumbran a ser los criados de ella».

A Usachi lo encarcelaron en el castillo de Milán y lo hallaron muerto con papeles importantes de la secretaría de Villafranca. Extrañamente, los documentos no estaban ensangrentados, pese a que el traidor había dejado un rastro de sangre y había recibido heridas en el pecho y los hombros, por lo que es posible que los papeles se los colocaran después de muerto.

En 1650, durante el reinado de Felipe IV, se produjo un caso similar con Andrés de Echávarri, secretario del cardenal Albornoz, que fue detenido en Cerdeña por sospechar que había revelado la cifra general. En el informe remitido al Consejo de Estado se decía que el traidor iba a dormir muchas veces a casa de una cortesana con quien tenía trato y que llevaba las cartas cifradas del rey con el descifrado al margen. Las misivas quedaban encima de un bufete durante la noche, cuando se hallaban presentes con frecuencia el barón Juliano y el duque de Colepietro, conocidos enemigos de la causa española en Nápoles. Ambos eran visitantes asiduos de la cortesana y su hermana, y comían juntos con frecuencia.

El agujero informativo por la ruptura de la cifra general produjo un grave perjuicio, pues Echávarri tenía amistad con el secretario del embajador de Francia y con agentes portugueses enemigos, y les pasaba los despachos del rey y del conde de Oñate, causando evidentes daños a los intereses españoles en Nápoles. Al tener conocimiento de estos hechos, el Consejo de Estado acordó detener al secretario de Albornoz hasta recibir nueva orden del monarca. La realidad era que el robo de documentos secretos estaba a la orden del día y que la violación de la correspondencia oficial era frecuente.

En contrapartida, también los agentes españoles se mostraron muy activos en la captura de documentos de otras embajadas. Hay un caso documentado en la consulta fechada el 25 de agosto de 1635 del Consejo de Estado. Los consejeros escribieron a Felipe IV para la captación de un secretario-espía en el ducado de Saboya, que ofrecía sus servicios por carta al embajador español a cambio de dinero. En vista de la importancia del asunto, el Consejo de Estado, con la aprobación del monarca, inició en secreto el trámite para asignar el pago del espía. Existe una comunicación escueta entre el consejero y el marqués de Castelnuovo que menciona al espía saboyano en estos términos: «Con el secretarillo de Saboya me he visto, ofrece servir bien, procuraremos que lo haga y resta saber cómo pagarlo».

Como es lógico suponer, los espías enviados a cortes extranjeras o lugares estratégicos solían operar de forma cautelosa y paciente, y en muchos casos dejaban la información escrita de forma subrepticia. Por esta razón, una de las primeras medidas cuando se detenía a un sospechoso de espionaje era la incautación inmediata de sus papeles, cartas o legajos para realizar un estudio exhaustivo.

Como ya hemos señalado, los Consejos de Estado y de Guerra, presididos por el rey, tenían competencia absoluta en cuestiones relacionadas con la diplomacia y el espionaje de la Monarquía Hispánica. Sus miembros formaban la cúspide del servicio de información secreto, y ambos consejos nombraban a los embajadores y agentes en el extranjero y redactaban las instrucciones y credenciales para su gestión.

Como bien señalaba el capitán y explorador Gil González Dávila (1480-1526),

> … el Consejo de Estado es el mar donde vienen a parar los mayores secretos y misterios […] de la Monarquía. En el Consejo se tratan guerras, paces, ligas, treguas, disposiciones de armadas, conquistas de nuevos reinos, casamiento de reyes, príncipes y personas reales; y se consultan los cargos… Embajadas de Roma, Alemania, Francia, Inglaterra, Saboya y Génova y las extraordinarias, y se disponen las materias dependientes de ellas y se dan instrucciones con mandatos expresos de guardarlas; se eligen intérpretes de las lenguas latina, alemana, francesa y árabe […]. Las cartas y despachos que los ministros envían de fuera y dentro de España, pertenecientes al Consejo de Estado, vienen a manos de los secretarios que las abren y ponen en relación y remiten a Su Majestad. Si la carta viene sobreescrita «Al rey Nuestro Señor, en sus reales manos», el secretario la envía cerrada para que Su Majestad la lea, y en leyéndola la remite al secretario y ordena que la vea el Consejo. Y cuando se ofrecen materias que no quiere el rey tenga noticia de ellas, el Consejo las resuelve consigo solo y manda al secretario lo que debe hacer en ellas.

En este sentido, los autores Carlos Carnicer y Javier Marcos son concluyentes. Todas las instrucciones relativas al espionaje procedían de la corte, del Consejo de Estado y del propio rey, tanto las que trataban de agentes y misiones de los servicios de inteligencia, como de las tácticas a seguir en los manejos secretos.

El supremo organismo asesor en materia política, el Consejo de Estado, estaba vinculado estrechamente al de Guerra, ya que todos los consejeros de Estado también lo eran de Guerra, y al de Estado le competía también la actividad bélica. La red de espías y agentes de inteligencia desplegados en las unidades militares dependientes del Consejo de Guerra utilizaba asimismo informadores civiles próximos a los teatros de operaciones.

Eran muchos los escritos de agentes y espías militares enviados al Consejo de Guerra, aunque la mayor parte de las veces eran escasamente considerados o suscitaban poca confianza, motivada en muchos casos por la baja situación social y la excesiva motivación económica de los confidentes. Sin embargo, no hay duda del importante papel jugado por mercaderes, comerciantes y hombres de negocios en la obtención de información secreta. Dotados de una gran movilidad viajera, eran capaces de visitar muchos lugares con la tapadera de sus trabajos. Conocer la situación económica del

país era disponer de una fuente de información de primer nivel, y con frecuencia hacían de correos de cuanto sucedía a su alrededor.

Junto a los hombres de negocios como agentes de inteligencia estaban también los religiosos, considerados informadores muy valiosos en misiones itinerantes, ya que, gracias a su ascendencia ideológica y espiritual, podían llegar a capas sociales vedadas a otros grupos.

Una vez que el Consejo de Estado trazaba la estrategia y las misiones que debían emprenderse, era el Consejo de Guerra el ejecutor de lo dispuesto. Pero para responder a las necesidades de gobierno del Imperio estaban también los secretarios, un elemento clave de la gestión política y administrativa de la Corona. Su deber primordial era garantizar la seguridad del Estado ante enemigos interiores y exteriores, mediante el conocimiento aportado por la red de relaciones personales entre las personas influyentes y los servicios de espionaje.

Muchos de los espías más fieles a la Monarquía Hispánica eran aventureros o buscavidas, católicos clandestinos en tierras luteranas o combatientes en las guerras de religión de Francia. De uno de ellos, Martín de Bustamante, hay noticia de que estuvo al servicio de García de Arce, Fernando Hurtado de Mendoza y Juan Velázquez, capitanes generales de Guipúzcoa. Detenido en 1599 en Pau, capital de la región del Béarn, planeó varios atentados contra Antonio Pérez, el antiguo secretario de Felipe II, y se mantuvo leal al rey a pesar de ser procesado y torturado en las prisiones bearnesas. Cuando salió en libertad continuó sus actividades de espionaje denunciando el contrabando de caballos y a los luteranos y moriscos que cruzaban la frontera.

Según algunos estudios publicados sobre el espionaje y la diplomacia española entre 1598 y 1635, hay constancia de 231 confidentes al servicio de la Corona. Un 35 % del total no actuaron durante más de un año y la duración media del resto de estos espías no llegó a los cuatro años. Tan solo dieciséis estuvieron activos durante más de veinte años, y al menos ocho de ellos eran funcionarios, como Juan de Arbelays, correo mayor de Irún; Jacques Bruneau, secretario de embajada en Francia; Henri de Saureulx, capellán del rey de España que perteneció a la Liga Católica francesa; Manuel Lope; Carlos Baudequin, ayudante del conductor de los embajadores, y Antonio de Bardaxí, antiguo bandolero.

De los espías mencionados en la citada encuesta, hubo dieciséis que murieron asesinados o ejecutados, lo que evidencia el peligro que entrañaba su oscuro trabajo. Uno de ellos, Carlos de Roo, acabó en prisión y ejecutado

en Francia. Otro, Sieur de la Grange, estuvo encarcelado en Lyon y en Génova, actuó como agente del coronel italiano Alardo, que trabajaba a favor de la causa hispana, y murió asesinado por sicarios del duque de Saboya en 1622.

Así los describe el historiador Alain Hugon:

> Vidas aventureras que rozan permanentemente el peligro y la muerte, vidas de hombres a veces de estirpe humilde que podían frecuentar la élite del poder real gracias a los servicios secretos que prestaban…

Espionaje y fortificación

La fortificación y el espionaje estuvieron estrechamente unidos en los siglos de apogeo del Imperio hispano. La lucha secreta por obtener información sobre las defensas y fortalezas enemigas estuvo vinculada al desarrollo tecnológico de las armas y de la ingeniería, y en muchos casos resultó determinante a la hora de decidir el resultado de la guerra.

En los inicios del siglo XVI, la nueva artillería, las fortificaciones con diseños innovadores y los originales sistemas de minado y contraminado —ideados por Pedro Navarro (1460-1528) a las órdenes del Gran Capitán— impusieron la supremacía militar de las fuerzas españolas.

Pero nada se improvisa, y en la guerra, mucho menos. La revolución tecnológica táctico-militar surgió gracias a un importante trabajo de espionaje dirigido por Fernando el Católico, que supo aprovechar los avances artilleros producidos en Francia a finales del siglo XV, influyendo así en la evolución armamentística del ejército castellano, que culminaría en la creación de los tercios.

Para la demolición de fortalezas, aparte de la artillería, el medio de mayor poder destructivo eran las minas explosivas, una técnica en la que Pedro Navarro resultó un maestro. Como señala el arquitecto experto en fortificación Fernando Cobos Guerra, cuando las minas españolas de Navarro reventaron los castillos que defendían Nápoles o las contraminas de Ramiro López actuaron en Salses —frustrando el asalto francés a esa famosa fortaleza del Rosellón—, estaba claro que los ingenieros hispanos dominaban ya una técnica que afirmaría la hegemonía española en Europa durante largo tiempo.

La innovación de las minas y contraminas fue también producto de un esfuerzo técnico que venía de muchos años atrás, de los tiempos de los castillos de la Mota y de Coca, que ya disponían de pozos contraminas. Antes de 1503 hubo también minas explosivas españolas que marcaron época, como las que utilizó Francisco Ramírez de Madrid (c. 1445-1501), capitán general de artillería, en la toma de Málaga en 1487.

Durante los enfrentamientos en 1495 entre españoles y franceses en Nápoles, el empleo de las minas se atribuye al ingeniero italiano Francesco Giorgio Martini, que expuso la técnica en un manuscrito que en 1503 acabó en poder de Leonardo da Vinci. Martini la utilizó para diseñar fortificaciones en Piombino y lo más probable es que la conociera a través de los ingenieros y capitanes españoles que combatieron en Nápoles.

La fortaleza de Salses, prácticamente inexpugnable, que Fernando el Católico ordenó construir en 1495 al ingeniero Ramiro López, se convirtió en un buen exponente de la superioridad tecnológica española en materia de fortificación, y fue determinante en el desenlace victorioso de la guerra con Francia por la posesión del reino de Nápoles.

Cobos añade que la intención del rey aragonés era disponer de una fortaleza al norte de Perpiñán capaz de resistir a la artillería francesa —considerada la mejor de su época— durante el tiempo suficiente como para movilizar al ejército hispano si Francia atacaba Salses para responder al avance español en Nápoles.

Salses fue construida para protegerse desde los fosos con caponeras y galerías, evitando el tiro directo de los cañones franceses, y estuvo acabada en el verano de 1503, cuando los acontecimientos en Italia se precipitaron al morir Alejandro VI, el papa Borgia. Como señala Cobos:

> Su conquista se convirtió para los franceses en la manera de demostrar su poder ante los príncipes italianos que dudaban si apoyar a Francia o España, pero su resistencia y el fracaso final el ataque francés, acabó sirviendo para que muchos príncipes italianos, incluyendo la poderosa Venecia, retiraron su apoyo a los franceses.

Al parecer, los franceses sabían que la fortaleza estaba construida sobre pilares a causa del agua que bajaba de la montaña y supieron utilizar un conducto subterráneo para inundar el foso y los cimientos, algo que se logró evitar por el aviso del contraespionaje español, que conocía el secreto por un espía francés que había trabajado durante mucho tiempo en la construcción de Salses.

Pintores espías y constructores renegados

Las colecciones de dibujos de fortificaciones fronterizas fueron abundantes al comienzo del siglo XVI. Una de las más famosas se guarda en Lisboa y es de 1508-1509, cuando el rey don Manuel de Portugal ordenó al pintor Duarte de Armas que dibujara todas las fortificaciones en la frontera con Castilla.

Curiosamente, como indica el arquitecto Cobos, existe otra copia de los dibujos, menos detallada, archivada en la Biblioteca Nacional de Madrid, cuya procedencia se ignora, lo que hace pensar que posiblemente Duarte de Armas fuera un espía de Castilla y vendiera los planos que había dibujado para el rey de Portugal.

Otro espía pintor portugués fue Francisco de Holanda, ingeniero experto en fortificaciones. El rey de Portugal lo envió cuando tenía veinte años a espiar, en 1538, los sistemas defensivos que se construían en España e Italia. La «tapadera» del viaje fue su oficio de pintor y dibujante de antigüedades italianas.

El resultado quedó recogido en un libro que se conserva en la biblioteca de El Escorial en el que aparecen algunas de las fortificaciones más importantes de la época, como las de Fuenterrabía y Salses, en la frontera hispano-francesa, y las de Milán, Ferrara o San Telmo en Nápoles.

La coartada de Francisco de Holanda era que se le había encargado retratar en Valladolid a la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos V. Sin embargo, cuando llegó a la capital castellana supo que la imperial pareja estaba en Barcelona, ciudad a la que se el pintor se dirigió, aunque no por el camino más corto… Pasó por San Sebastián, Fuenterrabía y cruzó a Francia, a la ciudad de Salses. El pintor debió de aprovechar este largo viaje para espiar y dibujar esas fortalezas y enviar informes antes de embarcar desde Barcelona a Nápoles, con escala en Niza, y regresar finalmente a Lisboa.

Francisco de Holanda era un agente muy preparado técnicamente y sus dibujos de las fortificaciones son de gran precisión y sirvieron de modelo para elaborar planos posteriores.

Aun así, en el manejo de la información secreta fueron los espías militares los que más arriesgaron a la hora de traspasar líneas o fronteras enemigas, ya que solían actuar sin tapadera alguna.

Del espionaje militar en fortalezas de fronteras hay dos ejemplos interesantes en los archivos españoles. Uno es el plano de Bayona de 1542, y otro el que hizo de la fortaleza de Navarres (Francia) el veedor del virrey

Pedro de Angulo en 1548. Esta fortaleza fue construida en la Navarra del norte de los Pirineos por un ingeniero siciliano y no está claro si se edificó contra España o contra Francia.

Asimismo, el fracaso de Carlos V en Argel en 1541 (lo veremos más adelante) tuvo que ver con la solidez y buena traza de las fortificaciones argelinas. Durante mucho tiempo, la inteligencia hispana redobló sus esfuerzos para conseguir información de primera mano sobre las murallas de Argel y, de hecho, fueron los cautivos cristianos que los frailes rescataban a cambio de dinero quienes la proporcionaban.

El más conocido de estos espías fue Diego de Haedo, quien, a pesar de no haber estado nunca en Argel, proporcionó planos minuciosos de las fortificaciones, con datos que pudieron proceder del propio Miguel de Cervantes cuando estuvo preso en esa ciudad corsaria.

Hubo también cautivos que trabajaron como informadores y constructores en favor de los turcos para reforzar las defensas de Argel. En estos trabajos participaban moriscos expulsados de España, renegados y cautivos pasados al islam. Entre estos renegados de nombres imprecisos destacaron un maestro de obra de Almería, entre 1544 y 1545, un sardo en 1571, un veneciano en 1579, que renegó de su fe cristiana tras veinte años de esclavitud, y un napolitano en 1619. Haedo cita también que en uno de los fuertes de Argel, junto al barrio de los moriscos, trabajaba en 1568 el ingeniero siciliano «Mustafá», y hay noticia también de que ese mismo año trabajaba un cantero navarro llamado Michel y otro español apellidado Tamargo.

Fernando Cobos menciona que, tras la derrota portuguesa de Alcazarquivir en 1578, los musulmanes capturaron prisioneros portugueses expertos en fortificación que quedaron al servicio de Ahmad al-Mansur, emir de Fez. Estos ingenieros construyeron defensas en Larache y Fez, y entre ellos había, al parecer, un italiano llamado Juan Mateo Benedetti y un renegado español de Córdoba de nombre Mansorico, aunque en algunos casos el diseño y la construcción de estos fuertes eran saboteados por los propios renegados, obligados a trabajar a la fuerza.

Ingenieros espías

La figura del ingeniero-espía llegó a la imprenta en la obra del matemático florentino Fiammelli, que en 1602 publicó *Il Principe cristiano guerriero*, un libro repleto de recomendaciones para el espionaje de las

«fronteras de piedra», en el que se subrayaba la cautela como elemento clave y necesario a la hora de levantar una fortificación. Así, disfrazado, el ingeniero-espía debía anotar todo lo referente a los lugares por los que pasaba para informar y hacer dibujos

> … con las distancias, los lugares por los que irán las vituallas y artillería, y donde puede ser enfrentado por el enemigo. Debe informar de los ríos, de dónde están los puentes, dónde se puede acampar, la calidad de la tierra para hacer trincheras, sí hay bosques para obtener madera, si los ríos son navegables o son torrentes, los vientos, el clima. Es más, no se puede olvidar de informar sobre la gente que lo habita, las ciudades, si el príncipe es amado por sus súbditos, y que dicen de él.

No resulta extraño, por tanto, que se contase con los ingenieros a la hora de realizar misiones secretas sobre construcciones militares y fortificaciones. Hay múltiples ejemplos. Uno de ellos es el del virrey de Sicilia, Marco Antonio Colonna, que envió al ingeniero Vincenzo Locadelo con un hijo suyo a París y otros lugares en misión secreta, algo de lo que solo podía tener conocimiento Juan de Idiáquez, por entonces jefe del espionaje hispano. En 1585, después de dos años de viaje, los enviados aún no habían regresado y llevaban gastados más de tres mil escudos, sin que llegara noticia alguna de que estuvieran cumpliendo con su tarea secreta.

En cualquier caso, convenía tratar bien a los ingenieros, ya que por su trabajo conocían muchos secretos defensivos. De hecho, si se sentían maltratados, las deserciones eran frecuentes. Como ejemplo podría citarse al ingeniero italiano Giulio de Urbino, a quien el duque de Alba intentó ahorcar. Urbino se ofreció al mejor postor y llevó los planos y dibujos de las plazas fuertes de los Países Bajos a Inglaterra, y luego al duque de Anjou en Francia.

Otro caso fue el del italiano Federico Giannibelli, que ofreció sus servicios a España en Flandes. Sin embargo, se sintió despreciado y, en venganza, en 1585 se unió a los rebeldes calvinistas. Y, por último, mencionaremos la andadura del capitán Moncada, experto en fortificaciones, que se pasó a los holandeses. No tuvo buen final porque, cuando lo capturaron en la toma de Maastricht, sus propios compañeros lo mataron sin compasión.

Giulio Brancaccio: ingeniero, espía y cantante

Como ejemplo del cambio de lealtades que tan a menudo se producía entre los espías expertos en fortificación podemos citar el caso del noble

italiano Giulio Cesare Brancaccio, que, además de ingeniero, era un cantante famoso en la corte italiana de Ferrara.

En 1581, Brancaccio se relacionó con la embajada de Ferrrara en Venecia y ofreció sus servicios a Felipe II en cuestiones bélicas. Había escrito un libro sobre su experiencia guerrera en Francia, que envió a Juan de Idiáquez, pero el cardenal y secretario de Estado Antoine Granvela alertó desde Nápoles diciendo que, aunque Brancaccio había estado en Túnez con Juan de Austria, lo consideraba sospechoso de espiar para los franceses. Lo cierto era que el italiano había trabajado para el rey de Francia y, cuando abandonó ese país, pululó por distintas cortes en busca de un señor a quien servir.

De hecho, unos años antes Brancaccio había intentado negociar con Venecia, de lo que informó puntualmente el embajador español en Saboya, Francisco de Vargas, quien también sospechaba que el italiano espiaba para los franceses. Entretanto, el ingeniero hizo llegar a Granvela algunas invenciones para la guerra y, tras desaparecer de Saboya, llevó sus propuestas a la corte imperial de Viena, que las desestimó.

Indagando en el pasado del dudoso espía, Granvela descubrió que en 1553, estando en Sajonia, Brancaccio y uno de sus hermanos, de nombre Ottaviano, considerándose vejados por un soldado español, lo mataron para vengarse. Los compañeros del soldado asesinado persiguieron a los hermanos, despedazaron a Ottaviano y apresaron a Brancaccio, que aseguró que todo lo había hecho por orden del duque de Alba. Estuvo a punto de ser degollado, pero, gracias a la amistad de nobles napolitanos, se le perdonó la vida y acabó preso en el Castelnuovo de Nápoles, donde acudió a verle el virrey, Pedro de Toledo, que falleció poco después.

Por razones confusas, el ingeniero fue enviado a Inglaterra, y luego pasó desde Bruselas al servicio de los franceses, lo que motivó que Granvela alertara sobre él a la inteligencia hispana.

Tras haber dejado de prestar sus servicios en Francia, Brancaccio fue huésped del duque de Sessa en Nápoles, quien lo recomendó para servir al rey de España. Luego fue a Sicilia en 1573 con Carlos de Aragón, duque de Terranova, que le avaló como experto en fortificaciones a la vista de los informes que el italiano le mostró sobre las defensas de Palermo, Mesina y Trapani. Pero la inteligencia española siguió sin fiarse demasiado…

Pese a todo, donde, al parecer, Brancaccio obtuvo sus mayores éxitos fue como cantante en la corte de Ferrara, ya que tenía una voz de bajo excepcional. Sus éxitos como cantante —además, era un gran conversador— no debieron de bastarle, ya que lo que en realidad deseaba más era ser

reconocido por sus méritos como inventor de artilugios bélicos y como teórico de la guerra.

Finalmente, en 1583 el duque de Ferrara prescindió de sus servicios, aunque el despido no pareció desanimarle en exceso. En 1585 escribió una obra en la que aconsejaba al papa Sixto V cómo acabar con el poder turco, y se ofreció a los venecianos para fortificar Bérgamo. Un año después ya no volvió a saberse de él.

2
Espías con nombre propio

Como acabamos de ver, los servicios secretos de la Corona española en los siglos XVI y XVII dependían directamente del Consejo de Estado, que, junto al de Guerra, focalizaba las decisiones relacionadas con el espionaje. El entramado político seguía un esquema piramidal, en cuya cúspide se encontraba el rey —o, en ocasiones, su valido—, quien siempre tenía la última palabra; en el segundo escalón estaba el propio Consejo de Estado, el Consejo de Guerra y el secretario de Estado, el equivalente a un jefe de Gobierno actual; en el tercero figuraban los lugartenientes del rey, es decir, embajadores, virreyes, gobernadores generales y capitanes generales de galeras, que aplicaban las normas de la corte y encabezaban sus propias redes de espionaje en el ámbito geográfico de su mandato; y en el cuarto y último, pero no menos importante, estaban los secretarios, auténticos «cerebros en la sombra» de los servicios secretos, que mantenían el trato directo con los espías y se encargaban del cifrado y descifrado de mensajes secretos.

El resultado de esta compleja organización fueron unos servicios de inteligencia bastante efectivos, con niveles de competencia desiguales, pero atentos a la realidad bélica y capaces de sostener un tráfico de avisos secretos en los centros del espionaje mundial: Nápoles, Génova, París, Londres, Constantinopla, Argel, Ragusa, Roma, Saboya, Bruselas, Viena y, sobre todo, Venecia.

Los virreyes, gobernadores y embajadores, al tomar posesión de sus cargos, recibían unas instrucciones escritas del monarca con una serie de líneas básicas que les servían de normas de actuación. Por lo general, se les hacía llegar una instrucción «ordinaria», que tenía carácter público, y otra «secreta», dirigida exclusivamente a la persona que ocuparía el cargo, en la que se incluían comentarios sobre las relaciones con el soberano extranjero de turno, los contactos con los destinatarios de los mensajes más importantes, las

normas sobre la utilización de la cifra y el correo, y el control de los gastos secretos, ya que era obligatorio rendir cuentas de los mismos cada seis meses.

La dinastía Granvela

Nicolás y Antoine Perrenot de Granvela, padre e hijo, son dos personajes que dejaron profunda huella en el espionaje imperial en tiempos de Carlos V y Felipe II. Durante varias décadas ambos influyeron decisivamente en la política exterior de la Monarquía Hispánica, y su abundante epistolario está repleto de cartas de espías y agentes secretos que hacen referencia al manejo de las inteligencias en los muchos frentes abiertos durante los años del apogeo imperial.

Señor de Granvela en el Franco Condado, Nicolás fue consejero de Estado en los Países Bajos y embajador permanente de Carlos V. Estudió Derecho en la Universidad de Dôle, en Borgoña, donde tuvo como maestro a Mercurino de Gattinara, un gran humanista y diplomático vinculado a la cancillería imperial, cuya amistad le serviría de guía en el futuro y le abriría las puertas para desempeñar las más altas funciones de la carrera política.

Tras ejercer como abogado se casó con Nicole Bonvalot, hija de una adinerada familia de comerciantes de Besançon, matrimonio del que nacieron quince hijos, el más destacado de los cuales fue Antoine, que, como veremos, siguió los pasos de su progenitor.

Un año después de ser nombrado consejero en el parlamento de Dôle, en 1518, la gobernadora y regente de los Países Bajos, Margarita de Austria, nombró a Nicolás Granvela relator y consejero de Estado en ese territorio de la Corona y le encomendó negociar un tratado de neutralidad perpetua entre las dos partes de Borgoña: la sometida a la Corona francesa y la española del Franco Condado.

Promovido a consejero privado de la gobernadora, Nicolás Granvela actuó como su representante en las negociaciones de paz que, en 1521, auspiciadas por Enrique VIII de Inglaterra, mantuvieron en Calais los delegados de Carlos V y el rey francés Francisco I. Aunque no hubo acuerdo y la hostilidad franco-imperial siguió su curso, la negociación permitió a Nicolás acceder al círculo del emperador, en el que Margarita de Austria desempeñaba un papel destacado. Fue ella quien, en 1525, lo recomendó a su sobrino Carlos V, que

le encargó ir a España para asistir a las conversaciones de paz en Madrid, tras la derrota y prisión de Francisco I en la batalla de Pavía.

Firmada la paz en 1526, y una vez liberado el rey francés, Nicolás Granvela fue uno de los encargados de garantizar en la corte francesa el cumplimiento del Tratado de Madrid, que exigía, entre otras cosas, la devolución del antiguo ducado de Borgoña a Carlos V. Pero el rey francés no tenía intención alguna de cumplir lo pactado y, muy al contrario, intrigó con el papa Clemente VII y otros Estados italianos para formar una liga contra el emperador en 1526.

En 1527, año en el que tuvo lugar el Saco de Roma, cuando las tropas imperiales combatieron al papa, Nicolás adquirió el señorío de Granvela. También en esa época estuvo encarcelado en Francia como castigo por la detención, por orden imperial, de unos embajadores de Francisco I, aunque, una vez liberado, retornó a la corte de Carlos V en España, donde sus servicios se vieron premiados con el puesto de consejero de Estado. Poco tiempo después, junto con Mercurino de Gattinara, el flamante consejero se apuntó un éxito diplomático al conseguir que el papa Clemente VII acompañara al emperador cuando fue coronado en Bolonia en 1530.

El poder de Nicolás Granvela se consolidó cuando Carlos V lo nombró canciller. A partir de entonces, él y el secretario Francisco de los Cobos fueron los encargados de manejar los asuntos más importantes —en gran parte secretos— del emperador. Cobos se ocupó de las cuestiones de España y el Mediterráneo, y Granvela de las de Flandes y Alemania.

Nicolás Granvela también siguió al emperador en sus viajes y empresas bélicas, y lo acompañó en la conquista de Túnez en 1535 y en la expulsión de Jairedín Barbarroja de su guarida. Posteriormente, el canciller intervino en otros escenarios, como Francia, Roma y Alemania, en defensa siempre de los intereses imperiales.

Así, cuando Francisco I invadió Saboya y reinició las hostilidades contra Carlos V, el emperador contraatacó invadiendo la Provenza, campaña que resultó desfavorable para el ejército imperial. El conflicto hispano-francés se encontraba en un punto muerto, lo que obligó a Nicolás Granvela y a Francisco de los Cobos, con la mediación del papa, a utilizar sus mejores armas diplomáticas para lograr la tregua de diez años que se firmó en 1538.

Tiempo después, tras el fracaso de la Dieta de Worms —que trataba de solventar el cisma luterano—, acompañó a Carlos V en el desastroso empeño de conquistar Argel en 1541. También tuvo un papel destacado, ese mismo

año, en la Dieta de Ratisbona, con la que de nuevo se pretendía alcanzar el entendimiento entre católicos y protestantes.

A finales de 1542, Nicolás Granvela fue nombrado embajador imperial en el Concilio de Trento. En esta ocasión le acompañaron sus hijos Antoine y Tomás, que llegó a ser embajador de Felipe II de Francia entre 1559 y 1564. La enfermedad le impidió estar en la apertura del concilio, y fue Antoine quien pronunció el discurso de presentación. Poco después, padre e hijo intervinieron en otras componendas en demanda de ayuda contra los turcos en Alemania y volvieron a negociar, en 1544, la paz con Francia, el sempiterno enemigo de Carlos V.

Nicolás Granvela logró un acuerdo, en la ciudad de Crèpy, con Francisco I, pero el problema protestante seguía muy enconado en Alemania, por lo que Carlos V, aconsejado por el duque de Alba, decidió recurrir a la guerra contra los luteranos. Nicolás Granvela no era partidario de esta opción, pero en esta ocasión su criterio no pudo imponerse. Afectado por el fracaso, pidió permiso al emperador para retirarse durante algún tiempo en el Franco Condado, pero Carlos V lo volvió a llamar a su servicio y en 1546 lo envió a Brujas, en Flandes, con la misión de ajustar un tratado de paz entre Inglaterra y Francia. Al mismo tiempo, y puesto que formaban parte del séquito del emperador, Nicolás y Antoine Granvela se encargaron de las gestiones secretas destinadas a crear alianzas con príncipes y ciudades libres alemanas, con el objetivo de lograr que una gran parte el territorio germano quedara bajo control imperial.

Todos estos éxitos no impidieron que los Granvela fueran acusados de corrupción por los legados del papa Pablo III ante el emperador. Muy afectado por estas acusaciones, en 1547 Nicolás se retiró al Franco Condado con el pretexto de su avanzada edad y su mal estado de salud. Sin embargo, el emperador volvió a recurrir a él cuando, tras la victoria imperial en Mülhberg contra los protestantes alemanes, se hacía imprescindible solucionar el conflicto familiar que el papa mantenía sobre la devolución de Parma y Piacenza, una crisis que empezó cuando Pablo III intentó anexionar esos territorios para dárselos a su hijo Pier Luigi Farnesio, duque de ambas ciudades.

Parma y Piacenza formaban parte del Milanesado hasta que pasaron a manos de la Iglesia tras las revueltas que siguieron a la invasión de Italia por parte del rey francés Carlos VIII en 1494. Ocupada por los franceses entre 1500 y 1512, el papa Julio II se posesionó de Piacenza tras la batalla de Rávena. Cuando el pontífice murió, ocupó la ciudad el virrey de Nápoles, Ramón de Cardona, que devolvió el disputado territorio al duque de Milán,

Maximiliano Sforza, quien, a su vez, lo cedió al papa León X por sesenta mil ducados.

En octubre de 1515, por la paz de Viterbo, Parma y Piacenza volvieron al ducado de Milán, y en 1521 a la Iglesia, hasta que en 1545 el papa Pablo III nombró a su hijo Pier Luigi duque de ambas ciudades, lo que causó la indignación del emperador Carlos V y del Estado de Milán, donde gobernaba Ferrante Gonzaga, que se propuso recuperar para la causa hispana los dos estratégicos enclaves.

La situación se precipitó con la conjura planeada por Gonzaga para asesinar al duque de Farnesio. Los conjurados lo colgaron de una ventana cabeza abajo y dejaron caer el cadáver al foso del castillo para que se lo comieran los pavos que allí abundaban. Los piacentinos pidieron entonces ayuda a las tropas españolas, que en septiembre de 1547 entraron en la ciudad.

La muerte del duque y la toma de Piacenza, hechos en los que Nicolás Granvela jugó un importante papel, desataron una serie de reacciones que terminaron reafirmando la política imperial en Italia. En realidad, era un juego de poder y espionaje entre el Papado y el emperador que dejaba en evidencia la guerra secreta que mantenía Carlos V contra el Vaticano en defensa de los intereses imperiales.

Una vez ocupada Piacenza, Nicolás Granvela insistió en no devolver la ciudad, y a la muerte de Pablo III en 1549, las negociaciones con los enviados papales se rompieron. Después, Carlos V llamó a su fiel secretario para preparar las negociaciones de la Dieta de Augsburgo. En agosto de 1550, de camino a Alemania, las fuerzas le fallaron y Nicolás Granvela murió en la ciudad de Augsburgo.

El canciller Granvela fue de uno de los grandes artífices de la política imperial hispana en Europa durante la primera mitad del siglo XVI. Sus dotes diplomáticas y su capacidad para el manejo de las inteligencias secretas resultaron imprescindibles en la defensa de los intereses de Carlos V.

Antoine Granvela: Flandes y la Santa Liga

Nacido el 20 de agosto de 1517 en la ciudad francesa de Besançon, Antoine Perrenot de Granvela era el hijo varón mayor de Nicolás Perrenot de Granvela, que, como acabamos de ver, le preparó para ocupar un puesto relevante en los negocios del Imperio. Así, en 1529 fue nombrado camarero y

protonotario del papa Clemente VII, y poco después entró en la Universidad de Lovaina, donde contactó con importantes seguidores de Erasmo de Rotterdam. Tras su etapa en Lovaina realizó estudios de Derecho en la Universidad de Padua, donde conoció al cardenal y humanista Pietro Bembo, un contacto muy valioso que le abrió las puertas de la carrera eclesiástica. Después de pasar un tiempo en París, empezaron a lloverle los cargos: fue preboste en la catedral de Malinas y en la de Utrecht, arcediano y primer chantre en Besançon y Cambrai, abate del monasterio benedictino de Saint Vincent, en Besançon, y obispo electo de Arras a los veintiún años, cuando ni siquiera había sido ordenado sacerdote. De hecho, no lo fue hasta 1540, tres años antes de su consagración episcopal en Valladolid. Una vez nombrado obispo —por recomendación de la reina María de Hungría, hermana del emperador Carlos V y gobernadora de Flandes—, Granvela se dedicó a ayudar a su padre en las tareas secretas de la cancillería, aumentando cada vez más su responsabilidad en la gestión de los asuntos europeos de la Monarquía Hispánica.

Tras acompañar a su padre en la coronación de Carlos V en Bolonia en 1530, su ascenso fue muy rápido: en 1534 se convirtió en miembro de pleno derecho del Consejo de Estado del emperador, el órgano que gestionaba la política exterior del Imperio, ocupándose sobre todo de los asuntos relacionados con los Países Bajos, Francia, Inglaterra y los Estados del norte de Europa. En septiembre de 1549 encabezó la representación imperial para recibir al príncipe Felipe —futuro Felipe II— en los Países Bajos, y a la muerte de su padre en 1550, se convirtió en la figura central del gobierno imperial, asumiendo la presidencia del Consejo Privado, donde se ventilaban un buen número de cuestiones de inteligencia, cargo que ocupó hasta la abdicación de Carlos V en octubre de 1555, ceremonia en la que habló en nombre de los Estados Generales de Flandes.

Ya durante el reinado de Felipe II, Granvela siguió siendo una figura clave en los asuntos de política exterior de la Monarquía Hispánica. De hecho, fue él quien negoció el matrimonio del todavía príncipe Felipe con la reina María Tudor de Inglaterra. En 1559, cuando Margarita de Parma era gobernadora de los Países Bajos, Granvela participó en su Consejo Privado y fue nombrado arzobispo de Malinas y posteriormente cardenal en 1581.

Durante los cinco años en que Felipe II residió en Bruselas, Granvela afianzó su relación con el rey, impresionado por la capacidad de trabajo y la destreza negociadora de su consejero, que dominaba ocho idiomas (francés,

español, italiano, latín, griego, inglés, holandés y alemán) y mostraba unas cualidades de oratoria excepcionales.

Sin embargo, en 1564, el consejero sufrió un serio revés a causa de los asuntos de Flandes —contrarios a los intereses de la Monarquía Hispánica— y se retiró al Franco Condado, hasta que dos años después Felipe II lo envió a Roma como embajador, donde intervino —activa y confidencialmente— en la elección del nuevo papa, Pío V, cuyo respaldo fue decisivo para la creación de la Liga Santa, que culminó en la batalla de Lepanto en 1571. Ese mismo año fue nombrado virrey de Nápoles, cargo que ocupó hasta 1575, cuando volvió a Roma como consejero del embajador español Juan de Zúñiga. Cuatro años después, Felipe II lo llamó para ocupar la regencia en España mientras el monarca emprendía la campaña para unir Portugal a la Monarquía Hispánica.

Antoine Granvela se relacionó con las personalidades más destacadas de su época. Su lealtad a la Monarquía Hispánica estuvo siempre fuera de cualquier duda, y medió para resolver el conflicto familiar que se había producido a cuenta de la sucesión del emperador Carlos, que deseaba asegurar a su hijo Felipe la Corona imperial y exigía que le nombraran heredero al Sacro Imperio. El hermano de Carlos, que sería el emperador Fernando I, consideró que esta pretensión era una afrenta, ya que su deseo era dejar en herencia la Corona imperial a su hijo Maximiliano. La cuestión dinástica enfrentó a los dos hermanos, pero finalmente, gracias a la intervención de Granvela, en 1551 ambas partes llegaron a un acuerdo que el propio Granvela se encargó de redactar y en el que se establecía que la sucesión imperial se alternaría entre las dos ramas de la casa de Austria. Algo que después no se llevaría a cabo.

Después de la paz de Cateau-Cambrésis en 1559, firmada entre Felipe II, Isabel I de Inglaterra y Enrique II de Francia, Granvela estaba más que satisfecho por su indudable éxito diplomático, ya que el tratado suponía un reconocimiento de la hegemonía española en Europa. Cuando el monarca hispano regresó a la Península, dejó a su hermanastra Margarita de Parma como gobernadora de los Países Bajos y ordenó a Granvela que la asistiese como consejero. Investido en su nuevo papel, inmediatamente adoptó medidas «duras» contra las reclamaciones flamencas de mayor autonomía política y libertad religiosa, lo que provocó una agria campaña contra él y una creciente oposición. Las críticas aumentaron cuando, en 1561, fue nombrado cardenal por el papa, hecho que le convirtió en el principal portavoz de la jerarquía eclesiástica en los Países Bajos.

La mecha se prendió a principios de 1565, cuando la Asamblea de Nobles de Flandes —liderada por el conde de Horn, Guillermo de Orange y el conde de Egmont— se negó a asistir a los consejos convocados por Margarita de Parma si Granvela estaba presente. A partir de entonces, los sucesos se precipitaron y los altercados se sucedieron en los Países Bajos. En 1566, con el Compromiso de Breda, se intentó poner fin a la persecución de los protestantes, pero el acuerdo fracasó y se produjo la revuelta calvinista, que destruyó cientos de imágenes religiosas en un sinfín de iglesias y monasterios.

Ante la compleja situación, Granvela recomendó el uso de la fuerza e insistió en que Felipe II acudiera de inmediato a Flandes para restaurar el orden. Pero el rey no hizo caso y optó por enviar al duque de Alba y a sus tropas para acabar con la rebelión. Sea como fuere, la actitud de Granvela durante la crisis disgustó a Margarita de Parma, que decidió prescindir de sus servicios. El cardenal se retiró a la ciudad de Besançon, aunque la explosiva situación en los Países Bajos se volvía cada vez más preocupante para la Monarquía Católica.

En 1565, Granvela viajó a Roma para asistir al cónclave de cardenales del que salió elegido el papa Pío V y, tras unos años apartado de la vida pública, en 1570 recuperó el favor de Felipe II, que le encomendó una misión diplomática de suma importancia en la capital italiana. El rey estaba interesado en que el papa apoyase la política exterior española y, cumpliendo el deseo del monarca, el cardenal participó activamente en la creación de la Liga Santa, liderada por España, para frenar la expansión del Imperio otomano en Lepanto, hecho que le granjeó un rotundo éxito y que le permitió recuperar el terreno perdido en Flandes. Felipe II reconoció los méritos del cardenal y en 1571 recompensó sus servicios nombrándole virrey de Nápoles, en sustitución de Per Afán de Ribera y Portocarrero, duque de Alcalá, fallecido ese mismo año. Antoine Granvela desempeñó con éxito sus funciones como virrey hasta que en 1575 fue sustituido por Íñigo López de Mendoza, marqués de Mondéjar.

Murió el 28 de septiembre de 1586, en Madrid, a los sesenta y nueve años de edad.

Intriga y corrupción: El «topo» Antonio Pérez

Como es obvio, en las labores de espionaje de la Monarquía Católica no todo fueron éxitos y la inteligencia española también padeció la incompetencia y la traición, como sucedió en el caso del intrigante y corrupto Antonio Pérez (1540-1611), secretario de Estado y mano derecha durante varios años del rey Felipe II.

Pérez utilizó su puesto privilegiado y sus conocimientos del espionaje hispano para enriquecerse y consolidar su poder, y con este fin creó una vasta red secreta particular basada en el clientelismo, la venta de cargos y favores y la filtración de información confidencial al mejor postor. Se trataba de un tráfico de secretos que respondía a una estrategia criminal organizada, que hoy día calificaríamos como «padrinazgo mafioso», y en la que también participó, antes de ser encarcelada por orden del rey, la princesa de Éboli.

Las maquinaciones de Antonio Pérez tuvieron como escenario preferente, además de Italia, los territorios de Flandes, donde desarrolló y mantuvo una red de informantes para sus intrigas y venta de secretos de Estado, en la que figuraban numerosos altos cargos cortesanos y militares a los que el secretario sabía bien cómo manipular. Este fue el caso de Juan de Escobedo, secretario personal de Juan de Austria (hermanastro de Felipe II), que proporcionaba información secreta a Antonio Pérez, pensando ingenuamente que de ese modo servía a los intereses del rey. Y lo mismo sucedió con otros destacados jefes militares, como Octavio Gonzaga, Diego de Felices y Alonso de Sotomayor. Este último, pariente de la mujer de Antonio Pérez, desarrolló una brillante carrera en Flandes a cambio de espiar la conducta de Juan de Austria, lo que permitió al secretario disponer de una información valiosísima, dirigida al rey, que, tras ser hábilmente manipulada, sirvió para enturbiar las relaciones entre Felipe II y su hermanastro.

Además de su incontenible ansia de poder, Antonio Pérez estuvo implicado en la traición del agente doble Martín de Acuña, a quien Felipe II mandó detener, juzgar en secreto y ejecutar. También planificó el intento de asesinato, en casa de la princesa de Éboli, de Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla y hombre muy cercano al rey, que se salvó de milagro por los vómitos que le produjo el veneno que había ingerido.

Juan de Idiáquez, maestro de espías

Durante el reinado de Felipe II, Juan de Idiáquez, secretario de Estado y, por tanto, responsable de las labores de inteligencia de la Monarquía Católica, está considerado el gran maestro de espías de la época. Fue el que más tiempo dirigió el espionaje español —veinte años—, actuando unas veces como secretario de Estado y otras en la Junta de Gobierno del monarca.

Consciente de sus excelentes cualidades diplomáticas, en 1574 Felipe II lo nombró embajador en Génova, donde su buen hacer permitió que se calmara la contienda civil latente en esa república entre la vieja nobleza proespañola —de los Doria y los Spínola— y la inclinada a los intereses de Francia. Tras este éxito, el rey le nombró embajador en Venecia, puesto que ocupó entre 1577 y 1579, antes de ser designado embajador en Francia. Todavía no había tomado posesión del cargo en París cuando Felipe II, a instancias de Antoine Granvela, le nombró secretario de Estado en sustitución de Antonio Pérez, cargo que ocupó durante diez años. Asimismo, sus parientes Francisco y Martín de Idiáquez asumieron la dirección de las secretarías de Estado de Italia y de los asuntos del norte de Europa.

Nacido en Madrid en 1540, Juan de Idiáquez era hijo de Alonso de Idiáquez y Yurramendi, consejero de Estado y secretario privado de Carlos V, y de Gracia Pérez de Herviete y Olazábal. Se crio en la corte como paje del malogrado príncipe don Carlos y, cuando solo tenía siete años, su padre fue asesinado junto a ocho de sus acompañantes mientras se disponía a cruzar el río Elba en Sajonia, suceso que tenía todas las trazas de ser un asesinato político ordenado por el rey francés Francisco I para impedir que el secretario del emperador Carlos negociara la boda del entonces príncipe heredero Felipe con la princesa de Béarn.

En 1563 contrajo matrimonio con Mencía Manrique de Mújica, que murió en el parto de su único hijo, Alonso de Idiáquez, que también tuvo una destacada carrera militar al servicio de España, llegando a alcanzar los cargos de secretario de Estado, virrey de Navarra y capitán general de Guipúzcoa, además de los títulos de conde de Aramayona y duque de Ciudad Real.

En 1587, debido a problemas de salud, Juan de Idiáquez pidió a Felipe II el relevo como secretario real, aunque siguió manejando los principales asuntos de la política exterior y, por tanto, del servicio secreto hispano desde dos Juntas de Gobierno: la primera, la llamada «Junta Grande», y la segunda, la influyente «Junta de Noche», llamada así porque en ella se reunían a hora avanzada un reducido grupo de hombres de confianza del rey para tratar materias de gobierno. Entre sus miembros se encontraban (además de

Idiáquez) Juan de Zúñiga, Mateo Vázquez, el conde de Chinchón y Cristóbal de Moura.

Por esas fechas, como consejero de Guerra también intervino activamente en los preparativos de la malograda expedición de la Gran Armada, destinada a proteger el desembarco de los tercios de Alejandro Farnesio en Inglaterra. En 1588, Idiáquez figuró en la Junta formada por Felipe II que decidió el nombramiento del duque de Medina Sidonia como máximo responsable militar de la Armada que los ingleses calificaron con sorna de «Invencible», calificativo que ha seguido usándose para bochorno de muchos españoles.

Verdadera «eminencia gris» del espionaje español con Felipe II, Idiáquez dispuso de una concentración de poder sin precedentes. Llegó a tener unificadas las secretarías de Estado de Italia y Europa del Norte hasta 1587, y continuó coordinándolas *de facto* hasta 1598, ya que aconsejaba directamente a sus parientes Francisco y Martín de Idiáquez, que en realidad actuaban a sus órdenes.

El entendimiento entre Juan de Idiáquez y Felipe II en asuntos de Estado era total. El monarca, que lo consideraba imprescindible por su lealtad y su discreción, lo colmó de honores y mercedes, y, avisado de las necesidades económicas de Idiáquez, le otorgó el título de comendador mayor de León, cargo de gran importancia en la Orden de Santiago, que le aseguraría importantes rentas de por vida.

En 1593, cuando se acercaba la muerte de Felipe II, la Junta de Noche pasó a ser Junta de Gobierno y Juan de Idiáquez participó activamente en su dirección, siempre en estrecha relación con el monarca. De hecho, en marzo de 1594, fue uno de los siete testigos del testamento del rey, y un año después participó decisivamente en la reforma del castillo donostiarra de La Mota, de importancia estratégica para la defensa de San Sebastián.

A la muerte de Felipe II en 1598, Idiáquez portó el féretro del monarca junto con varios Grandes de España. El sucesor, Felipe III, siguió contando en todo con el hábil consejero, que mantuvo una posición relevante en la corte. Presidió el Consejo de Órdenes Militares, asumió el título de preboste de la villa de Bilbao y tomó posesión de la merindad de Uribe, en Vizcaya.

Pese al fulgurante ascenso del duque de Lerma en el favor real, Idiáquez siguió aconsejando a Felipe III en cuestiones cruciales, lo que le obligó a intervenir en diversos asuntos relacionados con la República de Venecia (1607), con la posibilidad de una tregua con los rebeldes holandeses o la creación de una asamblea para la reforma del Consejo de Portugal, junto a

Rodrigo Calderón, Fernando Matos y Cristóbal de Moura, el principal consejero en asuntos portugueses.

A los setenta y tres años de edad, Idiáquez pidió a Felipe III que le relevara de las tareas de Estado. El «maestro» de la inteligencia hispana sufría de gota y otras enfermedades, pero el rey rechazó la petición. En 1614, cuando acompañaba al rey a la ciudad de Lerma, el secretario sintió que le llegaba la muerte y pidió permiso para trasladarse a Segovia, donde falleció en brazos de su sobrino, el obispo Antonio de Idiáquez, el 12 de octubre.

Como relata el historiador Carlos Mora Afán:

> Su cuerpo fue trasladado en olor de multitud a la villa de San Sebastián, donde nueve días después toda la hoy ciudad salió a recibirle, hasta depositar su cuerpo en el convento de San Telmo de la citada villa, junto a la sepultura donde yacían sus padres, el secretario Alonso de Idiáquez y Gracia de Olazábal.

Además de tener grandes dotes como diplomático y político, Idiáquez fue un auténtico hombre del Renacimiento: escritor, conocedor de varias lenguas y mecenas de escritores y artistas. «Tenía gran claridad de ingenio, mucha prudencia, grave elocuencia y profundo silencio», resume Esteban de Garibay, historiador contemporáneo de Idiáquez y recopilador de *El gran refranero vasco*.

Juan Vázquez de Molina, fiel al emperador

A la llegada de Felipe II al trono tras la abdicación de Carlos V en 1556, se nombraron dos nuevos secretarios de Estado: Gonzalo Pérez, para los asuntos exteriores, y Juan Vázquez de Molina, para los de España.

Nacido en Úbeda en el seno de una familia de la baja nobleza, el ascenso social de Vázquez de Molina se vio favorecido por la influencia que le prestó en su ciudad natal su primo Francisco de los Cobos, secretario del emperador desde 1517 y uno de los hombres más influyentes en la corte de Carlos V.

Desde 1526, la carrera de Vázquez de Molina se aceleró notablemente al contar con el favor tanto del emperador como de la emperatriz Isabel de Portugal, de quien fue secretario personal. Además, fue nombrado caballero de Santiago y hombre de confianza de Francisco de los Cobos, que le encargó la tramitación de su correspondencia oficial y la redacción de los documentos de la corte. En 1533, Vázquez de Molina pasó a dirigir el importante Consejo

de Guerra, donde, como ya hemos visto, se dilucidaban los asuntos militares y secretos de la Corona.

Tras la muerte de la emperatriz Isabel, Vázquez de Molina realizó frecuentes viajes a los lugares clave de la política del Imperio: Países Bajos, Italia y Francia, y su papel siguió siendo fundamental durante todo el reinado de Carlos V, que confiaba en él como en ningún otro hombre de Estado. De hecho, en 1552, con el emperador ya retirado en el monasterio de Yuste, Vázquez de Molina recibió la orden de custodiar los treinta mil ducados —depositados en un cofre en el castillo de Simancas— destinados a pagar obras pías tras la muerte de Carlos.

Lo cierto es que Vázquez de Molina hizo de la fidelidad al emperador la característica más señalada de su conducta política y, de paso, tuvo la oportunidad de enriquecerse con las mercedes y los derechos de explotación de yacimientos mineros que le otorgó la Corona.

Achacoso y retirado de la corte, murió en Úbeda el 28 de junio de 1570. Su último cargo público fue el de alférez mayor, que le permitió adquirir un buen número de posesiones palaciegas, así como obras de arte. A su muerte le sucedió en la secretaría del Consejo de Guerra su sobrino Vázquez de Salazar, en una muestra más de la endogamia política tan propia de la época.

Francisco de Eraso y las tentaciones del poder

El madrileño Francisco de Eraso (1507-1570) es un claro ejemplo de hombre de Estado que llega a la cima del poder y que cae en desgracia fundamentalmente por asuntos de corrupción. Secretario de Estado con Carlos V y Felipe II, su estrecha relación con los reyes le hizo obtener los títulos de comendador de Moratalaz en la Orden de Calatrava y señor de Mohernando, Humanes y El Cañal.

En la década de 1530 entró a formar parte de la secretaría de la emperatriz Isabel de Portugal como ayudante de Juan Vázquez de Molina. En ese cargo Eraso destacó por sus habilidades diplomáticas y la emperatriz le recompensó con diversas y valiosas gratificaciones.

En 1543 ya formaba parte del séquito de Carlos V, donde desempeñaba, oficiosamente, el cargo de secretario real. Fue en 1546 cuando obtuvo el nombramiento oficial y se le encomendó el despacho y refrendo de la

documentación de las secretarías de Estado, Cámara y del Consejo de Guerra. En 1555 se encargó de autorizar, como notario mayor, la renuncia de los estados de Flandes que Carlos V realizó en su hijo Felipe II, y recibió más tarde el testamento del emperador, quien lo recomendó encarecidamente a su sucesor, que siguió otorgándole plena confianza y lo nombró secretario de los Consejos de Inquisición y de Indias.

Sin embargo, a pesar de todos sus éxitos y de su rápido ascenso en el poder, Francisco de Eraso se vio envuelto en turbios casos de corrupción que le llevaron a perder todos sus cargos y prebendas institucionales y a ser juzgado, entre otros delitos, por abusar de su posición en beneficio personal, por aceptar dádivas de banqueros y hombres de negocios y por amañar arrendamientos y desviar fondos públicos. Sin influencia ni amigos, Eraso murió en Madrid en septiembre de 1570 y fue enterrado en un monumento funerario que se conserva en el Museo Diocesano de Arte Antiguo de Sigüenza.

Gonzalo Pérez, espía y humanista

En la lista de los grandes secretarios de Estado de la época imperial es preciso mencionar a Gonzalo Pérez (padre del citado Antonio Pérez), cuya intervención en los principales asuntos de política exterior marcó el buen hacer profesional de los servicios secretos y diplomáticos hispanos.

Gonzalo Pérez nació en Segovia en 1506 y, sobre sus ancestros, de modesta estirpe, recayeron sospechas de judaísmo, a pesar de que su padre, Bartolomé Pérez, de origen aragonés, había sido secretario de la Inquisición en Logroño. En cualquier caso, los recelos inquisitoriales no le impidieron desarrollar una extraordinaria carrera en la corte española, a la que accedió gracias a su excelente educación y a su diligencia en los asuntos de Estado de la Corona.

Movido por su deseo de ascender a dignidades reservadas a los altos linajes, aspiró al cardenalato en 1566, pero tanto Felipe II como el duque de Alba se opusieron a tramitar su candidatura a «príncipe de la Iglesia» debido —dicen algunos— a sus bajos orígenes, aunque otros apuntan a que Felipe II se negó a ello porque no quería perder los servicios de su secretario.

Gonzalo Pérez estudió latín y griego en Salamanca, y en esta universidad completó una buena formación humanística que, seguramente, le permitió ser iniciado en el servicio real por el aragonés Miguel Pérez de Almazán, uno de los secretarios predilectos de Fernando el Católico. Siendo todavía muy joven, Gonzalo Pérez ya trabajaba al servicio de Carlos V en Italia, informando satisfactoriamente al emperador de las intrigas del papa Clemente VII y de los sucesos acaecidos en el Saco de Roma. También sirvió de escribano al escritor y humanista Alfonso de Valdés y formó parte del séquito imperial que estuvo presente en la coronación de Carlos V en Bolonia en 1530.

Distinguido por el emperador con el derecho a usar escudo de armas, Gonzalo Pérez conoció a Nicolás Granvela en los Países Bajos y, poco antes de morir, Alfonso de Valdés lo recomendó a Francisco de los Cobos, quien en adelante sería su protector en la corte española y le facilitaría el ingreso en la secretaría de Estado, permitiéndole además recibir prebendas y beneficios.

Decidido a seguir la carrera eclesiástica, Gonzalo Pérez fue reuniendo rentas como canónigo y beneficiario, al tiempo que intervenía en numerosos negocios secretos en favor de los intereses del emperador. En esos años, Francisco de los Cobos y Gonzalo Pérez, integrados en el séquito de Carlos V, participaron activamente en numerosas misiones dentro y fuera de España. A comienzos de la década de 1540, Pérez obtuvo las generosas rentas del arcedianato de Sepúlveda y fue nombrado secretario interino del Consejo Privado de Carlos V cuando el emperador partió a resolver los problemas del enrevesado panorama europeo.

Actuando como secretario privado del entonces príncipe heredero, Felipe, Gonzalo Pérez se colocó en puestos estratégicos de control del gobierno, aunque su trayectoria se vio un tanto oscurecida con el regreso a España de Juan Vázquez de Molina —sobrino del poderoso Francisco de los Cobos—, que siempre gozó de la protección de su tío.

Tras la abdicación de Carlos V, al secretario Pérez le fue concedida la abadía de San Isidoro de León y siguió ocupándose de las tareas diplomáticas del príncipe heredero, al que acompañó a Flandes, Italia y Alemania. También viajó a Inglaterra para la boda del sucesor con María Tudor en 1554.

Dos años después, siendo ya rey Felipe II, Gonzalo regresó a España para encargarse de los problemas propios de la Corona de Aragón. El monarca premió sus servicios nombrándole secretario de Estado para los asuntos de fuera de España, mientras que Vázquez de Molina se mantuvo como secretario de Estado en el interior. De este modo Gonzalo Pérez tenía acceso

directo a todas las correspondencias secretas de los virreyes, gobernadores y embajadores en Europa, asistía a las reuniones del Consejo de Estado y, por supuesto, aconsejaba asiduamente al monarca.

En su vertiente como humanista, Gonzalo Pérez tradujo por primera vez al castellano la *Odisea* de Homero, que se publicó en Amberes en 1556 y poco después en Venecia. Cuando falleció, en abril de 1566, hizo testamento a favor de su hijo Antonio, nacido —decían algunos— de una relación extramatrimonial mantenida en la década de 1530, cuando el secretario ya era clérigo.

Un año después de su muerte, Felipe II dividió la secretaría de Estado para asuntos extranjeros: los del norte de Europa quedaron bajo el gobierno de Gabriel de Zayas, y los de Italia, de Antonio Pérez, una estructura institucional que se mantendría hasta principios del siglo XVIII.

Juan Verzosa, espía personal del rey

Destacado diplomático y «guardián de secretos» en tiempos de Felipe II fue también Juan Verzosa y Ponce de León, nacido en Zaragoza en 1523 y notable humanista que estudió en París y Lovaina.

Verzosa fue secretario de Diego Hurtado de Mendoza, embajador de Carlos V en el Concilio de Trento y en Roma y uno de los hombres mejor informados de la Monarquía Hispánica.

Cuando en 1554 Felipe II viajó a Inglaterra para casarse con María Tudor, Verzosa pasó al servicio del entonces secretario real, Gonzalo Pérez, y marchó con el séquito nupcial español a Londres. Tras la abdicación de Carlos V, cuando Pérez ocupó la secretaría de Estado con Felipe II, Verzosa continuó a las órdenes de este secretario en diversas misiones relacionadas con asuntos del Papado.

Nombrado en 1562 director en Roma del archivo diplomático español, donde se registraban todos los documentos que afectaban a los intereses hispanos en las cuestiones vaticanas, Verzosa desempeñó funciones de espía personal del rey, lo que tensó las relaciones con la sede pontificia, enfrentada con frecuencia a los intereses hispanos. Falleció en febrero de 1574 en Roma, después de haber publicado cuatro libros de epístolas y una colección de epigramas que dejaron buena memoria de sus dotes como latinista.

Francisco de los Cobos, la mano diestra del emperador

Francisco de los Cobos fue, sin duda, fue uno de los secretarios de Estado más poderosos de la época imperial. Por sus manos pasaron los negocios secretos de Carlos V y llegó a ser hombre de confianza y mano derecha del emperador en toda clase de asuntos, tanto internos como de carácter internacional.

Nombrado consejero y secretario del Consejo de Estado en 1529, a partir de entonces y durante casi una década fue colega inseparable del cardenal Granvela en todas las empresas y viajes de Carlos V, a quien asesoraban en todo lo referente a negocios diplomáticos y secretos.

Su influencia en la toma de decisiones políticas hicieron de Cobos uno de los personajes más encumbrados del siglo XVI, hasta el punto de que un embajador veneciano dijo de él que era tal su predicamento con el emperador que este jamás rechazaba lo que le pedía y le dejaba hacer en todo: «Cuando se encuentra con el emperador, todo pasa por sus manos, y cuando aquel está ausente, él es quien dirige todos los asuntos de importancia a través del consejo y por su propio juicio».

Nacido en Úbeda de familia noble en 1477, y colmado de honores y prebendas, Francisco de los Cobos fue también comendador mayor de León de la Orden de Santiago y contador mayor de Castilla, lo que le permitió acumular numerosos beneficios, además de títulos nobiliarios, villas, concesiones mineras y obras de arte. Se casó en 1522, cuando tenía cuarenta y cinco años, con María de Mendoza, hija de los condes de Rivadavia, cuando ella tenía solo catorce.

Además de ser un apoyo indispensable para Carlos V, Cobos se convirtió en una pieza clave de los asuntos financieros del Imperio. Imprimió un estilo de trabajo eficaz y riguroso en el gobierno de la Monarquía Hispánica, lo que le permitió crear una amplia red administrativa de poder efectivo secreto dirigida a favorecer los intereses de España. Obtuvo una gran fortuna al recibir el cargo de «Ensayador mayor de los metales preciosos de la Casa de Contratación de las Indias», que le proporcionó una ganancia —solo en Nueva España, uno de los virreinatos de América— de más de veintiún mil ducados durante dos años.

En la última etapa de su vida, tras la abdicación del emperador, pasó a ser consejero de Felipe II. Murió en mayo de 1570 y lo enterraron en Úbeda, en la suntuosa iglesia renacentista de El Salvador, que él mismo había fundado.

En el panteón de la capilla dejó escrito su lema: «La fe, el trabajo y la diligencia proporcionan estas y mayores cosas».

Mateo Vázquez, el hombre que eliminó a Antonio Pérez

Dicen que Isabel Luchiano, la madre de Mateo Vázquez, era de familia corsa, que fue capturada por unos piratas berberiscos cuando estaba embarazada y que dio a luz estando cautiva en Argel en 1544. Todas estas son circunstancias de difícil comprobación, aunque lo que parece fuera de duda es que Isabel Luchiano fue liberada y llevada a Sevilla gracias a un rescate financiado por el duque de Medina Sidonia.

Avecindada en Triana, Isabel entró a servir al canónigo de la catedral sevillana Diego Vázquez de Alderete, quien se encargó de la educación del pequeño Mateo. A la muerte del religioso en 1556, este se mostró muy generoso con Isabel y su hijo, ya que decidió darle su apellido al pequeño, lo que no dejó de suscitar rumores de amancebamiento entre el cura y su sirvienta. La inquietud de Mateo por sus orígenes fue tal que, para compensarlos, se fabricó un árbol genealógico que le entroncaba con los patricios romanos y la aristocracia corsa del conde de Ginarca, Juan Paulo de Lecca, un apellido que añadió al de Vázquez.

Los humildes orígenes de Mateo Vázquez no impidieron que recibiera una notable formación con el provisor del arzobispado, Juan de Ovando, nombrado en 1555 titular de la archidiócesis sevillana. Matriculado en la Universidad de Alcalá de Henares y siempre protegido por Ovando, Mateo inició en 1565 su acercamiento a la corte y se convirtió en secretario privado al servicio del cardenal Diego de Espinosa, presidente del Consejo Real, obispo de Sigüenza e inquisidor general.

Ya familiarizado con los asuntos de gobierno, fue nombrado secretario del Consejo de la Inquisición en la Corona de Aragón y en 1569 se ordenó sacerdote. Durante ese tiempo, Mateo trabajó con el cardenal Espinosa en numerosas cuestiones religiosas y sociales relacionadas con reformas educativas y burocráticas, una labor tenaz y callada que le valió la atención de Felipe II, quien, a la muerte de Espinosa, lo eligió en 1573 como secretario personal, un nombramiento que sorprendió a muchos en la corte, pues se le encomendaba la tarea de gestionar la correspondencia del monarca y eso le

convertía en uno de los mayores conocedores de los entresijos políticos y secretos personales del rey.

Tras la caída en desgracia del duque de Alba —por su fracaso en apaciguar Flandes— y la muerte del consejero real Ruy Gómez de Silva, el ascenso de Antonio Pérez, también secretario del monarca, era inminente, y muy pronto surgió la enemistad entre los dos hombres de confianza de Felipe II, tanto por cuestiones políticas como por las enormes diferencias de carácter entre ambos.

Mateo desconfiaba profundamente de Antonio Pérez, y poco a poco fue moviendo con astucia las piezas hasta conseguir, en 1579, que el rey le nombrara presidente del Consejo de Hacienda, lo que le garantizaba el control de las finanzas de la Corona. La rivalidad entre Antonio Pérez y Mateo Vázquez se resolvió a favor de este cuando en Madrid, en marzo de 1578, fue asesinado Juan de Escobedo, secretario personal de Juan de Austria. El crimen dio ocasión al clérigo de presentar pruebas que pusieron al descubierto las turbias maniobras de Pérez.

Cuando se produjo la caída final del valido —junto a la princesa de Éboli —, al cardenal Granvela se le encomendó la tarea de dirigir el gobierno de Castilla mientras el rey se ocupaba de Portugal. Fue entonces cuando Vázquez aprovechó la ocasión para granjearse la amistad de Granvela y encabezar el llamado «partido castellanista», lo que le permitió ejercer el control político efectivo en la corte.

Tras la revuelta en Aragón y la ejecución del justicia Juan Lanuza, en 1585, la crisis se resolvió con la creación, en 1588, de la ya mencionada Junta de Noche —para la planificación de los asuntos secretos—, de la que formaban parte Juan de Idiáquez, Cristóbal de Moura, Juan de Zúñiga, el conde de Chinchón y, por supuesto, Mateo Vázquez.

Tras el fracaso de la Gran Armada en 1588, el declive de Mateo Vázquez se aceleró, junto con la pérdida de gran parte de su influencia y reputación. Tres años después, en abril de 1591, enfermó gravemente y falleció en Madrid.

Además de su actividad en asuntos de índole política y de espionaje, siempre al servicio de los intereses del rey, Vázquez se mostró muy inclinado a las letras y apoyó a varios autores importantes, como Miguel de Cervantes, que en 1577 le dedicó una Epístola y, posiblemente, en 1585, la «Canción de Damon», que aparece en *La Galatea*. Gracias a la relación amistosa que Cervantes mantuvo con el secretario durante la estancia de este en Sevilla, el autor del *Quijote*, después de su cautiverio en Argel, se ofreció para realizar

una misión secreta en el norte de África —hablaremos de ella más adelante— que cumplió satisfactoriamente. Cuando regresó a España, el escritor, siempre necesitado de dinero, pidió continuar trabajando en labores de espionaje, pero, por razones que se desconocen, Vázquez decidió no volver a contar con él. A largo plazo, la literatura salió ganando, aunque, seguramente, la inteligencia española perdió a un buen agente.

3
Los espías mayores

La organización profesional del espionaje español se adelantó al resto de los países con la creación en 1599, durante el reinado de Felipe III, del cargo de espía mayor, cuyo antecedente fue el nombramiento de «superintendente de las correspondencias secretas». La inevitable dispersión de los servicios secretos de la Monarquía Católica, en territorios y Estados fragmentados bajo una misma Corona, creó la necesidad de coordinar las inteligencias a través de un personaje que hiciera de receptor y distribuidor de los secretos de Estado, para de ese modo corregir los dos principales defectos de los servicios secretos españoles: la falta de coordinación entre las diferentes redes —que en ocasiones rivalizaban e interferían entre sí— y el mal uso de los gastos secretos.

Según algunos autores, el espía mayor era una especie de espía destacado como otros que actuaban en puestos importantes, aunque con más prestigio, un mayor despliegue de medios y más consideración social. Su marco de actuación nunca quedó del todo delimitado y sus funciones se definían con conceptos tan generales como encargado de «materias de Estado» o de «materias de inteligencias». Por lo general, se le asignaba una remuneración de cien escudos al mes, a lo que podían añadirse otras retribuciones por gastos realizados en el ejercicio del cargo.

La provisión del puesto de espía mayor se producía por solicitud del interesado, que solía ser una persona con destacados antecedentes familiares y relevantes servicios de inteligencia prestados a la Corona. Una vez recibida la solicitud, esta pasaba a consulta del Consejo de Estado, aunque el rey podía señalar otros candidatos. Así, por ejemplo, durante el reinado de Felipe IV, en la consulta llevada a cabo el 18 de abril de 1651, en la que cada consejero facilitó una lista de cuatro personas consideradas idóneas para el cargo, el monarca se decantó por Juan de Valencia, que figuraba en todas las

propuestas, salvo en una. De los seis consejeros que lo votaron, cuatro lo eligieron como cabeza de lista.

El oficio de espía mayor se prolongó durante el siglo XVII hasta la época de Carlos II, con Gaspar Bonifaz (de 1629 a 1639, fecha de su muerte), el marqués de Chanvela —del que apenas queda rastro— o el limeño Juan de Valencia, en el periodo comprendido entre 1651 y 1663. Después de este, el cargo dejó de existir oficialmente, aunque Marcelino de Faria de Guzmán ejerció como «jefe de espías» al servicio del conde-duque de Olivares durante el reinado de Felipe IV, y en marzo de 1674 Pedro de Ribera solicitó el puesto como merced por sus servicios ante el Consejo de Estado, que no le fue concedido.

Antecedentes en el cargo de Espía Mayor

Como señala el historiador Alain Hugon, el Santo Oficio venía actuando desde su creación como servicio secreto o contrainteligencia en el panorama político hispano, cubriendo aspectos internos que el espía mayor nunca llegó a abarcar, vinculados al control de territorio y a la vigilancia de extranjeros y heterodoxos.

En el resto de Europa, las demás potencias desarrollaron iniciativas de alcance desigual. En Inglaterra se creó, en 1518, el cargo de *Scoutmaster*, destinado a la observación militar, lo que produjo mejoras en la coordinación de la inteligencia a partir de exploraciones del campo de batalla. A esta iniciativa se sumó la calidad del espionaje dirigido por el jefe del servicio secreto inglés, Francis Walsingham, durante el reinado de Isabel I, y por John Thurloe, en la época de Cromwell.

Asimismo, tratados como el *The Art of Warre*, de William Garrard (1507-1571), publicado en 1591, mencionan el cargo de *Office of the master of the intelligences*, cuyas funciones no se limitaban ni mucho menos a tareas puramente militares.

Por otra parte, la creación de departamentos secretos encargados de la interceptación y análisis de los informes de países rivales tiene antecedentes como el francés «Gabinete Negro», dirigido por el cardenal Richelieu, una institución similar al «Secret Office» dirigido por Thurloe y Samuel Morland durante la revolución de Cromwell. En este sentido, es digno de mención el

opúsculo de Morland titulado *A Brief Discourse Concerning the Nature and Reason of Intelligence*, así como el del escritor y espía Daniel Defoe, *A Scheme for General Intelligence*, escrito a principios del siglo XVII, en el que se reflexiona sobre la necesidad de mantener inteligencias secretas para controlar las actividades políticas internas.

Como afirma Diego Navarro Bonilla, investigador y experto en asuntos de inteligencia,

> … los cientos de espías desperdigados por medio mundo se convirtieron en el ejército en la sombra, paralelo y complementario al que combatía en los principales campos de batalla de la época. El vínculo entre uno y otro procedía de la información suministrada por unos para aplicarla con la mayor inteligencia por los otros en la conducción de la guerra.

Juan Velázquez de Velasco, primer espía mayor de Su Majestad

El primero en asumir la función de centralizar la información secreta y controlar a los espías fue Juan Velázquez de Velasco, que ya en 1598 desarrollaba tareas de inteligencia tras ser nombrado «Coordinador de las inteligencias secretas de la Corona». En realidad, Juan Velázquez oficializó, bajo el reinado de Felipe III, algo que venía existiendo desde poco antes de fallecer Felipe II. De hecho, Carlos Carnicer y Javier Marcos señalan que una prueba de la existencia del cargo de espía mayor —al menos en lo que a sus funciones se refiere— es que el 9 de noviembre de 1598, pocos días después de la muerte de Felipe II, Juan Velázquez recibió avisos de Indias, Francia e Inglaterra, dato que pone de manifiesto la existencia de ese afán centralizador —al margen del secretario de Estado— en materia de espionaje.

En los últimos años del siglo XVI, Juan Velázquez estaba totalmente dedicado a las tareas de inteligencia y había consolidado una estructura de espionaje activa, lo que le avala como primer espía mayor, aunque de forma oficiosa, porque todavía no se había creado el cargo de manera oficial. Suponía construir todo el entramado de las redes de inteligencia, algo que nunca se había realizado de forma continua y coordinada.

A comienzos de 1599, Velázquez elevó al rey un memorial que sintetizaba sus ideas en cuanto a su cometido, los medios necesarios, los obstáculos para alcanzar los objetivos marcados y la coordinación entre

agentes y redes. Así, en cuanto a las cuestiones relativas a la mejora de la calidad de los servicios de inteligencia, Velázquez exponía la necesidad de que los espías estuvieran bajo su control y de que la información obtenida se centralizara para analizarla y, posteriormente, para preparar informes dirigidos al rey y a los Consejos de Estado y de Guerra:

> Ansí mismo conviene al servicio de Vuestra Majestad, para ser bien servido en este ministerio [el espionaje], mandé que todas las inteligencias y espías que hasta ahora ha habido y hay y en adelante hubiere acudan a mí para que las oiga y examine sus avisos, y procure entender sus intenciones, y averigüe las verdades o mentiras, y saqué la sustancia de todo para dar cuenta a Vuestra Majestad de ello, y a sus Consejos de Guerra y Estado, porque en habiendo división en esta materia de inteligencias no sirven sino de confusión y de ocasión de engaños.

Al final de su memorial, Velázquez recordaba al rey la importancia del manejo de los servicios secretos con estas palabras:

> Esto es lo que se me ofrece sustancial para servir a Vuestra Majestad en el negocio de más importancia que hay en su real servicio, pues todas las acciones de sus Consejos de Vuestra Majestad dependen de saber lo que hacen nuestros enemigos.

Juan Velázquez de Velasco nació en Valladolid alrededor de 1550. Su carrera militar estuvo llena de éxitos: fue capitán de infantería en Nápoles, combatió en Lepanto, donde fue herido, intervino en la guerra de Portugal y en 1589 fue nombrado capitán general de Guipúzcoa y alcaide de Fuenterrabía, cargo que ocupó hasta 1599 y que le permitía mantener contacto directo con la frontera francesa, vigilar las actividades de los hugonotes durante las guerras de religión y crear redes de espías en Francia.

Además, el coordinador del espionaje real vigilaba las comunicaciones entre Aragón y la vecina región del Béarn, justo cuando la tensión era máxima a causa de los manejos del traidor Antonio Pérez. El exsecretario pretendía —con el apoyo de París— sublevar a los moriscos rebeldes aragoneses y a los luteranos de la Navarra francesa para promover la contienda civil en territorio español bajo el reinado de Felipe II.

A finales del siglo XVI, Juan Velázquez había conseguido reunir en Madrid un más que considerable listado de espías desplegados en Inglaterra, Holanda y Francia. En esta nómina secreta figuraban marineros, militares, religiosos y otros muchos que de forma permanente o esporádica informaban a cambio de dinero. Sus espías no solo residían como «agentes durmientes» en ciudades vigiladas (Londres, Lyon, Bruselas), sino que se ocupaban de llevar y traer confidentes y estaban dispuestos a arriesgar sus vidas para cumplir con las misiones encomendadas.

Para garantizar la eficacia de la información secreta, Juan Velázquez era estricto en el seguimiento de una regla básica del espionaje: contrastar la veracidad de la fuente por medio de otras vías complementarias. Las informaciones suministradas por sus espías en Inglaterra, Francia o los Países Bajos eran cotejadas y verificadas cuando los agentes regresaban y prestaban testimonio de lo visto y oído por ellos mismos.

Del estudio de los archivos en el Archivo de Simancas se desprende que, paralelamente a las acciones de espionaje en el exterior, Juan Velázquez también puso freno a la ofensiva de los agentes extranjeros que operaban dentro del Imperio hispano buscando conocer las intenciones del rey. Estas misiones de contraespionaje eran sumamente complejas por la excesiva facilidad con que los extranjeros eran admitidos en el servicio doméstico de ministros y hombres notables, y por la escasa vigilancia existente en los puertos españoles. Así, en una relación enviada a Madrid en marzo de 1599, el propio Juan Velázquez advierte:

> En esta corte deben de tener muchas espías con la poca cuenta que se tiene de los extranjeros, y en los puertos también tienen quien lo reconozca y vea qué navíos hay en ellos y en qué estado están; y por momentos lo saben todo…

Según Navarro Bonilla, la actividad que desarrolló Juan Velázquez como espía mayor de la corte fue a entera satisfacción de Felipe III, ya que mostró una «gran clarividencia» en la coordinación de los recursos humanos y materiales en cuestiones de espionaje al servicio del Estado. Velázquez intentó llevar a cabo una labor de coordinación universal de todos los agentes, espías y confidentes desplegados en los teatros de operación de la Monarquía Hispánica, para lo cual solicitó disponer de recursos económicos suficientes y manejados por él directamente. De hecho, como el retraso en el pago a los espías era frecuente, Velázquez solicitó a Felipe III poder administrar con discreción el dinero dedicado a los asuntos de espionaje con la fórmula de rendir cuentas con una declaración jurada cada seis meses o una vez al año.

Gracias a su privilegiada posición, Juan Velázquez dirigió importantes misiones de espionaje, como el intento de apoderarse de Bayona, operación que se conoce como «la conspiración de Chateo Martín», uno de los participantes. La misión consistía en incendiar varios puntos clave de la ciudad en la noche del 23 de junio de 1595, víspera del día de San Juan, y, tras la confusión creada por los incendios, desembarcar tropas españolas en la ciudad francesa de Bayona con una flota que había partido de San Sebastián. Pese al ingenio y a la buena organización de la operación, el complot fue

descubierto y sus participantes fueron ejecutados tras sufrir tormento. Los cadáveres permanecieron desmembrados durante largo tiempo, con las cabezas clavadas en la puerta de la iglesia de Saint Léon, mirando a España. La cabeza de Chateo Martín, uno de los principales implicados en la conspiración, estuvo expuesta durante cerca de un año. El fracaso de la misión de Bayona se celebraba todos los años con una procesión de acción de gracias el domingo siguiente a la festividad de San Juan.

En realidad, pese a los intentos de centralización llevados a cabo por Velázquez, la enorme extensión de los intereses de la Corona y sus múltiples escenarios hacían inviable que una sola persona, con medios escasos, pudiese coordinar todas las inteligencias, de modo que las redes controladas por el espía mayor no evitaron que los agentes a sueldo de las embajadas, de los virreyes, de los gobernadores o de los capitanes generales continuaran operando a su aire. Todos los informes que llegaban a la corte —de diferentes fuentes— eran debatidos y ni mucho menos era la opinión del espía mayor la que más se tenía en cuenta, sino la de las «altas instancias»; esto es, la del valido, la de los Consejos de Estado y de Guerra y, por supuesto, la del rey.

Andrés Velázquez de Velasco: «superintendente de las correspondencias secretas»

Nacido en Valladolid, Andrés Velázquez de Velasco (hijo de Juan Velázquez, con quien se inició en las labores de inteligencia), además de ser espía mayor y «superintendente general de las inteligencias secretas» desde 1613, fue consejero de Estado y de Guerra y comendador de Miravel, de la Orden de Santiago.

Sus trabajos como coordinador de redes de inteligencia comenzaron pronto. Diversas fuentes británicas señalan que desempeñó un papel crucial en el apoyo a los exiliados católicos ingleses, perseguidos por los anglicanos, algunos de los cuales, como el galés Hugh Owen, participó como agente secreto en la conocida como «Conspiración de la pólvora» (5 de noviembre de 1605), un fallido complot para atentar contra la vida del rey inglés Jacobo I que la inteligencia británica se ha encargado de airear incluso hasta nuestros días.

En la disposición del monarca para el nombramiento del sucesor de Juan Velázquez figura una referencia que justifica la continuidad en el desempeño del cargo de espía mayor. Reza como sigue:

> Os he elegido y nombrado como en virtud de la presente os elijo y nombro para la misma ocupación, y os mando me sirváis en ella en esta corte de la propia forma y manera que lo hacía vuestro padre, teniendo la superintendencia y correspondencia que de las dichas inteligencias en todas y cualesquiera partes que fuere necesario y conviniere, y mirar todo lo que a propósito de esta materia de inteligencias conviniere tener entendido, y si acuden a esta corte algunas personas sospechosas y los pasos en que andan para advertirme de ello, que el dinero que para estas cosas fuere necesario se os proveerá como se hizo con vuestro padre, y es mi voluntad que todo el tiempo que me sirviéredes por acá en la dicha ocupación se os paguen en Milán los dichos cien escudos al mes.

En otra consulta fechada el marzo de 1616, Andrés Velázquez, tras mencionar que su padre sirvió muchos años al rey, se quejaba veladamente de que, debido a que no había percibido numerosos pagos pendientes, le fueran entregados esos atrasos, que ascendían a catorce mil ducados, además de otros dos mil en concepto de ayudas de costa «en presas y descaminos». La solicitud fue avalada por el Consejo de Estado por la «mucha satisfacción de la persona de don Andrés Velázquez y lo bien que ha servido». Finalmente, el rey resolvió favorablemente.

Después de que España firmara la paz en 1604 con Inglaterra y Holanda, Velázquez consiguió mantener las redes de informadores desarrolladas por su padre y trabajó en tareas militares y diplomáticas en el norte de Italia. Sin embargo, esta exitosa carrera se vio empañada por unos turbios asuntos relacionados con el duque de Osuna que veremos más adelante.

Entre las acciones de espionaje llevadas a cabo por Andrés Velázquez se menciona la entrada clandestina, en 1613, en la casa del embajador de Inglaterra para interceptar su correspondencia, tarea que se realizó con el seguimiento de un oscuro personaje llamado Teodoro Rodenburg y gracias al soborno de algunos criados infiltrados en el servicio doméstico del diplomático.

Al espía mayor también se le encomendaron tareas de control y vigilancia de publicaciones falsas o que atentaban contra el servicio a la Corona. Su red de avisos incluía informes sobre aspectos muy diversos, que iban desde una posible sublevación de esclavos berberiscos en Málaga (finales de septiembre de 1613) al descubrimiento de tropas francesas en el alto Amazonas en connivencia con los holandeses.

Además de sus trabajos secretos como espía mayor, Andrés Velázquez también podía alardear de méritos militares, ya que combatió en la flota del

adelantado mayor de Castilla, Martín de Padilla, suegro del duque de Uceda, y participó en diversas acciones militares con la Armada y tropas de infantería en España, Milán y Turín.

El proceso contra Andrés Velázquez

La muerte de Felipe III en marzo de 1621 marcó el inicio de una nueva etapa en la organización de la Monarquía Hispánica. El sucesor, Felipe IV, contaba solo dieciséis años, pero, haciendo caso a sus consejeros, se propuso corregir el excesivo poder de los validos anteriores para eliminar la corrupción descontrolada del duque de Lerma y de su hijo, el duque de Uceda. De hecho, hay numerosos escritos en los que se critica abiertamente la época en la que Lerma y Uceda concentraban en sus manos un inmenso poder. Algunos incluso la consideraron «nefasta y caótica», como el cronista Juan de Santa María, autor del *Tratado de república y policía cristiana. Para reyes y príncipes y para los que en el gobierno tienen sus veces*, escrito en 1615.

Una de las primeras decisiones que tomó Felipe IV fue exigir la entrega de los documentos del duque de Uceda a Baltasar de Zúñiga, consejero de juventud del monarca, lo que creó un clima contrario a los abusos cometidos por varios consejeros, secretarios de Estado y miembros del «clan» del duque Lerma, muchos de los cuales acabaron apresados o juzgados. Así, por ejemplo, el conde de Saldaña, segundo hijo de Lerma, tuvo que abandonar Madrid y perdió su puesto de caballerizo mayor. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, fue juzgado y ejecutado en Madrid en 1619. Fernando de Acevedo hubo de dejar la presidencia del Consejo de Castilla y exiliarse a Burgos. Luis de Aliaga, confesor de Felipe III, fue sustituido como gran inquisidor y se vio obligado a abandonar la corte. En cuanto al duque de Lerma, consiguió ser nombrado cardenal para salvar la cabeza, aunque no pudo evitar que se iniciara un proceso en su contra.

En medio de este ambiente de ajuste de cuentas, el duque de Osuna fue detenido el 7 de abril de 1621. Osuna había sido virrey de Sicilia entre 1611 y 1616, y virrey de Nápoles entre 1616 y 1620, pero cayó en desgracia cuando fue acusado de enriquecimiento ilícito y de actuar contra los intereses del Estado.

Junto con Osuna, también cayó el duque de Uceda, que fue detenido y vio todos sus bienes embargados tras ser condenado por fraude. Durante la

investigación, algunos de los principales colaboradores de Osuna y Uceda fueron encarcelados e interrogados, como Sebastián de Aguirre y el escritor Francisco de Quevedo, agente de Osuna; los secretarios Aparicio de Uribe y Bernardo de Oñate; el consejero de Estado, Sancho de la Cerda; y el espía mayor Andrés Velázquez, pariente lejano y amigo de Osuna.

De la relación del espía mayor con este proceso ha quedado un memorial, con fecha de 4 de junio en 1621, en el que el acusado pide ser puesto en libertad y niega haber utilizado su cargo para beneficiar al duque de Osuna o conseguir dinero de forma ilícita en su propio beneficio. Velázquez afirma que mantuvo correspondencia frecuente con Osuna durante trece meses en Nápoles (1616-1617), sobre todo a cuenta de dos asuntos, la boda del marqués de Peñafiel, hijo heredero de Osuna, y el deseo de este de comandar el ejército de Flandes. En cuanto a la boda, Velázquez insistía en las numerosas dificultades que había para concordar la unión de la sobrina del duque de Lerma con el marqués de Peñafiel, y en lo que respecta al mando de las tropas en Flandes, cuando era inminente el final de la Tregua de los Doce Años en los Países Bajos, Velázquez mostraba su opinión de que el nombramiento de un gobernante tan capacitado como Osuna habría redundado en un mejor servicio a la Corona.

De todo este embrollo procesal, el espía mayor salió más o menos indemne, en especial en lo que se refiere a las acusaciones de corrupción, que eran uso extendido en la corte. Finalmente, los juicios contra los patrocinados de Osuna y Uceda se saldaron con sentencias bastante benignas. Andrés Velázquez fue condenado a pagar una multa de mil ducados y puesto en libertad por falta de pruebas concluyentes. Se desconoce si continuó en el cargo de espía mayor, aunque, en diciembre de 1624, en una causa referida a un espía siciliano llamado Miguel Cervellón, Velázquez seguía figurando como miembro del Consejo de Guerra. Sea como fuere, desde 1621, año de la muerte de Felipe III, no existe rastro documental de su actividad efectiva como espía mayor y ni siquiera se conoce la fecha de su muerte.

En el pliego de descargos (febrero de 1622), Andrés Velázquez revelaba algunos detalles de su biografía durante su periodo en la milicia como ayudante de su padre, Juan Velázquez, en materia de espionaje. En la enumeración de sus méritos dice que

> … pasé a servir en la Armada del mar océano de que era capitán general el adelantado don Martín de Padilla; fui embarcado en aquella ocasión y continuando el servir en la mar, así las galeras como en la Armada algunas veces llevando a mi cargo escuadras de bajeles redondos y de galeras y la infantería, fui cabo varias veces que se peleó y siendo teniente del dicho adelantado don Martín, hice muchas presas de piratas y rebeldes ingleses, holandeses y moros.

Andrés Velázquez añade que, siendo consejero secreto, sirvió en Lombardía y otras partes de Italia, tanto con las armas como en negociaciones con príncipes y repúblicas, y que en Madrid fue nombrado superintendente general de las inteligencias secretas, poniendo al descubierto el «estado trabajoso» del secreto en materias de Estado, unas filtraciones que tuvieron importantes consecuencias, con el castigo de algunos culpables, entre ellos Jusepe de Santander, oficial de Estado.

De su trabajo como espía, la nota biográfica de la Real Academia de la Historia (RAH), a cargo de Navarro Bonilla, menciona que «como receptor y parte activa de todo el sistema de espionaje se debe destacar su capacidad de evaluar y discriminar la información, así como la capacidad suficiente para distinguir el rumor, o la noticia inconsistente, de la verdadera información capaz de generar conocimiento real».

Martín de Bustamante, un «inteligente antiguo»

Una prueba clara de que a principios del siglo XVII existía ya una estructura de inteligencia bien consolidada es el caso de Martín de Bustamante, espía de Juan Velázquez, que en 1607 estuvo detenido en una cárcel francesa tras ser apresado en la ciudad bearnesa de Pau. Aun así, gracias a su mujer y a su hija, el espía consiguió enviar algunas cartas a sus agentes de control dando información precisa sobre los agentes enemigos. Una vez puesto en libertad, Bustamante siguió vinculado a Andrés Velázquez como «inteligente antiguo» y operó en 1613 como segundo responsable de una red de espías españoles en la zona fronteriza con Francia.

Bustamante aparece citado en otra misión que, también en 1613, le encargó el espía mayor, consistente en viajar a Montpellier, ciudad de raigambre calvinista, para averiguar cuál era la situación allí y controlar el contrabando de oro y plata que se producía desde España.

Seis años después, en 1619, Andrés Velázquez habla muy positivamente del espía Bustamante ante el rey, a quien reconoce que

> … es criado de Vuestra Majestad y tiene veinticinco escudos de sueldo. En San Sebastián ha servido en materias secretas fielmente y por su mano en Francia se han tenido muy buenos correspondientes [contactos] y ahí conserva amigos residiendo.

Los gastos de la red dirigida por Bustamante se enviaban a Velázquez a través de su secretario, Juan de Ciriza. También formaban parte de esta red el

secretario del conde de Haro, Sancho de Ursua, experto en cifrado; Mateo Sandero, oficial en Milán, y Pedro de Echávarri, secretario del duque de Umala y experto en asuntos franceses.

Gaspar Bonifaz: espía polifacético

Después del marqués de Chanvela, de fugaz memoria en los anales del espionaje hispánico (su nombramiento lo solicitó su mujer porque su hija había dado descendencia a Felipe IV, el rey «putero» por excelencia de las Españas), le tocó a Gaspar Bonifaz ocupar el puesto de espía mayor de Su Majestad. Bonifaz nació en torno a 1589 en la villa toledana de Yepes, en el seno de una familia acomodada. Su padre era alcalde de la hermandad de Yepes y familiar del Santo Oficio, lo que sin duda le abrió numerosas puertas en la corte de Felipe III. Primero fue nombrado paje real y en 1610 ascendió a «costiller» real, oficial palatino cuando el rey visitaba alguna iglesia o salía de viaje. Tras la muerte del monarca ocupó el cargo de caballerizo mayor y, entre 1621 y 1624, el de gobernador de Ocaña. Asimismo fue nombrado caballero de la Orden de Santiago y en 1625 ostentó la dignidad de corregidor de Córdoba por designación directa de Felipe IV, puesto en el que cesó —algunos dicen que por incompetencia— en 1629, justo cuando asumió las labores de espía mayor. Ocupó este cargo hasta su muerte, el 13 de mayo de 1639, a causa del tifus. Bonifaz fue enterrado en la capilla de Santa Inés de la parroquia de San Salvador de Madrid, donde también fue enterrado Calderón de la Barca.

En los *Avisos* de José Pellicer, cronista del reino de Aragón, con fecha de 17 de mayo de 1639, se mencionan unas breves palabras dando cuenta del fallecimiento de Bonifaz:

> Don Gaspar Bonifaz, bien conocido Caballero, murió la semana pasada de un tabardillo, con sentimiento general de todos, por ser tan entendido y cuerdo Cortesano. Vaca el oficio de Espía Mayor.

Aficionado a la tauromaquia y a la literatura, destacó en las fiestas taurinas como uno de los «mejores hombres de plaza» de España, motivo por el cual le apodaron «Matamoros», en alusión a su habilidad con el estoque. Bonifaz dejó escrito el opúsculo *Reglas de torear*, uno de los primeros

tratados de didáctica taurina, dedicado al conde-duque de Olivares y editado en Madrid en 1635, así como un tratado titulado *Del arte de andar a caballo*, que demuestra sus dotes de buen jinete.

Juan Pedro de Moncayo y Gurrea, gentilhombre y comendador aragonés —además de poeta—, dedicó en su libro *Rimas* un soneto a Bonifaz, titulado «Entrando a torear en la plaza de Madrid», que dice así:

Del bruto a la cerviz el brazo fuerte
impuso rayo, ejecutando heridas,
que en ti la muerte te ofreció su vida,
y en él su vida lisonjeó a la muerte.
Prodigiosos efectos nos advierte
tanta fiereza a tu valor rendida;
que si por suerte de otros es vencida,
en ti solo el querer fue mayor suerte.
No de fama el bronce, cuyo aliento
viste de luz el sol en mucha esfera,
ostenta de tu diestra la memoria.
Pues al eco, que en sí produjo el viento,
anuncios de alabanzas exagera
para usurpar aplausos a tu gloria.

Autor de poemas y sonetos laudatorios, Bonifaz también se distinguió como jurado de premios literarios, como el convocado por la Academia Burlesca en febrero de 1637 en el Palacio del Buen Retiro, para loar los fastos con los que Felipe IV celebró el nombramiento de su cuñado, Fernando III de Hungría, como rey de Romanos —heredero del emperador—, y la visita a España de María de Borbón, princesa de Carignan y esposa del príncipe Tomás de Saboya.

Como encarnación del ideal caballeresco cortesano que conjuga las armas y las letras, Antonio Hurtado de Mendoza elogia su destreza taurina y señala que Bonifaz «es graduado en ambos derechos, en la espada y en la pluma», aunque no haya llegado de él mucha noticia sobre sus méritos en el mundo del espionaje, aparte de saber que el rey y su valido Olivares le tenían en grande estima.

Según la profesora Sandra Valiñas, Gaspar Bonifaz ostentaba «el prestigioso cargo de espía mayor del reino y hacía años que gozaba del favor del conde-duque de Olivares y del propio monarca».

Juan Valencia Herrera nació en la ciudad de Lima (Perú) en 1605. Aseguraba ser descendiente del rey Alfonso X el Sabio, y se sabe que sus antepasados marcharon a América en 1493 en el segundo viaje de Cristóbal Colón y que residieron en Santo Domingo.

Después de obtener algunas encomiendas de indios, Valencia viajó a España en 1626, y vio rechazada su pretensión de ser nombrado juez del Tribunal de Cuentas de Lima, aunque se le concedió un hábito en la Orden de Santiago, nombramiento que no tuvo efecto hasta 1640, cuando ya había regresado a las Indias. Se sabe que fue entonces cuando comenzó a mostrar sus dotes como torero en las fiestas que se celebraban en Lima, aunque eso no le impidió ser corregidor de Paucarcolla, en la región peruana de Puno.

En 1637 volvió a España y se instaló definitivamente en Madrid, donde, en un primer momento, vivió de las rentas que le daban sus encomiendas «peruleras». De hecho, compró tres casas y una huerta en el centro de la capital, además de un señorío que adquirió en 1640 en la villa de Yeles. Aunque nunca contrajo matrimonio, mantuvo una larga relación con Isabel Ponce de León, con quien tuvo una hija y dos hijos.

Por la corte anduvo el encomendero limeño en busca de cargos y mercedes hasta conseguir comprar en 1647 una plaza de regidor en Madrid. Lo cierto es que apenas asistió a las sesiones del ayuntamiento y el único servicio municipal que desempeñó fue el de comisario de las fiestas de toros. Junto a otro toreador de la época, el regidor Francisco de Luzón, se encargaba de buscar los toros que habían de lidiarse y los dos ordenaron la construcción de los tablados de la Plaza Mayor, el lugar en el que se celebraban las corridas en aquella época.

Poco después, Valencia vendió su cargo de regidor en el ayuntamiento a un tal Gabriel Rojas, con lo que obtuvo una ganancia de más de siete mil reales, mientras seguía esperando que le concedieran algún título de mayor importancia. Lo consiguió por fin en 1651, cuando fue nombrado «superintendente de las correspondencias secretas y espía mayor de Su Majestad Felipe IV», cargo que ocupó hasta su muerte, el 15 de agosto de 1663.

Como espía mayor, Valencia se encargaba de vigilar las fronteras y embajadas extranjeras, tarea que no estuvo exenta de incidentes. Designado miembro del Consejo de Guerra en 1654, fue detenido al año siguiente y desterrado por un altercado verbal con el consejero Diego de Cárdenas, conde de la Puebla del Maestre, hasta que quedó en libertad sin cargos tras ser defendido por el marqués de Esquilache. De la detención y destierro de

Valencia da cuenta el cronista Jerónimo Barrionuevo en un aviso del 13 de octubre de 1655, en el que refiere que

> … fue don Vicente Bañuelos en casa de don Juan Valencia, espía mayor de su majestad, hombre muy rico y mucho mayor hablador, que anda en un coche muy bueno con cuatro mulas blancas y dos cocheros, tan despacio que parece a la Tarasca. Fue, en efecto, a cosa de las dos y le llevó a Getafe, donde la esperaban sus alguaciles de corte con un pliego cerrado y orden de dar con él en Chinchilla y que allí le abriesen. El porqué es presto para que se sepa. Dícese hoy ha sido por un disgusto y palabras pesadas con el conde de la Puebla.

Como señala Navarro Bonilla, el destierro llevó aparejado el cese como espía mayor de Su Majestad. Sin embargo, Valencia contaba con el favor del nuevo valido del rey (después de Olivares), Luis de Haro, así como de influyentes cortesanos, como el marqués de Eliche, que iniciaron el procedimiento para devolverle el título de espía mayor.

En cuanto a su actividad torera, Valencia y sus ayudantes —dos indios que llegaron con él desde Perú— eran muy famosos en la capital. El historiador José del Corral Raya, cronista oficial de Madrid, afirmaba que el limeño llegó a inventar una espada especial y un nuevo modelo de rejones en las corridas, además de escribir un tratado sobre el arte de torear.

Juan Valencia, el último espía mayor del que se tiene noticia, murió el 15 de agosto de 1663. Había ordenado que lo enterraran en el convento de Trinitarios Descalzos en Madrid. En el testamento de sus bienes se hallaron una escribanía de cedro y varios legajos con los títulos de hábito de las Órdenes de Santiago y Calatrava, e instituyó un mayorazgo dando preferencia a los hijos legítimos reconocidos en su testamento. Asimismo pedía que sus descendientes usaran el apellido de «Valencia el del Infante», solicitud que la Corona no concedió.

El cargo vacío

Después de Valencia, el puesto de espía mayor no volvió a proveerse, aunque en 1671 el Consejo de Estado intentó retomarlo, recordando al rey insistentemente lo bueno que sería para la Corona contar con un espía mayor, a la vista de las dificultades por las que atravesaba el país. Eran muchos los extranjeros que llegaban a la corte y se entraba y se salía de las casas de los

ministros sin ningún cuidado, lo que daba lugar a que los rumores se extendieran.

Sin embargo, el rey Felipe IV no atendió a razones. El Consejo de Estado volvió a la carga a propósito de un memorial presentado por Pedro de Ribera, en el que solicitaba el puesto de espía mayor por sus servicios. Ribera había sido nombrado caballerizo real, dentro y fuera de las fronteras hispanas, y había tenido a su cargo misiones que exigieron elevados gastos. Además, su padre contaba con cuarenta años de servicios al Estado a sus espaldas y Pedro era su único heredero.

Uno de los consejeros, el marqués de Castel Rodrigo, consideró más conveniente restablecer el puesto de «conductor de embajadores» en lugar del de espía mayor, ya que este suponía un mayor gasto para la Real Hacienda. Los argumentos del marqués fueron efectivos y, al final, el rey se decidió por validar el puesto de «conductor de embajadores». Esta fue la última vez que se trató el tema (1674), y a partir de entonces el cargo de espía mayor dejó de existir.

Las Juntas de Inteligencia

La escasa relevancia que adquirió la figura del espía mayor tras la muerte de Andrés Velázquez hizo imposible la creación de una estructura institucional sólida de inteligencia durante la segunda mitad del siglo XVII. Así, para centralizar la actividad del espionaje, el 30 de octubre de 1641 se creó la «Junta para las materias políticas e Inteligencias de Cataluña», cuyo objetivo era mantener unidas todas las redes de espionaje destinadas a combatir la rebelión en esa parte de la Corona. La Junta estaba compuesta por el cardenal Spínola, el regente Miguel Juan Magarola, los exiliados catalanes Felipe Viñes y Cristóbal Icart, y el consejero castellano Antonio de Contreras.

También en 1641 se crearon las Juntas de Portugueses, dedicadas a controlar la rebelión en Portugal, que, según el historiador Rafael Valladares, salvo algunas excepciones, tuvieron escasa relevancia y operatividad. Asimismo hubo una «Junta de Ejecución», fundada en 1642, en la que, al parecer, había numerosos catalanes ociosos y leales al rey en la corte de Madrid, por lo que se aconsejaba consultar al Consejo de Aragón sobre las tareas de inteligencia que se les podía ofrecer para mantenerlos ocupados.

Como señala Navarro Bonilla, la Junta de Ejecución estableció contactos y redes de adeptos para actuar contra la influencia francesa en la zona fronteriza del Rosellón. Entre estos agentes secretos leales a la Corona se distinguió el canónigo leridano Francisco Ferrer, que en sus mensajes al Consejo de Aragón proporcionó al ejército hispano valiosa información sobre la situación en las ciudades de Lérida y Balaguer, así como sobre el estado de las fuerzas militares francesas que apoyaban la rebelión de Cataluña.

Parte II
El Mediterráneo, un mar en guerra

4
La guerra contra el Turco (I)

El escenario mediterráneo

Gran parte de las tareas de espionaje llevadas a cabo durante la Monarquía Hispánica se concentró en el Mediterráneo, una frontera clave de intercambios culturales y, a la vez, lugar de conflictos permanentes entre las potencias cristianas y el mundo musulmán. Como señala el profesor Emilio Sola Castaño, el carácter fronterizo convirtió a esta región en un nexo permanente de información secreta cuyos focos principales se situaban en Madrid, Roma, Nápoles, Venecia y Constantinopla.

Las plazas y los presidios españoles en el norte de África engarzaban una serie de puntos clave (Melilla, Orán, Bugía, Trípoli, Bona, Túnez y, más tarde, Ceuta) que constituían la frontera sur y la espalda de la Monarquía Católica. Su importancia queda reflejada en el enorme flujo de información secreta que iba y venía durante el periodo imperial y en el crucial papel desempeñado por el espionaje, que fue un factor esencial tanto en las guerras como en la firma de paces en el juego de intereses de la política mediterránea.

La necesidad de avisar con tiempo de las intenciones del enemigo era una constante en la correspondencia secreta entre los alcaides y gobernadores militares de las plazas fronterizas y la corte. Los avisos eran continuos y casi siempre tenían el carácter de urgente. «Conviene que seamos acá avisados con brevedad […]. Y en todo nos avise con brevedad», apremiaba el corregidor Nebrija desde Orán a la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, en junio de 1531.

Los informes rápidos y enviados con precisión eran decisivos para el conocimiento de la situación en unas plazas que debían mantenerse siempre alertas, pues estaban rodeadas de extensos territorios potencialmente hostiles. Por tanto, resultaba imprescindible que los avisos llegaran lo antes posible, sin dejar de «tomar lengua» de las intenciones enemigas y aprovechando cualquier ocasión que se presentase, como hizo Diego de Ávila en el verano de 1531 antes de emprender viaje a la corte de Madrid desde Cartagena a Bugía (actual Argelia):

> Se trata de hacer en el camino algún salto para tomar lengua de Argel y desde Bugía correr la costa de Berbería y trabajar de saber nueva de la galera que Barbarroja envió al Turco, en la que fueron sus embajadores.

El historiador Emilio Sola apunta con razón que «la primera exigencia cortesana a los que gobiernan en la periferia colonial o en las fronteras es la información», ya quesin ella el desconocimiento de cuanto sucede alrededor haría fracasar cualquier defensa.

Asimismo, mantener fondos reservados en los pagos a los espías resultaba esencial. De lo contrario, el secreto seguiría estando en boca de muchos, como afirma el conde de Alcaudete desde Orán en la instrucción que envió a Carlos V en Madrid:

> Diréis a S. M. que en el pago a los mensajeros y espías de aquí, ahí muy mala orden; por qué se ha de despachar, aunque sean dos reales, por mandamiento mío para que lo libren los Veedores y Contador; y de allí sale otra libranza que he de firmar yo para el Pagador. Y que como las pagas son largas, cada vez habemos de andar en pleito antes que se cumpla ninguna libranza; y a esta causa se sabe cuántas espías se despachan y no hay hombre que ose servir en ello porque corren gran peligro. Y que el viernes pasado… me mataron en Tremecén un moro que envié con cartas que había servido y servía de espía por la causa que digo. Y así han muerto otros, y los matarán siempre si no lo manda Su Majestad remediar. Porque si la paga de esto pasa por más de una mano, no puede haber secreto en los avisos ni en los espías seguridad.

Negociaciones secretas en época de Carlos V

Desde 1518, los corsarios berberiscos, vasallos del sultán otomano, desarrollaron una frenética actividad en el norte de África, llevando continuamente el pánico a las costas italianas y españolas. La inseguridad en el Mediterráneo occidental adquirió un carácter angustioso y forzó a la Corona hispana a negociar con los gobernadores (*beylerbeyi*) turco-bereberes

de Argel, el principal centro corsario norteafricano, que asestaría una grave derrota al ejército imperial de Carlos V en 1541.

En realidad, la situación de equilibrio en tiempos de Fernando el Católico y el cardenal Cisneros, a principios del siglo XVI, se rompió con la aparición de los hermanos Barbarroja, que conquistaron Argel en 1516, se proclamaron vasallos del sultán Selim I (1512-1520) y pasaron a gobernar la ciudad. Un suceso que convirtió la Berbería en un escenario de guerra permanente terrestre y naval entre la casa de Austria y el Imperio otomano.

La Corona hispana trató de contener el poder de los dirigentes locales mediante pactos que incluían ayuda militar a los cabecillas y señores locales del Magreb, a cambio de su colaboración para extirpar la permanente amenaza corsaria en el litoral cristiano. Estos proyectos, sin embargo, se frustraron cuando Jairedín Barbarroja (1475-1546) se apoderó del peñón de Argel en 1529 y fue nombrado gran almirante de la flota turca y *beylerbeyi* de Argel. A esta amenaza se añadió la alianza francesa con los turco-berberiscos, que impidió a Carlos V consolidar la supremacía hispana en el Mediterráneo occidental.

En consecuencia, el emperador buscó una alternativa para debilitar el poderío otomano, que consistió en intentar atraer al bando cristiano a Jairedín Barbarroja, por entonces aliado coyuntural de Francia. Los intentos para captarlo se sucedieron entre 1534 y 1541, a través de una red de agentes encargados de ir tendiendo señales que propiciaran la negociación. Los encargados de mantener la relación con el almirante corsario fueron Andrea Doria y el virrey siciliano Ferrante Gonzaga.

Como asegura el investigador italiano Francesco Caprioli, era frecuente enviar mercaderes y agentes de Génova para rescatar cautivos en el Magreb y espiar los planes políticos de Barbarroja. De lo que se trataba era de aprovechar esos rescates para contactar directamente con el almirante corsario y proponerle una oferta de traición al sultán.

> El canal comercial era el único que podía desarrollar las operaciones en secreto. Génova podía alardear de una larga tradición de contactos comerciales con el Magreb, así que la presencia de sus mercaderes en los puertos magrebíes no hubiera despertado sospecha alguna.

En los tratos de Génova para negociar el rescate de prisioneros cristianos —práctica habitual en el Mediterráneo— intervino de forma destacada el genovés Luigi de Presenda, enviado en 1534 a Túnez para sondear las intenciones políticas de Barbarroja. Presenda hablaba árabe y había vivido muchos años en Marruecos. Parecía el agente perfecto en ese cometido, pero

los espías de Barbarroja descubrieron que el mercader trabajaba para la inteligencia imperial y el almirante corsario ordenó que lo decapitaran.

En cuanto a las relaciones secretas del virrey de Sicilia con el gobernante de Argel, los contactos se establecieron por algunos cristianos cautivos que Gonzaga había liberado tras pagar un rescate. Así, en 1537, al realizar el trueque de cautivos, surgió la posibilidad de atraer a Barbarroja al bando imperial. Gonzaga envió entonces de mensajero a un excautivo griego, ofreciendo un acuerdo de paz si Barbarroja rompía el vasallaje del sultán. Como respuesta, el corsario puso en libertad a dos españoles, Alonso de Alarcón y Sancho Muñoz de Villanueva, para que fueran a Palermo y a Génova y comunicaran que estaba de acuerdo en negociar con Carlos V.

En la carta que dirigió al virrey Gonzaga, Barbarroja se declaraba «amigo de vuestros amigos y enemigo de vuestros enemigos», y ofrecía limpiar el mar de corsarios enemigos de España. A la hora de pedir, tampoco se quedaba corto. En recompensa por sus servicios, exigía el reino de Túnez, la fortaleza de La Goleta, Orán, Bugía y Trípoli. Como señala el profesor Caprioli:

> La negociación correspondía a una exigencia estratégica de la Monarquía Hispánica, compartida por el emperador [Carlos V], Doria y Gonzaga: obtener el control militar del Mediterráneo occidental para favorecer los tráficos comerciales entre España e Italia.

Objetivo: Frenar a la Media Luna

Una vez conquistada Constantinopla en 1453, el Imperio otomano seguía en continua expansión por los Balcanes, África, Oriente Medio y el Mediterráneo. En 1512, el sultán Selim I intensificó la actividad de los corsarios musulmanes berberiscos para adueñarse de las principales plazas en el Mediterráneo occidental, desde donde podía llevar a cabo un hostigamiento permanente contra los barcos cristianos. A la conquista musulmana de Orán y Argel siguió en 1516-1517 la de Mesopotamia, Siria y Egipto. En 1520, cuando Solimán el Magnífico ocupó el trono, el expansionismo turco alcanzó su apogeo, que coincidió con el continuo combate otomano contra una España en el cénit de su poderío mundial.

Después de fracasar en conquistar Viena en 1532 y conquistar Bagdad en 1535, Solimán el Magnífico volvió a ocuparse del Mediterráneo y en 1551

ocupó Trípoli. Tres años después, España perdió el nido pirata del Peñón de Vélez de la Gomera y los turcos ocuparon Bugía.

La audacia de las naves corsarias de Barbarroja y Dragut (Targut Reis) llegaban a todas las costas en el Mare Nostrum. Piali Pachá saqueó Menorca en 1558, y ese mismo año se produjo la derrota hispana de Mostaganem, bajo el mando turco de Hasán Bajá, hijo de Barbarroja, que se proclamó rey de Argel.

En todo el Levante español, los cristianos vivían temerosos de los desembarcos otomanos, que saqueaban y capturaban esclavos en los pueblos costeros, hasta el punto de temer que los musulmanes recuperasen parte del antiguo territorio de Al-Ándalus apoyados por los moriscos de la Península.

Ante la peligrosa situación, se reforzaron las defensas en el litoral español y se aumentó la vigilancia sobre los moriscos. Como resultado de estas medidas, la Inquisición de Aragón decidió desarmar a todos los descendientes del islam que habitaban en ese territorio, y en 1563 la medida se extendió a Valencia, lo que agravó el malestar entre cristianos y moriscos. Como consecuencia, en 1568 se produjo la sublevación general de las Alpujarras, que no acabó hasta que en 1570 intervinieron las tropas al mando de Juan de Austria.

Con la guerra encendida en el interior de Andalucía, Dragut, almirante otomano y gobernador de Argel, combatió a los españoles en la costa de Túnez, contando con la ayuda del sultán Selim II (sucesor de Solimán), quien decidió atacar la isla de Chipre, entonces territorio veneciano. Para hacer frente al desafío, en 1570 se creó la Liga Santa, una alianza de Estados cristianos formada por España, el Papado, Génova y Venecia, que culminó en la batalla de Lepanto (1571) y puso freno a las ambiciones turcas en el Mediterráneo oriental.

Poco antes de Lepanto, el espionaje español movilizó todos sus recursos. Sus avisos de las intenciones y efectivos de la Armada turca resultaron decisivos para lograr la victoria naval que detuvo al poder otomano en el Mediterráneo, a pesar de que los turcos reconquistaron Túnez en 1574 y en 1576 pusieron pie en Marruecos.

Entretanto, los otomanos se vieron envueltos en una dura guerra contra el Imperio safawida persa en Oriente, y la prolongada contienda entre España y Turquía entró en una fase de mutuo agotamiento que se tradujo en una serie de treguas gestionadas por las redes de espionaje dirigidas por Giovanni Maria Renzo de San Remo y Aurelio Santa Croce.

Finalmente, en 1580, dos años después de la estrepitosa derrota portuguesa en la batalla de Alcazarquivir, España acordó una paz estable con Turquía.

Rutas secretas

Las noticias de los espías levantinos solían llegar a la corte imperial de los Habsburgo por tres rutas principales: la veneciana, la que discurría a través de los territorios de Hungría y la que iba por las islas del mar Egeo.

La década de 1530 estuvo plagada de momentos de gran incertidumbre para los cristianos en el Mediterráneo. El sultán Solimán el Magnífico ya era prácticamente dueño del Magreb, y en 1534 nombró a Jairedín Barbarroja almirante de la flota turca y señor de Argel. Como el virrey de Nápoles, Pedro de Toledo, dijo a Carlos V, el pacto entre los corsarios berberiscos y el poder turco era una tenaza para toda la Cristiandad.

Ante esta situación, la casa de Austria reaccionó redoblando sus actividades de espionaje en todo el ámbito mediterráneo. La información militar supuso el esfuerzo principal en la obtención de avisos secretos, pero los espías dieron también noticia de otros muchos asuntos relacionados con Estambul y la sociedad otomana, entre los que se incluía socavar la reputación de Solimán, presentándolo como un déspota sanguinario capaz de asesinar a su amigo íntimo, el gran visir Ibrahim Bajá, o a su propio primogénito, Mustafá. Estas noticias eran difundidas por toda Europa por los espías hispanos para exagerar las atrocidades del sultán.

Los rumores sobre las disputas dinásticas entre los hijos del sultán fueron también utilizados para desfigurar la personalidad de Solimán, atribuyendo a su esposa Roxelana poderes siniestros de «mujer fatal» en las intrigas cortesanas del serrallo. Lo cierto es que Roxelana poseía un gran talento diplomático y su proximidad a Solimán la convirtió en una de las mujeres más poderosas de su tiempo. Había sido raptada por los tártaros y llevada como esclava a Constantinopla, donde se convirtió en odalisca y, posteriormente, en la esposa favorita del Gran Turco, nombre que también se daba al sultán. Los informes secretos de los agentes cristianos coinciden en señalar a Roxelana como dueña y señora de la voluntad del sultán y los espías imperiales la

convirtieron en una figura central de las conjuras en torno a Solimán el Magnífico.

El esquema del espionaje en Levante

La inteligencia hispánica en Levante reproducía los esquemas institucionales de la Monarquía Católica. Las órdenes y decisiones seguían un curso jerárquico que terminaba en el rey. Cada eslabón de la cadena de mando respondía ante un superior, que reelaboraba los informes recibidos antes de remitirlos a una autoridad mayor. Así, los espías recogían la información en territorio enemigo y la trasladaban a los agentes de la Corona que pagaban los avisos. Posteriormente, los informadores del rey la enviaban a los secretarios, que analizaban y descodificaban los mensajes.

Los despachos a virreyes, gobernadores y embajadores se transmitían mediante correo ordinario, salvo que el peligro fuera inminente y la urgencia lo requiriera. Estos altos representantes del rey mandaban su correspondencia a la corte, que en algunos casos se adjuntaba a las cartas de los espías. La inteligencia acumulada por la Corona se complementaba con los informes de las redes de nobles, financieros y altos dignatarios que, como veremos, controlaban redes de información propias para intentar asegurar su predominio en las luchas palaciegas.

Este espionaje paralelo, ajeno a la órbita directa del rey, resultó a veces muy útil, como en el caso del cardenal Antoine Granvela (véase el capítulo 2), asesor real y protagonista de muchas empresas políticas y militares de la casa de Austria durante los reinados de Carlos V y Felipe II gracias a que disponía de numerosos colaboradores en todos los rincones del Imperio.

Uno de los agentes más próximos a Granvela fue Gerónimo Bucchia, de origen dálmata, antiguo compañero en la universidad de Padua, convertido en espía gracias a que tenía buenos contactos en la corte del sultán. Desde la ciudad de Kotor (actual Montenegro) se convirtió en una pieza clave de la inteligencia veneciana y llegó a ser uno de los mejores agentes secretos al servicio de la Monarquía Hispánica.

Por otra parte, el acopio de información secreta en el mundo mediterráneo venía determinado casi siempre por la situación geográfica. Ciudades españolas como Valencia, Cartagena o Málaga dirigían sus acciones de

espionaje a la vigilancia de los corsarios argelinos, para lo cual contaban con los avisos procedentes de los presidios de Orán y Bugía. Por ejemplo, esta red fue la que informó a la emperatriz Isabel de Portugal, en julio de 1531, de que se estaba gestando una gran operación secreta dirigida a descubrir los acuerdos alcanzados entre Solimán y Barbarroja para asentar el poder otomano en la Berbería.

A diferencia de lo que ocurría en la rama hispana de la casa de Austria, los Habsburgo de Viena, obligados por su situación fronteriza con el Imperio otomano, siempre mantuvieron relaciones diplomáticas con el sultán, y a los constantes combates seguían casi siempre negociaciones y canje de cautivos. Esto hizo que la información sobre los turcos que llegaba desde Viena nunca se interrumpiera, ya que los embajadores austriacos presentes en Estambul disponían de espías y confidentes que mantenían un flujo continuado de avisos. Viena fue una referencia permanente de la inteligencia cristiana para conocer las intenciones otomanas en Europa.

El «tornadizo» Antonio Rincón

En la frontera de Levante, la obtención de información era una cuestión de pura supervivencia. Los agentes principales del intercambio de noticias secretas, además de los propios norteafricanos, eran muladíes, hebreos, mercaderes italianos, religiosos rescatadores de cautivos o renegados; esto es, personas de las que se decía que «van y vienen». También estaban los «tornadizos», que cambiaban sus lealtades y traicionaban a su señor natural, como fue el caso de Antonio Rincón, que se pasó al bando francés y murió a manos del espionaje imperial cuando se dirigía a Venecia camino de Estambul.

Pese a la conquista otomana de Belgrado y la mayor parte de los Balcanes y Hungría, el fracaso del sultán Solimán el Magnífico en la conquista de Viena dio un respiro al emperador Carlos V y a la casa de Austria en la guerra contra el Turco. Sin embargo, la tregua no duró mucho y en 1532 Solimán lanzó otra ofensiva contra el Imperio Habsburgo. Los turcos volvieron a avanzar hacia el corazón de Europa y fueron detenidos en la pequeña ciudad húngara de Köszeg. La resistencia heroica de esta ciudad provocó la retirada otomana.

En tan crítica situación, las redes de espionaje cristianas se movieron con éxito en Nápoles, dirigidas por el marqués de Atripalda (c. 1468-1514), y en Venecia por Rodrigo Niño como embajador de Carlos V (1530-1532). La actividad de ambos resultó clave para informar de los preparativos y del alcance de la ofensiva turca.

Pero hubo también espías «tornadizos» (sinónimo de renegados) al servicio de sultán que contrarrestaron la información de las inteligencias cristianas. El principal fue el mencionado Antonio Rincón, nacido en Valladolid, que se exilió a Francia tras la derrota de los comuneros en Villalar (1521) y entró al servicio del rey francés Francisco I como enviado en Constantinopla y los Balcanes.

Tras entrevistarse con el sultán Solimán en Belgrado, Rincón se ofreció a llevar dinero francés al nuevo rey de Hungría, Juan Zapolya, pariente de la dinastía Jaguellona polaca, después de la batalla de Mohacs en 1526, cuando el rey magiar Luis II, emparentado con los Habsburgo, murió combatiendo contra el avance turco.

Como agente de Francisco I en Polonia y Hungría, Rincón intervino secretamente en la compleja cuestión sucesoria, que acabó con los otomanos dominando la mayor parte del reino de Hungría. Años después, el renegado español realizó tareas de espionaje al servicio de Francia en misiones relacionadas con Jairedín Barbarroja, ascendido a almirante de la Armada turca.

En 1532, el rey francés lo envió a Turquía con el cometido de lograr una alianza con el sultán en contra de Carlos V. Rincón llevó a cabo con éxito la difícil misión diplomática de sellar la paz entre Venecia y el Imperio otomano, operación que, como veremos, resultó muy ventajosa para Francia porque apartaba a los venecianos de la alianza cristiana encabezada por Carlos V.

Se dice que la entrevista final de Rincón con el sultán Solimán antes de volver a Francia para informar de su éxito fue en extremo amistosa y duró varias horas, algo que no había sucedido antes con ningún embajador ni enviado musulmán o cristiano en la Sublime Puerta, nombre empleado para referirse al gobierno otomano.

Desde Constantinopla, Rincón volvió a Francia por Venecia, protegido por barcos de esta república, y atravesó Suiza, evitando territorios imperiales, para entrevistarse y celebrar su triunfo diplomático con Francisco I. Cuando llegó a Venecia de camino a Francia para entrevistarse con Francisco I, Rincón temía un atentado personal por parte del embajador español en la

Serenísima, Hurtado de Mendoza, o del marqués del Vasto, gobernador del Milanesado, por lo que pidió escolta a los venecianos. Estos solo le autorizaron a llevar un número muy reducido de jinetes para acompañarlo, pero el viaje de Rincón desde Turquía se realizó en esa ocasión sin incidencias y, en junio de 1541, llegó a Francia para rendir cuentas al monarca francés y recibir sus instrucciones.

Consumada la alianza franco-turca, tras haber rendido cuentas de su embajada al rey francés, el «tornadizo» decidió regresar a Turquía en 1541, siguiendo un itinerario que debía pasar por la región del Piamonte y el Milanesado, navegando en barcazas por el curso del río Po. Los agentes enviados por el marqués del Vasto lo apresaron entonces y acabaron con su vida y con la de su acompañante Cesare Fragoso, un hecho que Francisco I esgrimió como causa para reiniciar la guerra contra Carlos V.

Cesare Fragoso era un capitán exiliado genovés que trabajaba al servicio de Francia y Venecia. Tuvo que huir de su ciudad natal cuando los franceses fracasaron al intentar dominar Génova cuando Andrea Doria y Carlos V alcanzaron un acuerdo estratégico (1528) que selló definitivamente la alianza hispano-genovesa durante los siglos XVI y XVII.

Temiendo un ataque de los espías imperiales, Rincón y Fragoso habían enviado como avanzadilla a sus criados en barcazas por el río Po, y unos días más tarde viajaron ellos en dos pequeñas embarcaciones. Sin embargo, cuando se encontraban ya muy cerca de Pavía, un grupo de hombres que, al parecer, hablaban español los asaltaron y dieron muerte, mientras los criados emprendían la huida.

La autoría del atentado se atribuyó a Pedro de Ibarra, caballero de la Orden de Calatrava y enemigo declarado del renegado Rincón, que actuó inducido por el marqués del Vasto, quien negó cualquier responsabilidad en las muertes.

La noticia no se conoció hasta que semanas después aparecieron los cadáveres, ya que al principio se hizo correr la voz de que Rincón y Fragoso habían sido hechos prisioneros. Francisco I ordenó una exhaustiva investigación diplomática para averiguar los hechos y consideró que el asesinato de sus agentes era causa suficiente para declarar la guerra al emperador.

Por su parte, Carlos V, aunque había prometido castigar a los asaltantes, no tomó ninguna medida, aludiendo a que le asistía el derecho a ordenar la muerte de Rincón, ya que el delito de traición del agente español al servicio de Francia era anterior a su nombramiento como embajador de Francisco I.

En 1533, Lope de Soria había sustituido a Rodrigo Niño en la embajada hispana de Venecia y comunicó al emperador que Fragoso planeaba salir de Venecia para entrar en Génova y hacerse con el poder de esa república, lo que suponía una amenaza contra los intereses españoles en el norte de Italia y el Mediterráneo. Fragoso siguió fomentando sus intrigas políticas a través de contactos con diferentes personajes, pero, como afirma el profesor Ricardo Fernández Castrillo, Lope de Soria estaba «al tanto de todos sus pasos […] e informaba de ellos con puntualidad al emperador».

Lope de Soria envió diversas cartas a Carlos V con información sobre los movimientos turcos y también propuso algunas operaciones contra Francia y Turquía. Una de ellas consistía en apoderarse del puerto de Marsella, y en otra llegó a plantear la conquista de Constantinopla, «que sería muy fácil cosa, con poca gente y armada», basándose en una serie de avisos venecianos que hablaban de las escasas defensas de las fortalezas que cubrían el paso por el estrecho de los Dardanelos.

El sultán otomano Solimán el Magnífico fue advertido por un emisario hebreo de Francisco I y, finalmente, el plan de ataque quedó en nada. Sin embargo, la colaboración militar entre Francia y Turquía contra Carlos V se mantuvo hasta que se firmó la paz de Cateau-Cambrésis en 1559, ya con Felipe II como rey de la Monarquía Hispánica.

Diego Hurtado de Mendoza, embajador imperial

Fundamental resultó también la labor del diplomático Diego Hurtado de Mendoza (1504-1574), sucesor de Lope de Soria, que realizó una importante misión de enlace secreto entre Venecia y Constantinopla. Fue embajador en Venecia desde abril de 1539 hasta marzo de 1545 —cuando Carlos V le envió a cubrir las sesiones del Concilio de Trento— y actuó en tareas de inteligencia político-militar en defensa de los intereses imperiales. En las instrucciones que recibió cuando asumió el nombramiento se le decía que

> … trataréis, enderezaréis y procurareis cuanto a la dicha empresa contra el turco lo que, según la resolución que se tomare, fuere menester, y en ello y en las otras cosas, lo que conviniere a nuestro servicio, avisándonos continuamente de lo que se hiciere y allí pasare.

En esos difíciles momentos de apogeo turco en el Mediterráneo, con las derrotas de la Liga cristiana en la batalla naval de Préveza y la caída de la fortaleza de Castelnuovo en el Adriático, las principales misiones del embajador español eran impedir que Venecia abandonase la alianza con España y el Imperio Habsburgo, y romper el acercamiento de Francia a Turquía.

De hecho, la paz entre Venecia y la Sublime Puerta había resquebrajado el sistema defensivo imperial en la lucha contra los otomanos y mostraba con claridad la desunión de los Estados cristianos en el Mediterráneo. A partir de 1542, sin embargo, Diego Hurtado de Mendoza avisó de que la situación interna en el Imperio otomano era muy débil, principalmente por las disputas internas, información que sirvió para desactivar la amenaza turca en Levante. Además, el embajador Mendoza manejaba una amplia red de espías que pretendía neutralizar la influencia francesa en Constantinopla.

A este respecto, resulta aclaratoria la opinión del historiador Miguel Ángel de Bunes, que considera que, sin el concurso de Venecia, el emperador Carlos V no era capaz de superar el poder naval de Barbarroja en el Mediterráneo, aunque tampoco Solimán podía conquistar el centro de Europa en la pugna con el Imperio Habsburgo.

En este complejo contexto, las labores de Hurtado de Mendoza estuvieron a la altura de las circunstancias, ya que consiguió mantener activa la amplia red de espionaje organizada en los dominios de Turquía y logró disponer de los recursos para que sus redes secretas siguieran en pleno funcionamiento.

El temor de Venecia a que sus posesiones en el Adriático y el Mediterráneo oriental cayeran en poder de los turcos hizo inclinar gradualmente la balanza hacia Francia, única potencia cristiana que parecía capaz de alcanzar paces favorables con el sultán Solimán. En este sentido, la diplomacia francesa actuaba con una doble cara. Por un lado, pretendía pactar con Turquía una paz duradera, y por otro, intentaba animar a los otomanos —por medio de sus espías— a emprender la guerra para ocupar Hungría, dividiendo así el esfuerzo militar de la casa de Austria.

Fue en este contexto cuando el «tornadizo» Antonio Rincón, al servicio de Francia, negoció una alianza ofensiva-defensiva con Solimán que resultó muy ventajosa para los intereses comerciales venecianos en el Mediterráneo, como ya se ha comentado. La red de espías de Mendoza trató de mantener informado a Carlos V de toda esta negociación dirigida a acabar con la Liga cristiana y debilitar la actividad del espionaje imperial.

El tratado de 1540 con la Sublime Puerta imponía un pesado tributo a Venecia, que debía pagar trescientos mil ducados a Solimán, además de entregar algunas posesiones en el Adriático y tributar anualmente quinientos ducados por Zante y ocho mil por Chipre. A cambio, los otomanos permitían a Venecia comerciar con Alejandría, Beirut y Trípoli, y establecían una tasa muy reducida por el intercambio de mercancías con Estambul y otros puntos costeros en los dominios turcos.

Sopesando los pros y los contras, Venecia se declaró satisfecha con los privilegios mercantiles obtenidos y Antonio Rincón se erigió en protagonista del entendimiento entre Constantinopla, la diplomacia francesa y los intereses venecianos, en detrimento de la influencia imperial en el Mediterráneo oriental.

Las negociaciones entre Francia, Venecia y Turquía fueron lentas y complicadas, y las embajadas cristianas tuvieron que pagar mucho dinero para sobornar la voluntad de los visires y altos funcionarios próximos al sultán, lo que mermaba la eficacia del espionaje hispano, agobiado por el ingente gasto que las tareas secretas exigían. Mendoza se propuso conocer los planes del gobierno veneciano pagando a algunos secretarios y apoyando a las personas del bando imperial que ocupaban puestos importantes para que no se inclinaran hacia el lado francés.

Respecto a Turquía, Mendoza, gran conocedor de la política otomana, adoptó la decisión de crear un vasto servicio de espionaje que permitiera recibir información de la corte del sultán. En esa red intervinieron mercaderes, judíos sefardíes, cautivos y renegados cristianos, y Mendoza tuvo problemas al no poder justificar muchos de los gastos que pasaban por sus manos. Sin embargo, los avisos que le llegaban y que transmitía a Carlos V eran muy valiosos, ya que dejaban al descubierto los secretos del gobierno otomano y la lucha soterrada en el harén y el palacio de Topkapi, el centro de poder del sultán.

El embajador español informó con exactitud de la corrupción imperante en Estambul. Los avisos secretos le llegaban desde Ragusa por medio del caballero Marino de Jamaño, y dejaban entrever un mundo de rivalidades y luchas intestinas entre Solimán, su hijo Mustafá y el gran visir Rustem Bajá, yerno del sultán y protegido de Roxelana, la favorita de Solimán.

Paralelamente, el embajador también trató de neutralizar al bando profrancés en Venecia por medio de espías y hombres de confianza infiltrados en el Consejo de los Diez, el centro del gobierno y el espionaje venecianos. De forma solapada logró que la justicia de Venecia asaltara la residencia del

embajador francés y que se incautara de todos los bienes de la familia del ya citado Cesare Fragoso, a quien Mendoza consideraba el principal obstáculo del bando imperial en esa república.

En medio de este laberinto de intereses y rivalidades, Mendoza conocía bien las negociaciones que llevaban a cabo el capitán Alarcón, enviado del emperador, y Ferrante de Gonzaga, virrey de Sicilia, para que Jairedín Barbarroja desertara y se pasara al bando español, aprovechando la circunstancia —en realidad, la sospecha— de que el almirante otomano, ya de avanzada edad, deseaba instaurar una monarquía hereditaria en el norte de África. El emperador Carlos V le ofrecía a cambio la mayor parte de las posesiones españolas en el Magreb, a excepción de Orán-Mazalquivir y La Goleta. Sin embargo, la maniobra fracasó, entre otras razones porque las conversaciones pronto fueron un secreto a voces, en gran parte debido al «tornadizo» Rincón, que se enteró pronto e las conversaciones entre los emisarios del emperador y el almirante otomano.

Además, según fuentes otomanas, Barbarroja se prestó a un doble juego, ya que informó de inmediato al sultán del intento de acercamiento español. Astutamente, Solimán pidió al corsario que diera largas a los emisarios con el fin de conocer las verdaderas intenciones de Carlos V, manteniendo un pacto de no agresión mientras las negociaciones secretas durasen.

Hurtado de Mendoza nunca confió en las «buenas intenciones» de Barbarroja, de quien pensaba que actuaba con doblez. Sin embargo, su opinión no fue tenida en cuenta, aunque también es cierto que ni siquiera osó enviar por carta sus sospechas a Carlos V, «porque a los príncipes no se puede escribir todas las sospechas, especialmente quien tiene no mucho crédito».

Mucho más éxito que el intento de captar a Barbarroja tuvo el plan imperial para acordar, con el soberano de Persia, detener el avance otomano en el interior de Asia y en Centroeuropa por Hungría. El embajador español no participó en estas conversaciones, pero facilitó, gracias a sus espías, toda la información disponible para dividir a las fuerzas otomanas y enfrentarlas a los gobernantes safawíes persas, un proyecto estratégico semejante al de Solimán el Magnífico, que también pretendía fraccionar a los Estados cristianos para someterlos con mayor facilidad.

Mendoza, en peligro de muerte

Cuando estalló de nuevo la guerra entre el rey francés Francisco I (aliado ahora con Solimán) y Carlos V, el embajador Hurtado de Mendoza, en un intento de impedir la alianza de franceses y turcos, preparó un plan para acabar con la vida del embajador francés, el capitán Polin, sucesor de Antonio Rincón ante el sultán. La conjura fracasó, sobre todo porque los franceses, ya muy escarmentados, redoblaron sus precauciones, y el espionaje galo pasó a la ofensiva y robó la cifra de la embajada española. En ese momento, la vida de Mendoza se vio amenazada por los sicarios de Polin, que buscaron al embajador para apuñalarle.

Con el enfrentamiento militar en Italia y la llegada de la Armada de Barbarroja al Mediterráneo occidental, dio comienzo una guerra de espías. Por un lado, el marqués del Vasto, Hurtado de Mendoza y los agentes imperiales asentados en esa parte del Imperio; y por otro, sus contrincantes franceses, con la ayuda de los italianos contrarios a Carlos V. El peligro para España aumentó al conocerse la llegada a Constantinopla de moriscos y emisarios tunecinos que podían revelar los nombres de los espías hispanos en el norte de Marruecos. Mendoza informó de esta circunstancia al gobernador de Granada, al tiempo que trató de entretener al emisario otomano en Venecia, Janus Bey, para obtener información sobre los planes defensivos en el sur de Italia.

A título de curiosidad, es digno de mención que Mendoza se hiciera eco de la leyenda que los cautivos y galeotes habían propalado desde Argel hasta Estambul sobre el llamado «tesoro de Barbarroja», según la cual gran parte de las riquezas del corsario quedaron escondidas en los muros de la fortaleza de La Goleta cuando Carlos V conquistó Túnez. Tales noticias, aunque descartadas oficialmente, circulaban en los mentideros cristianos y en los baños y cárceles donde se amontonaban los cautivos en el norte de África, y Hurtado de Mendoza les prestó mucha atención, aunque nunca sugirió que fuesen ciertas.

A pesar de que no cejaba la amenaza sobre los intereses imperiales de Carlos V en el Mediterráneo, Mendoza se mostraba relativamente optimista. Conocía las debilidades turcas, que hacían muy difícil una campaña prolongada contra el bando imperial, y sus espías, además, le mantenían bien informado de la crisis económica del Imperio otomano y de las disensiones y enemistades entre los visires y posibles sucesores del sultán. Su testimonio en esto es muy revelador:

> Días ha que escribí a V. M. cómo el gobierno del turco era de esclavos y partido en pasiones y cada uno trabajaba de hacer su provecho, aunque fuese en daño de su amo, y por esto sin

ningún respeto todos se dejan sobornar.

Mendoza informó de los desacuerdos entre Solimán y Francisco I, e insistió en que Barbarroja se mostraba contrario a arriesgar una gran batalla naval contra las armas imperiales.

De hecho, el balance final de la expedición de Barbarroja auspiciada por Francisco I, que acogió a la flota turca en los puertos del sur de Francia y recorrió el litoral italiano, no dio a los otomanos los resultados esperados. Las fricciones entre Francisco I y Barbarroja quedaron al descubierto y el rey francés no consiguió los objetivos que se había propuesto al iniciar la guerra contra Carlos V con ayuda turca.

A su regreso a Estambul, Barbarroja fue cuestionado por los escasos resultados logrados en esa campaña, y aunque el corsario trató de llevar de nuevo la guerra al Magreb, el cansancio entre los contendientes fue abriendo paso a una tregua general.

En definitiva, la gestión de Hurtado de Mendoza resultó crucial para detener la principal amenaza contra el imperio de Carlos V. Aunque no se pudo impedir que el Imperio otomano se alzara como potencia hegemónica en el Mediterráneo por las acciones de Barbarroja y Dragut, la realidad es que los cristianos no tuvieron pérdidas territoriales importantes y se alcanzó un armisticio que permitió aliviar la presión musulmana en el sur de Europa en un momento enormemente complicado para los intereses de la Monarquía Hispánica.

Los espías del marqués de Atripalda

En el primer tercio del siglo XVI, cuando el emperador Carlos V intentaba detener el alud otomano que se cernía sobre la Cristiandad en el Mediterráneo, emergió la figura del marqués de Atripalda, uno de los personajes más importantes del espionaje español en Levante.

Alfonso Granai Castriota, descendiente de emperadores bizantinos y marqués de Atripalda, era un noble de origen albanés que mantuvo una amplia red de espías en tierras turcas del Mediterráneo, desde el saliente en el sur de Italia de Apulia, próximo a las costas turcas del Adriático y de Grecia.

La familia de Castriota, refugiada desde hacía varias décadas en el reino de Nápoles, tenía una larga tradición de lealtad incondicional a la Corona de

Aragón y al emperador Carlos. Su padre, Vrana Conte, combatió a las órdenes de Scanderbeg, el caudillo que resistió durante largo tiempo a los turcos en tierra albanesa, y su hermano pequeño, Fernando, murió a manos del propio rey francés Francisco I en la batalla de Pavía. En venganza, Atripalda dirigió en 1528 un ataque contra la guarnición francesa de Parabita, y en la batalla de Pergolaci acabó definitivamente con las aspiraciones territoriales de la casa de Anjou en Apulia.

Casado en primeras nupcias con Casandra Marchese, el marqués la repudió para volver a casarse (después de obtener la anulación que le concedió el papa León X) con Camila Gonzaga, emparentada con los duques de Mantua. Entre 1519 y 1532 desempeñó el cargo de gobernador de las «Tierras de Bari y Otranto» y pudo conocer a fondo las ciudades más importantes de Apulia: Lecce, Barletta, Otranto, Brindisi y Gallipoli, bases que continuamente surtían de avisos a la inteligencia hispana controlada por el virrey de Nápoles, Pedro de Toledo.

En las frecuentes disputas con la aristocracia napolitana, Castriota estuvo siempre al lado del virrey, quien le recompensó generosamente con cargos y títulos nobiliarios. El marqués disponía de un buen número de espías repartidos por la costa de Apulia y las tierras turcas, entre ellos su sobrino Pirro, al que entregó el feudo de Parabita y una baronía.

En el invierno de 1533, ante el imparable avance turco en los Balcanes, Atripalda envió a Constantinopla a uno de sus mejores agentes, el maestro Toderini, que volvió a Otranto después de varias semanas de viaje y descubrió las temibles nuevas del despliegue otomano en la península griega de Morea y los movimientos de la flota turco-berberisca en el norte de África.

Cuando Jairedín Barbarroja fue nombrado gran almirante de la flota turca, el marqués de Atripalda ya disponía de una amplia red de espionaje en el reino de Nápoles. De ella formaba parte Fernando de Alarcón, castellano del Castel Nuovo de Nápoles, quien en 1533 recomendó que el marqués se entrevistara con el emperador Carlos V en la corte para hacerle llegar información valiosa sobre los asuntos europeos del sultán Solimán.

De vuelta en Nápoles, el marqués amplió su red de espionaje en el sur italiano con informadores de diversa procedencia que actuaban en Apulia o en las islas griegas haciéndose pasar por comerciantes o por marineros. Su mejor agente en Constantinopla fue Pedro Lomellin, que logró aportar una valiosísima información sobre los cautivos cristianos que conseguían evadirse de las galeras, así como de los religiosos y refugiados levantinos en el sur de Italia.

En este sentido, desempeñaron un papel esencial como espías los mencionados frailes mercedarios, dedicados a rescatar esclavos cristianos bajo dominio turco. Las negociaciones de rescate solían ser muy largas y trabajosas, lo que permitía a los religiosos residir mucho tiempo en zonas de Levante y observar con precisión los movimientos y costumbres de turcos y berberiscos.

En la red de Atripalda también había algunos musulmanes, como un tal Mustafá, que enviaba minuciosos informes al marqués sobre las fuerzas del ejército otomano en la zona de Épiro. Algunos eran prisioneros capturados por los cristianos, y aunque se les solía interrogar de manera concienzuda, sus informes despertaban muchas sospechas y con frecuencia no eran tenidos en cuenta.

El trabajo de espionaje de Atripalda se complementaba con la reparación de las defensas y fortificaciones costeras que llevó a cabo el virrey Pedro de Toledo a lo largo del litoral de Apulia y otras partes del reino de Nápoles. En cada bastión o torre de vigilancia de la costa de Apulia, el marqués tenía informadores que se alertaban entre sí y enviaban avisos al virrey, que llegó a contar con una flota de fragatas y pequeñas embarcaciones que permanecía en Trani durante el invierno. Desde allí, los barcos cruzaban el mar hasta Zante, Cefalonia o Ragusa a lo largo de las costas otomanas y en ocasiones realizaban incursiones contra las poblaciones musulmanas.

La red de Atripalda, que confluía en Nápoles, tuvo un papel esencial durante las primeras décadas del choque entre el Imperio otomano y Carlos V, hasta el punto de que la capital napolitana terminó superando a Venecia en capacidad informativa. Mientras el marqués estuvo al mando del espionaje en el sur de Italia, los agentes que proporcionaban los avisos secretos realizaban una especie de circuito por vía terrestre y marítima que durante muchos años obtuvo resultados muy valiosos. Los espías partían en barco por Pulla, Otranto, Trani o Manfredonia hasta los puertos de Ragusa o Valona, desde donde emprendían la ruta terrestre a través del norte de los Balcanes. Hacían paradas casi obligadas en los monasterios ortodoxos, donde solían recibir ayuda de los monjes.

Cuando llegaban a Adrianópolis o Constantinopla, permanecían el tiempo necesario para observar los movimientos militares en territorio otomano. Logrado el objetivo, regresaban a territorio cristiano por la que se llamaba «ruta de las islas», con escalas en Quíos, Zante o Corfú, donde les esperaban otros espías de la red napolitana que pasaban sus informes al virrey de Nápoles, siempre con el marqués de Atripalda como intermediario.

El tándem formado por Atripalda y el virrey Pedro de Toledo asentó la política de inteligencia imperial en el sur de Italia y Levante. Ambos supieron aprovechar la oleada de refugiados procedentes de Grecia y los Balcanes que escapaban de la dominación turca, lo que proporcionó a la inteligencia napolitana un capital humano de excepcional valor que durante décadas nutrió las redes del espionaje imperial.

El gran heredero del marqués de Atripalda en el manejo de las redes de espionaje fue Ferrante Loffredo, marqués de Trevico, que amplió el radio de acción del espionaje en el sur de Italia y organizó una red que puso a disposición del virrey de Sicilia, Juan de Vega, además de infiltrar agentes en Túnez y la Berbería oriental gracias al apoyo del gobernador de La Goleta, hasta que esa fortaleza cayó en manos del almirante corsario Uluch Alí.

Quince años estuvo Trevico como jefe del espionaje en Apulia, y en ese tiempo realizó cambios importantes en la organización de inteligencia en Levante. Redujo notablemente el número de espías y eligió sobre todo a los que estuvieran integrados en «la sociedad de la frontera», el espacio geográfico y cultural marcado por el enfrentamiento entre la casa de Austria y el Imperio otomano en el Mediterráneo.

El doble juego de Barbarroja

La campaña militar de Carlos V contra Argel en 1541 vino precedida del ya mencionado intento del emperador para que el famoso corsario Jairedín Barbarroja cambiase de bando y traicionase a su señor Solimán el Magnífico.

Ante el ofrecimiento de captación, Barbarroja fingió mantenerse indeciso e incluso aceptó indirectamente la negociación para desertar. No existe, sin embargo, la menor prueba de que el corsario quisiera traicionar al sultán, a quien informó en cuanto las sospechas comenzaron a extenderse. Así lo recoge el mismo Barbarroja en sus memorias:

> El rey Carlos emprendió entonces una tarea desesperada y al mismo tiempo absurda; intentó seducirme para que yo traicionara a mi Estado, a mi soberano, a mi religión, a mi raza.

Según Barbarroja, después de la victoria turca en Préveza el emperador perdió la esperanza de vencer a los turcos en el mar y se propuso tomar Argel,

donde gobernaba Hasán Bajá, hijo adoptivo de Barbarroja. Pero, antes, Carlos V le envió en secreto una carta en la que decía lo siguiente:

> Es sorprendente que un hombre como vos, que habéis sido rey de Argel, que se digne ocupar el simple cargo de *beylerbeyi* del Gran Turco, que es un rango muy inferior para vos. Si os apartarais del servicio del sultán Solimán os consideraría el único soberano legítimo para el continente africano entre el mar Rojo y el océano Atlántico. Además, no es necesario que seáis mi vasallo, solo exijo que seáis nuestro amigo y que rompáis toda relación con la casa otomana.

Inmediatamente, Barbarroja dio a conocer esta carta al Consejo Imperial turco (*Diwan*) y al gran visir, a quien informó de que Carlos V, al darse cuenta de la inutilidad del intento de captación, intentaría conquistar Argel aprovechándose de su ausencia. El gran visir le aconsejó que tomara las medidas necesarias para proteger la ciudad, pero que no respondiera negativamente a su «propuesta de traición» y procurase entretener al emperador cuanto pudiera sin darle una respuesta concreta. Barbarroja envió entonces un mensaje a Andrea Doria, a quien Carlos V había confiado la negociación con el corsario. Con un lenguaje bastante ambiguo Barbarroja dijo estar dispuesto a negociar la oferta de Carlos, aunque el asunto no debería tratarse en Constantinopla, ya que llegaría a oídos del sultán. Sería mejor que enviase a sus embajadores a Argel para que hablasen con su hijo adoptivo, Hasán Bajá, que le representaba como gobernador.

Carlos V aceptó el trato y, pasado algún tiempo, envió a Argel dos embajadores, Alonso de Alarcón y al capitán Vergara, a quienes acompañaba un médico judío de nombre Romeo, súbdito otomano. Después de algunas conversaciones, Hasán Bajá expulsó de Argel a los españoles, pero hizo detener a Romeo, por ser vasallo del sultán, y lo encarceló en Constantinopla, lo que echó por tierra el intento de arreglo con los otomanos. Sin embargo, Carlos V siguió intentándolo, y así, en un nuevo mensaje, el emperador ofreció a Hasán Bajá la Corona de Argel. El intermediario en esta misión fue el conde de Alcaudete, gobernador de Orán, a quien Barbarroja conocía y menciona elogiosamente, aunque con cierto desdén:

> Era un anciano muy valiente, y no creo que él pensará que mi hijo adoptivo y yo podríamos llegar a traicionar a nuestro Estado y a nuestra sangre. Pero este pobre hombre nada podía hacer, pues la orden venía del mismo rey.

De acuerdo con el gran visir, Barbarroja escribió a Hasán Bajá pidiéndole que diera largas al conde, tal como ambos habían convenido:

> Claro que me gustaría estar entre los reyes, pero siguiese un paso para su realización, los miles de leventes de la flota turca en Argel me pondrían cadenas y me enviarían a Estambul en

una embarcación. No obstante, si vuestro rey Carlos llegase a Argel con una gran Armada y ejército, yo no defendería la ciudad, con lo cual la flota de Argel quedaría destruida. De este modo, una vez que se apodere de la ciudad, todo el país les pertenecería.

Barbarroja quedó a la espera. Consideraba que sería poco probable que el conde de Alcaudete, Andrea Doria y el propio emperador Carlos mordiesen el anzuelo, pero, según cuenta el corsario, lo hicieron:

Pero vi después que estos hombres que habían sido tan ilusos en creer en mi traición demostraron ser insensatos al tomar en serio las palabras de Hasán.

El plan del corsario parecía funcionar. Barbarroja escribió a su hijo que hiciera el mayor daño posible a Carlos V en Argel y añadió que él mismo acudiría después con la Armada imperial otomana desde Estambul para destruir a la flota cristiana. Su consejo era que no zarparan de inmediato,

… pues en cuanto apareciese nuestra Armada en el Mediterráneo occidental, el temor haría que el rey Carlos no solo no se atreviera a llegar frente a Argel, sino que correría a refugiarse en una de sus fortalezas más inexpugnables […]. Así con esta farsa pasaron más de tres años desde la victoria de Préveza hasta la campaña de Carlos sobre Argel.

Esta versión parece verídica, ya que Barbarroja zarpó de Estambul con cien barcos en octubre de 1541, aunque se vio obligado a refugiarse en un puerto seguro a causa de una fuerte tempestad. Cuando llegó al litoral norteafricano recibió la noticia de que los españoles se retiraban, y hubo de regresar a la capital turca en el mes de diciembre, un retraso que evitó que Barbarroja desbaratase por completo a la Armada cristiana.

El fracaso de Argel

La conquista de Argel por Carlos V pretendía ser un duro golpe al dominio otomano en el norte de África. De acuerdo con los informes turcos, la Armada hispana se componía de 516 embarcaciones, de las que 274 eran galeotas y barcos de combate, además de 65 «galeras gigantescas que flotaban sobre el mar como castillos inexpugnables». En cuanto a los hombres, las cifras entre marineros y soldados superaban los treinta y seis mil combatientes, además de las fuerzas auxiliares. La empresa estaba capitaneada por el propio emperador y pocos dudaban de que finalmente

Argel sería conquistada. Los almirantes, generales y nobles más renombrados de Europa ansiaban participar en esta victoria al lado de su rey.

Por su parte, Hasán Bajá tenía seiscientos leventes (soldados de marina) y dos mil jinetes. La flota turco-berberisca, muy inferior en barcos, abandonó Argel para no ser destruida, y cuando Carlos V desembarcó en la costa argelina envió a Hasán esta carta escrita en turco:

> Si tuvieses un mínimo de cordura dejarías inmediatamente tu espada y después de atar un pañuelo sobre tu cabeza me traerías las llaves de la fortaleza de Argel. Si pides perdón besando el suelo delante de mí te perdonaré la vida. Yo soy el rey de España, Nápoles, Sicilia, Flandes y las Indias, y también el emperador de Alemania […], no cometas la locura de levantarte en armas contra mí. Si no, juró por Cristo que colgaré tu cuerpo en las torres de Argel.

Esta versión difiere notablemente según las fuentes españolas. Así lo cuenta el cronista Prudencio de Sandoval:

> El emperador […] envió luego a Hasán Agá pidiéndole que se diese [rindiese], si no quería guerra, y que se debía dar él por volver a ser cristiano, pues era hijo de padres cristianos, y porque los Barbarroja tenían usurpado aquel lugar y reino tiranamente, y porque se lo pedía y rogaba el emperador de cristianos y el rey de las Españas, cuyo vasallo él nació, y que tan poderosa flota y ejército otra día, y porque, dándose [entregándose], le haría crecidas mercedes, con mucha honra y libertad, y los turcos irían libres por do quisiesen, y que asimismo los moros quedarían libres y con sus haciendas y en su secta, pero que en no se dando, pararía en lo que paró en Túnez Jairedín Barbarroja, su amo […]. Y aún peor, porque los soldados no le darían libertad, ni aun vida, en pena de sus pecados, ni él usaría de clemencia en castigo de su rebeldía.

El desastre de Argel fue el mayor fracaso militar del emperador Carlos V. La victoria parecía asegurada para los cristianos cuando se inició la ofensiva, pero la resistencia fue mucho mayor de lo esperado. Hasán Bajá infiltró a muchos de sus espías disfrazados de caballeros en las tiendas cristianas —entre ellos había un gran número que hablaban español por haber sido esclavos en las galeras hispanas—, y en la medianoche del tercer día, los turco-berberiscos lanzaron un ataque sobre el campamento enemigo, mientras el tiempo, que continuaba empeorando, «se asemejaba a la ira de Alá y azotaba a los infieles en esas tierras lejanas», comenta la crónica de Barbarroja.

Cuando el emperador ordenó a las tropas que se replegaran con sus naves y al almirante Andrea Doria que se preparase para zarpar, la confusión cundió en el campamento cristiano. Las tropas musulmanas volvieron a atacar y miles de argelinos salieron de la ciudad en busca del botín que iban dejando los cristianos en su retirada. La mitad de la Armada cristiana había encallado a causa de la tormenta y los leventes aprovecharon el descalabro para realizar una gran captura de prisioneros.

Como resultado de esta derrota, el ejército cristiano perdió miles de hombres ahogados en el mar, acuchillados en las playas o convertidos en esclavos, y en la retirada se perdieron también cuatro mil caballos de buena raza. Fue una catástrofe sin paliativos. Las armas de los españoles no disparaban porque su pólvora estaba mojada y los que llevaban armaduras no podían moverse porque estaban empantanados en el lodo. En palabras del propio Barbarroja,

> … a todo lo largo de las playas de Argel estaban esparcidos los cuerpos de los infieles, los restos de los animales y los despojos de los barcos despedazados por la tormenta […]. Los generales, almirantes, duques, príncipes, condes, caballeros, así como las mujeres y doncellas más nobles de las Cortes europeas que habían venido a contemplar la toma de Argel cayeron en esclavitud.

Parece cierto que el propio Carlos V estuvo a punto de caer prisionero de no haber sido por los caballeros de Malta que le protegían. Hasán Bajá se apoderó de toda la artillería de las galeras hundidas frente a Argel y se tomaron tantos cautivos que una parte de estos fueron regalados a los vencedores, mientras los precios bajaban considerablemente en los mercados de esclavos. Treinta galeras repletas de regalos y tesoros destinados al sultán Solimán llegaron a Estambul, cuya población festejó el suceso por todo lo alto. «Era una flota que podía provocar la envidia de muchos reyes cristianos», dijo Barbarroja.

Fue así como acabaron los intentos secretos de Carlos V por hacerse con los servicios de Barbarroja, cuya escuadra estuvo a punto de destruir por completo al resto de la flota cristiana. Al parecer, el corsario se había quedado atrás, pensando que el ejército del emperador no desembarcaría tan pronto en las playas argelinas, lo que evitó que el desastre fuera aún mayor.

Visto en retrospectiva, en este caso la inteligencia imperial falló estrepitosamente. Se eligió mal la época del año para efectuar el desembarco, ya que el riesgo de tormentas era muy alto, y, además, el reconocimiento del terreno era escaso y defectuoso.

La derrota de Argel supuso un serio revés, no solo militar, sino también de los informadores del emperador, que no previeron la ruina de la empresa ni valoraron la resistencia enemiga. Por el contrario, el corsario Barbarroja supo esconder sus verdaderas intenciones, informando con puntualidad al sultán al tiempo que daba largas e insinuaba falsas esperanzas de acuerdo a los agentes de Carlos V.

5
La guerra contra el Turco (II)

Felipe II y la contraofensiva hispana

Como vimos en el capítulo anterior, el intento de conquistar Argel el 1541 pretendía ser la respuesta de Carlos V a la intensificación de las actividades corsarias en el Mediterráneo occidental, pero el fracaso supuso un paréntesis casi definitivo en la ofensiva africanista del emperador.

La labor piratesca de Dragut, el sucesor de los Barbarroja en el norte de África, obligó a Carlos V a reanudar el enfrentamiento con los turco-berberiscos a partir de 1550, una ofensiva que incluyó las acciones de Susa, Monastir y Mahdia, y que empujó al sultán Solimán a reiniciar el conflicto, creando una situación de guerra permanente en la zona, con pérdidas para el bando cristiano tan graves como la cesión de Trípoli, la pérdida del presidio de Bugía, el saqueo turco de Menorca y la aparición del reino saadí de Fez en Marruecos, que permitió la aparición de una nueva potencia en el Magreb.

Con la subida al trono de Felipe II en 1556 se inició la contraofensiva contra los turco-berberiscos desde una España en peligro por las constantes incursiones de los corsarios musulmanes y el temor a una invasión desde Marruecos. Ante los avances de los saadíes, la regente Juana de Austria —que gobernó *de facto* España en ausencia de su hermano Felipe desde 1554 hasta 1559— decidió entablar negociaciones con los marroquíes. Su intención era lograr una alianza contra el sultán otomano, mientras, desde Orán, el conde de Alcaudete preparaba una expedición militar (1558) contra la ciudad de Mostaganem, cuando el monarca seguía absorbido por sus obligaciones diplomáticas y militares en los Países Bajos y Francia.

Cuando Felipe II regresó a la corte, las fuerzas hispanas se concentraron en el frente norteafricano para recuperar del Peñón de Vélez (1564), que se había convertido en una guarida de actividades corsarias que mantenía en jaque a la costa sur española. Posteriormente, la guerra de las Alpujarras (1568-1570) reavivó los sentimientos de cruzada antimusulmana, y el enfrentamiento continuó con la ofensiva turca que culminó en la conquista de Chipre a los venecianos, la fallida invasión otomana de la isla de Malta y la muerte del corsario Dragut.

Paralelamente, en los territorios mediterráneos, la Corona hispana desarrolló y consolidó una vasta red de agentes secretos, espías, aventureros, excautivos, rescatadores, mercaderes y representantes diplomáticos extraoficiales, que demostró ser sumamente eficaz. La inteligencia hispana no escatimó medios a la hora de procurarse información de los turco-berberiscos, pero, además, organizó conjuras para sabotear instalaciones enemigas, intentando atraer al bando español, mediante sobornos, a desertores y altos funcionarios otomanos.

Citando datos del profesor Diego Téllez Alarcia, en 1576 el coordinador de los servicios secretos en Estambul, Aurelio Santa Croce, asignaba 1350 escudos para el sueldo de seis agentes y los sobornos aumentaban notablemente esa cifra hasta alcanzar decenas de miles de ducados. Téllez señala que la puesta en funcionamiento de una red de espionaje eficaz en el Mediterráneo no era tarea sencilla y requería tiempo:

> [Era preciso encontrar] a las personas adecuadas, sujetos que fueran de confianza y que a la vez no comprometiesen los intereses de la monarquía, «hombres de frontera» en los que personajes influyentes como el marqués de Mondéjar, virrey de Nápoles, no confiaba… Confianza y discreción eran cualidades necesarias, también el poseer contactos, capacidades lingüísticas (árabe, turco), liquidez económica y pocos escrúpulos. Pero, sobre todo, confianza.

Como ya hemos señalado, la relación secreta entre la máxima dirigencia y los agentes de campo se realizaba a través de los virreyes, que mantenían redes de espías en sus respectivos ámbitos de actuación. Así, los agentes en Constantinopla dependían del virrey de Sicilia o de Nápoles, y los agentes secretos en la Berbería, del virrey de Valencia. Los virreyes solían ser también los encargados de administrar los fondos de inteligencia, hasta que con la creación del cargo de espía mayor, a finales del siglo XVI, estos gastos se centralizaron en Madrid. Por debajo del virrey existía la figura informal del «jefe de espías», que solía coordinar las acciones de la red sobre el terreno, como ocurrió en los casos de Giovanni María Renzo y Aurelio Santa Croce, en Constantinopla, o en el de los hermanos Corso en el norte de África.

El espionaje fue una de las herramientas predilectas de Felipe II a lo largo de su reinado. Desde el inicio de negociaciones con los turcos (1558) empleó como agentes secretos al genovés Francesco Franchi y al milanés Nicolò Secco, y cuando comprobó que era prácticamente imposible derrotar militarmente al Imperio otomano, se intensificaron los esfuerzos de la red de espionaje dirigida por Renzo, en la que se distinguieron el veneciano Santa Croce (alias «Bautista Ferraro»), el albanés Bartolomeo Brutti, el vallisoletano Martín de Acuña, Antón Avellán y Jaime de Losada. Se trataba de un sistema de inteligencia que actuaba en paralelo a la diplomacia y que en ocasiones provocaba enfrentamientos por cuestiones de desconfianza o competencia. Aun así, pese a los altibajos y las traiciones ocasionales, entre 1564 y 1576 los espías del rey obtuvieron numerosos avisos sobre los movimientos navales de la flota otomana.

La red de espías judíos

En el siglo XVI, durante la «primera Edad de Oro» del espionaje, la mayor parte de los Estados europeos cristianos consideraban que los judíos estaban a favor de los otomanos, que mostraban mayor tolerancia en materia religiosa y permitían una mayor integración cultural en el mundo turco-musulmán. Muchos judíos ejercían cargos importantes como recaudadores de impuestos en la corte del sultán y, por lo general, eran bien acogidos, hasta el punto de colaborar militarmente con los otomanos. Como escribió el cronista francés Nicolás de Nicolay, «los judíos expulsados de España han enseñado a los turcos muchas técnicas bélicas innovadoras, cómo fabricar artillería, pólvora y toda clase de munición».

En el mundo del espionaje mediterráneo, cualquiera podía ser utilizado como espía o informador ocasional, pero los agentes en misiones secretas de la Corona, al menos para Felipe II, debían ser «personas de calidad». En el caso de España, lo normal es que fuesen españoles cristianos y de reconocida lealtad al rey, un criterio que *a priori* parecía descartar a los judíos como agentes de la inteligencia hispana. Sin embargo, esta regla no se cumplía cuando la necesidad o las circunstancias lo exigían.

Entre los judíos envueltos en asuntos de espionaje aparece con frecuencia el nombre de Josef Nasi, descendiente de una familia española de conversos,

que acabaría siendo, además de un rico financiero, consejero del sultán otomano. Expulsada de España en 1492, la familia Nasi viajó por Portugal, Amberes y Venecia hasta que finalmente se instaló en Estambul. En la capital turca, Nasi se dedicó a las actividades bancarias por todo el Mediterráneo y estaba en permanente contacto con las comunidades judías. La inteligencia hispana probablemente intentó captarlo como agente secreto, aunque no existen pruebas de que aceptara.

Otro de sus colegas judíos en el mundo de los negocios, David Passi, originario de Portugal, trabajó como agente doble para el rey portugués y el español. Passi llegó a ser consejero y confidente del sultán Murat III, al tiempo que informaba al monarca luso y, seguramente, también al servicio secreto veneciano.

En esta misma línea destacó también un judío de Cremona, Josef Ottolenghi, que en 1569 envió una carta a Felipe II para informarle de que tenía un pariente en un lejano país de Oriente que conocía el secreto de transformar el hierro de baja calidad en acero. Posteriormente volvió a escribir al monarca español para ofrecerle un proyecto para mejorar la recaudación de impuestos en el Milanesado. El rey se interesó por esta idea y pidió al gobernador milanés que investigara el asunto.

El caso de Simón Sacerdoti

Entretanto, surgió otro judío conectado con el servicio secreto hispano cuyo nombre era Simón Sacerdoti. Se trataba de un hombre de negocios originario de Alessandria, una pequeña ciudad del Milanesado. Se cree que su familia llegó a Italia desde España tras la expulsión de los judíos de 1492.

Vitale Sacerdoti, padre de Simón, y su cuñado, Abraham de la Torre, se dedicaron a las actividades bancarias y al comercio del trigo. Simón nació en 1530 y vivió en Alessandria durante toda su vida, pese a que en esa fecha el Milanesado estaba bajo control español y de que los judíos milaneses fueron expulsados en 1597. A la familia Sacerdoti le fueron bien los negocios, lo que les permitió mantener buenas relaciones tanto con la autoridad hispana como con la nobleza de Milán.

La influencia de la familia venía dada por dos factores: las importaciones de trigo, vitales para Italia, y la estratégica posición de Milán como punto neurálgico del «Camino Español», por el que pasaban los tercios a los campos de batalla en Flandes y Centroeuropa. A lo largo de esa ruta, los banqueros

milaneses, algunos de ellos judíos —como los Sacerdoti—, eran los encargados de pagar a los suministradores de las tropas.

El 1548, el gobernador español de Milán, Ferrante Gonzaga, tuvo que hacer de juez en un pleito contra los Sacerdoti, que fueron acusados de venta ilegal de trigo y encarcelados durante breve tiempo. Su habilidad en el manejo de las deudas hizo que Gonzaga confiara en la capacidad financiera de Simón Sacerdoti y terminó haciendo de él un agente secreto de la Corona.

Simón llevó a cabo misiones importantes y durante más de veinte años trabajó clandestinamente, como se recoge en los archivos de la autoridad hispana en Milán. Entre 1560 y 1584 hay constancia de diez pagamentos detallados a su nombre para viajes y misiones secretas por encargo de Felipe II. En 1560 recibió ocho escudos para desplazarse a Zúrich. En 1562 volvió a esa ciudad y recibió veinte escudos; en 1568, le dieron ciento cincuenta escudos por una comisión secreta, y esa misma cantidad le fue entregada en 1569. A esto se añadió otra suma de doscientos escudos en 1576 como pago por varias misiones clandestinas para el gobernador de Milán, el duque de Alburquerque. Asimismo, hay constancia de un pago de más de sesenta escudos por un asunto secreto del rey, y de otros sesenta y cinco escudos por un trabajo parecido en 1584.

Las misiones de inteligencia encargadas a Simón Sacerdoti dejaron satisfecho al monarca y resultaron de gran relevancia. Muchas aparecen en los documentos escritos en clave guardados en el Archivo de Simancas y algunas pueden deducirse de la correspondencia entre el rey y el gobernador de Milán o sus embajadores en varios Estados italianos.

En concreto, cuatro de estas misiones ayudaron a desbaratar los planes franceses para tomar Alessandria y Savona, y hubo otras relacionadas con un motín de tropa española y con el descubrimiento de espías turcos en Milán, además de viajes a Levante, Constantinopla, Alemania y Provenza por orden del gobernador milanés.

Sacerdoti comprendió que, además de escribir al rey de España, necesitaba ganarse la confianza de los funcionarios españoles y, sobre todo, del gobernador de Milán y de los embajadores a cargo de las redes de espionaje. Para acceder a ellos, Simón disponía de dos fuentes cercanas al rey: el noble aragonés Martín de la Nuca, muy amigo del secretario Antonio Pérez, y el duque de Saboya, Emanuel Filiberto, que desempeñó el cargo de gobernador de los Países Bajos de 1553 a 1559, cuando el citado Josef Nasi se estableció en Amberes huyendo de la Inquisición portuguesa.

En junio de 1567, Simón Sacerdoti se ofreció a Martín de la Nuca, por medio del duque de Saboya, para informar secretamente a la inteligencia hispana. Reveló que disponía de muchos contactos con judíos importantes de Estambul, entre ellos un colaborador muy cercano a Joseph Nasi llamado Juan Micas, del que se hablará más adelante. Sea como fuere, el servicio secreto hispano advirtió que Simón estaba vinculado estrechamente con la red de espionaje de Nasi, que proporcionaba a Felipe II información muy valiosa sobre las altas esferas del gobierno turco.

Simón Sacerdoti y la «operación Bugía»

La ciudad fortificada de Bugía, en la costa argelina, estuvo en manos españolas de 1510 a 1554, fecha en la que volvió a poder de los turcos. Su recuperación era un objetivo importante para España, y la ocasión se presentó cuando Simón Sacerdoti, a través del duque de Saboya, tuvo conocimiento de un plan dirigido a tomar la ciudad por sorpresa.

En enero de 1570, el embajador español en Génova, Guzmán de Silva, supo del plan y se lo transmitió al rey, quien dio su visto bueno. Así, en abril de 1570, el duque de Saboya mandó en secreto a Simón Sacerdoti a Argel para recabar información sobre las defensas de Bugía. Cuando el espía regresó de su misión, el duque dijo a la inteligencia hispana que el agente judío conocía en Niza a un amigo, llamado Jerónimo Nicardo, que le había informado de que la guarnición en la ciudad argelina era muy pequeña y que sería fácil apoderarse de ella.

El plan que Simón tenía en mente era bastante simple: se trataba de entrevistarse con el emir de Bugía —a quien conocía bien— y ganarse su confianza con un cargamento de regalos, ocasión que los porteadores aprovecharían para introducirse en la ciudad. Una vez dentro, matarían al emir en su castillo, facilitando así el ataque de los soldados españoles que esperaban embarcados para invadir la ciudad. Cuando Bugía fuera tomada, avisaba Simón, Argel podría conquistarse también con relativa facilidad. El embajador Guzmán escribió en mayo al rey y avaló los informes:

> Estoy inclinado a juzgar que pueda tener algún fundamento este trato por ser aquel hombre [Simón] conocido y que tiene mucha experiencia de ello y particular comunicación con el alcaide que está en Bugía.

Las armas para la operación serían llevadas clandestinamente desde Marsella, Argel y otros lugares, ocultas en barricas de vino procedente de Inglaterra. El embajador en Génova consideraba que la operación valía la pena, y en cuanto a Felipe II, aunque se mostraba muy cauto, como acostumbraba, dio su consentimiento: «Si ello ha de ser tan fácil como parece, poco se aventurará en intentarlo», escribió.

En septiembre de 1571, Felipe II envió una nota a Guzmán de Silva ordenándole que pusiera en marcha el plan. El rey incluso entregó al espía judío un salvoconducto para que fuera a Madrid a entrevistarse con él, pero el viaje no se realizó porque el embajador en Génova informó de que Simón había sido detenido en Marsella y que había confesado su plan al gobernador de la ciudad francesa. La noticia del apresamiento fue desmentida poco después, pero el incidente no fue debidamente aclarado, lo que hizo desconfiar al monarca español. Así, el proyecto secreto de conquistar Bugía se fue posponiendo y, tras la gran victoria de Lepanto, cayó en el olvido.

Labores de contraespionaje en Savona

A la frustrada tentativa de conquistar Bugía, siguió poco después otro caso de espionaje también protagonizado por Simón Sacerdoti. En noviembre de 1571, Juan de Vargas Mexía, embajador español en Saboya, avisó de que el espía le había pasado información sobre un plan francés para tomar el fuerte de Savona, custodiado por tropas españolas. Con reticencia, Mexía acabó aceptando que el espía hebreo decía la verdad, lo que fue corroborado por la embajada española en Génova. La intriga francesa incluía envenenar el vino de los soldados españoles, dejando así fuera de combate a la guarnición. Después, las tropas francesas escalarían la muralla de la fortaleza y ocuparían la plaza.

La información puntual que Simón descubrió hizo que el intento francés fracasara, tras lo cual el espía estuvo prácticamente desaparecido en 1572 y 1573.

Sin embargo, la idea de recuperar Bugía volvió a rondar la mente de Felipe II, ahora utilizando barcos mercantes con soldados escondidos a bordo. Cuando todo parecía favorable, el monarca se mostró indeciso, pues no acababa de fiarse de los manejos secretos de la familia Sacerdoti, ya que le parecía que velaban más por sus propios intereses que por los de España.

Puede que contribuyera también a esto que el duque de Saboya tratara, en 1572, de establecer un puerto franco en Villefranche, cerca de Niza, con la intención de fomentar el comercio con Levante y el Imperio turco. Estas actividades redundarían en favor de los negocios familiares de los Sacerdoti y de los Nasi, puesto que el duque soberano Emanuel Filiberto deseaba que los conversos de España y Portugal se instalaran en Saboya. Aun así, el proyecto se frustró por la oposición conjunta de Madrid, el gobierno de Milán y el papa, y, finalmente, el duque decidió expulsar a los judíos españoles y portugueses del territorio saboyano.

Estas circunstancias explican la renuencia de Felipe II a aceptar el plan sobre Bugía que Simón Sacerdoti había vuelto a proponerle, aunque el espía judío no cayó en desgracia. El rey siguió contando con él en misiones secretas que le encargó el gobernador de Milán entre 1576 y 1580, pagándole por sus servicios. En 1591, además, Simón obtuvo un salvoconducto para viajar a España, donde pidió al rey permanecer en el Milanesado con su familia y permitir el regreso de los judíos a Saboya.

El triángulo secreto: Venecia-Sicilia-Nápoles

La principal fuente de información secreta de la Corona hispana sobre los turcos la proporcionaba el triángulo formado por la embajada española en Venecia, la permanente vigilancia militar en Sicilia y la información procedente del reino de Nápoles.

Una de las principales «ventanas abiertas» a las noticias que llegaban de Estambul era Venecia. Además del privilegio de tener a un embajador permanente en la corte del sultán, el espionaje veneciano mantenía una presencia comercial en muchos enclaves del Adriático y del Mediterráneo oriental, y la conjunción de las redes comerciales con la estructura del espionaje estatal permitió a la «Serenísima» República de Venecia tener uno de los servicios de inteligencia más reputados de la época.

En lo que respecta al Imperio Habsburgo, las relaciones diplomáticas con Venecia fueron tirantes la mayoría de las veces debido al doble juego de la Serenísima, que intentaba sacar provecho en la disputa internacional entre el sultán y el emperador, aprovechando el desacuerdo de los Estados cristianos en Italia.

Para estar al tanto de las intenciones venecianas, la casa de Austria gastaba mucho dinero en sobornar a espías de esta república y, aunque la motivación económica era el principal estímulo de la actividad secreta, hubo también agentes de Venecia que entraron al servicio de los Habsburgo por razones religiosas y políticas, debido a los frecuentes contubernios del gobierno veneciano con los turcos.

Uno de estos agentes venecianos descontentos que se pasó a las filas imperiales fue el albanés Bartolomeo Brutti (1557-1591), que llegó a ser uno de los agentes más importantes del espionaje hispánico durante el reinado de Felipe II y tuvo la audacia de planear una operación secreta destinada a recuperar Argel mediante el soborno del gobernador musulmán Mehmet Bey.

Sicilia, vigilando al Mediterráneo oriental

Otro punto clave de la inteligencia española contra los otomanos era Sicilia, isla en el centro del Mediterráneo que ofrecía una situación privilegiada para la actividad de los espías enviados al norte de África y los Balcanes desde Palermo, Trapani y, sobre todo, Mesina, que era puerto principal de llegada para las tripulaciones procedentes del Mediterráneo oriental.

Las noticias de los mercaderes levantinos en Mesina solían enviarse a través de Ragusa (Dubrovnik), y en muchos casos procedían de Alejandría (Egipto), formando parte del engranaje secreto de inteligencia que manejaba el virrey de Nápoles, pagada en buena parte por agentes sicilianos.

Aun así, como ya vimos, hubo ocasiones en las que el virrey de Sicilia, Ferrante Gonzaga, tuvo que hacer secretamente de intermediario entre Barbarroja y Carlos V, debido al desacuerdo entre el virrey de Nápoles, Pedro de Toledo, y el almirante genovés Andrea Doria, representante de España en las negociaciones con el almirante corsario musulmán.

Nápoles, pieza clave de la inteligencia hispana

Cuando Pedro de Toledo murió (1553), la red de espionaje napolitana quedó temporalmente a cargo del virrey de Sicilia, pero siguió siendo Nápoles —la ciudad más poblada y con mayores recursos financieros de Levante— la

pieza principal de la inteligencia hispana en el Mediterráneo. En Nápoles, además, abundaban los refugiados griegos y albaneses que huían del avance turco, y, como ya vimos, un descendiente de estos albaneses, el marqués de Atripalda, resultó ser uno de los principales jefes del espionaje en el Mare Nostrum.

En esta tarea, el principal respaldo procedía del virrey Pedro de Toledo desde Nápoles. Según el profesor Sola Castaño:

> Figura central de la historia napolitana, el virrey impulsa la transformación del reino durante su largo mandato. Si bien entre las preocupaciones más apremiantes para el gobierno estará siempre el levantamiento de una barrera defensiva frente a la amenaza turca; junto a las torres y las tropas, don Pedro considerará también indispensable la actividad de los espías en la guerra contra el sultán.

En este entramado de «ida y vuelta» secreto, la región de Apulia constituía una etapa forzosa del espionaje entre cristianos y otomanos, con la llegada continua de avisos de confidentes a Tarento, pagados por el virrey de Nápoles. Así, la «vía de Apulia» era el camino más efectivo para obtener informes del Turco, con avisos que permitían conocer las intenciones del enemigo.

En el intercambio de secretos participaba una flotilla de bergantines, falúas y otras naves menores que navegaba entre el Adriático y las costas jónicas, con tripulaciones corsarias y espías camuflados de mercaderes, una actividad auspiciada desde Sicilia por el virrey Juan de Vega, quien aceptaba de buen grado la autoridad que en cuestiones de inteligencia correspondía al virreinato de Nápoles.

Los agentes secretos enviados para estas misiones solían utilizar dos rutas. La primera iba desde Ragusa, por tierra, a través de monasterios ortodoxos y casas de confianza, hasta alcanzar una ciudad en territorio turco y establecerse allí durante un tiempo hasta conseguir información útil. La segunda era la ya mencionada «ruta de las islas», desde Apulia a Estambul, por mar, a bordo de barcos que comerciaban con falsa tripulación de mercaderes o rescatadores de cautivos.

Mención aparte merece la red de espionaje creada en Nápoles durante el reinado de Felipe II, al mando de Giovanni María Renzo, que, como veremos más adelante, consiguió información vital para la Corona y tuvo un papel esencial en la mayor parte de las actividades de inteligencia que desembocaron en la decisiva batalla de Lepanto (1571).

La red Nápoles-Estambul

En el verano de 1560 se produjo en la costa de la isla tunecina de Yerba uno de los mayores desastres militares de España, la conocida como batalla de Los Gelves. Los berberiscos del almirante Piali Pachá consiguieron una aplastante victoria y una multitud de cautivos cristianos fueron llevados al mercado de esclavos de Estambul. Entre los prisioneros había nombres de mucha alcurnia, como Berenguer de Requesens, Álvaro de Sande o el hijo del virrey siciliano Gastón de la Cerda.

También en Los Gelves perdió tres hermanos el artillero de la galera real Pedro de Macedonia, que posteriormente quedó ciego y cojo combatiendo en Lepanto y pidió al Consejo de Estado una paga como ayuda a su impedimento físico.

Muy pronto el rey Felipe II tuvo claro que la principal razón de la gran derrota en esta batalla fue la falta de información veraz, y el monarca decidió entonces —una vez solucionado, al menos de momento, el conflicto con los franceses en 1559— crear una poderosa flota de galeras permanente capaz de detener el avance turco en el Mediterráneo cristiano, siguiendo los consejos que el cardenal Pedro Pacheco le dio cuando el rey aún era el heredero al trono.

El mismo año de la derrota en Yerba, Venecia tuvo claro que la debacle militar había sido consecuencia de la imprudencia del rey hispano, opinión que compartían la mayoría de los embajadores en Italia.

Al rey lo confundieron las razones de Medinaceli, virrey de Sicilia, y del maestre de la Orden de Malta, Jean de la Valette, quienes informaron de que el corsario Dragut había sido marginado en la corte de Estambul y el sultán Solimán el Magnífico ya no podría contar con la alianza de Francia, que acababa de firmar la paz de Cateau-Cambrésis con Felipe II. Decidido a poner manos a la obra para reparar el daño, y teniendo en cuenta la inexistencia de relaciones oficiales entre Madrid y Estambul, Felipe II emprendió la tarea de renovar la estructura del espionaje español en Levante con una red estable de agentes.

Los «conjurados» de Giovanni María Renzo

La red de espionaje creada por el genovés Giovanni María Renzo de San Remo estaba formada por hombres de frontera avezados en misiones secretas. Entre ellos destacan los napolitanos Juan Bautista Napolitano y Giovanni Agostini Gilli, coordinador de los agentes; el veneciano Aurelio Santa Croce; los genoveses Adam de Franchi y Gregorio Bregante, y Melchior Stefani, cuyo nombre turco era Ferran Bei. La red comenzó a funcionar en 1561, cuando Renzo reclutó a un grupo de agentes en Estambul que incluía a varios renegados. Felipe II ordenó al virrey de Nápoles que organizara un sistema de comunicación secreta —vía Corfú, Otranto o Ragusa— cuyo objetivo fuera planear una revuelta en la flota turca e incendiar el arsenal. Sin embargo, a medida que la red se fue ampliando, las labores de los espías se centraron en misiones destinadas a proporcionar información sobre el enemigo.

Renzo de San Remo pasaba sus avisos en los viajes que realizaba a Nápoles disfrazado de mercader, ya que contaba con buenos enlaces entre los renegados cristianos islamizados (muladíes) y los hombres de negocios franceses de la ciudad. El hombre que hacía de enlace entre el virrey de Nápoles y la red de espías —llamada por muchos la «red de los conjurados»— era Giovanni Agostino Gilli, un personaje escurridizo que actuaba con los nombres de Hurrán Bey, Viban o Urban de Mengrelia, y cuyas acciones no se limitaban a la caza de información, sino que llegó a planear operaciones de sabotaje en las instalaciones militares turcas.

Otro de los agentes destacados era el mercader veneciano Aurelio Santa Croce, residente en Estambul, que a partir de 1564 enviaba regularmente informes sobre los preparativos de la flota turca y que llegó a ser el principal encargado del pago y reclutamiento de la red de espías de Renzo.

Los trabajos realizados por Renzo y Santa Croce fueron enormemente eficaces y, de hecho, durante más de una década lograron burlar la vigilancia del contraespionaje otomano. El principal obstáculo con el que se encontraban era la confusión que creaban los numerosos controles en la línea de mando de los espías, donde intervenían, además de Renzo, el virrey de Nápoles, el de Sicilia, el duque de Alba, el embajador en Venecia y el propio rey. Todos estos controles hicieron que muchas de las informaciones procedentes de Estambul no fueran tenidas en cuenta. De hecho, en 1574 el cardenal Granvela se quejaba de que los espías de Renzo se dedicaban a enviar noticias viejas con fechas falsas, aunque algunos de estos avisos, como los preparativos otomanos para atacar ese mismo año la fortaleza tunecina de La Goleta, resultaron exactos.

Entre los financieros que alimentaban la red de Renzo de San Remo estaban el florentino Lorenzo Miniati, instalado en Ragusa, su sobrino Dino Miniati y Donato Antonio Lobelo. Junto a ellos hubo otros financieros-informantes, como la familia Prototico, el mercader ragusino Prodanelli o los hermanos Corso, que, como veremos, manejaban su propia red familiar en el norte de África y Levante.

En ocasiones, los propios agentes de la red se apoyaban en sus parientes o en mercaderes en las islas griegas, como Adam Franchi o Aurelio Santa Croce, que, junto a su hermano Juan Antonio, manejaba los fondos secretos de los espías y tenía conexiones en Venecia y Florencia. La mayor parte de esos fondos iba de Nápoles a Estambul, y para hacerlos llegar intervenían agentes intermediarios, como Lope de Mardones, Alonso Sánchez, el marqués de Grottola o Juan Bautista Coracciolo.

Las remesas destinadas a los pagos secretos no estuvieron exentas de recelos y querellas. Así, por ejemplo, el virrey de Nápoles (1575-1579), marqués de Mondéjar, encarceló a uno de sus secretarios, Alonso de Cáceres, porque sospechaba que había realizado pagos en varios bancos de Nápoles a sus espaldas, y también pudo comprobar que la red de Renzo le ocultaba información. El marqués consideró estos hechos una afrenta personal y su airada protesta llegó hasta el propio monarca.

Pero las críticas no lograron torcer la opinión de Felipe II, convencido de que con dinero para sobornar a los dignatarios turcos se multiplicarían los espías en la corte otomana. Renzo, junto con toda su familia, terminó viviendo en Nápoles, desde donde podía coordinar mucho mejor la actividad secreta de los agentes de Estambul y la inteligencia napolitana.

Este sistema funcionó durante una década y fue el principal canal de información que tuvo España de las tramas turco-berberiscas, aunque algunos de los componentes de la «conjura de los renegados» pagaron sus tareas de espionaje con sus vidas, como ocurrió en el caso del secretario Giovanni Agostino Gilli.

La red, finalmente, terminó cayendo en desgracia por el resultado de una serie de acciones militares fallidas en el Mediterráneo, como la reconquista otomana de Túnez o la rebelión morisca de las Alpujarras. Las críticas al trabajo secreto de la red de Renzo arreciaron y la batalla de Lepanto fue la gota que colmó el vaso, cuando, tras participar en la memorable jornada, Renzo se atribuyó el mérito de la victoria por la actuación de sus espías, que iban en las galeras musulmanas y, según dijo, dificultaron las maniobras de la escuadra turca.

Aun así, las opiniones más negativas procedían de Nápoles. Tras el fallecimiento en esa ciudad de Lope de Mardones, tesorero para asuntos de inteligencia, el virrey designó para sustituirle al marqués de Grottola, Alonso Sánchez, a quien ordenó una investigación detallada de los gastos secretos de la red hispana de espionaje en Levante. Sánchez sospechaba que existían traidores en Estambul, debido a los continuos errores en los planes de sabotaje contra los otomanos, idea compartida por el consejero Antoine Granvela, entonces virrey de Nápoles.

El temor a que en la «red de conjurados» de Estambul hubiera agentes dobles se refleja en una carta de Granvela a Felipe II del 18 de agosto de 1571:

> Por la relación que ha hecho el tesorero que he tenido cargo de los espías, que lo que hasta ahora ha habido es cosa de mucha costa y de poco fundamento, y por mí tengo que esta gente nos engaña, y importa infinito para el año que viene saber más de raíz lo que pasa.

Tras la victoria cristiana en Lepanto, las autoridades otomanas reforzaron los controles a extranjeros y renegados en Estambul y descubrieron a uno de los principales agentes secretos de Felipe II, el genovés Gregorio Bregante, alias «Murat Agá», que fue ejecutado. El cerco sobre la red de los Renzo se fue cerrando, y a la estrecha vigilancia del contraespionaje turco se unió el nuevo marco diplomático que se iba perfilando con las negociaciones subrepticias de tregua entre la Corona hispana y el Imperio otomano. Como señala Gennaro Varriale,

> … tanto Madrid como Estambul sentían la necesidad urgente de llegar a un compromiso diplomático que diera estabilidad al área mediterránea, y ninguno de los dos contendientes tenía fuerza suficiente para derrotar por completo al otro.

Como solía ocurrir, casi todos los agentes de la red de Renzo tuvieron mal final en el juego del espionaje. Algunos murieron en acciones militares y otros fueron descubiertos y ajusticiados por la inteligencia turca. Giovanni María Renzo y Aurelio Santa Croce terminaron sus días con bastante descrédito. El primero, alejado de los círculos de poder, murió en Nápoles en 1577, y el segundo fue encarcelado en Madrid, en 1579, con graves acusaciones relacionadas con la liberación de unos esclavos en Nápoles, un asunto que en realidad sonaba a excusa para avivar contra él la acusación de ser agente doble de los turcos.

El punto final de la «red de los conjurados» de Estambul, tras largo tiempo de trabajo clandestino, lo puso Felipe II en 1581, siendo virrey de

Sicilia Marco Antonio Colonna, una vez lograda la tregua en el Mediterráneo, que obligó a reducir el descomunal gasto en espionaje de los tiempos de guerra.

Ante la nueva situación, Felipe II decidió realizar una completa reforma de la inteligencia hispana. Se dejó de pagar a los espías levantinos y los avisos sobre los otomanos pasaron a partir de entonces por Venecia o a través del negociador principal del rey en Estambul, Giovanni Margliani (?-1588).

El escenario bélico del Mediterráneo fue cambiando gradualmente para los intereses del poder hispano, mucho más volcado desde entonces hacia el océano Atlántico. En realidad, el Mare Nostrum acabó perdiendo importancia estratégica en el enfrentamiento hispano-turco.

El método de Giovanni Agostino Gilli

Uno de los principales agentes de la red de espías en Estambul, el napolitano Giovanni Agostino Gilli (alias «Urban de Mengrelia»), sugirió renovar el sistema de envío de información secreta a la corte de Madrid. Propuso que durante el invierno los despachos se mandaran siempre por tierra desde Estambul a Ragusa, y que desde esta ciudad se llevara la información por barco a Pulla (Apulia), a las manos del capitán de la fortaleza, quien, a su vez, la remitiría al virrey de Nápoles bajo el nombre en clave de «Simeone de Zagueria», mercader de Ancona. Los avisos más urgentes pasarían a Pulla con una fragata del virrey de Nápoles, en la que iba de mensajero un agente secreto llegado a Ragusa desde la capital otomana, que durante cinco años (1562-1567) fue el florentino Lorenzo Miniati.

Para poner en marcha este método de transmisión de la información, Gilli pidió dos embarcaciones al almirante García de Toledo para su red de espionaje que operaba desde Estambul. Los contactos tendrían lugar en la isla de Zante, donde Gilli haría llegar los despachos al sacristán de una ermita próxima a una playa. La contraseña del mensajero consistía en dar un mordisco a la oreja del sacristán y, para esconder el contenido de los avisos, las cartas debían llevar símbolos conocidos únicamente por el virrey.

Cuando los avisos llegaban finalmente a Pulla, los secretarios los recogían de acuerdo con señas secretas que iban en los envoltorios. Así, por ejemplo, « TZ» significaba que se requería el uso de carbones encendidos para leer el mensaje, mientras que «TT» indicaba que la carta debía mojarse en agua y ser descifrada aplicando una vela encendida.

El «jefe de espías» Aurelio Santa Croce

Otra manera de conseguir información era mediante los avisos de personas establecidas en plazas o territorios situados en posesiones otomanas —sobre todo en Estambul—, donde residían numerosos agentes bien pagados por la Corona hispana. Uno de ellos, el ya mencionado Aurelio Santa Croce, llegó a tener ciento doce espías a sueldo en la capital turca que informaron de la sublevación de los moriscos en las Alpujarras de Granada (1569). Sus informes llegaban a Felipe II a través de Nápoles.

Durante el reinado de Felipe II, Santa Croce utilizó a numerosos comerciantes como espías en los dominios venecianos. Comenzó a trabajar al servicio de la Monarquía Hispánica tras la derrota española en Los Gelves (1560) y montó una red de espionaje en Estambul de larga duración. Una de sus misiones consistió en proteger al capitán y antiguo cautivo Martín Vázquez de Acuña, natural de Valladolid, que, como veremos, conspiró en 1577 para sabotear el arsenal otomano en el Cuerno de Oro y acabó negociando una paz en nombre de España con el gran visir Sokollu Mehmet Bajá.

Antes de que Acuña viajara a Estambul, el virrey de Nápoles, marqués de Mondéjar, avisó a Santa Croce de las credenciales y de la misión que Acuña debía realizar. Sin embargo, por causas imprevistas, la estancia de este se demoró demasiado. Según el historiador Gennaro Varriale, Acuña salió de Apulia con otros tres individuos conocidos del espionaje otomano, posiblemente agentes turcos. El grupo desembarcó en el Peloponeso y cruzó territorio griego hasta arribar a las cercanías de Estambul. Acuña envió entonces a uno de sus compañeros de viaje a casa de Santa Croce para intentar encontrar una forma de traspasar las murallas y entrar en la ciudad.

Lo que sigue parece un auténtico relato de aventuras, pero existen versiones discrepantes. Según una de ellas, Acuña entró en Estambul antes del amanecer e informó a Santa Croce de la operación de sabotaje contra las atarazanas del puerto. El genovés entonces les avisó de que estaba al acecho un espía del sultán, un tal Esteban, que, tras haber espiado para el virrey de Nápoles, conocía a Acuña y a sus acompañantes, y les urgió para que se escondieran en casa de su yerno, Matías del Faro.

La advertencia resultó inútil por la imprudencia de Acuña y sus hombres, que fueron reconocidos por Esteban y encarcelados por el contraespionaje turco, lo que puso en peligro a toda la red secreta hispana que operaba en

Estambul. Uno de los prisioneros, sometido a tortura, delató al espía de Felipe II y los turcos emprendieron su búsqueda por toda la ciudad.

Santa Croce llegó a temer que todos sus agentes fueran capturados mientras continuaban escondidos en la casa de Matías. El momento era crítico y Santa Croce, decidido a arriesgarlo todo, anunció en la corte otomana que Acuña estaba en Estambul como representante de Felipe II para concertar una tregua con la Sublime Puerta en el Mediterráneo.

Para salvar la situación, Santa Croce se entrevistó con el dragomán (intérprete) Hüren Bey y le reveló el plan con el que intentaba engañar al sultán. Pero Acuña no llevaba documentos para el gran visir que acreditaran lo que decía el jefe de espías hispano, por lo que entre Santa Croce y Acuña falsificaron una carta del rey de España (traducida al turco por Hüren Bey) dirigida al financiero y consejero judío Joseph Nasi, conocido también como José Micas, que mantenía buenas relaciones con la corte del sultán. La misiva dejaba entrever que el rey hispano deseaba una tregua pactada, y ya con la falsa carta en su poder, Santa Croce se entrevistó con el gran visir Sokollu Mehmet Bajá y le presentó a Vázquez de Acuña. El dignatario turco, que era partidario de una tregua con España, se mostró muy satisfecho, lo que permitió allanar el camino para que, pocos días después, Acuña partiera con una escolta otomana a Ragusa, y desde allí, a Nápoles, con cartas del gran visir para negociar la paz.

Estas conversaciones basadas en una mentira urdida por los dos espías provocaron su trágico final. Los manejos de Acuña fueron descubiertos por Felipe II y Acuña pasó a ser sospechoso de doble juego.

Cuando Aurelio Santa Croce regresó a España pidió entrevistarse con Antonio Pérez y el rey. Pero cometió un error garrafal al atribuirse todo el mérito de la misión de Acuña en los tratos para negociar la tregua con el sultán. En este sentido escribió una larga carta a Felipe II, en junio de 1578, que incomodó al monarca. La mala opinión que tenían de Santa Croce tanto las autoridades españolas en Nápoles como el negociador principal en los tratos con el sultán, Giovanni Margliani, labraron la caída en desgracia del veterano agente, hasta el punto de ser encarcelado en Madrid, donde quedó a la espera de la decisión real. Se le acusó de proporcionar falsos informes a la inteligencia hispana y de actuar como agente doble para el gran visir.

Uno de los casos más extraordinarios del «doble juego» en el confuso panorama del espionaje entre Turquía y las naciones cristianas fue el del mencionado Martín de Acuña, agente secreto al servicio de Felipe II y negociador de las treguas hispano-turcas después de Lepanto.

Acuña sobresale entre los espías de esta época, entre otras cosas por el renombre póstumo que adquirió a causa de su muerte, enigmática en muchos aspectos. Años después de la azarosa misión que desempeñó en Constantinopla, fue detenido por razones hasta ahora no suficientemente esclarecidas, sometido a un proceso secreto y ejecutado también en secreto en su celda de la fortaleza de Pinto (Madrid).

De acuerdo con los datos de los historiadores Marcos y Carnicer, el nombre completo del personaje era Martín Vázquez de Acuña. Nació en Valladolid alrededor de 1540, de linaje emparentado con el marqués de Aguilar y el duque de Nájera, y era primo del conde de Gondomar, embajador de Felipe II en Inglaterra. Tras estudiar artes y teología en la Universidad de Alcalá de Henares, entró siendo muy joven en la milicia y a partir de 1559 sirvió en las campañas de Flandes y en Túnez.

Los turco-berberiscos reconquistaron la fortaleza tunecina de La Goleta en 1574 y Acuña fue apresado y enviado como esclavo al servicio de Murat Agá, lugarteniente del almirante otomano Uluch Alí. Antes de caer preso, estuvo en Italia, donde se labró muy mala fama de jugador tramposo y embaucador, y como tal fue señalado por representantes distinguidos del rey, como el duque de Sessa, capitán general de las galeras de Nápoles, y Juan de Zúñiga, embajador ante la Santa Sede.

Tras nueve meses de cautiverio en la capital otomana, en agosto de 1575 Acuña informó de su liberación y se ofreció al rey Felipe II para trabajar como espía. A pesar del rotundo triunfo en la batalla de Lepanto, eran momentos muy difíciles para España, que combatía al mismo tiempo a ingleses y holandeses en el mar del Norte, mientras los turcos habían reconstruido su flota y los españoles, sin el concurso de Venecia, estaban a la defensiva en el Mediterráneo.

En esta situación de equilibrio estratégico entre la Corona hispana y el Imperio otomano, Acuña llegó, en abril de 1577, a Nápoles desde Constantinopla con una oferta turca de paz o, al menos, de tregua, ofrecimiento del que ya tenía noticia el embajador español en Venecia, Guzmán de Silva, que no tardó en transmitir al rey.

El viaje de Acuña a Nápoles para tratar la paz hispano-turca tuvo un precedente importante en 1559, cuando el agente secreto genovés Francesco

Franchi llevó a la corte española una propuesta de tregua larga del sultán Solimán el Magnífico, que incluía a los Estados aliados de ambas potencias. La tregua estipulaba abrir el comercio, suspender la guerra corsaria entre cristianos y musulmanes y liberar a los cautivos de ambos bandos, incluyendo los galeotes esclavizados en las galeras.

El principal obstáculo entonces fue que el sultán Solimán exigía que la paz se hiciera pública y oficial en las capitales cristianas, algo a lo que Felipe II se negaba. El rey quería una suspensión de hostilidades secreta, disimulada por una cuestión de principios, para no parecer que salía humillado al pedir una tregua con su gran enemigo en el Mediterráneo.

Cazando infiltrados

Como ya se ha señalado, Martín de Acuña estuvo en cautividad en Constantinopla durante nueve meses, tras lo cual, en julio de 1575, decidió convertirse en espía de Felipe II.

Su primera misión fue denunciar a agentes traidores del servicio secreto hispano, entre ellos a un renegado de origen transilvano, cuyo nombre en turco era Amut Refefe y que se hacía pasar por alemán y llamarse Marreben Lener. El renegado había servido con anterioridad al emperador Carlos V, hablaba alemán, húngaro, valaco, italiano y turco, y espiaba para los otomanos en el entorno del virrey de Nápoles con intención de acceder a la propia corte española. Fue detenido en Madrid y de su suerte nunca más se supo.

Según Marcos y Carnicer, el caso más grave de los denunciados por Acuña fue el de Juan Cenoguera, que tenía contactos con Argel y contribuyó en buena medida a que se perdiera La Goleta, informando a los turco-berberiscos del mal estado de las defensas de la fortaleza.

Para realizar estas denuncias, Acuña contaba con la información que le pasaba el consejero judío José Micas, duque de Naxos, también conocido como Josef Nasi y mencionado anteriormente, que residió en los Países Bajos en tiempos de Carlos V antes de trasladarse a Constantinopla y volver a la religión judía. Allí gozó de la confianza de los sultanes Selim II y Murat III hasta su muerte en 1579, cuando aspiraba a ser rey de Chipre, «e incluso a reconstruir el reino de Israel en Tierra Santa». Micas (Nasi) actuaba también como intermediario por parte del sultán para sondear una posible tregua con la Corona hispana y transmitió a Acuña este mensaje para Felipe II.

En sus tratos con Micas en Constantinopla, el vallisoletano envió frecuentes avisos al rey con recomendaciones y planes referentes al rescate de cautivos y a las posibilidades de una alianza con el Imperio Habsburgo y Rusia. Sin embargo, la empresa más audaz consistió en destruir con un sabotaje a la flota turca en el Cuerno de Oro, donde se concentraban multitud de naves.

Una vez de regreso a España en 1575, tras pasar por Nápoles, Acuña se entrevistó en Madrid con el secretario del rey, Antonio Pérez, que escuchó atentamente la propuesta de «quemar y abrasar» las atarazanas, galeras, almacenes y municiones del Turco, empresa más ventajosa que la de Lepanto y menos sangrienta. La mejor época para asestar el golpe sería Navidad, ya que era cuando más navíos había atracados en el puerto del Cuerno de Oro, y las mejores horas, las nueve de la mañana o las cuatro de la tarde. En cuanto a los medios, su idea era arrojar en las galeras y almacenes «un cierto artificio de fuego» con temporizador que tardarse diez o quince horas en explosionar para que «lo despedacen y abrasen todo».

El rey dio su visto bueno al plan, ya mencionado con anterioridad, aunque tuvo dudas sobre los artificios incendiarios, al igual que el Consejo de Estado. Aun así, el proyecto se aprobó y se decidió que Acuña partiese hacia Nápoles para que arribara a Constantinopla en Navidad. Para el viaje se le concedieron quinientos escudos, así como otros cuarenta de sueldo mensual. Conforme a lo previsto, el espía se encontraba en Nápoles a finales de 1576, y solicitó del virrey los medios necesarios para llevar a cabo su misión: artilugios explosivos, dos fragatas para la travesía de Otranto a Corfú y más financiación —ochocientos escudos para pagar a los guías y comprar caballos y material incendiario—, a lo que añadió otros cuatro mil escudos para el «trabajo» en Constantinopla.

Sin embargo, al virrey Iñigo Lope Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, el tono perentorio que Acuña y la escasa iniciativa que le dejaban las órdenes del monarca no le sentaron nada bien. Acogió el proyecto con escepticismo e hizo todo lo posible para dar largas, sin recatarse en escribir al rey y acusar al espía de ser «hombre de poca calidad y embaucador», una opinión compartida por Juan de Zúñiga, el embajador español en Roma, quien calificaba al vallisoletano de «muy gran bellaco y muy indecente hombre para tratar negocio ninguno de Su Majestad».

Pese a todo, el virrey no pudo negarse a cumplir las órdenes de Felipe II y la tesorería napolitana entregó a Acuña tres mil escudos de oro para financiar la empresa. El vallisoletano no perdió el tiempo y reclutó a un grupo de

agentes que deberían guiarle hasta el objetivo. El propio espía mencionó a unos cuantos: Antonio Espada, Andrea de Beste, Miguel Albanés, Antonio de Corfú, Juan Corenze y Jacobo París. También contó con el albanés, ya citado, Bartolomeo Brutti, buen conocedor del espionaje mediterráneo, con el que acordó pagarle un sueldo de teinta escudos al mes. Brutti se comprometió a llevar a Acuña a sitio seguro en Constantinopla y a traerle de vuelta a Nápoles.

Cuando todo parecía arreglado, Brutti empezó a buscar excusas para demorar la realización del plan, llegando a proponer que el golpe se pospusiera hasta el año siguiente. Esto hizo desconfiar a Acuña que, encarándose con el albanés, le pidió explicaciones. Brutti no tardó mucho en confesar que, en realidad, era espía del embajador veneciano en Constantinopla, que le había enviado a Venecia para unos asuntos y que había aprovechado la oportunidad para viajar a España con importantes cartas de José Micas, en las que proponía a Felipe II rebelarse contra el sultán y arrebatarle algunos territorios.

Acuña le contó todo el asunto al virrey, que se entrevistó con Brutti, aunque ocultando cuál era su verdadera misión, ya que en el fondo lo único que, al parecer, interesaba al albanés era conseguir hacerse con una parte del dinero destinado al sabotaje del arsenal otomano. Pero Acuña dedujo que la verdadera misión de Brutti en España era que Felipe II apoyase a Mehmet Bey, aspirante al trono de Argel, en contra del corsario Uluch Alí, a cambio de que el nuevo gobernante argelino se comprometiera a detener las incursiones turco-berberiscas en el nido de piratas argelino.

Se creó así un extraño triángulo formado por el virrey, Acuña y Brutti, en el que la descoordinación de la inteligencia para llevar a cabo el sabotaje en Constantinopla presagiaba cualquier cosa menos el éxito. En el embrollo cada uno tiraba por su lado y la hostilidad entre los tres —en especial entre Brutti y Acuña— era manifiesta.

Aun así, el albanés llegó a España con la intención de negociar el apoyo a Mehmet Bey. Entretanto, Acuña pidió al rey que lo entretuviera en Madrid hasta que el espía vallisoletano regresara de Constantinopla, porque lo consideraba un elemento peligroso para el éxito de su plan.

Embrollo en Constantinopla

Acuña y su grupo —reclutado en Nápoles— arribaron el 11 de enero de 1576 a la ciudad de Lecce, y en Otranto esperaron seis días a que llegaran las fragatas que los trasladarían a tierras otomanas. En ese puerto se encontraron con unos galeotes cristianos sublevados en una galera turca de Alejandría, a quienes se unió un pope ortodoxo enviado por el virrey de Nápoles y dispuesto a guiar a los espías hasta la capital turca.

El sacerdote y los espías, encabezados por Acuña, navegaron hasta Corfú y, sin ser detectados, tomaron tierra y prosiguieron camino por el norte de Grecia hasta alcanzar Constantinopla el 24 de febrero. Instalados en una posada del barrio cristiano de Gálata, permanecieron allí hasta mediados de marzo. El agente en Constantinopla Aurelio Santa Croce contactó con Acuña y le consiguió alojamiento seguro en casa de su propio yerno, donde se prepararon los artilugios incendiarios para el sabotaje. Curiosamente, tanto Acuña como el cardenal Granvela, virrey de Nápoles entre 1571 y 1575, consideraban a Santa Croce y a su hermano Juan Antonio espías dobles a sueldo del gran visir.

La impresión en Nápoles era que tanto Brutti como Santa Croce veían peligrar su negocio en el espionaje entre España y Turquía si se negociaba la tregua secreta que tanto Felipe II como el sultán deseaban. Como señalan Marcos y Carnicer, la tregua habría supuesto el final de los cuantiosos beneficios obtenidos por unos espías muy solicitados en las décadas de 1560 y 1570.

Según otras versiones, seguramente falsas, Acuña siguió adelante con sus preparativos de sabotaje en Constantinopla. Dos espías de Santa Croce fueron los encargados de comprar los materiales incendiarios y la pólvora, y, finalmente, el plan se llevó a cabo conforme a los planes de Acuña. A primeras horas de la mañana, sus espías prendieron fuego a una embarcación procedente de Alejandría y el incendio se extendió a dieciséis galeras próximas. Sin embargo, la guardia de jenízaros que protegía el arsenal reaccionó a tiempo y extinguieron las llamas. Acuña alardeó ante el virrey, marqués de Mondéjar, de haber dejado inutilizadas unas cincuenta galeras del arsenal turco, pero el asunto sonaba a falso o, al menos, a desmesurada exageración.

Mientras tanto, los servicios secretos otomanos detectaron la presencia de Acuña y detuvieron —posiblemente por delación del embajador veneciano— a tres miembros de su red, que fueron interrogados y sometidos a tortura. Poco después, el espía de Felipe II salió de Constantinopla hacia España siguiendo la misma ruta que a la ida.

Tras despachar un correo a Nápoles con cartas para el virrey, Antonio Pérez y Felipe II, Acuña se mostró eufórico por las noticias que traía de la capital otomana. Estaba deseoso de ver cuanto antes al monarca español para comunicárselas. En los últimos días de abril llegó a Nápoles y se apresuró a informar al virrey del «éxito» de su misión en Constantinopla. Tras haberse entrevistado con Sokollu y haber presentado al gran visir la falsa carta, sin embargo, el marqués de Mondéjar no le creyó y le exigió que justificara los tres mil escudos entregados para el sabotaje del arsenal turco.

Además, al poco de la llegada de Acuña, todo Nápoles sabía que se había llegado a una tregua negociada con los turcos, y, de hecho, la noticia corría por Roma y Venecia, lo que irritó tanto al papa Gregorio XIII como a Felipe II, que no deseaba que las relaciones con el Papado se enturbiaran, entre otras cosas porque necesitaba las donaciones de la Santa Sede en la lucha contra los «infieles» en el Mediterráneo.

Otro Estado que veía con suspicacia la tregua hispano-turca era Venecia, que temía quedarse aislada frente a posibles ataques otomanos en el Adriático y el Mediterráneo oriental. Felipe II insistió en que la Serenísima quedara incluida en cualquier posible armisticio con el Turco, «pues de lo contrario —escribió el rey a Margliani— podrían nacer ocasiones en alteración, y perturbación de ella y por otras muchas consideraciones».

A finales de mayo de 1576, Acuña llegó a España vía Francia y en Madrid se entrevistó con Antonio Pérez, a quien reveló el resultado del acuerdo de paz negociado con el gran visir Sokollu Mehmet en Constantinopla en nombre del sultán. Lo que proponía el visir, en esencia, era una paz renovable cada seis años, con intercambio formal de embajadores, o bien una simple suspensión secreta de las hostilidades durante dos años. Sokollu prometía también, como muestra de buena voluntad, no atacar Corfú ni permitir que los Estados corsarios en el norte de África atacaran a España durante el tiempo que durase el pacto.

Una vez debatido el asunto en el Consejo de Estado, el rey se decidió por la segunda opción, pero cuando la negociación siguió adelante, el gran visir turco dijo no haber considerado nunca otra oferta que no fuese una tregua formalizada y hecha pública con intercambio de embajadas, lo que desconcertó a Acuña y dejó muy molesto al propio rey, que se consideró engañado.

Al final, y de forma provisional, lo que ambas partes consiguieron fue un armisticio que duraría solo un año, aunque la parte turca insistía en que España enviara un embajador oficial.

Cuando Acuña se disponía a regresar a Constantinopla, el rey decidió prescindir de él como negociador con la Sublime Puerta y lo sustituyó por el emisario Giovanni Margliani, que terminó cumpliendo su misión con acierto.

Estrangulado en Pinto

Aunque había sido relegado en la inteligencia hispana, Felipe II continuó favoreciendo a Acuña y parecía que el espía seguía gozando del favor real. En julio de 1578 se le concedió una pensión vitalicia de cuatrocientos ducados anuales más cuarenta escudos de sueldo mensual, y, como recompensa más importante, el rey accedió a nombrarle —tras los trámites de rigor— caballero de la Orden de Santiago y otorgarle una generosa encomienda de dos mil ducados.

Quizá influyera en esto el reconocimiento de los servicios prestados a Felipe II en los tratos que abrieron el camino a la tregua con Turquía, ya que la renovación del armisticio dio a la Corona española un respiro entre 1577 y 1584, en unos años decisivos que facilitaron la anexión de Portugal y reforzaron la guerra en los Países Bajos. En este tiempo, Acuña debió de lamentar la muerte de su mejor contacto en Constantinopla, el gran visir Sokollu Mehmet, que en noviembre de 1579 falleció en un atentado en Constantinopla al ser apuñalado por un condenado a galeras.

El autor del crimen fue detenido, torturado y descuartizado en las calles. Para Acuña, sin duda, fue una pérdida personal importante. Una vez fuera del servicio secreto activo, el vallisoletano pasó a combatir en la campaña de Portugal. Luego apenas hay datos sobre él, hasta que en junio de 1584 el rey ordenó detenerlo.

Apresado por el alcalde de corte Juan Gómez, fue encerrado y encadenado en la prisión fortaleza de Pinto. Las torturas sufridas en el interrogatorio hicieron que tratara de suicidarse en su propia celda cortándose las venas, y en febrero de 1585 fue sentenciado a muerte y estrangulado en dicha prisión.

Se ha especulado mucho sobre las causas que llevaron a la detención y ejecución de Martín de Acuña, aunque todos los indicios apuntan a que actuó de agente doble con la inteligencia turca a cambio de dinero, que necesitaba por el endeudamiento crónico al que se vio abocado desde su juventud a causa del juego, su mayor vicio.

Pero quedan aún muchos cabos por atar sobre su muerte, ya que la causa se llevó en secreto y nunca se expusieron las razones de la ejecución. Un

testigo de los últimos momentos de la vida de Acuña fue el jesuita Cristóbal Collantes, que le asistió en Pinto y le preparó a morir religiosamente tras confesar sus faltas. Aun así, el relato del sacerdote no aclara las razones últimas de la condena, puesto que la sentencia le fue leída en secreto sin aclarar el delito.

Lo que Collantes dejó escrito sobre el motivo de la condena aparece recogido en carta de la que luego se hizo copia:

> Don Martín de Acuña fue caballero de mucha calidad y de quien se hizo confianza. Murió por haber faltado a ella, revelando por cantidad de dineros, las espías que el rey nuestro señor tenía en tierras del gran turco, las cuales por esta razón fueron presas y muertos y habiéndosele acusado de esta culpa y procediendo contra él con información secreta tuvo la pena y muerte referida tan digna de envidiar como de temer.

Informes posteriores añadieron con más precisión que la traición cometida fue entregar, a cambio de dinero, a los espías que el rey tenía en tierra turca.

Otro dato que arroja algo de luz al misterio de la muerte de Acuña es lo que el jesuita dijo haber escuchado por boca del condenado sobre unas cartas que escribió antes de ser detenido y llevado a Pinto. Acuña negó haber tenido voluntad de traicionar «a Dios ni a su Iglesia ni al Rey», y aseguró haber escrito estas cartas sin otra intención que engañar con palabras para sacar dinero.

Según el escrito titulado *La historia notable*, aparecido en España de autor anónimo y contemporáneo del espía vallisoletano, cuando este fue apresado en Constantinopla, el sultán Murat III ofreció la libertad a Acuña si cambiaba de bando y espiaba en España contra Felipe II. Al parecer, el español rechazó la oferta, hasta que intervino Alonso Robledo, amigo del espía y esclavo del bajá Osmán, dignatario muy bien situado en la corte del sultán.

Para sorpresa de Acuña, el bajá Osmán era ya agente de Felipe II, y enviaba avisos importantes sobre cuestiones secretas del gobierno otomano que le llegaban por vía del sultán. Parece ser que Robledo aconsejó a Acuña que aceptara la oferta del sultán Murat y que regresara a España para suministrar falsos avisos a la Sublime Puerta a través de Osmán, con conocimiento, por supuesto, de Felipe II. Así, Acuña cobraría tanto del sultán como del rey de España, y el dinero obtenido se lo repartiría con Robledo tras entregar también una parte al bajá.

En este enrevesado plan, por razones todavía no aclaradas, Acuña terminó denunciando a Osmán ante el sultán, acusándolo de ser espía de Felipe II. El castigo no se hizo esperar y el bajá terminó empalado.

Mientras tanto, por una serie de circunstancias, Robledo, que estaba en Sevilla tras recuperar su libertad, terminó enemistado con Acuña y, tras encontrar unas cartas comprometedoras que revelaban el doble juego del espía, el rey ordenó detenerlo y ejecutarlo en secreto.

Pero los misterios que rodean el final de Acuña no acaban ahí. Hay datos que señalan que el vallisoletano era también espía del embajador francés en Madrid, *monsieur* Longlée, que le tenía en nómina y le pagaba por sus informes. Según este, fue la propia mujer de Acuña, doña Mencía de Beaumont, quien le denunció a las autoridades por resentimiento, acusándolo de entenderse con los turcos.

Los testimonios recogidos por Marcos y Carnicer en su investigación concluyen que, según Longlée, un espía griego del virrey de Nápoles había descubierto y entregado al comendador mayor de Castilla una carta de Acuña a Uluch Alí que envió a Felipe II, lo que supuso la perdición del agente español. Dicho comendador no era otro que Juan de Zúñiga, que había sido virrey de Nápoles entre 1579 y 1581, y conocía a Acuña de sus tiempos de embajador en Roma.

Zúñiga tenía muy mala opinión sobre el caballero espía de Valladolid y su intervención en este asunto debió de ser definitiva. El ya exembajador era por entonces consejero de Estado y de Guerra, y estaba muy ligado a Juan de Idiáquez, secretario de Estado y cabeza de los servicios secretos españoles.

En cuanto al secreto con que se llevó el proceso, parece que fue un último favor que el rey quiso hacer a su antiguo agente, ya que una de las cosas que más angustiaban a Acuña era que se hiciera pública la sentencia y se dañara así el buen nombre de su familia.

Sea como fuere, Acuña fue un personaje que vivió siempre entre el espionaje, el afán por el dinero y la traición entre dos mundos, el cristiano y el musulmán; en el filo de dos imperios antagónicos, el español y el otomano, enzarzados en continua guerra en el turbulento escenario mediterráneo, y como ocurre con muchos espías dobles su peripecia vital es confusa, contradictoria y envuelta en conjeturas.

La familia Corso

Tras la derrota en Mostaganem, cerca de Orán, en 1558, a la que siguió el durísimo golpe en la isla de Yerba (Los Gelves) en 1560, donde murió el primogénito del duque de Alba, la sombra del peligro turco-berberisco se extendió con rapidez por el Mediterráneo occidental y miles de españoles fueron llevados como esclavos a las cárceles argelinas y turcas.

Felipe II, para paliar el desastre, mandó organizar un servicio de rescate de cautivos, utilizando como intermediarios en muchos casos a mercaderes cristianos dedicados al comercio en los territorios musulmanes. Así se fue configurando la famosa red de espionaje, dirigida por Renzo de San Remo y Aurelio Santa Croce, si bien hubo otras que, paralelamente, desempeñaron un papel decisivo en el juego de intereses de la Monarquía Hispánica. Una de las más destacadas fue la de los Corso, dirigida por Sampietro Corso, italiano de Córcega, que había buscado la ayuda de los turcos para independizar Córcega del dominio de los genoveses.

Felipe II nunca confió del todo en esta red, pues creía que los hermanos Corso podían ser agentes dobles, de «ida y vuelta». Aun así, como veremos más adelante, sus trabajos para lograr una tregua con los turcos debieron de dar sus frutos, porque Francesco Gasparo Corso, uno de los miembros más activos del clan, recibió del rey, en 1577, el título de procurador general de la Orden del Santo Sepulcro por sus servicios a España.

A la caza de Uluch Alí

Ya antes de que tuviera lugar la batalla de Lepanto (1571), uno de los principales objetivos de la inteligencia hispana era atraer al servicio de la Corona al renegado calabrés Uluch Alí, gobernante de Argel, al que las crónicas españolas llamaban Uchali. Sin embargo, como veremos, todos los intentos fueron en vano y, tres años después de la derrota otomana en Lepanto, el corsario recuperó Túnez y llegó a ser el tercer hombre más importante del Imperio otomano, tras el sultán y el gran visir, antes de morir en extrañas circunstancias en 1587, tras sufrir varios intentos de asesinato por parte de la inteligencia española.

Fue el capitán español Juan Mateo Florio quien informó al monarca, a través del virrey de Nápoles, del supuesto deseo de Uluch Alí de entregar la ciudad argelina a las tropas españolas. Se inició entonces una negociación

secreta, similar a la mantenida años atrás con Barbarroja, gestionada desde Nápoles y Valencia.

En apoyo de esta tarea negociadora, el virrey de Nápoles, Per Afán Enríquez de Ribera, duque de Alcalá, buscó en Le Castella, un pequeño pueblo de Calabria donde nació Uluch Alí, a familiares o amigos del célebre corsario, en un intento de influir en la deserción del renegado. Se trataba de que este traicionara al sultán Selim II, se reconvirtiera al cristianismo y regresara definitivamente a su tierra, algo que parecía demasiado optimista para ser realidad.

Como agente especial en esos tratos se designó al también calabrés Giovanni Battista Ganguza, amigo de Uluch Alí desde niño, que viajó a Argel con la tapadera de rescatar cautivos cristianos en esa ciudad. Ganguza llevaba en su equipaje una carta de Felipe II para Uluch Alí en la que se decía que, a cambio de entregar Argel, el rey le garantizaba un título nobiliario en el sur de Italia y una renta anual de ciento veinte mil ducados. Como ya sucedió con Barbarroja, el resultado de esta negociación fue negativo.

Se piensa que Ganguza murió en el viaje al Magreb o poco después de llegar a Argel, cuando trataba de entrevistarse con el almirante corsario. Lo único que parece seguro es que Uluch Alí no recibió la carta del monarca hispano a través de Ganguza en Argel, y el ofrecimiento de recuperar la ciudad a cambio de honores y dinero le llegó desde Valencia, ciudad de gran actividad comercial conectada con el Magreb desde la Edad Media, donde el mencionado clan de los Corso regentaba importantes negocios.

Este fue el motivo por el que el virrey Juan Alonso Pimentel de Herrera, conde de Benavente, decidió contar con la familia Corso para negociar con Uluch Alí. Se trataba de un ambicioso plan que incluía la entrega no solo de Argel, sino de otras plazas norteafricanas próximas. Pero las cosas no salieron como Felipe II esperaba. Uluch Alí se adelantó a conquistar Túnez y Bizerta (1569-1570) y hundió la esperanza de llegar a un acuerdo.

De negociar el trato personal con el corsario se encargó Francesco Corso, que actuaba de mercader en Argel y contaba con dos hombres de confianza, el renegado Mami Chaya y Catania Reis. Ambos esperaban ser recompensados generosamente si regresaban a tierras de la Corona hispana. Lo más probable, sin embargo, es que el gobernante de Argel nunca estuviera realmente interesado en desertar, pues ya contaba con honores y riquezas de sobra en la Berbería, y la Corona no disponía de la suficiente fuerza militar como para conquistar el poderoso nido de piratas argelino justo cuando se estaba

produciendo la rebelión morisca en las Alpujarras, que mantenía ocupadas a las tropas españolas en el sur de Andalucía.

Primeras aproximaciones

En el curso de la rivalidad estratégica entre la casa de Austria y el Imperio otomano durante la mayor parte del siglo XVI, el poder hispano se mantuvo a la defensiva en el Mediterráneo frente a los corsarios turco-berberiscos en el norte de África, que saqueaban las costas de Sicilia, Nápoles, Cerdeña, Valencia, Baleares y el sur de España. La gran victoria cristiana en Lepanto no fue suficiente para detener al poderío turco y, como ya se ha mencionado, poco después los otomanos reconstruyeron su flota, reconquistaron Túnez y La Goleta en 1574, y se reforzaron en Argel y Marruecos.

La guerra contra el Turco implicó un gran derroche económico para España, que sufrió cuatro bancarrotas en medio siglo (1557, 1560, 1575 y 1596) y tuvo que reducir el esfuerzo militar hispano en los Países Bajos y Centroeuropa en momentos muy críticos.

En este contexto, la eliminación del escurridizo Uluch Alí se convirtió en uno de los principales objetivos del servicio secreto de la casa de Austria, que primero intentó sobornarlo y, después, eliminarlo. El famoso corsario, que había sido gobernador general de Trípoli (1565-1568) y de Argel (1568-1572), era el combatiente más temido de la Cristiandad en el escenario militar del Mediterráneo y su fama se vio acrecentada cuando consiguió salvar del exterminio a toda el ala izquierda de la flota turca en la batalla de Lepanto.

El servicio secreto hispano inició la primera aproximación a Uluch Alí en 1567, cuando el corsario era gobernador general de Trípoli. Su lugarteniente, el renegado Murat Agá, se conjuró con el alférez Francisco de Orejón y con Mateo Pozzo para matarlo y entregar la plaza de Trípoli a los cristianos. El plan consistía en introducir secretamente en Trípoli a un grupo armado que, con el apoyo de Murat, se apoderase de la ciudadela. Luego, con ayuda de los cristianos prisioneros, defenderían la ciudad hasta que las galeras de la orden de Malta llegaran al rescate.

En aquel momento, Uluch Alí se encontraba fuera de Trípoli, combatiendo contra algunas tribus bereberes en Fezzan y solo quedaba una pequeña guarnición de cincuenta hombres en la plaza. Sin embargo, el complot fracasó y, de hecho, Trípoli siguió en manos turcas hasta el siglo XX.

Intentos de soborno

El primer contacto entre la corte hispana y Uluch Alí se produjo en 1569. Debido a sus orígenes familiares, los servicios secretos españoles creían que podrían convertir al corsario al catolicismo y convencerle, «con una buena negociación e industria», para que entregase la ciudad de Argel, como ya se ha dicho. Con este fin se enviaron instrucciones al virrey de Nápoles para localizar a los parientes del corsario en Calabria, ya que su madre, sus hermanos y algunos otros familiares seguían vivos. Fue durante esta búsqueda cuando los agentes del virrey dieron con el citado Giovanni Battista Ganguza, que, además de ser paisano de Uluch Alí, había sido su esclavo.

El plan propuesto consistía en que Ganguza fuera a Argel disfrazado de fraile mercedario —orden monástica dedicada al rescate de esclavos en el norte de África— para ofrecer a Uluch Alí una gran cantidad de dinero y un título de nobleza si aceptaba pasarse al bando español y entregar la ciudad. Al parecer, Uluch Alí accedió a negociar, por lo que Ganguza fue de inmediato a Madrid para tratar los detalles del acuerdo con Antonio Pérez, que entonces manejaba los hilos de los servicios secretos del rey.

Paralelamente, la Corona contactó con los hermanos Corso, que, como ya hemos señalado, manejaban la red de relaciones comerciales y de espionaje en el Mediterráneo occidental. Uno de ellos, Francesco, mercader en Valencia, debía contactar con su hermano Andrea, importante comerciante en Argel que contaba con excelentes relaciones con las personas más importantes de la ciudad. La idea era que los dos hermanos negociasen con Uluch Alí su deserción a cambio de «muy buena renta con algún título para sí y sus descendientes».

El momento parecía propicio. En 1569, el espionaje español había detectado que Uluch Alí perdía influencia en la corte frente a Hasán Pachá, hijo de Jairedín Barbarroja, lo que podría facilitar su deserción.

Francesco Corso fue a Madrid para ultimar el plan. Lo primero era ponerse en contacto con el ayuda de cámara de Uluch Alí, Mami Chaya, pariente de los hermanos Corso, y después captar al capitán de galeras Catania Reis y al príncipe marroquí en el exilio Abd-el-Malik, que llegó a ser rey de Marruecos entre 1576 y 1578. Si la misión tenía éxito, Andrea y Francesco Corso recibirían dos mil ducados, y Uluch Alí, diez mil ducados de renta anual. Sin embargo, la operación fracasó y, antes de que hubiese posibilidad de alcanzar un acuerdo, el corsario atacó con rapidez y reconquistó Túnez en 1569.

Tras abandonar Túnez, Uluch Alí volvió a rechazar cualquier negociación con los Corso, y, unos meses después, el corsario renegado partió desde Argel con su flota para participar en la batalla de Lepanto. Pese a la derrota otomana, Uluch Alí sobrevivió y, como ya se ha dicho, logró salvar a un ala de la flota turca.

El corsario abandonó el escenario argelino, pero el servicio secreto hispano continuó activo en el norte de África después de Lepanto, cuando en Argel circularon rumores de que la victoriosa flota cristiana pondría sitio a la ciudad.

Don Juan de Austria, en 1573, envió a España de mensajero a un soldado italiano llamado Renzo que ofreció entregar la ciudad argelina con la ayuda de su hermano Caid Hasán a cambio de dinero. Renzo y un soldado español llamado Andrés Fernández de Truvia fueron a Argel y ofrecieron a Hasán doce mil ducados y un título de nobleza si entregaba la ciudad, pero la misión fracasó, ya que, por aquel entonces, el vencedor de Lepanto estaba más interesado en reconquistar Túnez que en atacar Argel. No obstante, todavía hubo negociaciones con el sucesor de Uluch Alí en el gobierno de Argel, Arab Ahmed, a través de dos canales: uno con la ayuda de un mercader llamado Juan Pexón y el clérigo murciano Francisco Núñez, y el otro, por medio de los hermanos Corso.

La «liquidación» del corsario

Pese a que la mayor parte de la flota turca fue destruida en Lepanto —perdieron más de doscientos barcos—, los otomanos reconstruyeron rápidamente su poder naval en el Mediterráneo y volvieron a ocupar Túnez y La Goleta. En el aspecto económico, las cosas tampoco iban muy bien para España. Mantener el gasto naval y defensivo costero superaba los recursos de la Corona hispana, que en 1575 se declaró en bancarrota.

Algo había que hacer. El jefe corsario seguía sembrando el temor en las costas cristianas, y resultaba imprescindible acabar con su poder. La primera iniciativa tuvo lugar tres meses después de la batalla de Lepanto y el encargado de realizarla fue el propio Juan de Austria, quien envió a Constantinopla desde Mesina al renegado Paulo de Arcuri, que conocía personalmente a Uluch Alí. Su misión consistía en intentar convencerle, una vez más, de que cambiara de bando por dinero y honores, pero la empresa fracasó.

En vista de que el soborno no había funcionado, la inteligencia hispana decidió «liquidar» a Uluch Alí. El medio más frecuente para realizar los asesinatos en la corte otomana solía ser el veneno. Los ejemplos abundaban, como el del sultán Bayazid II, que fue envenenado por su hijo Selim, y lo mismo ocurrió con otros encumbrados personajes turcos.

El primer atentado contra la vida de Uluch Alí se organizó en su propia casa. En marzo de 1574, tres de sus sirvientes renegados conspiraron con esclavos cristianos galeotes contra el almirante e idearon un plan bastante simple que consistía en matar por la noche a Uluch Alí y luego escapar a tierras de Italia. Pero la conspiración fue descubierta y a los culpables se les cortó la nariz y fueron salvajemente torturados. Testigo de estos hechos fue Stephan Gerlach, capellán del embajador austriaco, que escribió en sus memorias que algunos sirvientes del corsario fueron capturados tras colocar varios explosivos debajo de su cama. Según Gerlach, los delató un español relacionado con el complot, que fue organizado, casi con toda seguridad, por los servicios secretos de la casa de Austria.

Un año después, Francisco Peloso, agente del virrey de Sicilia, fue enviado a espiar a Constantinopla. Regresó de allí sin información valiosa, pero, quizá para congraciarse con sus superiores, reveló un plan para envenenar al almirante corsario y a otros capitanes importantes de la flota otomana, a lo que añadió que podría hacer volar el polvorín principal de la ciudad. El virrey de Sicilia, el duque de Terranova, se mostró receloso, pero no rechazó el plan, y proporcionó a Peloso los explosivos para la operación de sabotaje, aunque le resultó imposible hallar un veneno adecuado para la ocasión. Antes de partir para cumplir su misión, Peloso pidió al virrey que cuidase de su hijo si le ocurría alguna desgracia. El virrey se comprometió a ello y el agente partió a territorio turco, pero desapareció sin dejar rastro.

Operaciones secretas a cargo de Juan de Austria

En 1573, Juan de Austria realizó otro intento de espionaje en Constantinopla con Antón Avellán y Virgilio Polidoro. Su misión consistía en fingirse acompañantes en el rescate del hijo del gran almirante en Lepanto, Alí Pachá, y bajo ese disfraz tantear la posibilidad de alcanzar una tregua de cinco años con la Sublime Puerta. Los dos agentes no lograron ningún

resultado, pero consiguieron negociar el rescate de algunos soldados cristianos presos en La Goleta y hacerse con un salvoconducto del gran visir Sokollu, a condición de intercambiar cautivos otomanos y cristianos cuando regresaran a Constantinopla.

Durante la estancia de Avellán y Polidoro en Constantinopla, los dos agentes contactaron con Aurelio Santa Croce, con el renegado traductor del Consejo Imperial otomano, Hüren Bey, y con otros dos informadores a sueldo: Murat Agá, mayordomo de Uluch Alí, y Lorenzo Saminiate, residente en la capital. Avellán y Polidoro llevaban cartas de Felipe II para ellos en las que les animaba a convertirse a la fe católica. Además, encomendaba a Murat Agá la tarea de convencer a Uluch Alí para que hiciera lo mismo y cambiara de bando. Avellán, además, reclutó a otros cinco espías renegados próximos al almirante corsario: Sulimán Aga, renegado lombardo, Antonio de Vale, Carlo Daniel, dos caballeros franceses de la Orden de Malta, y un español, hijo del jefe militar de La Goleta.

El profesor de la Universidad de Estambul Emrah Safa Gürkan afirma que Virgilio Polidoro cometió un error que pudo ser fatal al perder la carta de Felipe II, que cayó en manos turcas, aunque, al parecer, Avellán consiguió recuperarla. Había llegado a manos del hijo de un pachá, prisionero de guerra, que el propio Avellán había rescatado, y a base de mentiras sobre el contenido de la misiva, el español consiguió destruirla.

Jaime Losada, tanteando a Uluch Alí

En 1575, el virrey de Sicilia envió a Jaime Losada a Constantinopla bajo la tapadera de negociar un intercambio de esclavos con los otomanos. En realidad, buscaba contactar secretamente con Uluch Alí para que desertara. Según la inteligencia veneciana, Losada había sido amigo de Uluch Alí y, de hecho, el almirante corsario le recibió de buen grado y aceptó regalos del cristiano. Sin embargo, el almirante no se dejó tentar y dijo a Losada que el sultán le daba cuanto quería.

El agente español se dio cuenta al momento de que el empeño en hacer desertar al corsario era una pérdida de tiempo y quiso regresar cuanto antes a Sicilia. No lo hizo porque Uluch Alí le consiguió una audiencia con el gran visir Sokollu Mehmet, que pidió a Losada que gestionara la devolución de un barco cuya tripulación se había amotinado y refugiado en Malta.

En la entrevista salió también a relucir la posibilidad de una tregua entre España y Turquía, y el gran visir prometió que si Felipe II enviaba un embajador a Constantinopla, sería bien acogido. Sin comprometerse a nada, Losada vio la ocasión de entablar relaciones amistosas con las embajadas de Francia, Venecia y Austria en Constantinopla, y luego dejar Turquía para informar al gobierno hispano. Sin embargo, murió en Otranto antes de completar su misión, aunque consiguió dejar en Nápoles un informe detallado de su misión.

Al final, tras cuarenta meses de negociación, en febrero de 1581 la casa de Austria y el Imperio otomano alcanzaron un acuerdo de paz. Los artífices fueron Jaime Losada y el embajador Giovanni Margliani, quien también pensaba atentar contra la vida de Uluch Alí si este se oponía radicalmente a la tregua.

A la postre, el atentado contra el corsario renegado no se llevó a cabo, y la tregua se concretó en 1581 y se renovó en 1584. Uluch Alí murió en 1587, por lo que, mientras duró el armisticio, el almirante dejó de representar un peligro para los intereses de la Monarquía Hispánica.

El soldado-poeta Francisco de Aldana y el desastre de Alcazarquivir

Escritores como Quevedo («valeroso y doctísimo soldado y poeta castellano»), Cervantes («aquel único, sabio y claro Aldana») o Lope de Vega («Tenga lugar el capitán Aldana/entre tantos científicos señores,/ que bien merece aquí tales loores/tal pluma y tal espada castellana») colmaron de elogios al poeta-soldado Francisco de Aldana, un hombre singular con aureola propia entre los espías principales durante el reinado de Felipe II.

Francisco de Aldana nació, seguramente, en Nápoles en 1537, pese a que el estudioso Antonio Rodríguez-Moñino cree que vino al mundo en la extremeña villa de Alcántara. Por entonces, su padre, Antonio Villela de Aldana, estaba al servicio de Pedro Álvarez de Toledo, virrey de Nápoles, y alcanzó el cargo de alcaide de Gaeta, importante plaza estratégica italiana, además de ejercer el mando en las fortalezas florentinas de Liornia (1546) y San Miniato (1554).

Cuando Aldana contaba tres años, su padre pasó a dirigir la caballería española de guarnición en Florencia, siendo soberano de Toscana el gran duque Cosme I de Médicis. Allí transcurrió la primera juventud de Aldana, lo que le permitió adquirir grandes conocimientos sobre la cultura clásica y la poesía italiana del Renacimiento.

Sin embargo, la tradición militar de los Aldana se dejó sentir a temprana edad. Además del ejemplo claro de su padre, estaba el de su tío Bernardo, que fue maestre de infantería española y general de artillería, y murió en la batalla de Los Gelves (1560), no sin antes realizar grandes servicios al emperador Carlos V en Italia, Alemania, Francia, Hungría y el norte de África.

Es probable que el poeta-soldado recibiera su bautismo de fuego en San Quintín (1557), en la famosa batalla contra los franceses, y que con el grado de capitán fuera nombrado lugarteniente en la fortaleza de San Miniato, plaza clave para la defensa de Florencia. Aldana debió de llegar a Flandes poco después de que Felipe II solicitase al duque de Florencia «oficiales, castellanos y capitanes de guerra» para formar parte de las tropas de Nápoles y Lombardía que en 1567 realizaron el primer «Camino Español» con los tercios del duque de Alba, en su marcha para reprimir el levantamiento contra la presencia hispana en aquellas tierras.

Amparado en el prestigio de la figura paterna, la relación de Aldana con el duque de Alba fue siempre confiada y estrecha, y, según comunica en un memorial dirigido al rey, participó en la campaña como

> … capitán de infantería española […] y diversas veces en Holanda gobernador de compañías así españolas como valonas y alemanas, con cargo de artillería de Vuestra Majestad en baterías que allá se ofrecieron.

Queda constancia de su participación en un hecho victorioso de relieve en abril de 1568, en la campaña contra el conde Luis de Nassau, hermano del líder rebelde Guillermo de Orange, que acabó muy mal para las tropas españolas en la batalla de Heiligerlee —numerosos prisioneros fueron ejecutados salvajemente—. La revancha se produjo cuando una vanguardia de la caballería hispana, en la que iba Aldana, atravesó unos pantanos para atacar al atrincherado ejército holandés. Se dice que más de ocho mil hombres fueron degollados y las crónicas aseguran que «duró el matar hasta otro día en la noche […] y ninguna otra cosa se veía que sangre humana que teñía la tierra».

Curtido militarmente con la dureza y crueldad de estos primeros años de la guerra en Flandes, Aldana marchó a Madrid en 1571 con una carta de

recomendación del duque de Alba al Consejo de Castilla, con la solicitud de «en lo que se le ofreciese hacerle toda la merced y favor a que hubiese lugar y la que merecen sus servicios». Eran momentos en los que se preparaba una segunda expedición contra el Turco tras la victoria de Lepanto, y Aldana se alistó en el ejército de Juan de Austria con el grado de sargento mayor, equivalente a segundo jefe de un tercio. Sin embargo, como afirma el hispanista José Lara Garrido, una vez reunida la Armada para atacar a los otomanos en julio de 1572, las disensiones con los generales venecianos y pontificios retrasaron el inicio de la expedición hasta finales de septiembre.

Las tropas desembarcaron ante las murallas de Modón a primeros de octubre para intentar el asalto, pero, como señala el cronista Jerónimo de Torres, sobrevino un tiempo «tan recio de tempestad de viento y agua y frío» que Juan de Austria desistió de «tan inútil y dañosa empresa».

Pero no hubo descanso para Aldana. La situación en Flandes volvió a ser crítica y Aldana se reincorporó desde Italia en los tercios del duque de Alba, con tropas que llegaron de refuerzo al mando de Lope de Acuña. Una vez en Flandes, el poeta-soldado intervino en el memorable sitio de Haarlem, el «más constante, más apretado y defendido de cuantos tuvo la guerra de Flandes», sirviendo como general de artillería. Las crónicas de la época describieron así lo sucedido:

> Horrendas y espantables cosas, ejemplos de valor, de piedad, de coraje relatan los historiadores de este sitio en el que «el frío, el trabajo, la muerte disminuía el ejército».

Finalmente, la victoria se alcanzó en julio de 1573, con saqueo incluido, y tan trabajosa que, según los relatos, «tanto a la nación española costó que poco menos se diera lo ganado por lo perdido».

Apaciguando motines

Aldana combatió también con poca fortuna en el intento de tomar la ciudad rebelde holandesa de Alkmaar (Alquemar), un asedio de «mal suceso y poco remedio», que acabó el 10 de octubre de 1573. Los rebeldes rompieron los diques, y la inundación, unida al frío, obligó a los tercios a levantar el cerco. Gravemente herido de un mosquetazo, Aldana estuvo siete meses recuperándose de sus heridas.

Entretanto, el duque de Alba, su amigo y protector, fue sustituido en el gobierno de Flandes por Luis de Requesens, y Aldana quedó en calidad de «disponible», como capitán «reformado», un destino que no acababa de satisfacerle. En 1574, se produjo el amotinamiento de los tercios por falta de paga en Leiden y Amberes, ocasión que Luis de Requesens aprovechó para utilizar a Aldana —que estaba bien considerado entre la tropa— como negociador con los amotinados. El capitán debía buscar a los españoles sublevados y obtener cuanta información pudiera. El poeta-soldado trasladó al gobernador las confidencias que había recibido de los soldados amotinados y auguró que el futuro no presagia nada bueno. Así lo explica en una carta enviada a Requesens, en la que señala que el motín de la «caballería sola» es muy peligroso porque son «los soldados más conocidos y les queda menos seguridad de perdón». Por tanto, existía el peligro de que arrastrasen también al motín a la infantería, e incluso de que pudieran acometer a los mercenarios alemanes con lo que se les debía de sueldo. En semejante situación, al ser atacado Flandes desde Alemania y Francia, las guarniciones podrían abandonar las plazas «por tener a la mano el ejemplo de nuestra nación, que en tiempos de tanta necesidad niegan obediencia».

Su mediación debió de lograr algún éxito, aunque Aldana refleja el profundo malestar reinante cuando señala que «la reliquia de la soldadesca cansada acompañada de las heces de la infantería amotinada».

Las amarguras de la guerra no le impidieron proseguir su labor de gran poeta, y en esos días dejó versos espléndidos a un amigo de España, comparando las penalidades de Flandes con la vida relajada de la corte.

Mientras estáis allá con tierno celo
de oro, de seda y púrpura cubriendo
el de vuestra alma vil terrestre velo,
sayo de hierro acá estoy yo vistiendo,
cota de acero, arnés, yelmo luciente,
que un claro espejo al sol voy pareciendo.

Por fin, cuando se le concedió licencia, Aldana marchó a Madrid para solicitar algún beneficio tras sus más de veinte años de servicio. Parecía desilusionado por los grandes sufrimientos de la guerra y la escasa recompensa obtenida a cambio. Una crisis personal que coincidió con su decisión de abandonar el ejército, porque «el hábito de mi soldadesca ya se rompió y me será fuerza procurar otro de más seguridad».

Estas dudas existenciales, sin embargo, debieron de durarle poco, ya que a finales de 1576 aceptó encargarse provisionalmente del mando de la

importante fortaleza de San Sebastián y, por si fuera poco, al año siguiente le encomendaron la tarea de espiar en el norte de Marruecos y el reino de Fez.

Por entonces, Aldana fue presentado al rey por el duque de Alba, y el monarca lo acogió favorablemente. Su nombre ya sonaba en el mundo de los poetas, y Gil Polo, en su *Diana enamorada*, le elogió grandemente: «Este es Aldana, el único monarca/que junto ordena versos y soldados».

Felipe II deseaba tener información militar exacta de lo que estaba ocurriendo en el territorio marroquí, muy soliviantado tras la guerra entre el Maluco y el Xarife. El monarca español dudó si intervenir en apoyo del rey portugués, don Sebastián, su sobrino, que estaba obsesionado en llevar adelante una cruzada contra «tierra de moros» y convertirse en adalid de la Cristiandad. A Felipe II la empresa le parecía insensata, aunque en un primer momento no la rechazó por completo. Sebastián consideraba que había llegado el momento favorable a sus planes de gloria cuando el depuesto rey marroquí Muley Ahmed (Maluco) le pidió ayuda para recuperar su trono.

Espiando en Marruecos

Con el fin de conseguir información de primera mano y calibrar los riesgos de la empresa, el rey decidió enviar secretamente a Marruecos a dos de sus mejores capitanes: Diego de Torres, al que algunas fuentes califican de «aventurero», y Francisco de Aldana, soldado de amplios conocimientos y que, probablemente, hablaba árabe con cierta soltura.

En mayo de 1577, Aldana y Torres tuvieron que «reconocer las marinas [costas] y sus fortalezas y enterarse de lo que más cumplía», y, así, disfrazados de mercaderes judíos, se internaron en territorio enemigo y tomaron nota de las defensas y de cuanta información consideraron útil. El ensayista José Miguel Martínez Torrejón dice que Aldana «pasó tres meses disfrazado en el norte de Marruecos, espiando fortificaciones, armas y efectivos militares».

El biógrafo extremeño Antonio Rodríguez-Moñino piensa que en esta empresa Aldana se vio favorecido por «su desenvoltura, bizarría y valor», cualidades que contrastaban con su «tapadera» de mercader. También dice que pudo ayudarle el color cetrino de su piel, y quizá cierta facultad mimética heredada desde niño de su nodriza, una mujer africana negra.

Disfrazado de mercader judío —añade Moñino— y con ayuda de un aventurero llamado Diego Torres, se infiltró en aquellos territorios hostiles de donde volvió con la salud muy quebrantada, pero trayendo los datos e informaciones que se le habían solicitado.

Para el 10 de julio de 1577, la misión estaba cumplida. A su regreso, Aldana se entrevistó con don Sebastián en el monasterio de Belem y le explicó con detalle los resultados de su «comisión clandestina». Antonio Villacorta, también biógrafo del capitán, asegura que informó al rey portugués «del estado en que se encontraban las fortificaciones y defensas de la costa tangerina, constituida en el punto de partida, y en su caso en refugio, de todas las acciones de guerra que pudieran generarse. El detalle técnico no era tampoco alentador y las defensas dejaban mucho que desear. A don Sebastián, sin embargo, le satisfizo mucho el carácter y la valentía del capitán». Lo cierto es que a partir de entonces surgió una corriente de afecto y entendimiento entre los dos hombres, y, en recompensa por sus informes, el rey luso le regaló una cadena de oro que valía mil ducados y le rogó que le acompañara en una nueva aventura guerrera.

En realidad, según lo hablado con Felipe II en Madrid, Aldana debía disuadir a don Sebastián de su plan de conquistar el norte de Marruecos, una empresa que el monarca español consideraba irrealizable, tal y como dejó escrito a su embajador en Lisboa, Juan de Silva.

Los informes de Diego de Torres, compañero de espionaje de Aldana en territorio marroquí, que también se entrevistó en Lisboa con don Sebastián, fueron aún más negativos: el sultán Abd-el-Malik se había consolidado en el trono y disponía de un buen ejército, y el depuesto sultán Abu Abdallah, refugiado en el norte de África y aliado ocasional de don Sebastián, apenas disponía de medios para ayudar al ejército cristiano en la empresa.

Sin embargo, por alguna razón desconocida, la opinión del capitán Aldana cambió por completo, contagiado quizá por la exaltación místico-guerrera del rey portugués, a quien elogió abiertamente en una carta:

Tengo hablado tres veces a Su Majestad, el cual me tiene lleno de amor y admiración porque jamás creí ver en tan pocos años tanto entendimiento y destreza en las preguntas que me ha hecho sobre mi comisión, discurriendo por ellas tan soldadescamente que ha sido menester abrir los ojos y las orejas para entenderle y responderle. Guárdele Dios y proporcione poder a su valor, que es el que tiene menester la soldadesca cristiana para levantarse del abismo a do va cayendo.

Don Sebastián, por su parte, escribió al rey de España poniendo por las nubes al Aldana y pidiendo encarecidamente que el capitán le acompañase en la empresa africana, algo a lo que Felipe II finalmente accedió.

El 31 de julio de 1578, el ejército portugués desembarcó en la ciudad de Arcila y avanzaba hacia Larache. Unos días después se unió el capitán Aldana al mando de quinientos soldados castellanos. En total intervinieron mil seiscientos españoles —la mayoría procedentes de Andalucía— en aquella nefasta jornada, si bien el monarca español no permitió que jefes militares tan prestigiosos como Sancho Dávila o Alonso de Vargas comandasen el contingente hispano ni que participasen soldados veteranos de los tercios. Encabezaron la empresa el coronel Alonso de Aguilar, con Luis Hernández de Córdoba y Luis de Godoy como sargentos mayores.

Los peores presagios se cumplieron pronto. Aldana, que conocía bien el terreno por las labores de espionaje que ya había realizado, comprendió enseguida el desastre que se avecinaba y se sintió tentado de abandonar la empresa, aunque, como dijo al gobernador de Arcila, Diego Mezquita, «no por miedo de arriesgar la vida, que para un soldado vale poco, sino por no perder el mérito ganado en diversas campañas».

Al final, el capitán aceptó su destino. Portaba una carta del duque de Alba (fechada el 20 de junio de 1578) para don Sebastián, a quien, además, traía como presente el yelmo que Carlos V había utilizado en la conquista de Túnez, regalo de Felipe II. La carta del duque contiene diversos consejos militares que ni a Aldana ni al rey portugués servirían ya de mucho.

> Todavía me parece que con determinada voluntad quiso V. M. pasar a África sin darme de ello aviso: plega a Dios suceda como desea su Majestad […]. V. M. advierta que lleva el enemigo consigo, y que África es tierra llana y no buena para puesto; y así se tendrá cuenta con mejorarse de sitio reforzando siempre la retaguardia con gente práctica y diestra; la vanguardia con gente honrada y escogida, la batalla [el centro] con manga suelta de arcabucería, la artillería en lugar fuerte y bien asentada, el acometer con cordura, el esperar con ánimo y esfuerzo.

Aldana se unió al grueso del ejército portugués en el camino de Arcila a Larache, y don Sebastián lo nombró de inmediato jefe de la infantería, lo que equivalía a maestre de campo general, aunque, de acuerdo con las relaciones históricas conservadas, lo más probable es que recibiera el nombramiento de «superintendente del ejército, mandando que le obedeciesen como a su persona». Durante la marcha hacia Alcazarquivir, Aldana vio con claridad la inminencia del desastre, tanto como para advertir a don Sebastián «que mudase de parecer porque se iba a perder; mas no fue posible».

Por otra parte, el elevado cargo que Aldana había recibido en el mando del ejército levantó ampollas entre otros jefes portugueses y españoles, hasta el punto de que el rey tuvo que frenar las quejas con la amenaza de «cortar las cabezas de todos lo que no obedezcan a Aldana». Y eso que el mando que

Aldana había recibido no era ninguna bicoca, pues entrañaba graves dificultades para asegurar el abastecimiento del ejército y muchos oficiales carecían de la necesaria experiencia. Quizá alguno recordaría entonces que ningún ejército portugués había combatido en África contra un ejército musulmán numeroso y dirigido por un jefe diestro, como era el sultán Abd-el-Malik, que había derrocado al rey rival, Muley-al Mutawakil, en cuya ayuda ingenuamente confiaba don Sebastián.

En tal situación, Aldana aconsejó al rey prescindir de la artillería y dejarla en Arcila para aligerar la marcha, pero don Sebastián no accedió porque consideraba necesarios aquellos cañones en la batalla que se aproximaba. Así, el 2 de agosto de 1578 la caballería musulmana se situó en la orilla del río Mojacín y don Sebastián decidió atacar de inmediato, contra los consejos de Aldana, que pensaba sería mejor proseguir la caminata hasta Larache y fortificarse en esa plaza. Al comprobar que la decisión de combatir ya estaba tomada, Aldana consideró que ya no había marcha atrás. Según declaró un testigo, «[Aldana era] de la opinión que se combatiese, aunque hasta entonces lo había contradicho, pareciéndole que hasta aquel punto hubo lugar de retirarse y que ya no lo había».

Camino al desastre

Don Sebastián reunió a sus consejeros de guerra para escuchar opiniones, aunque al final mantuvo la suya, que consistía en vadear el Mojacín y situarse en una planicie para desplegar allí a sus tropas. En esa reunión, solo el embajador de Castilla quiso dar al rey algunas advertencias, pero don Sebastián hizo caso omiso. «Precisa obligación tenemos aquí de obedecer viendo cierta nuestra pérdida», comentó entonces el embajador a Aldana en voz queda.

Aldana y el maestre de campo, el general Duarte de Meneses, pusieron el campo en batalla y organizaron los cuadros de la infantería. El sultán marroquí disponía de unos treinta mil hombres de a pie y cuarenta mil a caballo, y el 4 de agosto se enfrentó abiertamente al ejército portugués. A la vista del gran número de tropas del sultán, don Sebastián titubeó y pidió consejo a sus caballeros. Algunos pensaron que sería mejor retirarse, abandonando artillería y bagajes, pero Aldana se opuso a esta opción. Como soldado experimentado sabía muy bien que la retirada, con un ejército sediento y desalentado, sería una catástrofe.

La infantería de don Sebastián se dividió en tres cuerpos: vanguardia, centro y retaguardia. En la vanguardia iban los alemanes, italianos y españoles, a las órdenes de Luis Godoy; en el centro, dos tercios protegidos por mangas de arcabuceros, y en retaguardia, otros dos tercios, con arcabuceros a los flancos.

La caballería cristiana también se dividió en tres agrupaciones, una de ellas con don Sebastián al frente de seiscientos caballeros. Delante de todo el dispositivo se situó la artillería, con treinta y seis piezas. En cuanto al ejército musulmán, se desplegó en forma de media luna, con la infantería en el centro y la caballería en las alas.

Aldana ordenó que las tropas cristianas formaran en cuadros muy cerrados, para que los piqueros frenaran la embestida de los jinetes. Aunque los soldados de don Sebastián no eran la tropa preparada de los viejos tercios españoles, Aldana trató de ordenarlos, si bien en ocasiones no le obedecían. Como veterano soldado que era, el capitán debió de ver con claridad que en aquella soldadesca, sin experiencia en las cosas de guerra, cundiría el desorden y entonces todos se perderían.

A la batalla de Alcazarquivir los cronistas musulmanes la denominaron también la «batalla de los tres reyes», porque en ella murieron don Sebastián y dos de los soberanos que se disputaban el trono marroquí. Abd-el-Malik, que estaba muy enfermo, falleció durante la contienda, hecho que se ocultó hasta el final de la batalla para no desmoralizar a las tropas. Su rival, Abu Abdallah, murió al intentar cruzar el río Mojacín.

En un último afán de salvar la vida del rey y presintiendo la carnicería que se avecinaba, el capitán Aldana trató de que don Sebastián se retirase: «Póngase Vuestra Majestad a salvo, porque si Dios no lo remedia no quedará hoy hombre con vida de nosotros», le dijo. Pero el «iluminado» don Sebastián no era un cobarde y aceptó con serenidad y valor su destino.

La opinión común que recogen las crónicas coincide en señalar que Aldana peleó bien y que dio muestras de gran corazón. Como cuenta Juan de Silva, «y con la espada en la mano, tinta en sangre, se metió entre los enemigos, haciendo el oficio de tan buen soldado y capitán como él era».

Lo último que se sabe de aquella batalla está en la carta que el aventurero Diego de Torres envió a Felipe II el 21 de agosto, donde refiere que

> El día de la batalla, estando Aldana a pie por habérsele muerto el caballo, le encontró el rey y le dijo:
>
> —Capitán, ¿por qué no tomáis caballo?
>
> Y Aldana le respondió:

—Señor, ya no es tiempo sino de morir aunque sea a pie.

El cadáver de Aldana se perdió entre los miles de muertos de aquella sangrienta jornada y nunca pudo ser recuperado, lo mismo que el del rey don Sebastián. Unos dieciséis mil prisioneros que salvaron la vida fueron vendidos como esclavos en Fez, y Ahmad al Mansur, hermano de Abd-el-Malik, sobrevivió a la batalla y se convirtió en el nuevo sultán de Marruecos.

Quedan, no obstante, algunos interrogantes sobre el trágico y heroico final de Aldana, ya que, pese a la gran afinidad que había entre el capitán y don Sebastián, habría sido necesario el permiso del rey Felipe II para que Aldana se embarcara en la empresa africana y no tiene ningún sentido que el capitán tomara una decisión tan importante por propia iniciativa.

Además, el entusiasmo que la figura del rey portugués inspiraba en el capitán no eliminó las reticencias que Aldana tenía sobre lo insensato de la «cruzada» en Marruecos, unas dudas que se manifestaron con claridad, incluso por escrito, desde que Aldana desembarcó para unirse a la hueste cristiana. Tan solo Felipe II podía autorizar a Aldana a marchar a Alcazarquivir, por lo que es lógico pensar que el rey español, conociendo la experiencia como espía de Aldana, lo utilizara como tal para estar informado, por vía secreta y personal, del fracaso militar que él mismo también presagiaba.

La orden de «reclutar» a Aldana la envió Felipe II el 30 de junio de 1578 desde El Escorial, aclarando que debía ir a Madrid «para que desde allí os encaminéis donde el rey [don Sebastián] estuviese […] con la brevedad posible». Pero Aldana era un agente de Felipe II y el monarca español debió de asignarle la misión de seguimiento permanente del rey portugués. En este sentido, puede decirse que el capitán hizo de espía del portugués al servicio de Felipe II y que aceptó el desafío de la empresa en cumplimiento de la misión que monarca hispano le había encargado.

La red de espías de Juan de Austria

Como hemos visto a lo largo de estas páginas, en vísperas de la batalla de Lepanto la Corona hispana disponía de un complejo sistema de espionaje, y el hermanastro del rey, don Juan de Austria, tenía establecido, además, su particular red de información. Según el historiador Enrique García Hernán,

Juan de Austria, jefe supremo de la flota imperial, pagaba generosamente a los espías y eso le permitió conocer con detalle los propósitos de la Armada otomana.

En realidad, cuando Felipe II llegó al poder aumentó el control sobre los gastos de virreyes y embajadores, en un intento de impedir que el ansia de dinero llevara a proporcionar información al enemigo mediante espías dobles o falsos agentes. «Andamos llenos de espías», advertía a Felipe II su secretario Mateo Vázquez en carta de abril de 1575. El profesor García Hernán concluye que con la actividad del espionaje adversario la desconfianza del rey fue en aumento y llegó al máximo tras la deserción y fuga del traidor Antonio Pérez, que desde 1568 había dirigido el espionaje español en el Mediterráneo.

A Juan de Austria, esos momentos de zozobra le sirvieron de experiencia. Según afirmaba, hay que tener «muy buenos espías y por diferentes vías para que se tengan mejores avisos y se comprueben los unos con los otros».

Estas redes de información estaban compuestas por personas de toda índole. En general, eran «hombres de frontera», con intereses comerciales repartidos en todo el Mediterráneo, pero también había renegados, espías profesionales de dudosa lealtad, excautivos y un variopinto abanico de personajes considerados poco recomendables por la diplomacia convencional.

En 1568, cuando Juan de Austria fue nombrado capitán general del Mediterráneo, los agentes secretos del bando hispano, movidos principalmente por el dinero, proyectaron una serie de audaces atentados que pusieron en peligro la posibilidad de una tregua entre la Corona hispana y el sultán turco. Uno de estos intentos, por ejemplo, tenía por objetivo asesinar al ya mencionado judío portugués Juan Micas, consejero del sultán Selim II y duque de Nicosia. Para ello, el caballero y agente secreto Giovanni Barelli intentó ganarse la confianza del portugués, sin descartar llevarlo secuestrado al bando cristiano. Otros planes conocidos incluían sublevar a los esclavos cristianos, por medio del espía Mateo Pozzo, con el fin de tomar la ciudad de Trípoli y algún punto de la península griega, envenenar al hijo del sultán o quemar el astillero de Constantinopla.

Ansalone, el agente de Trípoli

Uno de los principales agentes de Juan de Austria en Trípoli era un mercader italiano llamado Ansalone, que contaba con el auxilio de amigos

renegados y disponía de embarcación propia.

Ansalone se había ofrecido voluntariamente como espía a Juan de Austria, quien, como no acababa de fiarse, remitió al mercader al virrey de Sicilia. Cuando este se convenció de su lealtad, el espía italiano se dispuso entonces a cumplir su misión en Trípoli en marzo de 1571, pero fue descubierto un año y medio después, y la inteligencia hispana tuvo que rescatarle antes de llevarlo a presencia del virrey siciliano. Después de un intenso interrogatorio, el espía terminó aportando datos muy valiosos sobre la guarnición de Trípoli, que sufría gran penuria de vituallas, y los barcos de guerra turcos anclados en esa ciudad.

También actuó al servicio de don Juan, después de Lepanto, el espía Juan Bautista Corso, que ya había sido enviado a otras misiones en la Berbería por Felipe II en 1570. Ascendido a capitán, Corso veía posible conquistar Argel, una operación que no se llevó a cabo, pero Juan de Austria siguió dejando secretamente abierto el canal diplomático con la Sublime Puerta a través del capitán Pedro Paulo de Arcuri, lo que permitió que Uluch Alí, lograra escapar en Lepanto con parte de su escuadra.

En su afán por estar informado de la situación militar tras la batalla, Juan de Austria envió espías a Alejandría, Rodas, Corón, Trípoli y Estambul. Además, disponía de agentes en Túnez que pasaban la información a La Goleta, como Carrillo de Quesada, y Juan de Zambrano, quien, a pesar de estar cautivo en Túnez, conseguía hacer llegar avisos cifrados al gobernador de La Goleta.

Fray Diego de Mallorca

En la identificación de espías enemigos destacó la labor del franciscano Diego de Mallorca, que hacia 1576 organizó una nueva red secreta en Estambul —tras avisar de que en Nápoles actuaban varios espías del sultán— y denunció a un morisco de Valencia que trabajaba secretamente para Uluch Alí en Castelnuovo.

Fray Diego de Mallorca pasó de ser inquisidor en Túnez a cautivo en Estambul y espía en Madrid después de la conquista de La Goleta-Túnez por Uluch Alí y el renegado genovés Sinán Pachá. Miles de cautivos cristianos fueron entonces embarcados en las naves turcas para ser vendidos como esclavos en Estambul; entre ellos se encontraba el mallorquín fray Diego, a

quien Juan de Austria había designado como vicario general y comisario del Santo Oficio en la capital tunecina.

Durante el año que fray Diego estuvo en Túnez desarrolló una intensa actividad evangelizadora entre los musulmanes y judíos, sin eludir la participación espada en mano, como un combatiente más, recogiendo muertos y heridos en la defensa de la fortaleza de La Goleta contra los asaltantes turco-berberiscos. Como resultado de este combate, el fraile resultó herido en un muslo por una flecha turca, que le dejó secuela permanente.

Antes de ser rescatado del cautiverio en Estambul en diciembre de 1574, fray Diego tuvo ocasión de conocer a algunos de sus parientes que ejercían cargos influyentes en la corte otomana. Una tía del religioso estaba casada con un bajá de la corte turca, y uno de sus primos, Marco Antonio, había cambiado su nombre por el de Hasán Agá y actuaba como tesorero en la mansión del gran visir Sokollu. Fray Diego recibió la ayuda de Hasán Agá porque estaba deseoso de desertar y regresar a España, y se comprometió a ayudar al espionaje hispano.

Fray Diego también conoció a la italiana Leonora Spalletta, casada con el almirante Piali Pachá, que la protegió, facilitándole el enlace con la corte española. En el curso de su actividad secreta, el fraile continuó «predicando por los baños y cautiverio de Estambul y haciendo su oficio como muy buen cristiano», y así lo certificaron entre otros el embajador veneciano Antonio Tiépolo y el capitán general de Túnez, Gabrio Serbelloni.

En el viaje de Estambul a Nápoles en junio de 1575, fray Diego volvió a coincidir con Juan de Austria, que estaba en la capital napolitana al mando de la flota mediterránea y quiso contar con los servicios secretos del franciscano en cuanto tuvo conocimiento de los valiosos contactos que mantenía en los círculos próximos al sultán.

Una vez reclutado el fraile, Diego de Mallorca y Felipe II se reunieron en El Escorial y el monarca se mostró muy interesado en conocer las verdaderas intenciones del gran visir en la negociación de una tregua «disimulada» con los turcos. El religioso mallorquín informó al rey de que en Estambul tenía un primo renegado con influencia en los asuntos del gran visir y dispuesto a colaborar con la inteligencia hispana. Una vez en Nápoles, ya instalado en el monasterio franciscano de Santa María la Nova, fray Diego empezó a enviar en 1577 a Felipe II la información cifrada que le facilitaba Hasán Agá. Estos avisos, muy valiosos para la inteligencia hispana, hacían referencia a Marruecos, los Balcanes, Venecia, Hungría y países de Oriente Medio, así como a los moriscos que buscaban el apoyo del sultán en la rebelión de las

Alpujarras, encabezados por la familia valenciana Izquierdo. Una información que ya habían adelantado los espías españoles de Berbería a través de Argel.

El mensajero Jerónimo Combis

En la nueva red montada por el fraile de Mallorca y Hasán Agá desempeñaba un papel destacado el capitán albanés Jerónimo Combis, que actuaba de mensajero entre Estambul y Nápoles. Originario de Épiro, el capitán había luchado en el ejército veneciano durante la pérdida de Chipre, y cuando los turcos le apresaron —considerándole un espía—, fue rescatado por un mercader griego. Mientras estuvo preso, Combis se mostró fiel y aguantó el suplicio, con lo que se ganó la confianza de Hasán Agá, que tuvo que presenciar los tormentos porque su puesto así lo requería.

La trayectoria de Combis en el mundo del espionaje duró varias décadas (volverá a aparecer en el capítulo 7), y el capitán se convirtió en una figura clave para los excautivos y exiliados griegos y albaneses en Nápoles. Combis entró al servicio de la Monarquía Hispánica en 1577 y convenció a Felipe II de que el momento era propicio para negociar en Estambul, por medio de Hasán Agá, una tregua prolongada con los otomanos.

En la capital napolitana, Combis se entrevistó con Renzo de San Remo y le pidió que hiciera de mensajero ante el rey. En este viaje pasó por Argel, sondeando el posible cambio de lealtad del bey argelino Mehmet para ofrecer sus servicios a la casa de Austria, una iniciativa que estaba a cargo de Bartolomeo Brutti. Las propuestas contenidas en el despacho de Combis giraban alrededor de las negociaciones de paz en Estambul y con el bey Mehmet, y fueron examinadas atentamente por el Consejo de Estado en Madrid, que decidió —siguiendo las instrucciones de Hasán Agá— suspender las actividades de espionaje en la capital turca para no obstaculizar el asunto secreto de Argel.

En su despacho, Combis también ofrecía al gobierno hispano los servicios de dos caballeros albaneses. Uno de ellos era un capitán de caballería que estaba al mando de la isla de Corfú, posesión veneciana, mientras el otro empleaba cinco bajeles en esas aguas.

Unos días más tarde, Felipe II resolvió que Jerónimo Combis y Nicolò Griego, otro espía llegado de Constantinopla, entraran en la red de espionaje del virrey de Nápoles y se les pagaran doce escudos mensuales de entretenimiento de los fondos virreinales, pero advirtiendo de que serían

retribuidos «conforme a lo que sirvieren y merecieren» en el futuro. Más adelante, además de esos doce escudos al mes, el rey dio a Combi una ayuda de otros doscientos escudos para gastos de viaje, y otros cinco escudos mensuales a Nicolò Griego. A este, además, Felipe II le entregó trescientos ducados que debían ser devueltos a Aurelio Santa Croce, que se los había prestado para la boda de su hija.

Poco después, el rey escribió de nuevo a fray Diego de Mallorca, agradeciéndole los riesgos asumidos por Hasán Agá en su labor secreta, con la promesa de que el renegado obtendría amparo en algún territorio de la Corona si se veía en dificultades que exigieran su expatriación. Contando con el beneplácito real, el fraile mallorquín fue consolidando así una red que Felipe II manejó con bastante acierto durante muchos años en Levante.

Gastos excesivos en Lepanto

Lo que con cierto eufemismo se llamaban «las cosas secretas de Levante» era un sistema de espionaje poliédrico que pagaban Felipe II, los virreyes de Nápoles y Sicilia, y Juan de Austria. García Hernán afirma que el sistema era un rompecabezas sin hilo conductor. Debido a esto, por los abundantes sobornos, se dispararon las cifras del gasto, que ascendían a decenas de miles de ducados. Según el estudio que cita el historiador británico Geoffrey Parker, los gastos anuales de la flota mediterránea durante la década de 1570 oscilaban entre los 1 463 000 ducados en 1572 y los 673 000 ducados de 1577, y algunas fuentes señalan que los gastos de espionaje estaban entre los 12 000 y los 15 000 escudos.

El gasto naval se disparó de tal manera que la Armada de la Corona quedó sin recursos para emprender acciones de guerra. Las arcas de Nápoles y Sicilia estaban vacías mientras Juan de Austria reclamaba urgentemente dinero para hacer frente a la pésima situación y no desaprovechar el esfuerzo de Lepanto. Así, en una carta del 30 de abril de 1572, Juan de Austria escribía lo siguiente a Felipe II:

> No solamente no hay un real para el sustento de esta Armada contando los dineros que últimamente me han remetido, pero que aún son menester para pagar lo que se debe […]. Suplico humildemente a V. M. Mande que se me provea de dineros con muy gran brevedad, que entre tanto no puedo dejar de quedar con mucha pena y puesto en harta confusión, pues el estar

aquí parado con la Armada es vergüenza y gran daño por las pagas que corre a la gente de guerra sin hacer fruto ninguno.

Sin embargo, el servicio secreto de Juan de Austria siguió abonando sumas considerables en sobornos y espionaje. Según los libros de cuentas del pagador Juan Morales de Torres, tan solo en el mes de diciembre de 1571 el gasto en espías fue de treinta mil escudos, lo que suponía un 25 % del presupuesto general, cuando el sueldo de un capitán era de unos cincuenta escudos.

Los agentes secretos podían ser profesionales, a quienes se pagaba regularmente, o eventuales, que eran recompensados de acuerdo con los informes facilitados en cada operación. En comparación, algún espía en Constantinopla, como el renegado Ferru Bey, muerto en acción secreta en 1569, fue retribuido con mil escudos, y otros agentes en esa capital también fueron generosamente recompensados con sueldos fijos de oscilaban entre los cien y los seiscientos escudos.

En octubre de 1573, una vez resueltos los problemas financieros, Juan de Austria partió hacia Túnez con una considerable flota formada por ciento siete galeras y varias decenas de otras naves menores. En La Goleta desembarcaron veintisiete mil soldados españoles, italianos y alemanes que rindieron Túnez y Bizerta. Pero fue un éxito fugaz; al año siguiente los turcos recuperaron esas dos plazas y se apoderaron de la fortaleza de La Goleta. Una pérdida irreparable.

Las cuentas del pagador Juan Morales

Los gastos anotados por el pagador general de la Armada, Juan Morales de Torres, atestiguan que en la segunda mitad de 1571 se gastaron diecisiete mil escudos en espías y otros gastos secretos, un gasto que se añadió al dinero empleado en socorrer a los heridos, inválidos y a los mensajeros encargados informar del triunfo en Lepanto.

De los 20 230 hombres embarcados, cerca de 4500 soldados resultaron muertos o heridos, además de los muchos galeotes que quedaron lisiados en el combate. En cuanto a los enviados para dar cuenta del éxito, solo por avisar de la jornada de Lepanto a Felipe II, el maestre de campo Lope de Figueroa recibió mil cien escudos del pagador Morales.

De acuerdo con las anotaciones de Morales, las cuentas de la empresa de Lepanto suscitaron recelo por el embrollo y el desajuste de algunas partidas. El pagador revisó las cuentas en Madrid, con la relación completa de nombres que recibieron dineros y el destino de las sumas asignadas. Lo que al final apareció fue que todo el dinero de Juan de Austria se entregó a los heridos en Lepanto, incluyendo doce mil escudos extra. Según el propio Juan de Austria, «no me quedó ni para poderles dar con qué yo pudiese comer».

El 25 de noviembre de 1571, en carta a Felipe II, Juan de Austria menciona esta ayuda a los heridos:

> Habiendo considerado que de la batalla que se dio a la armada del turco salieron muchas personas particulares heridas y maltratadas y otros que quedaron sanos padecían extrema necesidad, comencé a socorrerlos y darles algún dinero de lo que V. M. me hace merced para mi entretenimiento, y viendo que en pocas horas no me quedó ni para poderles dar con qué yo pudiese comer, y que en una jornada tan principal era justo que se hiciese alguna demostración extraordinaria…

Entre los socorridos en Lepanto por Juan de Austria estaba Miguel de Cervantes, que después de ser herido en la batalla recibió un donativo de veintidós escudos, algo menos de la mitad del sueldo habitual de un capitán.

La investigación de los gastos de la Armada después de Lepanto parece que dejó al descubierto ciertas irregularidades y se produjeron numerosas denuncias secretas que llegaron a oídos del monarca.

> Había mucho dinero en juego, demasiadas personas que hacían de intermediarios, y aunque el control real era importante, había muchos intereses ocultos que ni siquiera don Juan de Austria podía sospechar.

El más de millón y medio de escudos de los que dispuso Juan de Austria entre 1571 y 1572 fueron «canalizados» por el mercader genovés Agostino Riberola, que era el aduanero de Mesina, cuartel general de la flota cristiana. Riberola rapiñó los sobrantes de las vituallas cuando la Armada llegó a ese puerto siciliano y obligó a las naves a fondear en él para cobrar los impuestos que en muchos casos iban a parar a su bolsillo. No es de extrañar que los genoveses tuvieran con frecuencia mala fama en España por este hecho y otros parecidos, ni que el rey Felipe II ordenara una investigación de las cuentas de Juan Morales.

El encargado de la supervisión fue el veedor Juan de Aguilar, que finalizó en 1577 sus trabajos, aunque para entonces muchos documentos de los altos cargos de la Armada ya habían desaparecido y numerosos oficiales fueron enviados a diferentes misiones, lo que convirtió la indagación en un laberinto

sin salida. Felipe II deseaba llegar al fondo del asunto y conocer el origen y el destino de los gastos. Incluso llegó a pedir que se mandasen los datos de la investigación al Tribunal de la Contaduría Mayor de Cuentas de Castilla, así como una copia de las cuentas de Riberola al virrey de Sicilia.

Como era de esperar, el resultado de la investigación —que se alargó varios años— reveló que una buena cantidad del dinero empleado por Riberola (casi veinte mil escudos) estaba sin justificar.

El alférez Esquiva y el capitán Chávarri

La tregua firmada en 1581 entre España y el Turco, en la que actuó de embajador secreto el milanés Giovanni Margliani, desató una crisis en las redes de servicios secretos hispanos que dirigía Giovanni María Renzo y que coordinaba desde Constantinopla Aurelio Santa Croce. Renzo pasó poco después a dirigir desde Nápoles la inteligencia hispana y, según los historiadores Emilio Sola y José F. de la Peña, fue entonces cuando Santa Croce propuso a Renzo para dirigir los avisos de Levante en Nápoles y designó como hombre «muy inteligente en las cosas del Turco» a Diego de Esquiva, un alférez que había pasado dieciséis años cautivo en Argel.

Esquiva fue hecho prisionero en la derrota del conde de Alcaudete en Mostaganem, cerca de Orán, en 1558, cuando el propio conde halló la muerte en batalla y su hijo Martín de Córdoba pasó a ser cautivo de Hasán Bajá, hijo de Jairedín Barbarroja, que gobernaba Argel.

En 1574, poco antes de que los turcos de Uluch Alí reconquistaran La Goleta en Túnez, Santa Croce envió al alférez Esquiva a realizar algunas misiones en Italia como espía de la Corona hispana y para hacer de correo de los agentes secretos españoles en Constantinopla. Más tarde estuvo en otras misiones de inteligencia en la costa del Adriático, hasta que Juan de Austria requirió sus servicios para ir a Flandes como gobernador de los Países Bajos.

Pese a algunas reticencias del virrey de Nápoles, Aurelio Santa Croce tenía plena confianza en Esquiva para actuar como su enlace, por considerarlo «hombre de sustancia y tanta inteligencia», capaz de sacar a la luz «muchas marañas y maldades, que se sabe que están cubiertas, y cuevas de espiones en aquel reino [de Nápoles]».

Cuando se conoció el armisticio con Turquía en el Mediterráneo, Santa Croce consiguió permiso para ir a la corte de Madrid, si bien el viaje adquirió un giro inesperado con el asesinato en marzo de 1578 de Juan de Escobedo, secretario personal de Juan de Austria, que estaba enterado de los manejos corruptos de Antonio Pérez. Los rumores de que el impulsor de la muerte era el propio rey Felipe II no tardaron en extenderse.

Seis meses después del atentado contra Escobedo murió Juan de Austria en Flandes, posiblemente envenenado, y la sombra amenazante de Antonio Pérez, detenido por orden real, terminó provocando una grave crisis que dio alas a los enemigos de la Corona.

Por entonces, el agente Aurelio Santa Croce estaba en Madrid y contactó con el capitán Antonio Chávarri para que actuase de enlace con Margliani en Constantinopla. Pero, como ya vimos, Santa Croce cayó en desgracia y fue encarcelado a causa de unos pagos sin justificar. El veneciano no tardó en quedar libre y en 1581 asistió en Constantinopla a la firma de la larga tregua de tres años que Margliani había conseguido para España. Sin embargo, la buena estrella del veterano agente secreto declinaba definitivamente.

En febrero de 1578 se había firmado una tregua de un año y Margliani esperaba en Constantinopla que la corte española le enviara un embajador oficial. Fue el virrey de Nápoles, marqués de Mondéjar, quien finalmente decidió que el capitán Chávarri asumiera el cargo de embajador en la corte del sultán. Llevaba un presente de veintiséis mil escudos de oro en secreto para sobornos por si fracasaba el acuerdo de paz, y si eso ocurría, debía entregar todo de vuelta a Margliani, incluido el dinero, utilizando a un tal Miguel Lucar como agente de enlace en Ragusa.

Un acuerdo decisivo

Chávarri llegó a Nápoles en diciembre de 1579, coincidiendo con el nombramiento del nuevo virrey, Juan de Zúñiga. Se desplazó a Gaeta para informar también a Mondéjar de lo tratado y luego viajó a España para notificar al rey los puntos de la negociación con Margliani.

La tregua de 1581 tuvo una gran repercusión en Roma y en Venecia, y fue considerada una derrota diplomática para Francia, que perdió así su ventajosa alianza con la Sublime Puerta. Como señala el historiador francés Ferdinand Braudel, las circunstancias hicieron inevitable el acuerdo, ya que el enorme gasto que suponía para Turquía la guerra con el Imperio persa, y los asuntos

de Felipe II en Portugal, resultaron factores decisivos en la suspensión de las hostilidades entre las dos mayores potencias mediterráneas, que vislumbraban acuerdos de paz definitivos en un futuro próximo. El gran derrotado en las negociaciones hispano-otomanas fue el almirante Uluch Alí, obligado a reducir las actividades corsarias en la Berbería para cumplir con los acuerdos de Constantinopla.

El gran visir Ahmed Bajá, anciano y muy dado al opio, envió a Argel al eunuco húngaro Yaffer Bajá, cortesano próximo al sultán, que adoptó disposiciones acertadas para mejorar la vida de los ciudadanos argelinos y facilitar el rescate de cristianos cautivos. Pero el cumplimiento de las treguas firmadas con Margliani y el ascendente papel de Yaffer Bajá en Argel suscitaron la reacción de Uluch Alí. En España surgió el temor en España de que el almirante corsario prolongase sus correrías en Berbería con sus dos hombres de confianza: Hasán Veneciano y Ramadán Bajá, haciendo caso omiso a Yaffer Bajá, que actuaba como rey de Argel por decisión del sultán.

Pese a estar en desacuerdo, Uluch Alí no osó desobedecer las instrucciones del sultán y el almirante corsario se quedó en Constantinopla a la espera de Hasán Veneciano y Ramadán Bajá. Pero entonces le llegaron rumores de una conspiración para acabar con la vida de Uluch Alí en la que estaba implicado un turco excautivo en Génova y dos renegados a quienes el rey de España pensaba pagar treinta mil ducados si el atentado tenía éxito. La red de los servicios secretos hispanos se había recompuesto durante las negociaciones llevadas a cabo por Margliani, y disponía de nuevos espías, ya fuera del control de Santa Croce.

Entre los agentes españoles involucrados en el atentado para acabar con Uluch Alí había otro espía, Pedro Merlino, que había sufrido cautiverio en Constantinopla durante muchos años. Tenía un hermano que trabajaba de escribiente del gran visir, y junto a él había otros involucrados, como Juan Stefano Ferrari, los renegados Juan de Briones y Aydar, el destacado informante Pedro de Brea, Salomón Natam Ascanasi y el propio Antonio de Chávarri.

Pedro de Brea, un espía en el arsenal turco

En octubre de 1578, el embajador milanés ante el sultán Murat III escribió a la corte de Felipe II en Madrid diciéndole que había encontrado en Constantinopla un espía muy prometedor. Se llamaba Pedro Brea, italiano oriundo de Génova y escribano personal de Uluch Alí. No es de extrañar que el embajador se mostrara entusiasmado con el reclutamiento de Brea, pues tenía numerosos contactos en el palacio del sultán y en el arsenal del puerto, y, por si fuera poco, contaba con la amistad del potentado judío Joseph Nasi, asesor personal del sultán.

Gracias a su hermano Giovanni —que navegaba por el Mediterráneo protegido por un salvoconducto del propio Uluch Alí—, Pedro de Brea administraba el negocio familiar y obtenía avisos secretos muy rentables. Los hermanos Brea también estaban en contacto con personajes influyentes, como Agustín Lomellini, cuya familia genovesa, muy vinculada a Andrea Doria, se dedicaba al lucrativo negocio del coral.

La estrecha relación de Brea con Uluch Alí, propiciada por sus orígenes italianos comunes, convirtió al escribano genovés en administrador personal de la intensa correspondencia del almirante corsario, lo que le permitió acceder a informaciones de primera mano sobre la flota turca. Según la investigadora Valentina Oldrati de la Universidad Autónoma de Barcelona, Uluch Alí no sabía leer ni escribir, lo que reforzaba la ventajosa posición del espía-escribano a la hora de manejar los informes del almirante corsario.

El genovés era un producto típico del espionaje mediterráneo en la bisagra de dos mundos opuestos, con lealtades solapadas que oscilaban movidas por la incertidumbre de los resultados obtenidos. Así, Brea se movía con libertad en Constantinopla y mantuvo encuentros frecuentes con Giovanni Margliani durante el proceso de tregua entre España y la Sublime Puerta. Algunos estudiosos piensan que Brea se convirtió al islam, a pesar de que conservaba su nombre cristiano, si bien la profesora Oldrati cree que era musulmán por fuera, pero cristiano de corazón por dentro.

Desde el verano de 1579, en la casa de Uluch Alí trabajaban también como espías de Margliani el inglés Robert Draver y Juan de Briones (nombres árabes, Sinan y Alyar), agentes de máxima confianza y siempre dispuestos a matar. En 1580 los servicios secretos hispanos pensaron utilizarlos para asesinar a Uluch Alí, aunque el atentado finalmente no se llevó a cabo.

De los buenos resultados del trío de espías instalado en la residencia del almirante otomano da cuenta Juan de Zúñiga, virrey de Nápoles, que entre 1579 y 1582 estuvo recibiendo informes secretos de Brea. El virrey lo elogia en una carta fechada en abril de 1580, hasta el punto de decir al rey que

«merece toda gratificación». Además, según Zúñiga, «Sinan y Aydar veo que sirven muy bien, y deseo que Vuestra Majestad me aclare si de secreto son estos cristianos, y de que se sirve el amo de ellos».

Juego de sombras

Entre 1580 y 1581, Brea alcanzó su cenit como espía. Transmitía información secreta tanto de asuntos internacionales como de la situación en la capital otomana, aunque Uluch Alí, probablemente, se sirviera también de su escribano para obtener informes sobre Margliani y sus colaboradores. Un juego de intereses y sombras en el que la traición y las lealtades se entremezclaban, dejando muchas incógnitas en el aire.

En la primavera de 1581, Uluch Alí emprendió una expedición contra el reino de Fez con una flota de sesenta galeras, una acción que podría provocar la anexión de Marruecos al poder turco e incluso una guerra generalizada contra España en el Magreb. Brea acompañó a Uluch Alí en la empresa y, antes de dejar Constantinopla, avisó a Zúñiga de la incursión contra Fez, utilizando los falsos nombres de Juan Galeaco o Juan Carlo. En carta a Felipe II, el virrey Zúñiga escribió:

> He tenido una carta de Pedro de Brea, que va con Luchali [Uluch Alí], escrita antes de que partiese de Constantinopla. Y dice que piensa que, llegado a Argel, le enviará a esos reinos. Y que lo desea por poder servir a Vuestra Majestad. Querría que sin que supiese quién era, estuviesen advertidos los ministros de Cataluña, Valencia y las islas donde podría aportar, de hacerle comodidad si allí llegase, pero sin demostración pública. Y que enviasen con diligencia a Vuestra Majestad el despacho que él les diese. Y no habiéndome enviado ningún contraseño para esto, y no sabiendo si querrá descubrir su nombre, he pensado que el contraseño que se podría dar en todas estas partes sería que, si llegase un hombre que dijese que venía de la Berbería, le preguntasen si había tenido correspondencia conmigo.

De estas palabras se deduce que Uluch Alí pensó en enviar a Brea desde Argel a España en misión exploratoria, ocasión que probablemente el espía genovés habría aprovechado para desertar y pasarse al servicio secreto hispano.

Sabemos también, por carta que Margliani escribió al secretario Antonio Pérez en noviembre de 1578, que Brea actuó de intermediario entre un magistrado de Venecia y el renegado corsario Chiafer Agá, que trabajaba en el arsenal, por un asunto del que, al parecer, Uluch Alí no sabía nada.

Brea, por supuesto, envió el plan a las inteligencias de la casa de Austria, ansiosas siempre de conocer algo más sobre las intenciones bélicas turcas en unos momentos críticos, justo cuando Uluch Alí tenía todo dispuesto para emprender su expedición al Magreb. Como ya sabemos, el ataque se frustró cuando el sultán ordenó detener la operación por la guerra del ejército otomano contra Persia.

Un fraile en el punto de mira

En los meses finales de 1580, Margliani informó al virrey Zúñiga de Nápoles que tenía preso en su casa de Constantinopla a un fraile trinitario español, Cristóbal Pérez, que se dedicaba a rescatar cristianos pero que pretendía renegar y hacerse «turco de profesión», que era como se llamaba entonces a los renegados.

Además del desprestigio que eso suponía para la causa cristiana, el fraile representaba un peligro para los agentes secretos españoles Briones y Aydar, instalados en la casa de Uluch Alí, cuya actividad conocía Cristóbal Pérez.

El virrey Zúñiga escribió al papa para comunicarle el caso, y si el delito lo mereciere y no hubiese esperanza de su conversión a la fe cristiana, se autorizase a Margliani a ejecutarle. Incluso, aunque no se obtuviera el permiso pontificio para la ejecución, Zúñiga afirmó que sería «cosa muy justa y conveniente» acabar con la vida del fraile. Es decir, un «asesinato judicial» en toda regla.

Poco después el papa dio su aprobación al plan del virrey para eliminar a Cristóbal Pérez, pero advirtiendo que únicamente se mataría al fraile si persistía en renegar. Era fundamental que los turcos no se enteraran de la eliminación de fray Cristóbal en la casa de Margliani, ya que eso supondría poner en grave peligro la tarea del negociador español en la tregua con el sultán. Así, para solventar esta dificultad, la inteligencia hispana planeó secuestrar al fraile y llevarlo de vuelta a Italia, donde Margliani entregaría a fray Cristóbal a la Inquisición de Roma.

Finalmente, al verse frente a los inquisidores, el fraile se lo pensó mejor y mostró arrepentimiento, de modo que los servicios secretos españoles desistieron de ejecutarlo.

Cuando el enviado Margliani regresó a Nápoles desde Constantinopla tras pactar la tregua en la capital turca en 1581, se recibieron avisos de que Uluch Alí se disponía a ir a la Berbería, con una gran flota de galeras para incorporar el reino marroquí de Fez a la órbita turca.

Estos informes venían avalados por Pedro de Brea, como hemos visto, uno de los agentes más eficaces de la inteligencia hispana, que iba en la flota del almirante otomano, y pronto se extendieron por Orán y la costa sur de España. En las primeras semanas de 1581 también llegaron avisos de preparativos bélicos turco-berberiscos en Marruecos, y en agosto se confirmó que Uluch Alí estaba en Argel con unas setenta galeras, dispuesto incluso a intentar apoderarse de la flota de Indias en las inmediaciones del estrecho de Gibraltar.

Fue en este escenario, en junio de 1581, cuando Miguel de Cervantes —actuando como agente secreto— realizó un viaje a Mostaganem para «ciertas cosas del servicio de Su Majestad». Apenas había pasado un año desde que fuera rescatado tras cinco años de cautiverio en Argel y dice mucho en su favor que, tras los sufrimientos padecidos, no dudase en aceptar la misión secreta que se le encomendó para confirmar si Uluch Alí se disponía a atacar el Mediterráneo occidental desde Argel.

Cautiverio y liberación de Cervantes

Cuando fue apresado en 1575, Cervantes cayó en manos del capitán de bajeles Alí Mamí, que lo vendió a Hasán Bajá, bey de Argel y vasallo del sultán turco. Con él fue apresado también su hermano Rodrigo, hecho esclavo por Ramadán Bajá, lugarteniente de Uluch Alí. Durante el cautiverio, ambos hermanos pudieron verse con frecuencia hasta que Rodrigo fue rescatado —con gran sacrificio de la familia— antes que Miguel, por quien los berberiscos pedían una cantidad mucho más alta.

Por las cartas de recomendación de Juan de Austria y del duque de Sessa, virrey de Sicilia, que llevaba Cervantes en el momento de ser capturado, los berberiscos lo consideraron un valioso rehén. El testigo Hernando de Vega comentó que Hasán Bajá «le tuvo en mucha cuenta y reputación […], y así,

de ordinario, lo trajo aherrojado y cargado de hierros y con guardias, siendo vejado y molestado, todo a fin de que se rescatase y le diese buen rescate».

Tras varios intentos fracasados de fuga, Hasán Bajá decidió vender a Cervantes a Alí Mami, hasta que en mayo de 1580 los frailes trinitarios Juan Gil y Antón de la Bella arribaron a Argel para rescatar algunos cautivos, entre los cuales estaba el «manco de Lepanto».

Después de mucho regatear y negociar, fray Juan Gil logró liberarlo por quinientos escudos de oro, cuando ya Hasán Bajá estaba a punto de zarpar hacia Constantinopla por orden del sultán. Al poco de ser rescatado, mientras esperaba embarcar para España, Cervantes presentó al fraile Juan Gil un escrito con información de testigos que certificaba su buena conducta durante el cautiverio, con la esperanza de que le sirviera de aval para recibir de Felipe II la merced de algún empleo.

En busca de un empleo oficial

El 24 de octubre de 1580, Cervantes, junto con otros rescatados, pudo salir por fin de Argel y, tras desembarcar en Denia, se dirigió a Valencia y desde allí a Madrid. Cuando Cervantes llegó a la capital española —finales de diciembre de 1580—, Felipe II se encontraba con su séquito en Lisboa, tras ser aclamado rey en la capital portuguesa después de una rápida campaña militar dirigida por el duque de Alba contra las tropas del prior de Crato, bastardo de sangre real a quien apoyaba una parte de la población portuguesa.

En Madrid, Cervantes reanudó el trato con la gente de letras y sus amigos de versos más próximos, cómo Juan Rufo, Galván Montalvo, Pedro Laínez y el que fuera su maestro, López de Hoyos, que regentaba el Estudio de la Villa. A toda costa trató de conseguir un cargo oficial, y no dudó en recurrir a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, que en aquel momento manejaba los asuntos de espionaje en la corte portuguesa.

Por lo que sabemos, Cervantes debió de llegar a Portugal en abril de 1581, cuando se celebraban las Cortes de Tomar, ante las que el rey prestó juramento. El escritor se entrevistó allí con Mateo Vázquez, a quién relató sus penurias y mostró el deseo de obtener un empleo acorde con sus méritos y su experiencia de soldado veterano, ducho en las armas y conocedor de la realidad norteafricana por su largo cautiverio en Argel.

Por entonces, Felipe II se enfrentaba a dos problemas en el norte de África: el primero era que los alcaides y presidios portugueses africanos

todavía no le habían prestado fidelidad; el segundo tenía que ver con la movilización de la flota turca al mando del almirante corsario Uluch Alí, instalada en Argel, ya que, aunque en ese momento había una tregua entre turcos y españoles, nadie podía asegurar si Uluch Alí la respetaría. La duda sobre el estado de las cosas en la Berbería requería agentes secretos que recogieran la información precisa, y uno de ellos era Cervantes.

Atendiendo a los deseos del escritor, Mateo Vázquez le ofreció la difícil misión de regresar a Argelia. Cervantes no dudó en aceptar, entre otras razones porque no tenía mucho donde elegir: sus principales valedores en Italia habían sido Juan de Austria y el duque de Sessa, pero ambos ya habían muerto. Por tanto, a Cervantes no le quedó más opción que la de aceptar el reto de convertirse en agente secreto.

Cervantes y el gobernador de Orán

Dada la gravedad del momento, las instrucciones de Mateo Vázquez se cumplieron con rapidez. Por una real cédula librada por el tesorero general Juan Fernández de Espinosa, en mayo de 1581 Cervantes recibió cincuenta escudos como adelanto de los cien que conseguiría si cumplía su misión.

El 23 de mayo, el escritor-espía embarcó en Cádiz con destino a Orán, donde se entrevistó con el gobernador de la plaza, Martín de Córdoba, que tenía su propia red de agentes y puso al corriente de la situación al escritor, tras lo cual le dio un detallado informe para entregar con urgencia a Felipe II.

Martín de Córdoba era un verdadero experto en asuntos de la Berbería. Como Cervantes, había sufrido cautiverio cuando, siendo maestre de campo, peleó junto a su padre, el marqués de Alcaudete, en la defensa de las plazas de Orán y Mazalquivir en 1563. Antes, en 1558, en la derrota de Mostaganem, su padre pereció en la batalla y él quedó prisionero de los turcos, aunque pronto fue rescatado.

Al igual que Cervantes, Martín de Córdoba no se resignó al cautiverio en Argel y, de hecho, lideró una revuelta de prisioneros que estuvo a punto de tener éxito. Después lo encerraron en un castillo cercano a la capital argelina. Como castigo por el intento de rebelión, los turcos ejecutaron a varios cristianos, entre ellos al famoso corsario español Juan Cañete, muy temido de la piratería berberisca en la zona, que fue torturado cruelmente. Martín de Córdoba tuvo mejor suerte y en 1561 pudo ser rescatado a cambio de veintitrés mil escudos.

Cuando Cervantes se entrevistó con Martín en Orán, el gobernador era ya un gran conocedor de los asuntos secretos del Magreb. En su red de agentes estaba el fraile Martín de Fresneda, que fue enviado desde Orán a Argel, donde se entrevistó con el renegado argelino Agí Murad, al que las fuentes españolas denominaban Morato, un personaje político clave en la Berbería, que había desempeñado misiones de intermediario en Francia, España, Fez y la corte otomana, y que mantenía contacto con los servicios secretos de Felipe II.

Por lo que sabemos, Cervantes estuvo en Orán en los primeros días de la segunda quincena de junio en 1581 y Martín de Córdoba le informó ampliamente de la situación de los presidios portugueses norteafricanos y de las verdaderas intenciones de Uluch Alí. Por fortuna para las armas españolas, la entrada del almirante corsario en Argel no entrañó la ruptura de la tregua acordada con el sultán, y Uluch Alí recibió órdenes de regresar al Mediterráneo oriental con su flota de galeras.

Cervantes pasó —seguramente disfrazado— desde Orán a Mostaganem, donde el caíd de esta plaza debió de entregarle informes secretos sobre Argel y la zona próxima, que el escritor daría después a Martín de Córdoba y a la inteligencia del rey en España. Mostaganem era un enclave berberisco al este de Orán —conquistado en 1516 por Barbarroja— que en aquel momento tenía gran actividad comercial. Por su importancia estratégica, a los servicios secretos españoles les interesaba mucho saber lo que sucedía en la ciudad, por lo que el número de espías al servicio de la Corona española era considerable. La mayoría eran hebreos y «moros de paz», como se denominaba a los musulmanes que iban y venían de Orán para comerciar y llevar avisos.

Es lógico suponer que el informe de Mostaganem debió de tener mucha importancia en la misión de Cervantes. Algunos piensan que el caíd de la plaza era el renegado musulmán Felipe Hernández, que actuaba a sueldo de los españoles. En el memorial que envió al rey en 1590, el escritor menciona los contactos con el caíd de esa ciudad, aunque no precisa su contenido, lo que parece lógico tratándose de asuntos secretos.

A la espera de nuevas misiones

Tras cumplir su misión, Cervantes regresó a Orán y embarcó hacia Cartagena. A finales de julio de 1581, fue a Lisboa, donde permaneció un año y medio a la espera de nuevas empresas secretas. Por desgracia para él, no era

un buen momento para solicitar cargos en Lisboa, pues eran muchos los que entonces pedían empleos, rentas, encomiendas o mercedes a Felipe II, el nuevo soberano de esa nación.

Sea como fuere, Cervantes no vio cumplido su deseo de seguir actuando como agente secreto a las órdenes de Mateo Vázquez. Cansado de esperar, desengañado y desprovisto de recursos, decidió regresar a España. Por boca del personaje de su novela ejemplar *El licenciado Vidriera* dejó constancia de su fracaso en amarga frase: «Yo no soy bueno para Palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear».

A finales de otoño de 1582 llegó a Madrid, donde se dedicó de lleno a su actividad literaria. Dos años después, se casó en Esquivias (Toledo) con la joven huérfana Catalina de Salazar.

Podemos afirmar que el autor del *Quijote* siempre se consideró, sobre todo, un soldado y que se centró en su carrera literaria cuando se le cerraron las puertas de la milicia y del servicio secreto. Aun así, Cervantes nunca dejó de insistir y el 21 de mayo de 1590 solicitó al Consejo de Indias la merced de un oficio en América que estuviera vacante. La respuesta fue negativa y Cervantes tuvo que seguir escribiendo.

Los profesores Sola y de la Peña, estudiosos de los servicios secretos mediterráneos en la época de Felipe II, conjeturan que Cervantes pudo ser ya agente secreto en el momento de su captura y que, cuando los turcos lo descubrieron, le consideraron útil para negociar con la inteligencia hispana. El historiador francés Jean Canavaggio no descarta esta posibilidad y sugiere que una hija de Murat Agá, de nombre Zahara, pudo ser amante del soldado-escritor, que aprovechó esa circunstancia para seguir actuando como espía.

Una tesis diferente es la que sostiene el historiador Carroll B. Johnson, de la Universidad de California, en su ensayo *The Algerian Economy and Cervantes’First Work of Narrative Fiction*, donde afirma que Cervantes estuvo implicado en el negocio de evadir cautivos de Argel, por lo que todos los intentos de fuga que llevó a cabo estaban relacionados con su actividad de rescatador de cristianos, circunstancia que le hubiera hecho partícipe de un negocio lucrativo que compartía con sus amos argelinos. De ser esto cierto, no se explica por qué anduvo siempre tan escaso de dinero, hasta el extremo de que casi la mitad de su rescate (doscientos veinte escudos) tuvo que ser aportada por los frailes tras arduas gestiones, y tampoco se explica por qué no cejó nunca en sus intentos de escaparse hasta que logró ser rescatado, aun sabiendo las penurias económicas por las que su familia tuvo que pasar para salvarle.

Lo cierto es que Cervantes inició su periodo de cautiverio en 1575, año en el que empezaron a cuajar los contactos iniciados en secreto entre la casa de Austria y el Imperio otomano después de Lepanto. En esta batalla participó de forma destacada Uluch Alí, que consiguió regresar a Constantinopla y en muy poco tiempo reconstruyó la flota turca: tan solo un año después disponía de doscientas treinta galeras, lo que volvió resucitar los temores en las costas de Europa. De hecho, el almirante turco asestó un nuevo golpe al apoderarse de Túnez en 1574 y expulsar a los españoles de la fortaleza de La Goleta, un año después de que Juan de Austria ocupase la ciudad, cuyo gobernador, Gabriel Serbelloni, fue hecho prisionero junto a miles de españoles.

En 1581, cuando Cervantes emprendió su misión secreta en Orán y Mostaganem, las galeras de Uluch Alí habían retornado al norte de África, pero la diplomacia española había conseguido que el sultán firmara la tregua, lo que obligó al almirante a detener la expedición de castigo que había emprendido.

De acuerdo con el historiador francés Ferdinand Braudel, con la tregua hispano-turca negociada por Margliani culminaba una larga serie de gestiones encauzadas por el servicio secreto español después de Lepanto. Antes de 1581, los corsarios de la Berbería seguían asolando las costas españolas, como indica una carta a Felipe II del virrey de Sicilia, Marco Antonio Colonna, en junio de 1578:

> Los moros corsarios de Argel son otra vez, de pocos años acá, tan poderosos que casi tienen sitiadas las islas de Vuestra Majestad, Sicilia, Cerdeña, Mallorca, Menorca, Ibiza y casi todas las tierras marítimas, que ya apenas osan salir, y si sale el navío luego lo tienen.

Como ya vimos, en la Berbería, la red formada por los hermanos Corso, con coberturas comerciales repartidas por el Mediterráneo, tuvo una importancia fundamental. Dos de ellos, Andrea y Francesco, mantenían vinculación amistosa con Hasán Bajá desde los tiempos en que Uluch Alí regentaba Argel, y ambos se entendían también con el secretario Mateo Vázquez, «protector» de Cervantes, que manejaba los servicios secretos en la corte española. A través de los hermanos Corso también se intentó que Hasán Bajá se pasara al bando hispano, pero no se logró, y es posible pensar que en todo este embrollo Cervantes, durante su cautiverio en Argel, pudiera haber trabajado secretamente, junto con los Corso y Mateo Vázquez, en la captación de Hasán Bajá. Esto explicaría por qué Hasán Bajá, el amo de Cervantes en Argel, le respetó la vida a pesar de sus cinco intentos de fuga. Si le mataba habría roto los puentes con el servicio secreto español y anulado la

posibilidad de cambiar de bando si las cosas iban mal con el sultán en Constantinopla.

El éxito negociador español de Giovanni Margliani para prolongar la tregua hispano-otomana supuso una derrota personal para Uluch Alí, que vio frenado su deseo de reemprender sus acciones bélicas en la Berbería y en la costa española. En realidad, fue una decisión de la corte otomana lo que paró los pies al corsario, puesto que para el sultán era necesario que el acuerdo de paz se respetara y se extendiera. A Uluch Alí no le quedó más remedio que resignarse y obedecer las órdenes de la Sublime Puerta.

6
El laberinto de Italia

El control de los correos genoveses

El control del correo, para proteger la correspondencia propia e interceptar la enemiga, fue una guerra de espionaje oscura en la que intervinieron todos los servicios secretos de la Edad Moderna.

La transmisión postal de la información se convirtió en un recurso fundamental de la inteligencia hispana en su pugna por el poder en los siglos XVI y XVII. La rapidez y seguridad de los correos resultaban esenciales para desentrañar o interceptar las comunicaciones del enemigo y poder asegurar los envíos propios.

En el caso español, la guerra de espías que la Monarquía Hispánica libró en los siglos XVI y XVII con el fin de mantener su predominio en Italia tuvo uno de sus principales escenarios en Génova, con el objetivo de controlar los servicios del correo en esa república. La importancia del enclave genovés en el contexto estratégico italiano obligó a España a emplearse a fondo en una soterrada guerra clandestina, bien fuera para transmitir información secreta o para interceptar y descifrar la correspondencia enemiga.

Génova era vital para los intereses hispanos en Europa por tres razones principales: la financiera, por los préstamos de sus banqueros; por el mantenimiento de las comunicaciones a través del «Camino Español», que permitía el paso de los tercios a Flandes, y por la utilización de la fuerza naval genovesa, dominada por la familia Doria, para la defensa del Mediterráneo frente a los turcos.

Como señala el historiador Javier Marcos Rivas, el aprovechamiento del correo en la Edad Moderna se convirtió en un auténtico campo de batalla solapado, en especial en la fase de distribución del material secreto que debía llegar a su destino, sobre todo durante el reinado de Felipe II. El conflicto para controlar el correo en Génova se extendió desde el reinado del emperador Carlos V hasta el de Felipe IV, y nunca se solucionó definitivamente durante un siglo y medio, condicionado por los avatares bélicos del momento.

Aunque existían antecedentes en la Corona de Aragón y con Felipe I en Castilla, el principal mantenedor del negocio postal se debió a Carlos V, cuando en 1516 nombró a Francisco de Tassis (o Taxis) correo mayor general y le otorgó el privilegio de organizar el sistema de correspondencia en todo el ámbito del Imperio Habsburgo. Esto permitió a la Monarquía Hispánica contar con uno de los servicios postales más extendidos y eficaces de Europa, que se mantuvo con pocas modificaciones hasta el siglo XVIII, con miles de empleados, caballos y carruajes.

Con anterioridad, en 1505, Felipe I el Hermoso nombró correo mayor de Castilla al mencionado Tassis, empresario de origen lombardo, para organizar el transporte de la correspondencia entre España, los Países Bajos, Italia y Austria. La empresa que manejaban los Tassis estaba basada en los correos a caballo y los correos mayores. Los primeros estaban encargados de llevar las cartas mediante un sistema de relevos, y los segundos recogían y distribuían el correo en las postas.

Los Tassis, originarios de Bérgamo, terminarían dando su nombre a los coches de alquiler en todo el mundo y se hicieron cargo del correo en régimen de monopolio, a cambio de una cantidad de dinero que pagaban anualmente. Ellos se encargaban del servicio y mantenimiento de las rutas postales que cruzaban Europa, mediante un sistema de etapas o postas con correos que realizaban el transporte y la entrega de las cartas para su distribución al correo mayor de la ciudad de destino, previa certificación de la entrega.

Cuando murió Francisco de Tassis en 1517, le sucedió al frente del negocio postal su sobrino Juan Bautista (junto a sus hermanos Mateo y Simón), que obtuvo de Carlos V el cargo de correo mayor y maestro general de postas. Los tres hermanos fueron naturalizados españoles, y durante todo el siglo XVI y el XVII, hasta la llegada al poder de los Borbones, los descendientes de la familia Tassis ejercieron en la práctica el monopolio de los servicios postales del Imperio hispano, un privilegio ambicionado por el resto de las potencias europeas.

El funcionamiento del servicio postal hizo necesario mantener una red europea de rutas amparada en una normativa y dotada de infraestructura estatal, con correos mayores a cargo de los diferentes territorios de la Corona hispana, que administraban a los maestros de postas y correos ordinarios. Uno de los ejemplos más notables de esta actividad fueron las ordenanzas que otorgó el duque de Alcalá, virrey de Nápoles, en 1559, para el oficio de correo mayor del reino napolitano. La normativa fue enviada a Felipe II por Juan Zapata, correo mayor vinculado a la familia Tassis, para que fuese revisada en la corte. En ella se estipulaba con nitidez que «la importancia de vuestro oficio consiste principalmente en fidelidad y diligencia», recalcando «cuánto deservicio causaría a Su Majestad y a los dichos particulares la tardanza y mal recaudo que tuviesen los dichos despachos».

El correo mayor de cada ciudad era, por tanto, el encargado de reunir y repartir la correspondencia, lo que le otorgaba una importancia fundamental para repartir o apoderarse de la información, muchas veces secreta, que llegaba y salía de Génova. La lucha de los diferentes servicios secretos para el control del correo resultó, pues, obligada, y se tradujo en frecuentes asaltos, atracos y robos a mensajeros, incluyendo el desciframiento de las cartas y anomalías en el funcionamiento de los correos, lo que provocaba incidentes diplomáticos de todo tipo, incluso el asesinato.

En tiempos de Felipe II, los caminos que atravesaban el sur de Francia eran especialmente peligrosos, hasta el punto de que, como señalaba un embajador español, no pasaba correo que no fuera desvalijado. Interceptar el correo era algo habitual que llevaban a cabo la mayoría de los Estados europeos. Intentaban disimular estas acciones como si fueran obra de criminales comunes, aunque en realidad eran sicarios a sueldo de personajes importantes o servicios secretos en pugna. Entre los incidentes más graves, Marcos Rivas cita el caso de Pedro Marrón, secretario del embajador Pedro de Mendoza en Génova, que fue asesinado cuando iba camino de Niza y despojado de sus papeles, sin que ni siquiera se molestaran en quitarle el dinero para disimular el robo.

La frecuencia de estos sucesos, con grave perjuicio para el servicio secreto hispano, obligó a Felipe II a dictar una serie de medidas dirigidas a virreyes, gobernadores y embajadores. La búsqueda de soluciones al problema se concretó en diversas disposiciones, como las «Ordenanzas para el ejercicio de Correo Mayor de Nápoles», de 1559, promulgadas por el virrey duque de Alcalá, o la «Orden para la cual se impone la exclusividad del

servicio de correos de Milán en manos del Correo Mayor», del gobernador general Sancho de Guevara en 1582.

Las recomendaciones incluían la busca de rutas alternativas en los territorios de mayor peligro, el transporte de la correspondencia en galeras y el envío de correos secretos por duplicado o triplicado, utilizando caminos diferentes o a nombre de personas que servían de tapadera. Así, el secretario de Estado y jefe de espías Juan de Idiáquez avisaba al embajador Bernardino de Mendoza en París y a Alejandro Farnesio en Flandes: «No vengan sus cartas como suelen, sino sobrescritas y cerradas como si se enviasen a particulares, por si de esta manera se libran mejor».

Los conflictos diplomáticos a cuenta de los correos eran constantes y adquirieron importancia capital para el servicio de inteligencia hispano en Italia. En el caso de Génova, la inestabilidad política en las últimas décadas del siglo XVI produjo un continuo enfrentamiento civil entre la facción de los Doria, favorable a España, y la clase nobiliaria profrancesa, que obligó a los servicios secretos españoles a emplearse a fondo para asegurar el nombramiento del correo mayor y contrarrestar las acciones soterradas del espionaje francés.

El Senado genovés consiguió arrebatar el cargo de correo mayor de Felipe II a Nicolò Fabiano, favorable a los intereses de España, que fue desterrado, siendo sustituido por Marco Antonio Sauli, un hombre manejado y pagado por el servicio secreto francés. La situación se complicó aún más porque el cargo de correo mayor de Felipe II no lo ejercía su titular, sino un arrendatario, que estaba al servicio de la oligarquía genovesa (de tendencia profrancesa) y que controlaba así la información secreta recibida desde distintas partes de Italia, epicentro del espionaje europeo.

Alarmado por la situación, el embajador en Génova, Pedro de Mendoza, escribió en 1581 al secretario Juan de Idiáquez, tras lo cual la inteligencia hispana decidió actuar. Mendoza ordenó que la correspondencia llegada a Génova se distribuyera desde la embajada y no desde la casa del correo mayor, como era lo habitual. El rey, a través de Idiáquez, presionó al bando proespañol para actuar por vía rápida en la resolución del conflicto.

El resultado de estas negociaciones, en las que intervinieron Nicolò Spínola, Juan Bautista Lezcano y Juan Andrea Doria, se demoró más de lo esperado. Nicolò Fabiano volvió del destierro y fue restituido en su cargo, con lo que los intereses de España se salvaron de momento en la estratégica república.

La calma, sin embargo, se rompió cuando en 1582, tras el regreso de Fabiano de su destierro en Milán, recibió amenazas de algunos asesores del Dux y del espionaje francés, que pusieron trabas al desempeño de sus tareas de correo mayor. Muchos senadores genoveses exigieron que las cartas de España llegadas a Génova no fueran repartidas por Fabiano, que ejercía en la práctica de correo mayor del rey, sino por un correo mayor genovés. El embajador Mendoza se negó, pero la tensión en la república aumentó y las disputas se multiplicaron. Tras arduas negociaciones, Mendoza propuso que los correos mayores español y genovés trabajaran en el mismo edificio, a lo que se negaron los senadores proclives a los intereses de Francia.

Las trifulcas y los enredos continuaron hasta 1583, cuando, gracias al trabajo de los servicios secretos españoles, incluyendo el soborno de algunos senadores genoveses, se acordó admitir a Fabiano y despedir al correo mayor de Génova, un agente francés de nombre Francesco de Franchesqui, que fue sustituido por una persona favorable a España, capaz de entenderse con el correo mayor genovés.

El enfrentamiento se reprodujo en 1591, con gran disgusto de Felipe II, que creía zanjado el asunto, pero el espionaje francés tenía mucho interés en seguir removiendo el conflicto a la muerte de Nicolò Fabiano. La autoridad genovesa aprovechó el momento para imponer su candidato y proliferaron los enfrentamientos entre las inteligencias española y francesa, hasta que la calma se restableció al ser elegido Juan Agustín Justiniano nuevo *dux*, favorable al bando de España.

Más de treinta años después, en 1624, reinando ya Felipe IV, el problema resurgió por las presiones contra el correo mayor español Claudio Spínola, justo cuando el gobierno genovés estaba dominado por el espionaje francés. El propio correo mayor de Génova, Vicenzo de Marin, era pariente del embajador francés en Saboya y espiaba a sueldo de Francia y del papa, lo que le permitía mantenerse permanentemente informado de los movimientos políticos y militares españoles en Génova y en el norte de Italia.

A pesar de los esfuerzos del embajador español en Génova, marqués de Castañeda, la correspondencia terminó en manos del correo mayor genovés, que controlaba a su antojo el contenido de los correos. La situación no era nueva. Había sucedido ya en otras ocasiones, sobre todo a mediados del siglo XVI, cuando el correo español quedó supeditado al correo mayor de Génova. Un cargo que obtuvo por arrendamiento durante un periodo de cinco años y dejó la puerta abierta a los servicios de espionaje franceses y a la venta de información al mejor postor.

Sin embargo, a partir de 1625, ya con Felipe IV, la influencia diplomática española estaba muy debilitada en Génova. El sombrío panorama se prolongó en los años siguientes y el arrendamiento del puesto de correo mayor quedó en manos de los agentes franceses. La situación empeoró hasta el punto de que los correos españoles se dejaban desvalijar sin protesta o con cualquier burdo engaño, aseguraba el embajador Castañeda.

Durante el reinado de Felipe II también surgió el llamado «correo ordinario», que podía ser utilizado por cualquier persona de forma regular. La razón fundamental de su creación fue establecer, al menor coste, una red de comunicación capaz de suministrar a la Monarquía Hispánica, de forma constante, la información obtenida por virreyes, gobernadores, diplomáticos y agentes secretos. El mantenimiento de este flujo regular de información reducía los gastos de correo de las embajadas. Así, en 1571, el embajador español en Venecia, en un escrito dirigido a Felipe II, pedía que debido al gran volumen de correspondencia de esa embajada se evitasen los correos extraordinarios, por su alto coste, y se recurriera a correos ordinarios:

> … supliendo con el cuidado de saber las postas y correos mensajeros y otros caminantes que van de ordinario a todas partes para escribir con ellos, de manera que no se gaste sino cuando el negocio lo pida.

El mantenimiento del servicio de correos ordinario exigió disponer de una extensa red europea de rutas postales. En el siglo XVI, existían en Europa sesenta y cinco rutas postales y comerciales, y las seis principales eran las siguientes:

- La primera entre Madrid y Roma, con ciento siete postas, que pasaba por Zaragoza, Barcelona, Perpiñán, Montpelier, Nimes, Aviñón, Mondovi, Génova, Pisa, Florencia, Siena y Viterbo, con una extensión a Nápoles.
- La segunda unía Nápoles y Roma con Flandes hasta Amberes, con noventa y ocho postas, entre Bolonia, Mantua, Trento, Bolzano, Innsbruck, Augsburgo, Cannstatt, Bruchsal, Wollstein, Lieser, Namur, Bruselas y Malinas.
- La tercera entre Roma y París, coincidía en gran parte con el «Camino Español», con ciento ocho postas, y unía Bolonia, Módena, Reggio, Parma, Alejandría, Asti, Turín, Mont Cenis, Chambéry, Lyon, Nevers y Melun.
- La cuarta, y más peligrosa, pasaba entre Flandes y Madrid, con ciento siete postas. Se iniciaba en Malinas y avanzaba por Bruselas,

Valenciennes, Cambray, Pèronne, París, Orleans, Blois, Burdeos, Bayona, San Juan de luz, Irún, Vitoria, Burgos, Valladolid y Medina del Campo.

- La quinta ruta enlazaba Santiago de Compostela con el santuario de Loreto, en Italia, y tenía ciento noventa y tres postas.
- La sexta vinculaba Roma a Praga, a través de ochenta y cinco postas, con las ciudades de Innsbruck, Augsburgo y Ratisbona, y un ramal hasta Viena.

Pedro de Toledo, virrey de Nápoles

Figura importantísima en el entramado del espionaje hispano en el sur de Italia y el centro del Mediterráneo, Pedro Álvarez de Toledo, marqués de Villafranca del Bierzo, virrey de Nápoles y consejero en todos los asuntos de la guerra contra el Turco, fue uno de los ejes alrededor de los cuales giraba la mayor parte de los negocios secretos en Italia de la primera mitad del siglo XVI.

Pedro de Toledo nació en Alba de Tormes (Salamanca) en 1480 y fue hijo del II Duque de Alba, Fadrique Álvarez de Toledo, y de Isabel de Zúñiga. Al igual que su padre, combatió a los nobles que se oponían al rey Fernando el Católico, cuando este se vio arrinconado y prácticamente expulsado de Castilla con la llegada a España de Felipe el Hermoso y la reina doña Juana, aunque en 1512 volvió a combatir en la conquista de Navarra, culminada con éxito.

Desde la llegada a España de Carlos V, Pedro de Toledo se mantuvo en la corte y, tras conocerse la elección imperial en Alemania, se trasladó a Flandes con su padre y, desde allí, siguió al séquito del emperador hasta que este regresó a España en 1522. Tras combatir en Rodas a los turcos, participó en 1523 en el sitio de Fuenterrabía, ocupada entonces por los franceses, y en 1529 acompañó al emperador a Italia.

Gracias a la amistad con el secretario imperial Francisco de los Cobos —casado con una prima de Pedro de Toledo— y con el consejero Nicolás Perrenot de Granvela, en 1532 Carlos V decidió nombrarle virrey de Nápoles, cargo que ocupó durante más de veinte años, el más largo en el reino de Nápoles.

Como señala Carlos José Hernando Sánchez en la versión digital de la Real Academia de la Historia, el prestigio y los recursos patrimoniales del linaje de los Toledo, fraguados por los servicios en la corte de los duques de Alba y los marqueses de Villafranca, se reforzaron con la estrategia matrimonial que selló una estrecha alianza con los Médicis en 1539, por el casamiento de una hija del virrey, Leonor de Toledo, con el duque soberano de Toscana, Cosme I de Médicis.

Reforzados los poderes virreinales por la necesidad de hacer frente a la amenaza del Imperio otomano, Álvarez de Toledo reformó eficazmente la administración y el gobierno de todo el reino napolitano. Con el respaldo de Carlos V sometió a la levantisca nobleza napolitana, siempre presta a rebelarse, consolidando así el poder imperial. Y a pesar de las tensiones, el reino (en italiano, *Reame*) se convirtió en el principal sostén militar de España en Italia gracias a un ambicioso programa defensivo de fortificaciones costeras, dirigido por arquitectos militares, como el valenciano Pedro Luis de Escrivá y el barón Gian Giacomo dell'Acaya.

Esta actuación provocó graves tumultos en la capital entre 1532 y 1536, sobre todo por la imposición de nuevos tributos para las mejoras urbanas, y el virrey tuvo que bregar con una creciente oposición aristocrática encabezada por Alfonso de Ávalos, marqués del Vasto; Ferrante San Severino, príncipe de Salerno, y Andrea Doria, príncipe de Melfi.

El historiador Carlos José Hernando Sánchez señala lo siguiente:

> El inicio de las nuevas murallas interiores en 1543 supondrá también el de la más ambiciosa reforma urbana acometida en Europa durante todo el siglo, tomando como eje la nueva vía Toledo con la zona adyacente de los Quartieri Spagnoli, cuyo trazado ortogonal debía alojar a las tropas españolas, todo ello mientras se sucedían las fundaciones asistenciales ligadas a instituciones religiosas.

La intensa actividad reformadora del virrey abarcó las principales instituciones políticas y sociales del *Reame*: emprendió la construcción de grandes obras públicas civiles y defensivas, y reforzó su prestigio a la hora de contener los ataques turcos en Apulia y Calabria.

Álvarez de Toledo convirtió a Nápoles en bastión principal y centro neurálgico del Imperio hispano. Según Miguel Salvá, religioso y académico:

> [Pedro de Toledo] tenía todas las cualidades que necesita un gran príncipe para restaurar un poderoso estado, en el que las guerras y las desgracias han relajado todos los vínculos sociales. Voluntad fuerte y enérgica, amor a la justicia, actividad incansable para el trabajo, severidad de costumbres, corazón magnánimo, inclinación a todo lo que es ilustre y grande.

Pese a sus indudables virtudes, desde 1547 la oposición política arreció, pues muchos entendieron que se pretendía imponer el Santo Oficio «al modo de España», lo que provocó una revuelta que llevó a Pedro de Toledo a reprimir duramente la insurrección en la capital con más de tres mil soldados españoles acuartelados en la ciudadela del Castel Nuovo. Ante la crítica situación, Carlos V tuvo que intervenir y llegó a un cierto entendimiento con los rebeldes, que se comprometieron a entregar las armas y a pagar una indemnización de cien mil ducados. A cambio, se les aseguró que la Inquisición no entraría en Nápoles y se concedió un indulto general del que quedaban excluidos los dirigentes más destacados.

La tensión política perduró, agravada por los avisos de un gran ataque turco y la defección del cabecilla de la oposición aristocrática al virrey, el príncipe Ferrante San Severino de Salerno, que cambió de bando y se pasó al lado francés.

A finales de 1552, Pedro de Toledo recibió la orden de Carlos V de marchar a someter la República de Siena, que había expulsado a la guarnición española en ese territorio clave del centro de Italia. Una vez conseguido el permiso para que las tropas españolas pasaran por los Estados del papa Julio III, el virrey embarcó en Nápoles a principios de enero de 1553 con mil quinientos soldados españoles, dejando a su hijo Luis como lugarteniente en el *Reame*.

Además de viajar con su mujer Vinceza Spinelli, le acompañó un gran cortejo de pajes, criados y secretarios. Pero la empresa tuvo lugar en un mal momento, ya que las relaciones del emperador con Florencia, la capital toscana, estaban ya muy deterioradas. Carlos V afrontaba una difícil coyuntura económica y necesitaba el envío urgente de dinero desde Nápoles y Sicilia. Pero, en julio de 1552, el banco de Ravaschieri había quebrado y el virrey recaudaba fondos de manera casi desesperada, por lo que las rebeliones contra los recaudadores estaban a la orden del día.

El duque Cosme de Médici había recibido con todos los honores en 1553 al cardenal de Ferrara, representante del rey de Francia, lo que fue interpretado como una ofensa por la duquesa Leonor, hija del virrey, y el círculo de españoles que la rodeaban. El gobernante florentino decidió reforzar la guarnición de Pisa, donde desembarcó el virrey. Los recelos mutuos emponzoñaron la relación entre ambos hasta el extremo de que llegó a rumorearse que fue el duque Cosme quien asesinó a Pedro de Toledo el 22 de febrero de 1553. La verdad es que el virrey de Nápoles estaba enfermo de asma cuando las tropas españolas acudieron a Florencia a resolver la

situación, y permaneció en el palacio ducal de esa ciudad, junto a su hija Leonor, hasta el día de su muerte.

Pedro Álvarez de Toledo fue enterrado en Florencia y su artístico sepulcro permaneció vacío en la iglesia de Santiago de los Españoles de Nápoles. Sus restos nunca fueron trasladados a la Colegiata de Villafranca del Bierzo, donde el virrey deseaba ser enterrado, y finalmente recibió sepultura en la catedral florentina de Santa María del Fiore.

La problemática Venecia

Ya en el reinado de Felipe III, y durante el virreinato del duque de Osuna en Nápoles, una de las cuestiones clave, vinculada a la lucha contra los turco-berberiscos, fueron los asuntos de Venecia, la república enfrentada al poder de los Habsburgo en el Mediterráneo oriental.

En abril de 1617 se produjo un grave suceso, indicativo del creciente descontento de una parte de la nobleza napolitana con el virrey, cuando apareció asesinado en su celda de Castelnuovo un tal Muzio de Ángelis, un noble que había sido detenido por orden del duque unos días antes dentro de una iglesia en la que se había refugiado. Por los documentos que se le encontraron, la víctima pretendía ir a España para denunciar la política del virrey, en un momento en que las tensiones entre este y la facción aristocrática estaban en su punto culminante. Desde 1617, la situación se degradó rápidamente, sobre todo porque no había dinero suficiente llevar a cabo la política militar de Osuna y mantener a la tropa de doce mil soldados reclutados en Nápoles que serían enviados a Milán o a Alemania.

Fue en este contexto cuando un poderoso grupo nobiliario contrario a Osuna envió al fraile capuchino Lorenzo de Brindisi a Madrid para quejarse ante Felipe III. El fraile ya había desempeñado con éxito misiones difíciles en Alemania y Centroeuropa. Era «definidor general» de su orden y mantenía buenas relaciones con el papa y con algunos cardenales influyentes. Incluso participó en una importante batalla contra los turcos en Hungría, en 1601, de la que milagrosamente salió ileso. En 1617 hizo de intermediario en Milán entre don Pedro de Toledo Osorio, duque de Fernandina, y el duque de Saboya, para acordar un tratado en Madrid.

Sin embargo, Osuna consideraba que fray Lorenzo en realidad era un espía de Venecia. Disfrazado, el fraile salió de Nápoles el 3 de octubre de 1618, pero tuvo que detenerse en Génova porque Osuna intentó impedir el viaje. Fray Lorenzo entonces informó a Felipe III, que envió al duque una severa carta de reprimenda en la que ordenaba que permitiera al fraile seguir su viaje hasta España.

Mientras estuvo en Génova, fray Lorenzo se reunió con Giovanni di Sangro, cuando este se dirigía a España también para denunciar a Osuna y defender a su padre Fabrizio, duque de Vietri, que tenía ochenta y nueve años y estaba encarcelado en Nápoles. Osuna le acusaba de ser, pese a su avanzada edad, uno de los instigadores del tumulto, que había estado a punto de hacer correr la sangre en la ciudad, cuando se corrió la voz de que implantaría la Inquisición española. El duque Osuna informó a Madrid de que sus espías le habían prevenido sobre los contactos entre el duque de Vietri y los venecianos, pero Felipe III ordenó liberar al duque italiano y le permitió refugiarse en un convento.

Fray Lorenzo y Giovanni di Sangro llegaron juntos a Lisboa a mediados de mayo de 1619. Las denuncias al duque de Osuna que presentaron al rey eran graves y numerosas: corrupción, impiedad, tiranía, arbitrariedad en la administración de la justicia, escándalos públicos y malversación.

Sabemos que el escritor Francisco de Quevedo, que era agente de Osuna, también fue recibido por Felipe III y entregó al monarca, de parte del duque, un memorial que rebatía todas esas acusaciones.

Francisco de Quevedo y la «conjuración de Venecia»

Francisco de Quevedo y el duque de Osuna se reunieron en Nápoles en septiembre de 1616, cuando la política de la monarquía en Italia giraba en torno a la guerra contra el duque de Saboya, iniciada en 1614, interrumpida con la paz de Asti en 1615 y reanudada a mediados de 1616. La llegada del escritor a Nápoles coincidió con el gran triunfo de las naves corsarias de Osuna y con las primeras victorias en la guerra contra el ducado de Saboya.

En cuanto a Venecia, las relaciones de la monarquía española con la Serenísima casi nunca habían sido cordiales, ni siquiera en los tiempos de la alianza contra los turcos en Lepanto. Así, desde finales del siglo XVI, en Venecia se había reforzado el partido llamado de los «jóvenes», que buscaba la protección de Francia para disminuir el poder hispano en el norte de Italia. La política española respecto a Venecia a comienzos del reinado de Felipe III tenía como objetivo evitar que esa república se asociara con Francia, pues la alianza podría acabar con la supremacía española en el norte de Italia.

En 1605 fue elegido *dux* el veneciano Leonardo Donato, que había sido embajador en Madrid en la época de la batalla de Lepanto y cabeza del partido proespañol en Venecia. Por una disputa de competencia jurisdiccional, el conflicto entre Venecia y el Papado se fue enconando y el nuevo pontífice, Paulo V, excomulgó al *dux* y al Senado venecianos en abril de 1606. Venecia respondió decretando la expulsión de la Compañía de Jesús y de otras órdenes religiosas próximas al Vaticano.

Así estaban las cosas cuando Venecia temió que, por la influencia del papa, los españoles iniciaran una guerra contra la Serenísima desde Milán, por lo que buscaron el apoyo francés. En realidad, los venecianos atribuían a los españoles unas intenciones agresivas que estos no tenían, y en ningún momento el gobierno español deseó una guerra para imponer la autoridad papal sobre Venecia. La verdad era que el Consejo de Estado en Madrid no quería embarcarse en aventuras bélicas.

El conflicto entre Venecia y el Papado pudo superarse pacíficamente en 1607, pero las relaciones con España no mejoraron, en parte porque Venecia era el único Estado italiano realmente independiente y algunos dirigentes venecianos se inclinaban hacia el bando calvinista. El inspirador secreto de esta aproximación al protestantismo fue el fraile Paolo Sarpi, importante ideólogo y escritor político veneciano de la época y enemigo tenaz del poder español en Italia, partidario de que Venecia apoyase a cualquier poder europeo contra España. Las relaciones hispano-venecianas, aunque ajustadas formalmente, no podían ocultar que Venecia era un enemigo peligroso para los intereses españoles en Italia, ya que era un aliado potencial de Francia y ayudaba a Saboya.

La pretensión veneciana de dominar el mar Adriático resultaba intolerable para el virrey Osuna, razón suficiente para declarar la guerra. Venecia exigía tributos por cualquier tráfico comercial de barcos no venecianos en el Adriático y consideraba inaceptable la entrada de naves sicilianas, napolitanas o corsarias en esta zona marítima.

Todas estas circunstancias fueron creando un ambiente de hostilidad que en Madrid causaba gran preocupación. Tanto Osuna como Alonso de la Cueva Benavides, marqués de Bedmar y embajador español en Venecia, conocían bien la situación y eran defensores de mantener la hegemonía hispana en Italia, muy amenazada por franceses y venecianos en el Milanesado, y abiertamente contrarios a la política «pactista» de Felipe III y su valido el duque de Lerma. Esta actitud, además, era compartida por Pedro Téllez-Girón, duque de Osuna, y por Pedro Álvarez de Toledo Osorio, marqués de Villafranca y gobernador de Milán.

En septiembre de 1617, tras la conquista de la fortaleza saboyana de Vercelli, un éxito militar que permitió a Pedro de Toledo cerrar honorablemente la guerra en Lombardía, el escritor Francisco de Quevedo, que actuaba en calidad de agente secreto y hombre de confianza del duque Osuna, dirigió un informe muy preciso a Felipe III sobre la actuación política y militar que el virrey estaba llevando a cabo en Italia. En su alegato Quevedo defendía la entrada en el Adriático de las naves de Osuna, arriesgando incluso la guerra con Venecia. El duque ya había escrito al rey unos meses antes informándole de los preparativos que estaba realizando para enfrentarse a los venecianos y del envío de una flota corsaria de galeras al golfo de Venecia. Por razones políticas, en abril de 1617, Felipe III ordenó al virrey que no entrasen más navíos españoles en el Adriático, pero Osuna no obedeció.

Lista para la guerra, Venecia entendió que España preparaba un ataque y que la Armada de Osuna podía bloquear y atacar la ciudad en cualquier momento. «En Venecia se recelaba saco», escribió Quevedo. En este presentido ataque debía jugar un importante papel el marqués de Bedmar, que, junto con Osuna, apoyaba los planes contra la Serenísima. Dotado de una vasta cultura y muy ducho en el manejo de las inteligencias, el marqués de Bedmar estaba informado de las deliberaciones más secretas del Senado y del Consejo de los Diez, el verdadero poder en Venecia, e incluso se suponía que el embajador español tenía un confidente importante en el gobierno supremo de esa república, lo que seguramente era cierto.

Como consecuencia de las negociaciones de paz, Felipe III ordenó que los barcos de Nápoles dejaran de navegar en el Adriático y que las galeras de Osuna fuesen enviadas a la costa toscana y a Génova para apoyar el esfuerzo de guerra en Lombardía. Entre agosto y noviembre de 1617 la confusión sobre las órdenes que llegaban de Madrid era total y reflejaban las vacilaciones en la negociación del gobierno español con Venecia y Saboya.

Por esas fechas, el embajador español en Turín, Juan Vivas, estuvo a punto de ser asesinado. Y no fue el único atentado: en noviembre de 1617, la comitiva de Íñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate y embajador en Viena, fue asaltada camino de Génova por sicarios del duque de Saboya, que mataron a uno de los acompañantes de Oñate. Aun así, las negociaciones de paz, en las que participaban España, Francia, Mantua, Venecia y el Imperio Habsburgo, avanzaban El acuerdo se negoció en Madrid en junio de 1617 y se firmó en París tres meses después. La paz entre España y Saboya puso final a la cuestión de los corsarios uscuoques que amenazaban la costa veneciana, y la Serenísima se comprometió a devolver al emperador una serie de plazas ocupadas anteriormente. El duque de Lerma, principal negociador del gobierno español, se comprometió también a cesar toda hostilidad por mar y tierra contra Venecia. Osuna manifestó su oposición a este tratado de paz y ordenó que su flota siguiera hostilizando a los venecianos. En realidad, tanto el gobernador de Milán como Bedmar consideraron el tratado una nueva humillación para España.

El 20 de noviembre de 1617, Osuna alcanzó su victoria militar más señalada frente a Venecia, cuando la flota corsaria del duque se enfrentó, cerca de Ragusa, a una escuadra veneciana que terminó retirándose. Un mes después, Osuna reforzó su flota corsaria, contratando barcos y tripulaciones en Holanda e Inglaterra, y en los primeros meses de 1618, el espionaje español en Italia entró en ebullición.

Los agentes secretos se movían por todas partes: Bedmar tenía espías en Venecia; Saboya, en Milán y en Nápoles, y Pedro de Toledo, en Saboya. Venecia tenía espías en Nápoles, incluso en el entorno cercano del virrey, entre los criados y empleados del Palacio Real y entre la alta nobleza napolitana, así como en Madrid. Asimismo, el embajador Gondomar poseía en Londres una amplia red de agentes, incluidos algunos cercanos al príncipe de Gales y a la embajada de Francia. Gondomar estaba muy bien informado y pudo enviar a Madrid una relación detallada de los navíos contratados en Inglaterra y Holanda para transportar mercenarios y reforzar la flota veneciana. El duque de Osuna, aunque disponía de pocos espías propios en Venecia o Turín, mantenía algunos bien situados en Constantinopla.

El embajador veneciano en Nápoles, Gasparo Spinelli, informó en un despacho de junio de 1617 que se sentía «cercado continuamente de tantos espías que nadie podía ir seguro a su casa» y que, cuando salía, se le vigilaba continuamente. Osuna —cuenta también Spinelli— había hecho torturar a un músico del palacio real llamado Giovanni Domenico, al que acusaron de

espionaje, y ayudó a escapar de Nápoles a otro de sus espías, el veneciano Andrea Capello. Spinelli fue también quien llamó la atención de las autoridades venecianas sobre los planes de Osuna, que provocaron la alarma y el temor en Venecia. Los choques navales en el Adriático fueron un aviso de la seriedad del desafío del virrey de Nápoles y de la escasa respuesta de la fuerza naval veneciana.

El 1618, cuando por fin se alcanzó la paz con Saboya, los objetivos políticos y militares de Osuna, Bedmar y Toledo dejaron de ser importantes para el gobierno de Madrid. Por esas fechas, la influencia del duque de Lerma había disminuido notablemente, y en el Consejo de Estado tenía cada vez más importancia Baltasar de Zúñiga, hombre con mucha experiencia en Centroeuropa que mantenía una posición crítica hacia Osuna. Quevedo lo describió como un personaje que se adaptaba a las circunstancias, persiguiendo siempre su interés, que había sabido llegar al poder con disimulo y paciencia.

Osuna, Bedmar y Villafranca, aliados contra Lerma

A partir de diciembre de 1617, la política española en Italia se convirtió en un forcejeo entre la corte de Madrid y sus tres principales agentes en Italia: Osuna, Bedmar y Villafranca. Concluida la paz con Saboya, el gobierno español era partidario de respetar lo pactado, mientras que los tres mencionados pedían una acción mucho más firme frente a Saboya y Venecia.

Las protestas del marqués de Villafranca, cuando se devolvió la plaza fuerte de Vercelli a Saboya, fue la gota que colmó el vaso contra las decisiones de Madrid. Finalmente, Villafranca fue sustituido en agosto de 1618 por Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria. En cuanto a Osuna, nunca disimuló su desacuerdo con la paz firmada y la política de compromiso frente a Venecia, y así, en diferentes cartas que envió al rey, criticó el peligro que suponía la debilidad frente a los venecianos, al tiempo que se defendía de las acusaciones que le hacían responsable de la guerra contra Venecia y Saboya.

Una paz sin victoria

Giovanni Bembo, héroe veneciano en Lepanto, fue elegido *dux* en noviembre de 1615 y, apenas un mes más tarde, las tropas venecianas cruzaron el río Isonzo y comenzaron la guerra contra Austria. En refuerzo de esta política belicista, Bembo decidió apoyar al duque soberano, Carlos Emanuel de Saboya, que deseaba apoderarse de los ducados de Mantua y Monferrato, aprovechando una crisis dinástica que perjudicaba a la familia Gonzaga. Carlos Emanuel se apoderó de Mantua, y España, aliada de los Gonzaga, decidió impedirlo y entró en guerra con Saboya, respaldada por Francia.

Derrotado Carlos Emanuel de Saboya en 1615, el gobernador del Milanesado, Juan de Mendoza y Velasco, marqués de la Hinojosa, tuvo la suficiente destreza política para conseguir que España firmara un tratado en Asti avalado por Francia y Venecia. El tratado, muy ventajoso para Saboya y Francia, fue repudiado en Madrid, e Hinojosa fue sustituido por Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, como gobernador del Milanesado. Las tropas españolas volvieron a derrotar a Carlos Emanuel en Vercelli, y en 1617 se alcanzó una nueva tregua en Pavía que dejó las cosas en suspenso. Poco antes de llegar a esa paz, el virrey Osuna solicitó que Felipe III le permitiera atacar a los venecianos con su flota corsaria privada.

El rey y el duque de Lerma aprobaron el plan con la condición de que se mantuviera como una operación secreta manejada por Osuna. Durante todo el verano de 1617, la flota del duque actuó en el Adriático, bajo bandera negra corsaria, interrumpiendo el tráfico comercial veneciano en ese mar. Venecia y España no estaban oficialmente en guerra, y desde Madrid, el embajador veneciano protestó enérgicamente ante el gobierno hispano. Felipe III dijo deplorar los ataques, pero los atribuyó a incidentes corsarios que escapaban a su control, aunque los respaldaba secretamente y con tibieza.

En septiembre de ese año, la flota de Osuna, a instancias del rey, regresó a Nápoles, sin que la guerra de Mantua-Monferrato produjera otro resultado que alargar una contienda altamente nociva para el esfuerzo militar de España en el norte de Italia. Venecia tampoco consiguió sus objetivos frente a Austria y sus pérdidas fueron graves, pero, al menos, consiguió que los austriacos se comprometieran a eliminar en la costa adriática a los uscuoques, que con sus barcos corsarios mantenían en jaque a las naves de Venecia. Los uscuoques eran refugiados de los Balcanes asentados en la costa dálmata para huir de los turcos. La mayoría eran cristianos de origen croata, estaban al servicio del Imperio Habsburgo para defender la frontera y vivían como corsarios atacando a las naves mercantes.

Comienzos de Quevedo como espía al servicio del duque de Osuna

La visión que el duque de Osuna tenía sobre los asuntos militares y políticos de Italia era plenamente compartida por Francisco de Quevedo. En 1613, el escritor se instaló en Sicilia como consejero y agente del duque de Osuna, entonces virrey de la isla. Ese mismo año, el duque de Saboya invadió el Monferrato y, pocas semanas después de llegar a Palermo, Quevedo viajó a Niza, territorio del duque saboyano, con la misión de observar los acontecimientos e intentar que la ciudad se inclinara a favor de España aprovechando una revuelta contra la autoridad ducal de Carlos Emanuel.

La revuelta de Niza, seguramente espoleada por el propio Quevedo, no se hizo esperar. La víspera del Día de Todos los Santos de 1613, el pueblo se amotinó y arrastró por las calles el cadáver de Ricardo de Piglia, secretario del gobernador. Pero la venganza del duque fue inmediata y, cuando llegó a Niza, degolló sin tardanza a los cabecillas de la insurrección. Poco antes de que se iniciaran las ejecuciones, el escritor abandonó la ciudad por mar hasta Génova y, desde allí, embarcó a Sicilia, donde dio cuenta a Osuna de los sucesos ocurridos en la ciudad saboyana.

Sobre estos hechos Quevedo dejó testimonio en su obra *Lince de Italia o zahorí en español*, donde dice que estuvo alojado en la casa de un vasallo del duque de Saboya, el cual tenía pensado entregarse al rey Felipe III por temor a la venganza que Carlos Emanuel preparaba por la rebelión.

> Estaba entonces allí el duque disimulando su venganza con bailes y banquetes, que duraron hasta que llegó el príncipe Tomás, y luego degolló a los más principales de aquel estado. Yo pasé a Génova una noche antes, por mar, con el hijo y dos hijas de mi huésped, y de todo di cuenta en Sicilia al Duque de Osuna…

Desde la fallida rebelión de Niza hasta la primavera de 1614, Quevedo se mantuvo muy activo tanto en los asuntos públicos como en los secretos. Trabajó a las órdenes de Osuna en el desempeño de misiones dirigidas a intentar acabar la guerra en el norte de Italia promovida por Saboya y Venecia, y, a finales de la primavera de 1614, emprendió viaje a Madrid.

Favores y dineros

En la capital española, Quevedo hizo de agente de Osuna en los Consejos de Italia y de Estado, ablandando voluntades cortesanas a cambio de favores y

dinero para inclinar los designios políticos del duque y conseguir que este fuera nombrado virrey de Nápoles el año siguiente, cuando debía terminar su mandato en Sicilia.

Las tareas de Quevedo para asegurar a Osuna el virreinato no fueron sencillas, pues hubo de actuar clandestinamente por tierras de Italia y Francia y a enfrentar aventuras y peligros con los que bien podría llenarse una buena novela de espionaje. En septiembre de 1615 fue detenido en Montpellier por los hugonotes seguidores del príncipe de Condé, sublevados contra el rey de Francia. Cuando consiguió verse libre, pasó a Toulouse, donde otra vez fue apresado, hasta que por fin entró en España y llegó a Burgos. Desde allí escribió con amplitud a su benefactor el duque de Osuna, dando cuenta del dinero y de los regalos que había repartido entre altos funcionarios y cortesanos para facilitarle el deseado nombramiento en Nápoles. Así, en una carta dirigida al duque, el escritor-agente dice lo siguiente:

> Ándase tras mí media corte, y no hay hombre que no me haga mil ofrecimientos en el servicio de Vuestra Excelencia, que aquí los hombres se han vuelto puntas, que no las alcanza quien no da [...]. Juro a Dios que parece que hay jubileo en mi casa, según la gente que entra y sale. Más séquito tengo yo que un Consejo entero, informa Quevedo al duque en una carta.

El duque de Osuna, virrey de Nápoles

Las maniobras de Quevedo dieron resultado y el escritor regresó satisfecho a Sicilia tras haber conseguido allanar la cuestión principal que el duque le había encomendado: ser nombrado virrey de Nápoles al año siguiente, cuando terminase su mandato como virrey de Sicilia. En cumplimiento de esta misión, en 1615 Quevedo actuó de procurador encargado de llevar a las arcas de la Corona un sustancioso aporte de las rentas de Sicilia. La largueza de Osuna asombra al propio Felipe III, que le nombra virrey de Nápoles y accede a seguir hostigando a Venecia en el Adriático, pero «sin que se sepa que tenéis orden mía para ello».

Poco antes de regresar a Nápoles, a finales de septiembre de 1616, Quevedo ingresó en la Orden de Santiago y se abrió una nueva etapa de proyectos tendentes a mantener la supremacía hispana en Italia y desbaratar la política veneciana contraria a los intereses españoles.

Con su escuadra corsaria, Osuna bloqueó el golfo de Venecia y el rey le dejó obrar como si no tuviera nada que ver en esta conflictiva encrucijada de intereses militares y políticos, a la que no era ajeno el papa Paulo V, muy

inclinado hacia Francia. El virrey, en un intento de congraciarse con el pontífice, encargó a Quevedo la delicada misión de acordar con Paulo V una especie de tregua sobre los proyectos belicosos de Osuna contra Venecia.

En abril de 1617, el escritor volvió a entrevistarse con el papa y le transmitió sus deseos de amistad con España, tras lo cual el pontífice le condecoró con la Rosa de Oro. Tras la entrevista, regresó a Nápoles, donde embarcó con destino a Marsella. En el viaje, el servicio secreto hispano le informó de que los espías del duque de Saboya, pagados por Venecia, le buscaban para asesinarle cuando desembarcara en Francia, pero Quevedo consiguió llegar a Barcelona y, desde allí, escoltado por una tropa de caballería del duque de Alburquerque, capitán general de Cataluña, arribó a Madrid el 24 de julio de 1617.

En una larga audiencia secreta, Quevedo informó a Felipe III en El Escorial de los planes de Osuna en el Adriático contra Venecia. El rey los aprobó, aunque reservándose el derecho de desautorizar al virrey si fuera necesario.

Aprovechando la indecisión del monarca, Osuna no perdió el tiempo y decidió asestar un golpe definitivo a Venecia. Parecía estar a punto de conseguirlo después de que la flota corsaria de Nápoles pusiera en fuga a la veneciana en un combate naval cerca de Gravosa, en el Adriático.

Paralelamente a estos hechos, Quevedo llevó a cabo la defensa de la política del duque en el Consejo de Italia, el máximo organismo encargado de asesorar al rey sobre los asuntos de ese país. Estas maniobras en favor de la política italiana de Osuna requerían dinero enviado desde Nápoles, que Quevedo se encargó de distribuir puntualmente para mantener «engrasados» los apoyos a la causa del virrey.

Preparando el ataque

Con la amenaza pendiente sobre Venecia, el embajador de la Serenísima presentó sus quejas en Madrid y pidió que se desautorizase a Osuna, que, además de mantener sus barcos corsarios en el Adriático, había pedido tropas al gobernador de Milán, el marqués de Villafranca, para intervenir contra Saboya.

Mientras Venecia reforzaba su flota con barcos construidos en Inglaterra y Holanda, el papa se mostró dubitativo a la hora de respaldar la actitud de Osuna, pero acabó pidiendo al virrey que retirase su escuadra del Adriático.

En el Consejo de Estado, las cosas también parecían torcerse para el virrey y su agente secreto en Madrid. El duque escribió al rey suplicándole que le dejase actuar hasta «asentarlo todo como conviene», pero el monarca se desentendió. Los planes del virrey eran considerados demasiado agresivos, justo cuando el duque Lerma estaba decidido a alcanzar la paz con Saboya y Venecia.

Según la mayoría de las fuentes, fue entonces cuando Osuna encargó a Quevedo la misión de realizar una «diligencia de gran riesgo» en Venecia. El escritor fue a Nápoles y, desde allí, a Brindisi, con instrucciones secretas del duque para organizar en Venecia una revuelta que derribase el gobierno de la Serenísima. Es decir, un golpe de Estado en la sombra del que también eran piezas principales el gobernador de Milán y el embajador en Venecia, el marqués de Bedmar, que mantenían contacto permanente con Osuna.

En la conjura participó también el mercenario normando Jacques Pierre, un personaje de dudosa lealtad que probablemente actuó de espía doble al servicio de España, antes de haber servido al virrey de Nápoles y posteriormente a los venecianos. En mayo de 1617, Pierre informó a los espías venecianos de que Bedmar preparaba un ataque contra la Serenísima a cargo de los uscuoques y la flota corsaria de Osuna. El gobierno veneciano reaccionó ejecutando a unos cuantos espías —verdaderos o supuestos—, uno de ellos el capitán romano Alessandro Spinosa. Después de este hecho, el mercenario Pierre cambió de bando y ofreció a Bedmar un plan para apoderarse de Venecia que llegó a Nápoles a finales de 1617, a través de un agente español llamado Lorenzo Nolot.

Desde Brindisi, Quevedo llegó a Venecia disfrazado y se entrevistó secretamente con Bedmar. Ambos acordaron que en la conjura intervendrían no solo mercenarios armados, contratados por Osuna, organizados en pequeños grupos, sino también algunos senadores y nobles venecianos descontentos con su gobierno. Aprovechando el bullicio general, los conjurados escondían pistolas, cuchillos y espadas bajo las capas.

Lo esencial del plan consistía en apoyar la insurrección desde el mar. Las galeras de Osuna debían desembarcar a unos mil quinientos soldados desde el Milanesado y ocupar la ciudad. La fecha señalada era el 13 de mayo, Día de la Ascensión, cuando Venecia celebraba la fiesta que simbolizaba el casamiento de la Serenísima con el mar. En la solemne conmemoración, la galera del dux, ricamente engalanada y rodeada de centenares de góndolas, se internaba en el mar y arrojaba a las olas un anillo de oro como garantía de la prosperidad naval y comercial de la República. En ese día se exhibían los

tesoros de la ciudad al gentío y permanecían abiertas las atarazanas, la torre de San Marcos, el senado y otros edificios principales.

La conspiración

En el amanecer del 19 de mayo de 1618, los canales de Venecia aparecieron repletos de cadáveres. Nadie parecía saber bien lo que había ocurrido, pero el caso es que se produjeron más de trescientas ejecuciones. Algunos cuerpos estaban ahorcados ante la fachada del palacio ducal y otros colgaban mutilados cabeza abajo o habían sido ejecutados en los barcos. La mayoría de los muertos eran franceses, y por todas partes se corrió la voz de que se preparaba un asalto contra el gobierno de la Serenísima, instigado por el virrey Osuna, el embajador marqués de Bedmar y el gobernador de Milán; es decir, el «ala dura» del poder español en Italia.

En esta atmósfera de agitación y temor, una multitud enfurecida asaltó la residencia de Bedmar, quien, arriesgando la vida, se presentó ante el Consejo de los Diez para protestar públicamente por el desafuero. En un primer momento, el Consejo veneciano mantuvo silencio, pero dos días después ordenó quemar públicamente sendos monigotes de paja que representaban al virrey Osuna y a Francisco de Quevedo, su principal agente.

La versión oficial veneciana de estos hechos era que una tropa de mercenarios extranjeros, la mayoría franceses, había planeado un motín contra la Serenísima para ocupar el arsenal y el palacio ducal. Ese sería el pretexto para que interviniera la flota corsaria que Osuna mantenía en el Adriático y atacara Venecia. Algunas voces llegaron incluso a propalar la falsedad de que la conspiración estaba organizada por la propia Venecia y apoyada por el duque de Osuna, que pretendía proclamarse rey de Nápoles. Todo este montaje alarmista nunca se llevó a cabo ni pudo ser probado, puesto que lo único cierto fue el levantamiento contra los españoles y el grupo de mercenarios, pretextando una conjuración manejada en secreto desde Nápoles y Milán. Y aunque, hasta hoy, las versiones son confusas, se dan por ciertos una serie de hechos que apuntan a las verdaderas causas de la conspiración.

Un golpe de Estado fallido

Al rayar el alba, la flota del duque de Osuna debía desembarcar en el puerto de Calamozo, en la boca del Po. La señal de intervención de los conjurados debía darla la campana mayor de la catedral de San Marcos, cuando el senado y el Dux celebraban la fiesta del mar lejos de la ciudad.

Sin embargo, el contraespionaje veneciano logró abortar el complot gracias, probablemente, a la ayuda del servicio secreto de Inglaterra, aliada de Venecia contra España en el norte de Italia. La conjura hispana, en cualquier caso, tuvo todas las trazas de ser «un golpe anunciado», ya que los espías venecianos estaban al corriente de casi todo lo planeado y, de hecho, las detenciones empezaron antes del día previsto para la revuelta.

En Venecia, a mediados de mayo, fue apresado uno de los conjurados, Gabriel Montcassin, quien, tras ser cruelmente torturado, denunció a Jacques Pierre y confesó los preparativos de la sublevación. También fueron detenidos algunos franceses de una guarnición cercana, y en la plaza de San Marcos aparecieron ahorcados varios implicados.

Jacques Pierre, que estaba embarcado en la nave capitana de la Serenísima, fue apresado y arrojado al mar dentro de un saco. Lo cierto es que se produjo una terrible persecución que llenó de sangre y cadáveres las calles y los canales de Venecia. Los rebeldes pretendían ocupar la Casa de la Moneda y el palacio ducal, y —según el gobierno veneciano— estaban dispuestos a incendiar la flota y el arsenal, y entregar a los españoles la isla fortificada de Chioggia, en la entrada del Golfo de Venecia.

La represión

Las mazmorras venecianas se llenaron pronto de presos, y en la noche del 19 de mayo de 1618 mucha gente fue ahorcada en la plaza de San Marcos, dando así inicio a una represión desmedida. El jefe de la policía secreta veneciana, Meser Grandes, azuzó a grupos de exaltados armados que sembraron el terror nocturno en las calles. A la luz de las antorchas, la multitud invadió y saqueó las casas de los conjurados sospechosos, matando a sus familias y arrojando los cadáveres a los canales.

La mansión del embajador Bedmar fue cercada y apedreada por las turbas, aunque los soldados de la Serenísima contuvieron el asalto. La furiosa multitud buscó a Quevedo durante horas para lincharle, ya que lo

consideraban el instigador principal de la conjura. Dicen, aunque algunas fuentes lo ponen en duda, que el escritor logró escapar, probablemente disfrazado de mendigo y colocándose a la cabeza de sus perseguidores —que no reconocían su rostro— y profiriendo gritos de venganza y exterminio en dialecto veneciano. Luis Astrana Marín, su biógrafo, cuenta que

> … no sospecharon ni que fuese extranjero […]. Por milagro salvó la vida […] Entre ayes de moribundos, gritos de verdugos y blasfemias de sicarios, abandonó la ciudad y llegó sano y salvo a Nápoles.

Otros dos cronistas cercanos a los hechos lo cuentan de manera parecida. El abad Pablo Antonio de Tarsia, biógrafo contemporáneo de Quevedo, dice que

> … en hábito de pobre, todo andrajoso, se escapó de dos hombres que le siguieron para matarle, los cuales, aunque estuvieron con él, supo encubrirse con tal arte, que no fue conocido, cayendo la desdicha sobre dos compañeros que quedaron presos, y después, por mano del verdugo, fueron ajusticiados. Y siempre que entre amigos hizo memoria deste suceso, usaba de tal prudencia que lo más que se le oía decir era motejar a los que le buscaban de descuidado.

En cuanto a Pedro Alderete, sobrino de Quevedo, en su libro titulado *Las tres musas últimas castellanas*, editado en 1670, comenta que el escritor-espía se ofreció al virrey de Nápoles para ir a Venecia «a tratar algunas cosas acerca de componer las disensiones que aquel reino tenía con venecianos, conociendo que esto sería en utilidad del bien público, disfrazado hizo la diligencia con gran riesgo de su vida». Parece indudable, pues, la presencia de Quevedo disfrazado en la conjuración de Venecia, pero aún restan muchos asuntos dudosos sobre el suceso.

Adelantándose al proyectado golpe, Venecia hizo ejecutar sin juicio a unos trescientos hombres supuestamente involucrados en la conspiración, con lo que no quedaron testigos de una acción que, en realidad, no llegó a producirse. Lo cierto es que la mano del servicio secreto veneciano obtuvo un éxito completo, ya que provocó la caída en desgracia y posterior encarcelamiento del virrey Osuna, el mayor freno de la hostilidad veneciana contra España.

Además, la propaganda veneciana, para justificar las torturas y ejecuciones de los supuestos conjurados convenció a casi toda Europa de que se había tratado de un golpe de Estado promovido por la casa de Austria. Sin embargo, no existen pruebas de que el ataque contra la Serenísima fuera inminente y lo único que puede afirmarse es que se daban las circunstancias para que el golpe se produjera. Falta por saber cómo pudo el gobierno

veneciano deshacer tan fácilmente la conjura antes incluso de que se produjera.

Disponemos del testimonio del aventurero, soldado y escritor de *Comentarios del desengañado, o sea, Vida de Don Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo*. Nacido en Toledo en 1589 y fallecido en Cerdeña en 1647, el autor da cuenta con pelos y señales de la conjuración. Diez meses antes de la sangrienta represión que abortó la conjura, el mercenario Jacques Pierre era espía de Venecia y tenía conocimiento de que estaba en marcha una operación secreta contra la Serenísima. En ese momento, Francia era aliada de Venecia, por lo que resulta muy probable que el embajador francés tuviera esa información, seguramente manipulada por el servicio secreto veneciano.

La fecha elegida para realizar la conspiración también da pie a conjeturas sospechosas. El 16 de marzo de 1618 había muerto el *dux*, Giovanni Bembo, y solo unas semanas después, el 9 de mayo, falleció también su sucesor Nicolò Doná, de un colapso durante una recepción. En el interregno antes de nombrar un nuevo *dux*, Venecia quedó bajo el férreo control del Consejo de los Diez, en el momento en que se desencadenó la ola de ejecuciones y la persecución. Así pues, los gobernantes venecianos conocían con casi un año de antelación el plan de los conspiradores, pero cuando estos fueron capturados, en lugar de ser juzgados y condenados, fueron ejecutados sumariamente y ninguno sobrevivió para contarlo. Incluso algunos de los que colaboraron en la eliminación de los conjurados también fueron liquidados lejos de Venecia varios meses después de los sucesos.

Versiones diferentes

Las primeras ejecuciones se produjeron el 14 de mayo, y el 25 del mismo mes el embajador inglés en Venecia, *sir* Henry Wotton, dejó escrito lo siguiente:

> Toda la ciudad está en este momento bajo el horror y la confusión tras el descubrimiento de una insidiosa y temible conspiración de los franceses contra este estado […] no menos de treinta han sufrido castigo, entre hombres estrangulados en prisión, ahogados en el silencio de la noche, o colgados a la vista pública; y todavía el fondo es invisible.

Wotton creía que la conspiración estaba instigada por Francia, porque casi todos los implicados —Pierre, Renault, Lagland, Brulard, Montcassin y los

hermanos Desbouleaux— eran franceses. Pierre y Lagland murieron ahogados en el mar el 14 de mayo mientras estaban con la flota veneciana fuera de la ciudad, junto a otros cuarenta y cinco hombres, «con el menor ruido posible», por orden del Consejo de los Diez.

El supuesto conspirador Renault fue estrangulado tras ser torturado durante varios días. Su cuerpo apareció colgado en una plaza. Los hermanos Desbouleaux, capitanes corsarios al servicio de la Serenísma, también fueron ejecutados, y Lauren Brulard, estrangulado. La embajada francesa fue registrada, pero el embajador se hallaba fuera de la ciudad.

Todas las ejecuciones se realizaron sin juicio ni sentencia. Al iniciarse la matanza, pronto se propagaron toda clase de rumores y el odio de las turbas, manejadas en la sombra, se dirigió contra España, que en ese momento era el principal enemigo del gobierno de Venecia.

De acuerdo con el informe oficial que el embajador veneciano en Nápoles, Gasparo Spinelli, entregó al Consejo de los Diez para justificar los hechos, los primeros indicios de la conjuración se obtuvieron unos días antes de que planearan llevarla a cabo dos franceses, Montcassin y Juven, a quienes Pierre había reclutado.

Montcassin, al parecer, informó al servicio secreto veneciano, que le recompensó y le envió a la isla de Creta, donde murió en una extraña pelea de borrachos. El hecho fue que los testigos vivos de la conspiración fueron eliminados sin dejar rastro. Otro capitán francés, Jaffier, que denunció a Pierre y Renault, recibió dinero para que abandonase los territorios venecianos, pero fue obligado a volver desde Brescia y pereció ahogado misteriosamente en la laguna de Venecia. El único conspirador cuyo final se desconoce es el de un tal Juven, al parecer pariente del mariscal Lesdiguiéres, aunque seguramente tampoco escapó al castigo de la larga mano de la Serenísima.

Por otra parte, y como era de esperar, tanto España como Francia negaron cualquier implicación en la conjura. Los venecianos acusaron a España basándose en la relación de los mercenarios Pierre y Lagland con el duque de Osuna y en las supuestas declaraciones de los dos franceses.

El duque de Osuna, en carta al Consejo de Estado el 24 de julio de 1618, escribió lo siguiente:

> Por miedo de Francia y de su rey, han decidido culparlo todo a un asunto entre don Alonso de la Cueva y yo […]. Jacques Pierre y Lagland eran dos corsarios franceses que desertaron de mis bajeles de corso.

En cuanto a Quevedo, como es lógico en asuntos relacionados con el espionaje, también negó cualquier participación en un escrito que envió al mismo Consejo en junio de 1618. La opinión más extendida en los círculos oficiales españoles era que todo el asunto había sido invención de los venecianos para distraer la atención del acercamiento de la Serenísima a los turcos, neutralizando de paso la amenaza que representaba el virrey de Nápoles para los manejos antiespañoles de Venecia.

El embajador Bedmar se presentó ante las autoridades venecianas y negó poseer información de cualquier proyecto subversivo, pero Venecia pidió a España su inmediata destitución. El rey accedió y nombró a Bedmar en 1619 embajador en Flandes.

Entretanto, enterado el gobierno veneciano de que Quevedo había logrado escapar y llegar a Nápoles, ordenó quemar su efigie y la de Osuna en la plaza de San Marcos. Previendo la tormenta que le esperaba por las protestas de Venecia ante Felipe III, Osuna se adelantó y ordenó a Quevedo que fuese a Madrid para paliar el desastre anunciado y explicara en el Consejo de Estado los pormenores de la conjura. Según esta relación, los venecianos enviaron dos agentes franceses para incendiar las naves del virrey en el puerto de Nápoles. El intento fracasó, pero Osuna ordenó perseguir a los huidos y, cuando iban a ser detenidos en Capua, se arrojaron desde las ventanas. Uno de ellos se rompió las piernas y los otros fueron llevados a Nápoles y encarcelados. Quevedo señaló también al Consejo de Estado que los espías apresados manejaban una red de traidores, a sueldo de la Serenísima, que informaba a Venecia de los planes del duque de Osuna.

El alegato de Quevedo (26 de junio de 1618) no acabó de convencer a los consejeros españoles, que pidieron otro informe. El escritor insistió en su defensa cerrada de la actuación del virrey y señaló que hasta que Osuna no metió a sus bajeles corsarios en el Adriático y contuvo al duque de Saboya, con el concurso de Venecia, las armas de España no recobraron su reputación. Con eso se debilitó a Saboya, se fortaleció a Milán y se amedrentó a Venecia. Quevedo subrayó que Osuna, además de socorrer a Milán con cuatro mil hombres y mil caballos, hizo la guerra abiertamente a Venecia, «cosa que no ha cabido en otro corazón». En cuanto a la conjuración, Quevedo alegó que el duque no necesitaba tal sedición, pues redujo a los venecianos a «estado tan miserable, que han procurado defenderse con las bajezas referidas, y, viendo que no han podido, se quieren vengar con mentiras y enredos».

Destituido Bedmar en Venecia, la animosidad contra el duque de Osuna arreció en la corte. Se le acusó de querer independizarse de la Corona y de

abuso de poder, y los adversarios del virrey en Nápoles aprovecharon la ocasión para elevar sus quejas al rey y al Consejo de Italia, a la sazón presidido por el conde de Lemos, enemigo declarado del duque. Osuna inició así su cuesta abajo que le llevó a la cárcel, y los antiguos protectores del virrey escondieron la cabeza y arrastraron a Quevedo en la caída.

El duque de Uceda, que estaba a punto de sustituir a su padre, el duque de Lerma, en el valimiento real, envió a Osuna una carta en la que pedía que prescindiera de los servicios de Quevedo.

El escritor abandonó Madrid y regresó a Nápoles, donde fue bien recibido por el virrey. Sin embargo, la complicidad entre ambos se había deteriorado; la buena estrella del duque se esfumaba y Quevedo era ya un agente secreto «quemado» y desengañado, por lo que decidió regresar a España para dedicarse a las letras, libre de ataduras políticas y ajeno a misiones secretas. Durante dos años estuvo borrando pistas y destruyendo papeles que probaban sus manejos clandestinos. Cuando el duque de Osuna fue procesado y llevado a juicio en 1620, el escritor quedó desterrado en su heredad de la Torre de Juan Abad y, posteriormente, estuvo preso en Uclés durante un corto espacio de tiempo. Confinado de nuevo en la Torre, su refugio, el escritor pasó sus últimos días amargado, abominando de los avatares del mundo y de su infortunio.

7
Intrigas en el Mediterráneo oriental

La derrota turca en Lepanto levantó muchas esperanzas entre las poblaciones de la Baja Grecia y el Épiro, que contaban con una gran tradición de resistencia al poder turco. Venecia y la Corona hispana enviaron espías con el fin de avivar levantamientos en esas regiones, pero el resultado de estas empresas clandestinas tuvo escaso éxito, en gran parte a causa de la indecisión de la política española de Felipe II contra Turquía en el Mediterráneo oriental, que oscilaba entre las acciones de sabotaje y la tregua con el sultán.

Así, por ejemplo, en 1577, el agente Martín de Acuña viajó a Constantinopla con la intención de incendiar las atarazanas del sultán. Sin embargo, el sabotaje derivó finalmente en la propuesta formal de tregua que en 1578 gestionó Giovanni Margliani, el embajador de Felipe II.

Antonio de Echávarri, un espía vasco en Albania

Entre los agentes secretos hispanos que actuaron contra el Imperio otomano, destaca la figura del capitán Antonio de Echávarri, autor de un detallado informe sobre los efectivos y la disposición de las fuerzas turcas en el Mediterráneo oriental.

Según Rosa López Torrijos, profesora de la Universidad de Alcalá de Henares, el informe de Echávarri pertenecía al almirante Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, que fue capitán general de las galeras de Nápoles en 1568, y de las galeras de España en 1578. Entre estas dos fechas, el almirante vivió en Nápoles como máxima autoridad de las armadas de la Corona.

Echávarri estuvo relacionado con Margliani, el principal representante de Felipe II en la negociación de la tregua hispano-turca que se firmó en Constantinopla en 1577, y sus andanzas en el Mediterráneo darían para un buen libro de aventuras, aunque es poco concreto lo que se sabe de su vida.

El historiador Ferdinand Braudel afirma que Margliani era pariente de Gabriel Serbelloni, ingeniero naval y experto en artillería al servicio de España, y en 1573 estuvo encargado de la defensa de La Goleta, que finalmente cayó en manos turcas. Álvaro de Bazán conocía bien a Serbelloni y a Margliani, y también a Juan de Rocafull, comandante en 1576 de un grupo de galeras de la armada napolitana que estaba bajo el mando del marqués de Santa Cruz, que conocía a Echávarri. El agente hispano fue enviado a Constantinopla con regalos para el sultán y su corte, y allí entregó a Margliani documentación y dinero para concluir la tregua con España.

El capitán, al parecer, estaba vinculado al marqués de Mondéjar y al marqués de Santa Cruz, y acompañó a este en un viaje a la corte española en 1578. Poco después, en Constantinopla, los turcos tenían ya claras sospechas de que Echávarri trabajaba como espía y, a finales de 1579, Mondéjar decidió enviarlo a Madrid para que informase de la negociación entre Margliani y la Sublime Puerta. El viaje se tradujo en una relación que se presentó al rey, basada en el informe de Echávarri, «como hombre que lo ha visto y experimentado», que llevaba por título *Del modo que tiene el Gran Turco en tener en orden sus galeras y sacar las armadas para hacer empresas en la Cristiandad*.

La mencionada relación da noticia del número de naves y atarazanas, además de los pormenores sobre instalaciones y suministros de los aparejos, pólvora y madera para los astilleros. Echávarri da cuenta de la organización y disposición de las fuerzas de la flota otomana, desde el «general de la mar» a los capitanes de fanal y arráeces, cómitres, subcómitres, y marineros y remeros de alquiler. El sueldo de estos últimos era de mil «ásperos», cantidad equivalente a veinte escudos de oro, que percibían antes de partir, y cuatro ásperos diarios desde que zarpaban de Constantinopla hasta que regresaban a sus bases.

El general del mar ganaba mil ásperos al día, más otras ventajas, y tenía como lugarteniente a un capitán de fanal elegido por el sultán. La relación incluía otros muchos datos valiosos sobre la corte turca. El sultán —apuntaba el escrito— disponía de tres mil esclavos, entre los que había muchos especializados en diversos oficios o que trabajan en las atarazanas, y que percibían un salario mensual, además de ropa y zapatos.

El informe detallaba también cómo se reclutaba a la gente para engrosar la Armada. Los datos sobre los remeros eran muy importantes porque tan solo los conocían seis miembros del Consejo Supremo Imperial. Según la cantidad que se reclutaba era posible saber el tipo de Armada que saldría al mar esa temporada.

Sobre los jenízaros, la fuerza selecta del ejército turco, Echávarri informó de que eran unos dieciséis mil repartidos por todo el Imperio, y constituían el nervio principal del poder turco, pues en ellos tenía puesto el sultán «todo su esfuerzo y esperanza». Se les llamaba «hijos del Gran Turco», tenían mandos propios y nadie se podía oponerse a ellos, excepto el sultán.

Según la relación, «en cada provincia se hace una lista de los que tienen hijos de siete a diez años y se echa a suerte, caiga quien caiga». Llevados a Constantinopla, a los niños los encerraban en un palacio separado, los vestían a la turca, los circuncidaban y les daba enseñanza. Cuando ya sabían leer y a escribir, debían aprender algunos oficios, y a los dieciséis o dieciocho años empezaban su entrenamiento en la milicia.

Echávarri aportó asimismo datos sobre el alto estamento administrativo otomano y los bajás, que eran virreyes o generales de provincias. En el Consejo Supremo Imperial solo había seis, los más ancianos y principales. Según el informante español, al producirse la toma turca de Chipre, en 1570, la fortuna del sultán sería de unos 400 millones de cequíes, ya que cuando moría alguien, el Gran Turco heredaba la hacienda de los hijos.

Como señala la historiadora Rosa López, la relación aportaba una información muy completa de los aspectos que más interesaban al gobierno hispano —armadas, hombres, armas, provisiones y organización—, además de incluir noticias sobre el funcionamiento del Estado y las costumbres de la sociedad turca.

El documento —que hoy se guarda en el Archivo General de la Marina de Viso del Marqués (Ciudad Real)— sirvió de guía a las redes de espías que Felipe II tenía desplegadas por el Imperio hispano. En él se incluye el viaje que Echávarri realizó a las tierras de la Chimarra (Albania) por orden de Juan de Austria, para apoyar un levantamiento anti-otomano en la Baja Grecia —Épiro septentrional y Macedonia occidental— en el verano de 1575, cuyos líderes fueron el arzobispo ortodoxo de Ohrid y los nobles epirotas Mateo Papajuan y Pano Cestólico.

La guerra de la Chimarra

En marzo de 1573, Venecia firmó con Turquía el tratado de paz que puso fin a la guerra entre esos dos Estados tras la conquista otomana de Chipre. Esta paz fue considerada una traición en algunas poblaciones balcánicas, como la Chimarra, que había apoyado a Venecia durante la contienda, y algunas pidieron ayuda a España para continuar la lucha, ya que en Madrid la tregua con Turquía no se había firmado aún y, de hecho, no se produjo hasta febrero de 1578.

La región de la Chimarra se extiende desde la costa sur de Vlorë hasta Delvino, a lo largo de los montes Acroceraunios, y era el principal foco de resistencia albano-griega tras la muerte del caudillo albanés Scanderbeg en 1468.

En abril de 1573, los rebeldes epirotas Papajuan y Cestólico se presentaron en Nápoles y solicitaron apoyo a Juan de Austria para iniciar un levantamiento anti-otomano en la Baja Grecia alentado por el arzobispo de Acrida (Ohrid) y un grupo de nobles epirotas. Un año después, en mayo de 1574, los dos enviados presentaron en Madrid un memorial en el que se informaba de que la Baja Grecia y Albania podrían conquistarse fácilmente, si se recibía el apoyo necesario, tras lo cual regresaron a Sicilia para reunirse con Juan de Austria, que había fracasado en la defensa de Túnez y La Goleta, dos plazas estratégicas que finalmente acabaron en poder de los turcos. Pese al varapalo, Juan de Austria no dudó en el socorro de los insurrectos cristianos balcánicos, y en junio de 1575 encomendó al capitán Echávarri la misión de informar sobre la situación en la Chimarra. Le acompañaba un grupo de notables, entre ellos Mateo Papajuan, Gion Alexi Zacna y Andrés Mousaki. Este último, de origen albanés, sirvió durante muchos años a España y entre sus hazañas se cuenta la liberación de varios centenares de cautivos cristianos, de los cuales la mayoría eran españoles.

Aunque Mousaki pudo escapar de la Chimarra, algunos de sus compañeros fueron apresados y terminaron denunciando bajo tortura que el capitán Echávarri era un agente secreto hispano. Solo unos pocos supervivientes de la red pudieron huir a Nápoles. Pese a su avanzada edad, el virrey, conde de Olivares, volvió a enviar a Mousaki entre 1595 y 1599 a Constantinopla para cumplir una arriesgada misión. El Consejo de Estado terminó asignándole un sueldo vitalicio de doce escudos de oro.

Explorando la región

En el verano de 1575, el grupo que lideraba el capitán Echávarri embarcó en Otranto para cumplir la misión encomendada por Juan de Austria y Felipe II. Cuando llegaron a la región de la Chimarra, el capitán decidió quedarse allí y envió a Papajuan y a Mousaki a otras zonas de Épiro para tantear el ánimo de sus habitantes. A su regreso, Echávarri escribió un informe en el que describía la región y sus pobladores, dando cuenta de las fortalezas y de los puntos defensivos más vulnerables de los turcos. Los habitantes de la región —indicaba el espía español— eran belicosos y fuertes, enemigos acérrimos de los otomanos, y se mantenían muy leales a la Corona española, a pesar de los intentos de venecianos y otros príncipes para ganarse su favor.

Vislumbrando las posibilidades de un desembarco en tierra griega, el espía vasco creía que, si se conquistaba la fortaleza de Sopotó (Borsh) y la plaza de La Valona (actual Vlorë), serían suficientes tres mil arcabuceros, que podrían reclutarse entre los albaneses refugiados en Apulia, para sublevar la Chimarra contra los turcos. Una vez capturadas esas plazas, los turcos no podrían atacar a los rebeldes chimarrotes por mar, mientras que en tierra los otomanos estarían en inferioridad numérica. Eso sin contar con la dificultad añadida de lo abrupto del territorio, que complicaba mucho el ataque de la caballería.

Si eran expulsados de Albania —añadía el capitán vasco—, los turcos no podrían retirarse por los pasos accesibles. En caso de que no les enviaran galeras para tomar Sopotó, los chimarrotes pedían que se les dieran quinientos arcabuces para combatir durante seis meses, tiempo suficiente para derrotar a los turcos.

Echávarri se reunió con los notables de las aldeas de la Chimarra, que se mostraron dispuestos a empuñar las armas si el rey Felipe II los apoyaba. Como muestra de su voluntad de luchar, los chimarrotes se ofrecieron a enviar a Apulia como rehenes a las mujeres, los niños y los ancianos, para que solo quedaran en el territorio los hombres combatientes. Lo único que pedían para los refugiados era un lugar habitable y dejar de pagar impuestos durante algunos años.

A finales de agosto de 1575, Felipe II ordenó a Juan de Austria que llevara a los chimarrotes la ayuda que estos solicitaban —mil arcabuces, pólvora y municiones— para apoderarse de la fortaleza de Sopotó. Cuando lo consiguieron, los chimarrotes dudaban si mantener la fortaleza o

desmantelarla, pero el virrey de Nápoles, el marqués de Mondéjar, se inclinó por demolerla, lo que se hizo a finales de julio de ese mismo año.

Poco después, los rebeldes propusieron a Mondéjar conquistar La Valona, para lo cual solicitaron veinte galeras y tres mil hombres de desembarco españoles, que se unirían a los cinco mil chimarrotes. Sin embargo, en esta ocasión Mondéjar se manifestó contrario a esta empresa, pues la consideraba demasiado peligrosa y de poca utilidad militar. Aun así, el virrey envió a los sublevados cien carros de trigo para compensarles. En 1577, los chimarrotes volvieron a pedir a Mondéjar armas, municiones y vituallas, y en esta ocasión el virrey remitió la petición a Felipe II, que sí aprobó el envío de suministros. Pese a todo, la falta de interés de la Corona hispana en los asuntos balcánicos (tras la paz hispano-turca de 1578) hizo que la ayuda a la rebelión en la Baja Grecia se fuera diluyendo. Los chimarrotes se vieron sin ayuda española y, acuciados por el hambre la peste, finalmente se sometieron a los turcos a finales del siglo XVI.

Nuevos intentos de sublevación

Unos años después de la tregua hispano-turca de 1578 se presentaron nuevas oportunidades de reanudar la rebelión en la Chimarra con la guerra entre el emperador Habsburgo y el sultán, y la llegada a Roma de los embajadores chimarrotes Cándido Paniperis y Dino Zupan. Pedían armas, municiones y pólvora para combatir a los turcos. En octubre de 1594, el papa Clemente VIII accedió a dárselas y, poco después, el arzobispo de Acrida Atanasio I se decidió a liderar la resistencia de los alzados.

El conflicto comenzó en el verano de 1595, con un sínodo de prelados ortodoxos en el que el arzobispo Atanasio fue elegido mensajero para pedir ayuda a Nápoles con el pretexto de realizar una visita pastoral a la provincia de Albania meridional.

Los venecianos se reunieron con el arzobispo, que les ofreció instigar una sublevación en todo el sur de Albania. Sin embargo, Venecia se desentendió del asunto, lo que llevó a Atanasio a contactar con las autoridades españolas de Nápoles a través de Cándido Paniperis. A esta iniciativa se opuso Giovanni Sagredo, la autoridad veneciana de Corfú, quien, de acuerdo con la Serenísima, detuvo el comercio de armas que el servicio secreto español

enviaba desde Otranto a la Chimarra, alegando que los chimarrotes practicaban, sobre todo, el bandidaje y la piratería contra los barcos cristianos que pasaban por su costa.

El conde de Olivares, Enrique de Guzmán, virrey de Nápoles, presentó una queja formal a Venecia por el proceder de Sagredo. Olivares, padre del famoso conde-duque valido de Felipe IV, estuvo de embajador en Roma durante los Papados de Gregorio XIII, Sixto V y Gregorio XIV, y vio la ocasión de contar con un nuevo aliado contra los turcos si conseguía sublevar la Chimarra.

Agentes de ida y vuelta

Entretanto, el arzobispo Atanasio se presentó en Nápoles para solicitar armas para alimentar la revuelta en la Chimarra. El general de las galeras de Nápoles, Pedro de Toledo, se mostró dispuesto desembarcar desde Otranto en Albania y conquistar la plaza fuerte de La Valona, aunque, en el último momento, Juan Andrea Doria, avisado por Jerónimo Combis, superintendente general del espionaje en Nápoles, le hizo desistir de la operación.

Doria también se mostraba bastante escéptico respecto a las ofertas de rebelión que llegaban desde la Baja Grecia y Albania. Por ello, en 1600 los enviados chimarrotes de Épiro y Tesalia viajaron a Madrid para pedir que la Armada destinada a respaldar la sublevación de esos territorios se encomendara a Pedro de Leiva o Pedro de Toledo, ya que Doria, debido a su «edad, enfermedades y comodidades», no era el hombre adecuado para llevar a cabo la empresa. Pese a que la Armada española, finalmente, no intervino, el arzobispo Atanasio atacó y tomó La Valona y la plaza de Canina, con la destrucción de gran cantidad de artillería turca.

En el verano de 1596, el marqués Ottaviano di Loffredo, maestre de campo en la guerra de Flandes, fue recibido en la Chimarra por el arzobispo Anastasio, y el virrey de Nápoles decidió enviar para reforzar la empresa a los capitanes Miguel Búa, Giovanni Golemi y Miguel Papada, aunque este último finalmente no intervino. Búa era capitán de caballería y había combatido durante cuarenta años en Flandes, Francia e Italia, y participado en la toma de Amberes y el socorro de París con Alejandro Farnesio. En cuanto a Papada, tenía más de treinta y cinco años de carrera militar en Flandes, y en 1591 solicitó una pensión y un título nobiliario por sus servicios en Nápoles, pero se los denegaron. En un memorial de 1603, el capitán Búa aseguró haber

llevado armas en 1596 a los sublevados de la Chimarra y se le reconocieron «señalados servicios» en acciones bélicas en esa región, como capitán y coronel de dos mil albaneses, bajo las órdenes del virrey conde de Olivares.

También tomó parte en esas acciones, entre 1595 y 1596, Esteban Bublia, miembro de una noble familia de Corfú, que estuvo en 1587 en la Chimarra cuando se preparaba un levantamiento apoyado por el virrey de Nápoles, el conde de Miranda, que prometió el envío de armas y municiones.

Bublia estuvo esperando dos años y, como la empresa se frustró, regresó a Corfú, pero volvió de nuevo a la Chimarra al frente de una tropa cuando el arzobispo Atanasio se sublevó en 1595. Dos años después fue capturado por los turcos en una escaramuza cuando viajaba a Nápoles a pedir ayuda, aunque logró escapar y llegar a Nápoles un año más tarde. En este levantamiento también intervino el sacerdote y noble griego Nicodemo Constantino, arcediano de la catedral de Acrida, que, tras pelear con los turcos, herido y derrotado, fue hecho prisionero junto con su hermano Simón y llevado a Constantinopla.

El arzobispo Atanasio acusó a Jerónimo Combis, el agente albanés al servicio de España en Nápoles, de trabajar por dinero para Venecia y actuar como espía de los turcos enviando noticias a través de un hermano renegado que vivía en Constantinopla. Según Atanasio, el capitán Búa, cuñado de Combis, había informado falsamente sobre la empresa a su regreso de la Chimarra, considerándola imposible. Pero los enviados de Atanasio en Nápoles, que contaban con el apoyo del papa, insistieron en que la empresa de sublevar a los chimarrotes era factible y exhortaron en este sentido al virrey de Nápoles. Este, ante los informes contradictorios, envió relación de todo al Consejo de Estado en Madrid, pero en el verano de 1597 los embajadores de la Chimarra regresaron insatisfechos a su tierra al no recibir la ayuda que esperaban.

En tal situación, el arzobispo Atanasio partió de nuevo desde Albania a Otranto para entrevistarse con el virrey, pero este dio órdenes de que lo retuvieran en Apulia. Entonces, el arzobispo se presentó en Roma, en octubre de 1597, y pidió al papa cuatro mil soldados, veinte capitanes, armas y pólvora para iniciar la sublevación en la Chimarra.

Después de su estancia en Roma, Atanasio regresó a Nápoles, pero el virrey no quiso recibirle. En junio de 1598 emprendió viaje a Centroeuropa acompañado del obispo de Pelagonia. Se entrevistó con el emperador Rodolfo II Habsburgo y le informaron de que Venecia se había aliado con Turquía para detener así la rebelión en Albania y la Baja Grecia.

Otras embajadas chimarrotas

Al fracasar la petición de ayuda del arzobispo Atanasio a autoridades las españolas, los chimarrotes enviaron a Nápoles en 1603 un nuevo embajador en demanda de apoyo al rey Felipe III. El enviado fue el caballero Stratis Zacna, cuyos antepasados habían servido siempre a los reyes de Aragón y al rey de España, proporcionando avisos a los espías enviados a Turquía y ayudando en la liberación de cautivos cristianos. Antes de viajar a España, Zacna pasó por Roma, donde el papa Clemente VIII le entregó una recomendación para que el rey Felipe III ayudase con armas y tropas a los chimarrotes.

El Consejo de Estado examinó la cuestión en Madrid y en septiembre de 1603 recomendó al rey ayudar a los rebeldes, aunque sin alentarlos a combatir contra los turcos, ya que en ese momento España sostenía guerras contra Inglaterra y Holanda.

En los años siguientes prosiguieron los contactos en la Chimarra con los servicios secretos españoles de Nápoles. Las solicitudes de socorro se remitían al virrey, el conde de Benavente, en Nápoles, que animó a los enviados chimarrotes con buenas palabras y vagas promesas de ayuda.

Las persistentes demandas de socorro a España se prolongaron hasta 1615, cuando el capitán Juan Zacna llevó cartas a Roma, y, probablemente, a Madrid, dando cuenta de su lucha constante contra los turcos. El papa Paulo V prometió socorrerles y, en enero de 1616, envió una carta a Felipe III aconsejándole que les enviara armas.

Ese mismo año, Zacna viajó a Madrid y presentó un memorial al rey en el que recordaba los servicios que sus antepasados habían prestado a España desde mediados del siglo XV. En octubre de 1616, el duque de Lerma remitió el memorial de Zacna al Consejo de Estado, que recomendó que el enviado chimarrote se entrevistara con el virrey duque de Osuna en Nápoles para que examinar la petición e informara del asunto.

Pero Zacna no se quedó satisfecho. Pedía que se le concediera un sueldo adecuado a sus merecimientos y se le aumentara la ayuda de costa. Zacna creía que los venecianos pretendían matarlo por ser agente del rey de España y pidió un salvoconducto para ir en una fragata desde Nápoles a la Chimarra y poner a salvo a su familia.

Zacna también aprovechó su estancia en la corte de Madrid para demandar otras ayudas al Consejo de Italia. En todos los casos se le contestó que hablara en Nápoles con el virrey para que este decidiera. Finalmente,

Zacna salió de Madrid provisto de un pasaporte, una carta de recomendación y algún dinero para viajar de vuelta a Nápoles. Se cree que el agente chimarrote debió de regresar a su país en 1617, aunque nada más se supo de él.

Como señala el historiador José M. Floristán, las luchas de los levantiscos balcánicos contra los turcos continuaron hasta al final de la ocupación otomana en el siglo XIX. Con Felipe IV, tras la derrota hispana en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), los contactos con España quedaron prácticamente interrumpidos, aunque los chimarrotes siguieron luchando contra el Imperio otomano hasta los albores de la Primera Guerra Mundial.

Revueltas griegas antes y después de Lepanto

Tras la victoria de la Liga Santa en Lepanto (1571), algunos creyeron que había llegado el momento de liberar a Grecia de la dominación otomana, lo que provocó una serie de conatos de rebelión contra el poder turco que finalmente fracasaron.

La insurrección griega más larga contra los otomanos había tenido lugar en el Peloponeso, en 1568, al negarse los rebeldes a pagar los tributos que exigían los otomanos para financiar su flota. Para hacer frente a la sublevación, los turcos construyeron un fuerte, que fue destruido con ayuda veneciana cuando los griegos se levantaron en armas. Pero luego, cuando los venecianos decidieron no seguir apoyando la revuelta, los griegos enviaron a Mesina una embajada a Juan de Austria en diciembre de 1571, y en Madrid y se debatió un plan para reconquistar Grecia, en lo que parecía una acción desesperada al fallar la ayuda de Venecia y otras naciones cristianas.

A Mesina llegaron entonces cuatro agentes griegos, entre ellos un canónigo, «a tratar con el señor don Juan cosas convenientes al servicio de Su Majestad y de la Liga Santa». El hermano del rey se mostró dispuesto a apoyar la rebelión con las armas y envió a uno de sus agentes, el oficial de artillería de la Armada, Giovanni Stais, con la misión de adiestrarles para el combate.

Lo cierto es que los planes para avivar la rebelión de los griegos estuvieron bastante adelantados. Se acordó formar una gran flota de doscientas galeras y abundante armamento para esta expedición, con la mitad

de los gastos a cargo de España y el restante repartido entre los venecianos y el Papado. Según datos recogidos en el Archivo General de Simancas, el choque parecía tan inminente que algunos griegos, pensando que podrían morir en batalla, cedieron todos sus bienes en herencia a la iglesia de San Juan de Mesina, a cuyo párroco dejaron de administrador.

Juan de Austria aprovechó la numerosa presencia de griegos en Constantinopla para intentar sublevarlos, y con este fin se envió dinero de la Corona, aunque la tentativa acabó en nada. En años posteriores, numerosos griegos del Peloponeso colaboraron con la inteligencia hispana, y muchos se refugiaron en Sicilia y enviaron memoriales a la corte española en demanda de ayudas o para embarcarse en la Armada de Juan de Austria o pedirle dinero.

García Hernán menciona a algunos agentes griegos que se distinguieron en la colaboración con la Corona hispana, como Stéfano Mauropolo, uno de los organizadores del espionaje en Estambul desde 1563, el genovés Juan María Renzo, o Constantino Sancto Elía, hijo del caballero Jorge Candioto, capturado en la derrota de Los Gelves, que pidió un puesto en la Armada de Sicilia.

El capitán albanés Jerónimo Combis y los estradiotes

Los estradiotes de procedencia balcánica eran combatientes de caballería ligera cuya táctica estaba basada en la movilidad y la rapidez en el ataque. Vivían sobre todo de los saqueos y los rescates de prisioneros, y en los siglos XVI y XVII formaron una fuerza militar temible que actuó fundamentalmente en Italia, pero también en Alemania, Flandes y Francia.

La mayoría de ellos estuvieron al servicio de Venecia o de la Corona hispana en Nápoles, y eran de origen albanés o griegos de la región de Morea. Muchos estradiotes llegaron con Andrea Doria al reino de Nápoles desde Coron en 1534, huyendo de los turcos. Siempre apoyaron a la autoridad virreinal española, actuando como militares, informantes o espías, y llegaron a emprender levantamientos contra el Imperio otomano en Épiro del norte (la Chimarra), Macedonia occidental, Tesalia e incluso la isla de Chipre. El Imperio español los utilizó contra los turcos y los corsarios berberiscos en

Levante, bien como caballería o como agentes secretos, instigando revueltas casi siempre abocadas al fracaso por falta de apoyos externos.

En este contexto de actividad militar y espionaje destaca la figura de Jerónimo Combis (del que ya hablamos en el capítulo 5). Nacido en 1548, sirvió en la caballería veneciana hasta 1570, cuando cayó prisionero de los turcos en Chipre y fue llevado a Constantinopla. Allí lo rescató un rico mercader griego de la familia Cantacuzeno y entró en contacto con el espionaje hispano, ayudando a informadores clandestinos en la capital turca, hasta que fue descubierto y encarcelado por el gran visir Sokollu Mehmet.

Sometido a tortura, Combis estuvo en prisión hasta recuperar la libertad a cambio de cuatrocientos escudos que le entregó el renegado Hasán Agá, secretario y tesorero del gran visir, aunque en garantía tuvo que dejar como rehenes a su madre y a sus dos hermanas. Ante el temor de ser descubiertos, los agentes españoles en Constantinopla le pidieron que abandonara la capital turca y pasara a formar parte del engranaje clandestino de Felipe II. Así, a través de la ruta terrestre de Épiro, el estradiote pasó a Italia y se reunió en Nápoles con Aurelio Santa Croce, encargado del espionaje español en el Mediterráneo oriental.

En el otoño de 1576, Combis —recomendado por el mencionado fray Diego de Mallorca— viajó a España con Santa Croce y otro griego llamado Nicolás, y ambos presentaron al rey en El Escorial una relación de avisos sobre los preparativos turcos en Persia y la Berbería y la actividad morisca en el sur de España. Además de solicitar dinero para rescatar a su madre y hermanas, el estradiote albanés se ofreció a captar a Hasán Agá como confidente de la inteligencia hispana, ya que entre ambos había cierta cordialidad personal.

El Consejo de Estado recomendó sacar cuanto antes de España a Combis y al griego Nicolás, ante la sospecha de que pudieran ser espías al servicio de Turquía, no sin antes recomendar al marqués de Mondéjar, virrey de Nápoles, que se intentase la deserción de Hasán Agá a territorio hispano, algo que finalmente no se produjo. En lo que bien pudo ser una maniobra de la contrainteligencia turca, Hasán Agá pidió que fuera a Constantinopla su primo fray Diego, también agente de la Corona, a través del cual el gran visir se comprometió a enviar informes secretos a Nápoles.

Mientras Combis pedía insistentemente en Nápoles ayuda económica por sus servicios prestados a España, hay noticias de que el estradiote estuvo en prisión por impago de una fianza librada por Santa Croce envuelta en oscuros motivos. Siempre necesitado de dinero, Combis presentó en Madrid varios

memoriales en solicitud de dinero por sus trabajos secretos en Italia y Constantinopla, y el rey remitió estos escritos al Consejo de Italia para que se le hiciera la merced que se estimara justa, aunque al final las expectativas del estradiote debieron de quedar muy por debajo de sus aspiraciones.

En los años siguientes, Combis estuvo a las órdenes del virrey de Nápoles, conde de Miranda (1586-1595) para servir al papa en Ferrara, y, estando en Rávena, propuso reclutar un escuadrón de caballería para el gobernador de Milán. Por recomendación del papa, el estradiote regresó al servicio del virrey, y en 1594 elevó un memorial al Consejo de Italia solicitando que le aumentaran el sueldo por sus veintitrés años de servicio en negocios secretos, petición que finalmente fue aceptada.

Además de los servicios militares y de espionaje prestados a la causa hispana y al papa, Combis estuvo envuelto en asuntos relacionados con la comunidad griega de Nápoles y las iglesias ortodoxas. Luego, tras servir en la caballería ligera de Milán, Piamonte, Saboya, Borgoña y Flandes, regresó a Nápoles. En Madrid, reunidos los enviados de las provincias greco-albanesas de Épiro, Macedonia, Tesalia y Elada en mayo de 1601, se decidió remitir las conclusiones al virrey napolitano, conde de Lemos, y el estradiote fue nombrado superintendente general del servicio de información y espionaje en Nápoles, encargado de fomentar la resistencia antiotomana en Grecia.

Su primera misión fue ir a Corfú en el verano de 1601 para reunirse con los cabecillas de la «empresa griega». De allí trajo un informe sobre el estado de la rebelión y de las fuerzas turcas que custodiaban las fortalezas y presidios en Grecia central. En continua demanda de dineros, Combis consiguió que el Consejo de Italia le pagase las ayudas que solicitaba para cumplir la misión. Posteriormente, en 1604, Combis inició una nueva tarea secreta, con la ayuda de dos espías albaneses, para provocar la rebelión a las provincias greco-albanesas.

En los años que siguieron, el estradiote albanés estuvo dedicado por completo a las acciones secretas en Grecia, hasta que en 1610 se ofreció para reclutar tres compañías de caballos en la guerra de España contra Francia y Carlos Manuel I de Saboya.

Ocupado en asuntos de espionaje diversos, el capitán albanés fue acusado de ser espía doble por Julio César Santamaura, hijo de un copista chipriota de la Biblioteca Vaticana. Según este testimonio, Combis había recibido sobornos de las inteligencias veneciana e inglesa a cambio de informes secretos, y con ese dinero consiguió una baronía que luego vendió en 1609. Como resultado de estas acusaciones y de otras lanzadas por el embajador

español en Venecia, fueron encarcelados Combis, su hijo Marcos y un sobrino.

Antes de ingresar en prisión, en 1617, Combis se ofreció al rey de España para reclutar en Nápoles una milicia destinada a guerrear en el norte de Italia. A cambio pidió una plaza de maestre de campo de infantería, el mando de una compañía para su hijo y que los oficiales que esa tropa fueran de nación griega o albanesa.

El rey Felipe III pidió al virrey, el duque de Osuna, que considerase la propuesta con atención y, tras estar encerrado en un castillo de Nápoles durante más de un año, el capitán estradiote fue puesto en libertad y rehabilitado en 1618. Pero, insatisfecho con la simple rehabilitación, Combis pidió justicia al Consejo de Italia y que fueran castigados quienes habían testificado contra él en falso.

A principios de 1620, Combis envió un nuevo memorial a Madrid en el que ofrecía al rey liderar, con rango de maestre de campo, una tropa de caballería albanesa destinada a la Guerra de los Treinta Años en Alemania, o un tercio de infantería de la misma nación. Pero la propuesta de Combis quedó en nada porque en junio de ese año el duque de Osuna dejó de ser virrey de Nápoles, iniciando su cuesta abajo política.

De la suerte del capitán estradiote, que contaba por entonces setenta y dos años, se sabe muy poco y su trabajo como agente secreto se fue desvaneciendo, lo mismo que los intentos por sublevar los territorios griegos rebeldes contra Turquía.

La conjura de Mesina

Los «avisos» de Levante fueron de importancia fundamental para que España pudiera conocer los movimientos de Turquía en el Mediterráneo y las fronteras del Imperio Habsburgo, como ya queda apuntado. Procedían, sobre todo, de Nápoles, Génova y la Orden de Malta, muy activa en el Mediterráneo oriental y en los territorios fronterizos turco-berberiscos del Imperio otomano, como Ragusa (Dubrovnik), Zante, Corfú, Túnez o Argel.

Los agentes hispanos tenían redes de espionaje muy eficaces en las islas bajo dominio veneciano, especialmente en Corfú, Cefalonia y Zante, por lo que muchos de esos avisos procedían también de cristianos asentados en los

dominios otomanos, mercaderes, viajeros que pasaban por los territorios balcánicos y del norte de África, renegados y contrabandistas.

Gracias a esta recogida de información secreta, entre 1678 y 1683 se tuvo conocimiento de que Giuseppe Marchese tramaba una conspiración contra la Corona hispana, con el apoyo del sultán Mehmet IV, para entregar la isla de Sicilia a los turcos desde la ciudad de Augusta. Al parecer, los mesineses rebeldes barajaban, además, otros nombres para ocupar el trono siciliano, como James Scott, hijo natural de Carlos II de Inglaterra, o el príncipe de Condé.

La conspiración se produjo en un momento aciago para la Monarquía Hispánica bajo el reinado de Carlos II «el Hechizado», presionada en el centro y el norte de Europa por el afán imperialista de Luis XIV y por el aún poderoso Imperio turco en el Mediterráneo.

La llamada «Guerra de devolución de Holanda» (1672-1678) había forzado a España a combatir en tres frentes, los Países Bajos, Cataluña y el Mediterráneo, y en este contexto tan comprometido surgió el levantamiento de Mesina —apoyado por Francia— para desestabilizar los centros de poder españoles en Nápoles y Sicilia. El resultado fue una rebelión armada contra la Corona Hispánica que se prolongó cuatro años (1674-1678) con apoyo de Francia y que a duras penas pudo ser sofocada.

La ayuda francesa a la revuelta tenía como objetivo controlar militarmente una parte de Sicilia para invadir el reino de Nápoles y debilitar la implantación española en Italia. Además de causas sociales, la rebelión enraizaba con la hostilidad administrativa-comercial entre las dos principales ciudades de la isla: Mesina y Palermo, y sus respectivas élites gobernantes. Mesina trató, incluso, de separarse del resto de Sicilia, con virreinato propio, aparte de Palermo.

Los sublevados de Mesina y las fuerzas francesas lograron al principio algunos éxitos, y en vista de la situación, España tuvo que trasladar tropas a Sicilia desde Cataluña, lo que hizo fracasar una ofensiva española en el Rosellón; pero el cardenal Portocarrero, virrey de Sicilia, resistió eficazmente hasta que los ataques franceses en la isla fueron rechazados y Mesina se rindió a la Corona hispana, siendo ya nuevo virrey siciliano Vicente Gonzaga, en marzo de 1678.

Una vez concluida la rebelión mesinesa, Sicilia seguía siendo un motivo de preocupación para las autoridades hispanas no solo por la presencia de la flota turca en la zona cretense de Candía y en Ragusa, próximas al litoral

siciliano, sino también por las conspiraciones de los mesineses enemigos de la Corona.

Los espías del virrey alertaron de que uno de los cabecillas de la revuelta de Mesina, Carlos Laganá, había ido a Constantinopla con propósito desconocido y, según el embajador, marqués del Carpio, los mesineses habían negociado entregar la Corona de Sicilia al príncipe de Condé, a James Scott o al sultán turco, aunque no llegaron a decantarse por ninguno de los tres.

Las sospechas de la existencia de un complot entre los mesineses y los otomanos cada vez cobraban más fuerza y, en enero de 1679, el Consejo de Estado ya tenía constancia —gracias a los informes del marqués del Carpio— de que los rebeldes pretendían invadir Sicilia, con desembarcos en el litoral entre Termini y Palermo, Bonagia y Augusta, contando con el apoyo de hombres y armas de Turquía. Un mes después, el marqués de los Vélez, Fernando Fajardo de Zúñiga y Requesens, informó a Madrid —por medio del general de la Compañía de Jesús— de que los conspiradores habían revelado al sultán los lugares exactos del desembarco y el número de personas que intervendrían en el levantamiento.

Sobre la conjura mesinesa llegaron informaciones de carácter secreto —a menudo contradictorias—, que incluían una petición de ayuda al bey de Túnez, realizada por el genovés Filippo Fungi, para que desembarcaran en Augusta cuarenta bajeles con treinta mil combatientes tunecinos y argelinos a cambio de un tributo anual, la entrega a los turcos de una plaza fortificada y la proclamación de Marchese como rey de Sicilia. En el plan de conquista participarían los hermanos Crisafi, Vincenzo Pellegrino, Vincenzo Marullo (duque de Gio Paolo), Fernando Furnari (duque de Furnari), Cosimo Caloria y Antonio Chinigó, que se hallaban repartidos entre Marsella y Niza.

El complot había sido planeado por los rebeldes mesineses que habían huido en barcos franceses al término de la sublevación de Mesina y recalado en Francia, creyendo posible salir vencedores en la insurrección gracias a la desventajosa negociación de España en la paz de Nimega (1678). Pero esas ilusiones no se cumplieron y, decepcionados con el acuerdo, los mesineses rebeldes fueron desterrados por Luis XIV. Este desengaño hizo que propusieran al sultán —con la mediación del bajá de Túnez— un plan para apoderarse de la isla siciliana.

Maniobra de engaño

Los informes procedentes de la inteligencia hispana en Livorno y Nápoles ponían en duda, sin embargo, que la conspiración de Marchese prosperase. Más bien se creyó que la maniobra era un engaño de los franceses cuyo verdadero objetivo era llevar la guerra contra España al norte de Italia, a los territorios de Génova, Saboya o Milán. El espionaje hispano pudo confirmar esta sospecha en el verano de 1680, cuando comprobó que los conjurados no disponían del apoyo del sultán. En realidad, todo había sido un ardid de la inteligencia francesa para atemorizar al Papado y entretener a los príncipes italianos, y el supuesto peligro turco quedó reducido a algunas actividades corsarias en el reino de Nápoles.

Mientras la inteligencia hispana decidía si acabar o no con la vida de Marchese, «para que no pueda con tal cabeza formar nuevas inquietudes», la situación se complicó cuando el mesinés marqués de Gallodoro se ofreció para infiltrarse en el grupo de los conspiradores y pasar la información al virrey. Gallodoro se presentó ante el gran duque de Toscana y dijo haber recibido una carta de los rebeldes de Niza, al tiempo que proponía actuar en esta ciudad como agente doble en el complot.

El duque transmitió la oferta al marqués del Carpio para que la hiciera llegar al Consejo de Italia, pero los conspiradores descubrieron las intenciones del marqués de Gallodoro y planearon asesinarlo cuando viajara a Niza o a Marsella, aunque al final abandonaron el plan ante el temor de ser detenidos por el gran duque toscano.

A la vista de los acontecimientos, el Consejo de Italia tan solo creyó necesario incrementar la vigilancia en Mesina y detener a los disidentes, pero sin aplicar medidas severas para no provocar el malestar popular. También se pidió la colaboración de Toscana y Saboya para impedir a los conspiradores transitar por sus territorios.

Las medidas emprendidas por el virrey de Sicilia, Francisco de Benavides Dávila, conde de Santisteban del Puerto, empezaron a dar resultados ante la poca consistencia de la conjura. Marchese y un grupo de seguidores salieron de Niza en barco —con escala en Livorno— y se dirigieron a Túnez, pero el desembarco en suelo tunecino se frustró y la mayoría de los conjurados acabaron en las islas de Hyères y en Antibes, donde fueron detenidos por el gobernador de la zona.

El embajador español en Génova, Manuel Coloma, ratificó el fracaso de la confabulación cuando el caballero mesinés Gonsalvo Pricopi entregó al diplomático una serie de cartas cifradas donde aparecían los planes del complot. Tal como suponía la inteligencia hispana, una vez terminada la

revuelta de Mesina de 1674, algunos mesineses rebeldes habían huido en barcos de la Armada francesa para refugiarse en territorio galo con la esperanza de que su causa fuera razón suficiente para ser amnistiados en la paz de Nimega. Al no conseguirlo, decidieron recurrir a un pretendiente inglés a la Corona de Sicilia, que tampoco les hizo demasiado caso. Finalmente, Luis XIV, promotor de la rebelión, se desentendió de ella y decidió desterrarlos y quitarles la subvención de cuarenta mil escudos.

Movidos por el deseo de venganza, Marchese y sus más fieles seguidores en Niza acordaron proponer al sultán —con el beneplácito del bajá tunecino — un plan para conquistar Sicilia. El enviado, Antonio Chinigó, dijo que había conseguido la aprobación del gran visir y que el ataque tendría lugar alrededor del 24 de junio con la toma de Augusta. Los fantasiosos planes incluían recuperar Mesina mediante una alianza con el sultán otomano por la cual la isla quedaría bajo dominio turco. Tras regresar a Niza, los conspiradores se reorganizaron; algunos consiguieron llegar a Túnez, pero solo pudieron servir al bey como combatientes en la guerra civil declarada contra su hermano.

En noviembre de ese mismo año, los espías del cónsul de Livorno tuvieron acceso a una serie de documentos de los mesineses en los que se pactaba la ayuda otomana. Era necesario obstaculizar esos planes, para lo cual el cónsul de Livorno propuso remitir al gran visir turco unas cartas falsificadas con el nombre de Marchese para que el sultán se sintiera engañado por los mesinenses, lo que probablemente acarrearía la muerte del cabecilla de la conjura a manos turcas. Pero el Consejo de Estado prohibió la operación. Algunos consejeros consideraban poco de fiar al cónsul, y tampoco confiaban mucho en el gran duque de Toscana, que mantenía correspondencia habitual con el sultán.

Los manejos de Marchese en Constantinopla no dieron el resultado esperado. Además, según la información recogida por la Orden de Malta, el proyecto de invadir Sicilia solo era fruto de la desesperación y parecía más que improbable, puesto que la flota otomana no estaba bien dispuesta en ese momento, y en los meses siguientes el destino de los únicos preparativos previstos para sus galeras irían dirigidos al cobro de impuestos en los dominios del sultán.

Aun así, la inteligencia hispana seguía recibiendo nuevas de los conjurados, que avisaban de que los otomanos preparaban el asalto a Sicilia, aunque, según el virrey de Nápoles, tan solo se trataba de una invención propalada por los conspiradores asentados en Marsella, Livorno y Roma. Los

principales cabecillas, entre ellos Marchese y sus hijos, vivían en la pobreza en Constantinopla, y otros habían abandonado Túnez para sobrevivir de la caridad pontificia en Roma.

Por entonces, Francisco Bernardo de Quirós, espía español en Roma, envió información puntual de los mesineses y sus adeptos que aún estaban implicados en la rebelión. Uno de ellos era el fraile teatino Próspero Granata, que informaba —mediante un fraile agustino de Génova y del príncipe Mario en Roma— al cabecilla mesinés Onofrio Gabrielli, que estaba encarcelado por orden del papa.

De nuevo surgieron rumores de un ataque a la isla Sicilia desde la ciudad de Augusta, pero todo acabó en nada. El espionaje de la Orden de Malta confirmó que el entendimiento de los mesineses con el sultán era un engaño y que Sicilia no corría peligro alguno, porque en aquel momento el ejército turco estaba en guerra con Hungría.

A partir de 1683, la posibilidad del ataque se hizo aún más remota, puesto que el Imperio otomano se vio envuelto en diversas contiendas contra el Imperio Habsburgo, Polonia, Venecia y Rusia. Así pues, la principal preocupación hispana pasó a ser Francia, con la Guerra de los Nueve Años iniciada en 1688, cuando ya empezaba a vislumbrarse que moriría sin sucesión Carlos II, el último monarca español de la casa de Austria.

Parte III
Europa: la guerra oscura

8
Los secretos de Flandes

Los dominios hispanos en Europa en los siglos XVI y XVII eran la base del poderío de la casa de Austria. Desde Flandes, el Franco Condado, Lombardía, el sur de Italia y el Mediterráneo, la Monarquía Católica mantuvo unido un mosaico de estados diversos, con leyes y mentalidades diferentes, que era preciso defender no solo con las armas de sus tercios, sino también con la guerra oculta que llevaban a cabo los diplomáticos, soldados y agentes secretos del Imperio.

Flandes, Inglaterra, Borgoña, Italia y Alemania fueron las trincheras secretas que el espionaje español tuvo que proteger contra las potencias europeas de su entorno, una guerra solapada que España mantendría, con suerte cambiante, hasta los estertores del siglo XVII.

Como afirma el profesor Miguel Ángel Echevarría Bacigalupe, de la Universidad del País Vasco, el organigrama de los servicios secretos de la Monarquía Hispana estuvo marcado por la concentración del poder real y las circunstancias de la guerra, que obligaron a crear tres niveles de inteligencia: la información del ejército, que se venía haciendo tradicionalmente; la del poder cívico-militar representado por el gobierno general de Flandes, y la que emanaba de la corte de Madrid.

Cada uno de estos escalones procuraba captar agentes entre la población flamenca, la colonia española de los Países Bajos y los residentes extranjeros. Se trataba de un conglomerado humano muy diverso que incluía a hombres de negocios, militares, funcionarios, cortesanos, aventureros y religiosos, procedente de todos los estamentos sociales.

Los agentes secretos y los espías eran reclutados tanto por los jefes militares como por los embajadores o funcionarios del gobierno general con sede en Bruselas, y resultaba habitual la rivalidad entre redes de distinto origen. La financiación dependía de los gastos secretos, que se incluían en el

presupuesto militar o del gobierno de Flandes en el capítulo de partidas especiales.

Al tratarse en realidad de una guerra civil, las motivaciones que empujaban al reclutamiento de espías en Flandes tenían mucho que ver con la fe religiosa y el patriotismo local, incluyendo la fidelidad al rey en el caso de los flamencos leales a España. En el bando hispano, la actuación de Alejandro Farnesio, como sucesor de Juan de Austria en el gobierno de los Países Bajos, fue muy importante para reforzar las redes de inteligencia. Los servicios secretos bajo su control contribuyeron a reconquistar muchos territorios perdidos en campañas anteriores (con gente tan competente en los manejos secretos como Alberto Struzzi) y a rendir plazas fuertes mediante pactos ocultos.

En opinión de Bacigalupe, la diplomacia secreta de Farnesio era considerada en Madrid demasiado «blanda», y desde el gobierno hispano se pedía más dureza en las acciones secretas, sin excluir atentados para acabar con la vida de jefes rebeldes, como la del propio Guillermo de Orange, líder de la sublevación, asesinado en 1584. Un tipo de acciones que los orangistas llevaron a cabo también muchas veces contra destacadas figuras del bando hispano, con envenenamientos y muertes todavía sin definitiva aclaración, como ocurrió probablemente en los casos de Juan de Austria y el cardenal-infante don Fernando, que falleció en Flandes tras una larga agonía.

Los protestantes no se limitaron a defenderse en los Países Bajos; también realizaron acciones subversivas en el territorio peninsular hispano, con luteranos que espiaban con permiso de Francia en los Pirineos y filtraban agentes en España. Incluso en la propia corte madrileña se producían luchas entre facciones que, en algunos casos, ayudaban al enemigo, sin excluir la venta de secretos, como ocurrió con el secretario Antonio Pérez.

Alberto Struzzi, jefe de la inteligencia de Alejandro Farnesio, entró a formar parte de la nueva corte en Bruselas, y para la inteligencia hispana fue un gran fracaso el asalto a Cádiz en 1596 por una flota angloholandesa, que no supo informar a tiempo del ataque.

Al acabar el siglo XVI se reorganizaron los servicios de inteligencia en Flandes y se estableció una secretaría de Estado y Guerra en 1594, a cuyo mando solo había un responsable último ante Madrid. Cuando en la corte se creó la Superintendencia General de las inteligencias secretas (los espías mayores), a cargo de Juan Velázquez de Velasco, esas funciones se extendieron a Flandes, en el sur, y a las Provincias Unidas, en el norte.

Al firmarse la Tregua de los Doce Años en 1609, y a pesar de la suspensión de las hostilidades, el espionaje de ambos bandos continuó siendo muy activo, con nuevas redes de agentes que actuaban en todo el territorio de los Países Bajos. Así, desde Flandes se intentó socavar al régimen calvinista holandés azuzando disensiones internas, labor en la que destacaron dos agentes: Diego López Sueyro y su hijo Manuel, muy activos en el espionaje realizado desde Bruselas con apoyo de las embajadas en Francia, Inglaterra y el Imperio Habsburgo, al que se añadió la Santa Sede en 1596, con la creación de una nunciatura en Flandes.

En puntos estratégicos de la Corona hispana, como eran los Países Bajos, las redes de inteligencia incluían organizaciones privadas vinculadas al poder central mediante contrato. La información procedente de estas fuentes era transmitida a España, y se analizaba en el Consejo y las secretarías de Estado. Como ya hemos visto, en los últimos años del reinado de Felipe II esta función recayó también en el cargo de espía mayor o superintendente de las inteligencias secretas, que fue quedando vacío de contenido práctico —como apunta la especialista en el tema Asunción Retortillo Atienza— debido al ascenso de los validos en la corte, que absorbieron las funciones del monarca.

Atentado en Amberes

En un intento por eliminar al estatúder Guillermo de Nassau, príncipe de Orange y cabeza de la rebelión contra España, el servicio secreto de Felipe II organizó varios atentados, el último de los cuales acabó con la vida del prócer holandés.

Orange había sido declarado fuera de la ley en junio de 1580 por su condición de rebelde a su señor natural Felipe II, y se puso precio de veinticinco mil escudos a su cabeza, una fortuna en esa época. En uno de esos intentos, el duque de Alba encargó el atentado al capitán Nicolò Albanés, en 1573, que fracasó debido a la poca experiencia e ignorancia del idioma holandés. También hubo otra intentona a cargo de Antonio de Guaras, comerciante y diplomático oficioso en Londres tras la expulsión del embajador Guerau de Spes, sin que exista mucha noticia al respecto.

El tercer complot para apuntarse la muerte de Orange se urdió en 1582 y estuvo a cargo de Gaspar de Añastro, comerciante vitoriano radicado en

Amberes, y su empleado Juan de Jáuregui.

Por esas fechas, Añastro estaba al borde de la bancarrota porque había perdido dos barcos cargados de mercancía en una galerna frente a Laredo; otro, desviado por las tormentas hasta el puerto inglés de Falmouth, fue apresado y sus tripulantes encarcelados, además de serles requisadas las mercancías. A estas pérdidas se añadió el fracaso de una operación comercial de casi dos mil libras en letras de cambio impagadas. En tal situación, el vitoriano estaba dispuesto a todo por eludir la ruina, y la ocasión se le presentó si conseguía la sustanciosa recompensa prometida por el rey para acabar con la vida del estatúder.

La conspiración fue tomando forma en Lisboa a través de Juan Martínez de Insunza, también vitoriano y primo de Añastro. Un personaje importante que había sido contador y proveedor en Flandes en el ejército del duque de Alba, y que en ese momento era proveedor general de las galeras de España. Desde Lisboa, donde estaba entonces la corte de Felipe II, Insunza entabló correspondencia con Añastro. En las cartas se menciona un «negocio de grandísima importancia» que supondría un gran honor y beneficio para Añastro. La alternativa era clara: ganar un montón de escudos que acabarían con sus problemas económicos y el ingreso en la orden de Santiago a cambio de matar a Orange. La garantía del pacto era un documento firmado por Felipe II que Martínez de Insunza guardaba en su poder.

Con muchos escrúpulos de conciencia a cuestas, Añastro dudaba. Se le planteaba un problema moral y lo consultó con el fraile dominico Antonio Timmermans, quien tampoco veía justificado el atentado porque —decía— «no es lícito comprar con dinero la vida de otra persona». Acorralado por las deudas, el mercader vitoriano acalló los escrúpulos. Se creía respaldado por la autoridad del rey, «que es persona pública, y al poner precio a la cabeza de Orange, ha encomendado esa misión a cualquiera que esté dispuesto a ello».

A todo esto, Añastro intentó convencer a un joven bilbaíno que trabajaba de escribiente en su despacho comercial, Antonio Venero, a quien una acción de tal envergadura le venía grande. Venero no se decidía y le pasó el encargo a otro bilbaíno de diecinueve años poco avispado, Juan de Jáuregui, que aceptó el encargo.

Los preparativos del atentado fueron minuciosos. Añastro proporcionó a Jáuregui los medios y la fecha, y luego se trasladó a Brujas, ciudad de Flandes bajo dominio hispano. Por el encargo, el bilbaíno aceptó unas tres mil coronas. La realización del golpe fue bastante simple y tuvo lugar el domingo 18 de marzo de 1582 en Amberes. Orange había terminado recientemente de

almorzar durante unos festejos que celebraban el cumpleaños del duque de Anjou, aliado de los holandeses, que acababa de ser nombrado duque de Brabante y aspiraba a coronarse rey de los Países Bajos.

Con el pretexto de presentarle una solicitud escrita, Jáuregui se aproximó al estatúder y, justo en el momento de recoger el papel y darse la vuelta, le disparó con la pistola que Añastro le había proporcionado. La bala le atravesó el paladar y la mejilla izquierda y el príncipe de Orange se salvó de milagro, porque, al parecer, el bilbaíno cargó demasiado la pistola y el cañón reventó. Jáuregui intentó escapar, pero murió acuchillado por la escolta de Orange, y su cadáver descuartizado quedó colgando en la plaza pública, a las puertas de la ciudad, con la cabeza clavada en un baluarte.

En un rápido registro del cadáver, los holandeses descubrieron, además de algunas cruces y escapularios, varios documentos escritos en español. Llevaba también algún amuleto (luces y velas verdes), que posiblemente servían para hacerle creer que se volvería invisible después del atentado y así podría escapar con facilidad.

El estatúder estuvo dos semanas a punto de morir, pero los médicos —y los cuidados de su mujer, Carlota de Borbón, y de su hermana María— lograron salvarle. Los investigadores holandeses siguieron pronto el rastro de la conspiración y descubrieron a los cómplices. Venero y el dominico Timmermans fueron ahorcados y descuartizados.

Añastro nunca recibió la recompensa prometida para saldar sus deudas. Alejandro Farnesio, gobernador de Flandes, se la negó por razones éticas (como caballero le disgustaban los medios utilizados) y por otras más prácticas y evidentes, como la torpeza de la ejecución, que no logró su objetivo y dejó un rastro de víctimas y pruebas que apuntaban a la Corona hispana.

Por voluntad divina

El atentado definitivo contra Guillermo de Orange lo realizó Balthasar Gerard, un súbdito católico de Felipe II, motivado ideológicamente para librar a los Países Bajos de la «peste pública» encarnada en la figura del estatúder rebelde.

Gerard era un idealista totalmente afecto a la causa de España, un personaje muy alejado de la imagen del conspirador endurecido en intrigas y lances de espionaje. Se trataba, en realidad, de un aficionado dotado de una

voluntad mesiánica en el cumplimiento de su objetivo: matar al líder holandés.

El atentado se llevó a cabo con cierta sorpresa inicial del servicio secreto hispano, que desconfiaba de que el autor fuese capaz de ejecutar el magnicidio. Así lo corroboraba una carta que Alejandro Farnesio (responsable del espionaje español en Flandes) remitió a Felipe II poco después de morir Orange:

> Al principio, cuando se me vino a ofrecer, dudé de que podría salir con su intento: pero en fin, informado más particularmente de él, le encaminé a ello, si bien por diferente [camino] del que habían ido ya otros antes de él, sin conocerse ni saber los unos de los otros, que eran todos franceses, loreneses, ingleses y escoceses y del país, por no poder emplear en semejante cosa español ni italiano, por ser en cualquier hábito tan conocidos. Y fue Dios servido que de quien menos cierto le hacía, saliese, como se dice, con él, y acabar con un hombre tan pernicioso y que pudiera causar tanto daño y mal a la cristiandad, a su Santo servicio y al de Vuestra Majestad.

Estas palabras, por otra parte, atestiguan que Gerard actuaba como instrumento del servicio secreto hispano en la realización del atentado, trabajando como un auténtico agente infiltrado entre los calvinistas y haciéndose pasar por un perseguido religioso y devoto del protestantismo.

Gerard había nacido en 1557 en Vuillafans, en el Franco Condado, una región borgoñona muy leal a la Corona hispana hasta finales del siglo XVII, cuando Francia anexionó el territorio. Era uno de los once hermanos de una familia católica y un profundo admirador de Felipe II. Había estudiado leyes en la Universidad de Dôle, y no parecía tener ocupación fija cuando llegó a sus oídos que Felipe II ofrecía una recompensa de veinticinco mil coronas por la cabeza de Guillermo de Orange, «peste del conjunto a de la Cristiandad y enemigo de la raza humana», como lo calificaba el monarca católico.

Tras conocer la remuneración garantizada por el rey, Gerard marchó a Luxemburgo y allí supo que el bilbaíno Juan de Jáuregui había planeado la muerte del dirigente holandés en Amberes. Entonces abandonó Luxemburgo y viajó a Tréveris, donde elaboró un plan con la colaboración de un jesuita, que le pidió informar a Alejandro Farnesio. De acuerdo con esto, se reunió en Tournay con un franciscano llamado Gery, al que escribió una carta con copia para su custodia en ese convento. La misiva original se la entregó el propio Gerard a Farnesio, añadiendo el comentario de que «el vasallo debería preferir siempre la justicia y el deseo del rey a su propia vida».

Entregado por completo a su idea, el francontés explicó al jefe militar de Flandes su plan, que este acogió con escepticismo, aunque Gerard no entró en detalles sobre la ejecución del atentado. Pese a la desconfianza inicial, quizá porque pensó que no había mucho que perder, Farnesio introdujo a Gerard en

el engranaje del espionaje hispano, y este le dejó por escrito el proyecto en abril de 1584. Antes pidió ser absuelto por el pecado de tener que codearse durante algún tiempo con herejes y ateos, y acomodarse a sus costumbres.

En esta primera fase del atentado, Gerard carecía de plan de huida, lo cual, seguramente, no le importaba demasiado, y supo que el príncipe de Orange dormía solo y desarmado. Tampoco vio mucha guardia alrededor y pensó que no le sería muy difícil cumplir su objetivo. El atentado anterior en Amberes, que estuvo a punto de acabar con la vida de Orange, renovó sus fuerzas para cumplir la misión que se había fijado.

Dos años después del intento de asesinato en Amberes, coincidiendo con la muerte del duque de Anjou, aspirante a la Corona de Flandes, Gerard se presentó en la ciudad holandesa de Delft, no lejos de La Haya. Allí no le conocían y se hizo pasar por un emisario para informar al príncipe de Orange del fallecimiento del duque francés. Sin mostrar la menor desconfianza, el estatúder le pidió que se enrolara en el ejército holandés para combatir en alguna ciudad de Flandes, pero Gerard no se decidió a abandonar Delft. Vagó durante meses por los alrededores del palacio de Orange, viviendo en la miseria, casi de limosna, comiendo de los restos que encontraba en las cocinas.

Se cuenta que, por esas fechas, merodeando en el patio de la residencia del caudillo holandés, un alabardero de guardia le preguntó qué hacía allí. Gerard se excusó diciendo que con sus harapos y con los zapatos rotos no podía unirse a los fieles de una iglesia cercana. Y el alabardero, apiadándose de su pobreza, le dio algún dinero para sobrevivir. Otros dicen, incluso, que fue el propio Guillermo de Orange quien le dio doce coronas cuando vio la lastimosa situación de Gerard. Sea como fuere, lo cierto es que con ese dinero Gerard se apresuró a comprarle a un soldado un par de pistolas, con su correspondiente munición, con el pretexto de que los caminos eran inseguros para ejercer de mensajero.

Según la versión que da el escritor mexicano Juan José Arreola, Gerard cargó cuidadosamente las pistolas y volvió al palacio. Con el pretexto de que iba en busca de un pasaporte, «llegó hasta el príncipe y expresó su petición con voz hueca y conturbada. Se le dijo que esperara un poco en el patio. Invirtió el tiempo disponible planeando su fuga, mediante un rápido examen del edificio».

Gerard debió de esconderse cuando vio a Guillermo de Orange subir las escaleras del patio hacia el segundo piso y despedirse del capitán galés Roger Williams, que se arrodilló ante el estatúder. Fue entonces, 10 de julio de 1584,

cuando el espía francontés salió del rincón oscuro donde estaba oculto y disparó dos veces contra el dirigente holandés. «El príncipe alcanzó a murmurar unas palabras y rodó por la alfombra, agonizante», dice Arreola. Se cree que lo último que dijo fue: «Dios mío, ten piedad de mi alma y de este pobre pueblo».

Tras los disparos, Gerard escapó por una puerta lateral hacia las caballerizas del palacio y corrió perseguido por el capitán Williams. Su intención era saltar desde un terraplén al sitio donde tenía preparado un caballo al otro lado de un foso. Atada a la cintura llevaba una vejiga de cerdo para ayudarle a flotar y sortear el agua de la zanja.

Estuvo a punto de conseguirlo, pero no pudo saltar la tapia de un huerto que le cerraba el paso. Fue apresado por un cocinero y un alabardero, y, cuando sus captores le llamaron traidor, respondió con serenidad:

—No soy un traidor, soy un súbdito leal de mi señor.

—¿Qué señor? —le preguntaron.

—De mi amo y señor el rey de España.

Según la versión holandesa, Gerard no mostró arrepentimiento alguno y solo le hallaron encima unas estampas piadosas y las vejigas de cerdo desinfladas con las que pretendía atravesar el foso para escapar. Entre puñetazos y golpes de espada, Gerard fue llevado a rastras al interior del palacio de Orange, donde empezaron los interrogatorios, que pronto pasaron a torturas.

En la primera noche de su cautiverio fue colgado de un palo y azotado a latigazos. Después sus heridas se untaron en miel y se llevó una cabra para que lamiera la miel con su afilada lengua. Tras estos suplicios, que duraron tres días, colgado de un palo con las manos atadas a la espalda, al desgraciado Gerard se le añadió un peso de trescientas libras (unos ciento cuarenta kilos) de los dedos gordos de los pies, y luego le calzaron dos zapatos de piel de perro aceitados más cortos que sus pies.

> En este estado se le llevó ante un fuego. Cuando los zapatos se calentaron se contrajeron aplastando sus pies. Cuando le retiraron los zapatos, su piel chamuscada se había desprendido de la carne […]. Tras esto se le vistió con una falda empapada en alcohol, se vertió grasa ardiente sobre él y se introdujeron clavos afilados bajo sus uñas… Entonces los magistrados sentenciaron que se le debía quemar la mano derecha con un hierro al rojo, y después separar la carne de sus huesos con tenazas, destriparle y descuartizarle vivo. Su corazón debía sacarse de su pecho y serle arrojado en su cara; finalmente se le decapitaría.

Lo que quedaba de su cuerpo fue ahorcado en la plaza mayor de Delft.

Felipe II recompensó a los padres de Balthasar Gerard con posesiones en el Franco Condado y la familia recibió un título nobiliario. Más tarde, esas

tierras le fueron ofrecidas a los descendientes de Guillermo de Orange con la condición de que la familia de Gerard siguiera percibiendo parte de las rentas, pero los parientes del estatúder rechazaron el ofrecimiento, por lo que siguieron siendo propiedad de los familiares del autor del magnicidio.

Se dice también que un tal Sasbout Vosmeer intentó conseguir que se canonizase a Gerard. Con este fin robó su cabeza y la mostró a los representantes del papa en Roma, pero la Iglesia se desentendió del asunto.

Las redes de Ambrosio de Spínola

Dada la importancia de la información del espionaje en Flandes, era esencial el control de las redes de inteligencia en ese país, seriamente comprometido en ocasiones por el asalto o la pérdida de los correos. Así ocurrió cuando Ambrosio de Spínola entró en el Palatinado alemán con el ejército español de Flandes. El elector y señor del Palatinado, Federico V, había aceptado la Corona de Bohemia que le disputaba el rey de Hungría y futuro emperador Fernando III. Para apoyarle y obligar al elector a devolver Bohemia, territorio con fuerte presencia protestante, España dispuso invadir el Palatinado. Pero la ejecución de la invasión se demoró peligrosamente porque el Consejo de Estado tardó en decidir si Spínola debía encabezar el ejército como maestre de campo general a las órdenes del gobierno de Bruselas o como capitán general del rey Felipe III. Este retraso puso en grave riesgo la entrada del ejército hispano en el estratégico enclave en 1620. El nombramiento le llegó a Spínola cuando ya había partido de Bruselas al frente de los tercios y estaba atravesando las fronteras del disputado territorio.

Spínola, además de disponer de la cifra general de la Corona, tenía una cifra propia y exclusiva en Flandes para comunicarse con Felipe III y el valido duque de Lerma, algo muy excepcional. La primera cifra personal la recibió Spínola en 1605, en el curso de las negociaciones llevadas a cabo en Valladolid con el duque de Lerma para determinar la estrategia de la ofensiva definitiva que permitiera al ejército de Flandes acabar con la rebelión holandesa. Como resultado de estas gestiones, Spínola obtuvo el control absoluto, militar y financiero, sobre los tercios, ya que acumulaba los cargos de capitán general y superintendente de la Hacienda del ejército de Flandes.

La necesidad de una cifra propia resultaba crucial en el caso de Spínola, no solo por consideraciones militares, sino porque trataba temas con el rey a espaldas de los propios archiduques, lo que podía complicar la relación existente entre la corte de Madrid y el gobierno en Bruselas. La cifra utilizada entre Spínola y la Corona seguía el sistema de la cifra general, pero con una tabla de encriptado propia.

El papel de Spínola en la política exterior hispana, además de las responsabilidades militares, políticas y económicas en la gobernación de Flandes y en los consejos de Estado y Guerra, le aseguraron un sistema de comunicación privilegiada con el gobierno de Madrid desde Flandes.

El capitán general solía enviar dos cartas a Felipe III, una de ellas sin cifra, abierta a embajadas y ministros, y la otra contenía una cifra exclusiva para el rey. Este sistema de comunicación permitió a España estar al día en las negociaciones de la Tregua de los Doce Años, cuya primera fase se celebró en La Haya en 1608, en un ambiente de profunda desconfianza, con proliferación de espías por la parte holandesa. La comunicación directa secreta entre el rey y Spínola permitió avanzar con celeridad en las negociaciones, marginando a la gobernación de Bruselas, que no entendía los mensajes cifrados que el capitán general utilizaba con su clave propia para comunicarse con España.

En otras ocasiones, para evitar que pudieran ser interceptados los correos de Flandes enviados a Madrid, Spínola utilizó mensajeros personales con hombres de total confianza, tales como sus secretarios Virgilio Piliasco, Octavio Visconti o Felice Virago. Para evitar ser reconocidos solían viajar disfrazados o camuflados de sirvientes al atravesar Francia.

La técnica de cifrado que utilizaba Spínola para enviar sus documentos consistía en un nomenclátor compuesto por parejas de números, dos alfabetos (uno de letras y otro de sílabas) y un diccionario en clave de personas, lugares o instituciones. Pero, además, para confundir a sus adversarios o personas sospechosas, también empleaba con frecuencia la desinformación, divulgando noticias falsas.

En el tiempo que duraron las negociaciones para la Tregua de los Doce Años, la ciudad de La Haya se convirtió en un nido de intrigas diplomáticas y espionaje. Como Spínola era consciente de ser permanentemente espiado por el servicio secreto holandés, para asegurarse la comunicación con Bruselas encargó a su secretario Felice Virago que llevara en mano toda la correspondencia que mantenía con los archiduques y el rey. Como refuerzo de la seguridad, además de estar encriptadas, las cartas en muchos casos contenían información falsa o dudosa, con textos que trataban varios asuntos

aparentemente contradictorios, ocultando así el verdadero sentido del documento.

En Flandes, igual que en otros territorios de la Monarquía Hispánica, los embajadores controlaban tanto la diplomacia oficial como la secreta, pero Spínola disponía de recursos propios que le permitían actuar al margen del embajador español. Por sus manos pasaban todas las cosas de España en Flandes, hasta el punto de dejar prácticamente sin contenido las funciones efectivas de la representación hispana en Bruselas. Por la estrecha relación que mantenía con el rey, el duque de Lerma y el archiduque Alberto, el capitán general retenía el control de todas las actividades secretas de la política exterior española, lo que terminó creándole muchos enemigos en el Consejo de Estado.

Con la gestión de sus propias redes de espionaje, Spínola estaba informado secretamente de todos los asuntos militares y financieros de Flandes, así como de cualquier negociación diplomática en curso. En su doble faceta de hacendista del ejército y líder militar, la línea divisoria de su actuación era muy difusa. Disponía de un gran número de informantes secretos vinculados a su familia genovesa, y esto le facilitó extender una red de agentes y banqueros por toda Europa y combinar sus actividades económicas con el manejo de la maquinaria militar de los tercios a sus órdenes.

Así, había miembros de la familia Spínola establecidos en las ciudades más importantes de Europa, dedicados al préstamo de dinero y a las actividades financieras y comerciales, que estaban asociados a su vez con otros banqueros o comerciantes repartidos por el mundo. Una amplia y compleja red que el capitán general manejaba con habilidad bancaria al servicio de los intereses españoles.

Spínola utilizó esos contactos familiares, empeñando tanto su fortuna personal como su prestigio militar, para recabar la información que necesitaba en sus campañas con los tercios. Como señala la profesora Retortillo Atienza:

> Cualquier ejército que moviese un número significativo de soldados, como el de las Provincias Unidas que reunía más de diez mil hombres cada año para salir en campaña, necesitaba víveres y dinero. Ambos se obtenían negociando en las plazas de comercio europeas. Y en todas ellas Spínola tenía un agente directo, un familiar, o un conocido que podía facilitar el rastro que dejaba este tipo de gestiones militares.

La red de los Sueyro

En Flandes, además de la red de inteligencia «oficial», desde 1606 funcionaba otra red de información privada en contacto directo con la Corona hispana. La formaban un grupo de agentes portugueses de origen judeoconverso residentes en Amberes, que dirigía Diego López Sueyro y su hijo Emanuel, e informaban sobre la situación económica, política y militar de los Países Bajos. Entre esta red secreta y la que mantenía la gobernación general en Bruselas existía con frecuencia una rivalidad sorda por las competencias habituales en el desempeño del mismo cometido.

Diego López Sueyro era comerciante asentista establecido en Amberes y gozaba de amplio crédito en la corte española por sus vinculaciones económicas. Agrupando a una serie de informadores privados que trabajaban bajo su control, Diego López montó una red de agentes en territorio holandés dedicada a obstaculizar el contrabando en las Provincias Unidas y asesoró en todo momento a Spínola durante la negociación de la Tregua de los Doce Años. Eso no impidió que en 1611 el archiduque Alberto ordenase encarcelar a Diego López por creer que conspiraba para expulsar a los holandeses del estratégico puerto de Sluis, lo que hubiera supuesto quebrantar la tregua acordada en 1609, como deseaba el sector español más «duro» en Bruselas.

Llamado a Madrid en 1617, Sueyro reclamó a la Corona importantes cantidades que se le debían por sus tareas de inteligencia y como asentista y comprador de juros. A partir de entonces, la actuación de Diego López como agente de la inteligencia hispana se desvaneció y pasó varios años intentando que le fueran reembolsados los adeudos.

Las tensiones internas de la inteligencia hispana en Flandes tenían mucha relación con las divisiones políticas del propio gobierno en Madrid. Uno de los bandos estaba encabezado por el duque de Lerma, partidario de la solución pacífica de los conflictos, y el otro, por el condestable de Castilla, Juan Fernández de Velasco, inclinado a intervenir *manu militari* en los enfrentamientos. Entre los que apoyaban al condestable se encontraban Diego López de Ibarra, Agustín Mexía, el marqués de la Laguna y Luis Velasco, general de la caballería en Flandes, todos ellos buenos conocedores de la situación flamenca. En el bando opuesto, junto al archiduque Alberto y Ambrosio de Spínola, estaban los partidarios de la moderación y la busca de entendimiento, como el confesor del archiduque, Íñigo de Brizuela, y su mayordomo mayor, Rodrigo Lasso.

En esta pugna sorda, los Sueyro mantuvieron una relación muy estrecha con los embajadores españoles en Bruselas y se decantaron claramente por el bando contrario a Spínola y el archiduque. Las cosas se tensaron todavía más cuando Emanuel pasó a dirigir su propia red secreta, ya que los Sueyro sugerían directamente al Consejo de Estado actuaciones contrarias a las que sostenía Spínola, rivalidad que perjudicaba a la gobernación general de Bruselas.

Recelos continuos

Con la llegada a Bruselas en 1619 del nuevo embajador Alonso de la Cueva y Benavides, marqués de Bedmar (hablamos de él en el capítulo 6), el gobierno español pidió a Emanuel que se entendiese con Spínola y le informara de sus actuaciones, pero subsistió la desconfianza entre ellos y los roces fueron continuos. A estas tensiones se añadieron las quejas de los mencionados asentistas por la tardanza en los envíos de dinero para pagar a sus informadores, así como la renuencia por parte de los nobles españoles a que los Sueyro recibieran títulos nobiliarios en recompensa a sus servicios, ya que veían con recelo la actividad de los conversos.

Desde su puesto de embajador, Bedmar dirigió la red oficial de espionaje en los Países Bajos y siempre miró con suspicacia a los espías que manejaba Sueyro, que en muchos casos trabajaban al margen de los archiduques Alberto y su esposa Isabel Clara Eugenia, una mujer de gran carácter y notable entendimiento político. Las cosas se complicaron todavía más porque Sueyro solo recibía órdenes directas de la corte y esto disgustaba sobremanera a los archiduques y al propio Spínola. El resultado fue que terminaron pidiendo al rey la destitución del comerciante espía, pero no lo consiguieron por el permanente apoyo que el conde-duque de Olivares y los reyes le prestaron.

Emanuel Sueyro, que heredó el puesto de su padre Diego, unió a sus actividades como agente secreto de la Monarquía Hispánica los negocios de la casa familiar y se convirtió en un poderoso asentista de la Hacienda Real, siempre escasa de dinero. Según el profesor Echevarría Bacigalupe, no hay duda de que Emanuel desempeñó un papel principal en la financiación de créditos destinados a cubrir las muchas necesidades de la Monarquía Hispánica. A la muerte de su progenitor, se haría con el control total de la red

privada de la Corona para enviar sus avisos a Madrid a través de colaboradores instalados en Flandes.

La información obtenida solía enviarse en forma de relaciones escritas, casi siempre cifradas, y los mensajes codificados podían estar escritos con tinta invisible o también ocultos dentro de los más variados objetos, dependiendo de la imaginación del espía.

Poco a poco, bien asentado económicamente —señala Bacigalupe—, Emanuel se fue dedicando a las ocupaciones intelectuales y al espionaje hasta abandonar el mundo de los negocios.

Según el contrato en 1621 con la Corona hispana, los Sueyro debían percibir por la información secreta que enviaban unos 14 500 escudos anuales, pagaderos por intermediación de la Compañía de Jesús para no dejar rastro. No es extraño que Spínola se molestase al saber que, como superintendente general del ejército de Flandes, su presupuesto para gastos secretos solo llegaba a los cinco mil escudos al año.

La partida del pago destinado a las actividades secretas —según informe del Consejo de Estado en abril de 1617— oscilaba entre el 2 % y el 5 % del total presupuestado y encubría los nombres de los espías y las cantidades concretas que percibían. Cuando el duque de Lerma cayó en desgracia, esta información la aprovecharon sus enemigos en la corte y el Consejo de Estado para pedir que se formase una Junta de Hacienda en Bruselas y se indagase sobre esas cuestiones, hasta entonces veladas a la Hacienda española.

Emanuel dejó tras de sí una extensa labor en la sombra y una abundante correspondencia en torno a sus trabajos como espía, y tras morir en 1629 (por causas desconocidas), cuando contaba cuarenta y dos años, los servicios secretos españoles en Flandes se reestructuraron para adaptarse a nuevas misiones.

Recompensado por sus servicios secretos con los títulos de señor de Voorde, chambelán real y caballero de la Orden de Cristo portuguesa, Emanuel estaba considerado uno de los grandes especialistas en la figura de Tácito. Tradujo al castellano en Madrid, en 1614, las obras de este clásico latino y las de Salustio y Cayo Veleyo Patérculo, además de ser autor de dos libros sobre los Países Bajos y alcanzar reconocida fama por sus conocimientos matemáticos.

Entre los informadores que daban cuenta al rey de lo que sucedían en los primeros años de la rebelión flamenca, destacan dos personajes que actuaron como agentes del rey: Lorenzo de Villavicencio y Alonso del Canto.

Natural de Jerez de la Frontera, Villavicencio profesó en el convento agustino de esa ciudad en 1538. Tras estudiar en Salamanca teología y filosofía, marchó a Flandes en 1551 y prosiguió estudios en Lovaina, donde se doctoró en 1558. Dos años después se instaló en el convento agustino de Brujas, ciudad que contaba con una importante colonia de comerciantes españoles.

Villavicencio vivió en Flandes hasta 1566, ejerciendo como capellán y predicador, y por entonces entró al servicio de Francisco de Eraso, secretario de Estado, quien le encargó —en nombre del rey Felipe II— que le mantuviera informado de los asuntos flamencos con cartas y memoriales, una tarea que el fraile teólogo aceptó con entusiasmo: «Con secreta curiosidad —dice el cronista jesuita Famiano Estrada—, en Brujas lo espiaba casi todo y lo remitía por cartas a España». Cuando llegó a Flandes, se propuso compaginar su actividad de confidente con la reforma de la orden agustina, tras desmoronarse la vida religiosa por el auge del protestantismo y la proliferación de secularizaciones que se produjeron en los Países Bajos y Alemania.

En cuanto a Alonso del Canto, hidalgo nacido en la localidad segoviana de Santa María de Nieva, era contador de sueldo de las guarniciones españolas, responsable de inspeccionar las operaciones financieras en Amberes. Pero no fue ese su único cometido, ya que desde 1561 se le asignó la ingrata tarea de rastrear y repatriar a los herejes españoles que residían en Flandes.

Canto llevó a cabo varias misiones en Alemania y los Países Bajos. Entre 1561 y 1566 informó secretamente a la corte española desde Bruselas, trabajando en este cometido junto a Villavicencio, y aconsejando a Felipe II que enviara al duque de Alba para restaurar el orden. Ambos informantes presentaron al rey una imagen catastrófica de la situación religiosa y política en los Países Bajos en vísperas de la revuelta iconoclasta de 1566, que provocó la destrucción de numerosas iglesias y la persecución de religiosos. Las amenazas de muerte que provocaron sus denuncias obligaron al contador financiero Canto a regresar a España, aunque en 1568 volvió a Bruselas. Cinco años después, llamado de nuevo a Madrid, fue encarcelado por orden de los inspectores de cuentas, y su mujer y sus hijos quedaron en la miseria en los Países Bajos.

Villavicencio era un ardiente predicador antiluterano y un celoso promotor de la contrarreforma católica. El rey hacía mucho caso de sus informes directos y detallados, que guiaron la mano del monarca a la hora de tomar las decisiones políticas y religiosas en Flandes.

Utilizando sus informaciones secretas, Villavicencio y Canto expusieron crudamente al rey y al secretario Eraso el desastre que se avecinaba en Flandes:

> No hay tierra hoy en el mundo —escribió Villavicencio— de más mala justicia que esta y donde más se permita el mal, así en herejías como en otras bellaquerías torpes y nefandas.

A finales de 1564, el rey pidió a Villavicencio una lista de magistrados que no desempeñaban con rectitud sus cargos, incluyendo una recomendación de lo que debía hacerse con ellos. El fraile insistió también en sus críticas a la nobleza flamenca, por la influencia que tenían sobre la gobernadora Margarita de Parma. Consideraba que tanto Guillermo de Nassau como el conde de Egmont la manejaban y estaban de acuerdo con la gobernadora en todo.

En enero de 1565, Egmont partió a España en representación de los nobles flamencos para explicar al rey la situación en Flandes. Iba recomendado por Margarita de Parma, pero Villavicencio se adelantó y envió al rey un informe muy negativo sobre Egmont, con lo que la audiencia resultó un fracaso. Cuando Egmont regresó a Flandes, el fraile viajó a España, y en la corte le acogieron como agente principal de los asuntos de los Países Bajos, entrevistándose varias veces en privado con el monarca. Ayudado por el secretario Gonzalo Pérez, el agustino redactó un informe sobre la situación en Flandes que marcó la línea política que se iba a seguir en ese territorio.

De acuerdo también con la opinión de Alonso del Canto, el rey mantuvo su respaldo a la política religiosa radicalmente contraria al protestantismo, decisión que no fue bien acogida entre la mayoría de la nobleza flamenca, deseosa de una actitud menos rigurosa en la cuestión creyente. Los nobles crearon una Liga en 1565 y su indignación creció con los rumores de que la Inquisición española iba a ser introducida en esas tierras. Para frenar la insurrección, Villavicencio y Canto aconsejaron como única solución la presencia de Felipe II en Flandes.

En marzo y abril de 1566, los representantes de la Liga presentaron sus demandas en Breda y Hoogstraten, y aunque fueron rechazadas por los grandes nobles debido a su carácter radical, la mayoría de los diputados decidió seguir adelante con ellas y presentaron una súplica a Margarita de Parma.

Los miembros de la Liga se habían comprometido a defenderse mutuamente en caso de emergencia, y el agustino Villavicencio receló mucho de esto y arreció en sus invectivas. Opinaba que la conducta del conde de Culemborg, figura representativa de las quejas nobiliarias, había convertido su territorio en un refugio de herejes, y pedía al rey que le castigara: «El castigo de este si fuere severo y cual lo requiere crimen tan grave, será ejemplo vivo para sus compañeros».

A principios de abril de 1566, la Liga presentó la súplica a la gobernadora, que Villavicencio y Canto consideraron una infamia, porque, según ellos, era impropio enviar una petición al rey y entregársela a Margarita de Parma con los solicitantes armados. El fraile y el contador estaban convencidos de que los nobles se habían endeudado y necesitaban más poder político para favorecer a sus acreedores, lo que les permitiría recibir dinero de los ayuntamientos por los cargos ostentados.

Descubiertos en su papel de agentes del rey, los dos vivían atemorizados, como indican en sus cartas: «Tengo mil amenazas, al contador Alonso del Canto hacen pedazos […] nosotros somos tiranos perversos y dignos de todas las muertes del mundo», escribió acongojado el agustino.

Para mostrar al rey el malestar reinante en Flandes, los nobles de la Liga flamenca decidieron enviar como delegados a Floris de Montmorency, barón de Montigny, y al marqués de Bergen. Probablemente, la misión estaba condenada al fracaso porque Villavicencio y Canto habían informado muy negativamente sobre ellos al monarca, sellando con esto el destino de los enviados. Canto llegó a sugerir que Montigny había intentado implicar a Alejandro Farnesio en una conspiración, lo cual debió de alertar sobremanera al monarca. Ambos presentaron a Felipe II una imagen sombría y ruinosa de la situación, llegando al extremo de hacer notar al rey que sería responsable ante Dios y ante sus súbditos si los Países Bajos se perdían y no se ponía remedio a «tantas calamidades como la fe y la Iglesia allí padecen».

Como resultado de todas estas denuncias y reproches de deslealtad, el rey decidió actuar contra los dos nobles con extrema dureza. Fueron encarcelados en España y ya no regresarían a Flandes. Bergen falleció en mayo de 1567 y Montigny fue ejecutado a garrote secretamente, en prisión, el 15 de octubre de 1570.

Villavicencio fue nombrado predicador real y murió en el convento de San Felipe en Madrid, en junio de 1583, después de que la Inquisición le incoara un proceso por defender doctrinas falsas, del que salió absuelto en 1576.

Alberto Struzzi y el círculo de Lovaina

Alejandro Farnesio, como gobernador general de Flandes, fue el creador de uno de los primeros servicios de espionaje de la Monarquía Hispánica en aquellas tierras. Estaba dispuesto a terminar con la rebelión protestante, para lo cual utilizó tanto sus dotes militares y políticas como los servicios de inteligencia y la diplomacia secreta. Era, además, un hombre adinerado y pagaba bien a sus espías y servidores, lo que le permitió disponer de un selecto grupo de agentes propios dirigidos por Alberto Struzzi, que desde 1586 era el guardarropa de su palacio.

Para mejorar la dirección de los intereses hispanos en el norte de Europa y el entendimiento con los poderes locales flamencos, Felipe II creó la Secretaría de Estado y Guerra en Flandes. El primer secretario fue Esteban de Ibarra, que llegó a Bruselas con el mandato de rebajar la tendencia descentralizadora de Farnesio y apoyar al conde de Fuentes en la gobernanza de Flandes.

Ibarra y Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes —jefe de los tercios de Flandes—, pasaron a ser los consejeros clave del nuevo gobernador general, Ernesto de Austria, y se formó lo que se llamó el «ministerio español» o «partido español», un círculo de poder que se amplió cuando el archiduque Alberto de Austria llegó al gobierno general y Juan de Mancisidor ocupó la plaza de secretario de Estado y Guerra.

En la década de 1610, las relaciones de Flandes con España eran buenas, y la Tregua de los Doce Años proporcionó al país un periodo necesario de paz promovida por el duque de Lerma, valido del rey Felipe III, que estaba inclinado a resolver las fricciones mediante la diplomacia y eludiendo las armas. Una tendencia que promovió el ascenso al poder en Flandes de los «antibelicistas», protegidos por Alberto de Austria y su esposa Isabel Clara Eugenia.

Encargado de mantener la pacificación, Alberto Struzzi estuvo en Madrid para refrendar la política de distensión en Flandes. El consejero y agente de Bruselas formaba parte del llamado Círculo de Lovaina, que trataba de aplicar a la política y la economía los principios del humanismo flamenco, y escribió en 1624 el *Diálogo sobre el Comercio de estos Reinos de Castilla*, un libro en el que preconizaba la libertad de intercambios comerciales y el proteccionismo moderado.

En el Círculo de Lovaina se incluía el sector más liberal y pragmático de Flandes en economía y política, y su promotor principal era Struzzi, residente

en España desde 1614. Desde Madrid continuaba en contacto con el gobierno general de Bruselas, y al mismo tiempo seguía relacionado con los financieros y hombres de negocios flamencos que compartían sus ideas económicas. La estancia en España le influyó mucho en el iusnaturalismo de la escuela de Salamanca, con su defensa de la paz y la libertad de navegación.

El pensamiento económico de Struzzi partía de la ley natural aplicada al funcionamiento de los mecanismos económicos, y era contrario al mercantilismo y la autarquía que reforzaba la intervención estatal y eliminaba las restricciones comerciales. En su opinión, la política aduanera debía tender a suprimir los aranceles en el comercio y la industria, pero estas ideas chocaban con los defensores del mercantilismo y los altos funcionarios de Flandes. Si se establecía el eje Amberes-Sevilla, se perdería el control de la economía, criticaban algunos. Otros pensaban que no se debían compartir las ideas de los enemigos de España en Europa, y en la Península muchos juzgaban que con la libertad económica España quedaría reducida a una posición periférica y dependiente de naciones comerciales más dinámicas, como Holanda.

Con la recuperación y el reforzamiento de las teorías mercantilistas decayeron también las del Círculo de Lovaina, y Struzzi perdió las esperanzas de que tuviera lugar un cambio económico estructural en la Monarquía Hispánica, ahogada por la falta de libertad económica y el estado de guerra permanente.

Espionaje económico

A comienzos del siglo XVII España disponía de una larga nómina de agentes importantes en Flandes. Además de los ya citados, había otros, como fray Martín del Espíritu Santo, Felipe de Bruselas, Antonio Colazo o Juan Antonio Vincart, superintendente de las inteligencias en aquel territorio.

Hasta 1630 predominó el interés por el espionaje económico y las teorías inspiradas en el Círculo de Lovaina, pero a partir de 1632 esta tendencia se desplazó hacia la inteligencia militar, para llevar a cabo lo que muchos mandos hispanos consideraban la ofensiva definitiva contra los enemigos de España en el contexto de la Guerra de los Treinta Años.

Al fracasar estos planes ofensivos, solo quedaba resistir y tratar de recuperar los territorios perdidos en Cataluña y Portugal, renunciando al poder español de antaño, cuestión que pareció premonitoria cuando el saboyano Alessandro Cesare Scaglia murió en 1641, poniéndose fin a la algunos consideraron la etapa dorada de la diplomacia secreta. Pero, incluso en esa época, no todo fueron buenos triunfos para el espionaje hispano en Flandes. Hay autores que han escrito sobre este asunto, como René Vermeir, que critican el manejo de la inteligencia hispana en Flandes y ponen en duda su eficiencia. Según estos críticos, el servicio secreto español no fue capaz de detectar las amenazas de tormenta que se avecinaban en 1640 en España, con las rebeliones separatistas de Cataluña y Portugal, y distó mucho de desempeñar el importante papel estratégico que en este sentido le hubiese correspondido, sin contar las carencias de inteligencia que motivaron en gran medida la derrota sufrida por los tercios en Rocroi.

Los vascos de Flandes

Dentro de un grupo de funcionarios y comerciantes vascos que actuaban al servicio de España en Flandes destacan hombres como Juan de Gauna, natural de Oñate y de familia originaria de Vitoria, que tenía delegación comercial en Burgos y en Amberes, con sucursales en Florencia y Francia.

Gauna había pasado muchos años en Flandes y era un buen conocedor del grave problema al que debía hacer frente la Corona hispana. Desde finales del siglo XVI envió a Felipe III y a la corte de Bruselas informes confidenciales sobre el modo de hacer viable económicamente la presencia española en los Países Bajos, y el gobierno de Madrid prestaba mucha atención a esos consejos. En esta línea, Gauna pidió reiteradamente que se retomaran las ideas de bloqueo económico en el tráfico naval, adaptándolas a las circunstancias de la guerra.

Como resultado de su insistencia, los archiduques y gobernadores de Flandes Alberto de Austria e Isabel Clara Eugenia, en 1601 pusieron en conocimiento de Madrid una nueva táctica del tratadista guipuzcoano. La idea era que España no dependiera de negociar con otros países, pero los demás no pudieran prescindir de negociar con ella. Basándose en esta autosuficiencia, Gauna propuso acabar con la guerra de Flandes mediante un programa que

incluía el libre comercio, pero con la exigencia de tributar un 30 % sobre el valor en aduana de la mercancía y una fianza, que sería devuelta si el producto llegaba a un puerto o frontera de la Monarquía Hispánica. A esta medida se la denominó el «Decreto del Treinta por Ciento» o «Decreto Gauna».

Con ello se incentivaría la comunicación mercantil en el bando español y los comerciantes, tras haber registrado sus envíos, recuperarían el impuesto de aduana y la fianza a la llegada de las mercancías. Así, los productos que no llevaran registro perderían el derecho a devolución y, por consiguiente, se venderían más caros. Esto desanimaría a los mercaderes holandeses y a otros intermediarios, incluidos los contrabandistas.

El decreto pretendía canalizar el comercio con el Mediterráneo a través de España, y con el norte de Europa a través de Flandes. En cuanto a los países neutrales, se verían libres de la sobrecarga si no eran enemigos de España y sus mercancías pasaban por la Península o Flandes. El auge del intercambio —afirmaba el vasco— relanzaría las industrias de los países aliados a España, les aseguraría el mercado de ultramar y permitiría el regreso de los comerciantes y artesanos que habían huido de Flandes por la guerra.

El proyecto se basaba en restablecer la economía española sin perder las relaciones comerciales con países amigos o neutrales, pero al mismo tiempo perseguía derrotar al enemigo en los Países Bajos contando con que la falta de comercio con la Monarquía Hispánica reduciría los derechos y las contribuciones fiscales. La consiguiente crisis y la presión fiscal causarían la bancarrota holandesa, a la que se añadirían los alborotos populares por los altos impuestos que habría que pagar para salir de la crisis. Esto desabastecería también al ejército y la marina enemigos, generando motines y deserciones, con lo cual, desprovistas las fuerzas armadas de recursos, Holanda se vería obligada a pedir la paz a España.

La propuesta de Gauna fue sometida a intenso debate reservado en 1602, hasta que acabó triunfando el bando innovador representado por el conde de Chinchón. Nada se perdía con probar, dijo este, ya que España pasaba por graves penurias que contrastaban con la riqueza de los holandeses.

Felipe III también acogió bien la idea y, en carta a Baltasar de Zúñiga, embajador en Flandes, le encomendó escuchar a Gauna. Pero Zúñiga y otros funcionarios españoles en Bruselas desaconsejaron el plan, por considerarlo ilusorio y contrario a la práctica económica usual. El rey, no obstante, siguió firme en su determinación, y el 27 de febrero de 1603 se publicó la real cédula que ponía en marcha el proyecto. Para su ejecución se estipuló que

Gauna, nombrado superintendente del Trato y Comercio, contaría con la colaboración de Ortuño de Urizar y Juan López de Ugarte, como veedores generales del comercio en Flandes y España, y controlarían la red de inspectores de los dominios españoles en Europa. Además, el general de la caballería flamenca Luis de Velasco formalizó un contrato en Bruselas con los hermanos De Brouck para que, en un plazo de ocho años, instalaran una fundición de cañones, con lo que las técnicas industriales avanzadas de los trabajadores belgas emigrados a países protestantes pasarían del norte de Europa a España.

Las consecuencias, sin embargo, no fueron las previstas. Los flamencos del sur —que hoy llamamos Bélgica— carecían de infraestructura portuaria y naval, lo que les dificultaba comerciar con España. En cuanto a los holandeses, no querían dejar sus mercancías en puertos de Flandes, siéndoles más beneficioso dirigirse a España o a la frontera francesa. Por otra parte, países como Francia, al considerarse perjudicados comercialmente, impusieron aranceles similares a los que preveía Gauna, de forma que las exportaciones hispano-flamencas quedaban detenidas en las fronteras francesas. Los holandeses, entretanto, iban directamente a España y allí sobornaban a los funcionarios, falsificaban pasaportes, negociaban con los países neutrales y estaban dispuestos a pagar el 30 % que estipulaba el Decreto Gauna para algunos productos indispensables, cuya demanda era tan fuerte que seguían vendiéndose con el recargo, tanto dentro como fuera de Europa.

Al firmarse la paz entre España e Inglaterra en 1604, se llegó a una solución de compromiso que suprimía el Decreto del Treinta por Ciento y abría el camino a la neutralidad comercial inglesa. Poco después España firmó un tratado con Francia, que también anulaba el gravamen de Gauna, aunque se lo aplicaba a otros países. Mediante estos tratados bilaterales con países amigos o neutrales, España intentó crear una red comercial que terminara asfixiando a las Provincias Unidas en el norte de los Países Bajos. Como señala Echevarría Bacigalupe, «era la primera vez que un conjunto de Estados tan heterogéneos se vertebraba como un todo», con los recursos administrativos, de transporte, económicos y políticos coordinados.

Según esto, el gobierno hispano consideraba importante que Flandes se integrara en el esfuerzo. Tener un pie en el mar del Norte suponía asimismo un logro considerable para España. Pero el Decreto Gauna ofrecía la paradoja de que cuando se pretendió aislar a los holandeses, cerrándoles Flandes, este territorio también se bloqueaba, ya que los holandeses disponían de recursos

para comerciar con sus barcos tanto en España y Portugal como en sus colonias en el Báltico o Asia. Por esta razón los flamencos reclamaron que se anulara el plan de Gauna, ya que solo podrían sobrevivir exportando e importando libremente con el exterior, incluidas las Provincias Unidas rebeldes, con las que mantenían un comercio fluido de bienes y servicios.

Comerciantes y funcionarios al servicio de la inteligencia hispana

El entramado comercial alrededor del plan de Gauna se completaba con las redes de inteligencia tejidas en Flandes por un influyente grupo de mercantilistas vascos, del que formaban parte hombres como Ortuño de Urizar y Francisco de Galarreta.

Nacido en 1564, Urizar era vizcaíno y buen conocedor de la política económica de principios del siglo XVII. Representante de la nobleza media y alcalde de Dima, su pueblo natal, ejerció en Bilbao diversos cargos relacionados con el registro de actividades mercantiles. Enviado desde España a Flandes para colaborar con Gauna, Urizar fue un diligente cumplidor de las órdenes reales y veedor comercial hasta la Tregua de los Doce Años, cuando regresó a la Península. Al romperse el armisticio y reanudarse la guerra en 1621, se le encargó llevar a cabo la política mercantilista que él mismo había trazado, y murió en Dunkerque, donde residía, en 1631.

Urizar era el típico representante del funcionario eficiente español del siglo XVI en Flandes. Muy estimado por el rey y sus consejeros, que solían aceptar sus ideas y proyectos, el vizcaíno aportó también algunas innovaciones tecnológicas del norte de Europa, como los altos hornos.

Galarreta era otro funcionario de relieve y servidor leal del Estado en Flandes. Nacido en Vitoria en 1602 de familia noble y poseedor del hábito de Santiago, fue secretario de la embajada española en París y secretario del príncipe Tomás de Saboya, y llegó a alcanzar los cargos de secretario de Estado y de Guerra.

Una trayectoria semejante es la de Martín de Axpe y Zárate, también secretario de Estado y de Guerra bajo el gobierno en Flandes del cardenal-infante don Fernando, con quien colaboró estrechamente en asuntos de inteligencia y políticos. Nacido en Granada en 1594, siendo su padre oidor de la Real Chancillería, entre sus servicios a la Corona se menciona una comisión para tratar con el duque de Saboya en la guerra de Mantua-Monferrato, y el desempeño de la secretaría de la embajada en Turín en 1631,

un punto crucial en el paso del Camino Español de los tercios a través de Saboya.

Gran conocedor de la situación de los Países Bajos, tras haber estado algún tiempo prisionero, el rey le tenía en gran estima, como atestiguan las elogiosas palabras que le dedica al encomendarle «los papeles de Estado y Guerra que se ofrecieren», además de tener a su cargo la correspondencia del cardenal-infante y del propio monarca, así como la negociación en cuestiones de Estado y Guerra, lo que presuponía el manejo de la inteligencia en Flandes. En este contexto desempeñaron un papel relevante las conversaciones secretas en 1635 del gobierno de Bruselas con representantes de las Provincias Unidas en Kranenburg, ducado de Cleves, y en Nimega y el norte de Brabante. Pero estas entrevistas, encaminadas a renovar la Tregua de los Doce Años, se rompieron definitivamente en febrero de 1636, poco antes de que el secretario regresara a España.

Axpe llegó en 1636 a Madrid con licencia real por motivos de salud (molestias de próstata) y para atender asuntos de familia. Dos años más tarde fue designado para una misión diplomática en Inglaterra, pero no pudo realizar el viaje debido a sus achaques y problemas de orina, y se recluyó en Bilbao para curarse. Según la reseña biográfica de Alicia Esteban Estríngana —aparecida en la Real Academia de la Historia—, el Consejo de Estado y el propio Felipe IV terminaron encomendando la misión diplomática a Alonso de Cárdenas. Las dolencias de Axpe le impidieron desplazarse a Inglaterra y tampoco llegó a ocupar el puesto que le correspondía en el Consejo de Guerra por la misma razón.

La muerte le llegó en 1640 en la anteiglesia de la Puebla de Bolívar de manera bastante inaudita. De acuerdo con lo que escribió en una carta el secretario de Estado de la negociación de Flandes, Andrés de las Rozas,

> … la muerte de don Martín de Axpe fue con circunstancias nunca vistas ni oídas, pues un pedazo de espada que se quebró en una pendencia llegó con tal violencia a 24 pasos desde donde se quebró a donde él se hallaba que entrole por el ojo izquierdo y cayó muerto sin decir más de «Jesús que soy muerto», y por señas dio materia de absolución.

Alicia Esteban añade en la reseña digital de la Real Academia de la Historia que la viuda, Antonia de Munibe y Aranzibia, consiguió una ayuda de costa de dos mil ducados, a cargo de las presas capturadas por los corsarios de Dunkerque.

También se mostraron muy activos en el servicio a la gobernación hispana algunos funcionarios flamencos, como Gabriel de Roy, con señorío en el condado de Artois y procedente de una familia muy leal a la casa de Austria.

Su abuelo fue gobernador del castillo de Renti, en la frontera con Francia, durante el reinado de Carlos V, y el padre de Gabriel desempeñó cargos públicos en las ciudades de Calais y Ardres y el condado de Guismes.

Roy estuvo en la corte del emperador Rodolfo II en Praga, y recorrió Alemania, Polonia, Lituania, Curlandia, Livonia, Riga y Estocolmo, antes de viajar a la corte de Madrid, donde informó con detalle de sus contactos políticos. Cuando volvió a Flandes en 1598, el almirante de Aragón le nombró su secretario de lenguas, pues, además de su conocimiento de los Países Bajos, era un gran políglota y dominaba seis idiomas: latín, alemán, español, italiano, francés y flamenco. Fue por entonces cuando cayó prisionero de los holandeses, que lo retuvieron tres años en la cárcel hasta que pudo llegar a Bruselas. Luego, entre 1602 y 1608, estuvo en Madrid, se vio implicado en acusaciones de las que resultó exonerado y regresó a Holanda para ponerse a las órdenes de Ambrosio de Spínola.

Durante esos años, vigente aún la Tregua de los Doce Años, viajó con frecuencia por todo el territorio de los Países Bajos, actuando de agente confidencial de los archiduques en Bruselas y advirtiendo del expansionismo naval holandés en Asia y América con datos muy valiosos para los gobiernos de Madrid y Bruselas. La visión certera de Gabriel de Roy sobre los asuntos de Holanda, cuando se reanudó la guerra con España al fracasar la Tregua de los Doce Años, le convirtió en un informador secreto excepcional sobre la política española en el norte de Europa.

Los últimos meses de su vida, sin embargo, fueron amargos. Detenido por orden del rey en diciembre de 1645, Roy murió a comienzos del año siguiente y sus funciones fueron ocupadas por Balthasar Walderode.

Otro importante personaje del bando hispano en Flandes fue Pedro de Roose, nacido en Amberes en 1586, destacado defensor del poder español contra las autoridades flamencas rebeldes. Por su lealtad, el archiduque Alberto de Austria le nombró miembro de su Consejo Privado y, con la llegada al trono de Felipe IV, Roose fue designado consejero de Estado y recibido con honores por el monarca en España.

Cuando se produjo la revuelta de los nobles flamencos en 1632, el consejero volvió a Bruselas y desde allí actuó como la mano derecha de la política del conde-duque de Olivares en Flandes, manejando asuntos secretos y sirviendo al cardenal-infante don Fernando y a los gobernadores generales sucesivos. Lo destituyeron en 1653 a causa de las luchas internas de la corte flamenca y la hostilidad del entonces gobernador de Flandes, el archiduque Leopoldo Guillermo.

El abad Scaglia

Abad de Staffarda (Piamonte) y Mancanice (Sicilia) y embajador en Roma y París, el saboyano Alessandro Cesare Scaglia, nacido en 1592, tuvo un importante papel en las negociaciones entre Inglaterra y España. Una misión que le puso en contacto con el pintor y agente de la Corona hispana Pedro Pablo Rubens.

Scaglia trabajó también en la sombra para limar las desavenencias entre el duque de Saboya y el rey Felipe IV, cuando ambos se aliaron coyunturalmente en la guerra por el estratégico territorio de Monferrato que había heredado el duque de Nevers, lo que favorecía los intereses de Francia en pugna constante con España.

La paz firmada con Londres en 1630 resultó un éxito diplomático de Scaglia, que, sin embargo, quedó oscurecido por el Tratado de Cherasco entre el duque saboyano Víctor Amadeo I y Francia en 1631, que supuso un fracaso personal para el abad. Fue entonces cuando abandonó el servicio diplomático de Saboya y pasó a servir a la Corona hispana y la política del conde-duque de Olivares.

Un logro importante en su nueva faceta de agente secreto tuvo que ver con el descubrimiento de los principales confabulados en la conspiración que protagonizaron los nobles flamencos en 1632, que eliminó cualquier conato de rebelión de la nobleza flamenca. Scaglia trabajó también secretamente para facilitar un entendimiento con Saboya contra Richelieu y —de acuerdo con los planes del conde-duque de Olivares— atacar a Francia desde Flandes.

A lo largo de su agitada vida en tareas de inteligencia, Scaglia mandó una serie de informes a Madrid de gran valor para entender el complicado laberinto de la política en los Países Bajos y en la Guerra de los Treinta Años, cuando se ventilaba el papel hegemónico de España en Europa.

En 1637, Scaglia perdió el favor real y se retiró en un convento de Amberes, desde donde siguió enviando avisos a Madrid hasta su muerte en 1641.

Auge industrial

Desde 1621, cuando finaliza la Tregua de los Doce Años, el asunto principal era dilucidar cuándo y dónde se reiniciarían las hostilidades en Flandes. El sector político «duro» deseaba iniciarlas lo antes posible, porque consideraba que el enemigo estaba rearmándose y España en ese momento disponía de recursos materiales y humanos (sesenta mil hombres) suficientes para afrontarlas.

Frente a estas presiones, a pesar de las reticencias del archiduque Alberto, a Ambrosio de Spínola no le quedó más remedio que obedecer. En julio de 1622, pensando que era el mejor momento, se lanzó contra la ciudad de Bergen op Zoom, pero se estrelló contra sus defensas y tuvo que levantar el sitio. Por suerte se restableció el equilibrio militar con la victoria de las armas hispanas en Fleurus, en el mes de septiembre.

En lo relativo a las cuestiones marítimas e industriales, la situación también era próspera. Se construyeron altos hornos en el norte de España para la fabricación de artillería y balas, destinados mayormente a la Armada, y se introdujeron nuevas tecnologías para modernizar la metalurgia peninsular. En estos trabajos sobresalió Juan Curcio, empresario de Lieja, que solicitó a las Juntas de Vizcaya fundar una siderurgia con altos hornos, pero el proyecto le fue denegado. Al final logró establecerse en Liérganes (Cantabria), donde montó una importante instalación industrial en 1622, que luego se amplió a otro pueblo vecino, La Cavada.

Curcio contó con la incansable ayuda del mencionado Alberto Struzzi para superar las barreras burocráticas y difundir en España los avances tecnológicos del norte de Europa, disminuyendo la dependencia de países hostiles. La iniciativa gozó de la protección real. En este esfuerzo por impulsar el desarrollo industrial y bélico peninsular, los planes de colaboración del conde-duque de Olivares con algunas potencias nórdicas coincidieron con iniciativas diplomáticas que apuntaban en la misma dirección.

Como representante de Isabel Clara Eugenia en Bruselas, Struzzi trató de formar una compañía comercial luso-polaca-hanseática que enlazara con Flandes, pero la iniciativa no se tradujo en hechos. A los países bálticos les resultaba difícil prescindir de Holanda, que comerciaba en Europa y las Indias a precios más competitivos.

Aprovechando que 1625 fue un año de triunfos militares, y con el asesoramiento, entre otros, del propio Struzzi, el gobierno del conde-duque de Olivares vio la ocasión de implantar una contribución general, de manera que el esfuerzo unificador de la Monarquía Hispánica implicara un impulso

militar conjunto proporcional a las capacidades de cada reino o territorio. Aconsejado por Struzzi, el conde-duque propuso al Consejo de Estado, en 1624, un proyecto de Unión de Armas basado en la cooperación de Castilla, Flandes y los dominios italianos, que mantendrían una fuerza permanente de treinta y seis mil hombres de infantería y cuatro mil caballos. El coste se calculaba en alrededor de un millón de florines, de los cuales Castilla aportaría el 56 %, y el resto correría a cargo de Flandes, Nápoles, Sicilia y Milán.

El proyecto final de Olivares superó los cálculos de Struzzi. El memorial secreto que el conde-duque envió al rey Felipe IV englobaba una fuerza total de ciento cuarenta mil hombres, dispuesta a actuar en cualquier territorio de la Corona, y cualquiera de las partes en peligro debía ser ayudada por las otras. Los respectivos virreyes o gobernadores generales eran los encargados de la aprobación de este programa unionista en cada parlamento.

Para el caso de Flandes, estaba previsto un socorro de doce mil hombres, pero en 1626 la realidad se impuso. La situación financiera flamenca era crítica, la Tesorería acarreaba un déficit de un millón de florines y los banqueros se negaban a adelantar dinero si antes no cobraban los adeudos. Muy a su pesar, la archiduquesa Isabel Clara Eugenia tuvo que escribir al rey para comunicarle las mala noticias. Sin financiación exterior no habría dinero para hacer efectivo ningún plan, ya que cargar con más impuestos a los flamencos era imposible.

Rubens, pintor y agente secreto

Pedro Pablo Rubens nació en Siegen, Westfalia, en tierras del Sacro Imperio Romano Germánico, en 1577. Al iniciarse la rebelión protestante en los Países Bajos contra la autoridad hispana, el abogado Jan Rubens, padre del pintor, huyó de Amberes a Colonia en 1568 con su esposa, María Pypelincks. Allí fue nombrado asesor jurídico de Ana de Sajonia, esposa de Guillermo de Orange a la que convirtió en su amante. Cuando Orange descubrió el adulterio, Jan fue encarcelado en el lúgubre castillo de Dillenberg. Dos años después, fue puesto en libertad tras pagar una fianza y contraer la obligación de residir en Siegen, una pequeña ciudad a cincuenta

millas de Colonia. Fue allí donde vino al mundo el sexto hijo del matrimonio, Peter Paul.

A la muerte de Jan, la madre de Rubens (convertida al catolicismo) regresó con su hijo a Amberes, donde inició la formación artística que haría de él una figura universal de la pintura. En esta primera etapa de dedicación artística, Pedro Pablo viajó a Venecia en 1600 y allí conoció a Vincenzo Gonzaga, duque de Mantua, que le nombró pintor de su corte. Tras pasar por Roma, Rubens partió, en marzo de 1603, hacia España con el encargo —su primera misión diplomática— de entregar valiosos regalos del duque mantuano a Felipe III y su valido Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma. Una misión que Rubens cumplió en Valladolid, capital por entonces de la corte española. Lerma quedó muy satisfecho con el trabajo del pintor flamenco (en especial, un retrato a caballo del valido que se conserva en el museo del Prado), y ambos platicaron abiertamente sobre el conflicto entre católicos y protestantes en los Países Bajos. Lerma y Rubens estaban de acuerdo desde el punto de vista político y ambos eran partidarios de poner fin a una guerra cuya prolongación tanto costaba a España.

Después de recorrer Italia, en 1609 Rubens se trasladó a Amberes, la metrópoli comercial del norte de Europa, muy golpeada ya por la crisis bélica. Ese mismo año se firmó la Tregua de los Doce Años, que puso término temporal a las hostilidades, un paréntesis que fue acogido con gran júbilo en Flandes, pero menos en España, donde los negociadores de la Monarquía Católica no consiguieron acabar con la expansión colonial holandesa de ultramar. También en 1609 Rubens contrajo matrimonio y se convirtió en pintor de cámara de los archiduques Alberto de Austria e Isabel Clara Eugenia, gobernadores soberanos de Flandes, y en gentilhombre de cámara.

En 1618, el pintor era propietario de una gran colección de antigüedades que había ido engrosando gracias a un acuerdo con Dudley Carleton, embajador inglés ante el gobierno holandés en La Haya. Muy necesitado de dinero, Carleton recibió ocho cuadros de Rubens y tapices por valor de dos mil florines.

En el opulento palacio bruselense de Coudenberg, el patronazgo de los archiduques resultó especialmente provechoso al pintor, que se convirtió en una figura principal en la corte de artistas cortesanos vinculados al gobierno español en Flandes. Entretanto, la frágil tregua se mantenía con violentos combates entre holandeses y españoles en América, la costa africana, la India y Extremo Oriente. España necesitaba una solución duradera para contener la sangría económica causada por la hostilidad permanente con Holanda. El

duque de Lerma y algunos negociadores holandeses deseaban la paz, pero Mauricio de Nassau, en su calidad de jefe militar, se oponía a esta política de distensión.

Entre París y Bruselas

En su actividad como pintor famoso y cotizado en toda Europa, Rubens mantenía relaciones con personajes importantes en casi todas las capitales y, además, sus contactos con el gremio de los anticuarios le facilitaban estar al tanto de asuntos políticos y sociales de toda índole.

El genio artístico de Rubens era apreciado especialmente en Inglaterra, donde el pintor —que trabajaba ya como agente diplomático al servicio de los archiduques— se relacionó, además de con Carleton, con Thomas Howard, conde de Arundel, a través de su esposa, Aletheia Talbot. En paralelo a estos contactos de primer nivel, Rubens participaba «discretamente» en las negociaciones políticas con los holandeses para prolongar la guerra o sellar la paz. A principios del verano de 1622, el pintor llegó a París invitado por María de Médicis, reina madre de Francia, que deseaba encargarle la decoración del palacio de Luxemburgo, cercano al Louvre. Gracias a las gestiones del cardenal Richelieu, María había recuperado el poder tras las disputas familiares con su hijo, el rey Luis XIII, y para celebrar este acercamiento, quiso reafirmar su papel político y su prestigio internacional con una serie de cuadros que ensalzaran su propia figura.

En la corte de Bruselas, Rubens recibió instrucciones para el cumplimiento de su misión. En esencia, debía prestar atención especial a la actividad de la corte de París e informar al respecto. Como señala el historiador de arte y biógrafo Mark Lamster:

> Aunque Isabel [Clara Eugenia] y María eran amigas, España y Francia eran enemigos tradicionales en un mundo cambiante, y la archiduquesa no podía dejar pasar esa excelente oportunidad de colocar una gente tan cerca del trono galo […] poco a poco se había ido convirtiendo en uno de los asesores de más confianza de Isabel, en un hombre de cuyos juicios esta podía fiarse sin miedo a comprometerse.

Cerca de dos meses estuvo Rubens en París estudiando el proyecto artístico que María de Médicis le había encargado: en total, veinticuatro cuadros de tema alegórico y laudatorio con personajes heroicos vinculados a la reina. En ese tiempo contactó con el anticuario francés Nicolas Claude

Fabri de Peiresc, representante parlamentario en Provenza, que le orientó sobre las intrigas y sutilezas de la corte francesa. Eso le permitió reunir información puntual y valiosa que enviaba a la archiduquesa en Bruselas.

En abril de 1621 expiró la Tregua de los Doce Años en Flandes y de nuevo se reanudaron las hostilidades. Los contendientes quedaron en un nebuloso estado bélico que iría agravándose por momentos. Ese mismo año, poco antes de morir, el archiduque Alberto se mostró partidario de mantener la paz con ahínco y, cuando el final de la tregua estaba a la vista, organizó un encuentro con la viuda de Bartholde van T'Serclaes, confidente de Mauricio de Nassau, pero la reunión terminó en rotundo fracaso.

Reanudadas las hostilidades en otoño de 1621, el ejército español de Ambrosio de Spínola puso sitio a Bergen op Zoom, en la frontera de Flandes con Holanda, sin lograr rendir la ciudad, y ambos bandos creyeron necesario llegar a un acuerdo. Se imponía negociar bajo cuerda con los holandeses, pero las negociaciones exigían que se llevaran a cabo en absoluto secreto para impedir que fracasaran. Así, a finales de 1622, Rubens fue encargado de viajar a Holanda provisto de pasaporte para, con la tapadera de solucionar un asunto de derechos de autor sobre sus grabados, realizar la misión diplomática que le había encomendado Isabel Clara Eugenia, la archiduquesa viuda de Alberto, quien poco antes de morir le recomendó a su esposa que contara con el pintor en tareas diplomáticas para negociar con los rebeldes holandeses y restablecer las buenas relaciones entre Londres y Madrid, dañadas desde la frustrada boda del príncipe de Gales (futuro Carlos I de Inglaterra) con la infanta española María Ana, hija de Felipe III.

Sin embargo, el artista no llegó a Holanda, quizá porque el momento no se consideró políticamente oportuno, y se dedicó a trabajar en París, en los cuadros que María de Médicis le había encargado.

De vuelta en Amberes, Rubens tuvo información de que Spínola estaba negociando en secreto una tregua con los holandeses a la que se oponía Francia, deseosa de mantener la guerra en Flandes para desgastar a España. A finales de septiembre de 1623, la archiduquesa Isabel, además de seguir manteniendo a Rubens como asesor secreto, lo puso a sueldo en la nómina del ejército español, con diez escudos al mes, y oficialmente se convirtió así en espía a cargo del presupuesto militar hispano.

Gestiones clandestinas

Reanudadas las hostilidades en 1621 en los Países Bajos, las tropas españolas ocuparon el Palatinado e Inglaterra entró en el conflicto. A la conquista de Breda en 1625 por Ambrosio de Spínola —plasmada para la posteridad por Velázquez en el famoso cuadro de *Las Lanzas*— los ingleses y holandeses respondieron atacando Cádiz con una gran flota.

Declarada la guerra, las esperanzas de paz entre Inglaterra y España se alejaron. Francia y España pactaron entonces una alianza secreta y Rubens emprendió en 1627 un viaje clandestino a Holanda para tantear las condiciones de paz con Inglaterra con intermediación del holandés Baltasar Gerbier, representante del rey de Dinamarca en las Provincias Unidas de Holanda y también pintor, además de protegido del influyente duque de Buckingham y amigo del príncipe de Orange, el estatúder Guillermo II.

Las gestiones subterráneas entre ambos mediadores quedaron paralizadas, pero se reanudaron en 1628, dando ocasión a que Rubens viajase a España con documentos confidenciales sobre los asuntos de Flandes, y que el pintor los entregara en la corte, donde fue recibido por el conde-duque de Olivares y el rey. La Junta de Estado no creyó muy urgente, al parecer, despachar los asuntos que habían traído a Rubens a Madrid, y en la capital pasó nueve fecundos meses entregado a pintar y a desarrollar una estrecha amistad artística con Velázquez. Cuando Olivares consideró que había llegado el momento oportuno, el conde-duque envió a Rubens a Bruselas, con poderes especiales como agente diplomático secreto.

La misión que le encomendaron fue pasar a Londres para acordar condiciones de paz con Inglaterra y alcanzar una tregua con los rebeldes holandeses. Rubens salió de Madrid el 26 de abril de 1629 y en junio de ese mismo año llegó a la capital inglesa. Antes de partir, el rey le nombró secretario del Consejo Privado de los Países Bajos y le regaló a un anillo de diamantes. Desde la corte inglesa del rey Carlos I, el agente pintor informó a Isabel Clara Eugenia y al conde-duque de Olivares del estado de la negociación, donde el mayor obstáculo para lograr la paz era la restitución del Palatinado, que Inglaterra pedía con insistencia.

Rubens informó también de las divisiones políticas y parlamentarias existentes en Londres, y sus gestiones en este sentido fueron muy valiosas, ya que proporcionaron al gobierno hispano una perspectiva exacta de la situación política británica. Así lo afirma el historiador y crítico de arte Gregorio Cruzada Villaamil (1832-1884):

> Como Rubens sabía aprovechar muy bien las dotes todas de su raro talento, se valía grandemente de su condición de pintor para con ella disimular su cargo de diplomático, y saber

más y comunicarse mejor y ganarse la voluntad del rey Carlos mientras pintaba lienzos para su real galería, o retrataba su persona.

Los informes secretos que Rubens envió al conde-duque resultaron muy valiosos, aunque las negociaciones hispano-inglesas no avanzaron mucho por las maquinaciones francesas y de Saboya, a lo que se unió la exigencia de Londres para la devolución del Palatinado. Pero el pintor se apuntó un buen tanto diplomático cuando el gobierno inglés accedió a que fuera recibido como embajador extraordinario Carlos Coloma, militar veterano muy conocido en Flandes, que era comendador y miembro del Consejo de Guerra hispano.

Cuando, en 1630, finalmente España e Inglaterra normalizaron sus relaciones diplomáticas, Rubens vio reconocidos sus esfuerzos en favor de los intereses hispanos por lograr una paz que ambas potencias necesitaban, y el rey Carlos I de Inglaterra le armó caballero y le hizo valiosos regalos.

Una vez firmado en Madrid el tratado de paz y comercial que ponía fin al conflicto, Rubens regresó a Flandes. Ya viudo, el pintor se casó otra vez con la joven de dieciséis años Helena Fourment, hija de una acaudalada familia comerciante, y en 1632 viajó de nuevo a Holanda en un intento secreto de alcanzar una tregua con España.

La situación en los Países Bajos era muy comprometida. Los rebeldes holandeses se habían reforzado militarmente y su potente flota atacaba barcos y puertos españoles, además de ocupar plazas fuertes en Brabante y tomar la ciudad de Maastricht. Estos hechos obligaron a Isabel Clara Eugenia a convocar los Estados Generales, que pidieron negociar la paz con Holanda.

Rubens fue enviado de nuevo como mediador a La Haya, pero el intento negociador fracasó por falta de instrucciones claras y poco después, en diciembre de 1633, moría la infanta gobernadora, su gran protectora. Cuando el rey Felipe IV nombró gobernador general de los Países Bajos a su hermano, el cardenal-infante don Fernando, la actividad política y diplomática de Rubens declinó, aunque siguió trabajando sin descanso en su producción pictórica.

Mientras proseguía la guerra, Rubens ofreció sus servicios al cardenal-infante para negociar con los holandeses, aprovechando la excusa de su trabajo como pintor, pero Fernando de Austria descartó seguir utilizándole en misiones diplomáticas. Rubens murió en Amberes de un fallo cardiaco a consecuencia de la gota, en mayo de 1640, y fue enterrado en la iglesia de Santiago de la capital flamenca.

9
Contra Inglaterra

Los continuos apresamientos de barcos españoles por los corsarios ingleses fueron empeorando las relaciones entre Felipe II y la reina Isabel I de Inglaterra. Por entonces, la reina escocesa católica María Estuardo tuvo que abandonar el trono en 1568 por una sedición de sus vasallos calvinistas y acogerse a la protección de Isabel en Inglaterra. La relación entre la soberana inglesa y María se fue deteriorando por razones religiosas y políticas, y se sucedieron las intrigas y los enfrentamientos diplomáticos de Inglaterra y España.

Cada vez más amenazada en la corte de Londres, María Estuardo, apoyada secretamente por la mayoría de los católicos ingleses, mantuvo tratos clandestinos con la inteligencia española, contemplando la posibilidad de que la reina escocesa terminara siéndolo también de Inglaterra. Su presencia en Inglaterra acabó siendo una grave amenaza para la reina Isabel, defensora ardiente del protestantismo, y hubo una serie de conspiraciones contra Isabel I (en algunos casos provocadas por el espionaje inglés), favorecidas veladamente por la embajada hispana y duramente reprimidas.

En 1569 fue expulsado el embajador español Guerau de Spes y las relaciones anglo-hispanas se hicieron cada vez más tensas por el apoyo de Londres a los rebeldes protestantes de los Países Bajos y las devastaciones de la piratería inglesa en las Indias.

El conflicto entre Londres y Madrid se agudizó aún más cuando Isabel I envió un ejército inglés a los Países Bajos contra España, en 1585, y las naves inglesas de Drake saquearon Santo Domingo, Cartagena de Indias y otras ciudades del Caribe. A esto se añadió la decapitación de María Estuardo en febrero de 1587. A partir de entonces, Felipe II empezó a considerar la invasión de Inglaterra como un modo de resolver, de una vez por todas, la

obstinada enemistad británica contra los intereses hispanos, y se iniciaron los preparativos que culminarían en el fracaso de la Gran Armada en 1588.

Conspiración contra María Estuardo

El banquero florentino

Con la guerra civil francesa en su apogeo, tras la excomunión decretada contra Isabel I, los únicos aliados que le quedaban a María Estuardo en su exilio eran España y el Vaticano.

El primer elegido del espionaje vaticano para encabezar la conspiración contra la reina inglesa fue el banquero florentino Rodolfo Ridolfi, agente del papa y amigo del embajador español Guerau de Spes, que contaba con el apoyo de un grupo de nobles encabezado por el duque de Norfolk. En enero de 1570, el rey Felipe II preguntó al duque de Alba, jefe militar en los Países Bajos, su opinión sobre el plan conspirador, pero Alba consideraba a Ridolfi un aventurero poco fiable, posición que mermó mucho las posibilidades de éxito de la conjura.

Los servicios secretos ingleses detectaron pronto los manejos de Ridolfi, y los avisos llegaron a la reina inglesa a través del luterano gran duque de Toscana. Los agentes de Francis Walsingham —secretario principal y «maestro de espías» de la reina Isabel I— detuvieron, en abril de 1571, en Dover, a un agente de la Santa Alianza con cartas cifradas y se apoderaron de los informes que llevaba un mensajero del duque de Alba, arrebatados previamente en Francia a la que todavía seguía considerándose reina de Navarra, Juana de Albret. Los documentos terminaron finalmente en manos de la soberana inglesa.

A todo esto, el pirata John Hawkins, que trabajaba para la inteligencia inglesa, hizo creer a Ridolfi que estaba dispuesto a combatir a favor de Felipe II y María Estuardo si una flota católica desembarcaba en Inglaterra. Pero se trataba de un engaño. En pocos días, en septiembre de 1571, fueron detenidos el duque de Norfolk y el obispo de Ross, y María Estuardo quedó encerrada en el castillo de Sheffield.

Torturado a fondo, el obispo confesó todo lo que el servicio secreto inglés deseaba escuchar, incluyendo que la reina Estuardo había envenenado a su primer marido, el rey francés Francisco II, y que había aprobado el asesinato del segundo, lord Darnley. Además, el espionaje inglés montó la acusación de que la reina escocesa quería casarse con el duque de Norfolk para hacerse ambos con el trono de Inglaterra.

Degollado Norfolk en la torre de Londres, Ridolfi consiguió huir a Florencia y continuó gestionando la financiación de la Santa Alianza hasta que murió en 1600, probablemente asesinado por sicarios ingleses.

El fallido desembarco en Irlanda

Poco después de que, con el apoyo del rey Felipe II, el cardenal Hugo Boncompagni fuera elegido papa con el nombre de Gregorio XIII, en 1572, el servicio secreto vaticano creó una especie de «núcleo duro» de jesuitas de la encubierta Santa Alianza dispuestos a todo para eliminar el protestantismo en Inglaterra.

Por esas fechas actuaba de representante español en Londres, sin categoría de embajador, Antonio de Guaras, que secretamente trabajaba también para la Santa Alianza. Mientras tanto, la brutal represión contra los jesuitas y los católicos ingleses se recrudeció, y entre los pocos que aún seguían viviendo en la clandestinidad estaba el agente jesuita Lamberto Macchi, comprometido en llevar a cabo la venganza contra los asesinos del joven sacerdote David Rizzio, de quien hablaremos más adelante.

La ocupación del puerto holandés de Flesinga por los corsarios llamados «mendigos del mar» provocó el entusiasmo de los protestantes de Inglaterra, Francia y los Países Bajos, y alentó la rebelión contra España que lideraba el estatúder Guillermo de Orange, pero los tercios españoles de Flandes aplastaron militarmente a los luteranos. Orange tuvo que huir a Alemania y la Santa Alianza dio la orden a sus espías de acabar con la vida del caudillo holandés (véase el apartado «Atentado en Amberes» en el capítulo anterior).

Los apoyos de Francia a María Estuardo se tambalearon ante los intereses de entendimiento entre París y Londres. Para la reina Isabel I de Inglaterra, la reina de Escocia era ya un asunto político molesto y peligroso del que había

que deshacerse. Pero antes debía ser conquistado Edimburgo, cuyo castillo estaba todavía en manos de los católicos escoceses de María Estuardo.

Aprovechando la coyuntura política, con Felipe II envuelto en la guerra de Flandes, en abril de 1573 el ejército inglés invadió Escocia, tal como había anunciado Lamberto Macchi, el agente del papa, y Edimburgo se rindió. A partir de ahí, María Estuardo quedó prácticamente indefensa en manos de sus verdugos.

La elección en 1581 del italiano Claudio Acquaviva como general de la Compañía de Jesús dio un nuevo impulso a los intentos de acabar con el reinado de Isabel I y recuperar el catolicismo en Inglaterra. Dos años antes, con la idea de iniciar la rebelión en tierras irlandesas, el servicio secreto Vaticano había organizado una expedición al norte de Irlanda encabezada por James Fitzmaurice. Para llevarla a cabo designaron a Thomas Stukeley, antiguo corsario que se proclamaba hijo bastardo de Enrique VIII.

Convertido al catolicismo, Stukeley vivía en la corte de Madrid protegido por Felipe II, pero, antes de emprender su aventura irlandesa, decidió participar en la cruzada del rey Sebastián de Portugal contra los musulmanes de Marruecos —el monarca luso pereció con la mayor parte de su ejército en la batalla de Alcazarquivir (1578)—. Se hacía necesario un nuevo agente destacado de la Santa Alianza en la operación de Irlanda del Norte al mando de Fitzmaurice, y el elegido esta vez desde Roma fue el sacerdote Nicolás Sanders.

Enarbolando la bandera del papa, el pequeño ejército invasor de Fitzmaurice y Sanders (con tropa italiana y española, en su mayoría) zarpó de Ferrol en junio de 1579 y desembarcó a mediados de julio en la península de Smerwick, a la espera de los refuerzos prometidos desde España. Sin embargo, las tropas inglesas acabaron con Fitzmaurice al poco tiempo de pisar suelo irlandés. Le sustituyó su tío, el conde de Desmond, y la rebelión contra los ingleses se extendió con rapidez.

Los protestantes, dirigidos por el conde de Ormond, se refugiaron en Dublín y en Cork, y en septiembre de 1580 las esperadas tropas españolas de refuerzo llegaron a las inmediaciones de Smerwick, aunque no pudieron desembarcar. La fuerza católica quedó sitiada por tierra y mar, y capituló el jefe español que estaba al mando. Cuando los ingleses entraron en el fuerte llevaron a cabo una masacre de irlandeses, con torturas incluidas, aunque se perdonó la vida de algunos oficiales españoles, a cambio de dinero por el rescate.

En cuanto a Sanders, que se hallaba lejos de Smerwick, siguió actuando como agente de la Santa Alianza en Irlanda hasta perecer de frío y hambre en 1581. Su fama de mártir perdura entre los católicos irlandeses, y algunas iglesias de ese país conmemoran todos los años la fecha de su muerte.

El comando jesuita

Gracias a los manejos del gobierno inglés, Jacobo VI, el hijo de María Estuardo, entró aclamado en Edimburgo en octubre de 1578 y eligió como consejero político a su primo francés Esmé Estuardo, señor de Aubigny y duque de Lennox. Un personaje que el servicio secreto británico consideraba agente secreto de la Santa Alianza y estrecho colaborador de los jesuitas, aunque disimulaba su adhesión católica.

Creyendo que Jacobo VI y el Estuardo francés tramaban una nueva conspiración, la reina inglesa encargó a Walsingham que enviara un grupo de sicarios en marzo de 1581 para asesinar a Aubigny. Pero el atentado falló y, en previsión de otro ataque, Aubigny ordenó ejecutar al conde de Morton, regente de Escocia y protegido de Isabel I.

En este remolino de sospechas, el servicio secreto inglés asestó en 1583 un golpe severo a las aspiraciones españolas de liberar a María Estuardo, al desbaratar la conspiración del noble católico inglés Francis Throckmorton, quien desde Inglaterra enviaba informes a las embajadas de España y Francia en Londres y París.

Como ya había ocurrido con Rodolfo Ridolfi, tanto el rey Felipe II como su embajador en Inglaterra, Bernardino de Mendoza, se mostraron renuentes a participar en la conjura, y tenían sus razones. A Walsingham le resultó muy fácil desarticular a los conjurados y espías católicos involucrados en la trama, ya que desde enero de 1585 tenía infiltrado en la embajada francesa de Londres a un agente cuyo nombre en clave era Fagot. En realidad, el espía de los ingleses era el dominico filósofo y astrónomo italiano Giordano Bruno, que informaba directamente a Walsingham, y siguió estando en la nómina del espionaje inglés hasta 1586, cuando dejó de residir en esa embajada. Cuatro años después, el fraile acabó en la hoguera de la Inquisición romana, acusado de poner en duda el dogma de la Santísima Trinidad, igual que ocurrió con el

español Miguel Servet, condenado a la hoguera por los calvinistas en Ginebra en 1553.

De acuerdo con fuentes inglesas que recoge Eric Frattini, en los intentos de Madrid y Roma para liberar a la reina de Escocia intervinieron como agentes secretos los sacerdotes jesuitas Edmund Campion y William Crichton, cuya misión era prestar a los escoceses católicos todo el apoyo posible a la causa de María Estuardo. Una empresa financiada por Felipe II y el papa, que contaba con Enrique III de Francia como cabeza militar de casi veinte mil hombres. Según Frattini:

> María Estuardo, por su parte, planeaba enviar a su hijo, el destronado Jacobo VI, a España, bajo la protección o, mejor dicho, vigilancia de Felipe II, con la idea de que abrazara el catolicismo.

Cuando todavía la conspiración estaba en sus primeros pasos, Walsingham recluyó a Jacobo VI en un castillo y Aubigny abandonó Escocia y se refugió en Francia, al tiempo que se desataba una cacería contra los agentes jesuitas. Los espías de la reina detuvieron a uno de ellos: el padre William Holt.

Holt había estudiado en Oxford y viajó a Roma, donde ingresó en la compañía de Jesús en 1578. Regresó a Inglaterra en 1581 y fue enviado por otro jesuita, Persons, en misión secreta a Escocia con cartas de María Estuardo, por entonces ya prisionera. Fue detenido en marzo de 1583 y encarcelado en el castillo de Edimburgo. Al parecer, Holt estaba al tanto de una conspiración según la cual el duque de Guisa desembarcaría con un ejército en el sur de Inglaterra, mientras el futuro Jacobo VI invadía el norte con tropas escocesas, contando con los nobles fieles a María Estuardo. Una información que el servicio secreto inglés obtuvo en la embajada francesa, aunque seguramente se trataba de una provocación organizada por el espionaje británico.

Pese a ser torturado, Holt no reveló gran cosa sobre los planes secretos de los católicos ingleses, y finalmente fue puesto en libertad y expulsado de Inglaterra en agosto de 1584. El jesuita volvió a Roma y fue rector del Colegio Inglés en 1586. Dos años después marchó a Bruselas y trabajó como agente de Felipe II administrando los fondos que el monarca español dedicaba a la ayuda de los exiliados católicos ingleses, sin suspender su actividad contra la reina inglesa. Cuando cesó en 1598 en su labor de espía, Holt regresó a Roma y luego a España, donde murió en 1599, al poco de llegar a Barcelona.

William Crichton, otro de los componentes del «comando» jesuita, logró escapar de Inglaterra y regresar a Roma. En cuanto a Campion, se refugió en Escocia, pero acabó detenido en Inglaterra. Después de sufrir en 1581 torturas espeluznantes, murió destripado, castrado y descuartizado como reo de alta traición. En 1970 fue declarado santo por Pablo VI, como uno de los once mártires de Inglaterra y Gales. Este es el nombre que reciben los católicos laicos y los religiosos asesinados y torturados en Gran Bretaña por defender la fe católica en el siglo XVI.

El jesuita Persons, refugiado en Francia, siguió trabajando en misiones secretas para el papa y fue enviado a España en 1588. Allí fundó seminarios en Valladolid, Sevilla y Madrid, y residencias en Sanlúcar y Lisboa. Y por lo que respecta a Crichton, director en 1593 del Colegio Escocés creado en Douai, se trasladó a Lovaina en 1595 y apoyó la sucesión de Jacobo VI al trono inglés cuando murió Isabel I. Un respaldo contrario a un sector de los jesuitas «nostálgicos» que hubieran apoyado la reclamación de Isabel Clara Eugenia a la Corona de Inglaterra, en el supuesto de que Felipe II hubiese podido conquistar este país con la Gran Armada y entronizar a su hija tras haber eliminado a Isabel I.

Persons entró en tratos con John Cecil, sucesor de Walsingham, y hay sospechas de que terminó trabajando bajo cuerda para el servicio secreto inglés.

Empezar por Irlanda

Desde los inicios de la segunda mitad del siglo XVI, los irlandeses emigrados o alistados en las filas del ejército fueron muy útiles para la inteligencia hispana en su enfrentamiento con Inglaterra. Durante mucho tiempo, la consigna española era: «Quien a Inglaterra quiere ganar, por Irlanda ha de empezar».

En Inglaterra, el embajador español Guerau de Spes hizo saber al rey Felipe II que un caballero inglés que vivía en la corte, de nombre Robert Huguins, era espía de la reina inglesa Isabel I y se dedicaba a pasar información secreta por carta a través de su criado inglés, un tal Mateo. Detenido el criado en San Sebastián, las sospechas, sin embargo, no dieron fruto. Mateo quedó en libertad tras algunos interrogatorios. Nada raro, si se

tiene en cuenta que el encargado de traducir del inglés al castellano las cartas interceptadas al criado era John Curton, un inglés residente en Bilbao que trabajaba para el espionaje de Isabel I. Pero Mateo cambió de bando y se pasó al servicio secreto hispano, quejoso del poco dinero que recibía de la Corona inglesa por sus informes.

Como nuevo confidente del espionaje hispano, Mateo se ofreció a ir a España para neutralizar a Huguins, su antiguo amo. Persuadido de que el espionaje inglés lo volvería a enviar en misión secreta a España, Mateo pensó que sería fácil ponerse en contacto con la inteligencia española para enviar informes de los asuntos de Inglaterra, aunque debería actuar con prudencia, pues parecía probable que Huguins tuviera otros enlaces en España.

Una vez informado, Felipe II decidió actuar de inmediato. Ordenó que el caso se estudiase en el Consejo de Estado y él mismo escribió un comentario: «Esto es para ver si será bien cogerlos y averiguarlo y castigar». El rey le pidió también al embajador Spes que desconfiara de Mateo, pues sospechaba que pudiera ser un espía doble, y prohibió que se le dieran muchas informaciones.

Por entonces, el contraespionaje hispano interceptó dos cartas inglesas sospechosas, fechadas en Sevilla, aunque no tenían firma ni destinatario conocido, si bien mencionaban a un tal Edmundo Hogan, que vivía en Londres, y a Juan Cyol, mercader inglés con domicilio en el colegio sevillano de Santo Tomás.

Tras muchos esfuerzos, la inteligencia española logró interceptar el contenido de las cartas, en las que se mencionaba al criado Mateo y a un residente en Madrid, cuyo nombre era William Thomas. Tirando de ese hilo dedujeron que el autor de la carta era un hermano de Hogan sirviente de Mateo. Por otro lado, descubrieron que William Thomas se apellidaba en realidad Typton y que había viajado a Inglaterra hacía unos meses sin licencia del rey, ayudado subrepticiamente por otros ingleses residentes en Bilbao. El espía inglés informaba también de una posible conspiración en Irlanda con apoyo del rey de España, así como del movimiento de tropas en los Países Bajos y de una gran aportación de dinero (seiscientos mil escudos) que el papa y el duque de Toscana habían reunido para instigar un levantamiento católico en Inglaterra.

La identificación de Robert Hogan como criado de Felipe II descubrió la existencia de una red de espías británica en Madrid, Sevilla, San Sebastián y Bilbao. Gracias a los informes de Guerau de Spes se supo también que Hogan era un caballero inglés cuyo nombre verdadero era Robert Huguins. Además,

el embajador Spes informó al rey de que, por la peste que entonces azotaba Londres, no pudo reunirse con Mateo, pero había interceptado a un tal Suinfild, que estaba al servicio de Felipe II en Nápoles, el cual iba de correveidile por orden de la reina inglesa.

Una vez tuvo confirmación por sus agentes en Londres y el duque de Feria de que Huguins y Suinfild eran espías, se pidió al rey que fueran detenidos de inmediato en España. Sin embargo, para no enturbiar las relaciones con el gobierno inglés en ese momento, el espía Huguins no fue encarcelado, sino solo expulsado de los territorios de la Corona hispana. Huguins regresó a Inglaterra para ocuparse en trabajos de contraespionaje, no sin antes proporcionar al Consejo Secreto de Isabel I un completo informe sobre el estado de la Armada española.

Obligado a conocer lo que Inglaterra tramaba contra España, Spes consiguió situar a uno de sus espías en el entorno de Huguins. Este espía doble era español y pudo sustraer del despacho de Huguins un memorial del Consejo Privado inglés, copiado y enviado a Felipe II, que sugería una alianza con el rey de Argel y el de Trípoli contra España, sin excluir la creación de una liga antihispana en la que participara Turquía. El agente doble español reveló también a Spes que Huguins seguía en contacto con otro espía infiltrado en la corte de Felipe II, que no se había podido identificar.

La contrainteligencia inglesa, en su tarea de descubrir agentes irlandeses en Inglaterra, supo que un espía del coronel Stuckley, al servicio de la inteligencia hispana, había viajado en agosto de 1571 desde España a Irlanda con intenciones conspiratorias, pero fue detenido y llevado a la Torre de Londres, donde Huguins lo torturó para que revelase las intenciones españolas.

Otros irlandeses colaboraron también con el servicio secreto español en ese tiempo, y el arzobispo Fitzgibbon informó al contador Garnica que Mateo, el criado de Huguins, actuaba por su cuenta, y se sospechaba que estaba controlado por el espionaje británico. Mateo había ido a Inglaterra a conseguir información secreta, lo que produjo el apresamiento del procatólico duque de Norfolk. De vuelta en Madrid, Mateo acudía con frecuencia a la casa de Fitzgibbon, disimulando su traición, y decía que deseaba viajar de nuevo a Inglaterra para informar a Londres.

También había otros ingleses en España que deseaban ir a Flandes, como un tal John Banckes, residente en Bilbao, al que Fitzgibbon consideraba sospechoso. Extremando las precauciones, el arzobispo irlandés pedía que no se dejara entrar en España a ningún inglés, aunque estuviera naturalizado

español: «No hay inglés en España en quien se pueda confiar —avisaba Fitzgibbon—, y aun los mismos criados del rey tengo yo por peor que todos los otros y que más daño pueden hacer».

Exiliados sospechosos

Entre 1571 y 1575 —expulsado el embajador Guerau de Spes—, el espionaje español en Inglaterra estuvo dirigido por el secretario de la embajada Antonio de Guaras y, cuando este fue encarcelado acusado de espionaje, Felipe II hizo todo lo posible por conseguir liberarlo a cambio de una gran cantidad de dinero.

Como señala Enrique García Hernán, historiador experto en cuestiones hispano-irlandesas, resulta extraño que hasta finales de 1573 España no empezara a tomar precauciones con los muchos exiliados ingleses e irlandeses que se ofrecían para enrolarse en la Armada hispana, con la secreta intención de espiar al servicio de Inglaterra.

Uno de ellos, llamado Juan de Salvatierra, había actuado años antes con el falso nombre de Juan de Mendoza, recibiendo en su casa a los exiliados y ofreciéndoles empleo. El riesgo para España era que algunos de estos refugiados irlandeses eran espías al servicio de Inglaterra, por lo que la contrainteligencia hispana tuvo que mantenerse en permanente vigilancia durante esos años. Considerando el riesgo, el secretario de Estado, Gabriel de Zayas, desconfiaba de ellos y no quiso concederles lo que solicitaban. Descontentos con la negativa, en diciembre de 1573 los exiliados encabezados por Salvatierra fueron al Alcázar de Madrid y presentaron un memorial al rey. Pedían elegir a un representante del grupo y desenmascarar a los espías que pudieran haberse infiltrado entre ellos, pero Felipe II impidió que el memorial se utilizara en el Consejo de Guerra para investigar el turbio asunto.

En diciembre de ese año, Salvatierra recomendó al rey que diera cien escudos al sacerdote dominico irlandés Tadeus MacEoga, que tenía fama de docto y gran predicador. De él se decía que había padecido mucha persecución de los anglicanos, y necesitaba dinero para ir a ver al papa de Roma y ser nombrado obispo, cargo que finalmente consiguió en la diócesis de Clonfert.

Los exiliados ingleses refugiados en Flandes a partir de 1570 recibieron pensiones hasta 1579 por la «Reformación General» que se produjo con el

reajuste del ejército de Flandes. Pero estas ayudas se prolongaron en 1580, con la inclusión de personajes como Anna Sommerset, condesa de Northumberland; Anna de Hungerford, hermana de la duquesa de Feria, o el barón Copley. Todos ellos mantenían correspondencia con amigos o parientes en Inglaterra y eran espías de la Corona española.

En 1574, el secretario real Gabriel de Zayas recibió una lista de cinco ingleses prisioneros en el castillo de Santorcaz, cerca de Alcalá de Henares. Estaban acusados de ser espías y de tener contacto con la duquesa de Feria, Juana Dormer, con intenciones secretas. Dos de los detenidos se suicidaron: uno se ahorcó y el otro se tiró por una ventana. Detrás de esta operación estaba un obispo irlandés, cuyo nombre no salió a relucir, que denunció a los cinco espías ingleses enviados por Isabel I.

Otro caso se produjo en 1578, con ocasión del desastre portugués de Alcazarquivir en Marruecos. Se presentaron en Madrid tres capitanes ingleses que dijeron dirigirse a Lisboa para participar en el ejército del rey Sebastián en África, cuando les llegó la noticia de la muerte de este monarca. Pronto se sospechó que los tres ingleses eran espías y el contraespionaje hispano adoptó las medidas oportunas contra ellos.

El espía irlandés

En dos naves portuguesas llegadas en 1586 a la bahía de Cádiz en ruta hacia Guinea viajaban un irlandés de nombre Raymond Dorian y su hijo Hércules. Sospechando que Raymond fuera inglés, las autoridades españolas lo detuvieron y llevaron al corregidor local para interrogarlo.

El detenido dijo que tenía pasaporte saboyano y que estaba casado en Niza, pero cuando lo encarcelaron admitió que tenía en el barco un permiso de viaje firmado por el secretario de la reina inglesa, Francis Walsingham. Un alguacil de la ciudad, Diego Pimentel, fue a la nave a buscar los documentos y los interrogatorios continuaron al día siguiente por medio de un intérprete inglés en Cádiz llamado Conrad Hilton.

Entonces el supuesto saboyano dijo ser un artillero y piloto irlandés que había zarpado dos meses con autorización de la reina inglesa, ya que sin ese documento no hubiera podido abandonar Inglaterra, y tenía intención de pasar a Saboya para reunirse allí con su mujer. En el barco de Raymond, los interrogadores descubrieron varias cartas. Al principio negó que fueran suyas, pero, a la vista de los papeles hallados, el corregidor le preguntó si había

estado en Argel. Raymond dijo que sí y que había sufrido cautiverio durante cinco años en Argel y Constantinopla, hasta recobrar la libertad en 1584. Después aseguró haber vuelto a Argel en un barco inglés para rescatar a los irlandeses que allí quedaban presos.

Los interrogatorios continuaron y a Raymond le encontraron dos cartas de un renegado de nombre Azanaga, que gobernaba en Trípoli, fechadas en junio y julio de 1585. En las cartas se avisaba de un acuerdo entre Inglaterra y la Berbería, escritas también en italiano y en inglés. Raymond confesó que eran correspondencias de amigos para Azanaga, pero los interrogadores no le creyeron y siguieron presionando. Querían saber por qué les había mentido y había negado que las cartas eran suyas. También le hallaron otros documentos escritos en inglés, gaélico e italiano, al parecer cifrados, y los españoles decidieron entonces interrogar también al hijo de Raymond.

El careo entre padre e hijo reveló muchas contradicciones, lo que, unido a unos salvoconductos para el corsario Alí Bajá, capitán general de la flota turca, y un alto mando inglés, convenció a los interrogadores españoles de que ambos eran espías. En consecuencia, fueron procesados, y el inglés Raymond fue condenado a una pena severa.

Falsa acusación

Otro caso de espionaje que recogen las crónicas es el del irlandés Richard Grant. Aconteció en mayo de 1586, cuando apareció en Oporto un barco escocés. El marqués de Santa Cruz, que por entonces dirigía los preparativos de la Gran Armada, fue avisado de que en ese barco iba un espía inglés que había recorrido los puertos de Galicia para informar al servicio secreto inglés.

Grant llevaba, además, un pasaporte del gobierno británico que le autorizaba a no ser interceptado por barcos ingleses, y los españoles no tardaron en detenerlo y encarcelarlo. Al ser interrogado se demostró que el espía había estado comerciando en puertos del norte de España, pero también que Grant portaba libros de oración católicos y cartas de un obispo irlandés que residía en un convento de Lisboa.

Cuando Grant fue puesto en libertad a cambio de un alto rescate, los ingleses decidieron reclutarle como agente doble y le proporcionaron una licencia para navegar firmada por Walsingham y el almirante Howard. Con ese documento embarcó hacia Lisboa para comerciar con mercancías británicas. Los investigadores españoles buscaron pruebas de que Grant era

un espía, pero cuando registraron su casa no pudieron hallar nada que le incriminase. Entonces le aplicaron tormento para que confesara, pero el irlandés no solo persistió en declararse inocente, sino que incluso dijo haber facilitado informes al cardenal-archiduque Alberto de Austria, que en ese tiempo era virrey de Portugal. En vista de lo cual, las autoridades españolas ordenaron que Álvaro de Bazán pusiera al sospechoso inmediatamente en libertad.

Aunque el Consejo de Guerra lo declaró inocente, Grant pleiteó por la devolución de las mercancías inglesas que le habían embargado, y acabó dedicado al espionaje, pero —contra todo pronóstico— al servicio de la Corona hispana. En 1589 trató de localizar a los barcos perdidos de la Gran Armada en el norte de España, tras la fracasada expedición a las costas inglesas.

El irlandés fiel

Hermano de Richard Grant y amigo del corregidor de Oporto era Patrick Grant, inglés desterrado y casado con una española. Residía en Bayona (Galicia) y fue contratado por la Armada para espiar en los puertos gallegos recomendado por Juan Cardona, que era miembro del Consejo de Guerra.

La misión de Patrick, secundado por su hermano Richard, consistía en averiguar las noticias que llegaban a Galicia en barcos procedentes de Irlanda e Inglaterra. En cumplimiento de este cometido, Patrick solicitó del Consejo de Guerra un destino en Bilbao, donde el servicio secreto hispano necesitaba un «irlandés fiel» que fuera conocido entre los comerciantes de Irlanda, ya que los ingleses residentes en Vizcaya y San Sebastián no eran fiables.

Una de las primeras tareas de Patrick fue informar sobre los náufragos españoles de la Gran Armada. Otros informes incluían aspectos de la política y el ejército, con noticias procedentes de Irlanda, los puertos del Canal de La Mancha y personajes como Francis Drake o el prior Antonio de Crato, antagonista portugués de Felipe II. Las noticias obtenidas eran valiosas y exactas, y fueron enviadas a Francisco de Idiáquez y Felipe II.

El militar irlandés

Por vivir en la fe católica —como él mismo confesó— el capitán irlandés Peter Lombard había dejado su casa y hacienda, y en 1576 luchó con Juan de Austria contra los rebeldes holandeses. Más tarde, entre 1577 y 1580, en la llamada «Segunda guerra irlandesa», estuvo presente en la rendición del puerto de Smerwick y participó en la campaña de Portugal, en 1580, a las órdenes del duque de Alba, antes de volver a Flandes bajo el mando de Alejandro Farnesio.

Muy dotado para los idiomas, que había ido aprendiendo en los diversos escenarios de su vida de soldado, Lombard vio frustrada su trayectoria militar por una enfermedad que le obligó a ir a Madrid y dejar Flandes. Al igual que otros muchos veteranos de ese tiempo, pululó por la corte y demandó ayuda al jefe del espionaje español, Juan de Idiáquez. Quería que le dieran cualquier puesto en la Armada o en otro sitio de Flandes. Sin dinero, estuvo malviviendo tres años en la casa de una viuda que tenía una hija casadera. Al cabo de ese tiempo la mujer le pidió al irlandés que se casara con la moza, como compensación por haber vivido gratis en su casa. El capitán, al verse en la penuria, aceptó el matrimonio y los hijos no tardaron en llegar. En diciembre de 1586, a Lombard —con el aval de cuatro consejeros de Guerra — le concedieron lo que pedía: un «entretenimiento» de veinticinco escudos en Galicia para vivir desahogadamente con su mujer y sus hijos.

Durante la expedición de la Gran Armada, en 1588, el irlandés permaneció en tierras gallegas haciendo de intérprete y espía de las noticias que llegaban fragmentariamente desde Irlanda, y se le encargaron varias misiones peligrosas.

Al producirse el fracaso del asalto hispano a Inglaterra, algunos hombres del capitán Alonso de Leiva consiguieron internarse en el norte de Irlanda y Lombard se encargó de informar en España de lo que estaba pasando. En enero de 1589, desde Santander escribió acerca de los preparativos para socorrer a los náufragos españoles que se habían unido a los jefes de clan irlandeses O’Neill y O’Donnell, que resistían en Dundalk y pedían recibir socorro urgente.

Se decía que Alonso de Leiva estaba vivo y resistía con algunos caballeros irlandeses, lo que hizo que en Lisboa se congregara mucha gente ansiosa de noticias. La situación exigía que la inteligencia hispana intentase averiguar por cualquier medio lo que estaba sucediendo en ese dramático momento histórico.

En cumplimiento de esta tarea, el capitán Francisco Duarte intentó contratar en Lisboa a un mercader irlandés para localizar los barcos perdidos

de la fallida empresa. Andrés de Alva, secretario del Consejo de Guerra, pidió la máxima celeridad en la operación y encontraron al informante adecuado: un irlandés llamado Thomas Walsh, aunque antes tuvieron que pagarle quinientos ducados que le debían por un cargamento de arenques vendido a la Armada. Obligada por la necesidad, la inteligencia española pagó con urgencia y añadió otros trescientos ducados si el trabajo acababa bien. Pero Walsh no tenía mucha prisa porque deseaba embarcar antes algunas mercancías para poder justificar su viaje a Irlanda en el caso de ser capturado por los ingleses.

Cuando finalmente Walsh salió de Lisboa y alcanzó el puerto de Kinsale, las noticias que llegaron pronto al Consejo de Guerra no eran favorables. Un barco inglés encontró al de Walsh y le robó parte de la carga, pero el irlandés consiguió averiguar que, desde diversos puertos ingleses, unos sesenta barcos habían salido a piratear en la costa de España, aprovechándose del fracaso de la Gran Armada.

Walsh informó también de que el virrey inglés de Irlanda estaba en el norte de la isla para aniquilar al capitán Leiva y al resto de los hombres de la Armada perdidos en esa costa, y pudo averiguar —según noticias publicadas en Inglaterra— que habían naufragado veintitrés barcos españoles en la travesía desde el Canal de la Mancha. Se trataba de una cifra de bajas bastante exacta, lo que hace pensar que Walsh era un buen espía, capaz de proporcionar información acertada pese a la premura y los escasos medios de que dispuso para cumplir su tarea.

Irlandeses desarmados

En 1591 se produjeron algunos problemas en Ferrol con los irlandeses que servían en la Armada sin portar armas, lo cual consideraban humillante por ser considerados «de poco servicio». El contraespionaje hispano supo también que esos irlandeses mantenían mucha relación con sus compatriotas residentes en Santander y otros puertos de la cornisa cantábrica.

El capitán Francisco de Toledo, que estaba al tanto del caso, escribió a Felipe II y le pidió que trasladase a todos los irlandeses de esas tierras al interior de España, con el fin de evitar que el espionaje inglés pudiera contactar con ellos y filtrar información en sitios costeros.

En Lisboa, entretanto, los irlandeses de la Armada pidieron al Consejo de Guerra recibir algunos pagos que les debían y el asunto llegó a Felipe II. El

rey aceptó estudiar sus peticiones y ordenó que sirvieran en tierra cobrando menos sueldo. El monarca también les requirió que salieran de Lisboa hacia otras ciudades menos expuestas al espionaje extranjero, y que se investigara a todos los británicos e irlandeses que servían en la Armada. Una tarea que el Consejo de Guerra encargó al noble inglés exiliado Francis Englefield, que debía prestar especial atención a los que se consideraban sospechosos.

El informe de Englefield, que afectaba a la mayoría de los ingleses, resultó positivo, pese a la difícil tarea, pues había muchos mercaderes de esa nacionalidad juzgados muy sospechosos de espiar en favor de Inglaterra. En cuanto a los irlandeses, su fidelidad al rey de España parecía garantizada, aunque los más estrictos en materia doctrinal criticaban que su formación religiosa dejaba mucho que desear.

Según los cálculos del contador de la Armada presentados en 1593 al Consejo de Guerra, se adeudaba a los irlandeses más de cinco mil escudos, que seguramente les fueron pagados. Entre los más afectados se incluían personajes de alcurnia como el vizconde de Baltinglass; Maurice y Thomas Fitzgerald; Charles O'Connor o los caballeros Henry Ryan y John Lacy.

Galicia: foco de espías

La permanente actividad del espionaje británico tenía también en tierra gallega un foco importante que trataba de combatir Luis Carrillo de Toledo, gobernador y capitán general de Galicia. La realidad era que la comunidad irlandesa había crecido enormemente en Galicia, y La Coruña se había convertido en un punto neurálgico muy amenazado en el tránsito de espías con Inglaterra.

Las denuncias documentadas recogían que en toda Galicia había espías irlandeses infiltrados. Bastantes de ellos, al parecer, cuando eran perseguidos se asentaban en ciudades andaluzas como Jerez, Córdoba y Sevilla para pasar desapercibidos a la contrainteligencia hispana.

Un episodio de esta lucha sorda para contrarrestar al espionaje británico se produjo cuando el gobernador Carrillo recibió aviso del agente irlandés Robert Comeford, en 1597, asegurando que la reina Isabel I había ordenado que partieran cuatro naves desde Dublín para informar de lo que sucedía en

las costas de España, pero la inteligencia hispana lo descubrió y se informó oportunamente al Consejo de Guerra.

En otro caso documentado, cuando la organización del espionaje en el norte de España estaba a cargo de Francisco de Fuiza, el rey Felipe II envió a un irlandés devoto incondicional del papa para infiltrarse en Inglaterra. El espía anónimo era un hombre casado y con hijos, y tuvo que esperar varios meses hasta que pudo visitar la Feria de Bristol, con la intención última de espiar sin levantar sospechas haciéndose pasar por comerciante en Inglaterra.

La misión que le encomendaron era ir desde Bristol a Londres para vender en la capital sus mercancías, y allí comprar otras y llevarlas a Irlanda con el fin de informar secretamente en esa isla antes de regresar a España. No se sabe si la empresa tuvo éxito porque desapareció.

Bernardino de Mendoza, un embajador en el ojo del huracán

Uno de los personajes más destacados de la inteligencia hispana durante el reinado de Felipe II fue el militar, diplomático e historiador Bernardino de Mendoza (1540-1604). Además de recabar información, Mendoza pagó sobornos y reclutó agentes, tanto residentes como en misiones viajeras, utilizando de forma habitual el cifrado en el envío y la recepción de los mensajes.

Bernardino de Mendoza se inició en las armas en la campaña de Orán, y al año siguiente estuvo junto a Juan de Austria en la toma del Peñón de Vélez de la Gomera, célebre nido de piratas, y en 1565 en el socorro a la isla de Malta, asediada por los otomanos. Pero su auténtico espaldarazo militar se produjo cuando participó en la campaña del duque de Alba para sofocar la rebelión de los Países Bajos, en 1567. El duque y el joven oficial congeniaron y pronto Mendoza se convirtió en uno de los hombres de confianza de Alba, que le encargó su primera misión diplomática: ir a Roma para explicar al papa Pío V un asunto relacionado con el paso de los tercios por la ciudad de Ginebra, dominada por los calvinistas.

Entre los años de 1567 y 1577, como capitán de una compañía de caballería ligera, Mendoza fue testigo directo de los principales sucesos militares y políticos de ese periodo, y de esos recuerdos dejaría testimonio

escrito años más tarde, siendo embajador en Francia, en sus *Comentarios a la Guerra de los Países Bajos*. Un libro que relata las campañas del duque de Alba en Frisia contra Guillermo de Orange y Luis de Nassau, con episodios tan importantes como la toma de la ciudad de Mons y el porfiado asedio a Haarlem, que costó muchas bajas a las tropas españolas.

Sustituido Alba como gobernador y capitán general de los Países Bajos por Luis de Requesens, Mendoza prosiguió combatiendo en acciones tan importantes como la batalla de Moock (1574), a orillas del río Mosa, y en julio de ese mismo año se le encargó una rápida e importante misión diplomática en Inglaterra: conseguir que el gobierno inglés acogiera en sus puertos, en caso de necesidad, a los barcos que comandaba Pedro Menéndez de Avilés en su tránsito por el Canal de la Mancha hacia los Países Bajos, donde la guerra continuaba sin pausa.

Embajador en Londres

A principios de 1577, Felipe II nombró a Mendoza embajador ante la corte de Londres, vacante por la expulsión del anterior representante diplomático, Antonio de Guaras, que no tenía ni el rango ni la preparación suficiente para ocupar el cargo, pese a lo cual —señala la reseña biográfica de la Real Academia de la Historia— realizó cosas muy positivas, como restablecer el comercio hispano-británico o gestionar el envío de un embajador inglés en España (lord Henry Cobham), propiciando un mayor entendimiento entre ambos países.

Detenido como valedor de la causa de la reina escocesa María Estuardo, el comerciante-diplomático Guaras estuvo encarcelado casi dos años en la Torre de Londres, acusado de conspiración, y salvó la cabeza gracias a las gestiones de Mendoza. Puesto en libertad en 1579, fue expulsado de Inglaterra después de ver sus mercancías confiscadas y pagar una gruesa suma por su rescate.

Mendoza llegó a Inglaterra como embajador en marzo de 1578. Católico a ultranza y totalmente fiel a los postulados contrarreformistas que encarnaba Felipe II, su llegada a la corte de Londres despertó un gran recelo en muchos personajes del círculo de Isabel I.

Uno de los éxitos más importantes del embajador español fue introducir un espía en el barco de la expedición de Martín Frobisher a Canadá, en 1578. Ese mismo año se apuntó otro triunfo cuando proporcionó a don Juan de Austria, que entonces era gobernador en Flandes, el retrato de un espía

llamado Radcliffe, enviado por el servicio secreto holandés para asesinarle, que pronto fue detenido. También resultó acertado que Mendoza informara en 1579 de la carta secreta que la reina inglesa envió al sultán de Turquía a través de Francia, proponiendo una alianza secreta contra España, lo que permitió a Felipe II adoptar medidas a tiempo para capear la amenaza que se cernía sobre la Corona hispana.

La cordial relación con la reina inglesa durante los primeros años de su embajada se deterioró seriamente a partir de 1581. Las razones de este empeoramiento estaban claras: la piratería amparada por el gobierno inglés en el Atlántico, la ayuda inglesa soterrada a los enemigos de España en los Países Bajos, el acercamiento a Francia como maniobra dinástica para enfrentarla a España, la creciente persecución contra los católicos en Inglaterra y el cobijo del gobierno inglés al pretendiente al trono portugués, el prior de Crato, que ponía en duda la legitimidad de Felipe II a la Corona de Portugal.

En 1583, desde Londres, Mendoza informó al contraespionaje hispano de que había partido de Inglaterra un barco en misión secreta con destino a Estambul, capitaneado por John Price. Se trataba de cartas que la reina Isabel enviaba al sultán turco, y el embajador en Génova, Pedro de Mendoza, y los virreyes de Nápoles y Sicilia consiguieron descubrir su contenido y hacerse con los avisos.

Uno de los primeros objetivos de Mendoza durante su embajada (1578-1584) fue tener acceso a las deliberaciones del Consejo Privado (*Privy Council*), donde se tomaban las decisiones más importantes del gobierno en Londres. En este cometido, Mendoza contaba con una amplia red de espías y confidentes y logró un moderado éxito al captar a algunos personajes próximos a Isabel I, como el diputado en el Parlamento inglés y controlador de la Casa Real inglesa (*contralor*) James Croft, que era miembro del Consejo Secreto de la reina, pero cayó en desgracia. Seguramente, al verse postergado, acabó de informante de Mendoza, a quien proporcionó avisos que el embajador consideraba de la mayor importancia.

Croft fue uno de los comisionados en el juicio a la reina escocesa María Estuardo y en 1588 fue enviado para negociar la paz con el duque de Parma, una actividad que levantó las sospechas de su gobierno, que lo encarceló durante una breve temporada en la Torre de Londres. Poco después de ser puesto en libertad, murió en 1590.

En 1581, el rey Felipe II entregó a Mendoza dos mil coronas para pagar los servicios de Croft, pero su enemigo, el conde de Leicester, sospechaba de

él y lo tenía muy vigilado, por lo que el *contralor* redujo al mínimo sus informes. Acusado en 1581 de criptocatólico, buscó refugio en la embajada española y desde entonces Mendoza lo tuvo en nómina como espía, gracias a sus contactos en el norte de Inglaterra y a su amistad con algunas damas de la reina. Extrañamente, sin embargo, aunque Leicester y Walsingham intentaron expulsarlo de la corte, Croft siguió informando a Mendoza, que le recompensó con generosidad y le prometió una pensión anual de mil coronas.

Croft no solo informó a Mendoza de lo que se trataba en el Consejo Privado, sino que también apoyó las reclamaciones de Mendoza para devolver a España el producto de la rapiña de Drake en su viaje alrededor del mundo, y se erigió en portavoz de los mercaderes ingleses interesados en el comercio con España. Unas demandas que exigían terminar con las expediciones piráticas británicas para no provocar el embargo de las mercancías inglesas, como amenazaba Mendoza.

El *contralor* también llegó a sugerir a Mendoza un desembarco militar en Irlanda para cortar el apoyo desde Inglaterra a la rebelión holandesa contra España. Entre 1587 y 1588, Croft intervino en el inicio de las conversaciones de paz del gobierno inglés con Alejandro Farnesio a través de los comerciantes William Bodenham y Andrés de Loo.

Pese a generar numerosas sospechas en la corte de la reina Isabel I y a ser encerrado en la Torre de Londres, a la muerte de Leicester, la soberana inglesa le permitió mantener la gestión de la Casa Real hasta que murió en su cargo.

La conducta de Croft suscita todavía interrogantes: ¿fue un auténtico espía de España o un doble agente del espionaje británico? Sin excluir que bien pudo cambiar de bando según convenía a sus intereses en cada momento, siendo así leal o desleal a ambas partes.

Una conspiración «descerebrada»

Al comprobar que el miedo había hecho de Croft un agente inútil, Mendoza recurrió a Henry Howard, hermano del duque Norfolk, ejecutado por participar en la «Conspiración Ridolfi» —en Inglaterra se conoce como *Ridolfi Plot*—, una conjura, instigada por la inteligencia vaticana, dirigida a liberar a la reina María Estuardo y a provocar, con la ayuda militar española, el derrocamiento de Isabel I y la restauración del catolicismo en Gran Bretaña.

Pronto, el servicio secreto de Walsingham estuvo al tanto de una trama que ya parecía un secreto a voces. No es de extrañar que alguien la calificara de «una de las conspiraciones más descerebradas del siglo XVI», sin excluir que se tratase de un montaje para eliminar de la escena política a Norfolk, considerado criptocatólico y decidido seguidor de María Estuardo.

Como Walsingham sospechaba de Ridolfi, interrogó al florentino en octubre de 1569, si bien lo dejó en libertad en enero de 1570. Hay versiones que apuntan a que en ese tiempo Ridolfi se convirtió en agente doble al servicio del gobierno británico. Bajo la dirección de Walsingham, el conspirador se relacionó estrechamente con el obispo de Ross, John Lesley, y el duque de Norfolk, Thomas Howard, y las ilusiones de este se encendieron al recibir en enero de 1571 una carta de María Estuardo que le animaba a unirse a la trama, con insinuación de matrimonio incluida. El contenido de la carta tenía todas las trazas de un engaño encubierto, en el que encajaban las piezas del montaje ideado por el servicio secreto de Walsingham para provocar la caída de la infeliz reina escocesa.

A través del obispo, Ridolfi recibió las instrucciones acordadas por Norfolk y María Estuardo para consumar el complot. Se trataba de solicitar al duque de Alba armas, dinero y diez mil hombres para liberar a la reina escocesa y ponerla en el trono de Inglaterra después de destituir a Isabel I. Ridolfi discutió el plan en Bruselas con el duque, que se oponía tajantemente a realizarlo.

Las torturas que siguieron a la detención de un sirviente de la reina escocesa permitieron la rápida detención del obispo de Ross y del duque de Norfolk, ya que reveló que todos los documentos secretos de la conjura estaban escondidos en el techo de una de las casas del noble inglés. En el escondite, Walsingham encontró también cartas de María Estuardo a Norfolk y al obispo de Ross. En septiembre de 1571, el duque fue encarcelado en la Torre de Londres y tras un juicio más que irregular fue condenado por alta traición y ejecutado en junio de 1572.

Ridolfi, el principal conspirador, escapó a Roma y siguió sirviendo al papa Pío V en misiones secretas. Más tarde actuó como embajador especial en España y Portugal en representación del gran duque Francesco de Médicis, y ocupó varios cargos importantes en Toscana hasta su muerte en 1612.

Otros espías captados por Mendoza en Londres

Sir Edward Stafford, embajador de Inglaterra en Francia entre 1583 y 1590, en los años críticos de la guerra civil religiosa, actuó como informante de la embajada española entre 1587 y 1589. A cambio de miles de escudos, Stafford entregó a Mendoza despachos en clave que tenían informado a Felipe II de las noticias más importantes sobre Inglaterra o la embajada inglesa en Francia. El embajador inglés prestó buenos servicios a la inteligencia hispana en momentos decisivos. Era muy aficionado al juego, en el que perdió grandes sumas, lo que parecía casusa evidente de su deslealtad.

Stafford informó sobre la política de la reina Isabel I relacionada con Francia y sobre los preparativos navales de Inglaterra, incluyendo el ataque de Drake a Cádiz en 1587. Pero también se comprobó que pasó información falsa sobre los preparativos que España llevaba a cabo en vísperas del ataque de la Gran Armada, y tan pronto se confirmó el fracaso de la operación, la eficacia de Stafford como espía empezó a decaer. En septiembre de 1588, Mendoza se quejó de la actuación de su agente. Lo acusaba de haberle mentido sobre el envío a Inglaterra de un espía de Antonio de Crato, el pretendiente al trono portugués, con cartas de Enrique III de Francia y la reina madre Catalina de Médicis. Desde hacía tiempo, además, los avisos de Stafford eran pura ficción.

Es muy posible, por otra parte, que Walsingham hubiera utilizado a Stafford y que este hubiera proporcionado información falsa a los espías españoles. En este sentido, existen algunos hechos destacables, como el sucedido en abril de 1587, cuando el embajador inglés informó a Mendoza de que Drake demoraba su expedición contra la costa española, pero cuando llegó la noticia el almirante corsario navegaba ya y estaba a punto de atacar Cádiz. Consciente del error, Stafford envió un aviso urgente a Cádiz, pero este llegó un día después de la que ciudad fuera atacada.

Uno de los informantes de Stafford era su cuñado y lord gran almirante Howard de Effingham, que proporcionó datos sobre el potencial artillero de la flota inglesa, quizá inadvertidamente. La realidad, sin embargo, es que Walsingham tenía una copia de los planes de invasión de Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, en abril de 1586, solo unos días después de que los viera el rey Felipe II. Fue un golpe secreto extraordinario que estuvo a cargo de Anthony Standen, católico inglés que residía en Florencia con la falsa identidad de Pompeo Pellegrini y era un espía de primera clase con acceso a fuentes privilegiadas.

Standen era amigo del embajador de Toscana en la corte de Madrid, y en España o en Portugal reclutó por cuenta propia a otro agente: un sirviente del

marqués de Santa Cruz que enviaba avisos desde Lisboa por la valija diplomática que se recibía en Madrid.

En la primavera de 1588, Standen viajó a España y desde allí logró informar directamente a Walsingham. Seguramente arrepentido de sus escarceos en el mundo del espionaje, pidió como recompensan volver a contar con el favor oficial y una pensión de cien libras. La misma suma que recibió el espía Gilbert Gifford, el principal delator de la «Conspiración Babbington», que actuó como agente doble de Walsingham para llevar al cadalso a María Estuardo.

Bajo el falso nombre de «Julio», Standen también ofreció a Mendoza el listado y los pormenores de la flota inglesa en vísperas de la empresa de la Gran Armada. Los datos exageraban el potencial artillero inglés, lo cual deja sospechar que Walsingham hubiera proporcionado información falsa a los servicios secretos españoles. Lo cierto es que los informes de Standen a Felipe II sobre la Armada divergían mucho de las propias fuentes de Howard, y «Julio» continuó enviando informes erróneos a la inteligencia hispana desde que la Armada iniciara su ofensiva naval contra Inglaterra.

De nuevo surge la pregunta obligada en estos casos: ¿era Stafford un doble agente? Resulta sorprendente que su traición no fuera conocida por el servicio secreto inglés. Walsingham llegó incluso a vigilarle de cerca e interceptar su correspondencia para reunir pruebas en su contra, y aun así el espía-embajador seguía actuando. Al parecer, le protegía el tesorero real lord Burghley, y esa protección, unida a sus buenos contactos en la corte, impidió que fuera procesado.

La mala relación entre el embajador inglés y Walsingham se debía a razones personales, pero también ideológicas, ya que Stafford no compartía el apoyo que el jefe del espionaje inglés prestaba a los hugonotes franceses. El agente-embajador controlado por Mendoza también recibió dinero del duque de Guisa (seis mil coronas) por desvelar el contenido de la valija diplomática inglesa, más otras dos mil del embajador español. El intermediario de estos pagos era Charles Arundel, un notorio conspirador y exiliado católico inglés.

Otros espías importantes bajo el control de Mendoza eran los hermanos Maluenda, mercaderes españoles encargados de hacer llegar al jefe del espionaje hispano en Francia el dinero que permitía financiar la red. Una función de pagador de espías y enlace de agentes en la que se distinguió el saboyano Isoardo Capello, que fue uno de los primeros en enviar noticias fidedignas sobre el descalabro de la Gran Armada.

En algunas ocasiones, Mendoza utilizó como espías a prisioneros españoles en Inglaterra. Ese fue el caso de Francisco de Valverde, apresado a la altura del Cabo de San Vicente en 1587. Estuvo preso en Portsmouth, Southampton y Londres durante un año y desde esos sitios siguió enviando avisos secretos a la embajada española en Francia.

Pedro de Zubiaur

Además de los esfuerzos para deponer a Isabel I y lograr restaurar el catolicismo en Inglaterra, Mendoza mantuvo una activa vigilancia sobre los preparativos navales ingleses dirigidos a prevenir los ataques piratas contra los intereses hispanos en América, y controlar la presencia en Inglaterra del pretendiente portugués Antonio de Crato.

El agente más importante durante la época de Mendoza en Londres fue Pedro de Zubiaur, o Zubiarre, que disponía de su propia red de espías para avisarle de las actividades corsarias de Drake y Raleigh, y participó en la trama que finalmente acabó con la vida de este.

Vizcaíno de Zenarruza y nacido en 1541 en una familia hidalga, Zubiaur había sufrido prisión en Inglaterra durante más de un año, cuando la reina inglesa decretó el embargo de las naves españolas en puertos británicos, en represalia por la captura de mercancías británicas en Flandes. Sus actividades en tierra inglesa le facilitaron un gran conocimiento de ese país, y en 1573 la Casa de Contratación de Sevilla le envió en misión oficial para intentar recuperar el oro que Drake había robado en Centroamérica, cuando asaltó una recua de mulas cargadas con el tesoro del Perú.

En esta misión de dos años, que muy bien pudo ser una tapadera de la inteligencia española, Zubiaur contó con el apoyo de Mendoza. Aunque del oro de Drake nunca más se supo, el embajador le encomendó una misión similar en 1580 para conocer las correrías de Drake en ultramar. Con este fin, el vasco montó su propia red secreta que le mantenía informado de los preparativos navales de la piratería inglesa.

Acusado de complicidad en el atentado contra Guillermo de Orange en 1582, Zubiaur ideó un plan en Londres para apoderarse por sorpresa del puerto holandés de Flesinga. Para lograrlo se puso en contacto con Alejandro Farnesio, pero el espionaje inglés lo descubrió y el agente de Mendoza fue encarcelado de nuevo en la Torre londinense, causando un grave perjuicio a la inteligencia hispana. Allí permaneció durante más de un año, pese a los

esfuerzos que desde París hizo Mendoza para liberarlo a cambio de otros prisioneros ingleses. Las razones del cautiverio de Zubiaur no están muy claras, y se prolongó un año más en Holanda. Fue torturado y por su rescate definitivo hubo que pagar diez mil ducados.

No acabaron ahí los hechos militares de Zubiaur, ya que participó en los preparativos del fallido desembarco de Alejandro Farnesio en Inglaterra con apoyo de la Gran Armada (1588), y en los años siguientes intervino en numerosas acciones en el Cantábrico contra escuadras inglesas y holandesas, casi siempre muy superiores en número. Luego combatió en Bretaña, estuvo al mando de la vigilancia del estrecho de Gibraltar y fracasó en el intento de establecer una cabeza de puente española en Kinsale (Irlanda), contra Inglaterra. Liberado de las cárceles inglesas, Zubiaur volvió a desarrollar su vocación marinera al servicio de España, intervino en acciones navales contra franceses, ingleses y holandeses, y fue herido en varias ocasiones.

Zubiaur protagonizó también uno de los primeros casos documentados de espionaje industrial. Instalado en Londres como comerciante en la década de 1570, consiguió copiar con exactitud un ingenio instalado a orillas del Támesis que servía para abastecer de agua a la ciudad. Eso le llevó a relacionarse en Londres con el dominico y filósofo italiano Giordano Bruno, alias «Fagot», que actuaba de espía reclutado por el secretario inglés Walsingham en la embajada francesa.

Zubiaur consiguió calcar pieza a pieza el ingenio que había diseñado el alemán Peter Morice —conocido como Peter Morris en Inglaterra— y construyó unas maquetas que envió en secreto a Madrid para que Felipe II las examinara. El ingenio copiado obtuvo la aprobación real y se pensó que sustituiría al de Juanelo Turriano en Toledo, pero a Zubiaur lo engañó el sirviente que había enviado a España con sus maquetas, que se apropió de ellas y las vendió fraudulentamente a otros. Más tarde, cuando Zubiaur regresó a España consiguió que el criado traidor fuera encarcelado y en 1603 vio reconocido legalmente su artificio para construirlo en Valladolid, donde estaba entonces la corte. Se instaló en una casa a orillas del Pisuerga y construyó el ingenio ayudado por el cerrajero Pedro de Armolea.

La máquina de Zubiaur era más sencilla que la de Turriano. Consistía en unas bombas de émbolo movidas por un engranaje de ruedas y cadenas, que por el giro de dos ruedas hidráulicas transmitía el empuje de la corriente fluvial. Pero el duque de Lerma, siempre ávido de enriquecerse a cualquier precio, se apropió de la idea de Zubiaur para su uso exclusivo, y obtuvo del municipio vallisoletano una concesión de agua a perpetuidad. El resultado fue

que el vizcaíno regresó a Inglaterra a morir como un bravo soldado sin recibir ni un maravedí de compensación. Tras muchos años de litigio, sin embargo, los herederos consiguieron ver reconocidos sus derechos y el ingenio estuvo funcionando hasta 1758.

En mayo de 1605, Zubiaur recibió el encargo de trasladar al tercio de infantería del maestre de campo Pedro Sarmiento desde Lisboa hasta Flandes con ocho barcos, pero en la travesía del Canal de La Mancha la flotilla española fue atacada por una escuadra holandesa. Tras perder dos navíos, el capitán español consiguió entrar en el puerto de Dover y murió a consecuencia de las heridas en el combate. Sus restos, trasladados a España casi cincuenta años después, recibieron sepultura definitiva en Irún.

La trama Throckmorton

El tortuoso juego de Isabel I de Inglaterra contra los intereses hispanos terminó en completo desacuerdo diplomático entre Mendoza y la reina. A las quejas constantes del embajador, la soberana inglesa y su gobierno hacían oídos sordos, lo que exasperaba el carácter vehemente de Mendoza.

El resultado de este antagonismo provocó el reforzamiento de las redes de inteligencia hispanas que operaban desde Londres, prestando apoyo económico y militar a los católicos ingleses y escoceses dispuestos a rebelarse contra Isabel I y situar en el trono a María Estuardo. En esta actividad, bien engrasada con dinero español, Mendoza se distinguió como un «maestro» del espionaje, con capacidad para captar espías y confidentes secretos que le tuvieran informado de los planes del gobierno inglés.

Desde el lugar donde la mantenían en prisión vigilada, la reina escocesa sostuvo correspondencia frecuente con Mendoza. María Estuardo suspiraba por su liberación, y entre ambos se mantuvo un lazo afectivo que se prolongó hasta los últimos días de la soberana. Pocos días antes de morir, la reina escocesa escribió a su amigo y confidente Mendoza una carta de despedida y le regaló un anillo con un diamante. A raíz de esa muerte, el embajador se convirtió en un decidido partidario de activar cuanto antes la empresa de invadir Inglaterra.

A estas alturas, sin embargo, el servicio secreto de Walsingham tenía constantemente vigilada a la reina católica, con espías infiltrados en su entorno. Resulta difícil creer que la comunicación entre María Estuardo y Mendoza pudiera escapar inadvertida a los ojos y oídos del espionaje inglés,

que astutamente iba tejiendo la tela de araña que acabaría asfixiando a la «reina mártir» de los escoceses católicos.

En noviembre de 1583, el gobierno de Londres anunció haber descubierto una trama católica liderada por Francis Throckmorton para liberar a María Estuardo y derrocar a Isabel I, una conspiración muy similar al complot chapucero ideado por Ridolfi. Perteneciente a una prominente familia católica inglesa, Throckmorton estudió en Oxford y entre 1580 y 1583 viajó por Europa, acompañado de su hermano Thomas. En París entraron en contacto con los exiliados católicos ingleses Charles Paget y Thomas Morgan, que actuaban como agentes de María Estuardo.

Según las versiones británicas, una vez en Londres, Francis hizo de mensajero entre la reina, Morgan y Mendoza. Las cartas eran enviadas desde la embajada inglesa en Francia, y el servicio secreto isabelino detectó rápidamente la trama por un agente doble de Walsingham infiltrado en la sede diplomática. Torturado sin pausa, Throckmorton confesó su participación en el complot y dejó documentos comprometedores, como una lista de involucrados en la trama en la que figuraba el embajador Mendoza. Aunque luego se retractó de su confesión, fue hallado culpable de alta traición y ejecutado en 1584.

Convocado ante el Consejo Privado, la reina inglesa le comunicó a Mendoza la expulsión inmediata de Inglaterra, lo que el español consideró una grave afrenta, y al conocer la decisión mostró una actitud desafiante: «Pues no he dado satisfacción a la reina siendo ministro de paz, me esforzaré en adelante para que la tenga de mí en la guerra». Una respuesta que encaja con la frase que algunos le atribuyen: «Bernardino de Mendoza no ha nacido para revolver reinos, sino para conquistarlos», dijo.

Mendoza salió de Inglaterra y desde ese momento las relaciones hispano-inglesas entraron en un periodo de «guerra fría». Ambos reinos mantuvieron un abierto enfrentamiento, pero sin llegar a la guerra declarada, y las relaciones diplomáticas quedaron suspendidas durante casi veinte años.

De la mano del embajador de Francia

Otro valioso agente del espionaje hispano fue el embajador francés en Londres desde 1585 Claude de l’Aubespine, señor de Châteauneuf, simpatizante de la Liga Católica y seguidor de María Estuardo, que fue captado por los servicios secretos españoles. Se trataba de un espía importante

porque España no tenía embajada entonces en Londres, y disponer del embajador francés como agente proporcionaba una enorme ventaja. Châteauneuf no solo prestaba cobertura diplomática a los informes de la red de espías de Mendoza, sino que también trabajaba para impedir el acercamiento político del gobierno francés a la reina inglesa, algo que inquietaba mucho a Felipe II.

En este aspecto, la tarea secreta del embajador fue inestimable como enlace con el espionaje hispano. Sus informes solían ser tan certeros como el que envió en marzo de 1589, advirtiendo de que Drake había partido con ochenta naves para atacar las costas de Galicia y Portugal, lo que en España se conocería como la «Contraarmada». Mendoza, que había tejido una red de espías en los puertos ingleses, recibía los avisos encubiertos del embajador francés, bien por valija diplomática o informando «de boca» a sus agentes, que luego transmitían lo hablado a la inteligencia hispana en Francia.

Cuando era embajador en Londres en 1579, Bernardino de Mendoza envió continuos informes sobre los espías ingleses en España. En uno de estos avisos se decía que la reina Isabel I había pedido que Felipe II liberara inmediatamente a un detenido por la Inquisición de Sevilla llamado Hugh Lecleson. Mendoza también puso al descubierto a varios espías ingleses a sueldo de la Corona británica que actuaban camuflados en España o en Londres. En esta capital estaba el florentino Giovanni Bonnis, y en Sanlúcar de Barrameda actuaba otro de la misma nacionalidad con tapadera de mercader.

La guerra secreta contra la Felicísima Armada

Para oponerse a la amenaza de la Gran Armada, o Felicísima Armada, como era llamada en España, Inglaterra disponía de un amplio servicio de inteligencia dirigido por el secretario de Estado, *sir* Francis Walsingham, un puritano fanático seguidor fiel de la reina Isabel I.

Se han expuesto numerosas causas para explicar el fracaso de la Gran Armada, que se resumen, entre otras, en el mal liderazgo del duque de Medina Sidonia, la carencia de puertos de gran calado en el canal de la Mancha, el bloqueo holandés de la costa flamenca y, sobre todo, la desconexión entre la Armada y el Ejército de Flandes que mandaba Alejandro

Farnesio. Este era el punto crucial de la empresa y, al no poder llevarse a cabo, provocó el retorno apresurado de la flota hispana en condiciones que condujeron al desastre, con el hundimiento de muchos barcos y la pérdida de miles de hombres.

A todas estas causas hay que añadir otra muy importante: la guerra secreta librada entre Madrid y Londres en torno a los preparativos de la empresa. Una contienda sorda y clandestina en la que los británicos, al final, se llevaron la mejor parte ayudados por las circunstancias.

Desde 1585, Walsingham sospechaba que Felipe II planeaba un desembarco a gran escala en Inglaterra, gracias a los documentos hallados al jesuita inglés William Crichton, agente de España y de la Santa Sede, cuando iba camino de Escocia. A principios de 1586, el almirante Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, presentó a Felipe II un plan para asestar un golpe masivo a Inglaterra con una gran flota de desembarco, pero al rey le pareció que la operación era demasiado costosa. Como alternativa, Alejandro Farnesio, gobernador general de Flandes, proponía un asalto rápido por sorpresa desde los puertos flamencos en embarcaciones pequeñas, bajo la protección de la Armada. Su idea era desembarcar treinta mil soldados de sus tercios en una sola noche. Tras darle muchas vueltas, Felipe II se decidió por una especie de plan intermedio, según el cual Farnesio atravesaría el canal de la Mancha con su ejército escudado en los barcos de Bazán.

La magnitud de los preparativos que exigía tal despliegue de medios hacía prácticamente imposible ocultarlos, y a esto se unió la incursión que realizó Drake contra Cádiz el 29 de abril de 1587. Más de 20 barcos españoles quedaron destruidos y el inicio del ataque previsto se retrasó casi un año, lo cual, sin duda, dio un respiro importante a Inglaterra.

La información sobre los preparativos de la Gran Armada se recibía puntualmente en Londres a través de los espías de Walsingham, contando con los valiosos avisos proporcionados por el embajador inglés en París, Edward Stafford, quien, como ya hemos visto, era más que probable que actuara como agente doble al servicio de Inglaterra y de España.

Stafford entregó a Londres datos muy precisos sobre los preparativos de la Armada, en un doble juego del que finalmente sacó beneficio por ambas partes. Los informes del embajador inglés en Francia enviados a Londres fueron corroborados por otras fuentes del espionaje inglés en Italia, Flandes, Francia y España. Resultó muy útil, en este sentido, la actividad de los agentes de Walsingham en los seminarios franceses, donde estudiaban

muchos católicos ingleses conectados con el servicio secreto hispano y deseosos de restaurar el catolicismo en Inglaterra.

Walsingham supo también aprovechar la información que le proporcionaron las comunidades inglesas repartidas en la Península. Sus espías actuaban sobre todo en las zonas de Cádiz, Sevilla, Galicia, Santander y Bilbao. Pero el enemigo principal para el contraespionaje español era el cónsul inglés en Lisboa, John Taylor, que manejaba una vasta red de espías de diversa procedencia desde la capital portuguesa, y observaba de cerca los preparativos de la Armada. Otros agentes detectados fueron Robert Byrde y Peter Harburne, cuyo hermano residió temporalmente en Ayamonte y fue embajador de Isabel I en Turquía.

La red Englefield

Bajo la dirección del consejero de Estado y jefe de la inteligencia hispana Juan de Idiáquez, resultó de gran valor la colaboración de Francis Englefield, católico inglés exiliado que acabó sus días en Valladolid poco después del fracaso de la Gran Armada. Sus informes permitieron detectar a varios espías ingleses en Madrid, como Cristóbal Faruel, comerciante italiano, y otros que actuaban dispersos por toda España, como William Snow, residente en San Sebastián, o Henry Webster, en Lisboa.

Ambos estuvieron también en Madrid y allí se relacionaron con John Shyruir, músico de la corte, y con John Harris, representante de un grupo de comerciantes alemanes. Las redes de Englefield se extendían principalmente por los puertos de Andalucía a través de sus colaboradores Thomas James y Gabriel Treherne, pero también prolongaban sus tentáculos en Lisboa, Vizcaya, Asturias y Galicia, estos últimos supervisados por el irlandés Patrick Grant.

Incluso había ingleses que residían en España y llegaron a establecer vínculos amistosos con inquisidores y altos funcionarios del gobierno que enviaban sus informes secretos a Inglaterra por intermedio de otros residentes extranjeros, principalmente flamencos o franceses.

Colaboradores de Englefield en la detección o captura de espías británicos fueron el jesuita Robert Persons y el coronel William Stanley, que estaban al servicio de España, así como otros agentes del Vaticano. Englefield se convirtió en un punto de referencia de los irlandeses que buscaban ayuda en

España, y disponía de una cifra secreta personal para la correspondencia con la Secretaría de Estado vaticana.

Otros espías irlandeses al servicio de España relacionados con la empresa de la Armada fueron Edmund Eustace, vizconde de Baltinglas, y los jesuitas Robert Rochford (enrolado en la Gran Armada y muerto en 1588) y otro apellidado Archer, que acabó de soldado en el ejército de Flandes. En el duelo secreto que enfrentó a España e Inglaterra por esas fechas intervinieron también el mencionado coronel Stanley y el aventurero Anthony Standen.

Stanley combatió en el ejército inglés enviado por Isabel I a los Países Bajos hasta que se pasó con su regimiento a las filas españolas. Fue asesor de Alejandro Farnesio en cuestiones inglesas y cabeza militar y del espionaje hispano en Flandes, que disponía de una red secreta propia en Bruselas.

El falso Pompeo Pellegrini

En cuanto a Standen, había estado al servicio de la reina María Estuardo y, cuando la soberana escocesa fue encarcelada, se exilió en Francia. Ya en París, contactó con el embajador inglés, al que informó de los planes de intervención extranjera en Escocia, y obtuvo una pensión de España ante de pasar a Flandes, en 1571. Una vez allí, tuvo que abandonar ese país porque a Felipe II le disgustó su relación amorosa con Barbara Blomberg, madre de Juan de Austria, entonces gobernador general de los Países Bajos.

Standen viajó después a Estambul antes de residir en Florencia, donde, haciéndose pasar por agente de María Estuardo, entró al servicio de Francesco de Médicis, gran duque de Toscana, cuando en realidad ya estaba en contacto con el servicio secreto de Walsingham. El jefe del espionaje inglés le prometió, además de dinero, recuperar el favor de la reina Isabel I cuando regresara a Inglaterra.

Tras ser reclutado por Walsingham como agente doble, Standen se convirtió en uno de los espías ingleses más eficientes en Italia; enviaba sus informes con el seudónimo de «Pompeo Pellegrini» y montó una red propia de colaboradores. En España se entrevistó dos veces con el espionaje hispano, informando después a Londres. No es descartable, sin embargo, que a esas alturas la inteligencia española desconfiara de él y fingiera tragarse el anzuelo para seguir adelante con el doble juego.

Todo resulta bastante confuso en torno al personaje. Lo cierto es que, dos años después de fracasar la invasión de Inglaterra, el espionaje español envió

a Standen a Burdeos con el falso nombre de André Sandal, pero en esa ciudad atlántica francesa fue detenido y encarcelado. A pesar de que, en su desesperación, pidiera ayuda a sus protectores ingleses por medio de Anthony Bacon (agente del sustituto de Walsingham, lord Burghley), el espía doble Standen pudo regresar a España y siguió cooperando con el servicio secreto español junto con el exiliado Anthony Rolston, otro agente de sospechosa lealtad que recibía dinero de Madrid y Londres.

Standen acabó regresando a Inglaterra en 1592 y poco después fue enviado en misión secreta a Flandes por el espionaje español, pero su peripecia como agente doble acabó en Calais, donde fue apresado y desenmascarado, aunque logró retornar a suelo inglés ayudado por el servicio secreto británico.

Desilusionado al no hallar el reconocimiento esperado por sus trabajos secretos, Standen participó en algunas incursiones navales contra Cádiz y las islas Azores bajo el mando de Robert Devereux, conde de Essex. A partir de 1599 marchó a vivir a Irlanda, pensionado por el gobierno británico, y al morir Isabel I volvió a Inglaterra para congraciarse con el nuevo rey Jacobo I, que lo utilizó en misiones secretas en Italia y Francia.

En 1604, cuando regresó de nuevo a la capital inglesa fue acusado de relacionarse con el jesuita Robert Persons, agente del Vaticano, y estuvo encarcelado en la Torre de Londres, hasta que meses después lo pusieron en libertad y viajó a Roma. Allí transcurrieron sus últimos años sin que se sepa a ciencia cierta la fecha ni el lugar exacto de su muerte.

Otro espía inglés destacado fue el juez William Harle, enviado diplomático y agente secreto que actuó en los Países Bajos en conexión con Guillermo de Orange, y mantuvo una importante actividad contra España desde Amberes.

El Plan Semple

Un valioso agente del bando español fue el coronel Guillermo Semple, o Sempil, que entró en el espionaje hispano recomendado por la reina María Estuardo.

Sample intentó disuadir a Felipe II de la empresa contra Inglaterra porque pensaba que podría obtenerse el mismo resultado con poco gasto y sin arriesgarse a un gran fracaso atacando las líneas comerciales inglesas con fuerzas navales bien aparejadas y librando una implacable guerra secreta

contra la reina inglesa Isabel I, aprovechando las redes ocultas que actuaban en Escocia y los Países Bajos.

Las razones de Sample convencieron en parte a Felipe II y, aunque el rey hispano no modificó su decisión de enviar la Gran Armada a Inglaterra, lo encaminó a Escocia, bien provisto de dinero, para conspirar en favor de los intereses españoles y predisponer al futuro rey Jacobo, hijo de María Estuardo, contra la reina inglesa. Pero el descalabro de la Gran Armada echó por tierra estos planes y el coronel tuvo que huir a Flandes, donde continuó trabajando como agente secreto de España, atizando planes contra el gobierno inglés.

Poco antes de que la Gran Armada estuviera lista en Lisboa para ir contra Inglaterra, Walsingham elaboró unas meticulosas instrucciones que resumían el plan de actuación contra España en los siguientes puntos:

1..º Obtener información del embajador francés en España para comprobar la veracidad de los informes enviados por el embajador inglés Stafford desde París.
2..º Contar con agentes en Rouen capaces de conseguir noticias de los viajeros procedentes de España que lleguen a Nantes, El Havre y Dieppe, en la costa francesa.
3..º El embajador *sir* Edward Stafford debía hacerse con la información del embajador de Venecia en París.
4..º Establecer un centro de espionaje en Cracovia, ciudad polaca donde había muchos estudiantes católicos, para recibir informes sobre España procedentes del Vaticano.
5..º Para viajar a las costas peninsulares e informar sobre los preparativos de la Armada, debían seleccionarse personas de procedencia francesa, italiana o flamenca, provistas de credenciales que justificaran su actividad.
6..º Disponer de informes secretos sobre la corte española y la república de Génova.
7..º Creación de nuevas redes de espionaje en Bruselas, Leyden y Dinamarca.

Uno de los espías de Walsingham en Cracovia era el astrólogo de origen galés John Dee, que mantenía contacto con Francesco Pucci, un agente que intentó robar la correspondencia entre Felipe II y el papa. Dee utilizó un libro de escritura cifrada escrito a finales del siglo XV para adaptarlo a códigos

considerados invulnerables, y fue un personaje muy apreciado por la reina Isabel I en la corte de Londres.

Con fama de vidente, poco antes de que la Gran Armada zarpase de Lisboa, Dee anunció que había recibido un mensaje de los ángeles en el cual se decía que había saboteadores franceses en el bosque de Dean, de donde procedía la mayor parte de la madera utilizada en los astilleros ingleses. El informe motivó que los supuestos espías franceses que allí trabajaban fueran ejecutados.

Confiando en las dotes adivinatorias del astrólogo, Walsingham le pidió que predijera cuál sería el tiempo meteorológico en el momento culminante de la prevista invasión a Inglaterra, y el pronóstico resultó exacto. Anunció grandes tormentas que causarían mucho daño a la Armada y, para desgracia de España, el vaticinio de cumplió.

Basándose en estas instrucciones, el espionaje británico se puso en marcha para impedir el plan de invasión español. Una tarea en la que destacaron agentes como Richard Gibbes, que se hizo pasar por escocés en Lisboa y envió información a Walsingham sobre los preparativos en esa ciudad, o como Stephen Paule, que espiaba en Venecia.

También existe noticia de un espía llamado Fleming, enviado a Lisboa desde Italia por el servicio secreto inglés, que se colocó de criado con el almirante Álvaro de Bazán, lo que le permitió conocer con detalle los preparativos de la Armada. Fleming enviaba secretamente sus informes al representante inglés en Madrid y este los remitía a Londres desde algún puerto español o a través de Francia.

Sabotaje financiero

El espionaje inglés también presionó a los banqueros genoveses para dificultar sus préstamos al gobierno hispano, lo que en ocasiones provocó escasez de dinero efectivo a la hora de pagar los recursos necesarios para la empresa. En la financiación jugaron un importante papel las redes de espionaje en las que participaban comerciantes judíos expulsados de España y Portugal y establecidos en los Países Bajos o el norte de Italia. Las más importantes fueron las dirigidas por el médico judeo-portugués Héctor Núñez y la familia Añes.

Núñez vivió en Amberes y fue un activo hombre de negocios y miembro de la sinagoga secreta de esa ciudad flamenca, además de ejercer la medicina

en Londres. La red clandestina de los Añes la creó un falso converso de Valladolid que en 1521 se estableció en Londres con su familia. Uno de sus miembros, Gonzalo Añes, utilizó en su actividad secreta los nombres de Benjamín George y Dustan, y como agente financiero del prior de Crato, el rival de Felipe II en Portugal, proporcionó dinero abundante para combatir a la Corona hispana.

En esta labor contraria a los intereses españoles destacó también Álvaro Mendes, dueño de una inmensa fortuna amasada en las minas de diamantes de Madrás, en la India. Mendes residió en muchas ciudades de Europa y en Constantinopla, y con su influencia sobre el sultán turco logró inmovilizar en el Mediterráneo fuerzas españolas que hubieran podido ser destinadas a engrosar la Gran Armada.

Al rescate de los náufragos

Tras fracasar el desembarco en Inglaterra, una de las mayores preocupaciones del espionaje español fue rescatar a los náufragos de la Armada capturados por los ingleses. No fueron muchos porque a la mayoría los masacraron en la costa al poco de desembarcar.

Algunos consejeros propusieron al rey realizar los salvamentos mediante el desembarco en Irlanda desde Flandes con barcos de poco calado, pero otros pensaban que las labores de rescate debían hacerse en los puertos del norte de España. Como las informaciones que llegaban desde Irlanda eran confusas y contradictorias, se enviaron espías irlandeses desde Santander y otros puertos del Cantábrico que, con los avisos procedentes de Flandes y norte de Francia, acabaron dando una versión certera del desastre.

En este sentido, el embajador Bernardino de Mendoza desempeñó un importante papel. En su mayor parte, la red de Mendoza estaba formada por exiliados católicos ingleses establecidos en Francia y Flandes. Entre estos agentes (no todos fiables) estaban los hermanos Thomas y Charles Paget, Charles Arundel, el conde de Westmoreland, el doctor Nichols Wendon, el naviero William Bodenham, de Dunquerke; el mercader genovés en Londres Agustín Griffin, y el conocido hombre de negocios británico Copcot.

En Francia, la red hispana contaba, además del embajador Stafford, con *madame* de Montpensier, hermana del duque de Guisa, jefe de la Liga Católica, y con muchos servidores de la familia real, incluyendo varias doncellas de la regente Catalina de Médicis.

En los intentos por salvar a los náufragos de la Gran Armada se distinguió también un caballero irlandés, Vasco de Lega, que abandonó Irlanda y se instaló con su familia en Oporto en 1580. Poco antes de la infausta «Jornada de Inglaterra» en 1588, se unió al marqués de Santa Cruz y se ofreció voluntario en esa fuerza naval. Cuando la Armada hispana naufragó en aguas escocesas, el irlandés se empeñó en salvar a los españoles perdidos en aquellas costas. Su conocimiento del inglés y los contactos que tenía en Escocia le permitieron dirigir algunos grupos de náufragos españoles hasta Flandes, pero fue encarcelado en territorio escocés bajo la acusación de espiar para España.

No tardó mucho en salir libre porque los católicos escoceses pagaron su rescate. Tras pasar por Dinamarca, Alemania, Flandes y Francia, recaló en Madrid y quedó a la espera de que el espionaje hispano le asignara un empleo en la Armada —como ocurrió con otros muchos irlandeses—, que le fue concedido en 1590 con un sueldo de dieciséis ducados al mes.

Contraespionaje en Flandes

En 1593, la conversión al catolicismo del rey borbón Enrique IV reactivó la guerra de España contra Inglaterra en los Países Bajos. Con el nuevo gobierno de Alberto de Austria y su esposa Isabel Clara Eugenia, la paz se vio alterada en Flandes con frecuencia a pesar de la llamada Tregua de los Doce Años, como cuando se amotinaron unos cuatro mil veteranos del ejército de Flandes y los holandeses se apoderaron de la ciudad de Groninga.

En esta situación, la inteligencia hispana presentó al gobierno de Flandes un memorial con «Información de las cosas y personas de Inglaterra», en el cual se advertía de que Isabel I se servía de sus espías para alimentar la guerra en Flandes y neutralizar así cualquier intento español de devolver el golpe en territorio inglés. La sustancia del memorial apuntaba a los espías dobles que trataban de desacreditar a los exiliados ingleses e irlandeses en los territorios de la Monarquía Católica para que la inteligencia hispana desconfiara de ellos. La mencionada «Información» es una obra maestra de la labor del contraespionaje —asegura el profesor García Hernán—, que analiza a todos y cada uno de los exiliados fieles o infieles a Felipe II, así como a los dobles agentes del partido antiespañol en el continente europeo.

Para el contraespionaje hispano, el cardenal William Allen era su agente más importante, pues controlaba a todos los sacerdotes y seminaristas de los colegios de Roma, Valladolid, Sevilla, Reims, Douai y Sant-Omer, además de a los jesuitas ingleses. También estaban incluidos en esta lista el conde de Westmoreland, Francis Englefield, el coronel inglés en Flandes William Stanley, y Owen Lewis, que residía en Bruselas y había servido al rey de España como agente secreto en los negocios de Inglaterra.

Había otros ingleses menos fieles a la Corona hispana, como Charles Paget y Thomas Morgan, que preferían servir a María Estuardo antes que a Felipe II, y mantenían contactos con dos secretarios de la reina de Escocia que, manejados por el espionaje inglés, la traicionaron y fueron causa de su muerte.

Morgan y Paget eran agentes de María Estuardo en París y contactaron en 1586 con el embajador español en la capital francesa, Bernardino de Mendoza. Ambos agentes dobles de Inglaterra enemistaron a María Estuardo con la mayoría de sus partidarios leales a España, y difundieron falsos rumores para soliviantar a los católicos ingleses contra el arzobispo Allen, Felipe II y el papa. Traidoramente y con provocación, los espías informaron de que las circunstancias eran favorables para intentar derrocar a Isabel I, una maniobra de desinformación que permitió al espionaje inglés descubrir las tramas contra la reina inglesa y ejecutar a María Estuardo junto a muchos de sus caballeros que le eran fieles.

La traición de Paget y Morgan se prolongó también en Flandes durante mucho tiempo, y ambos siguieron percibiendo un generoso sueldo de España todos los meses. Paget, incluso, amplió su red de espías dobles y las delaciones a católicos que vivían en Inglaterra fueron continuas. La mayoría de ellos acabaron torturados y enviados al patíbulo, aunque en ocasiones el espionaje inglés los utilizó para viajar a Flandes provistos de pasaportes falsos.

La labor de estos espías dobles resultó demoledora para los intereses españoles. Sembró el odio y la desconfianza entre las tropas de Flandes y fomentó la deserción de los soldados irlandeses, ingleses y escoceses que servían a la Corona hispana. Los espías ingleses llegaron incluso a trazar un plan para acabar con la vida de Juan de Austria cuando era gobernador de los Países Bajos.

De acuerdo con las fuentes de García Hernán, otro grupo de personas disconformes que actuaban en el servicio secreto español eran Radulfo Ligons, William Tressman, Thomas Throckmorton y John Stoner, todos ellos

relacionados con la duquesa de Feria y Owen Lewis. Su intención era enfrentar a Lewis, quien por entonces era obispo de Cassano en Calabria, con el cardenal Allen, y suscitar así la discordia entre ambos. Una vieja táctica que dio buenos resultados al espionaje inglés, al fomentar la enemistad entre el duque de Alba y el duque de Feria en 1571. Por esta razón, Alba no ayudó a los condes de Northumberland y Westmoreland en su rebelión contra Isabel I, y siempre fue contrario a intentar invadir Inglaterra, actuando en la práctica como un declarado «anglófilo».

Junto a estos reveses de la parte española, el espionaje inglés se apuntó en ese tiempo otro éxito al atizar las tensiones internas entre Juan de Austria y Felipe II, algo en lo que seguramente tuvo que ver Antonio Pérez, el tortuoso secretario de Estado que mantenía tratos ocultos con enemigos de la Corona. Walsingham y sus espías levantaron las sospechas de Felipe II contra su hermanastro cuando difundieron la posibilidad de que se celebrara el matrimonio de don Juan con María Estuardo, insinuando que la ambición última de esa unión era crear una monarquía que abarcara, además de Escocia, Inglaterra, Irlanda y Flandes.

A Felipe II le llegaron también informes de que había muchos espías ingleses trabajando en la sombra y repartidos por la región de Huelva, fronteriza con Portugal, y el coronel tránsfuga William Sample recibió el encargo del rey de investigar en los puertos andaluces las actividades del espionaje enemigo.

Por otro lado, la red de espías hispana organizada en Amberes estaba dirigida por Hugh Owen, que recibía los avisos encriptados antes de descifrarlos y reenviarlos con una nueva cifra a los jesuitas Joseph Creswell y Thomas Fitzherbert, quienes disponían de clave propia. Los dos agentes mencionados enviaban luego esa información al secretario del Consejo de Estado, Martín de Idiáquez, hasta que no se atrevieron a mandar más avisos por temor a ser descubiertos. Owen cambió entonces el sistema de comunicación de la red y envió a un agente a Inglaterra para reorganizarlo.

El conde de Gondomar

Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, constituye un ejemplo de habilidad en el manejo de los asuntos diplomáticos y secretos en

momentos de grave riesgo para la defensa del Imperio. Nacido en Astorga en 1567 de familia de rancio abolengo, fue primogénito del matrimonio entre Juana de Acuña y García Sarmiento de Sotomayor, corregidor de Loja (Granada) y gobernador de Galicia.

Cuando solo contaba dieciséis años le fue concedido el mando militar de la costa gallega y la frontera portuguesa, y pese a su temprana edad dejó acreditada su valía combatiente al repeler una incursión británica. También se le atribuye haber tomado parte en la defensa de La Coruña contra la flota de Francis Drake, que se saldó, en 1589, con un estrepitoso fracaso cuando Inglaterra intentó apoderarse de esta ciudad y asestar el golpe definitivo al poder naval hispano tras el desastre de la Gran Armada.

Gondomar estuvo ocho años de pretendiente en la corte (1605-1613), lo que le proporcionó prebendas y cargos, entre otros el de corregidor y alférez mayor de Valladolid, ciudad donde por entonces Felipe III había instalado la corte. También le encargaron supervisar el desembarco de dos galeones de la Carrera de Indias refugiados en Vigo cuando iban en ruta hacia a Sevilla, y unos años más tarde tuvo que repeler otro ataque naval en aguas gallegas.

La amistad con el duque de Lerma, o quizá el deseo del valido de alejarlo de la corte, granjearon a Gondomar el nombramiento de embajador en Londres, punto neurálgico del enfrentamiento hispano-británico en la pugna por el dominio mundial de los mares. En las instrucciones que recibió del rey, se le encarecía favorecer la causa de los católicos en Inglaterra y establecer redes de espionaje en cumplimiento de su misión.

Actuó de embajador en dos etapas: de 1613 a 1618 y de 1619 a 1622. Su breve ausencia en el cargo estuvo motivada por cuestiones de salud que le obligaron a pedir el regreso a España. En el desempeño de su tarea diplomática, el embajador español contó con el apoyo de la poderosa familia Howard, inclinada al catolicismo y favorable a la alianza política y matrimonial con España para alejar la influencia de Francia y evitar la guerra entre Madrid y Londres. En este clan familiar se incluían el conde de Northampton, el conde de Suffolk y el conde de Nottingham.

Cuando Gondomar arribó a Inglaterra en 1613 la situación era muy tensa y se consideraba inminente la ruptura con España, tras la paz firmada en Londres en 1604, pero gracias a su eficiente labor diplomática consiguió que la tregua entre los dos países se mantuviera durante más de diez años. Contribuyó mucho a ello la gran amistad que trabó con el rey inglés Jacobo I, hijo de la desdichada reina escocesa María Estuardo. Eso facilitó mucho sus contactos en la corte inglesa, que le permitieron organizar un círculo de

influencia español de tendencia católica conocido como el Spanish Party. De su eficiente tarea en este sentido dio fe el embajador veneciano Girolamo Lando con estas palabras:

> [Gondomar] se ha convertido en un personaje tan poderoso que inspira miedo a todo el mundo. Hace alianzas familiares como apoyo para formar un gran partido… Ha eliminado cualquier suspicacia que su Majestad [Jacobo I] pudiese albergar… o incluso para complacer al rey, ha privado a varias personas de sus cargos, su presencia y sus favores, aunque el rey las amaba…

Cabe mencionar, como ejemplo de esta influencia, la orden que dio el monarca inglés para que fuera detenido y ejecutado el almirante *sir* Walter Raleigh —de sangrienta trayectoria en la América hispana—, tras asaltar las islas Canarias y la isla de Santo Tomé. El famoso corsario esperaba un recibimiento triunfal en Inglaterra, pero fue juzgado por el Consejo Privado del rey, que se mostró favorable a las reclamaciones españolas y le sentenció a muerte.

Esta relación cordial con el monarca inglés consiguió aliviar un poco la persecución que sufrían los católicos ingleses y reducir la piratería en el Atlántico. Con este objetivo en mente, Gondomar disponía de numerosos confidentes que le mantenían al tanto de los asuntos importantes, en contacto con los secretarios, agentes y embajadores en París, Milán, Viena, Roma y Bruselas.

> El rey Jacobo I —llegó a decir el mencionado embajador Lando— no puede pronunciar una palabra sin consultar con el embajador español, Gondomar, quien tiene acceso a la corte a todas horas y es recibido en audiencia sin cita previa al igual que los cancilleres y ministros del rey.

Por estos servicios el rey le recompensó, en 1617, elevando a condado el señorío de Gondomar, que ostentaba su padre, y permitiéndole regresar a España con ochenta sacerdotes católicos liberados de las cárceles inglesas.

En apoyo del proselitismo católico en Gran Bretaña, la capilla de la embajada española en Londres se convirtió en refugio y centro de información de muchos católicos perseguidos, no solo españoles, sino también irlandeses y escoceses que escapaban de la persecución anglicana o calvinista. Como una táctica para propagar la fe católica y formar sacerdotes de esa confesión, con el patronazgo de la Corona hispana, se crearon en el exilio una serie de colegios ingleses, irlandeses y escoceses, administrados por la Compañía de Jesús, en un intento de reconstruir el catolicismo en Gran Bretaña y el resto de la Europa protestante. Estos centros, con frecuencia,

alentaban el espíritu misionero y a través de ellos proporcionaban información valiosa a la inteligencia hispana.

Luisa de Carvajal: mística y poeta

En la misión de proteger a los católicos en Inglaterra, Gondomar logró, gracias a la benevolencia del rey Jacobo I, la excarcelación de Luisa Carvajal y Mendoza, que en 1605 estableció una casa-refugio para los jesuitas. Con su labor de apostolado llevó aliento y consuelo a los católicos encarcelados y se enfrentó al gobierno británico hasta el extremo de pedir la intervención militar española en Irlanda y Holanda para poner fin a la represión religiosa en Inglaterra.

Aunque fue condenada al destierro, Gondomar consiguió salvarla de la cárcel, pero Luisa falleció pocos días después de salir de la prisión en enero de 1614, tras haber estado varios años presa acusada de fundar conventos y tratar de convertir a los «herejes» anglicanos. Nacida en Jaraicejo (Cáceres), en 1567, de familia noble, quedó pronto huérfana y recibió una educación esmerada en Soria a cargo de su tío Francisco Hurtado de Mendoza, marqués de Almazán.

Al independizarse de la tutela familiar, Luisa empezó a usar vestimentas de monja y, aunque no entró en un convento, fundó un beaterío laico en su propia casa. Conmovida por la ejecución del jesuita inglés Henry Walpole, dedicó su fortuna a la creación del Colegio Inglés de Jesuitas en la ciudad flamenca de Lovaina. De su intensa vocación religiosa dan testimonio las palabras que escribió en 1598: «Procuraré, cuanto me sea posible, buscar todas las ocasiones de martirio que no repugnen a la ley de Dios».

Instalada en Valladolid, en 1602 realizó los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, y desde allí marchó a Londres (1605) en un mal momento, poco antes de la llamada Conspiración de la Pólvora, cuando un grupo de católicos se conjuró para volar el Parlamento con la intención de derrocar al gobierno del rey Jacobo I.

El superior de los jesuitas en Londres intentó disuadirla de sus vehementes deseos de martirio, y el embajador español Alonso de Velasco la tomó bajo su protección y le permitió trabajar en su clandestina labor informadora y misionera con los católicos perseguidos. Encarcelada por primera vez en 1608, fue liberada por las gestiones diplomáticas de la embajada española y, como muestra de su celo religioso, se dedicó a recoger

los miembros amputados de los católicos descuartizados, que ella guardaba como reliquias en cajas de plomo.

El arzobispo de Canterbury, George Abbot, la hizo encarcelar por segunda vez en 1613, acusándola de conspiración, lo que provocó un conflicto diplomático. En esta ocasión, el conde de Gondomar, que ya era embajador en Londres, consiguió que la pusieran de nuevo en libertad, pero a condición de que la abnegada misionera retornara a España.

Enferma al salir de la cárcel, falleció en la residencia de Gondomar el 2 de enero de 1614, día de su cumpleaños, a los cuarenta y ocho años. Su cadáver fue devuelto a España en 1615 y enterrado en el Real Monasterio de la Encarnación de Madrid, donde se conservan sus cartas y manuscritos.

Además de su actividad misionera, Luisa Carvajal fue una notable escritora mística, autora de poesías y numerosas cartas de gran valor documental. Su epistolario es una fuente informativa de gran valor histórico sobre la política europea en ese tiempo y la implacable persecución contra los católicos ingleses a principios del siglo XVII.

La malograda alianza

Uno de los objetivos básicos de la misión de Gondomar fue impedir la intervención inglesa en el Sacro Imperio Romano Germánico en favor de los protestantes del Palatinado, territorio alemán regido por el elector Federico V, yerno del rey inglés. La insistencia de Jacobo I para que las tropas hispanas abandonaran este territorio estratégico fronterizo con Flandes casi desemboca en una guerra, pero Gondomar consiguió apaciguar al monarca inglés y la paz se mantuvo.

Otra cuestión espinosa que Gondomar hubo de afrontar fue la negociación de la proyectada boda de la infanta María Ana, hermana menor de Felipe IV, con el príncipe de Gales, Carlos Estuardo, hijo de Jacobo I. Un matrimonio que buscaba afianzar las relaciones hispano-británicas, y poner punto final a la guerra civil religiosa en Inglaterra mediante la alianza con la casa de Austria. El conde se encontraba en Madrid en 1623 negociando con el embajador inglés la posibilidad del acuerdo matrimonial cuando, inesperadamente, se presentó en la capital española el príncipe de Gales, acompañado de su asesor el duque de Buckingham. Desde el inicio, el conde-duque de Olivares, que en esos momentos mandaba en España, no se entendió bien con Gondomar, al que consideraba demasiado anglófilo.

Aunque el príncipe fue bien recibido en Madrid, el Consejo de Estado, del que ya formaba parte Gondomar, exigía, a cambio de la dispensa pontificia para la boda, que el heredero de la Corona británica se convirtiera al catolicismo y la tolerancia religiosa para los católicos de Inglaterra, algo que sentó muy mal a la opinión pública inglesa. Por si fuera poco, Olivares pretendía que, una vez concertado el matrimonio, la infanta permaneciera un año en España como garantía de que se cumplían las condiciones impuestas por Roma.

Las negociaciones quedaron supeditadas a la opinión de una junta de teólogos que tras varios meses de reuniones en Madrid decidió, en sustancia, permitir el matrimonio de la infanta a condición de que el papa lo autorizase. Al final, los esfuerzos de Gondomar como negociador extraordinario en la corte española no consiguieron impedir que naufragara una alianza que pudo haber cambiado los destinos de Europa. El príncipe Carlos (luego Carlos I) y el duque de Buckingham regresaron frustrados y dolidos a Inglaterra, y todos los esfuerzos diplomáticos confidenciales del embajador español se derrumbaron. España e Inglaterra no tardaron en volver a ser enemigos, y el príncipe de Gales, muy resentido por el naufragio de su proyecto matrimonial, no tardó en declarar la guerra a la Corona hispana en cuanto subió al trono británico.

En noviembre de 1624, Gondomar fue nombrado por tercera vez embajador en Londres, pero consiguió aplazar el viaje por motivos de salud y el duro invierno que le esperaba en Gran Bretaña. Rotas las buenas relaciones con Inglaterra, en febrero de 1625, el rey Felipe IV le pidió a Gondomar, recién nombrado gobernador y capitán general de Galicia, que se reuniera con Jacobo I para intentar evitar el enfrentamiento bélico. El embajador inició el viaje en abril, pero a primeros de mayo falleció el monarca inglés y Gondomar tuvo que felicitar a su sucesor Carlos que, tras su despechado intento de boda con la infanta española, se había casado con la princesa francesa Enriqueta María, hermana de Luis XIII.

En noviembre de 1625, cuando ya estaba en Bruselas, el conde recibió la noticia del ataque inglés a Cádiz antes de la declaración oficial de guerra, que terminó en derrota británica. Unos meses después, en febrero de 1626, se sintió muy enfermo y redactó testamento. Autorizado por Olivares a regresar a España, durante el viaje murió en localidad riojana de Casalarreina, en el palacio del condestable de Castilla, el 2 de octubre de 1626. Su cuerpo fue enterrado en Valladolid, junto a los restos de su familia, en la cripta de San Benito el Viejo.

El conde de Gondomar reunió una de las mayores bibliotecas de Europa, con más de ocho mil volúmenes de impresos y manuscritos, además de guardar una voluminosa correspondencia de más de treinta mil cartas. Su último informe diplomático, considerado su testamento político, fue la *Relación del estado de las cosas de Inglaterra*, escrito en Flandes en junio de 1626. En el documento insistía en la necesidad de buen entendimiento con Inglaterra y el alejamiento de Francia, pero el conde-duque de Olivares desconfiaba del embajador porque lo consideraba demasiado inclinado hacia Londres y creía que exageraba el poderío militar británico. El informe, además, auguraba los desastres que esperaban a la Monarquía Católica, cuyo declive en Europa se iría acentuando por falta de recursos humanos y económicos y dirigentes aptos; lo que Olivares llamaba la «falta de cabezas».

Por otra parte, algunos historiadores consideran que las verdaderas causas del fracaso de las negociaciones para la boda del príncipe Carlos con la infanta María Ana son todavía confusas. Parece comprobado que Gondomar estaba seguro de que el proyecto era realizable y facilitó, a través de su amistad con el rey Jacobo I, el viaje a Madrid del heredero al trono británico. Pero fue Olivares quien llevó en todo momento las riendas negociadoras y Gondomar solo pudo limar las asperezas de los tratos secretos entre Madrid y Londres, además de procurar que se demorara todo lo posible la predestinada ruptura con Inglaterra.

10
Otros lugares de Europa

Roma

Las relaciones de España con el Vaticano fueron un objetivo prioritario con Felipe II, como antes lo habían sido con Carlos V. España invirtió muchos hombres y dinero para consolidar su poder e imponer las ideas de la Contrarreforma en Europa, pero en esta relación con la Santa Sede hubo presiones y amenazas por ambas partes, en algunos casos muy enconadas.

«Os certifico que los papas me traen muy cansado y cerca de acabar con mi paciencia, por mucha que tengo…». Esta frase de Felipe II, en carta dirigida al consejero Granvela en 1581, da idea de los escollos que surgieron entre el Vaticano y la Monarquía Hispánica durante el tiempo de predominio mundial de España. En general, sin embargo, como afirma Borja Oliván Aniés en su estudio *Apariencia, disimulo y observación: el arte de la diplomacia en el reinado de Felipe II (1556-1598)*, los papas respetaron los deseos de Felipe II, «quizá porque sus posesiones rodeaban los Estados Pontificios por norte y sur y podían presionar en cualquier momento se mostraban su desacuerdo. Pero también por contar con el apoyo de cuarenta y siete de los setenta cardenales […]. Esto colocó a los pontífices en una situación frágil a la hora de negociar».

La expansión anglicana, los intentos de María Estuardo por restaurar el catolicismo en Escocia y la creciente rivalidad entre Felipe II y la reina Isabel I de Inglaterra terminaron uniendo los intereses de la Corona hispana y el Papado en un intento por contener la marea protestante en Gran Bretaña.

En este combate, con escaso éxito para España, los servicios secretos de Roma y Madrid se emplearon a fondo y mantuvieron una tenaz lucha secreta, plagada de muertes, desde que en 1566 el papa Pío V creara la Santa Alianza (el espionaje vaticano nunca reconocido oficialmente) hasta las postrimerías del siglo XVII.

Pablo IV, un papa antiespañol

En los comienzos del reinado de Felipe II, entre 1555 y 1563, fueron frecuentes las disputas con el papa de Roma, que añadía a su poder religioso un poder temporal de gran influencia. Al poco de subir Felipe II al trono de España, en julio de 1556, tanto él como Carlos V estuvieron a punto de ser excomulgados, y el papa Paulo IV buscó aliarse con Francia, los Estados italianos, e incluso a la musulmana Turquía, para expulsar de Italia a los españoles.

Napolitano favorable a la casa de Anjou, ultraortodoxo en materia doctrinal, partidario acérrimo de la Inquisición y la censura, y proclamado papa con dinero francés, Paulo IV no ahorraba palabras insultantes contra los españoles, a los que calificaba de «*mistura di giudei, mori e luterani*» («mezcla de judíos, moros y luteranos»). En su furia antiespañola incluso pidió a Venecia que declarase la guerra a España, a cambio de prometer a esa república la isla de Sicilia.

El intento de recomponer el estropicio entre el poder temporal y el religioso causado por el papa antiespañol tuvo como principales protagonistas diplomáticos a Fernán Ruiz de Castro y Portugal, marqués de Sarriá, y al teólogo madrileño Francisco de Vargas y Garcilaso de la Vega y Guzmán, embajador extraordinario sobrino del famoso poeta y nieto del que fuera representante de los Reyes Católicos en Roma.

Ruiz de Castro se encontró con muchas dificultades para llevar a cabo la misión de acercamiento a la Santa Sede. Su casa llegó a ser registrada y el papa retrasaba *sine die* las audiencias. Se cruzaron amenazas y para aliviar la situación se envió a Garcilaso, pero los acontecimientos se precipitaron en enero de 1556 cuando, tras una audiencia cargada de reproches mutuos, Paulo IV se atrevió a detener a Garcilaso, que estuvo quince meses encarcelado en el castillo de Sant'Angelo. Pero el embajador no se arredró y fue capaz de lanzar acusaciones contras el papa que rondaron las excomuniones del

emperador Carlos V y su hijo Felipe II, por la resistencia militar de España al avance de los ejércitos franceses en Milán y Nápoles.

Por sus agentes y espías repartidos en toda Italia y los embajadores de Florencia en el Vaticano, Felipe II estaba al corriente de todos los manejos antiespañoles de Paulo IV y su aliado, el rey de Francia. Eso proporcionó al monarca hispano ventaja a la hora de batir a sus enemigos dentro y fuera de la Santa Sede. Lo cierto es que Felipe II y Carlos V recibieron sendos anatemas papales de excomunión. La amenaza planeó sobre ellos, hasta el punto de que la Santa Sede tenía ya lista una bula de excomunión, un asunto que los historiadores prefieren soslayar.

«Se ha entendido de nuevo que el papa quiere excomulgar al Emperador mi señor y a mí poner en entredicho y cesación a divinis en nuestros Reinos y Estados», escribió Felipe II a su hermana doña Juana desde Bruselas, el 17 de septiembre de 1556. Lo cierto es que hubo amenaza de excomunión pontificia, y en este sentido se inició ese mismo año un proceso en regla contra Carlos V y el rey español. Un tema que debió conturbar mucho y presentar serios problemas de conciencia a dos monarcas tan profundamente católicos. Hastiado por la actitud del papa, Felipe II resumió su estado de ánimo en una carta que envió al cardenal y consejero Granvela en 1581: «Os certifico que los papas me traen muy cansado y cerca de acabar mi paciencia, por mucha que tengo».

Las desavenencias hispanas con el Papado venían de muy atrás. En agosto de 1557, pocos días después de la victoria de San Quintín contra los franceses, el duque de Alba expulsó a un ejército francés del reino de Nápoles y marchó con su ejército hacia Roma. Los cañones empezaron a disparar contra los muros de la ciudad para sembrar el temor, aunque Felipe II ordenó prohibir el saqueo. Pero el recuerdo del Saco de Roma en 1527 fue suficiente para que el hispanófobo Paulo IV firmara un humillante tratado por el que se comprometía a no declarar nunca la guerra a España, mientras los franceses abandonaban Italia. La mayor parte del territorio italiano quedó, así, bajo control hispano, y se firmó la paz de Cateau-Cambrésis con Francia, muy favorable a los intereses españoles.

Poco después falleció Pablo IV y el Papado recayó sobre Pío IV, de la familia Médicis, con lo que mejoraron las malas relaciones con el Vaticano. En buena parte fue posible gracias a la eficiente labor del nuevo embajador, Francisco de Vargas, que dejó su puesto en la ciudad en 1563 y fue sustituido por Luis de Requesens, personaje muy próximo a Felipe II y futuro

gobernador de los Países Bajos, también muy ducho en cuestiones de espionaje, tanto en Italia como luego en Flandes.

Espionaje vaticano: los espías del papa

Dicen que el primer espía del servicio secreto del Vaticano, también conocido por algunos como Santa Alianza, fue un sacerdote enviado por el papa a la corte de Escocia para impedir la expansión del calvinismo en ese país. El cura en cuestión era un joven genovés llamado David Rizzio con dominio de varios idiomas y mucho conocimiento en asuntos políticos, pero la suerte no le acompañó. Convertido en amante de María Estuardo, murió asesinado en una conjura en la que participó el rey consorte de la soberana.

Nacido en Turín, el joven sacerdote Rizzio llegó a Escocia en el séquito del marqués de Moreta, embajador de Saboya. Era poeta, buen músico y cantor, y rápidamente fue bien recibido en la corte de la reina. Además de sus cualidades juveniles y cantoras, Rizzio —dice Stefan Zweig en su biografía de María Estuardo— «trae consigo una cabeza clara, una inteligencia viva y suelta y una excelente cultura artística». Escribía con buen estilo en latín, francés e italiano, y de simple escribiente llegó en poco tiempo a ser consejero de la reina y —secretamente— a espía del papa en la corte escocesa. La intimidad con María Estuardo proporcionó al saboyano, además de lujos y dinero, el sello del reino y todos los secretos de Estado, hasta el punto de que no se tomaba decisión alguna en el gobierno de Escocia sin su conocimiento.

Pronto, el reino de Escocia se transformó en un territorio de enfrentamientos secretos. Por un lado, Walsingham, el jefe del espionaje inglés, que había corrompido con dinero a media corte escocesa; por otro, la red de espías de la Santa Alianza de Rizzio y su hermano José, cuyo principal propósito era impedir que el fanático protestante John Knox, enemigo visceral de María Estuardo, borrase el catolicismo en Escocia con sus incendiarios sermones.

Odiado por gran parte de la nobleza escocesa, que consideraba a Rizzio un advenedizo vanidoso, el pontífice Pío V había dado orden a sus agentes de proteger a María Estuardo de cualquier maniobra que impidiera hacer de Escocia un país católico. Pero los cálculos de la Santa Alianza fallaron cuando en marzo de 1566, una conspiración acabó con la vida del cantante-

espía italiano, que fue acribillado a cuchilladas en la propia cámara de su protectora, la reina.

Para vengar la muerte de Rizzio, el papa eligió entonces al noble veronés Lamberto Macchi, jesuita desde los catorce años y completamente entregado a la voluntad del pontífice. Macchi viajó a Escocia acompañado de un pequeño grupo de jesuitas, con la misión de acabar con la vida del esposo de María Estuardo, lord Darnley, uno de los principales conjurados en el asesinato de Rizzio, y cumplió su objetivo. La mayoría de los asesinos fueron eliminados. Una venganza tenaz llevada a cabo en nombre de la Santa Sede.

El monje negro

Otras versiones documentadas afirman que fue el papa Pío V el creador en 1566 del espionaje organizado del Vaticano para combatir al protestantismo durante el reinado de Isabel I de Inglaterra, a quien sus más devoto partidarios adulaban con el calificativo de la «Reina Virgen». De acuerdo con estas fuentes, el primer jefe de los espías vaticanos sería el dominico Miguel Ghislieri, quien, con la protección del cardenal Juan Pedro Caraffa, levantó un servicio de espionaje y contraespionaje cuya eficacia, a través de los siglos, sigue estando todavía hoy fuera de duda.

La actuación de Ghislieri quedó unida en sus orígenes a la Inquisición romana, desde que en 1551 el papa Julio III le nombró inquisidor general con el apoyo de un grupo de cardenales (Consejo de la Suprema) encargados de procesar a los sospechosos de herejía, blasfemia, brujería o resistencia a los agentes del Santo Oficio.

Ghislieri era un asceta entregado en cuerpo y alma a reprimir la herejía y velar por el dogma católico. Dormía en suelo de paja, transformó el Santo Oficio en una sociedad secreta y, con los años, organizó una potente red de espionaje y documentación en Europa, hasta el punto de hacerse temer por su antiguo protector, el cardenal Caraffa, nominado ya como papa Paulo IV. El austero inquisidor extendió el miedo en Roma por medio de sus espías, conocidos como los «monjes negros», pero cuando Paulo IV murió repentinamente, se desató una oleada de represalias y venganzas en toda la ciudad y se sucedieron los asesinatos. El tribunal de la Inquisición fue asaltado y Ghislieri tuvo que huir con sus archivos secretos hasta que la situación se normalizó con la llegada del nuevo papa Pío IV, apoyado por el cardenal y arzobispo de Milán, Carlos Borromeo.

Disueltos los «monjes negros», Ghislieri (ya nombrado cardenal) se refugió en un monasterio, pero su destierro no duró mucho. Muerto Pío IV en diciembre de 1565, y tras un nuevo cónclave, el inquisidor-espía salió elegido papa con el nombre de Pío V, contando los apoyos de Borromeo y el rey Felipe II. Como señala Eric Frattini en su libro *La Santa Alianza. Cinco siglos de espionaje vaticano*:

> … el papa Pío V iba a utilizar su amplia experiencia al frente de la Inquisición para crear un servicio de espionaje efectivo, implacable y de obediencia ciega a las órdenes supremas del Pontífice.

Según la misma fuente, el nombre que el propio papa dio a su servicio secreto fue Santa Alianza, en honor a la establecida entre el Vaticano y la católica reina María Estuardo con el objetivo de restablecer el catolicismo en Escocia y combatir el luteranismo. Con los años, tras la subida al poder de Isabel I en Inglaterra, el apoyo a la reina escocesa se convirtió en objetivo principal del espionaje vaticano, secundado por Felipe II, para mantener el catolicismo en suelo británico.

España

Atentados contra Felipe II

Después de varios intentos, el espionaje hispano acabó con la vida del líder holandés Guillermo de Orange en 1584 y, seguramente, llevó a cabo otras acciones similares que han quedado ocultas. Pero en cuestión de atentados el espionaje antiespañol tampoco se quedó corto. Hasta siete intentos de asesinato sufrió Felipe II, de acuerdo con los datos de Carnicer y Marcos, aun reconociendo que «a veces es difícil distinguir entre el atentado organizado con ciertos visos de éxito del mero rumor».

El primero de estos intentos estuvo a cargo de dos flamencos en 1567; el segundo, un año después, lo emprendió un veneciano, y el tercero, en 1569, fue organizado por William Cecil (1520-1598), uno de los más eficientes colaboradores de la reina inglesa Isabel I. Con la colaboración de Walsingham, Cecil organizó una densa red de espionaje en todo el territorio

inglés. Al morir, le sucedió su hijo Robert, que continuó dirigiendo con mano férrea el servicio secreto británico.

En 1586, el rey español sufrió otro atentado, protagonizado seguramente por una mujer portuguesa, pero el más peligroso de todos fue el que tuvo lugar en Lisboa en 1581, desbaratado por el contraespionaje hispano. El embajador español en Saboya, el barón de Sfondrato, fue advertido por uno de sus agentes infiltrados entre los hugonotes sobre el viaje a Lisboa de un soldado italiano dispuesto a matar al rey. Rápidamente, Sfondrato dio aviso al gobernador de Milán, Sancho de Guevara y Padilla, quien, a su vez, hizo llegar la información a Juan de Idiáquez y al propio monarca, que regía las Cortes portuguesas convocadas en Tomar.

El nombre del presunto regicida era Circo Calabrese, y Sfondrato hizo llegar al servicio secreto hispano una descripción de los rasgos físicos del sospechoso: «Un hombre de complexión fuerte, de estatura mediana, muy moreno y con una verruga en la mejilla derecha». Estos datos llegaron al embajador en Génova, Pedro de Mendoza, y el servicio secreto logró abortar la operación en ciernes.

También hubo noticia de un falso atentado contra Felipe II que, seguramente, formaba parte de una conspiración exterior de altos vuelos envuelta en el misterio. Según cuenta Miquel Pérez Latre, a finales de 1564, cuando se celebraban en Monzón las Cortes Generales de la Corona de Aragón, corrió la voz de que Felipe II había muerto junto a cuatro «grandes y señores». La nueva llegó a Cervera por un correo el 30 de diciembre de 1560 y, como es lógico, cundió la conmoción en todo el territorio. Las autoridades municipales convocaron al consejo de la villa, que puso en pie de guerra una milicia para vigilar el Camino Real.

Tras apresar al correo que había llevado la noticia desde Monzón, se envió para confirmarla a un caballero que emprendió el camino en plena nevada por la noche. La inquietud creció hasta que cinco días más tarde regresó el caballero, que confirmó la buena salud del rey. Todo había sido una falsa alarma, aunque no se aclaró la finalidad de la desinformación ni el origen de la misma.

También hay noticia de otro atentado contra Felipe II en marzo de 1555, con ocasión de su ascenso al trono inglés, en 1554, como rey consorte de la reina María Tudor. «Buena tierra, pero la más mala gente del mundo», comentaría al respecto el monarca a un miembro del séquito real.

Los intentos por acabar con la vida de Felipe II alcanzaron también a su hermanastro Juan de Austria. Pocos días después de la muerte de este,

Alejandro Farnesio escribió al rey en octubre de 1578 para comunicarle que el servicio secreto inglés había intentado asesinarle. Con este fin, dos sicarios fueron enviados a Namur, cuartel general de don Juan, aunque Farnesio ordenó detenerlos y encerrarlos en el castillo de esa ciudad hasta que, sometidos a interrogatorio, declararon sus intenciones. Los dos espías ingleses fueron juzgados y ejecutados por el propio Farnesio.

La trama del vellón

Uno de los mayores fraudes de la Historia de España se produjo en 1606, cuando Castilla se vio inundada de vellón falsificado. La moneda, procedente de Holanda y Alemania, era introducida en el suroeste francés por conversos portugueses, y el desfalco resultó monumental.

Los historiadores cifran en casi 40 millones de ducados el quebranto a la Hacienda Real entre 1606 y 1620. Un negocio redondo para los falsificadores en el que estaban involucrados amplios sectores de la nobleza castellana, que no dudaron en utilizar la amenaza y el asesinato contra los denunciantes, algunos de los cuales eran espías al servicio de la Corona.

El delito en cuestión consistía en la acuñación masiva de moneda de vellón castellana fabricada en Holanda y Alemania por rebeldes flamencos sublevados contra España, que luego era introducida en Castilla por la comunidad de conversos portugueses residentes en el suroeste de Francia. Una vez recibida la moneda falsa en el puerto francés de La Rochelle, se introducía y repartía por toda Castilla, aprovechando la extensa red comercial controlada por la comunidad conversa que se movía desde Flandes. La red delictiva que actuaba desde 1606 introducía en Castilla moneda falsa de vellón, sacando de España, en contrapartida, moneda legal de oro y plata. El contrabando resultaba sumamente productivo. Los falsificadores compraban vellón de cobre falso fabricado fuera de España con reales de plata y obtenían un beneficio del 900 %.

Pese a que en la trama participaban flamencos sublevados y judíos fugitivos con frecuencia de la Inquisición española o portuguesa, la fraudulenta operación no pretendía provocar la bancarrota de la Corona por motivos políticos, y sus autores solo buscaban el beneficio personal. La persona que destapó la maquinación fue Bartolomé Méndez Trancoso, un converso portugués residente en San Juan de Luz, que, a cambio de colaborar en el caso, pidió poder residir en territorio de la Corona hispánica. La

denuncia de Trancoso se apoyó en un comerciante inglés llamado Jorge Coton, espía al servicio de la inteligencia española, y ambos estaban coordinados por Gabriel de Carmona Vanegas, agente del servicio secreto español de origen morisco.

Muerte en Madrid

Otro personaje clave de la red delictiva fue Juan Núñez Sarabia, que llegó a ser un relevante asentista en 1626, con la protección del conde-duque de Olivares, y estuvo implicado en un asesinato que conmocionó a la corte. La víctima fue el espía inglés al servicio de España Jorge Coton, del que ya hemos hablado, que vivía camuflado como mercader.

La misión de Coton era poner al descubierto la actividad delictiva que llevaban a cabo los falsificadores en el suroeste francés y en la corte, un trabajo arriesgado que pagó con la vida. La zona del suroeste de Francia era un lugar de gran importancia desde el punto de vista comercial en ambos lados de la frontera, un espacio que los portugueses utilizaban de plataforma para realizar sus negocios en lugar seguro, a resguardo de los inquisidores de España y Portugal, contando con que las autoridades francesas hacían la «vista gorda».

Coton cayó herido de muerte en una calle de Madrid en la noche del 27 de enero de 1620, cuando indagaba, como enlace de Méndez Trancoso, los entresijos del fraudulento engranaje montado por los conversos portugueses en Madrid, que a toda costa deseaban seguir con sus manejos para eludir a la justicia.

Los autores del asesinato fueron dos sicarios. Uno, Gaspar Fernández, apodado «el Sevillano», fue el brazo ejecutor, y el otro, Méndez Pastor, actuó de reclutador y apoyo del asesino. El puñal del primero no consiguió acabar con la vida de Coton en el momento del atentado y el espía sobrevivió dos días a las puñaladas. En ese tiempo, aunque muy malherido, el inglés aún pudo declarar ante el alcalde Luis de Paredes e informar sobre los ejecutores y sus móviles. Por el testimonio del espía, ya moribundo, el alcalde Paredes pudo averiguar, además del nombre de los asesinos, el tráfico de moneda falsa fabricada fuera de España que llevaban a cabo los conversos instalados en Madrid, en conexión con sus correligionarios asentados en el suroeste francés.

Chanchullos legales

La noticia llegó a conocimiento del rey Felipe III por un informe elaborado por el espía mayor Andrés Velázquez de Velasco. Los acontecimientos se iniciaron cuando Méndez Trancoso llegó a la corte a principios de 1618, tras declarar y firmar un memorial ante el virrey de Navarra a cambio de un salvoconducto que le protegiera a él y a su familia del Santo Oficio.

Por increíble que parezca, Trancoso no halló a nadie en la corte que se ocupara de su declaración y no parece que los jueces se dieran mucha prisa en resolver el asunto, en vista de lo cual se marchó a Lisboa a mediados de febrero de 1618 y regresó a Madrid a finales de 1619. Mientras tanto, el espía mayor Andrés Velázquez hizo venir a Madrid al morisco Gabriel de Carmona, agente al servicio del rey que cumplía pena de destierro en Valladolid y había investigado ya la trama.

La investigación que Carmona había llevado a cabo estaba a cargo del alcalde Fernando Ramírez Fariña. El resultado fue el que cabía suponer, dada la magnitud de la confabulación y las muchas personas influyentes y adineradas que estaban involucradas. Pero los acusados se libraron gracias a chanchullos legales, testigos falsos y cohechos. El propio espía morisco estuvo a punto de perder la vida cuando trataron de asesinarle y fue procesado ante el Santo Oficio, lo que le costó la pena de destierro en la capital vallisoletana.

Unos dos años antes de que se produjera el asesinato de Coton, Carmona llegó a la corte y se hospedó en la casa del espía mayor, pero los implicados en la maniobra de la falsa moneda conocían su presencia en Madrid y asaltaron la vivienda del propio Andrés Velázquez, presentando una orden de arresto falsa con la ayuda de un alguacil y un escribano sobornados. El poder en la sombra de los falsificadores era tal que el espía mayor no pudo resolver el asunto, y el resultado de la causa concluyó con el morisco ingresado en la cárcel y los asaltantes puestos en libertad.

A través de Coton, Méndez Trancoso también había contactado con el espía mayor, que estaba al tanto en la cuestión del contrabando del vellón, colaborando en esto con Carmona. El asesinato del agente inglés y la conjura urdida exigían un castigo contundente del rey, tal como recomendó el espía mayor, y el monarca encomendó entonces una investigación al citado alcalde de Casa y Corte Luis de Paredes.

La pista portuguesa

El testimonio de Coton abrió el camino a la pista criminal portuguesa. Los dos primeros procesados fueron el asesino Gaspar Fernández y Juan Méndez Pastor, que dio algunos nombres cómplices en el contrabando de moneda, entre ellos del de Juan de Arboláez, correo mayor de Irún y pieza clave el fraudulento tráfico fronterizo. El alcalde Paredes hizo prender y llevar a Madrid a Arboláez, que en marzo de 1620 se dirigió al rey suplicando que se hicieran valer sus servicios al monarca desde hacía treinta y siete años, que incluían avisos secretos y «otras cosas de grandísima importancia».

El alegato de Arboláez tuvo efecto inmediato. Desde las más altas instancias de la corte se pidieron explicaciones al alcalde madrileño, que tuvo que darlas por escrito al secretario real Juan de Ciriza, muy molesto por la detención del correo irunés. Cuando Paredes se vio desautorizado, dio marcha atrás, excusándose ante Arboláez por los inconvenientes causados al haberlo hecho acudir precipitadamente a Madrid. Solo tres días después de la reprimenda de Ciriza al alcalde Paredes, se iniciaron las actuaciones del Santo Oficio contra Carmona y el espía morisco fue detenido, lo que hace pensar que la red delictiva portuguesa contaba con fuertes apoyos en las altas instancias del poder y que la maquinaria del Santo Oficio se había decantado en favor de quienes manejaban la trama.

El tormento aplicado a los dos sicarios denunciados por Coton poco antes de morir implicó directamente a Juan Núñez Sarabia, que fue detenido. Su declaración, en febrero de 1620, unida a otras indagaciones llevadas a cabo, confirmaron que el trasfondo de todo el asunto era el negocio delictivo de la moneda falsa. En su testimonio, Sarabia intentó dar la vuelta al proceso, acusando a Trancoso y Carmona de querer chantajearle con engaños y exigencia de dinero.

En paralelo a estos hechos, Carmona había desempeñado un papel esencial en el descubrimiento y la denuncia de las maquinaciones financieras en 1615, acompañado de dos testigos de cargo, Martín de Arizmendi, que también era espía de la Corona, y Luis Hernández. Las denuncias de ambos apuntaban a un grupo de conversos portugueses residentes en la corte que ocupaban elevadas posiciones, como Domingo Pereira y su suegro, Diego Pereira, exportador de hierro a Portugal, que estaba vinculado al círculo mercantil y financiero de Oporto y se había afincado en el País Vasco en la década de 1580. También estaba metido en operaciones comerciales contrarias a los intereses hispanos, con la participación de Francisco de

Valencia, un morisco muy rico expulsado de España en 1610 que residió en San Juan de Luz.

Al final, la influencia de la red portuguesa redujo a casi nada las acusaciones y Carmona sufrió el intento de asesinato antes descrito del que pudo escapar ileso, aunque los inculpados lograron desacreditarle ante el Santo Oficio mediante denuncias de falsos testigos y que fuera condenado al destierro en Valladolid.

La situación parecía estancada hasta que en 1618 Carmona contactó con uno de los dos alcaldes de Casa y Corte de Madrid, Fernando Ramírez Fariña, miembro del Consejo de Castilla, y le indicó que tenía nuevos testigos para relanzar la causa instruida anteriormente con poco éxito. Ambos convinieron en exponer de nuevo todo el caso al espía mayor Velázquez, quien no dudó en dar fe de que «Gabriel de Carmona buscó testigos y trabajó en la averiguación de esta causa con gran riesgo de su persona porque intentaron matarle y con falsas acusaciones le hicieron padecer largas prisiones y trabajos».

El espía morisco

Al mismo tiempo en que se producían estos acontecimientos, coincidían en Madrid Méndez Trancoso, su hijo, Juan Méndez, y Jorge Coton, además del también espía Carmona.

Trancoso se había dedicado al comercio entre Lisboa y España, y tras alcanzar éxito en los negocios, decidió asentarse en San Juan de Luz. Finalmente, se convirtió en comisionista y correo en esa localidad francesa. Cuando su situación económica empezó a torcerse, contactó con Coton y decidió regresar a España, asegurándose antes de que el Santo Oficio no tomaría medidas contra él por su condición de converso. También influyó en su papel delator el comportamiento de otros conversos que con falsas declaraciones le hicieron acabar en una cárcel francesa. En cuanto a Gabriel de Carmona, había nacido en 1586 en Almagro y se consideraba descendiente de los mudéjares asentados desde muy antiguo en España, también llamados «moriscos antiguos».

Cuando en 1609 la Corona decretó la expulsión de todos los moriscos, el servicio de inteligencia hispano dejó a algunos de ellos en España para que actuaran como espías del servicio secreto español. Este fue el caso de Carmona, que partió al exilio con otros moriscos con la misión de asentarse en el suroeste francés e informar de las actividades contrarias a España. Desde

allí destapó el tráfico con moneda falsa de vellón introducido en Castilla por los conversos portugueses.

De resultas de sus indagaciones, Carmona llegó a Madrid para testificar en la corte contra «muchos judíos portugueses que entraban y salían de estos reinos y los principales eran Domingo y Diego Pereira, que sacaban moneda de plata y oro y la metían de vellón y llevaban bajeles cargados de armas a Berbería y hacían otros insultos y maldades», como consta en los archivos de Simancas.

En marzo de 1620, el tribunal de Toledo solicitó la prisión de Carmona por quebrantamiento de una sentencia de los inquisidores toledanos. Los conversos lo acusaban de prácticas asociadas con su origen musulmán, pero Carmona no parecía muy preocupado, pues pensaba que tendría a su favor al espía mayor del rey y al inquisidor general. A la hora de la verdad, sin embargo, la Inquisición inició las actuaciones contra el espía morisco en julio, acusado de herejía. Carmona quedó en la cárcel a la espera de que el proceso continuara, pero, en vista de que no aparecieron las personas que habían testificado en su contra, intentó sobornar al alcaide de las cárceles del tribunal inquisitorial, Diego Madrigal, con cien escudos y unas joyas de oro.

Como en ese momento ni el dinero ni las joyas estaban en su poder, pidió que fuese a recogerlo en Madrid otro espía del rey, Martín de Arizmendi, que también sería el encargado de entregarlo todo. Pero Carmona calculó mal y el alcalde Madrigal rechazó y denunció el intento de cohecho ante el Santo Oficio. A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitaron y a finales de julio el fiscal acusó a Carmona formalmente de herejía y de encubrimiento de apóstatas.

Carmona volvió a rechazar las acusaciones y solo aceptó la imputación de intento de soborno. Lo hizo, dijo, por sentirse afligido de que le acusaran en falso, sin saber siquiera quiénes eran los testigos de la acusación. El atribulado espía morisco denunció entonces a algunos de los cómplices de la trama conversa, pero solo reveló nombres de escasa entidad, ya que los principales falsificadores se cuidaron de no actuar directamente. Los inquisidores, creyendo que el reo les ocultaba información, le dieron tormento en diciembre de ese año, y aunque el verdugo se empleó a fondo, Carmona siguió proclamando su inocencia. En tal situación, el tribunal le sentenció en junio de 1621 a un auto de fe en público, con la pena de cien azotes y ser condenado a galeras durante tres años.

Resulta muy extraño que durante su proceso el acusado nunca mencionara a Andrés Velázquez, el espía mayor en cuya casa se había alojado en Madrid

en 1618, al llegar de Valladolid, y que le había ordenado romper el destierro que la Inquisición le había impuesto. La explicación pudo ser que, en asuntos de espionaje, como suele suceder, el espía morisco pagara el precio de su condena con el silencio, o —como señala el historiador Jesús Antonio Carrasco Vázquez— que el propio Velázquez estuviera ya caído en desgracia y fuera otra de las víctimas de los enredos de la «mafia» delictiva portuguesa.

Lo que sí parece cierto es que la actuación del Santo Oficio estaba influenciada por el poderoso grupo de falsificadores que contribuyeron a la ruina económica de España y que existían desavenencias de fondo entre los distintos grupos de poder en la corte, en los que jugó un importante papel el secretario real Juan de Ciriza, que entorpeció la investigación del alcalde de Casa y Corte, Luis de Paredes. El desempeño en la sombra de Ciriza dejó políticamente aislado al espía mayor y dio vía libre al Santo Oficio para actuar contra Carmona, a pesar de ser este un colaborador secreto del propio rey, de manera que se vieron favorecidos los intereses del poderoso grupo que manejaba los hilos de la conexión delictiva desde el sur de Francia.

Desde ese momento, a Carmona se le pierde el rastro, por lo que es posible que muriese amarrado al duro remo de una galera cristiana, o quizá fuera rescatado por el servicio secreto hispano. Lo cierto es que no fue localizado por la Inquisición cuando procesó a Núñez Sarabia, en 1632, para que el espía morisco se ratificara en sus acusaciones.

Justicia adversa

Como es fácil de imaginar, Carmona terminó siendo un peligroso enemigo de la red criminal portuguesa, que utilizó todos sus recursos y su poder para conseguir la eliminación (física o judicial) del espía morisco. La persecución a la que se vio sometido le alcanzó incluso en Francia, ya que antes de ser condenado en Toledo estuvo en prisión en Bayona por orden del conde de Agramonte, donde sufrió tormento tras ser denunciado por los conversos portugueses.

De la condena a muerte se libró a costa de pagar quince mil ducados de su hacienda, según certificaron el virrey de Navarra y el maestre de campo de Fuenterrabía, a quienes Carmona enviaba sus informes. Al final, la mayoría de los falsificadores de la red judeoconversa salieron bien parados y siguieron disfrutando del dinero obtenido con sus turbios manejos. Por el contrario, a los investigados espías de la Corona en la fraudulenta trama, la suerte de la

justicia les fue adversa. Coton, el espía inglés del rey, murió asesinado, y Carmona fue torturado y enviado a galeras, con evidente actuación sesgada del tribunal de la Inquisición, lo que da idea de la envergadura delictiva de la trama, en la que estaban involucrados altos personajes de la corte y el engranaje judicial.

Gaspar Fernández «el Sevillano», el sicario que asesinó a Coton, había nacido en Portugal, y el apodo le venía por haberse criado en Sevilla. No tenía familia y su intención era emigrar a las Indias. En la captación del sicario intervino Salvador Méndez, un hombre que estaba al servicio de Sarabia desde que ambos se conocieron en la cárcel de la corte. El sicario portugués fue condenado a la horca, pero, después de permanecer encarcelado en la cárcel de corte hasta 1628, ya estaba viviendo en 1633 en libertad en la judería de Venecia con el nombre de Isaac de Zoiza Sevillano.

En cuanto a Núñez Sarabia, aunque sufrió tormento en el juicio, no fue condenado y salió libre, recuperando la administración de sus bienes y negocios. Llegó a convertirse en asentista de la Corona en 1627, a pesar de ser uno de los principales «padrinos» de la confabulación. Estafó incluso a moriscos de Castilla con la promesa de poder llevarlos a San Juan de Luz, para establecer allí sus negocios, a cambio de cien mil ducados en doblones de oro, joyas y perlas. Pero, llegado el momento, los moriscos no recibieron lo pactado y reclamaron a su avalista, el poderoso y acaudalado Francisco de Valencia, también morisco, así como al padre y los hermanos de Sarabia, asentados desde Portugal en San Juan de Luz. El engaño, finalmente, se zanjó con un acuerdo personal de Sarabia con Francisco de Valencia, pero los moriscos estafados solo recibieron cincuenta mil ducados, y los otros cincuenta mil se los repartieron Sarabia y su compinche.

Otros de los implicados en el caso, los Pereira, también resultaron beneficiados y mantuvieron una buena sintonía económica con la corte. Dos hijos de Diego Pereira financiaron la embajada extraordinaria del conde de Gondomar en Inglaterra con un asiento de doce mil escudos de plata en concepto del sueldo y la ayuda de costa asignados al embajador. Los Pereira controlaron también el suculento negocio de la renta de la sal, y hasta reclamaron compensaciones, en 1628, por el perjuicio que les produjo la bajada del precio de ese producto.

Francia

En los años finales de las guerras de religión en Francia (1585-1598) y de los enfrentamientos con Francia en los finales del siglo XVII, la frontera pirenaica fue escenario de múltiples actividades secretas y misiones de espionaje. Además de las guerras en Francia, que provocaron la intervención en ese país de los tercios de Alejandro Farnesio, una serie de acontecimientos hicieron de los Pirineos una frontera conflictiva.

Los sucesos derivados de las disputas religiosas entre católicos y protestantes calvinistas (hugonotes), unidos a la entrada en Aragón de las tropas de Felipe II, la fuga de Antonio Pérez, así como su instalación en la fronteriza región del Béarn causaron profunda inquietud a la Monarquía Hispánica, que mantuvo en permanente alerta a sus servicios secretos.

Sebastián de Arbizu, el espía navarro

Entre los espías que informaron a Felipe II de las maniobras enemigas para desestabilizar el interior de España destaca el navarro Sebastián de Arbizu, nacido en Pamplona en 1533. Doctor en Derecho, abogado, regidor de Pamplona y procurador de las Cortes de Navarra, Arbizu fue detenido en 1588 usado de falsificar moneda y tener tratos con un alquimista mallorquín perseguido por la Inquisición. Después de pasar dos años en la cárcel fue desterrado y en 1591 abandonó Navarra con sus dos hijos y se refugió en una localidad del Béarn, regida por la princesa hugonote Catalina de Borbón en nombre de su hermano, el rey francés Enrique IV.

Instalado finalmente con su familia en Pau, el abogado navarro mantuvo buenas relaciones con las autoridades bearnesas y su hija Águeda de Arbizu entró a servir a Catalina de Borbón como dama de la princesa, lo que proporcionó a Sebastián valiosa información en esa corte. Mientras la hija disfrutaba de la confianza de Catalina, Sebastián se ofreció como espía al virrey de Navarra, Martín de Córdoba y Velasco, y al gobernador militar de Pamplona, Pedro de Navarra y de la Cueva. La recompensa que pedía a cambio era que se le levantara el destierro.

Tras escapar Antonio Pérez de la justicia del rey, a la insurrección aragonesa siguió la entrada en Aragón de las tropas reales. El antiguo secretario de Estado volvió a fugarse de la cárcel de Zaragoza y se refugió, en noviembre de 1591, en Béarn, bajo la protección de Catalina de Borbón, con varios cabecillas de la revuelta, como Martín de Lanuza, Cristóbal Frontín o

Gil de Mesa. Felipe II puso precio a la cabeza de Pérez con una recompensa de treinta mil ducados.

La red de inteligencia que dirigía el virrey de Navarra no tardó en entrar en contacto con Arbizu, que pasó a desempeñar un papel clave para informar de los movimientos de Antonio Pérez en Francia, o, sí el rey lo autorizaba, asesinarle en su exilio.

Pero el peligro de insurrección no desapareció con la expatriación del exsecretario. Los dirigentes aragoneses que habían participado en la revuelta, instigados desde Francia, intentaron invadir España por el valle del Tena en febrero de 1593. Arbizu informó puntualmente de estos planes al virrey de Navarra desde el monasterio navarro de Urdax. Haciéndose pasar por amigo de los refugiados, Arbizu se entrevistó con Antonio Pérez. Con buenas palabras intentó convencerle de que abandonara Pau y se embarcara en Bayona para refugiarse en Inglaterra, un viaje que la inteligencia hispana preparaba para capturarle más fácilmente. El espía navarro trató también de desacreditar de forma encubierta la actuación de Pérez, aprovechando que el antiguo secretario se había hecho bastante impopular por el fracaso de su intentona sediciosa en Aragón y las posibles represalias de España contra el Béarn francés.

Se da por seguro que Arbizu elaboró planes no consumados para asesinar a Antonio Pérez. Uno era asaltar la residencia del fugitivo con arcabuceros y otra envenenarle con anís, licor al que era muy aficionado el exsecretario. Pero estos intentos nunca se llevaron a cabo, seguramente porque no se recibieron instrucciones concretas ni dinero de la inteligencia hispana para realizarlos. El hecho es que, solo unos meses después de que Arbizu se entrevistara con Antonio Pérez, este ya sabía que el navarro era un espía y así se lo comunicó a sus compañeros de exilio. El julio de 1592, tres de ellos, Frontín, Martín de Lanuza y el genovés Juan Francisco Mayorín, intentaron asesinar al agente español, que salvó la vida por muy poco.

Las sospechas por lo condición de espía de Arbizu llegaron enseguida a la princesa Catalina de Borbón, que lo expulsó de Pau, y seguramente pudo escapar ileso gracias a la intervención de su hija Águeda. Ya en España, Arbizu continuó sus actividades de espionaje desde Urdax y Elizondo junto al señor de Garro, otro espía principal del virrey de Navarra.

Las redes de espías navarros fraguaron también un plan para apoderarse de la ciudad francesa de Bayona por medio del alcaide de la plaza y del gobernador de la ciudad, y tramaron nuevos proyectos para capturar a Pérez,

que siempre logró escurrirse de las manos de sus perseguidores hasta que finalmente consiguió llegar a Inglaterra.

A comienzos de 1594, Sebastián de Arbizu presentó en Pamplona una demanda de adulterio contra su esposa, que acabó cuando el corregidor de la ciudad intentó detenerle por causas poco claras, pero la intervención del virrey de Navarra le salvó de la prisión. En la primavera del mismo año, Arbizu se trasladó a Madrid y allí elaboró el informe antes mencionado para tomar la ciudad de Bayona mediante un golpe de mano con desembarco de fuerzas desde España. El plan precisaba que un centenar de hombres que hablasen euskera entraran en la ciudad en día de mercado, con armas ocultas, y se apoderaran de los puntos clave para permitir la llegada de una flota invasora con unos quinientos hombres.

El asalto no llegó a producirse, pero en junio de 1595 fueron detenidos y ejecutados cruelmente, en Bayona, tres espías: Pierre d'Or (alias «Chateo Martin»), Jean Ronieulx y Trie, agentes que trabajaban para la inteligencia hispana. Se les acusó de sembrar el terror en la ciudad con incendios provocados para facilitar el desembarco de tropas españolas enviadas por Juan Velázquez de Velasco, capitán general de Guipúzcoa, quien más tarde sería nombrado superintendente de las inteligencias secretas o espía mayor.

Sebastián de Arbizu murió en Madrid, en 1596, sin recibir por parte del rey la merced de ser nombrado corregidor de alguna ciudad por los trabajos secretos realizados. Lo mismo sucedió con su hija Águeda, a la que no se reconocieron sus servicios a pesar de la ayuda que prestó a su padre en tareas de espionaje desde Francia.

La señora de Urtubia

Durante el reinado de Felipe II, la actuación de los espías vascos en tierras francesas fue muy activa. Entre ellos destacan los movimientos de la que se llamó «señora de Urtubia», de origen vascofrancés, cuyos avisos, muchos de ellos escritos en euskera, eran remitidos a Juan Velázquez de Velasco, capitán general de Guipúzcoa, o a Martín de Idiáquez, secretario de Estado para los asuntos del norte de España.

La actividad de esta informante se desarrolló entre 1585 y 1598, en los años de la última guerra de religión de Francia entre católicos y hugonotes y de la guerra hispano-francesa que acabó en la paz de Vervins. El conflicto

religioso estaba alentado por Felipe II en el bando católico y por la reina Isabel I de Inglaterra en el protestante.

Cuando murió asesinado el rey francés Enrique III y le sucedió en el trono el hugonote Enrique de Borbón (luego Enrique IV), Felipe II intervino con armas y dinero en favor de la Liga católica para frenar la expansión protestante en Francia y coronar como reina francesa a su hija Isabel Clara Eugenia. En esta contienda, los tercios españoles llegaron a entrar en París, pero poco a poco Enrique IV se afianzó en el trono, gracias a su conversión forzada al catolicismo, y declaró la guerra a España en 1595.

En una de las cartas que la señora de Urtubia envió a la inteligencia hispana informaba sobre el sitio francés a la guarnición española de Amiens y los movimientos de una flota inglesa. La espía, por motivos de seguridad, ocultaba su nombre y el del destinatario: en lugar de su verdadera firma incluía un signo de cuatro letras «S» mayúsculas dispuestas en forma de rombo, y en cuanto al destinatario (que en realidad era Juan Velázquez de Velasco), la carta iba dirigida en euskera a un tal «Sabat Jaunaren» (señor Sabat).

La información de la señora de Urtubia fue considerada muy valiosa, como demuestra la carta que en mayo de 1597 remitió Juan Velázquez a Martín de Idiáquez en los siguientes términos textuales:

> El papel de la señora de Ortubia [sic] envió en su lengua, porque estoy seguro que habrá quien la entienda, muy buena inteligencia ha de ser y de mucho provecho porque en su casa acuden todos franceses e ingleses, y en sus conversaciones se dice todo, y ella sabrá se aprovechar de lo que dijeren; y creo que dirá verdad.

Bernardino de Mendoza: embajador en Francia

Cuando Mendoza fue expulsado de Londres, Felipe II le dio las gracias por los servicios prestados y demostró aprobar su labor nombrándole embajador en Francia en noviembre de 1584. El centro de la actividad del espionaje hispano en Inglaterra se trasladó entonces a París, en un periodo histórico, dominado por las guerras civiles religiosas entre hugonotes y católicos, que llevó a Francia al borde del abismo.

El rey Felipe II, ante el inminente final de la dinastía Valois por falta de herederos, y la posibilidad de que llegase al trono el protestante Enrique de Borbón (más tarde Enrique IV), decidió intervenir para inclinar la balanza en

el bando católico, utilizando a Mendoza como su principal personaje en el juego secreto.

En ese tiempo, Felipe II contaba con un plantel de diplomáticos, generales, secretarios y consejeros altamente experimentados y competentes en tareas de inteligencia. No había escasez de «cabezas», ya que, además de Bernardino de Mendoza, estaban Juan de Zúñiga, Luis de Requesens, Álvaro de la Quadra, Francisco de Álava, Cristóbal de Moura, Juan de Idiáquez, Guzmán de Silva, los Granvela, Juan de Austria, Alejandro Farnesio y el conde de Olivares, Pedro de Mendoza, por no hacer la relación muy larga.

Al poco de iniciar su tarea de embajador, en 1585, Mendoza convino en Joinville el tratado secreto entre el rey Felipe II y la Liga católica francesa, acaudillada por la casa de Lorena. De acuerdo con este pacto, el rey de España se comprometía a ayudar con dinero al bando católico francés, lo que convirtió a Mendoza en tesorero *de facto* de la Liga, financiando al potencial heredero católico al trono francés, Enrique de Lorena, duque de Guisa.

Motor de la Liga

La embajada de Mendoza en Francia se mantuvo desde 1584 a 1590. Durante ese tiempo el campo de acción del espionaje español se amplió considerablemente, y a esto se añadió la red que Alejandro Farnesio manejaba por cuenta propia en Flandes.

Para el gobierno hispano resultaba evidente el peso de Francia como principal rival de la casa de Austria en Europa, una rivalidad que venía de lejos, desde los tiempos de Fernando el Católico y las continuas guerras de Carlos V en Italia. En cuanto a los intereses de la Monarquía Católica, el objetivo era, por un lado, frenar a Francia en el exterior y, por otro, evitar el triunfo del protestantismo en un país donde los hugonotes iban adquiriendo cada vez más poder e influencia.

De acuerdo con esto, la acción secreta hispana se concentró en la alianza con la Liga Católica francesa y sus dirigentes de la familia Guisa. Mendoza, como representante de la potencia católica más importante de Europa, se convirtió en el motor oculto de la Liga, con un gran número de agentes que actuaban a sus órdenes.

Pero había otros asuntos pendientes que Mendoza debía manejar, como impedir el contrabando fronterizo a través de los Pirineos; controlar a los disidentes religiosos de la Península refugiados en Francia; informar de las

acciones contra los intereses hispanos, tanto dentro de España (intento de invasión del Alto Aragón, preconizado por Antonio Pérez), como en América, donde los hugonotes intentaron fundar en 1560 colonias en La Florida. Muy importante también era detener la actividad pirática en el Atlántico desde los puertos franceses, en especial La Rochelle, controlado por los hugonotes.

Los informes recogidos en París por los agentes de Mendoza se enviaban a Madrid todos los días desde la capital francesa. En algunas ocasiones iban por correo oficial, pero lo más frecuente era utilizar el correo comercial o privado, siempre en clave. El recorrido de estos correos hasta cruzar la frontera española a través de Francia, en territorios dominados por los hugonotes o infestados de bandidos, exigía grandes dosis de valor, y en este cometido se distinguieron mensajeros como Pierre Planchet o Pierre «el Vasco», aunque apenas quede rastro de sus proezas.

Mendoza tuvo también que actuar en el asalto a los correos destinados a España que atravesaban el territorio francés, un problema endémico que se agravó cuando los hugonotes llegaron a cortar la comunicación española con Francia en 1587. El espía embajador debía conseguir que la correspondencia llegara a España en un plazo razonable y con seguridad para evitar robos, muy frecuentes sobre todo en la región de Burdeos, donde se perdían envíos importantes y era habitual el asesinato de mensajeros a manos de los espías franceses, aunque casi siempre se atribuyera el crimen a delincuentes comunes.

Ducho en estas lides desde su tiempo de embajador en Londres, Mendoza escribió en 1578 al secretario real, Gabriel de Zayas, para avisarle de la traición de uno de sus correos, un tal Joanin, que había vendido a Guillermo de Orange despachos de procedentes de la corte de Madrid. En otra ocasión, Mendoza se mostró muy preocupado con un despacho muy importante del coronel Mondragón. El correo viajaba a Génova acompañado de un mercader traidor y el embajador español en Londres pedía que se avisara al entonces embajador en Génova, Juan de Idiáquez, para que se detuviera al espía.

En ese tiempo, los servicios secretos de Felipe II se esforzaban por extender su red de agentes en Francia, muchos de ellos ingleses. Anthony Rolston actuaba en San Juan de Luz; Anthony Standen, en Burdeos; Juan de Gamarra, Pedro de Álava y el jesuita Thomas Fitzherbert, en Ruán, El Havre y Dieppe, e Isoardo Capello, en Nantes. En Plymouth había también una red en la que figuraba el portugués Antonio Andrade, que se embarcó por orden de su primo Manuel, también agente hispano, en la Contraarmada de Drake,

para informar a la inteligencia española cuando llegase a la Península. Pero, al parecer, Antonio murió durante la travesía y nada más se supo de él.

Mendoza tenía también criados encargados de cumplir misiones peligrosas. Uno de ellos, Pedro Serrano, fue enviado a Nantes para recoger avisos secretos y también contactó con cuatro portugueses huidos de Plymouth que llevaban noticias de la situación en Inglaterra.

Otro de los servidores de confianza de Mendoza era Jacobo de Arbeláiz, quien le ayudó a sacar de Francia papeles comprometedores que se guardaban en la embajada. Su secretario personal era Hans Oberholtzer, vinculado a Mendoza desde que este era capitán de la caballería de Flandes.

«Las cosas rotas» en Francia

Era muy poco lo que en la embajada española se ignoraba de la corte francesa. Mendoza conversaba muchas veces en secreto con Catalina de Médicis y, en 1587, alcanzó un acuerdo con la Compañía de Jesús para que los jesuitas apoyaran a Enrique de Guisa. La embajada española en París se convirtió en el centro de espionaje proespañol y católico más importante de Francia.

Ignorando la prohibición del rey francés Enrique III, el duque de Guisa entró en París. Se produjo un levantamiento y el monarca abandonó la capital, que quedó en manos de la Liga. Derrocado el gobierno municipal, los «ligueros» católicos dividieron la ciudad en dieciséis barrios, cuyos jefes formaron un llamado Consejo de los Dieciséis, en el que Mendoza, haciendo valer su influencia, alentaba las revueltas contra el monarca francés.

Ante el cariz revolucionario que adoptaban los acontecimientos, Enrique III cedió a las pretensiones de la Liga, que, en julio de 1588, hizo firmar al rey un edicto por el que se comprometía a «extirpar la herejía del reino» y no firmar paz alguna con los hugonotes, y nombraba al duque de Guisa teniente general del reino. El resultado fue que «quedan las cosas tan rotas en Francia que se podrán mal acomodar y el rey [de Francia] imposibilitado para asistir a la reina inglesa de ninguna manera», aseveró Mendoza.

La derrota de la Gran Armada en agosto de 1588 marcó un punto de inflexión en el desarrollo de los acontecimientos. En diciembre de ese mismo año se convocaron en Blois los Estados Generales. Los hugonotes, conscientes del fracaso de la Armada en el intento de invadir Inglaterra, se reagruparon y el débil Enrique III decidió actuar a traición. Cuando Enrique

de Guisa y su hermano, el cardenal Luis, esperaban en la antecámara para ser convocados por el rey, fueron asesinados por la guardia real el 23 de diciembre. Mendoza criticó a los jefes de la Liga por las escasas medidas de seguridad al producirse el atentado, sabiendo que los líderes de la Liga estaban amenazados: «Guisa solo a su propia temeridad debió su fin —dijo—, pues había sido prevenido de que el rey francés quería matarle».

Después de esto, la guerra civil se extendió de nuevo por Francia, y al asesinado Enrique le sustituyó en la jefatura de la Liga su hermano, el duque de Mayenne. Previamente, en 1587, fue decapitada María Estuardo, lo que precipitó la decisión de Felipe II de invadir Inglaterra. La misión de Mendoza en esos momentos estaba clara: impedir que Francia pudiera atacar a España en Flandes, mientras el ejército al mando de Alejandro Farnesio realizaba el desembarco. Entretanto, había que seguir avivando la discordia civil entre la Liga, el rey francés Enrique III y Enrique de Borbón, cabeza de los hugonotes.

Además, en ese momento, Felipe II encargó a Mendoza una nueva misión: conseguir que Isabel Clara Eugenia fuese proclamada reina de Francia. En opinión del monarca, le correspondía por herencia, ya que era hija de la reina consorte, Isabel de Valois, y del monarca hispano. Pero el intento de colocar en el trono de Francia a la hija predilecta de Felipe II no dio resultado, porque el Parlamento de París, celoso de sus prerrogativas legales, proclamó la vigencia de la Ley Sálica, que excluía tradicionalmente a las mujeres en la sucesión a la Corona.

Por desgracia para España, la flota de Drake atacó por sorpresa Cádiz en 1587 y los planes de invasión de Inglaterra se demoraron un año. Fue un retraso imprevisto que debilitó a la Liga y obligó a Enrique de Guisa a llegar a un acuerdo con la reina madre.

Malas noticias

La derrota de la Armada llevó aparejada la destrucción de la red que Mendoza mantenía en Inglaterra y supuso un fracaso para el embajador, que estaba mal informado del desarrollo de la empresa hispana en el Canal de La Mancha. Cuando, erróneamente, le llegaron nuevas del apresamiento de Drake, Mendoza encendió una hoguera y anunció la victoria delante de su embajada en París, pero su optimismo se desvaneció pronto, en cuanto fueron llegando las noticias verdaderas. Los informes de Mendoza levantaron falsas

expectativas que minaron la credibilidad del servicio secreto hispano, aunque las primeras noticias parecían alentadoras. Procedían, hasta bien entrado agosto de 1588, del embajador en Saboya, José Vázquez de Acuña (hermano de Martín, el espía en Constantinopla ejecutado por alta traición), que proporcionó al Consejo de Estado español informaciones muy alejadas de la realidad.

Las primeras noticias de la Gran Armada llegaron a París por medio de Isoardo Capello, agente del duque de Saboya, el 9 de agosto. Relataban que una semana antes la Armada había hundido quince barcos ingleses y apresado tres, pero el duque saboyano no dio mucho crédito a estas nuevas. Informaciones similares le llegaron a Mendoza el día 15 de agosto, y el embajador las remitió al embajador en Roma, el conde de Olivares. Poco después, el embajador Acuña, en Saboya, recibió una carta de Alejandro Farnesio. Contaba que había llegado a Flandes el capitán Ruy Tello de Guzmán con noticias alentadoras del duque de Medina Sidonia, capitán general de la Gran Armada, a finales de julio. Pero la ilusión se disipó cuando el 24 de agosto se recibió una carta (fechada doce días antes) en la que se decía que los tercios de Flandes seguían sin embarcar para el asalto a Inglaterra. Por tanto, el fracaso era evidente.

Cuando se tuvo constancia de lo sucedido, fue prioridad contar con la información que iba llegando desde Inglaterra e Irlanda, y el propio Felipe II ordenó a Mendoza que alertara a todos sus espías en los puertos británicos, sin excluir que se le enviaran los informes directamente a España, sin pasar por Mendoza u otros agentes.

Eran malas nuevas para España, a las que se añadían otras inquietantes que Mendoza recibía en Francia sobre los tratos secretos de la reina inglesa Isabel I con Enrique de Borbón, con el pretendiente portugués, el prior de Crato, y con el sultán de Marruecos, para coligarse contra Felipe II, además de dar apoyo a los corsarios que asaltaban los barcos españoles. En las cartas de Mendoza se ponía de manifiesto que cuanto más se aproximaba la reina de Inglaterra a Francia, los ultrajes hacia España iban siendo mayores. La reina prometió ayudar al prior de Crato contra España con armas y hombres, al tiempo que se recrudecían las persecuciones a los católicos en Inglaterra. Esta represión contribuyó a que aumentara la resistencia contra el gobierno anglicano mediante conspiraciones en las que participaron jesuitas procedentes de los seminarios de Douai y Reims, en Francia. Muchos de estos religiosos cruzaron el Canal de la Mancha para contribuir a derrocar a la soberana inglesa, conspirando en la sombra con católicos ingleses y nobles

descontentos. El resultado fue que, a medida que las relaciones con España fueron empeorando, los católicos ingleses se veían cada vez más acorralados, siendo en muchos casos torturados y ejecutados.

En la primavera de 1590, Enrique de Borbón y su ejército hugonote marcharon sobre París tras derrotar, en Ivry, a las tropas de la Liga, reforzadas por un contingente de los tercios de Alejandro Farnesio desde Flandes. La capital fue sitiada y sus habitantes conocieron los horrores del hambre. Ayudando a la resistencia, Mendoza alentó a los defensores y repartió dinero y comida a los desesperados ciudadanos, aunque sus enemigos difundirían la patraña de que el pan que el embajador distribuía estaba hecho con polvo de los huesos de los cementerios parisienses.

De acuerdo con las órdenes del rey Felipe II, Alejandro Farnesio entró en Francia en julio de 1590 y obligó a Enrique de Borbón a levantar el sitio de París en agosto, cuando Mendoza estaba ya casi ciego. Como los fondos de Felipe II no alcanzaban a solventar los gastos de la embajada, Mendoza empeñó su propia hacienda con los banqueros florentinos Martelli, especializados en sacar sustanciosas ganancias de los préstamos a grandes señores.

Farnesio volvió a entrar con su ejército en Francia en 1591 y 1592 para equilibrar la situación en favor del bando católico, pero Enrique de Borbón, viendo la ocasión propicia, anunció su conversión al catolicismo en 1593. En 1594 entró en París y se proclamó rey Enrique IV de Francia, tras dejar su más conocida frase a la posteridad: «París bien vale una misa».

La guarnición de mil doscientos hombres del ejército de Flandes que Felipe II mantenía en la capital francesa en apoyo de la Liga, abandonó sus cuarteles con honores militares, y con esta retirada se esfumaron las aspiraciones de consolidar definitivamente la hegemonía española sobre Francia.

La lucha secreta entre hugonotes y católicos arrastró a muchos personajes próximos a las altas esferas del gobierno francés. Informadores del espionaje hispano fueron grandes personajes, como los cardenales de Lorena y Touron; los duques de Guisa, Mercoeur y Nevers; el príncipe de Montpensier, además de un gran número de criados de la corte francesa, entre ellos Jerónimo Gondi, *valet de chambre* de Catalina de Médicis.

El dinero de los espías

Al igual que en todas las representaciones diplomáticas permanentes, Bernardino de Mendoza tenía a su cargo una asignación anual dedicada a «gastos extraordinarios» en la que se incluía, además del sueldo del embajador (unos seis mil escudos), los gastos dedicados al correo, las donaciones y las pensiones a exiliados católicos, los regalos a la familia real y el pago a espías en Inglaterra y Francia.

En el año de la Gran Armada, se calcula que Mendoza recibió en total unos quince mil escudos, de los cuales unos seis mil se dedicaron al pago de espías. Un mes antes de que zarpara la Armada, Mendoza rindió cuenta de los gastos extraordinarios de su embajada desde octubre del año anterior, que cubría el manejo de los fondos para la preparación de la empresa. Un desembolso que llegó en ese periodo a casi dieciocho mil escudos, de los que poco más de mil trescientos eran ajenos a labores de inteligencia. A esos se añadían otros mil escudos para una donación a unas monjas inglesas, y otros cuatro mil de sueldos. El resto, algo más de doce mil escudos, se emplearon en correos, pagos a espías y «entretenimientos» (subvenciones) a personajes influyentes ingleses y franceses. Entre los receptores de estas donaciones había personas involucradas en conspiraciones y acciones de espionaje, como Throckmorton, Thomas Morgan y Charles Paget.

La embajada de Mendoza en París fue la que más dinero gastó en espías a lo largo de todo el reinado de Felipe II, y la gestión de los gastos secretos estaba sujeta a la inspección de los contadores del Consejo de Hacienda, como Pedro Illán de Liébana y Luis de Alarcón, que a finales de 1593 investigaron las cuentas de Bernardino de Mendoza de su época de embajador en Londres y en París.

Los contables pusieron al descubierto importantes cantidades sin justificantes de pago. Mendoza aseguró que ese dinero había sido asignado al abono de espías ordenado en Madrid por el secretario del Consejo de Estado, pero se negó a mostrar las órdenes escritas aludiendo a que eran secretas. Solo lo haría, dijo, por mandato expreso de Felipe II.

Con minuciosidad fiscal, al año siguiente los veedores mencionados volvieron a pedir a Mendoza que justificase cien escudos mensuales que entregaba a un convento de clausura de las monjas inglesas de Sión en Ruán. El veterano embajador alegó que se trataba de un dinero que llegaba desde 1587, por órdenes de Martín de Idiáquez, como compensación por haber sido expulsadas de los Países Bajos y, aunque conservaba las cartas de pago, era imposible refrendarlas con la contabilidad de las monjas porque era un

convento de clausura. Al final, aunque no pudo justificar casi medio millón de maravedís, el rey mandó aprobar las cuentas.

Por su propia naturaleza opaca, los gastos de inteligencia, además de poder utilizarse de forma fraudulenta, estaban sujetos a acusaciones de índole personal o política. Carnicer y Marcos citan el caso de Martín de Córdoba, hijo del conde de Alcaudete, que en 1595 fue denunciado al rey por apropiarse de dinero perteneciente a la Hacienda Real. Una acusación que tenía el precedente de cuando Córdoba ocupaba la capitanía general de Orán, Tremecén y Mazalquivir, y los veedores de Hacienda le obligaron a devolver poco más de siete mil ducados que no había justificado debidamente. Una deuda que, como en el caso de Mendoza, el rey decidió condonar en reconocimiento a sus méritos.

De las discrepancias entre los agentes secretos y el fisco hay también un buen ejemplo en el caso de Jerónima Pasquier, viuda del representante diplomático oficioso en Londres Antonio de Guaras. Nacido en Tarazona y comerciante en Londres desde 1533, Guaras se vinculó pronto a la embajada española y participó en misiones de inteligencia. Cuando Guerau de Spes fue expulsado de Inglaterra, Guaras quedó como embajador oficioso de Felipe II. La situación se fue deteriorando tras unos años de relativa tranquilidad, y Guaras terminó siendo acusado de conspiración y espionaje, y encerrado en la Torre de Londres en 1577 durante más de año y medio, hasta que fue liberado gracias a los buenos oficios de Mendoza. Expulsado de Inglaterra en 1579, pasó a Francia y luego a España, donde murió en 1584, probablemente en Tarazona.

Al año siguiente, los contadores de Flandes detectaron una partida de gastos secretos de Guaras sin justificar, entre seis mil y siete mil escudos, y recomendaron a su viuda que fuese a la corte a dar las explicaciones pertinentes. Jerónima pedía que se anulara la inspección, ya que se trataba de una suma que su marido había empleado para gastos de espías y correos al servicio del rey. Ese dinero no se podía justificar, según la viuda, porque Guaras había quemado todos los papeles comprometedores en Londres, por orden de Juan de Idiáquez, poco antes de que lo encerraran en la Torre de Londres. Además, la mujer reclamaba cuarenta mil escudos que su marido había adelantado para gastos en la embajada y que nunca le habían devuelto, aunque la documentación que lo demostraba debía de tenerla Idiáquez. Una reclamación que perduró y se perdió en el tiempo.

Ciego en Madrid

Ya completamente ciego de cataratas, Mendoza volvió a Castilla en 1591 y compró casa en Madrid. La gente de la calle lo conocía como «el ciego que fue embajador en Francia». A lo largo de su vida fue un servidor leal del Estado al que tuvo que defender en tiempos críticos. Además de militar y diplomático, se sentía poeta y nunca abandonó las letras, igual que hizo Diego Hurtado de Mendoza, cuyos versos el embajador-espía releía con frecuencia.

Mendoza no tuvo descendencia conocida y, al fallecer, solo dejó una buena biblioteca en la que se guardaba algunos de sus libros sobre la historia de la rebelión en Flandes, como *Comentarios de la contienda en Flandes* y *Tratado sobre la teoría y práctica de la guerra*, así como una traducción de Justo Lipsio en latín, escrita poco antes de morir, que estaba dedicado a la nobleza española. Pero la mayor parte de su obra literaria se ha perdido. Solo se conservan unos trescientos versos, aunque su auténtica vocación de militar y diplomático quedó reflejada en la crónica histórica y sobre todo en las citadas reflexiones sobre el arte bélico, un libro que dedicó al príncipe Felipe III para que conociera la situación de una España rodeada de enemigos, que no podría subsistir sin luchar. Su admirado filósofo Justo Lipsio lo dejó escrito con rotundidad: «La patria, la libertad, los vasallos y aun los mismos reyes están debajo de la tutela y amparo de la virtud militar».

«Al final de mi vida he llegado —dictó al escribidor que le ayudaba— siendo hombre de poca riqueza, pero rico en lealtad, y eso me obligó a pechar contra la lepra de la corrupción, que todo lo estraga en la España de hoy y provoca el desánimo en los ejércitos, de suerte que se descompone del todo la disciplina militar».

A Mendoza, ya en la hora de la senectud, le abatió el fracaso de no haber podido salvar del patíbulo a María Estuardo y llegó a pensar que el rey Felipe II debería haber invadido Escocia, para impedir que los calvinistas exterminaran a los católicos de ese país.

Desde la lejanía que otorgaba la vejez, Mendoza revivió los secretos de Estado importantes que pasaron por sus manos y que no mencionó casi nunca. No le importó reconocer que fue uno de los que sugirió al rey que enviara a un asesino para matar a Guillermo de Orange —porque estaba convencido de que se lo tenía merecido por el daño que hizo a España en Flandes— y que nunca fue una persona flexible en materias de Estado o religión. También sabía que su carácter era orgulloso y poco dado a componendas, y que eso le

había convertido en un personaje incómodo y antipático en la corte de Londres, donde la hipocresía y las palabras falsas eran la regla común.

En cuanto a Francia, le hervía la sangre cuando pensaba lo cerca que estuvo España de asestar el golpe definitivo a su mayor enemigo en Europa.

Solo un punto faltó para acogotar a Francia —debió de pensar Mendoza— en aquel caos de guerra civil, pero en la historia las ocasiones solo suelen pasar una vez, y si no se atrapan, las cañas se vuelven lanzas y ya no hay remedio. Para reducir a Francia era preciso acabar con la facción hugonote y granjearse la Alianza con la combativa nobleza católica, pero Felipe II se empeñó sobre todo en maniobrar para dar el trono francés a su hija Isabel Clara Eugenia, algo que las circunstancias hacían muy difícil, no solo por ser ella princesa extranjera, sino por la Ley Sálica que regía en Francia desde la Edad Media y prohibía la Corona a las mujeres.

Viendo acercarse el final, Mendoza pasó lentamente sus días en el convento madrileño de San Bernardino, y al morir lo enterraran en la iglesia de Torija, en Guadalajara. En su sepultura todavía se conserva una lápida con una calavera esculpida y la frase en latín que guio los fracasos y los éxitos de su vida: «Ni temas, ni ambiciones».

Parte IV
Fronteras remotas

11
Rusia: En busca de Moscovia

El mensajero del zar

Los primeros contactos oficiales entre España y Rusia (Gran Ducado de Moscú) se remontan a 1519, cuando Carlos V notificó al gran duque Basilio III su ascensión al trono del Sacro Imperio Romano Germánico. Yakor Polushkin entregó la respuesta del gran duque ruso en Valladolid en 1523, por lo que se le considera el primer enviado oficial entre Rusia y España.

Otros dos legados, Ivan Zaikin-Yaroslavski y Semion Borisov, presentaron credenciales al emperador Carlos en 1525, y probablemente fueron ellos quienes llevaron las noticias del descubrimiento de América a Moscú. El primer embajador español en la corte imperial rusa fue Claudio Fernández Vigil de Quiñones, conde de Luna (1558-1563), quien, además, actuó como delegado del rey hispano en el Concilio de Trento.

El reinado del zar Alexey Mijaylovich (1645-1676) fue el prólogo a la época de las reformas económicas y sociales de su sucesor, el emperador Pedro I el Grande. Desde los tiempos de Iván el Terrible (1530-1584), y estimulada por el desarrollo interno, la antigua y semiasiática Moscovia ya buscaba con tenacidad abrir rutas comerciales en las tierras lejanas de Europa y Asia. A su vez, las naciones mercantiles más interesadas, como Inglaterra, Alemania, Suecia y Holanda, enviaron embajadas a Moscú para importar trigo, lino, cáñamo, madera, pieles, cuero y lana; un intercambio que abrió las puertas a las relaciones entre Rusia y el resto del mundo. Ya en el siglo XVI, tras los muros del Kremlin trabajaban artesanos, médicos, arquitectos e ingenieros alemanes, suecos e italianos.

En 1656, una legación rusa fue enviada a Venecia y Florencia; en 1668, otra presentó sus cartas credenciales a Luis XIV de Francia, y en 1674 visitó el Vaticano un plenipotenciario ruso. Entre estos viajes diplomáticos, el de más interés para las relaciones ruso-españolas fue la primera embajada rusa, en el año 1667, que dejó una relación detallada de su estancia en la corte de Madrid, incluyendo una descripción de España, país casi desconocido en la Rusia del siglo XVII.

La misión de Potemkin

La misión diplomática rusa en España estaba dirigida por el boyardo y mayordomo del zar Piotr Ivanovich Potemkin (1617-1700), persona muy acreditada en la corte moscovita. Durante la guerra ruso-polaca, que terminó en 1667, fue uno de los jefes más valorados del ejército ruso y, además de encabezar el viaje a España, Potemkin actuó de representante del zar en la corte de Francia (1668), de Austria (1674) y de Inglaterra (1681).

Potemkin compaginó su presencia en la corte rusa con el oficio de las armas. Alcanzó éxitos militares en la segunda guerra ruso-polaca (1654-1667), asedió y logró ocupar la ciudad de Lublin y combatió en la frontera del Neva y el lago Ládoga con Suecia entre 1656 y 1658. En 1670 fue enviado como diplomático Holanda, Francia e Italia, y dos años después se le encomendó una nueva misión para tratar del ajuste en las fronteras con Polonia. Se cree que murió en torno a 1700.

La orden de partir a España fue firmada, en junio de 1667, por el jefe de la diplomacia rusa, el boyardo Afanasy Ordin-Naschokin, que entregó a Potemkin una instrucción secreta. Además de detallar minuciosas indicaciones protocolarias, la instrucción proponía cuestiones políticas y comerciales, así como la necesidad de alcanzar la paz con Polonia y la exigencia de unir a los reyes y príncipes cristianos contra los turcos que ocupaban tierras del Imperio ruso. La nota subrayaba la necesidad de mantener secreta la negociación y pedía informar sobre las relaciones de Rusia con otros países, destacando las buenas relaciones existentes con Francia, Dinamarca, Suecia, el Imperio Habsburgo, Holanda y Persia, así como la enemistad con el sultán otomano y el *jan* tártaro de Crimea.

Lo que principalmente interesaba en la corte zarista era la posible participación de España en las negociaciones con Polonia y en la alianza contra el Imperio otomano, que mantenía en su poder a la ciudad de

Constantinopla, considerada por los zares herencia legítima e histórica de Bizancio. Así, provistos con esta instrucción, Potemkin, el secretario de la embajada Semen Rumianzov, siete boyardos miembros de la legación, un intérprete y tres escribanos, acompañados por un pope, salieron de Moscú y a fines de agosto de 1667 llegaron a la ciudad de Arcángel, el puerto principal del mar Blanco. Embarcados en un navío comercial, que partió repleto de caviar, el 4 de diciembre echaron el ancla en la rada de Cádiz.

Los primeros visitantes que acudieron a recibir a la embajada rusa fueron los capitanes de algunos navíos de guerra holandeses y el capitán español Antonio Mogita, representante de las autoridades gaditanas. Al día siguiente, tras ser agasajados a bordo del barco ruso, el corregidor de la ciudad, Martín de Seis, les propuso esperar en el Puerto de Santa María hasta recibir instrucciones de la corte española.

El 6 de diciembre, los enviados del zar solicitaron al duque de Medinaceli, capitán general de Andalucía, permiso para ir a Madrid, pero, al carecer de instrucciones reales, terminaron alojados en casa de un mercader holandés. Finalmente, el 9 de enero de 1667 los rusos emprendieron viaje desde Sevilla; pasaron por Carmona, Écija, Córdoba, Alcolea, Andújar, Linares, Consuegra y Mora, y llegaron a Toledo, ciudad que hallaron «muy grande, famosa y poblada». En Getafe acudió a recibirles el 27 de enero el conductor de embajadores Francisco de Lira, que les envió varios coches para llevarlos a la corte. Los enviados fueron objeto de la curiosidad de los madrileños, que se apostaron en la entrada de Madrid para ver a la «exótica» embajada. Siempre celosos de su dignidad y prestigio, los diplomáticos rusos preguntaron si la corte de España tenía por costumbre recibir a otros embajadores extranjeros sin guardia de honor, y solo se tranquilizaron con la explicación que les dio Francisco de Lira, que les dijo que «un tal modo de encuentros diplomáticos con guardia de honor nunca se practicaba en el reino».

Rusos en Madrid

Una vez en Madrid, los rusos se alojaron en una casa preparada especialmente, donde tuvieron a su servicio sesenta criados y otros tantos cocineros y pinches de cocina. La cena se sirvió en vajilla de plata y consistió en pescados, ensaladas, legumbres y confituras, y de bebida, aguardiente de canela, limonada, vino generoso y cerveza.

Las conversaciones de los embajadores con Lira a finales de febrero trataron sobre asuntos de Rusia, la casa real moscovita y las relaciones con el sultán de Turquía y el *jan* de Crimea. Los rusos se mostraron cautos, contestando a todo «según la instrucción recibida», y se interesaron por las relaciones españolas con el mundo musulmán. Con satisfacción observaron que no existía amistad entre España y Turquía, y que los navíos españoles combatían a las galeras turcas en el Mediterráneo.

En espera de ser recibidos por el rey, los diplomáticos moscovitas pasaron el tiempo sin salir apenas a la calle. Una tarde Potemkin notó la pérdida de una joya, una imagen de Nuestra Señora de Kazan, varios platos, vasos y botones de plata. El ladrón fue detenido por los criados de la casa y un tribunal lo condenó a muerte. Pero Potemkin pidió que le perdonaran la vida y lo enviaron siete años a galeras.

Fijada la audiencia real el día 7 de marzo, los embajadores conocieron el fallecimiento del rey Felipe IV y la poca edad de su sucesor, Carlos II. Cargados de presentes y regalos, los enviados rusos fueron recibidos en el Palacio Real. La reina regente, Mariana de Austria, mostró su agradecimiento por las hermosas pieles de cebellinas, armiños y zorros blancos que envió el zar moscovita y expresó sus sentimientos cordiales a la familia soberana rusa.

Terminada la recepción, y después de varios días de comilonas y agasajos, fue a verles el secretario de Negocios Exteriores, «don Gabriel», para pedir que se tradujera al latín la carta del zar, escrita en ruso. El 16 de marzo, los embajadores fueron informados de que la reina y los miembros del Consejo Real habían leído la carta y consideraron que la amistad entre los soberanos de ambos países sería de gran provecho para todo el mundo cristiano. Al día siguiente, Francisco de Lira preguntó si los embajadores rusos tenían algo más que discutir con el Consejo Real, a lo que Potemkin contestó afirmativamente, aunque a condición de obtener antes una segunda audiencia real, lo que suscitó un pequeño incidente diplomático por cuestión de protocolo.

Aunque el rey estaba ausente, la reina recibió en Palacio a los embajadores acompañada del marqués de Aitona y vestida con las cebellinas enviadas por el zar. En la recepción, Potemkin entregó un memorándum sobre las cuestiones que interesaban a la corte rusa, principalmente el comercio entre ambos países y las relaciones amistosas en el futuro. Unos días después, los rusos visitaron el Palacio del Buen Retiro y sus jardines, y el 19 de abril, la reina madre les dio autorización para negociar en España, a cambio de que

no se pusiera ningún obstáculo a los barcos comerciales españoles para visitar el puerto ruso de Arcángel, en el mar Blanco.

Regreso a Moscú

Una vez obtenida la respuesta real, los enviados rusos pidieron regresar a su patria, tras agradecer a la reina madre la espléndida recepción y el tratamiento de la corte. Sin embargo, al releer la carta, Potemkin descubrió algunos errores de protocolo respecto al título del zar, que se rectificaron con la ayuda de un fraile dominico. Los españoles intentaron convencer a los rusos de que era imposible traducir literalmente el texto latino al español, ya que la lengua castellana tenía su propia terminología diplomática. Finalmente, tras las correcciones necesarias, el desacuerdo se arregló satisfactoriamente.

A finales de mayo, Potemkin y Rumianzev distribuyeron regalos entre las personas de la corte que participaban en las negociaciones diplomáticas. Los presentes consistían en pieles de cebellinas, armiños y zorros, negros y blancos de Siberia, cosa muy rara y apreciada en Europa. El 7 de junio salieron de Madrid hacia la frontera francesa, con un séquito de caballeros de la corte.

Tras visitar El Escorial y atravesar la sierra de Guadarrama, pasaron por Valladolid, Burgos, Vitoria y Tolosa hasta llegar a Irún, siendo obsequiados en todo el viaje por las autoridades locales. Hechas las despedidas de rigor, la embajada con su séquito cruzó la frontera francesa y poco después presentaron sus cartas credenciales a Luis XIV. Luego regresaron a Rusia por la vía Calais-Roterdam-Amberes-Copenhague-Riga, y en Pskov, la primera ciudad rusa, enviaron sus informes a Moscú, dando por acabado su prolongado viaje diplomático.

Dadas las condiciones históricas de la época, este primer encuentro oficial de dos países tan alejados no dio resultados prácticos. España no estaba para muchas aventuras exteriores lejanas y el Imperio español amenazaba ruina con el valetudinario Carlos II. La casa de Austria hispana agonizaba, mientras otras cortes europeas planeaban el despojo de lo que solo unas décadas antes era todavía una gran potencia. Como afirma el historiador y diplomático Miguel Ángel Ochoa en su obra *Embajadas y embajadores en la historia de España*,

> … en todas las cortes de Europa bullía la intriga, la expectación. Se tramaban proyectos, se urdían planes de desgarro de la túnica, hasta entonces inconsútil, del enorme Imperio español […]. Lentamente moría el siglo y moría el rey […]. París y Viena tendían sus tentáculos en la antesala de un monarca enfermo, débil, más próximo al sepulcro que proclive a la negociación.

La inteligencia hispana, pendiente de otras cuestiones vitales, apenas prestó atención a las posibilidades geoestratégicas de Rusia, pero la embajada en Madrid supuso la manifestación de un país que se extendía más allá de los confines orientales de Europa y que deseaba una aproximación política y comercial con las grandes potencias.

Las diferencias idiomáticas, sociales, religiosas y geográficas no impidieron al séquito ruso extraer conclusiones bastante acertadas de la situación española en el momento del hundimiento histórico de la rama hispana de la casa de Austria.

Oro y cañones

En el informe sobre los asuntos de España presentado por la embajada de Potemkin a la cancillería de Rusia en 1668, los enviados rusos comunicaron al zar una serie de datos militares de indudable interés militar para Moscú.

> En esta tierra de Vizcaya fronteriza con Francia hay muchos soldados, porque siempre amenaza el peligro de los franceses. El rey de España no toma impuestos de esta tierra, porque están siempre preparados para la guerra sin sueldo, y nunca envían sus soldados a otras partes del reino, ni siquiera en tiempo de paz.
>
> En las otras ciudades fronterizas y en los grandes puertos marítimos tiene el rey de España muchos soldados y mucha munición (recoge el escrito).

En otra parte del informe se indicaba que el rey de España domina las Indias Occidentales, donde se hallan «muchas minas de oro y plata», riqueza que se «transporta por el océano cada año a Cádiz y a Sevilla»:

> Llevan el oro y la plata en barcos muy grandes en compañías de treinta navíos o más, y cada navío lleva sesenta o más cañones y entre 300 y 500 soldados, porque hay gran peligro para navíos de poca gente y munición al pasar por el océano, a causa de los piratas y las galeras turcas.

Lo más importante del informe no era tanto la exactitud de los datos, sino la prueba del permanente contacto que existía entre Rusia y los embajadores europeos occidentales como negociadores con intereses propios en el contexto internacional. Respecto al emperador Habsburgo, su mutuo afecto con el zar permitió a los enviados rusos calificar de «desmedidas» las relaciones de

parentesco entre ambos soberanos, y se mostraron críticos con la consanguinidad de existente en esa dinastía. En la Rusia anterior a Pedro I, el zar solía casarse con una mujer rusa de las familias más influyentes en la Duma (Parlamento). Hasta el final del siglo XVIII, Rusia no acabó de entender la relación entre ambas ramas de la casa de Austria y la consanguinidad dinástica les resultaba aberrante.

En lo que respecta al rey de Francia, los rusos se enteraron, a través de Francisco de Lira, de las causas de la Guerra de Devolución (1667-1668) y del Tratado de Aquisgrán, y se mostraron escépticos con esa paz, sin dejar de percibir la mala situación de una monarquía otrora enormemente poderosa, pero ya debilitada y amenazada por las presiones del rey francés Luis XIV.

Interesante resulta también la opinión de los enviados rusos sobre la causa principal que movió a Portugal a independizarse de España: la rivalidad por el comercio de las Indias Orientales.

Viena, entre Madrid y Moscú

Existen relatos viajeros de diplomáticos y mercaderes occidentales sobre Rusia durante el reinado del zar Iván IV el Terrible. Uno de ellos es el informe diplomático de Hans Kobenz, embajador de Maximiliano II ante la corte rusa para proponer una alianza entre el emperador, el papa y el rey de España contra del Imperio otomano. España empezaba a vislumbrar en el gran ducado de Moscovia una alternativa política y económica a Turquía y al monopolio comercial portugués en la ruta de la India, al tiempo que Rusia necesitaba aliarse contra el Imperio otomano y sacudirse el dominio livonio y hanseático del mar Báltico.

Aunque las relaciones entre Rusia y la casa de Austria habían comenzado en época el emperador Federico III y se habían mantenido con embajadas extraordinarias en tiempos de Maximiliano I y Carlos V, no fueron consideradas relaciones diplomáticas hispano-rusas hasta el reinado de Felipe II, que se valió de su condición de Habsburgo, dinastía ligada tradicionalmente a Rusia, para iniciar las comunicaciones. La pugna entre las potencias septentrionales afectaba al Imperio Habsburgo en lo económico, pero también en el ámbito militar. El apoyo español frente al avance turco en

Hungría era necesario para Rusia y fue en este contexto como empezó el contacto indirecto entre Felipe II y la gran potencia del oriente de Europa.

Durante la segunda mitad del siglo XVI, Rusia desempeñó un papel fundamental para las potencias comerciales occidentales que buscaban debilitar el monopolio hispano-portugués de ultramar y alcanzar una ruta marítima alternativa con Persia y Oriente. Así, los mercaderes armenios fueron mediadores muy importantes en el comercio con Rusia que llevaban a cabo en el Báltico los Países Bajos, Viena y las ciudades alemanas.

Felipe II heredó el sistema de información de su padre Carlos V y procuró ganarse a los consejeros de la corte imperial austriaca a través de su embajador y de su hermana, la princesa María. El papel del monarca como coordinador de esa información diplomática actuaba como nódulo principal de una compleja red de clientes y embajadores que le permitía conectar directamente a Madrid con Moscú.

Las razones por las que Felipe II se fijó en Moscovia tenían que ver, sobre todo, por la amenaza otomana, la rebelión de los Países Bajos y las elecciones al trono polaco tras la muerte de Segismundo II. El servicio de inteligencia que Felipe II utilizaba con sus embajadores en Viena y en Roma obtenía información a través de una red de servicios secretos ligada al patronazgo regio, pero no llegó a configurar una organización autónoma, sino que se mantuvo encajada en el organigrama político general de la Monarquía Hispánica.

Los extranjeros, dedicados en su mayoría al comercio, constituían un importante canal de información para Felipe II en las fronteras europeas de Rusia. Por su condición de observadores e informadores, estos extranjeros solían dominar lenguas que los propios diplomáticos desconocían. Formaban parte de los «servicios secretos», pero no pertenecían a ninguna «organización» estatal de espionaje. En un tiempo en el que no existían medios de comunicación que permitieran un flujo regular de información, las casas comerciales disponían de esos canales que llegaban a los gobiernos por medio de agentes situados en lugares que coincidían con los centros de decisión política y militar.

12
En los dominios del *Shah*

Durante el siglo XVI, España carecía de intereses vitales en Asia Menor y el Mediterráneo oriental. Aun así, la necesidad de combatir a Turquía movió a España a buscar una alianza con el Imperio persa para refrenar la pujanza otomana en esas remotas regiones, aunque sin involucrarse apenas en acciones armadas por considerarlas demasiado ajenas a la Corona hispana.

En lo referente a Turquía, frente a la actitud contemporizadora de Venecia y el Imperio Habsburgo en el terreno religioso y de Francia en el aspecto político, España se mantuvo enemiga de la Sublime Puerta hasta las treguas conseguidas por Felipe II desde 1578, que, como ya vimos, apaciguaron el enfrentamiento en el escenario bélico mediterráneo. Por otra parte, en el impulso misionero que siguió al Concilio de Trento, los religiosos españoles y portugueses desempeñaron un papel destacado y contaron con apoyo del Vaticano. Eso puso a España en contacto con comunidades religiosas e Iglesias cristianas orientales no católicas, como la georgiana, la armenia, la caldea y otras, que depositaron sus esperanzas en el poder hispano para liberarse del dominio turco.

Persia, una alianza esquiva

Las relaciones entre España y el Imperio persa, iniciadas a principios del siglo XV, se intensificaron a partir de la conquista otomana de Constantinopla y la pérdida de territorios venecianos en el Egeo y el mar Adriático.

Venecia, que tenía importantes intereses económicos en el Mediterráneo oriental, el mar Negro y Asia Menor, se adelantó en enviar embajadores,

como Lázaro Querini y Caterino Zeno, a la corte del rey persa Uzún Hasán y, cuando los persas solicitaron con urgencia armas contra los turcos, la Serenísima veneciana encargó esa misión a Josafat Barbaro (1413-1494) y a Ambrosio Contarini (1429-1499).

A principios del siglo XVI llegaron a España noticias del *shah* Ismail en una carta que el italiano Pedro Martín de Anglería envió en julio de 1501 a su amigo Pedro Fajardo, marqués de Los Vélez. Escribió que se trataba de «un rey de Persia que deseaba desafiar a todos los príncipes del mundo». Poco después, Anglería fue enviado como embajador a Egipto, gobernado entonces por los mamelucos, en un intento de averiguar algo más sobre el *shah* Ismail y la dinastía persa de los safávidas.

Por entonces también llegaron a la corte española noticias confusas que difundieron la fantástica idea de un gran rey en tierras persas convertido al cristianismo al que se dio el nombre de Preste Juan. Una fantasía recurrente durante largo tiempo, que en las primeras décadas del siglo XVI se avivó con la embajada de Ludovico de Vartheme, que viajó a Persia en 1504 y publicó en Roma sus memorias, impresas en España en 1520. El interés que suscitó esta obra aumentó con el libro de Martín Fernández de Figueroa titulado *Tratado de la conquista de las islas de Persia y Arabia*, editado por Juan Agüero de Trasmiera, donde Fernández cuenta lo que ha visto en el Golfo Pérsico y en la India cuando estuvo en el ejército del rey Manuel I de Portugal.

Las embajadas que Venecia y el Papado habían enviado a Persia, la expansión de los portugueses en Oriente y las victorias del *shah* Ismail sobre los otomanos redoblaron el interés en la corte española por los asuntos persas, en especial cuando llegaron noticias sobre las victorias turcas del sultán Selim I en Persia, Egipto y Siria, entre 1514 y 1517, que infundieron alarma y curiosidad en algunas naciones europeas.

Volcados en la guerra contra el poder turco, los persas sufrieron, en agosto de 1514, una dura derrota en Calderan —cerca de la frontera norte de Irán y Azerbaiyán—, que alcanzó repercusión en la Cristiandad mediterránea y suscitó el interés por saber qué estaba pasando en las fronteras orientales otomanas. Como consecuencia de estas victorias turcas, el papa León X propuso al rey Fernando el Católico una alianza con el *shah* Ismail contra los otomanos, que apenas tuvo repercusión en el mundo cristiano. Ismail escribió al emperador Habsburgo y al rey Luis II de Hungría en demanda de socorro, pero no recibió respuesta y el *shah* se vio obligado a negociar la paz con el sultán Selim I.

Años después, para compensar la alianza entre Francisco I de Francia y Solimán el Magnífico, que alteró la correlación de fuerzas en el Occidente de Europa, el emperador Carlos V se planteó un acercamiento a la dinastía persa de los safávidas, una idea que tenía precedente en el rey Luis II de Hungría, antes de ser derrotado y muerto en la batalla de Mohacs, cuando intentó detener la marea otomana en Centroeuropa.

En julio de 1524, Martín de Salinas, embajador del archiduque Francisco Fernando de Austria, tuvo noticia de la llegada de un emisario del *shah* Ismail a la corte del emperador Carlos V en Burgos, con una propuesta de alianza contra los turcos, que tampoco obtuvo resultados ante la imposibilidad de entablar alianzas remotas en momentos de confrontación con Francia.

En noviembre de 1528, otro embajador de la corte austriaca, Gabriel Sánchez, se entrevistó con el emperador Carlos para urgir un acuerdo con los safávidas. La insistencia en esta alianza motivó la decisión de enviar a Persia a Jean de Balbi, un noble saboyano caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, que viajaba acompañado de Robert Bransetur, un mercader inglés. Tras llegar a Bagdad, ambos fueron recibidos, en 1530, por el *shah* Tahmasp en Jorasán, donde se encontraba combatiendo contra el ejército uzbeko, y desde allí emprendieron el regreso a España. Balbi murió en una emboscada en 1531, cuando estaba en la India, y Bransetur decidió regresar a Portugal vía Goa. Llegó a Lisboa en 1532 con una carta del *shah* que entregó a Carlos V, lo que levantó rumores de una posible intervención militar del emperador en el Golfo Pérsico. Un año más tarde, a Carlos V le llegó la noticia de que Tahmasp había obtenido una gran victoria contra los turcos, pero la realidad era que estos, en 1534, conquistaron Bagdad y algunas ciudades chiítas, como Nayaf y Kerbala, según recogen algunas crónicas españolas.

La importancia del juego diplomático y militar entre el Imperio persa y una posible alianza cristiana contra los turcos quedó reflejada en una crónica del marqués de Santa Cruz, que ponía de manifiesto las dudas que tenía el sultán Solimán el Magnífico entre continuar la expansión otomana en el Mediterráneo —idea que apoyaba Jairedín Barbarroja— o emprender la guerra contra el Imperio safávida. El interrogante se resolvió con la ofensiva turco-berberisca hacia el oeste, ya que la Sublime Puerta no podía guerrear en dos frentes de tal envergadura.

La posible participación de fuerzas militares españolas en el ejército del *shah* Tahmasp aparece de nuevo en los relatos castellanos. Por el cronista Francisco López de Gómara sabemos que en 1534 el *shah* Tahmasp disponía

en su ejército de artilleros y cañones españoles que le habían sido enviados para combatir a los turcos.

En busca del shah

A partir de 1540, el Imperio otomano acentuó su presión en el Mediterráneo y Centroeuropa con la victoria naval turca de Préveza (1538), el estrepitoso fracaso de Carlos V en Argel (1541), la ocupación de Hungría (1543), la captura de Trípoli (1551), el saqueo de Menorca (1558) y la grave derrota española en la isla tunecina de Yerba (1560).

Las conquistas otomanas de territorios en Europa, África y amplias zonas del Imperio safávida alteraron radicalmente la correlación de fuerzas en favor de Turquía, y el *shah* Tahmasp, tras treinta años de enfrentamientos bélicos, se vio forzado a sellar la paz de Amasya, en 1555, que produjo importantes cambios en las relaciones hispano-persas.

Felipe II y el papa Pío IV decidieron, en 1558, enviar a la corte iraní a Michel Cernovia, traductor veneciano y representante del Imperio Habsburgo y España, aunque finalmente la elección de embajador recayó en el flamenco Ogier Ghiselin de Busbecq, quien no llegó a viajar a Persia porque pasó largo tiempo en Constantinopla negociando con Solimán la disputada frontera de Transilvania. La situación se mantuvo hasta que en 1561 el acuerdo entre los otomanos y el emperador Fernando I se rompió y los turcos continuaron sus devastadoras incursiones en suelo húngaro.

Después de la muerte de Solimán el Magnífico en 1566, Felipe II ordenó a Alonso de Tovar, su embajador en Lisboa, que enviara otra embajada a Persia para averiguar si el *shah* Tahmasp estaba dispuesto a quebrantar el tratado de paz de Amasya, poniendo así coto al empuje de los otomanos en Europa. Sin embargo, el viaje nunca se realizó porque los acontecimientos bélicos se precipitaron. En 1571 la flota cristiana derrotó a la turca en Lepanto y se reavivó el proyecto de enviar una embajada al *shah* para informarle de la derrota otomana y preparar una alianza con el monarca safávida. La iniciativa se frustró al morir Tahmasp en 1576, ocasión que los turcos aprovecharon para invadir importantes regiones de Persia. Estas conquistas en Oriente proporcionaron un respiro al empuje otomano en Europa y el Mediterráneo y facilitaron el acercamiento de Felipe II al sultán Murat III.

Al comenzar la década de 1580, la necesidad de alcanzar una tregua con los otomanos —negociada por el enviado Giovanni Margliani en

Constantinopla, y mencionada anteriormente— era cada vez más urgente, ya que Felipe II debía hacer frente a otros asuntos muy importantes para España, como la anexión de Portugal y la guerra en Flandes. Aun así, una vez proclamado rey de Portugal, los contactos de Felipe II con el Imperio safávida entraron en una fase mucho más activa.

En 1581, Francisco de Mascarenhas fue nombrado virrey de la India para intentar, una vez más, fijar una la alianza con los safávidas contra Turquía, poco después de que el virrey de Nápoles, Íñigo López de Mendoza, enviara un ofrecimiento de amistad a Felipe II a través del mensajero armenio Joan Baptista y de un emisario persa.

Baptista regresó a Europa vía Goa y el virrey de la India aprovechó la presencia del fraile Simón de Morais, que había viajado recientemente a Ormuz y era muy entendido en asuntos de Persia, para volver a entrevistarse con el *shah* y entregarle una carta de Felipe II.

A esta misiva del rey de España siguieron otras en 1594 y 1596, dirigidas al nuevo *shah*, Abbas I el Grande, reiterando los deseos de alianza con los safávidas, hasta que, al morir Felipe II en 1598, las relaciones diplomáticas hispano-persas iniciaron un nuevo rumbo.

Hasta entonces, la política de alianzas entre Francia y Turquía era un modo de atacar a la Corona hispana y sus rutas comerciales con acciones corsarias, lo que beneficiaba a otros países, como Holanda o Inglaterra. En este contexto de alianzas y estrategias —señala el historiador Nazanim Mehrad en *Relación diplomática entre la Persia safávida y la España de Felipe III*— se articularon las relaciones entre Abbas y Felipe III. El *shah* Abbas llegó al poder tras derrocar a su padre y, durante su mandato, Persia consiguió una cierta estabilidad política, lo que le permitió buscar alianzas en el terreno internacional para contrarrestar la presión del Imperio otomano. Una vez lograda la paz con Turquía en 1590, Abbas decidió reanudar las relaciones con los países europeos y con ese objetivo estableció la capital en Isfahán, el gran centro comercial del Imperio persa.

Con la llegada de mercaderes y artesanos de otras naciones llegaron también las órdenes religiosas españolas y portuguesas, que proporcionaron un buen caudal de información a la inteligencia hispana para estar al tanto de lo que sucedía en el alejado Imperio oriental. La Monarquía Hispánica —como indica García Hernán—, junto con el Papado de Roma, preparó entonces una estrategia en tres frentes para detener el avance otomano. El primero, en Centroeuropa, donde el Imperio austriaco de los Habsburgo libraba una larga guerra contra los turcos. El segundo, en el Mediterráneo,

reforzando las defensas de Nápoles, Sicilia y las plazas españolas norteafricanas. Y el tercero, en los territorios portugueses del océano Índico y la Persia safávida.

En este plan estratégico resultaron muy valiosas las informaciones procedentes de los religiosos, que dieron paso a embajadas oficiales, y, de hecho, fue la Compañía de Jesús la encargada de asentar definitivamente una misión católica en los dominios del Imperio persa. Algo que no agradó a los frailes agustinos, que habían sido los primeros en llegar a Ormuz en 1571 y se consideraban con más derecho a la prédica en esas tierras.

A todo esto, en 1598 se presentó en la corte del *shah* Abbas el inglés Anthony Sherley, que convenció al soberano persa de los beneficios que reportaría enviar una embajada y establecer relaciones con Europa. La misión persa —que incluía a Sherley, al persa Hossein Ali Beg y al agustino Nicolás Melo— viajó hacia Europa en abril de 1599 y en su recorrido pasó por Praga, Roma y Valladolid, ciudad esta última donde entonces estaba la corte del monarca hispano. Llegó a la capital castellana en agosto de 1601, tras un viaje muy accidentado, siguiendo la ruta de Moscú y el puerto ruso de Arcángel.

El persa Hossein fue muy bien recibido en la corte española. El relato del viaje se conoce por las *Relaciones* que Oruj Beg Bayat, conocido como «don Juan de Persia», escribió cuando llegó a Valladolid. Algunos de los funcionarios persas que acompañaban a Hossein se convirtieron al catolicismo apadrinados por el rey Felipe III y su esposa, Margarita de Austria. Entre los convertidos estaba el citado don Juan de Persia y un tal «don Diego», que alcanzó cierto predicamento en la corte española y llegó a ingresar en la Orden de Santiago, aunque se difuminaron como grupo influyente en las relaciones de España con la corte safávida.

Desde Valladolid, Hossein viajó a Lisboa y regresó por barco a Persia, aunque Felipe III no envió con el mensajero persa ninguna embajada de vuelta. Un poco más tarde, en 1602, cuando Hossein ya había llegado su destino, el monarca español mandó una delegación de agustinos procedentes de Goa a la corte persa para pedir al *shah* que continuara combatiendo a los turcos, algo que Abbas llevó a cabo en 1603 con apoyo de la Corona hispana. Pero en los planes de Felipe III no había intención de entablar guerra directa con el Imperio otomano, lo que enfrió las relaciones del *shah* con el monarca español. Abbas esperaba que esa alianza con los europeos le ayudase a derrotar a su gran enemigo, el Imperio otomano, que en el pasado había arrebatado a Persia extensos territorios en Armenia, Kurdistán, Azerbaiyán, Luristán y algunas partes de Georgia, pero, como señala el mencionado

historiador Nazanim Mehrad, la estrategia de la Monarquía Hispánica se limitaba a concretar una alianza con Abbas mientras los persas siguieran combatiendo a los otomanos y se protegiera la navegación cristiana en el Mediterráneo oriental.

Por otro lado, pese a que la Monarquía Hispánica no deseaba en ese momento guerrear contra los turcos, el *shah* facilitó el establecimiento de órdenes católicas para favorecer los lazos con Europa, aunque se opuso a cualquier intento de conversión. La rama musulmana del chiismo se consideraba íntimamente ligada en lo político a la dinastía safávida, y una expansión del catolicismo habría socavado la estabilidad del Imperio persa. Aunque Abbas era hijo y marido de mujeres cristianas, tenía muy claro que el islam chiita era la religión oficial del país y el sello de identidad de su estirpe dinástica.

Cuando, en 1606, el emperador Habsburgo firmó una tregua de larga duración con los otomanos y quedó claro que Felipe III no apoyaría militarmente a Persia, las relaciones hispano-persas se deterioraron. El *shah* ordenó entonces expulsar a los religiosos católicos y, con la ayuda de agentes de países protestantes, tomó en 1622 la isla fortificada de Ormuz, desde donde los religiosos católicos desarrollaban principalmente su actividad.

Otra misión enviada por el *shah* llegó a España en 1611 con el mercader armenio Kaja Safar como agente de Abbas. Safar había estado en Venecia en enero de 1610 para intentar recuperar un cargamento de seda incautado por los venecianos y los turcos, y actuaba como mensajero del *shah* con el encargo de proponer un frente común de naciones cristianas contra los otomanos.

Agente importante también de la Corona hispana fue el misionero agustino portugués Antonio de Gouvea que visitó por vez primera Persia en 1602. Siguiendo instrucciones del virrey y el arzopispo de Goa, Gouvea partió con una misión de su orden religiosa para entregar una carta de Felipe III al *shah* Abbas, en respuesta a la embajada del inglés Anthony Sherley y Hossein Ali Beg a Europa en 1599. El mensaje trataba de convencer al soberano safávida de que la Corona hispana intentaba apoyar la lucha contra los otomanos. Los agustinos se entrevistaron con el *shah* en Jorasán, cuando estaba en esa región guerreando con los uzbekos, y meses después viajaron a Isfahan acompañando a Abbas. Allí obtuvieron permiso para construir una iglesia, pero el *shah* desconfió de las intenciones de Portugal, que seguía ocupando Ormuz y planeaba capturar la isla de Bahréin, en el Golfo Pérsico.

Gouvea fue enviado nuevamente a la corte safávida en 1608 con una carta de Felipe III en la que se felicitaba al *shah* por sus victorias contra los turcos y, un año después, Abbas volvió a mandar al agustino a Europa con la tarea secreta de convencer a España y al papa para combatir contra los otomanos. El portugués llegó a Madrid en 1611, y después de un cúmulo de malentendidos por un cargamento de seda persa, mencionado anteriormente, regresó a Isfahan, actuando ya abiertamente como informante de la Monarquía Católica.

En el curso de sus viajes de ida y vuelta entre Persia y Madrid, Gouvea escribió las *Relaciones*, libro en el que aporta una amplia referencia sobre el Imperio persa y las guerras de los safávidas, detallando muchos asuntos militares que proporcionaron a España un enfoque objetivo de la situación en un territorio que actuaba de muralla en la expansión turca hacia Oriente y la India.

El embajador García de Silva y Figueroa

Tras la estancia en Madrid, la delegación persa de Gouvea embarcó en Lisboa en abril de 1614 para volver a Persia vía Goa. En la delegación iba García de Silva y Figueroa (1550-1624), el primer embajador con rango diplomático enviado por la Corona hispana a Persia. Su misión era triple: impedir que Abbas se apoderase de los enclaves portugueses en el Golfo Pérsico, comerciar en la Ruta de la Seda y mantener vigente la vieja aspiración de alianza contra los otomanos, nunca concretada.

El diplomático y agente Silva y Figueroa había servido a Felipe II en Flandes y, tras ser nombrado gobernador en Badajoz, fue enviado por Felipe III en 1614 a la corte del *shah* Abbas. Sin embargo, el viaje se demoró más de lo previsto y el delegado real, retenido en Goa durante tres años, no llegó a Persia hasta octubre de 1617.

Durante los años que Silva y Figueroa permaneció en esa corte trabajó intensamente en asuntos relacionados con el enfrentamiento entre safávidas y otomanos y el control de la isla fortificada de Ormuz, en poder de los portugueses. A su regreso a España, además de adquirir una valiosa colección de objetos de arte, Figueroa hizo un buen acopio de información secreta sobre la corte de Abbas y la situación política y militar en esas tierras, y dejó un relato de su misión, editado en Francia en 1667, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.

El relato contiene información histórica, etnográfica y geográfica, incluyendo la descripción de ciudades hasta entonces desconocidas en España, como Shiraz, Quom o Kasan, así como sobre algunas comunidades no musulmanas, como los zoroastrianos, adoradores del fuego y sus prácticas funerarias. También dejó una descripción muy precisa de Persépolis y realizó una copia de sus inscripciones cuneiformes que, por desgracia, se ha perdido. Además, escribió un relato, basado en fuentes persas, de la victoria de Tamerlán en Ankara sobre el sultán Bayazid, que alcanzó gran repercusión en Europa.

Figueroa dejó Persia en 1619 y se entrevistó por primera vez con el *shah* en Qazvín en 1618, pero su embajada no tuvo mucho éxito. En esos momentos, Abbas estaba más interesado recuperar el enclave portugués de Ormuz en el Golfo Pérsico, con ayuda inglesa, que en combatir a los otomanos.

El comerciante y agente británico Robert Sherley había llegado a Isfahan en 1615 y propuso al *shah* bloquear el comercio de la seda en el Imperio otomano. En esto intervino el carmelita español fray Juan Tadeo de San Eliseo, que consiguió instalar en Ormuz el centro del negocio de la seda y propuso a Felipe III hacer de intermediario del comercio de este producto con España y el resto de Europa. Abbas dio su aprobación y, para cerrar el trato, envió de embajador a Sherley con el fraile Redentor de la Cruz de acompañante. Ambos partieron de Isfahan en septiembre de 1615 y llegaron a Lisboa en septiembre de 1617. En la corte de Madrid no se fiaban de las verdaderas intenciones de Sherley y las sospechas se evidenciaron cuando el *shah* Abbas cambió de planes: en lugar de abrir una nueva ruta de la seda desde Ormuz, lo que en realidad deseaba era apoderarse del estratégico emplazamiento portugués y, siguiendo el consejo de Sherley, controlar por cuenta propia el tráfico de la seda en el Golfo Pérsico.

Los recelos de Madrid aumentaron con la llegada a Lisboa de fray Melchor de los Ángeles, quien informó de que un embajador inglés recomendado por Sherley estaba ya en Isfahan. Se trataba de Edward Connock, que fue recibido por el *shah* en julio de 1616. El resultado del encuentro se concretó en un acuerdo comercial. El informe del fraile revelaba también que los ingleses querían construir una fortaleza en el Golfo Pérsico y que ofrecían ayuda militar al *shah* para conquistar Ormuz. Cuando esto llegó a oídos del Consejo de Estado español, se prohibió la estancia de Robert Sherley en Madrid, aunque sí se le permitió enviar los documentos que el *shah* remitía a Felipe III.

El sacerdote inglés Creswell fue el encargado de entregar al secretario del rey, Antonio de Aróstegui, una copia de las cartas que Sherley llevaba al monarca. En marzo de 1618, el Consejo de Portugal envió a Felipe III una detallada versión de la carta de Abbas, en la que proponía cerrar el mar Rojo a los otomanos y sellar un acuerdo para comerciar la seda en Ormuz como principal centro distribuidor. En compensación, el *shah* ofrecía a la Monarquía Hispánica la fortaleza y el puerto de Comorao (actual Bandar Abbas en Irán).

El Consejo de Estado despachó entonces una respuesta al *shah* en un intento de ganar tiempo para impedir el acuerdo anglo-persa, y propuso que la comercialización de la seda se hiciera desde Goa. La propuesta de Abbas cayó en el vacío cuando Persia conquistó la isla de Qeshm (Bahréin) en febrero de 1619, y el *shah* informó a Silva Figueroa de que el anterior acuerdo sobre la seda estaba ya cerrado porque había firmado la paz con los otomanos. Al conocer la noticia, el Consejo de Estado envió al *shah* un mensaje urgente, mediante fray Redentor de la Cruz, reafirmando la amistad de la Corona hispana. Sin embargo, el fraile murió en el viaje cuando en abril de 1619 navegaba en la flota hispano-portuguesa que defendía Ormuz.

En 1621, otra flota enviada desde Lisboa recuperó la isla de Qeshm, de gran importancia estratégica por disponer de pozos de agua en el Golfo Pérsico, aunque en febrero de 1622 Abbas volvió a recuperarla con apoyo inglés. Las tropas persas mandadas por el gobernador de Shiraz y ayudadas por la Compañía Inglesa de la India Oriental desembarcaron en Ormuz y la guarnición se rindió el 1 de mayo de 1622, cuando hacía más de un año que Felipe III había muerto y no había ningún embajador hispano en la corte safávida.

Después de 1622 ya no hubo relaciones diplomáticas entre España y Persia, pero se mantuvo la presencia de misioneros y los portugueses continuaron ocupando en el Golfo Pérsico la ciudad portuaria de Kong y la fortaleza de Moscate, conquistada finalmente por los omaníes en 1650.

El *shah* Abbas fue un personaje astuto que dio un gran impulso al comercio y las artes. Provisto de un gran espíritu práctico, se dio cuenta de que tolerar las órdenes religiosas como los carmelitas, los jesuitas, los capuchinos o los agustinos, mejoraría el comercio y las relaciones diplomáticas con Europa. A su vez, estas órdenes, asentadas en el Imperio safávida, proporcionaron a la Corona hispana inteligencia secreta de primera mano sobre los entresijos políticos y militares de la corte persa, una

información muy útil en la política de contención del Imperio otomano, obligado a combatir en el frente mediterráneo y en Persia.

Al romperse la «Unión Ibérica» con la secesión de Portugal en 1640, los intereses territoriales y comerciales españoles se redirigieron hacia Filipinas y América. El cierre de las relaciones hispano-persas lo puso en 1670 el jesuita Pedro Cubero, que escribió una relación de su viaje a través del Imperio persa durante el reinado del *shah* Suleyman, en lo que fue la última referencia en el siglo XVII de la presencia hispana en la corte de la dinastía safávida.

En tierras de Armenia

Tras la muerte del *shah* Tahmasp en 1576, Persia entró en un periodo turbulento que el Imperio otomano aprovechó para conquistar territorios fronterizos. Las luchas prosiguieron entre ambas potencias con desigual suerte, hasta que se llegó a una especie de equilibrio estratégico en la región.

La expansión rusa, con la conquista de Astracán, en la desembocadura del Volga, que los otomanos intentaron recuperar sin éxito en 1569, debilitó el control turco de los territorios transcaucásicos y favoreció los contactos de España con la Cristiandad oriental. Pero las diferencias doctrinales entre las diferentes iglesias imposibilitaron establecer un frente común contra la dominación otomana, lo que hizo desconfiar a España a la hora de emprender acciones conjuntas de largo alcance. A esto se añadían las tremendas dificultades en lo relativo a las comunicaciones y vías comerciales. Los viajes desde Europa a Georgia o Armenia duraban meses e incluso años, y el desgobierno político en esos países convertían la posible alianza antiotomana en una fantasía.

Hasta el inicio del siglo XVI, los contactos españoles con Armenia fueron prácticamente inexistentes, aunque hay noticia de cartas cruzadas entre el cardenal Granvela, consejero de Carlos V, y el patriarca armenio de Echmiadzin en 1551, encaminadas a implicar a España en la guerra turco-persa. A estos mensajes se añadieron otros del arzobispo Makario de Heraclea-Pelagonia y de un rey georgiano por medio del patriarca de Constantinopla, solicitando ayuda para luchar contra los turcos. Otro arzobispo llamado Alejandro actuó de emisario del rey armenio Simeón I de

Kartli y sabemos que en 1588, disfrazado de mercader, hizo llegar importantes mensajes a los príncipes cristianos europeos.

En cualquier caso, en la década de 1590, el interés político de Felipe II ya no estaba centrado en Turquía, sino en Inglaterra, sobre todo después de la fallida empresa de la Gran Armada. Como señala la profesora eslavista Marina Asunción Egea Fernández, como los reinos y principados de Georgia no podían prestar ayuda a Felipe II contra Inglaterra, el monarca respondió a Simeón I con ambigüedad, a pesar de que pidió a sus embajadores en Roma y Praga que hablaran al papa en favor de los enviados georgianos. Para el rey hispano, una vez negociada la paz con el Turco, ya no resultaba ventajoso intervenir en el conflicto entre Persia y el Imperio otomano, aunque no dejó de ayudar a su sobrino, el emperador Rodolfo II, en la protección de las fronteras orientales del Imperio Habsburgo. Intervenir en la guerra turco-persa hubiera supuesto a Felipe II un gasto enorme y le habría obligado a defender las posesiones portuguesas en Ormuz y el océano Índico, cuando tanto el *shah* de Persia como el sultán turco tenían ya vinculaciones comerciales sólidas con Inglaterra. Los mercaderes y agentes diplomáticos ingleses actuaban en secreto, llevando información de sus viajes a Rusia y a Londres. En Moscú, los británicos tenían establecida una compañía, la Muscovy Company, que actuaba *de facto* como embajada y buscaba abrir el comercio desde la capital rusa a Oriente Próximo a través del Volga y el mar Caspio.

La información que obtenían los ingleses de esta valiosa red de contactos comerciales privados era utilizada también por el gobierno británico en su apoyo a los rebeldes holandeses que combatían contra España. No obstante, Felipe II nunca dejó de estar al tanto de los conflictos bélicos entre Persia, Turquía y los principados georgianos, ni tampoco abandonó el proyecto de debilitar a Turquía en sus fronteras orientales, aprovechando los enfrentamientos de Persia y Georgia con la Sublime Puerta.

En 1594, el rey Felipe II ordenó al virrey de la India, Matías de Alburquerque, que enviara una embajada al *shah* Abbas para iniciar relaciones diplomáticas. Dos años después, a instancias del virrey, fue enviado el obispo de Goa, Alejo de Meneses, como embajador a Ispahán (actual Irán). Este interés pone de manifiesto la intención de Felipe II de fomentar la rivalidad con Turquía al tiempo que, como rey de Portugal, mantenía las relaciones diplomáticas con Persia, favoreciendo los intereses comerciales portugueses en el enclave de Ormuz. Esta situación se sostuvo

hasta que en 1622 la estratégica posesión lusa en el Golfo Pérsico cayó en manos de holandeses e ingleses.

Tras la llegada a España en demanda de apoyo económico del arzobispo armenio Azarías Friton, partidario de unir a las iglesias armenia y romana, en 1609 arribó también a Madrid el obispo Marco de Aghtamar (una isla en el lago Van) y fue recibido por Felipe III. Una vez conseguido el dinero para regresar a su país, marchó a Bagdad y se entrevistó con el *shah* Abbas, al que informó de su audiencia con el rey de España.

El patriarca David

El obispo Marco, después de obtener nuevas ayudas del virrey de Nápoles y del embajador español en Roma, volvió a la corte de Madrid y se le dio un estipendio duradero en Sicilia para pasar en la isla el resto de su vida. Años más tarde hubo frecuentes embajadas entre el *shah* persa y el rey de España, hasta que el patriarca David IV envió al rey Felipe III una carta en la que, apelando a la caballerosidad cristiana del monarca, le pedía un ejército de diez mil hombres para liberar Armenia de persas y otomanos.

En 1614 el patriarca David volvió a escribir a Felipe III, ofreciéndose para informar de cualquier «negocio secreto de Estado» de Turquía o Persia y asegurando que no había nada de lo que no pudiera informar. El patriarca pedía que las cartas le llegaran por correo secreto en armenio, para no descubrir el contenido de los mensajes en castellano, y luego se transmitiría de vuelta la respuesta del rey en la misma lengua, ya que en España residían armenios idóneos para realizar esa misión. Además de ofrecerse al servicio de Felipe III, el patriarca David pretendía ganarse el apoyo del rey hispano ante el *shah* Abbas en los litigios dogmáticos religiosos que mantenía con el patriarca Melquisedec, algo que confirmó el embajador en Persia y agente de la Corona García de Silva y Figueroa, aunque la operación diplomática no tuvo resultados prácticos.

Aún hubo una solicitud más de ayuda económica por parte de Armenia a la corte española en 1621 a cargo del arzobispo Bartan Manglino, que estuvo tres meses en España enfermo y hambriento hasta que el Consejo de Estado recomendó que se le dieran doscientos ducados de limosna para subsistir. A partir de ahí, las noticias de relaciones hispano-armenias quedaron casi extinguidas por la Guerra de los Treinta Años, que asoló Europa y redujo considerablemente los intercambios con los países orientales. De este

conflicto se aprovechó Gran Bretaña, que logró debilitar la influencia de Portugal y España en la «ruta de la India» establecida por Vasco de Gama.

En 1622, una escuadra inglesa se apoderó de la estratégica isla de Ormuz, en la boca del Golfo Pérsico, que le fue entregada al *shah* Abbas. La pérdida dejó asentada la preponderancia británica en la zona, lo que puso punto final a los fracasados contactos secretos entre España y el Imperio persa para lograr una alianza armada contra Turquía. En realidad, el compromiso nunca se produjo, pero siempre supuso una amenaza latente del poder hispano frente al expansionismo otomano en la lejana Persia.

Roma, recelosa

La Iglesia de Roma desempeñó también un importante papel, no siempre favorable a los intereses españoles, ya que, desde la época de Felipe II, el Papado trataba de limitar el poder de la Monarquía Hispánica en Asia.

Como comenta el historiador José Martínez Millán:

> Para conseguir su independencia, el Papado tuvo que jugar diplomáticamente sus bazas y establecer sus alianzas con los distintos poderes europeos. A nivel espiritual Roma impuso una nueva ideología en la sociedad y un modo de entender el catolicismo más radical a través de los jesuitas y las órdenes religiosas descalzas (el denominado espíritu de la «contrarreforma»), mientras que, a nivel político, construyó una teoría que defendía la subordinación de todo monarca católico y, por supuesto la casa de Austria, al pontífice.

Las divergencias entre España y el Vaticano se pusieron de manifiesto en 1588, cuando el jesuita Alonso Sánchez propuso al rey Felipe II la conquista de China. La Iglesia vio amenazados sus intereses porque la conquista del gigante asiático convertiría a la Corona hispana en una monarquía universal. Desde entonces, el Papado se mantuvo alerta por si España y Portugal intentaban sumar nuevas conquistas en Asia. La actitud recelosa de Roma por el aumento del poder hispano y las críticas surgidas de otras órdenes religiosas, preocupadas por la expansión de la Compañía de Jesús en Oriente, boicotearon el proyecto de conquistar China impulsado por las autoridades españolas de Filipinas. Una empresa a la que se oponían los superiores jesuitas, que argumentaban la negativa con dos razones principales: la primera, porque la expansión española desde Filipinas amenazaba los intereses comerciales portugueses en Extremo Oriente; y la segunda, porque

conquistar China suponía dar a la Corona hispana un poderío de Estado universal que entraría en competencia con el poder universal católico que se atribuía en exclusiva el Papado. Por ello —dice Martínez Millán—, la nueva dirección de la Compañía prefería acomodar la cristianización a los patrones culturales de los pueblos de Oriente, de acuerdo con los intereses de la Iglesia, en lugar de cristianizar a los asiáticos según el espíritu católico de España.

El *shah* Abbas se dio cuenta de la divergencia de intereses entre la Monarquía Hispánica, la Iglesia de Roma y las órdenes religiosas, que intentaban extender su influencia en tierra persa. Estas luchas de poder, unidas al poco apoyo efectivo hispano en Persia para luchar contra los turcos, terminaron por decepcionar al *shah*. Cuando llegó la embajada de García Silva y Figueroa, los ingleses y los holandeses ya tenían presencia en Persia y la influencia de la Corona hispana en la corte del *shah* quedó muy reducida.

13
Lejano Oriente

Jesuitas en el Tíbet

En el esfuerzo que Felipe II llevó a cabo para expandir el catolicismo y ampliar los horizontes diplomáticos del Imperio hispano hasta las más remotas regiones del mundo destaca la figura de Antonio de Montserrat, jesuita español nacido en Vic (Barcelona) en 1536 y destinado a la misión portuguesa de Goa en la India.

Hijo de una familia noble de la comarca de Osona, Montserrat se había propuesto convertir al catolicismo al Gran Mogol, Akbar, y en ese empeño recorrió inmensos territorios desconocidos para los europeos en el norte del Indostán, Pakistán, Afganistán, Karakorum y el mítico país de Botthant, que describió por primera vez con estas palabras:

> En el interior de estas sierras habitan unas gentes que se llaman Botthant. Nunca se lavan las manos y dan como razón que no se debe ensuciar una cosa tan clara y hermosa como el agua. Son hombres blancos y gruesos, no muy altos de cuerpo, pelean a pie y no tienen rey entre sí. Viven de hacer fieltro y vienen a venderlo a una ciudad de este lado que se llama Negarcot: y bajan en junio, julio, agosto y septiembre; fuera de estos meses no pueden venir a causa de las nieves.

Cuando tenía treinta y ocho años, el jesuita recibió el encargo de encabezar una embajada a la corte de Akbar junto a otros dos compañeros de la misma orden religiosa, Rodolfo Acquaviva y el converso persa Francisco Henríquez, que hacía de interprete. La expedición llegó a Fatehpur Sikri, la capital del Imperio mogol y allí se entrevistaron con Akbar, que había solicitado la presencia de sacerdotes católicos en sus dominios, pues deseaba

debatir con representantes de otras religiones, como el budismo, el islam, el hinduismo o el jainismo. Allí permanecieron los jesuitas durante un año, estancia que Montserrat aprovechó para aprender la lengua persa y granjearse la amistad de Akbar, que le nombró tutor de su hijo Murad.

La actividad proselitista de Montserrat se interrumpió al estallar una revuelta en el norte de la India liderada por un hermanastro del Gran Mogol, con el apoyo de varios jefes de tribus afganas. Akbar pidió al jesuita que lo acompañara en la campaña militar para aniquilar la rebelión, que duró hasta 1581. La expedición le permitió atravesar el Punyab, Delhi, Cachemira y Jalalabad hasta alcanzar el Himalaya.

Durante este largo viaje, Montserrat fue recogiendo por escrito todo lo que vio y consideró de interés, y elaboró el primer mapa conocido del Himalaya, en el que se incluían otras cadenas montañosas situadas más al norte, como el Karakorum, el Hindu Kush y las vastas regiones de Asia central.

En Jalalabad, al comprobar que Akbar no tenía intención alguna de convertirse al cristianismo, el misionero catalán decidió regresar a la portuguesa Goa, donde llegó en septiembre de 1582, y en esa ciudad recopiló en portugués la «Relación de Akbar, rey de los mogoles», que remitió al general de la Compañía de Jesús en forma de carta, una historia que más tarde ampliaría con la obra escrita en latín *Mongolicae Legationis Commentarius*.

En 1588, Montserrat recibió órdenes directas de Felipe II para viajar a Etiopía y prestar socorro a dos ancianos sacerdotes católicos de los que se tenía vaga noticia. Detrás de la versión oficial, lo que el monarca hispano pretendía era establecer contacto con el emperador abisinio y tantear un acercamiento de los cristianos coptos a la Iglesia de Roma. Se trataba de una misión secreta cuyo objetivo último era encontrar el rastro del mítico Imperio cristiano del Preste Juan, escudo de la Cristiandad contra el avance musulmán. En la expedición iba también el joven jesuita madrileño, Pedro Páez, futuro descubridor de las fuentes del Nilo Azul, que confluye con el Nilo Blanco para formar la corriente del gran río que atraviesa el desierto egipcio hasta el Mediterráneo.

Haciéndose pasar por comerciantes armenios, Montserrat y Páez decidieron navegar por el estrecho de Ormuz y continuar hasta Egipto para eludir a los piratas que infestaban las costas del Indico, pero, al desembarcar en el puerto de Dhofar, el patrón árabe y de la embarcación los denunció por espías y fueron entregados como prisioneros al sultán de Hadhramaut, en la región de Yemen.

Tras una durísima travesía, los dos jesuitas llegaron a la ciudad de Haymin, residencia yemenita del sultán, donde descubrieron una bebida todavía desconocida en Europa: el café. Después de cuatro meses en la cárcel, fueron liberados, aunque volvieron a ser apresados en Sanaa por el gobernador turco de Yemen, que los mantuvo encarcelados y exigió un rescate de veinte mil ducados. Encadenados con grilletes, los jesuitas sufrieron un largo cautiverio. Los trasladaron al puerto de Mokka, donde fueron utilizados como galeotes en las galeras turcas hasta que en 1596 arribó un barco de la India que pagó mil ducados por la libertad de los sacerdotes cautivos, gracias a lo cual pudieron regresar a Goa.

Después de tantas penalidades, la salud de ambos era muy precaria. Páez se pudo recuperar y en 1603 consiguió llegar a Etiopía, donde fue enterrado en 1622 a orillas del lago Tana, nacimiento del Nilo Azul. Montserrat murió antes, de unas fiebres en la isla de Salsete, cerca de Goa, en 1600, el mismo año en que terminó su mapa del Himalaya, cuya exactitud se mantuvo vigente hasta el siglo XIX como guía obligada el remoto Tíbet.

La obra fue redescubierta en 1906 en una biblioteca de Calcuta y publicada en 1914. Sin embargo, otros manuscritos de Montserrat sobre la India y el centro de Asia, de cuya existencia hay constancia, continúan desaparecidos.

El Caballero de la Cruz

Gracias a su privilegiada situación geográfica en el centro del Mediterráneo, Nápoles se convirtió en el siglo XVI en el principal foco de espionaje español contra el Imperio otomano. Esta hostilidad se amortiguó con la tregua hispano-turca negociada por Giovanni Margliani en Constantinopla, lo que redujo el valor político-estratégico del Mediterráneo, mientras el Imperio español extendía su poder en otras áreas vinculadas a las posesiones portuguesas.

A raíz de la anexión de Portugal con Felipe II (1580), la casa de Austria amplió sus dominios a las Indias Orientales, la especiería y los emplazamientos costeros del océano Índico, con Goa y Ormuz como puntos clave. Nuevos escenarios de crisis se abrieron con la unión peninsular, y en el Golfo Pérsico otros enemigos amenazaban la «ruta de la India» abierta por

Vasco de Gama, ya que tanto ingleses como holandeses intentaban apoderarse de los enclaves de la Corona hispano-lusa gobernada desde Madrid.

El primer virrey de Nápoles nombrado por Felipe III fue Fernando Ruiz de Castro Andrade, conde de Lemos, que hubo de hacer frente a las incursiones berberiscas del renegado genovés Sinan Pachá, en el sur de Italia, y a la insurrección en Calabria del fraile dominico Tomasso Campanella, un agitador que en su tratado *La ciudad del sol* promovía un estado teocrático basado en principios de igualdad social, con el objetivo de unificar un mundo dividido por guerras religiosas y controversias doctrinales y políticas. Es decir, una sociedad religioso-comunista en la que el poder estuviera en manos de sacerdotes y hombres sabios, con funcionarios encargados de distribuir los recursos.

Como señala Gennaro Varriale, durante un año el poder virreinal hispano se vio sacudido por la «alianza diabólica» entre frailes subversivos, corsarios renegados y bandidos napolitanos, pero el conde de Lemos logró reprimir la conjura gracias a la división entre sus adversarios. No fue la única conspiración que hubo de atajar. Otro personaje, Marco Tulio Catizone, un aventurero calabrés, puso en peligro la legitimidad del rey de España en una intriga amparada secretamente por Francia, Venecia y algunos eclesiásticos portugueses. Finalmente, Catizone, llamado el «Caballero de la Cruz», fue ahorcado en 1603 después de hacerse pasar en Venecia por el rey Sebastián de Portugal, muerto en la batalla de Alcazarquivir.

La trágica peripecia de Catizone, que se hacía llamar Diego de Aragón, se había iniciado en 1598, cuando en Venecia un soldado portugués que había combatido en Marruecos junto a don Sebastián, lo convenció de su parecido físico con el soberano caído en Marruecos. Pronto recibió el apoyo del rey Enrique IV de Francia y de algunos nobles y prelados portugueses exiliados.

Mientras el conde de Lemos intentaba arreglar los enredos del falso don Sebastián en Italia, un nuevo caso surgió en Nápoles, relacionado con el espionaje en territorios del Imperio hispano-luso, cuando apareció un extraño personaje que afirmaba ser armenio, procedente de Goa y llamarse Antonio Jorge de la Cruz.

Llevado a presencia del virrey, el extranjero, hablando en perfecto portugués, declaró ser portador de un mensaje muy urgente para el rey de España que le había dado el virrey de las Indias Orientales. Pidió un salvoconducto para ir a Génova y luego a la corte de Madrid, donde podría facilitar información de alto interés político y militar. Tanto el virrey como el secretario Andrés Tobalina desconfiaron de la historia, y solicitaron al

«armenio» que les mostrase la carta del rey para enviarla a Madrid por correo privado.

Al conocer el contenido del mensaje, las dudas de Lemos aumentaron. La carta llevaba fecha del 6 de abril de 1593, y aunque el despacho procedía de las Indias Orientales, estaba escrito por el virrey anterior en esas tierras y trataba de asuntos antiguos ya conocidos en Europa. El secretario Tobalina, además, examinó la grafía del informe y llegó a la conclusión de que podría estar escrito por Vincenzo Bruni, a quien conocía por haberse encontrado con él en Goa años antes, siendo virrey Matías de Alburquerque.

El misterioso hombre de Goa

Cuando Vincenzo Bruni llegó al palacio virreinal preguntó al armenio sobre personas y lugares de Goa y Ormuz, a lo que el extranjero contestó de forma poco concluyente. También le interrogó el conde de Lemos, quien pidió informes sobre el recorrido del extraño viajero, ya que el itinerario también levantaba serias dudas. De Persia había ido a Constantinopla —dijo el armenio— y, desde allí, había zarpado en un barco francés hasta Nápoles. Después había pisado tierra en Malta, Palermo y Mesina, algo que confirmó el servicio secreto hispano.

Como Lemos seguía sin fiarse, mandó registrar y encarcelar al armenio, temiendo que fuera un espía turco. Le encontraron unos cuantos doblones de oro que llevaba escondidos en el cinturón y una misiva escrita en persa, que nadie en Nápoles pudo entender. La enigmática carta fue enviada al duque de Sessa, embajador español en el Vaticano, para tratar de descifrarla, y, además, el virrey solicitó a Felipe III que pidiese informes del armenio a Pedro Álvarez Pereyra, miembro del Consejo de Portugal.

En la cárcel de Nápoles siguieron los interrogatorios, que no aclararon mucho, aunque añadieron alguna información sobre su vida. El llamado Antonio Jorge de la Cruz dijo haber llegado a Goa en julio de 1600, y en agosto el virrey de las Indias Orientales, el conde de Vidiguiera, fue quien le dio la carta de la que se apoderó el conde de Lemos, insistiendo mucho sobre la importancia del contenido. El armenio aseguraba que vivía con su mujer y sus hijos en la ciudad de Chaul, tras haber residido varios años en Ormuz. Dijo que en ninguna de estas ciudades conoció a ningún portugués y que, para costearse el viaje, el virrey Vidiguiera le dio dinero a través de un judío que trabajaba en la aduana de Goa. Antonio Jorge declaró haber iniciado su viaje

en barco, y luego por tierras hasta la fortaleza de Diu. Desde allí volvió a embarcarse hasta arribar a Ormuz, donde explicó su misión al gobernador y al capitán de la guarnición de la isla-fortaleza. Pero ni en Goa, ni en Diu ni en Ormuz nadie le dio nunca un salvoconducto, pese a que el virrey Vidiguiera le mandó pasar por Qazvín para quejarse al *shah* Abbas de que el soberano persa no contestaba a sus cartas.

El virrey de las Indias Orientales también le encargó que hiciera una parada en Constantinopla e informara a Felipe III de todo cuanto pudiera observar en la capital turca, y fue después de esta escala cuando el armenio partió en una nave francesa hasta Nápoles.

Esta relación del viaje seguía sin convencer al virrey napolitano. ¿Por qué iba a entregar el virrey de las Indias Orientales un documento tan importante a un desconocido en Goa? ¿Por qué nadie le había dado un salvoconducto para realizar su viaje? ¿Por qué había alargado el recorrido pasando por Constantinopla? ¿Por qué la carta de Vidiguiera llevaba fecha de ocho años antes? A los pocos días de ser interrogado por primera vez, y en vista de que las piezas de su declaración no encajaban, el prisionero fue torturado y confesó que su periplo se inició en Ormuz, y no en Goa, y que el capitán de esa guarnición le había ordenado llevar la intraducible carta escrita en persa al rey de España.

Según su propia confesión, desde Ormuz, Antonio Jorge fue a Tabriz (en el noroeste del actual Irán), donde lo acusaron de ser un espía de Portugal y lo detuvieron durante seis años y medio, hasta que consiguió huir y regresar a Ormuz. Una vez allí, las autoridades ya no le conocían, aunque el gobernador le obligó a partir hacia Europa a través del territorio persa, en un viaje que dio comienzo en agosto de 1600 y cuya primera etapa fue Qazvín, donde estaba la corte de Abbas. El soberano persa le aseguró ser un buen amigo del monarca español y fue entonces cuando le dio el misterioso mensaje dirigido a Felipe III.

Desde Qazvín, el misterioso armenio fue a Alepo (actual Siria), y luego a Alejandría, donde embarcó en una nave francesa que lo llevó hasta Nápoles, tras pasar por Malta, Palermo y Mesina, y fue allí, en la capital siciliana, donde el virrey, el duque de Maqueda, le dio los doblones hallados cuando le registraron en Nápoles. Esta confesión demostraba que el armenio nunca conoció al conde de Vidiguiera, pues hacía muchos años que este no estaba en Ormuz —aunque su familia seguía viviendo en Goa—. Cuando le preguntaron por qué esa declaración era tan diferente de la primera se excusó diciendo que aquel día estaba borracho. Pese a seguir en prisión soportando

malos tratos, Antonio Jorge se mantuvo firme en esta versión de los hechos y afirmaba ser muy conocido entre los miembros del Consejo de Portugal porque había estado varias veces en Europa en misiones secretas.

Tras varios meses de calabozo y tormentos, en agosto de 1601 el conde de Lemos volvió a escribir a Felipe III pidiendo instrucciones precisas sobre qué hacer con el extraño personaje. En octubre de ese año falleció el virrey napolitano de muerte natural y le sucedió su hijo Francisco de Castro, que pidió al monarca resolver el asunto del viajero de Goa, cuyo encarcelamiento se prolongaba demasiado sin obtener ningún resultado concluyente.

Finalmente, el rey, en vista de que los agentes hispanos en Constantinopla no pudieron catalogar al armenio de espía turco, decidió ponerlo en libertad en abril de 1602. No es de extrañar que Antonio Jorge de la Cruz, en cuanto se vio libre, regresara de inmediato a Goa. No se volvió a tener noticia de su paradero ni se consiguió desentrañar el contenido de la famosa carta. La inteligencia hispana nunca pudo descifrarla y quedó para siempre en los anales de los hechos inexplicables y misteriosos.

14
Avistando Australia

La expansión descubridora y exploradora de España en el océano Pacífico durante la época imperial alcanzó límites inimaginables incluso para los escritores e historiadores de hoy.

Entre los personajes que bien merecen un amplio recordatorio en los anales de la historia hispana figura el capitán leonés Diego de Prado y Tovar, navegante, cartógrafo, monje, cronista, naturalista, escritor de obras de teatro y tratados de artillería, aventurero y espía. Nació en Sahagún en 1550 y en su larga vida —vivió casi cien años—, fue el primer español que divisó la tierra firme de Australia en 1605. La tuvo al alcance de la mano —aunque al parecer no llegó a pisarla— en una expedición en la que bautizó el continente-isla avistado con el nombre de «Austrialia del Espíritu Santo», en honor al rey Felipe III de la casa de Austria.

El linaje de la familia del capitán navegante, los Prado, era de rancia alcurnia leonesa y tenía posesiones en los montes de León y antepasados militares, abades y diplomáticos, incluyendo un confidente de la reina Cristina de Suecia. De acuerdo con la investigación del historiador Arturo Rodríguez López-Abadía, el padre y el hermano de Diego de Prado desempeñaron el cargo de alférez mayor de Sahagún. El hermano, además, fue caballerizo mayor de Juan de Austria y capitán de las Guardias de Castilla, rango de mucha dignidad.

Su actividad como espía tuvo su principal campo de actuación en Italia, donde estuvo al servicio del príncipe de Gallicano, un título vinculado a la poderosa familia de los Colonna, con frecuencia aliada de la Corona hispana. Anteriormente, en 1575, alcanzó el grado de capitán y en los tercios sirvió en Portugal, Sicilia, Cerdeña, Nápoles, Milán y en la Gran Armada que intentó el asalto a Inglaterra en 1588.

Pero su gran huella en la historia de los descubrimientos quedó porque fue el primero que avistó el litoral de Australia y en cartografiar la costa de Nueva Guinea. Sobre ello escribió una *Relación*, dirigida a la Corona española, que utilizaron mucho después los ingleses, en concreto el explorador James Cook —que terminó acaparando toda la fama del descubrimiento— cuando fue enviado a localizar la Australia actual, que entonces se conocía como la «*Terra Incógnita Australis*», justo un siglo y medio después de que Prado avistara tierra australiana.

Entre 1565 y 1605 se organizaron tres viajes desde España para intentar hallar el continente situado al sur del océano Pacífico. La primera expedición, al mando de Álvaro de Mendaña, fracasó, aunque se descubrieron las islas Salomón, Guadalcanal y las Marquesas. El segundo viaje tampoco tuvo mucho éxito, ya que Mendaña murió y el piloto mayor Pedro Fernández de Quirós regresó a la costa de México.

Quirós era nacido en Portugal, por entonces unida a la Corona hispana, y aunque se le consideraba hombre fantasioso y «religioso hasta el misticismo», consiguió financiación para lanzarse a la búsqueda del desconocido continente austral.

En marzo de 1605, llegó a Lima y zarpó del puerto de El Callao el 21 de diciembre. Llevaba una flotilla de dos naos y un patache, con 300 hombres entre marineros y soldados, a los que acompañaban numerosos animales domésticos para fundar una colonia. La nao capitana, San Pedro y San Pablo, trasportaba 150 toneladas de mercancías, y en otra, llamada San Pedro, mandada por Luis Váez de Torres, iban Diego de Prado, como cronista y cartógrafo, y Juan Ochoa de Bilbao como piloto mayor. Por decisión de Quirós, todos vestían el sayal franciscano.

En mayo de 1606, la expedición tocó la isla de Vanuatu, en el archipiélago de Nuevas Hébridas, que Quirós denominó «La Austrialia del Espíritu Santo». Seis semanas después, cuando la idea era proseguir la exploración, Quirós desapareció. En el mes de noviembre estaba de regreso en Acapulco, hecho que explicó diciendo que se había separado de los otros barcos por el mal tiempo. Sin embargo, Diego de Prado atribuyó la deserción a un motín causado por sus pocas dotes de mando.

La expedición, dirigida por Váez de Torres, siguió su viaje y, finalmente, llegaron a Nueva Guinea, que llamaron «Magna Margaritae» en homenaje a la reina consorte. Después navegaron más hacia el sur y alcanzaron el Estrecho de Torres, desde el que seguramente atisbaron las costas de Australia.

A pesar de estar tan solo a unos pocos kilómetros de tierra firme australiana, los expedicionarios no desembarcaron debido al riesgo que suponían los arrecifes de coral para las embarcaciones. Así que decidieron seguir hacia el noroeste y alcanzar las islas Filipinas españolas. Los mapas de las islas y costas de Nueva Guinea se conservan en el Archivo General de Simancas, junto con otros dibujos que hizo Prado de los nativos de la zona.

Desde Filipinas, el navegante leonés envió su *Relación Sumaria* del viaje a Felipe III, y decidió volver a España por la ruta de Goa, Ormuz, Alepo y Malta, hasta llegar a Madrid.

Quizá cansado de tanta aventura, Prado decidió hacerse monje y se encerró en el convento madrileño de San Basilio, católico de rito griego y hoy desaparecido, desde donde no dejó de escribir al monarca, denunciando la ineptitud de Quirós y avivando una polémica que duró varios años.

Entre sus muchas cualidades, Diego de Prado destacó como escritor de obras de teatro cuando vivió en Madrid entre 1615 y 1626, y aún se conserva una de ellas titulada *Ir buscando a quien me sigue*. También fue un excelente artillero y escribió dos tratados militares sobre esa materia: el *Manual y plática [práctica] de la artillería*, que dedicó a Juan de Acuña y Vela, marqués de Cerrato, a cuyas órdenes sirvió como teniente, y el titulado *Encyclopedia de fundición de artillería y su plática*, de 1603, que se conserva en la biblioteca de la Universidad de Cambridge.

En sus viajes por el Pacífico, Prado describió por primera vez algunos animales raros, como el tilacín o tigre de Tasmania (hoy extinguido), el equidna, animal austral similar al ornitorrinco, y el ualabí, un marsupial semejante al canguro, cuya carne hubo de comer obligado por la penuria.

La vida de monje de Prado, al volver a Madrid, tampoco acabó de gustarle y abandonó el monasterio para reincorporarse al ejército en Italia, donde participó en misiones diplomáticas y de espionaje. El investigador López-Abadía dijo tener noticia de que el veterano capitán estuvo, ya al final de su vida, en Sulmona al servicio del príncipe de Gallicano, señor Pompeo de Pierfrancesco Colonna, y que probablemente falleció en Pacentro o Nápoles en 1645.

Mientras estuvo con el príncipe de Gallicano, es probable que Prado trabajara como espía de la Corona para vigilarle, ya que el noble italiano tenía fama de revoltoso. En 1646, solo un año después de que Prado entrara al servicio de Gallicano, este conspiró con Francia para permitir que sus tropas entraran en el reino de Nápoles. La conspiración fracasó de inmediato, seguramente porque Prado conocía los planes del príncipe y avisó al virrey.

Epílogo El declive del espionaje hispano: el «duende» Valenzuela

El valido Fernando Valenzuela y Enciso es una figura representativa del signo declinante en las actividades de la inteligencia hispana, al igual que ocurrió en otros ámbitos militares y políticos en las últimas décadas del siglo XVII.

Las energías de España hacia el exterior, ya muy mermadas, eran malgastadas en intrigas y favoritismos de corte, casi siempre a cargo de personajes tortuosos y faltos de poder. La política del águila y el león de los primeros Austrias pasó a ser una cuestión de advenedizos ambiciosos con visión de corto alcance, mientras el país, poco a poco, iba cavando su propia tumba, hasta el punto de quedar al borde del reparto entre las potencias europeas al iniciarse la Guerra de Sucesión y el cambio de dinastía.

Pese a todo —como destaca el profesor Davide Maffi en *Los últimos tercios*—, la Corona hispana aún tuvo fuerzas para enfrentarse a la implacable política de Luis XIV y a sus aspiraciones hegemónicas en Europa, sin contar la defensa del vasto Imperio ultramarino, que se mantuvo durante todo el siglo XVIII.

En este crepúsculo imperial prolongado, Fernando Valenzuela fue el mayor manipulador de los secretos y avisos de la corte de Carlos II, lo que le valió el dudoso título de «duende de palacio», ya que tenía libre acceso a las habitaciones privadas de la reina regente Mariana de Austria. La facilidad con la que se infiltraba en los círculos íntimos de la nobleza y conseguía enterarse de los rumores, noticias y secretos que corrían por Madrid y la residencia real era asombrosa. Esta cualidad la aprovechó Valenzuela para traspasar el aislamiento en el que vivía la reina, alejada de las camarillas que se movían en los entresijos palaciegos.

Así, como bien señala Juan Carlos Herrera Hermosilla, autor de *Breve historia del espionaje*,

> … la reina necesitaba de Valenzuela como su fuente de información. Su afán por averiguar todo lo que acontecía a su alrededor en palacio le llevaba a escuchar las sesiones de los consejos clandestinamente, oculto entre las rejuelas y celosías, para enterarse de lo que se hablaba en ellas sin ser visto, y este espionaje de salones y pasillos le sirvió para acumular influencia y poder con su regia protectora.

Fernando Valenzuela desempeñó el papel de espía de corte o espía cortesano, un trepador ambicioso que consiguió mandar durante un breve espacio de tiempo en un Imperio ya tambaleante.

Nacido en Nápoles en 1636 de familia de ancestros militares, quedó pronto huérfano de padre, circunstancia que determinó que su madre viuda se trasladara a Madrid. En la corte, el joven Fernando consiguió entrar en la vida cortesana y en 1661 se casó con una camarera de la reina, lo que le facilitó la estima de la regente y el consiguiente ascenso social al que aspiraba.

Tras la caída del padre Nithard, confesor y factótum de la reina, la escalada de ascensos de Valenzuela alcanzó su cenit: fue nombrado caballero de la Orden de Santiago, confidente real e introductor de embajadores, puesto asimilado en la práctica al de los antiguos espías mayores. La cascada de títulos redondeó su carrera al entrar a manejar los fondos del Consejo de Italia y ser nombrado caballerizo mayor y marqués de Villasierra, además de alcaide del castillo y montes de El Pardo, cargo que le convirtió en organizador de las comedias, cacerías, corridas de toros y otros festejos palaciegos dirigidos a entretener a una corte ávida de diversiones, ya que no de triunfos militares como los de antaño.

En este ambiente fiestero, Valenzuela resultó herido en una cacería por un disparo del propio y «hechizado» rey Carlos II, quien, a modo de disculpa, le otorgó la merced de Grande de España. Con todo esto, el poder de Valenzuela se fue agrandando. Acabó encargándose de los asuntos secretos más importantes dentro y fuera de España, y presidiendo todos los consejos de la Corona, excepto el de Castilla.

No resulta extraño que tal acumulación de poderes levantara ampollas entre sus enemigos en la corte. Así, en diciembre de 1676 un grupo de Grandes de España exigió al rey que alejase a Valenzuela de la reina madre y lo pusiera en prisión, pidiendo además que fuera sustituido por Juan José de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, que lideraba la oposición al «Duende» con la colaboración de los duques de Alba y Medina Sidonia.

Los nobles cumplieron su propósito. Entraron por la fuerza en el monasterio de El Escorial, donde Valenzuela se había refugiado, y lo encarcelaron en el castillo de Consuegra. Poco después, Valenzuela fue despojado de todas las mercedes que Carlos II le había concedido y le

acusaron de vender cargos públicos y dignidades eclesiásticas, además de amasar una fortuna de 10 millones de reales. Por todo este cúmulo de corrupciones pidieron que se le confiscaran sus bienes y que fuera condenado a muerte.

Siete meses después de ser encarcelado, Valenzuela seguía sin ser llevado ante los jueces, y el papa Inocencio XI —molesto por la violenta entrada en El Escorial para capturarlo— consiguió que el «Duende» quedara encerrado en una iglesia bajo jurisdicción del vicario general de Madrid. Al final se decidió que Valenzuela fuera desterrado durante diez años en las islas Filipinas. El valido embarcó en Cádiz hacia Nueva España, y desde Acapulco lo llevaron en un galeón hasta el puerto filipino de Cavite, donde permaneció prisionero en el fuerte de San Felipe hasta junio de 1687. Tras ser puesto en libertad, cumplida su condena, se trasladó a la ciudad de México, pero no se le permitió regresar a España.

Murió en 1692 de la coz de un caballo mal domado, curioso final para alguien que, entre sus muchos títulos, poseía el de «caballerizo mayor» que le había concedido su protectora, la reina Mariana de Austria.

Su muerte coincide con el fin de un periodo histórico en muchos aspectos admirable y viene a ejemplificar el declive de una actividad —la inteligencia exterior— que durante dos siglos fue vital para el mantenimiento de la hegemonía internacional de la Monarquía Hispánica. En definitiva, la agonía de una dinastía —la de los Austrias— agotada, envuelta en rencillas de poca monta y rodeada de buitres dispuestos a repartirse el festín de una España doliente que, sin embargo, durante dos siglos fue capaz de mantener a raya a sus enemigos.

Bibliografía

ARREOLA, Juan José, *Baltasar Gérard (1555-1582), Cuentos completos*, México, https: ciudadseva.com/texto/baltasar-gerard-1555-1582.

BARRIOS, Feliciano, «El Consejo de Estado de la monarquía española (1521-1812)», Tesis inédita. Universidad Complutense de Madrid, 1983.

BERMEJO CABRERO, José Luis, *Derecho y administración pública en la España del Antiguo Régimen*, CSIC, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 1985.

BRAUDEL, Ferdinand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1977.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel, *Carlos V, Venecia y la Sublime Puerta: la embajada de Diego Hurtado de Mendoza en Venecia*, CSIC, Centro de Estudios Históricos, Madrid, 2000.

CABAÑAS ÁGREDA, Miguel, «Un espía español en la corte de Inglaterra», *Historia 16*, núm. 321, enero de 2003.

CARNICER, Carlos y MARCOS, Javier, *Sebastián de Arbizu, espía de Felipe II: la diplomacia secreta española y la intervención en Francia*, Nerea, San Sebastián, 1998.

— *Espionaje y traición en el reinado de Felipe II. La historia del vallisoletano Martín de Acuña*, Diputación de Valladolid, Valladolid, 2001.

— *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

CARRASCO VÁZQUEZ, Jesús, *Contrabando, moneda y espionaje (El negocio del vellón: 1606-1620)*, http://hispania, revistas.csic.es.

CASSEN, Flora, «Philip II of Spain and his Italian Jewish Spy», *Journal of Early Modern History*, vol. 21, núm. 4, 2017, págs. 318-342.

COBOS GUERRA, Fernando, *Espías, traidores y renegados. Fortificación y espionaje en los siglos XV y XVI. El ingeniero*

espía. Coordinado por Alicia Cámara Muñoz y Bernardo Revuelta. Fundación Juanelo Turriano, Madrid, 2018.
CORRAL, J. del, *Don Juan de Valencia, toreador. Espía de Felipe IV, regidor de Madrid y tratadista de toros,* Unión de Bibliófilos Taurinos, Madrid, 1999.
DE PAZZIS PI CORRALES, Magdalena, *Tercios del Mar. Historia de la primera Infantería de Marina española,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2019.
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, «Guerra económica y comercio extranjero en el reinado de Felipe IV», *Hispania* 89, 1963.
DORREN, Gabrielle, *Por la honra de Dios. Informadores del rey sobre la situación en Flandes (1564-1566),* Universidad de Ámsterdam, Ámsterdam, 1998.
ECHEVARRÍA, Miguel Ángel, *La diplomacia secreta en Flandes*, Universidad del País Vasco, Leioa, 1984.
— *Flandes y la Monarquía Hispánica*, Sílex, Madrid, 1998.
EGEA, Marina Asunción, «La primera embajada moscovita a la Monarquía Hispánica: conexiones mercantiles y redes de contacto hispano-moscovitas (1667-1688)», tesis doctoral, 2018.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Carlos V. El César y el hombre*, Espasa, Madrid, 2004.
FLORISTÁN, José M., «Los contactos de la Chimarra con el reino de Nápoles durante el siglo XVI y comienzos del XVII», *Erytheia* 13, 1992.
— «Las relaciones hispano-armenias en los siglos XVI y XVII», *Mesogeios*, París, 1999.
— «Relaciones diplomáticas entre la Persia safávida y la España de Felipe III: el caso de la primera embajada», librosdelacorte.es, núm. 4, invierno-primavera de 2012.
— «Jerónimo Combis, capitán de estradiotes y superintendente general del servicio español de espionaje en Nápoles», *Erytheia*, Revista de estudios bizantinos y neogriegos, núm. 3, Universidad Complutense de Madrid, 2015.
— «Los contactos de la Chimarra con Roma y España en la segunda mitad del siglo XVI y primeras décadas del siglo XVII», *Erytheia* 38, 2017.
— «Relación del viaje de Antonio de Echávarri a la Chimarra (Himarë) en el verano de 1575», *Erytheia* 38, 2017.

FRATTINI, Eric, *La Santa Alianza. Cinco siglos de espionaje vaticano*, Espasa, Madrid, 2004.

— *Los espías del papa*, Espasa, Madrid, 2008.

GARCÍA HERNÁN, Enrique, «La cuestión irlandesa en la política internacional de Felipe II», tesis doctoral, 1999.

— «Espionaje en la batalla de Lepanto», *Historia 16*, año XXVII, núm. 332, diciembre de 2003.

— «Persia en la acción conjunta del Papado y la Monarquía Hispánica», *Hispania Sacra*, 2010.

GILLI, Giovanni Agostino, *Costas de África y Levante*, Memorial, AGS, Estado, leg. 486, s.d. 1562, Giovanni Agostino Gilli a Felipe II, Constantinopla, 11 de noviembre de 1562.

HERNÁNDEZ GARVÍ, José Luis, *Héroes, villanos y genios. Extranjeros insignes al servicio de los Austrias*, Edaf, Madrid, 2014.

HERRERA HERMOSILLA, Juan Carlos, *Breve historia del espionaje*, Nowtilus, Madrid, 2012.

HUGON, Alain, *Felipe IV y la España de su tiempo. El siglo de Velázquez*, Crítica, Madrid, 2015.

— «El espionaje: un mundo de señores», *Revista de Historia Moderna*, 2016.

HUTCHINSON, Robert, *Elizabeth's Spy Master*, Thomas Dunne Books, Londres, 2007.

JAURALDE POU, Pablo, *Francisco de Quevedo (1580-1645),* Castalia, Madrid, 1999.

LAMSTER, Mark, *Rubens. El maestro de las sombras*, Tusquets, Barcelona, 2012.

LINDE, Luis María, *Don Pedro de Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2005.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Los corsarios Barbarroja*, Polifemo, Madrid, 1989.

LÓPEZ DEL CAMPILLO, Miguel, «El espía mayor y el conductor de embajadores», Boletín de la Real Academia de la Historia (RAH), núm. 119, 1946.

MARCOS RIVAS, Javier, *Una guerra de inteligencias en el siglo XVI: el caso del correo mayor de Génova*, Archivo de la Frontera, Clásicos Mínimos, http://www.archivodelafrontera.com/clasicos-

minimos/una-guerra-de-inteligencias-en-el-siglo-xvi-el-caso-del-correo-mayor-de-genova-de-javier-marcos-rivas/, 2015.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando, *Escritores espías*, Temas de Hoy, Madrid, 2004.

—*El ocaso de los héroes I. Aceros rotos*, Edaf, Madrid, 2013.

MARTÍNEZ MILLÁN, José, *El triunfo de Roma. Las relaciones entre el Papado y la Monarquía Católica durante el siglo XVI*, Ediciones Polifemo, Madrid, 2010.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique, *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700),* Actas, Madrid, 2008.

MESA CORONADO, María del Pilar, *La conjura mesinesa de Giuseppe Marchese a través de los «Avisos de Levante» (1678-1683),* Open Edition Journals, École française de Rome, 2017.

NAVARRO BONILLA, Diego, *Los archivos del espionaje: información, razón de estado y organismos de inteligencia en la Monarquía Hispánica*, Caja Duero, Salamanca, 2004.

— «Los servicios de información durante la Monarquía Hispánica, siglos XVI y XVII», *Revista de Historia Militar*, núm. extra, 2005.

— *Cartas entre espías e inteligencias secretas en el siglo de los validos: Juan de Torres-Gaspar Bonifaz (1632-1638),* Ministerio de Defensa, Madrid, 2007.

— *Orígenes de la inteligencia en el estado moderno: tratadística militar, diplomática y política en Europa (siglos XVI-XVIII)*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2017.

OCHOA BRUN, Miguel-Ángel, *Historia de la diplomacia española*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1999.

— *Embajadas y embajadores en la Historia de España*, Aguilar, Madrid, 2002.

O´DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo, *La fuerza de desembarco de la Gran Armada contra Inglaterra*, Editorial Naval, Madrid, 1989.

OLIVÁN ANIÉS, Borja, «Apariencia, disimulo y observación: El arte de la diplomacia en el reinado de Felipe II (1556-1598)», Universidad de Zaragoza, 2010.

ÖNALP, Estrugul, «Memorias de Barbarroja», *Historia 16,* núm. 345, enero de 2005.

PRETO, Paolo, *I servizi segreti di Venezia*, Editorial Il Saggiatore, Milán, 1994.
RETORTILLO ATIENZA, Asunción, «Ambrosio de Spínola, entre la cifra privada y el espionaje durante el reinado de Felipe III», *Historia Moderna*, Universidad de Salamanca, 2019.
RODRÍGUEZ MOÑINO, Antonio, Francisco de Aldana, «El divino capitán», escritoresdeextremadura.es
SAFA GÜRKA, Emrah, «La bolsa o la vida. Los Habsburgo a la caza de Uluch Alí», *Studia Histórica*, 2014.
SALVÁ, Miguel, *Colección de Documentos Inéditos para la historia de España*, tomo XXIII, Madrid, 1853.
SÁNCHEZ, José Luis, *Los viajes de Rubens a España. Oficios diplomáticos de un pintor*, Miraguano Ediciones, Madrid, 2004.
SANDOVAL, Prudencio de, *Vida e historia del emperador Carlos V*, Biblioteca de autores españoles, tomo III, Ediciones Atlas, Madrid, 1955-1956.
SOLA CASTAÑO, Emilio, *Un Mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos*, Tecnos, Madrid, 1988.
— *Detrás de las apariencias. Información y secreto en el Mediterráneo clásico del siglo XVI*, Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, 2015.
SOLA CASTAÑO, E. y PEÑA, José F. de la, *Cervantes y la Berbería*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995.
TELLECHEA IDÍGORAS, J. Ignacio, *Lo que el emperador no supo. Proceso de Paulo IV a Carlos V y Felipe II*, Congreso Internacional, Madrid, 3-6 de julio de 2000. Coordinado por José Martínez Millán.
TÉLLEZ ALARCIA, Diego, «El papel del norte de África en la política exterior hispana», *Clío*, rediris.es/tiemposmodernos/, núm. 1, 2000.
VALIÑAS, Sandra, *Gaspar Bonifaz bajo la óptica de Quevedo*, La Perinola, núm. 22, Universidad de Navarra, 2018.
VALLADARES, Rafael, *La rebelión de Portugal: 1640-1680. Guerra, conflicto y poderes en la Monarquía Hispánica*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1998.
VARRIALE, Gennaro, *El espionaje hispánico después de Lepanto: el proyecto de fray Diego de Mallorca*, Studia Histórica. Historia Moderna, vol. 36, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2014.

— «Líricas secretas. Los espías del Gran Turco», *Hispania* 252, vol. LXXVI, 2016.
VÁZQUEZ DE PRADA, Valentín, *La embajada española en Francia en la época de Felipe II*. Relación de Martín de Acuña, Nápoles, A.G.S. legajo 1074, 1577, Madrid, 1996.
VILLAVICENCIO, Lorenzo, «Carta a Felipe II, 22 de octubre 1566», Archivo General de Simancas (l.529, f.21, M.1040) y Archivo General del Reino, Bruselas. Citado por Gabrielle Dorren, *Por la honra de Dios. Informadores del rey sobre la situación en Flandes (1564-1566*), Universidad Autónoma de Madrid, 1998.
VV. AA., «Los servicios de información modernos y contemporáneos», *Revista de Historia Militar*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2005.
VV. AA., *Agentes e identidades en movimiento. España y los Países Bajos. Siglos XVI-XVIII*, Sílex, Madrid, 2011.
VV. AA., *Espías, servicios secretos y escritura cifrada en la Monarquía Hispánica*, Departamento de difusión del Archivo General de Simancas, 2018.

Grabados



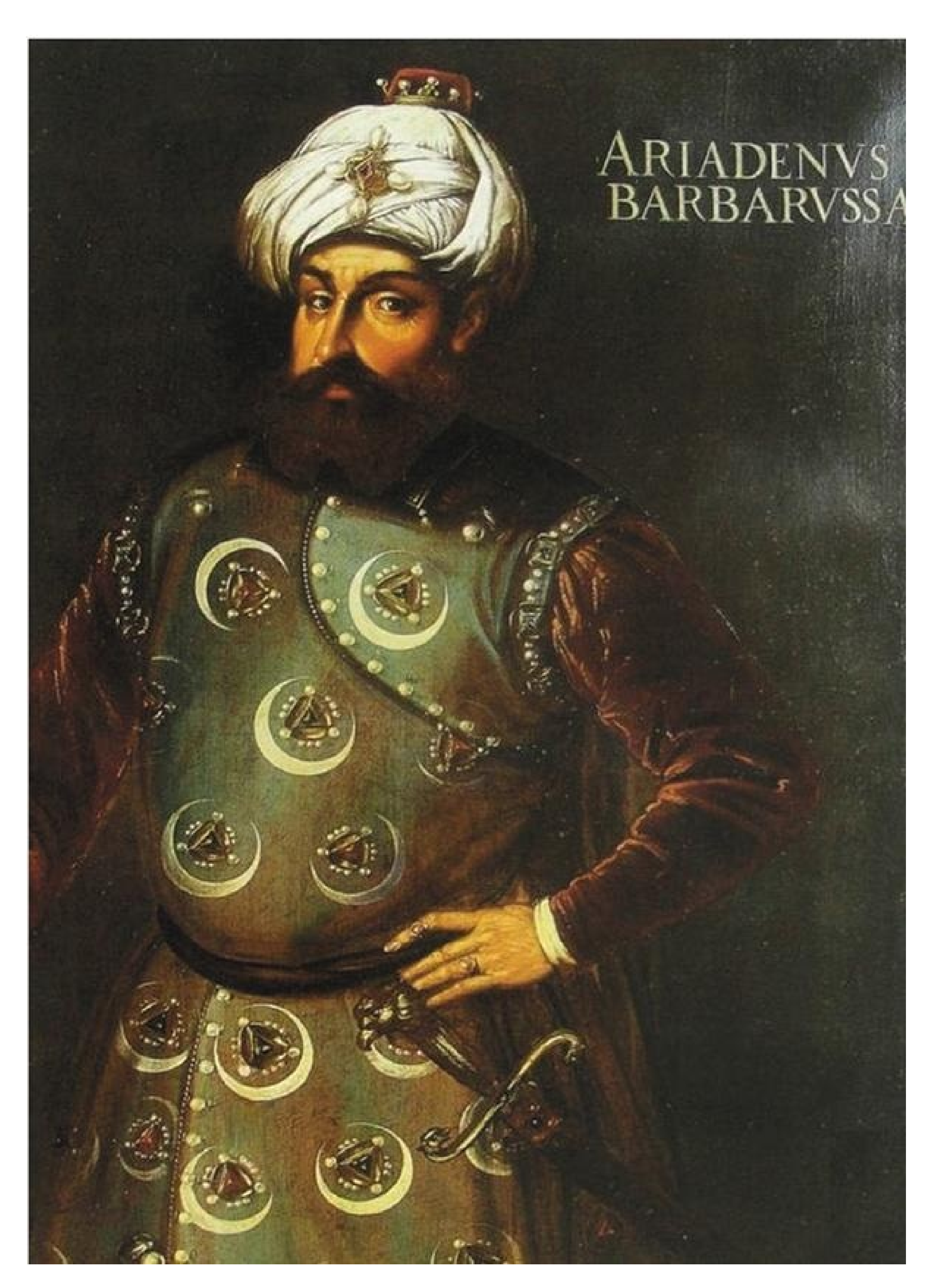
Vista de la ciudad de Constantinopla, luego llamada Estambul, centro del Imperio otomano.



Solimán el Magnífico, sultán entre 1520 y 1566, fue el gran antagonista del poder hispano en Europa.



Miguel de Cervantes, escritor, soldado, cautivo en Argel y agente secreto español en el norte de África.



El almirante corsario Jairedín Barbarroja, terror del Mediterráneo cristiano.



Don Juan de Austria, vencedor en Lepanto contra los turcos y cabeza de la inteligencia hispana en la batalla.



Uluch Alí, almirante corsario que expandió el poder otomano en el Mediterráneo y consiguió salvar a una parte de la flota turca en la batalla de Lepanto.



Felipe II, en la cumbre de su poder y con el escudo de la Monarquía Hispánica al fondo.



Antoine Perrenot de Granvela, consejero de Carlos V y Felipe II, fue el artífice diplomático de la inteligencia hispana en Europa.



Muerte de Guillermo de Orange, uno de los grandes propagadores de la Leyenda Negra antiespañola.



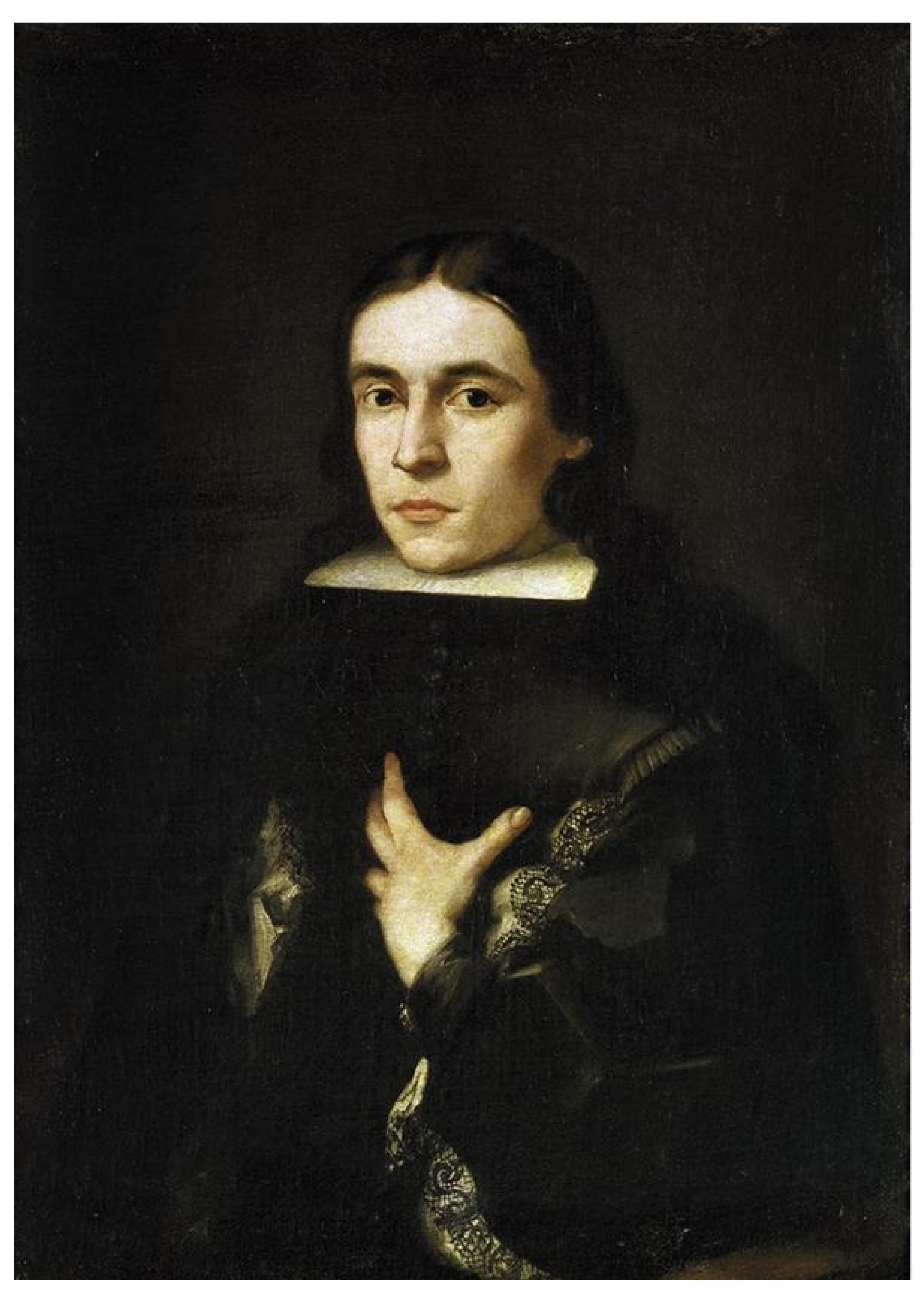
El conde de Gondomar, embajador en Londres y experto en los asuntos secretos de la corte inglesa.



Francis Walsingham, consejero de la reina inglesa Isabel I y creador del servicio secreto británico.



Alejandro Farnesio, sobrino de Felipe II y Juan de Austria, fue gobernador general de Flandes y jefe de los tercios.



Ambrosio de Spínola, gobernador y jefe militar y del espionaje en Flandes.



Francisco de Quevedo, escritor, conspirador y agente de la inteligencia española en Italia.



Fernando Valenzuela, valido de la reina regente Mariana de Austria, apodado el «duende de palacio».



Bernardino de Mendoza, embajador en Inglaterra y Francia y maestro del espionaje hispano. En su epitafio dejó escrita su divisa: «Ni temas, ni ambiciones».



Nápoles, el punto crucial de la inteligencia hispana en el Mediterráneo durante los siglos XVI y XVII.



FERNANDO MARTÍNEZ LAÍNEZ (Barcelona, 1941) es doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, Durante muchos años ha pertenecido al Servicio Internacional de la Agencia EFE y ha prestado servicio en varios países. Es un experto en asuntos internacionales, en especial de Europa y de las antiguas repúblicas soviéticas. Ha sido reportero, guionista de televisión y ha viajado por América, Asia, China, Rusia, el Cáucaso, Europa y países bálticos.

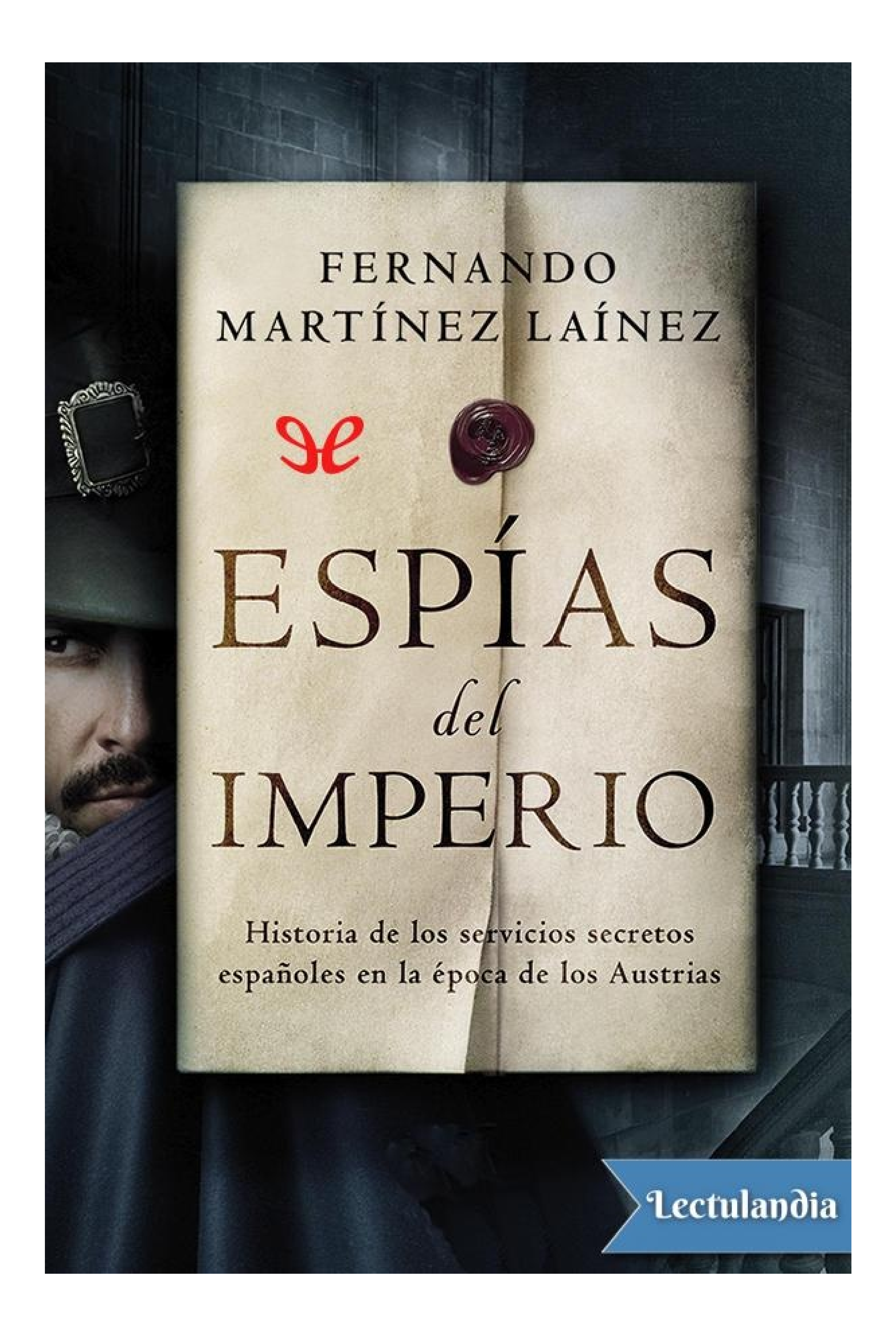
Ha colaborado asiduamente en gran cantidad de periódicos y revistas. En la actualidad es columnista en las páginas de cultura de *ABC* e *Historia y Vida*.

Escritor de amplia y variada trayectoria periodística y literaria, es autor de poesía, ensayos, libros de historia y juveniles, y especialmente de novela policiaca.

Con *Carne de trueque* (1979) se convirtió en una referencia obligada de la novela negra española. Ganó en dos ocasiones el premio Rodolfo Walsh, otorgado por la Semana Negra de Gijón: la primera, con la biografía novelada *Candelas. Crónica de un bandido* (1991); la segunda, con la novela *Sin piedad* (1993). Fue finalista del premio Planeta y del Café Gijón, y ha ganado el premio Hammet de novela policíaca y el premio Grandes Viajeros, además del V Premio Algaba de Investigación Histórica otorgado al libro *Como lobos hambrientos* (2007).

Entre sus últimas obras están: *Tras los pasos de Drácula* (2001), *Escritores espías* (2004), *El rey del Maestrazgo* (2005), *El enigma de la Gioconda* (2005) y *Los libros de plomo* (2010). Para EDAF dirige, coordina y prologa la

colección La casa ciega (ocho volúmenes publicados) de relatos de género negro.


FERNANDO
MARTÍNEZ LAÍNEZ
ESPÍAS
del
IMPERIO
Historia de los servicios secretos
españoles en la época de los Austrias
Lectulandia